ERWIN
ROMMEL
LA INFANTERÍA AL
ATAQUE

El mariscal de campo alemán Erwin Rommel alcanzó la categoría de mito viviente durante la Segunda Guerra Mundial. Gracias a su arrojo y valentía y, especialmente, su proverbial astucia, consiguió superar las limitaciones impuestas por la escasez de medios en el teatro norteafricano para convertirse en una pesadilla para los Aliados, quienes le conocieron con el sobrenombre de «El Zorro del Desierto». Por desgracia, su suicidio en 1944 —ordenado por Hitler— le impidió escribir una obra que tenía proyectada para explicar su experiencia durante la contienda. Pero, en cambio, de sus andanzas durante la Primera Guerra Mundial sí contamos con una obra escrita por él: la presente La infantería al ataque, publicada por primera vez en español.

Erwin Rommel

La infantería al ataque

ePub r1.2
Titivillus 09.12.2019

Título original: *Infanterie Greift an*
Erwin Rommel, 1937
Traducción: Ínigo Artamendi Ortiz de Zárate
Ilustraciones: Manfred Rommel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Introducción a la nueva edición

*M*i padre escribió *La infantería al ataque (Infanterie Greift an)* en la primera mitad de la década de los treinta. Fue pensado como un libro de texto para la infantería y en él mi padre echó mano de sus propias experiencias como oficial de infantería durante la Primera Guerra Mundial. Cualquiera que lo lea se dará cuenta de que mi propia existencia futura estuvo repetida y seriamente en peligro, ya mi padre sólo sobrevivió por pura suerte a las batallas en las que estuvo. De no haberlo hecho así, yo no habría nacido en 1928. Mi padre, dicho sea de paso, dijo en una ocasión que para convertirse en un héroe uno debe por encima de todo sobrevivir. Más tarde, encontré este mismo pensamiento expresado en las obras de Elías Canetti.

Desde mi temprana niñez, tan pronto como empecé a ser consciente del mundo a mi alrededor, supe que mi padre era un héroe. Todo el mundo lo decía; nadie lo ponía en duda. Eso no hubiera sido posible en cualquier caso, ya que mi padre había sido condecorado con la más alta y muy poco frecuente orden prusiana al valor «*Pour le Mérite*», en la famosa forma de una cruz de Malta azul, establecida por Federico el Grande. El nombre francés de la medalla ponía nerviosos a muchos de mis compatriotas en un tiempo en el que la mayoría de alemanes sólo se relacionaban con sus vecinos franceses a través del punto de mira. Recuerdo a algunos obreros de la construcción que consideraban que yo, que entonces contaba cuatro años de edad, era la fuente de conocimiento correcta sobre por qué la medalla de mi padre tenía tan sospechoso nombre francés. A pesar de todo, esta orden era considerada por la gente en aquel entonces con el mismo respeto que hoy le daríamos al Premio Nobel. Cuando mis padres no estaban en casa, yo

solía sacar las medallas de mi padre del armario, prendérmelas en el pecho y mirarme en el espejo: innegablemente una visión de lo más impresionante.

En aquel entonces mi padre estaba viviendo en Goslar, en las montañas Harz, como comandante de un *Jägerbataillon* (literalmente: batallón de cazadores), que durante las guerras napoleónicas habían estado al servicio del rey de Inglaterra en la conquista de Gibraltar. Este batallón estaba formado en su mayoría por descendientes de hombres de los bosques, quienes sólo respetaban a un hombre si éste era un cazador. Así mi padre no tuvo más opción que hacerse cazador y adornar su hogar con cuernos y cornamentas de las bestias que había abatido. Retiró los retratos de todos nuestros antepasados y usó el espacio en la pared para sus trofeos. Hubiera incluso retirado las fotos de mi madre y de mí, y puesto trofeos en su lugar, si no se hubiera encontrado con la firme oposición de la familia.

Siempre he sentido un gran cariño por mi padre, porque era una persona de buen corazón, porque me dedicó una buena parte de su tiempo, porque incluso me escuchó y llegó a declararme una persona inteligente, y porque era un inventivo e imaginativo contador tanto de hechos como de ficción.

En este libro, sin embargo, nada es ficción. A pesar de lo fácilmente que se lee, es el resultado de la autocrítica. Mi padre era un buen matemático, y como matemático estaba acostumbrado a poner en duda conceptos y puntos de vista. Sometía sus propias acciones a su juicio crítico, y consideraba que sólo mediante la autocrítica y la continua evaluación de experiencias se había convertido en un buen táctico y líder militar cualificado. Por eso, después de la Primera Guerra Mundial, dedicó gran cantidad de tiempo al estudio crítico de las operaciones en las que había estado implicado y las batallas en las que había tenido mando. Hizo indagaciones a través de otros oficiales y soldados y evaluaba cuidadosamente la información que recibía. Con mi madre, llegó incluso a visitar, montados en una motocicleta, la parte de Italia en la que había estado durante la guerra, tomando cientos de fotografías y haciendo croquis. No hace falta decir que mi padre no indicó su profesión en el pasaporte que empleó para el viaje como «jefe militar» sino como «ingeniero» a fin de evitar recuerdos desagradables para los italianos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, también, mi padre trató siempre de registrar sus aventuras y experiencias sobre el papel tan pronto como fuera posible a fin de averiguar qué pudo haberse hecho mejor. Sus escritos fueron publicados después de la guerra.

Mi padre era un soldado profesional. En el Reich alemán antes de 1933, los soldados profesionales tenían prohibido mezclarse en política y votar. Por consiguiente, los soldados se consideraban a sí mismos como apolíticos y por eso mismo no responsables por la política. Este principio era sensato y perfectamente aceptable en tanto que hubiera una democracia en Alemania. Pero después de que Hitler se hubiera convertido en Canciller del Reich en 1933 y hubo recibido una mayoría con dos tercios de los escaños en el Reichstag, este principio se volvió fatal. En general, merece la pena recordar que todas las virtudes secundarias, como el valor, disciplina, lealtad y perseverancia sólo tienen validez en tanto que sean empleadas en una buena causa. Cuando una causa positiva se convierte en negativa estas virtudes se vuelven cuestionables. El Ejército Alemán tendría que experimentar esta amarga verdad durante el régimen de Hitler. La atención de Hitler fue atraída sobre mi padre cuando leyó *Infanterie Greift an*. En 1938 mandó llamar a mi padre y le nombró, en el caso de una movilización del ejército, comandante del *Führerhauptquartier*, un puesto militar administrativo para el que mi padre era poco adecuado. Hitler lo respetaba como soldado, y en 1940 le dio el mando de una división de tanques que jugó un papel importante durante la ofensiva alemana contra las tropas anglo-francesas ese año. En 1941, mi padre fue nombrado comandante alemán en el Norte de África. Permaneció allí, con algunas interrupciones, hasta marzo de 1943, cuando Hitler, a resultas de las visiones pesimistas de mi padre sobre el futuro de la guerra para Alemania, le relevó de su puesto.

En la primavera de 1944, mi padre se convirtió en comandante supremo del Grupo de Ejércitos B alemán en el norte de Francia, Bélgica y los Países Bajos. Después de los desembarcos en Normandía, fue quedando más claro cada día que las tropas alemanas afrontaban una aniquilante derrota. En esta situación mi padre decidió —de ser necesario bajo su propia responsabilidad— rendirse en Francia cuando las tropas aliadas rompiesen el frente. Juzgaba que éste era el momento adecuado teniendo en cuenta a

los hombres que tenía bajo su mando. Quería evitar, a toda costa, la posibilidad de que en la última fase de la catástrofe los alemanes disparasen contra alemanes en la zona de su mando. Mi padre también tenía lazos con los conspiradores en Berlín, pero no creía que fuesen capaces de conseguir una revolución o intentar un ataque contra Hitler en persona. El 17 de julio de 1944, mi padre resultó gravemente herido en Normandía durante un ataque de aviones británicos en vuelo rasante. Cuando el coronel Claus von Stauffenberg, el 20 de julio, intentó asesinar a Hitler, mi padre estaba aún inconsciente. Como es bien sabido, la tentativa de Stauffenberg falló. Hitler puso en marcha exhaustivas investigaciones entre los conspiradores, y en el proceso se supo que mi padre había tenido la intención de volverse contra el Führer. Hitler, por lo tanto, decidió eliminar a mi padre, y esta decisión fue ejecutada el 14 de octubre de 1944. Dos generales, encargados por Hitler de esta misión, llevaron la «oferta» del Führer a nuestra casa de Herrlingen, cerca de Ulm: que mi padre debía acceder a ser envenenado. En el supuesto de que accediese, se le aseguraba que las medidas acostumbradas contra su familia —traslado a un campo de concentración— no serían tomadas. Tampoco se harían investigaciones sobre los oficiales de su cuartel general. Mi padre, que estaba convencido de que Hitler jamás lo sometería a un juicio público, optó por morir. Pidió como favor diez minutos de aplazamiento para decir adiós a mi madre, a mí y a su oficial de Estado Mayor. Esta prerogativa le fue concedida. Y así supimos cómo tenía que morir. Hitler organizó un funeral de Estado para él, y ordenara la prensa nacionalsocialista que ensalzara a mi padre una vez más como un héroe de guerra, para que aquéllos a quienes Hitler envió a las batallas sin sentido de los últimos meses de la guerra pudieran tomarlo como inspiración.

Doy así una muy calurosa bienvenida a esta nueva edición del libro de mi padre, que después de muchos meses está ahora disponible una vez más para una nueva generación de aquellos que estudian el conflicto armado.

MANFRED ROMMEL
Oberbürgmeister
Stuttgart, 1990

Nota del editor inglés

Infanterie Greift an del mariscal de campo Erwin Rommel, del cual esta es una traducción, fue publicado en Alemania en 1937, y la primera edición en inglés fue publicada por el *The Infantry Journal* en Washington en 1944. La nota del traductor original explica que todas las unidades y empleos alemanes han sido convertidos a sus equivalentes norteamericanos. Similarmente todas las medidas excepto para la designación de altitudes han sido convertidas al sistema métrico. El traductor, teniente coronel Gustave E. Kiddé del Cuerpo de Artillería de Costa, escribiendo en 1943, señala que se veía obligado a tomar sus propias decisiones en algunos puntos dudosos dado que «esta traducción no fue preparada con la aprobación del autor» (!).

El editor asociado del *The Infantry Journal*, comandante H. A. de Weerd, añadió un prólogo a su edición de 1944 del cual está tomado el resto de esta Nota. Señala que muchos libros de este tipo fueron publicados en Alemania después de la Primera Guerra Mundial en un esfuerzo por descubrir por qué habían perdido; en aquel entonces Rommel era un teniente coronel desconocido que estaba terminando su servicio como instructor de táctica de infantería en la Academia Militar de Dresde. Dos años antes había escrito un pequeño manual para jefes de sección y compañía, *Aufgaben für Zug und Kompanie* (Ejercicios de sección y compañía). Ninguno de los dos libros causó demasiada impresión en su momento; recibieron reseñas superficiales en las publicaciones militares alemanas y apenas fueron mencionados en las revistas militares británicas o norteamericanas.

«Cinco años más tarde, —escribe el comandante de Weerd—, Rommel estaba dirigiendo el *Afrika Korps* con tal éxito que, según la Encuesta Gallup, incluso los británicos, hasta noviembre de 1942, lo consideraban el comandante más capaz de cuantos tomaban parte en la guerra. Sus repetidas victorias en operaciones en el desierto contra una sucesión de comandantes británicos hicieron que se convirtiese en el general más popular. Sus libros, de los que hasta 1941 había vendido sólo unos pocos miles de copias, fueron reeditados varias veces en Alemania… La mayoría de las lecciones tácticas generales enseñadas por estos relatos de combate son válidas hoy día. Las observaciones bajo las cuales Rommel resume sus reacciones a los distintos enfrentamientos son exactamente consejos que un oficial norteamericano daría a sus tropas y oficiales subalternos bajo circunstancias similares.

»Cómo líder de una pequeña unidad en 1914-18, Rommel demostró ser un comandante agresivo y versátil. Tenía una muy desarrollada capacidad para utilizar el terreno. Sus hombres fueron entrenados para aprovechar al máximo la cobertura en movimiento y atrincherarse siempre que se detuvieran. Rommel era incansable en el reconocimiento y atribuyó muchos de sus éxitos al hecho de que poseía mejor información sobre el enemigo del que éste tenía sobre él. La información era compartida con oficiales subalternos, suboficiales e incluso soldados rasos. En cada plan de batalla y maniobra Rommel trataba de introducir algún elemento de engaño y sorpresa. Buscaba el elemento más débil en la posición enemiga y discurría un plan de ataque para explotar esta debilidad y confundir al enemigo respecto a sus verdaderas intenciones. Se tomaba muchas molestias para asegurar planes de fuego adecuados y usaba sus ametralladoras y granadas de mano en 1916-18 con la misma habilidad con la que usó sus 88s en 1941-42. Rommel no tenía miedo de cambiar planes o desobedecer una orden si tenía mejor información sobre el terreno que su oficial superior. Era también bueno juzgando en qué momento un enemigo tambaleante debía ser atacado por todos los hombres a su disposición. De ser necesario ordenaría a sus hombres entrar en la zona de una barrera artillera alemana a fin de no dar al enemigo descanso en la retirada. Embaucó a los italianos y mintió a los rumanos a fin de obligarlos a rendirse en 1917-18, exactamente

igual que mintió a sus propias tropas en noviembre de 1941 (diciendo que Moscú había caído) a fin de inducirles a realizar un esfuerzo supremo contra la ofensiva del general Ritchie.

»La rapidez con la que el *Afrika Korps* pasaba de ataque acorazado a defensa anticarro mostraba que recordaba las lecciones de 1914-18. Constantemente estaba realizando reconocimientos personales en el Norte de África en camioneta, blindado ligero o avión de observación Storch. Sus tropas le llamaban «el general de la autopista». En lugar de compartir la información con sus subordinados antes de la batalla como hizo en 1915-18, Rommel transmitía en abierto sus instrucciones y órdenes por radio en 1941, usando una referencia del mapa llamada la «línea de confianza» que le permitía dirigir tanques, aviones e infantería motorizada entre las condiciones fluidas de la batalla. Los escuchas de radio británicos en Libia a menudo escuchaban la voz tranquila de Rommel dirigiendo las operaciones, aunque sin conocer la «línea de confianza» en la que sus órdenes estaban basadas no podían entender qué quería decir o tomar contramedidas hasta que era demasiado tarde.

»En 1941-42, actuando sin cobertura aérea, Rommel destruyó repetidamente unidades británicas de tanques más grandes que las suyas golpeándolas cuando estaban fraccionadas. El *Afrika Korps* atrincheraba a sus hombres y cañones, y colocaba sus campos de minas, con asombrosa rapidez. Preparaba ataques con gran cuidado. Esta táctica permitió a Rommel atraer al grueso de la fuerza acorazada del general Ritchie al interior de una emboscada para tanques en Knightsbridge Box el 13 de junio de 1942, donde destruyó la mayor parte de la unidad.

»Por sus victorias en Knightsbridge y Tobruk en junio de 1942, fue recompensado con el empleo de *Generalfeldmarschall*. Hasta que el impulso de su avance fue detenido en julio de 1942 en El Alamein, pareció como si los engaños, velocidad y poder de choque de Rommel fueran a ser imparables para los británicos en el desierto occidental.

»La llegada del general Montgomery cambió todo aquello. Convirtió en un nuevo ejército al Octavo Ejército británico mediante disciplina y entrenamiento. La llegada de nuevos tanques, cañones y armas autopropulsadas inclinaron la balanza definitivamente contra los alemanes.

Rommel fue decisivamente derrotado en El Alamein, empujado a una retirada que le llevó a través de Egipto, Cirenaica, Libia, Trípoli, al interior de Túnez meridional. No pudiendo evitar que Montgomery cruzase la línea Mareth en marzo-abril de 1943, Rommel fue llamado de vuelta a Alemania por razones de salud. Su sucesor, el *Generaloberst* von Arnim, se rindió con el *Afrika Korps* en la *debacle* del 6 al 13 de mayo de 1943.

»Cuando Italia se hundió en septiembre de 1943, Rommel fue puesto al mando de los frentes italiano y balcánico. A comienzos de 1944 Rommel fue puesto al cargo de las fuerzas antiinvasión en Europa Occidental. A pesar de las repetidas referencias a su mala salud, Rommel pudo una vez más demostrar ser un líder intrépido y lleno de recursos en combate. Ningún comandante pudo permitirse asumir el menor riesgo cuando estaba combatiendo contra Rommel, u ofrecerle ni aún la sugerencia de una ventaja. Era un líder duro e ingenioso pero, como el general Montgomery demostró claramente en dos ocasiones, pudo ser superado en generalato y en pericia en combate.

Prólogo a la edición de 1937

*E*ste libro describe numerosas batallas de la Primera Guerra Mundial que yo viví siendo oficial de infantería. Se han agregado comentarios a muchas descripciones a fin de extraer lecciones útiles de cada operación en particular.

Las notas, tomadas directamente tras el combate, mostrarán a la juventud alemana capaz de portar armas, el infinito espíritu de autosacrificio y valor con el que el soldado alemán, especialmente el infante, combatió por Alemania durante los cuatro años y medio de guerra. Los ejemplos que siguen son prueba de la formidable capacidad de combate de la infantería alemana, incluso enfrentada a fuerzas superiores en hombres y equipamiento; estos bocetos son también prueba de la superioridad del comandante subalterno alemán sobre sus contendientes enemigas.

Por último, este libro debería ser una contribución a la conservación de aquellas experiencias de los amargos años de guerra, experiencias a menudo ganadas al coste de grandes privaciones y amargos sacrificios.

ERWIN ROMMEL
Oberstleutnant

Nota sobre el Ejército alemán

*R*ommel contaba con la ventaja al escribir este libro de saber que su público estaba familiarizado con la organización y la forma de operar del Ejército (E.) alemán. Él pensaba escribir un manual profesional pero, después de todo, la gran mayoría de los hombres adultos alemanes de la época tenían cierta formación militar. Por eso emplea jerga y terminología militar sin ninguna consideración por los no iniciados. A fin de poder seguir mejor a Rommel al describir sus maniobras y entender cuántos hombres y medios implican, incluimos las siguientes notas sobre organización y un glosario de términos militares.

Sobre los empleos

Los empleos militares rara vez son traducibles y, más raramente aún, equivalentes entre ejércitos, países y épocas diferentes, por eso se ha optado por dejar los empleos alemanes en su idioma original.

El E. alemán, como todos los demás, clasificaba a sus miembros en una jerarquía ordenada y progresiva. En la cúspide estaban los generales. A continuación venían los jefes, *Stabsoffiziere* en alemán, cuyos empleos, (por orden decreciente) de *Oberst, Oberstleutnant y Major* eran en general equivalentes a sus homólogos españoles de la época: coronel, teniente coronel y comandante.

Algo similar ocurría con los oficiales, *Hauptleute* en alemán. El *Hauptman* equivalía directamente al capitán español. Su mando natural era

una compañía. El *Oberleutnant*, equivalente al teniente, podía mandar una sección o una compañía. Por último, el *Leutnant*, equivalente al alférez, mandaba una sección.

A continuación estaban los suboficiales, divididos en dos clases:

Los *Unteroffiziere mit Portepee* contaban con prerrogativas y una consideración social mucho mayores que los suboficiales de otros ejércitos, teniendo derecho a emplear la espada como los oficiales. Los empleos de esta categoría eran: *Feldwebel*, suboficial de mayor rango en la compañía, que ejercía de secretario del capitán y otras tareas administrativas. Podía mandar una sección. Seguía el *Vizefeldwebel*, suboficial de mayor rango en una sección.

El *Fähnrich* ocupaba una posición intermedia entre ambos grupos. Aunque etimológicamente esté más próximo al alférez español (*die Fahne*, la bandera), correspondía a un candidato a oficial. Recibían este empleo los cadetes de escuelas militares y aquellos soldados voluntarios que hubiesen sido aprobados como candidatos a oficiales mientras desempeñaban una especie de periodo de prácticas en un regimiento antes de volver para terminar sus estudios. Cuando las desempeñaba antes de pasar sus exámenes se le consideraba inferior al *Unteroffizier*, si lo hacía después de pasarlos, tenía derecho a portar las armas de un oficial, se le consideraba inferior al *Feldwebel* pero podía mandar una sección.

Los *Unteroffiziere ohne Portepee*, no tenían derecho a portar espada y formaban una escala inferior de suboficiales encargados del mando de las unidades tácticas más pequeñas, una función más próxima a la de los sargentos y cabos españoles de la época, que sin embargo, no lo olvidemos, al contrario que sus homólogos alemanes, eran considerados clases de tropa. Sus empleos eran: *Sergeant*, suboficiales de sección, y *Unteroffizier*, que mandaba en combate una *Korporalschaft*. Aunque por el tamaño de su mando equivaldría al sargento español, jerárquicamente estaba más cerca del cabo.

Finalmente estaban las clases de tropa. El *Gefreiter* mandaba un *Gruppe*. Aunque podría identificarse con un cabo español de la época, estaba más cerca del soldado de 1.ª clase tal y como se entiende en los

ejércitos anglosajones, un soldado veterano al que se le ha dado cierta autoridad por sus conocimientos y experiencia.

Los soldados rasos recibían títulos honoríficos referentes a los honores y tradiciones de sus regimientos. En el caso de la gran mayoría de regimientos de línea del E. prusiano y württemburgués éste era *Musketier*. En el Batallón de Montaña de Württemberg era *Schütze*, literalmente, tirador.

Las terribles pérdidas humanas de la guerra provocaron la aparición de varios empleos intermedios entre la oficialidad y la alta suboficialidad. El objetivo era el de disponer de mandos subalternos competentes sin abrir la escala activa a todo tipo de advenedizos socialmente cuestionables para la conservadora clase militar alemana. El único mencionado es el de *Offizierstellvertreter*; literalmente, oficial interino o suplente. No tiene correspondencia española directa aunque se podría equiparar, laxamente, a los alféreces provisionales y tenientes de campaña de nuestra Guerra Civil. Mandaba una sección, pero carecía de los privilegios asociados a un despacho de oficial. Estrictamente hablando un suboficial era superior al *Feldwebel*.

El regimiento de infantería de línea alemán de 1914

Como el Imperio alemán, el E. alemán del II Reich era la amalgama de los Es. de los estados alemanes bajo el control efectivo de Prusia y el mando nominal del Káiser. Los estados más pequeños aportaban pequeños contingentes al E. prusiano. Los tres más grandes, Baviera, Sajonia y Württemberg, tenían el privilegio de conservar la identidad nacional de sus respectivos Es. en diverso grado. Baviera, por ejemplo, conservaba su propia numeración y denominaciones de unidades. El E. de Württemberg, mucho más integrado con el prusiano, mantenía una numeración correlativa de sus regimientos en su E. y otra en el prusiano. El regimiento de Rommel era por tanto el 6.º de Infantería de Línea del E. de Württemberg y el 124.º

del Imperial Alemán. Su denominación en alemán era: Infanterie-Regiment König Wilhelm I (6.Württembergisches). Nr. 124.

Cuando Rommel marchó al combate con su regimiento éste tenía una plantilla de 3287 hombres y oficiales. Constaba de una Plana Mayor y tropas de servicios, una Compañía de ametralladoras con 6 armas, y 3 Batallones de Infantería.

Cada Batallón tenía 1079 hombres en total, repartidos en cuatro compañías de fusiles, además de diversas tropas de plana mayor y trenes. Como las compañías eran numeradas consecutivamente dentro del regimiento, (1.ª a 4.ª en el 1.er Batallón, etc.) es fácil deducir en que batallón sirve Rommel por el número de su compañía en cada incidente concreto.

Cada compañía, *Kompanie*, contaba con una plantilla de 253 hombres, todos armados con fusiles de repetición de cerrojo, y 5 oficiales. Cada compañía se componían de tres Secciones, *Züge*, cada una de 77 hombres. Cada *Sección* tenía cuatro Pelotones, *Korporalschafte*, de 19 hombres, divididos en dos Escuadras, *Gruppen*, de 9 hombres.

Escuadra se refiere indistintamente al *Gruppe* y a un pequeño número de soldados encargados sobre la marcha de alguna tarea, igual que piquete, partida o destacamento. El Grupo del relato equivale a una unidad *ad hoc* de fuerza variable pero equivalente, al menos, a un batallón y generalmente superior, lo mismo que Destacamento (el *Abteilung* alemán), se refiere a cualquier cosa entre una compañía reforzada y un batallón reforzado.

Todas estas plantillas reflejan la cifra completa teórica en pie de guerra. Desde el momento en que salían a campaña las unidades menguaban, pero sirve como orientación. Los Es. a los que Rommel se enfrentó, en general, empleaban una organización similar, (los franceses de 1914 eran la excepción ya que su compañía estaba más cerca de los 200 hombres).

El Batallón de Montaña Württemberg

Al contrario que otros países europeos, el Imperio alemán entró en guerra sin contar con unidades especializadas en la guerra de montaña. Las duras

experiencias a manos de los Chasseurs Alpins franceses en los Vosgos y la amenaza de una guerra contra Italia en un frente alpino llevaron a los alemanes a formar sus primeras unidades especializadas en 1915, empleando principalmente unidades bávaras por la tradición montañera de sus gentes. Al poco éstas fueron amalgamadas en el Cuerpo Alpino, o Alpenkorps, que a pesar de su nombre era equivalente en tamaño a una división de Jäger. Con el tiempo las tropas de montaña del E. de Württemberg se expandieron hasta alcanzar el tamaño de un regimiento, constituyendo el otro gran núcleo de las tropas de montaña alemanas.

La atroz carnicería de 1914 y 15 forzó a los alemanes, como a todos los beligerantes, a modificar a la baja las plantillas de sus unidades para economizar personal, por lo que las plantillas teóricas de las unidades formadas mediada la guerra eran más reducidas. Las reales lo eran aún más. Sobre el papel cada *Gebirgs-Kompanie* contaba con 212 hombres y 5 oficiales. Las Compañías de ametralladoras contaban con 120 hombres y oficiales y 10 máquinas.

Los Ejércitos del Imperio austro-húngaro

El Imperio austro-húngaro tenía un sistema militar que, por comparación, hacía parecer al alemán simplista. Desde 1867 constaba no de uno, sino de tres Es. autónomos y separados.

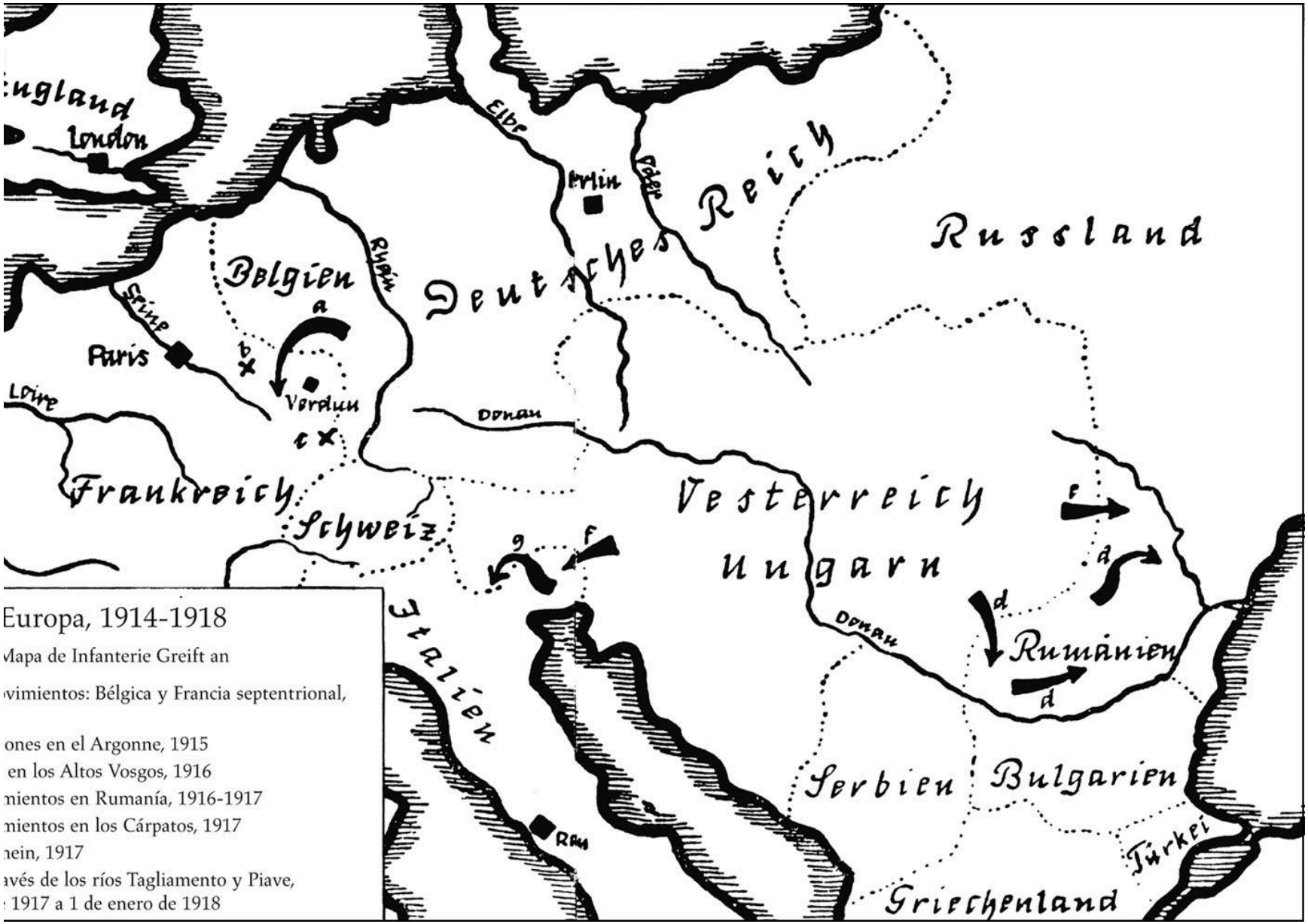
El *Kaiserliches und königliches gemeinsames Heer*, era el E. propio del Imperio, su herramienta de política exterior. Era reclutado por todo el Imperio y podía ser empleado allí donde el Emperador, su comandante supremo, lo considerase oportuno. Sus unidades se distinguían por el título de Imperial y Real, *kaiserlich und königlich* (k.u.k.).

Separado de éste, cada uno de los dos estados del Imperio disponía de un E. territorial propio. El *Kaiserlich-königlichen Landwehr*, era reclutado exclusivamente en los territorios alemanes. Sus unidades llevaban el título de *kaiserlich* (Imperial) o (*königlich*). Real en función del estatus del territorio en el que eran reclutados. El *Magyar Király Honvédség* era el

Ejército Real Húngaro, es decir, formado por húngaros (o súbditos de los territorios húngaros de otros orígenes étnicos). Sus unidades empleaban el título de *Honvéd*, que en húngaro se forma a partir de las palabras *hon*, patria, y *ved*, defender. Etimológicamente defensor de la patria, *Honvéd* era tanto el empleo del soldado raso corriente y moliente en Hungría como, por extensión, el nombre de las fuerzas húngaras.

Estos dos ejércitos, dependientes de ministerios de guerra separados, en teoría sólo debían atender a la defensa de sus respectivos territorios nacionales. Durante la guerra se los empleó tanto como reserva territorial como en combate fuera de sus fronteras demostrando ambos una gran capacidad combativa.

La Compañía de infantería austro-húngara tipo contaba con una plantilla de 250 hombres y 5 oficiales, aunque para 1917 era difícil encontrar alguna en plena forma. La de ametralladoras contaba con 8 armas.



Europa, 1914-1918

Mapa de Infanterie Greift an

vimientos: Bélgica y Francia septentrional,

ones en el Argonne, 1915
en los Altos Vosgos, 1916
nientos en Rumanía, 1916-1917
nientos en los Cárpatos, 1917
nein, 1917
avés de los ríos Tagliamento y Piave,
1917 a 1 de enero de 1918

PRIMERA PARTE

La guerra de movimientos, Bélgica y Francia septentrional, 1914

Capítulo 1

Los combates en Bleid y el Bosque de Doulcon

I. El comienzo. Ulm, 31 de Julio de 1914

El peligro de guerra pendía ominosamente sobre la nación alemana. ¡Por todas partes, caras serias y preocupadas! Disparatados rumores que se propagaban con la mayor rapidez llenaban el ambiente. Desde el amanecer todos los tablones de anuncios públicos habían estado rodeados de gente. Una edición extraordinaria de los periódicos seguía a otra.

A primera hora la 4.ª Batería del 49.º Regimiento de Artillería de Campaña cruzaba apresurada la antigua ciudad imperial. *Die Wacht am Rhein*[1] resonaba por las estrechas calles.

Yo cabalgaba como un *Leutnant* de infantería y jefe de sección en la gallarda batería Fuchsen a la que había estado destinado desde el 1 de marzo. Trotamos bajo el brillante sol matutino, realizamos nuestros ejercicios habituales, y regresamos después a nuestros cuarteles acompañados por una muchedumbre entusiasta cuyo número alcanzó varios millares.

Durante la tarde, mientras se estaban comprando caballos en el patio del cuartel, obtuve la licencia de mi destino. Como la situación parecía de lo más seria, yo anhelaba volver a mi propio regimiento, el *Koenig Wilhelm I*, para estar de nuevo con los hombres cuyos dos últimos años de entrenamiento había supervisado en la 7.ª Compañía, 124.º de Infantería (6.º de Württemberg).

Junto al *Musketier* Hänle, empaqué apresuradamente mis pertenencias; y a última hora de la tarde llegamos a Weingarten, nuestra plaza de guarnición.

El 1 de agosto de 1914 había mucha actividad en los cuarteles del regimiento, el imponente edificio del antiguo monasterio de Weingarten. ¡Se estaba probando el equipo de campaña! Me presenté en la plana mayor y saludé a los hombres de la 7.ª Compañía a los que iba a acompañar en campaña. Todas las jóvenes caras irradiaban alegría, animación y expectación. ¿Hay algo mejor que marchar hacia el enemigo a la cabeza de tales soldados?

A las 18.00, inspección del regimiento. El *Oberst* Haas acompañó su meticulosa inspección del regimiento vestido de *feldgrau* con un encendido discurso. Justo cuando rompíamos filas, llegó la orden de movilización. Ahora la decisión ya estaba tomada. El grito de los jóvenes germanos ansiosos de batalla resonó por los grises y venerables edificios monásticos.

El 2 de agosto, ¡un domingo revestido de circunspección! Los servicios religiosos del regimiento se celebraron bajo el sol radiante, y al caer la tarde el orgulloso 6.º Regimiento de Württemberg salió desfilando al son de la banda de música y subió a un tren hacia Ravensburg. Una interminable procesión de trenes de tropas rodaba en dirección oeste hacia la frontera amenazada. El regimiento partió al ocaso entre vítores. Para gran decepción mía, me vi obligado a quedar atrás unos pocos días a fin de organizar a nuestros reservistas. Temí que me iba a perder el primer combate.

El viaje hasta el frente el 5 de agosto, cruzando los hermosos valles y hondonadas de nuestra tierra natal y entre los vítores de nuestro pueblo, fue indescriptiblemente hermoso. Las tropas cantaban y en cada parada eran colmados de fruta, chocolate y panecillos. De paso por Kornwestheim, vi a mi familia durante unos breves momentos.

Cruzamos el Rin durante la noche. Los reflectores rastrillaban el cielo al acecho de aviones o dirigibles enemigos. Nuestras canciones se habían ido apagando. Los soldados dormían en todas las posturas. Yo viajaba en la locomotora, mirando ora al fogón ora hacia la crepitante, susurrante y sofocante noche estival preguntándome que traerían los días próximos.

Al atardecer del 6 de agosto llegamos a Königsmachern, cerca de Diedenhofen, y dejamos encantados los hacinados compartimentos del tren militar. Atravesamos marchando Diedenhofen hasta Ruxweiler[2].

Diedenhofen no era una vista bonita con sus casas y calles sucias y sus gentes taciturnas. Parecía tan diferente de mi hogar en Suabia.

Continuamos la marcha, y al anochecer se declaró un aguacero torrencial. Pronto no quedaba un jirón de ropa seca sobre nuestros cuerpos, y las mochilas empapadas empezaron a hacerse pesadas. ¡Menudo comienzo! Se escuchaban disparos aislados perdidos en la distancia. Sobre la medianoche nuestra sección llegó a Ruxweiler sin sufrir ninguna baja durante la marcha de seis horas. El jefe de la compañía, *Oberleutnant* Bammert, nos esperaba. Nos tocó amontonarnos sobre lechos de paja.

II. En la frontera

Durante los días siguientes, una instrucción constante puso a punto a nuestra compañía ahora en pie de guerra. A parte de ejercicios de sección y compañía, fuimos sometidos a una amplia variedad de ejercicios de combate en los cuales se puso gran énfasis en el uso de los útiles de zapador. Además, yo pasé varios días de guardia tranquilos y lluviosos con mi Sección en las inmediaciones de Bollingen. Aquí algunos de mis hombres y yo sufrimos trastornos estomacales por culpa de la comida grasosa y el pan mal cocido.

El 18 de agosto empezamos nuestro avance principal hacia el norte. Yo cabalgaba en la segunda montura de mi jefe de compañía. Cantando alegremente, cruzamos la frontera germano-luxemburguesa. La gente era amistosa y trajo fruta y bebida para las tropas que marchaban. Entramos en Budersberg.

El 19 temprano, nos desplazamos hacia el suroeste, pasamos bajo el cañón de la fortaleza francesa en Longwy, y vivaqueamos en Dahlem. La primera batalla estaba próxima. Mi estómago me daba un montón de problemas, y ni siquiera una dieta a base de chocolate y *Zwieback*[3] me trajo alivio. No tenía intención de presentarme en la enfermería ya que no quería que me tomasen por un escaqueado.

El 20 de agosto, después de una calurosa marcha alcanzamos Meix-la-Tige en Bélgica. El 1.er batallón guarneció la línea de avanzadas y el 2.º

Batallón proporcionó seguridad local. La población era muy reservada y reticente. Unos pocos aviones enemigos aparecieron y se les hizo fuego sin resultado.

III. Descubierta en dirección a Longwy y preparativos para la primera batalla

El día siguiente debía ser un día de descanso. A primeras horas de la mañana, varios compañeros oficiales y yo nos presentamos al Oberst Haas que ordenó a cada uno de nosotros que llevase un destacamento de reconocimiento de cinco hombres más allá de Barancy y Gorcy en la dirección de Cosnes cerca de Longwy para establecer el dispositivo y fuerza enemigos. La distancia de ida era de trece kilómetros, así que para ahorrar tiempo obtuvimos permiso para ir en carromato hasta el puesto avanzado. Nuestro caballo percherón belga se desbocó mientras aún estábamos en Meix-la-Tige, y el resultado fue un aterrizaje sobre un montón de estiércol. Con un carromato averiado por todo resultado de nuestros esfuerzos, continuamos nuestro camino a pie.

Bajo el peso de la responsabilidad sobre vidas humanas, avanzamos con un grado de cautela mayor del que era normal en las maniobras en tiempo de paz. Dejamos el pueblo usando una zanja que corría junto al borde de la carretera. La carretera discurría a través de campos de grano de camino a Barancy que los informes del día anterior daban como ocupada por débiles fuerzas enemigas. Al llegar la encontramos desocupada; y dejando la carretera general y atravesando campos de cereales cruzamos la frontera franco-belga, alcanzamos la linde meridional del bosque de Mousson, y después descendimos hacia Gorcy. El destacamento al mando del *Leutnant* Kirn nos seguía, cubriendo nuestro movimiento a través de Gorcy desde la cima de una colina.

Sobre la carretera general Gorcy-Cosnes, encontramos indicios de que infantería y caballería enemigas se estaban desplazando en dirección a Cosnes. Se imponía una mayor cautela; salimos de la carretera y continuamos nuestra marcha a través de la crecida vegetación que la

bordeaba. Manteniendo una atenta observación de la carretera, finalmente alcanzamos un grupo de bosques quinientos metros al oeste de Cosnes. Estudié el terreno con prismáticos pero no vi tropas francesas. Cuando íbamos cruzando los campos abiertos hacia Cosnes, nos topamos con una anciana que trabajaba pacíficamente. Nos contó en alemán que las tropas francesas habían dejado Cosnes camino de Longwy una hora antes y que no quedaban más tropas en Cosnes. ¿Sería cierta la historia de la anciana?

Nos abrimos paso trabajosamente por campos de cereales y huertos y entramos en Cosnes con las bayonetas caladas, los dedos en los gatillos, y todos los ojos escrutando portales y ventanas en busca de indicios delatores de una emboscada. Sin embargo, los habitantes se mostraron amistosos y confirmaron la declaración de la anciana. Nos trajeron comida y bebida, pero aún recelábamos y les hicimos probar la comida antes de servirnos.

Para acelerar el informe requisé seis bicicletas dando recibos de intendencia a cambio. Usando nuestros recién adquiridos medios de transporte, pedaleamos kilómetro y medio carretera abajo en dirección a Longwy sobre cuyas obras exteriores estaba cayendo fuego de artillería pesada. Ni rastro de tropas enemigas por ningún lado. La misión del destacamento de reconocimiento acababa de ser cumplida. Con paso rápido atravesamos Gorcy hacia Barancy en nuestro camino hacia el valle. Mantuvimos un considerable intervalo entre los hombres y llevábamos nuestras armas listas para usar bajo el brazo. De Barancy en adelante, yo fui por delante de mis hombres a fin de informar cuanto antes.

En una calle de Meix-la-Tige encontré al comandante del regimiento y di la novedad. Cansado y hambriento, me dirigí a mi alojamiento, esperando tener unas pocas horas de descanso. No tendría esa suerte. Frente a los alojamientos mi batallón estaba formado listo para moverse. Hänle, eficiente como de costumbre, ya había empacado mis pertenencias y ensillado mi caballo. Antes de salir corriendo no hubo tiempo ni siquiera para dar un bocado.

Marchamos hasta una colina a mil doscientos metros al sureste de Saint Léger. El cielo estaba cubierto. Desde el suroeste llegaba el sonido del fuego de fusilería y el de algún disparo ocasional de artillería. Sabíamos que

elementos del 1.er Batallón, que estaba aún en servicio de avanzada cerca de Villancourt, habían tomado contacto con el enemigo durante la tarde.

Al caer la noche el regimiento, menos el 1.er Batallón, vivaqueó a unos tres kilómetros al sur de Saint Léger con nuestros elementos de seguridad a cosa de mil doscientos metros por delante. Me estaba preparando para una noche de buen sueño cuando llegó una llamada ordenándome que me presentara en el puesto de mando del regimiento situado a unos cincuenta metros de la zona de vivaque de mi sección. El *Oberst* Haas me preguntó si podría hacer un viaje a través de los bosques hasta el 1.er Batallón en Villancourt. Mi misión era dar al 1.er Batallón la orden del regimiento de retirarse sobre la Cota 312[4] por la ruta más corta posible, y fui nombrado guía del batallón. (Ver croquis 1).

Acompañado del *Unteroffizier* Gölz y dos hombres de la 7.ª Compañía, me puse en camino. Viajamos en la oscuridad guiándonos por la brújula a través de los prados al sureste de la Cota 312. A lo lejos por nuestra derecha oíamos los altos de nuestros centinelas y de cuando en cuando un disparo de fusil. Al poco estábamos subiendo una cuesta empinada y densamente arbolada. De tiempo en tiempo nos deteníamos y escuchábamos los sonidos de la noche. Finalmente, después de una dura ascensión y buscando a tientas nuestro camino, alcanzamos la cresta de la línea de colinas al oeste de Villancourt.

Hacia el sudeste podíamos ver el resplandor proveniente de la fortaleza de Longwy que había empezado a arder a causa del bombardeo de artillería. Descendimos a través de la intrincada maleza hacia Villancourt. Súbitamente a bocajarro un centinela dio la voz: «*Halt*, ¿quién vive?». ¿Era alemán o francés? Sabíamos que los franceses a menudo daban el alto en alemán. Nos echamos al suelo. «¡Santo y seña!». Ninguno de nosotros lo sabía. Yo di de viva voz mi nombre y rango y fui reconocido. Algunos puestos avanzados del 1.er Batallón estaban situados en la linde de los bosques.

No había mucho trecho más hasta Villancourt. Quinientos metros al sur del pueblo encontramos compañías del 1.er Batallón descansando al borde de la carretera Villancourt-Mussy-la-Ville en orden cerrado.

Transmití la orden del regimiento al comandante del batallón, *Major* Kaufmann. Su cumplimiento no era posible, ya que el 1.er Batallón estaba aún agregado a la Brigada Langer. Fui llevado al puesto de mando del general Langer, en la colina ochocientos metros al suroeste de Villancourt, para darle a él mi mensaje. El general Langer me ordenó que regresase a mi regimiento con la novedad de que no podía prescindir de nuestro 1.er Batallón hasta que el resto de su brigada no llegara a la altura de Villancourt. Abatidos por el fracaso de nuestra misión y físicamente exhaustos, mis tres compañeros y yo nos dirigimos de vuelta a la Cota 312.

Era pasada la medianoche cuando llegué al puesto de mando regimental. Desperté al ayudante del regimiento, *Hauptmann* Wolter, e informé. El *Oberst* Haas también lo escuchó. No quedó muy contento y me ordenó que fuese dando un rodeo hasta la 53.ª Brigada en Saint Léger, bien a pie o a caballo, e informase personalmente al comandante de la brigada, general von Moser, de que el general Langer no iba a dejar marchar al 1.er Batallón, 124.º de Infantería. ¿Le dije acaso a mi coronel que esta tarea estaba más allá de mis fuerzas, que había estado en pie desde hacía dieciocho horas y estaba en ese momento exhausto? No; aunque tenía por delante un duro trabajo, tenía que hacerse.

Busqué a tientas el camino hasta la segunda montura del jefe de la compañía, apreté la cincha y salí a caballo hacia el norte. Encontré al general von Moser en una tienda en la colina a poca distancia al sureste de Saint Léger. Quedó sumamente descontento tras mi informe y me ordenó que regresase a Villancourt pasando por el puesto de mando del regimiento e informase al general Langer de que el 1.er Batallón del 124.º Regimiento tenía que estar bajo control del regimiento para el alba.

Parte a caballo y parte a pie —colina arriba y valle abajo a través de los oscuros y tupidos bosques— recorrí mis nueve kilómetros y medio de vuelta a Villancourt, donde cumplí mis instrucciones. Estaba rompiendo el día cuando regresé al regimiento en la Cota 312. Todas las unidades estaban listas para marchar, las raciones ya habían sido repartidas y comidas, y las cocinas habían vuelto a retaguardia. Mi ordenanza, Hänle, me ayudó con un trago de su cantimplora. La luz tardó en llegar ya que estábamos envueltos

en una densa y húmeda niebla. Allá en el puesto de mando del regimiento, las órdenes estaban siendo distribuidas.

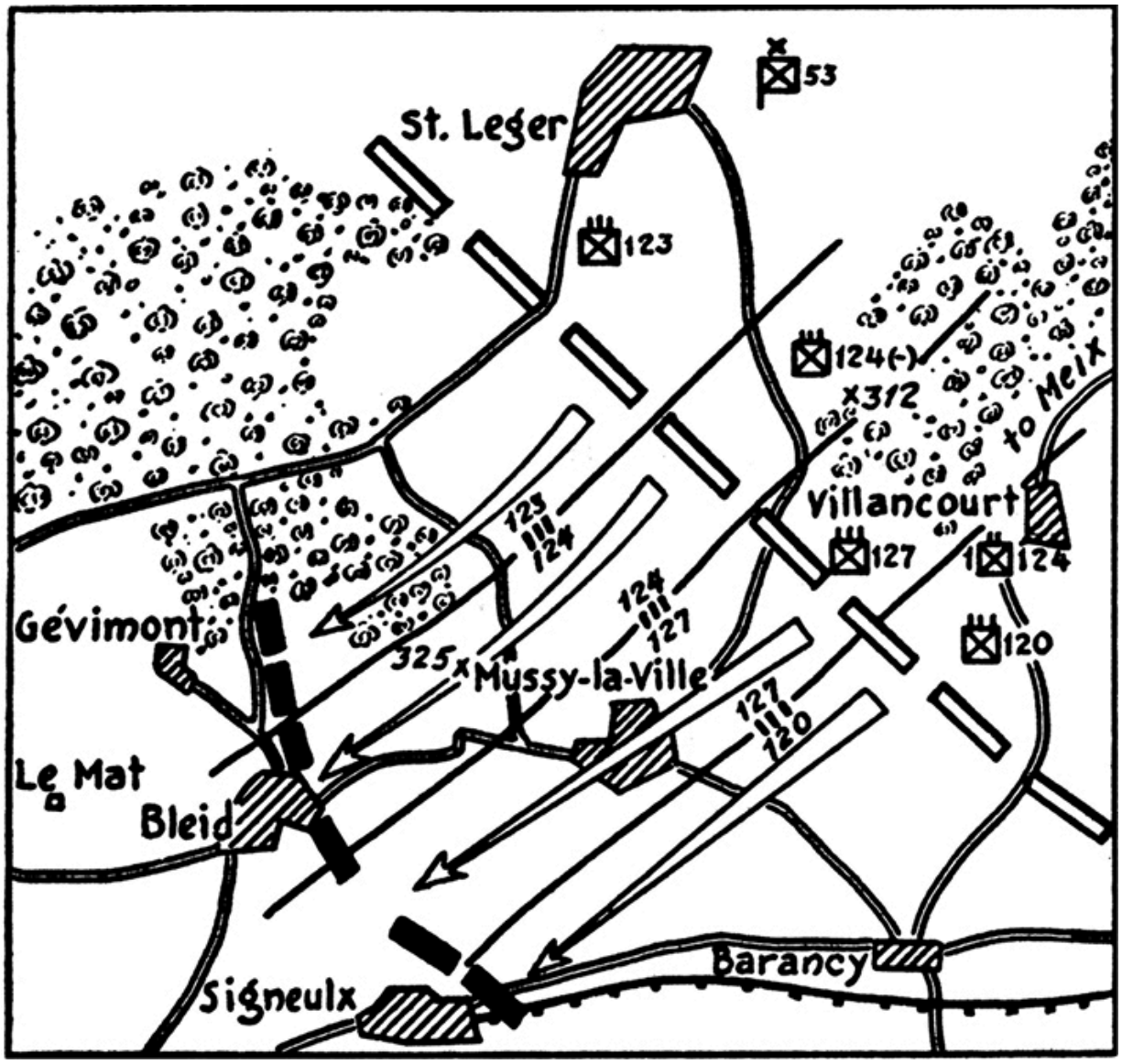
Observaciones: Frente al enemigo, el comandante del destacamento de reconocimiento se vuelve consciente de sus pesadas responsabilidades. Cada error significa bajas, quizás las vidas de sus hombres. Por lo tanto todo avance debe hacerse con extremada prudencia y deliberación. Tomando ventaja de toda cobertura, el destacamento debe mantenerse fuera de las carreteras y examinar repetidamente el terreno con prismáticos. El destacamento debe estar desplegado en considerable profundidad. Antes de cruzar trechos de terreno abierto debe organizarse el fuego de apoyo. Al entrar en una aldea, avanzar con parte de la unidad a la izquierda, el resto a la derecha de las casas y los dedos en los gatillos. Informar de las observaciones rápidamente, ya que el retraso disminuye el valor de cualquier información.

Entrena en tiempo de paz para mantener el rumbo de noche con la ayuda de una brújula de esfera luminosa. Entrena en terreno difícil, sin caminos y boscoso. La guerra impone demandas sumamente duras sobre las fuerzas y nervios del soldado. Por eso mismo exige el máximo de tus hombres durante los ejercicios en tiempo de paz.

IV. La batalla de Bleid

Sobre las 05.00 horas, el 2.º Batallón se puso en marcha hacia la Cota 325 a cosa de dos kilómetros al nordeste de Bleid. Una espesa niebla rasante flotaba sobre los campos cubiertos de rocío, limitando la visibilidad a unos escasos cincuenta metros. El jefe del batallón, Major Bader, me envió por delante para explorar la carretera hacia la Cota 325. Como había estado en pie durante cerca de veinticuatro horas, apenas podía mantenerme sobre la silla. El terreno a ambos lados de la carretera rural sobre la que cabalgaba estaba salpicado de numerosos setos y prados cercados. Con mapa y brújula

encontré la Cota 325, el batallón subió y se desplegó sobre la ladera nordeste.



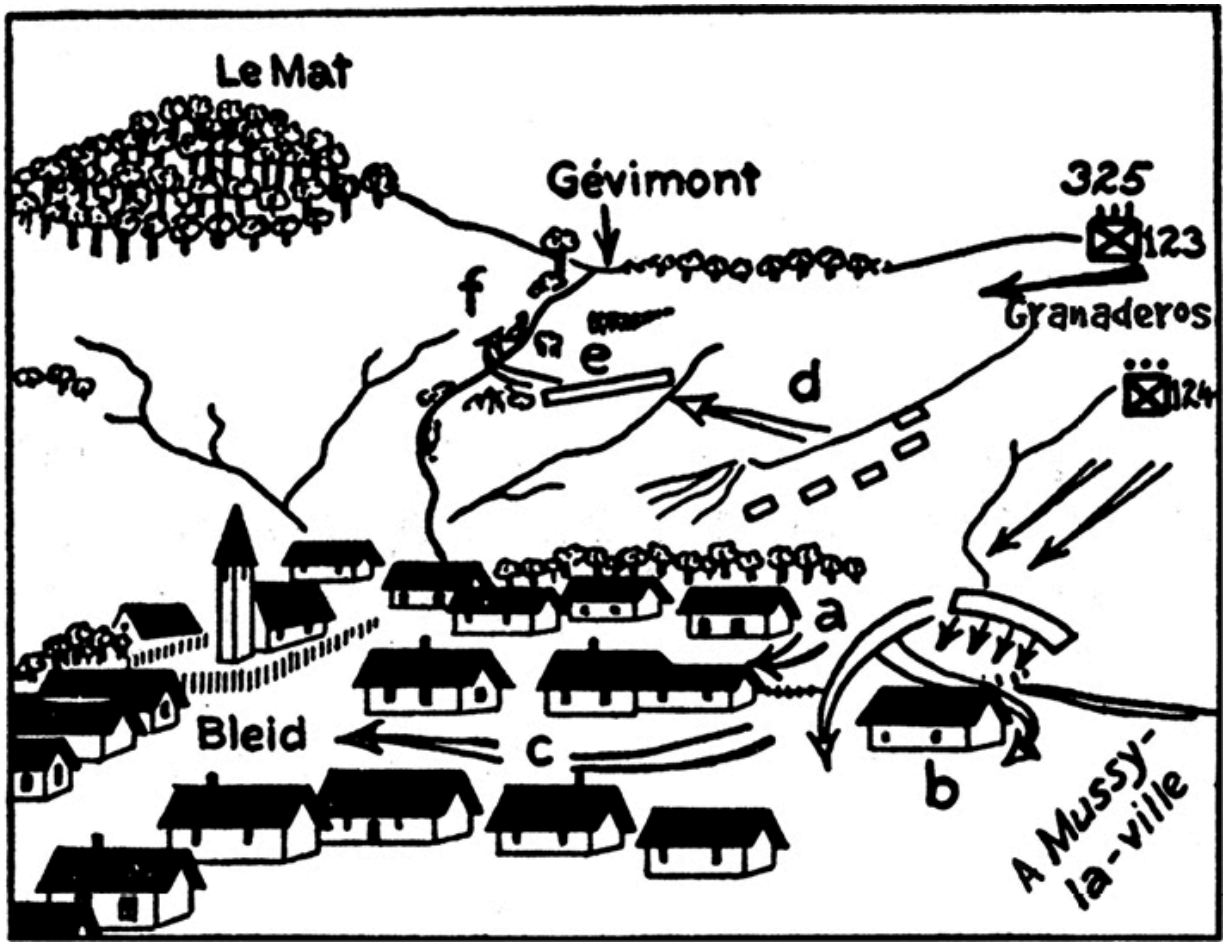
Croquis 1: La lucha en Bleid.

Poco después nuestros elementos de seguridad avanzados en la ladera sur y oeste de la Cota 325 toparon con el enemigo entre la niebla. Se escuchó un corto intercambio de disparos desde varias direcciones. Balas de fusil aisladas silbaron por encima de nuestras cabezas; ¡qué sonido más peculiar! Un oficial que había cabalgado unos centenares de metros en dirección al enemigo fue tiroteado a corta distancia. Los fusileros se

lanzaron adelante y consiguieron derribar a un francés de rojos pantalones y hacerlo prisionero.

Entonces escuchamos en la distancia órdenes en alemán por la izquierda y hacia la retaguardia: «¡Variación oblicua a la izquierda, march! ¡Prolongar el intervalo!». Una línea de escaramuza emergió repentinamente de entre la niebla. Era el ala derecha del 1.er Batallón. Mi jefe de compañía me ordenó que desplegase mi sección, hiciese contacto con la derecha del 1.er Batallón, y avanzase sobre el sureste de Bleid.

Dejé mi caballo al cuidado de Hänle, le cambié mi automática por su bayoneta, y desplegué mi sección. Desplegados en guerrilla avanzamos hacia Bleid a través de campos de patatas y huertos de hortalizas por la ladera sureste de la Cota 325. Una pesada niebla flotaba sobre los campos y la visibilidad estaba todavía restringida a cincuenta o setenta y cinco metros.



Croquis 2: La lucha en Bleid. (a). Ataque de la 1.ª Sección. (b). Asalto de la primera granja. (c). Lucha en el pueblo. (d). Ataque a través de las colinas al norte de Bleid. (e). Ataque con fuego cruzado contra el enemigo en el trigal. Toma del macizo de arbustos en la carretera Bleid-Gévimont.

De pronto nos lanzaron una descarga cerrada a corta distancia. Nos echamos a tierra y permanecimos escondidos entre las matas de patatas. Descargas posteriores pasaron demasiado altas por encima de nuestras cabezas. Exploré el terreno con mis prismáticos pero no encontré enemigo alguno. Dado que éste obviamente no podía estar muy lejos, corrí hacia él con la sección. Pero el francés escapó antes de que tuviéramos oportunidad de verlo, dejando rastros bien definidos en el campo de patatas. Continuamos avanzando hacia Bleid. En el calor del combate, perdimos contacto con el ala derecha del 1.er Batallón.

Varias descargas adicionales fueron disparadas contra la sección desde fuera de la niebla, pero cada vez que cargábamos, el enemigo se retiraba apresuradamente. Proseguimos entonces unos ochocientos metros sin más contratiempos. De repente un cercado de alto seto apareció entre la niebla, y atrás a nuestra derecha vimos los contornos de una granja. Al mismo tiempo, comenzamos a distinguir un grupo de árboles altos a la izquierda. Las huellas del enemigo que habíamos venido siguiendo giraban a la derecha y seguían subiendo la cuesta. ¿Estaba Bleid delante nuestro? Dejé a la sección al abrigo del seto y envié un destacamento de exploración para que hiciese contacto con nuestros vecinos a la izquierda y con nuestra propia unidad. Hasta el momento la sección no había sufrido ninguna baja.

Me adelanté con el *Vizefeldwebel* Ostertag y dos tiradores expertos para investigar la granja delante nuestro. No podía verse ni oírse al enemigo. Llegamos al lado este del edificio y encontramos un estrecho sendero de tierra que bajaba hacia una carretera general a la izquierda. Al otro lado a través de la niebla podíamos distinguir otro grupo de dependencias de la granja. Sin duda estábamos en el lado de Bleid que daba a Mussy-la-Ville. Cautelosamente nos aproximamos a la carretera general; me asomé furtivamente por la esquina del edificio. ¡Allí! A unos veinte pasos escasos a la derecha vi a quince o veinte franceses parados en mitad de la carretera general, bebiendo café, charlando, los fusiles desenfadadamente en los brazos. Ellos no me vieron[5].

Volví a meterme rápidamente detrás del edificio. ¿Debía traer a la sección? ¡No! Cuatro de nosotros bastaríamos para manejar aquella situación. Informé rápidamente a mis hombres de mi intención de abrir fuego. Quitamos silenciosamente los seguros, salimos de un salto de detrás del edificio, y, permaneciendo en pie, abrimos fuego sobre el enemigo cercano. Algunos resultaron muertos o heridos en el acto, pero la mayoría se cubrió detrás de escaleras, muretes de huertos y montones de leña y respondieron a nuestro fuego. Así, a muy corta distancia, se trabó un tiroteo muy intenso. Yo estaba de pie apuntando junto a un montón de leña. Mi adversario estaba veinte metros delante de mí, bien cubierto, tras las escaleras de una casa. Sólo parte de su cabeza era visible. Ambos apuntamos y disparamos casi al mismo tiempo y fallamos. Su disparo falló

mi oreja por poco. Tenía que cargar rápido, apuntar con calma y rapidez, y mantener mi puntería. Esto no era fácil a veinte metros con las alzas graduadas a 400 metros, especialmente cuando no habíamos practicado este tipo de tiro en tiempo de paz[6]. Mi fusil restalló; la cabeza del enemigo se desplomó sobre el escalón. Aún quedaban unos diez franceses contra nosotros, unos pocos estaban completamente a cubierto. Señalé a mis hombres que cargasen sobre ellos. Con un alarido acometimos calle del pueblo abajo. En ese momento aparecieron súbitamente franceses por todas las puertas y ventanas y abrieron fuego. Su superioridad era demasiada; nos replegamos tan rápido como habíamos avanzado y llegamos sin pérdidas hasta el seto donde nuestra sección se estaba preparando para venir en nuestra ayuda. Como esto ya no era necesario, ordené a todo el mundo que volviese a ponerse a cubierto. Aún nos estaban disparando a través de la niebla desde un edificio al otro lado de la calle, pero el fuego pasaba alto. Usando mis prismáticos de campaña, conseguí localizar el objetivo que estaba a unos sesenta y cinco metros de distancia y descubrí que el enemigo estaba disparando desde el tejado así como desde la planta baja de una alquería. Cierto número de cañones de fusil sobresalían por entre las tejas del tejado. Como era imposible que el enemigo pudiese emplear las alzas y el punto de mira al mismo tiempo al disparar de esta manera, ésa debe haber sido la explicación de porqué su fuego pasaba alto por encima de nuestras cabezas.

¿Debía esperar hasta que llegasen refuerzos o asaltar la entrada a Bleid con mi sección? Esta última acción parecía apropiada.

La fuerza enemiga más potente estaba en el edificio al otro lado de la carretera. Por tanto teníamos que tomar este edificio primero. Mi plan de ataque era romper fuego sobre el enemigo en la planta baja y la buhardilla del edificio con la 2.ª Media Sección[7] y rodear el edificio por la derecha con la 1.ª Media Sección y tomarlo por asalto.

Con rapidez, el destacamento de asalto recogió del suelo unos pocos maderos que estaban tirados por allí. Aquello era perfecto para echar abajo puertas y portones. También llevamos unas pocas gavillas de paja con nosotros para quemarlas y hacer salir con el humo a cualquier hombre escondido. Mientras tanto, la 2.ª Media Sección había estado tumbada a lo

largo del seto, lista para disparar. El destacamento de asalto había hecho sus preparativos perfectamente cubierto. Estábamos listos para empezar.

A mi señal, la 2.ª Media Sección abrió fuego. Yo me lancé a la carrera hacia la derecha con la 1.ª Media Sección —por la misma ruta que había recorrido unos pocos minutos antes con la sección— cruzando la calle. El enemigo parapetado en la casa abrió un nutrido fuego de fusil principalmente dirigido contra la sección tras el seto. El destacamento de asalto quedó entonces escudado por el edificio y a salvo del fuego hostil. Las puertas cedieron con estrépito bajo los pesados golpes del ariete. Se lanzaron gavillas de paja ardiendo al interior de la era, que estaba cubierta de grano y pienso. El edificio había quedado rodeado. Cualquiera que hubiese tenido la idea de saltar afuera hubiese aterrizaría sobre nuestras bayonetas. Pronto brillantes llamas cabrioleaban por el techo. Aquellos enemigos que aún seguían con vida depusieron sus armas. Nuestras bajas consistieron en unos pocos heridos leves.

Corrimos entonces de edificio en edificio. La 2.ª Media Sección fue llamada a intervenir. Allí donde topábamos con el enemigo, o bien se rendía o se parapetaba en las esquinas de los edificios desde dónde era puesto en fuga pronto. Otros elementos del 2.º Batallón que se habían mezclado con los del 1.er Batallón se abrieron entonces paso a través de la aldea entera, que estaba ardiendo en muchos puntos. Las formaciones quedaron entremezcladas. El fuego de fusil venía de todas direcciones y las bajas aumentaban.

Por una calle lateral yo me precipité hacia una iglesia rodeada por una tapia desde la que se nos estaba haciendo un intenso fuego de fusil. Haciendo uso de la cobertura disponible y corriendo de casa en casa, nos aproximamos al enemigo. Cuando avanzamos al asalto, éste cedió, se retiró hacia el oeste, y pronto se perdió entre la niebla.

Entonces recibimos un fuego muy intenso sobre nuestro flanco izquierdo desde la parte sur de Bleid, y nuestras bajas comenzaron a aumentar. Por todos lados oíamos la lastimera demanda de ayuda médica. Se había establecido un puesto de socorro detrás del lavadero. La mayoría de las heridas eran graves. Algunos de los hombres gritaban de dolor; otros miraban a la muerte cara a cara con el aplomo de héroes.

Los franceses aún seguían dueños de las zonas noroeste y sur de Bleid. A nuestra espalda el pueblo estaba en llamas. En el ínterin el sol había disipado la niebla. Nada más podía hacerse ahora en Bleid; así que reuní a todos los que estaban al alcance, organicé partidas de camilleros para los heridos, y nos alejamos hacia el nordeste. Quería salir de aquel horno y restablecer contacto con mi propia unidad. Fuego, humo denso y sofocante, maderas en ascuas, casas que se derrumbaban, y ganado aterrorizado que corría sin control entre los edificios en llamas bloqueaban nuestro camino. Al fin, medio asfixiados, alcanzamos el campo abierto. Primero atendimos a los muchos heridos; después reuní una formación de unos cien hombres y nos dirigimos hacia la leve depresión a trescientos metros al nordeste de Bleid. Allí dejé a la sección desplegada hacia el oeste, y salí con los jefes de pelotón de reconocimiento hacia la siguiente elevación en el terreno. (Ver croquis 2).

A la derecha y por encima de nosotros estaba la Cota 325 aún cubierta de niebla. Entre los altos campos de cereales de su ladera sur, no podíamos distinguir amigo de enemigo. A la derecha y a unos ochocientos metros por delante de nosotros, al otro lado de una cañada, vimos los bombachos rojos de la infantería francesa con efectivos como de una compañía sobre el borde delantero de un amarillo campo de trigo detrás de parapetos recién abiertos[8]. En la zona baja a la izquierda y por debajo de nosotros la lucha por un Bleid en llamas aún seguía tronando. ¿Dónde estaban nuestra compañía y el 2.º Batallón? ¿Estaban algunos aún en Bleid con el grueso algo más retrasado? ¿Qué debía hacer? Dado que no deseaba permanecer ocioso con mi sección, decidí atacar al enemigo frente a nosotros en el sector del 2.º Batallón. Nuestro despliegue detrás de la cresta, nuestra entrada en posición, y la ruptura del fuego por la sección fueron llevadas a cabo con la calma y precisión de unas maniobras en tiempo de paz. Pronto los grupos estaban escalonados, parte de ellos en el campo de patatas, parte de ellos bien escondidos detrás de los haces de avena desde dónde lanzaban un pausado y certero fuego, tal y como se les había enseñado en su entrenamiento en tiempo de paz.

Tan pronto como las escuadras más adelantadas entraron en posición, el enemigo comenzó un nutrido fuego de fusil. Pero su fuego pasaba aún

demasiado alto. Sólo unas pocas balas cayeron delante de y junto a nosotros, y pronto nos acostumbramos a esto. El único resultado de quince minutos de fuego fue un agujero en una marmita de campaña. A ochocientos metros hacia nuestra retaguardia vimos a nuestra propia línea de escaramuza avanzando sobre la Cota 325. Esto aseguraba apoyo para nuestra derecha, y la sección quedaba así libre para atacar. Nos lanzamos adelante por escuadras, cada una apoyada mutuamente por las otras, una maniobra que habíamos practicado frecuentemente en tiempo de paz. Cruzamos una depresión que estaba en desenfilada del fuego enemigo. Pronto tuve a casi todo la sección reunida en el ángulo muerto en la ladera contraria. Gracias a la mala puntería enemiga, no habíamos sufrido bajas hasta ese momento. Con la bayoneta calada, nos abrimos paso trabajosamente subiendo la cuesta hasta llegar a distancia de asalto de la posición enemiga. Durante este desplazamiento el fuego enemigo no nos causó problemas, ya que pasaba alto por encima hacia aquellas porciones de la sección que aún estaban a considerable distancia a nuestra espalda. Súbitamente, el fuego enemigo cesó por completo. Preguntándome si se estaban preparando para acometernos, asaltamos su posición pero, excepto por unos pocos cadáveres, la encontramos desierta. Las huellas del enemigo se alejaban hacia el oeste a través del campo en el que el grano estaba tan alto como un hombre. De nuevo me encontraba muy por delante de mi propia línea con mi sección.

Decidí esperar hasta que nuestros vecinos a la derecha nos alcanzasen. La sección ocupó la posición que acababan de ganar; después, junto con el jefe del 1.er Pelotón, un *Feldwebel* de la 6.ª Compañía, y el *Unteroffizier* Bentele, salí de reconocimiento hacia el oeste para enterarme de a dónde había ido el enemigo. La sección mantuvo el contacto. A unos cuatrocientos metros al norte de Bleid alcanzamos la carretera que une Gévimont y Bleid sin habernos encontrado con el enemigo. La carretera iba ascendiendo a medida que iba hacia el norte, pasando a través de una cortadura en este punto. A ambos lados de la carretera grandes matorrales interferían la vista hacia el noroeste y oeste. Usamos uno de esos matorrales como puesto de observación. Aunque parezca extraño, no había ni rastro del enemigo en retirada. De repente, Bentele señaló con su brazo hacia la derecha (norte). A

escasos 150 metros de distancia el grano se estaba moviendo; y a través de él vimos el reflejo del sol sobre las pulidas marmitas atadas en la parte superior de las altas mochilas francesas. El enemigo se estaba alejando del fuego de nuestros cañones que estaban barriendo la parte más alta de la línea de colinas al oeste de la Cota 325. Estimé que alrededor de unos cien franceses estaban viniendo derechos hacia nosotros en columna de a uno. Ni uno de ellos levantaba la cabeza por encima del grano[9].

¿Debía llamar al resto de la sección? ¡No! Podían darnos mejor apoyo desde su posición actual. Me vino a la cabeza la capacidad de penetración de nuestra munición de fusil ¡Dos o tres hombres a esta distancia! Disparé rápidamente a la cabeza de la columna desde una posición en pie. La columna se dispersó por el campo; entonces, después de unos pocos instantes, continuó su marcha en la misma dirección y en la misma formación. Ni un solo francés levantó su cabeza para localizar este nuevo enemigo que había aparecido tan súbitamente y tan cerca de él. Entonces los tres que estábamos disparamos al mismo tiempo. De nuevo la columna desapareció por un corto espacio de tiempo, después se disgregó en varias partes y se dispersó precipitadamente en dirección oeste hacia la carretera general Gévimont-Bleid. Abrimos un fuego rápido sobre el enemigo en desbandada. Aunque parezca raro, no nos habían disparado incluso aunque estábamos de pie bien erguidos y éramos claramente visibles al enemigo. Por la izquierda, al otro lado del macizo de arbustos donde estábamos, llegaron soldados franceses corriendo por la carretera general. Los abatimos fácilmente cuando disparamos sobre ellos a través de un claro en los arbustos a una distancia de unos diez metros. Dividimos nuestro fuego y docenas de franceses fueron puestos fuera de combate por el fuego de nuestros tres fusiles.

El 123.º Regimiento de Granaderos avanzaba subiendo por la pendiente a la derecha. Hice señas a mi sección de que nos alcanzase, y entonces avanzamos hacia el norte a ambos lados de la carretera Gévimont-Bleid. Durante nuestro avance nos encontramos unos cuantos franceses escondidos entre los arbustos a lo largo de la carretera. Hizo falta una buena cantidad de persuasión para hacerlos salir de sus escondites y deponer sus armas. Se les había inculcado que los alemanes degollarían a todos sus

prisioneros. Sacamos más de cincuenta hombres de los arbustos y campos de cereales, incluidos dos oficiales franceses, un capitán y un teniente que había sido herido ligeramente en el brazo. Mis hombres ofrecieron cigarrillos a los prisioneros, lo que sirvió para disipar sus temores en gran medida.

A la derecha, en la colina, el 123.º Regimiento de Granaderos también alcanzó la carretera Gévimont-Bleid. Nos estaban disparando desde la dirección del pico cubierto de bosques, Le Mat, que tenía mil quinientos metros de altitud y quedaba al noroeste de Bleid. Tan rápido como fue posible puse a la sección dentro de la cortadura a la derecha de modo que estuviesen a cubierto, con la intención de reanudar el combate con un ataque sobre Le Mat desde este punto. Súbitamente, sin embargo, todo se apagó ante mis ojos y perdí el conocimiento. Las fatigas del día y la noche anteriores; la batalla por Bleid y por la colina al norte, y, finalmente pero no menos importante, el horrible estado de mi estómago habían minado la última onza de mis fuerzas.

Debí haber estado inconsciente durante algún tiempo. Cuando volví en mí, el *Unteroffizier* Bentele estaba inclinado sobre mí atendiéndome. Obuses y metralla franceses estaban cayendo intermitentemente en las inmediaciones. Nuestra propia infantería se estaba retirando hacia la Cota 325 viniendo desde los bosques de Le Mat. ¿Qué era aquello, una retirada? Requisé parte de una línea de fusileros, ocupé la ladera a lo largo de la carretera Gévimont-Bleid, y les ordené que se atrincherasen. Supe por los hombres que habían sufrido fuertes bajas en los bosques de Le Mat, habían perdido a su comandante, y que su retirada se había ejecutado bajo las órdenes de un comandante superior. Sobre todo, la artillería francesa había causado grandes estragos entre ellos. Un cuarto de hora más tarde, los cornetas tocaron «llamada» y «asamblea». Desde todas las direcciones partes del regimiento se abrieron paso hacia el área al oeste de Bleid. Una tras otra las diferentes compañías hicieron su entrada. Había grandes huecos en sus filas. En su primer combate el regimiento había perdido el veinticinco por ciento de sus oficiales y el quince por ciento de sus hombres entre muertos, heridos y desaparecidos. Quedé profundamente afligido al saber que dos de mis mejores amigos habían muerto. Tan pronto como las

formaciones hubieron sido puestas de nuevo en orden, los batallones se pusieron en marcha hacia Gomery a través de la parte sur de Bleid.

Bleid ofrecía un espectáculo terrible. Entre las ruinas humeantes yacían muertos soldados, civiles y animales. Se dijo a las tropas que los oponentes del Quinto Ejército alemán habían sido derrotados en toda la línea y se batían en retirada; y sin embargo, al conseguir nuestra primera victoria, nuestro éxito quedó considerablemente atenuado por el pesar por la pérdida de nuestros camaradas. Marchamos hacia el sur, pero nuestro avance era detenido frecuentemente, ya que en la distancia veíamos columnas enemigas en marcha. Baterías del 49.º Regimiento de Artillería se adelantaban al trote y entraban en posición a la derecha de la carretera general. Para cuando oíamos sus primeros disparos, las columnas enemigas habían desaparecido en la distancia.

Cayó la noche. Casi muertos de cansancio, finalmente llegamos a la aldea de Ruette, que estaba ya más que llena con nuestras propias tropas. Vivaqueamos al raso. No pudimos encontrar paja, y nuestros hombres estaban demasiado cansados para andarla buscando. El frío y húmedo suelo impidió que disfrutásemos de un sueño reparador. Hacia la madrugada empezó a hacer más frío; todos estábamos miserablemente helados. Durante la madrugada, mi quejumbroso estómago me impidió descanso. Finalmente el día amaneció. De nuevo una densa niebla colgaba sobre los campos.

Observaciones: Es difícil mantener contacto en la niebla. Durante la batalla entre la niebla en Bleid el contacto se perdió poco después de avistar al enemigo, y no fue posible reestablecerlo. Los avances a través de la niebla por medio de una brújula deben ser practicados, dado que el humo será empleado frecuentemente. En un combate de encuentro entre la niebla, el bando capaz de desarrollar la máxima potencia de fuego al contacto llevará las de ganar; por tanto hay que mantener las ametralladoras listas para la acción en todo momento durante un avance.

Los combates en lugares habitados a menudo tienen lugar a distancias sumamente cortas (unos pocos metros). Bombas de mano y subfusiles son esenciales. Debe proporcionarse protección por el fuego antes de atacar

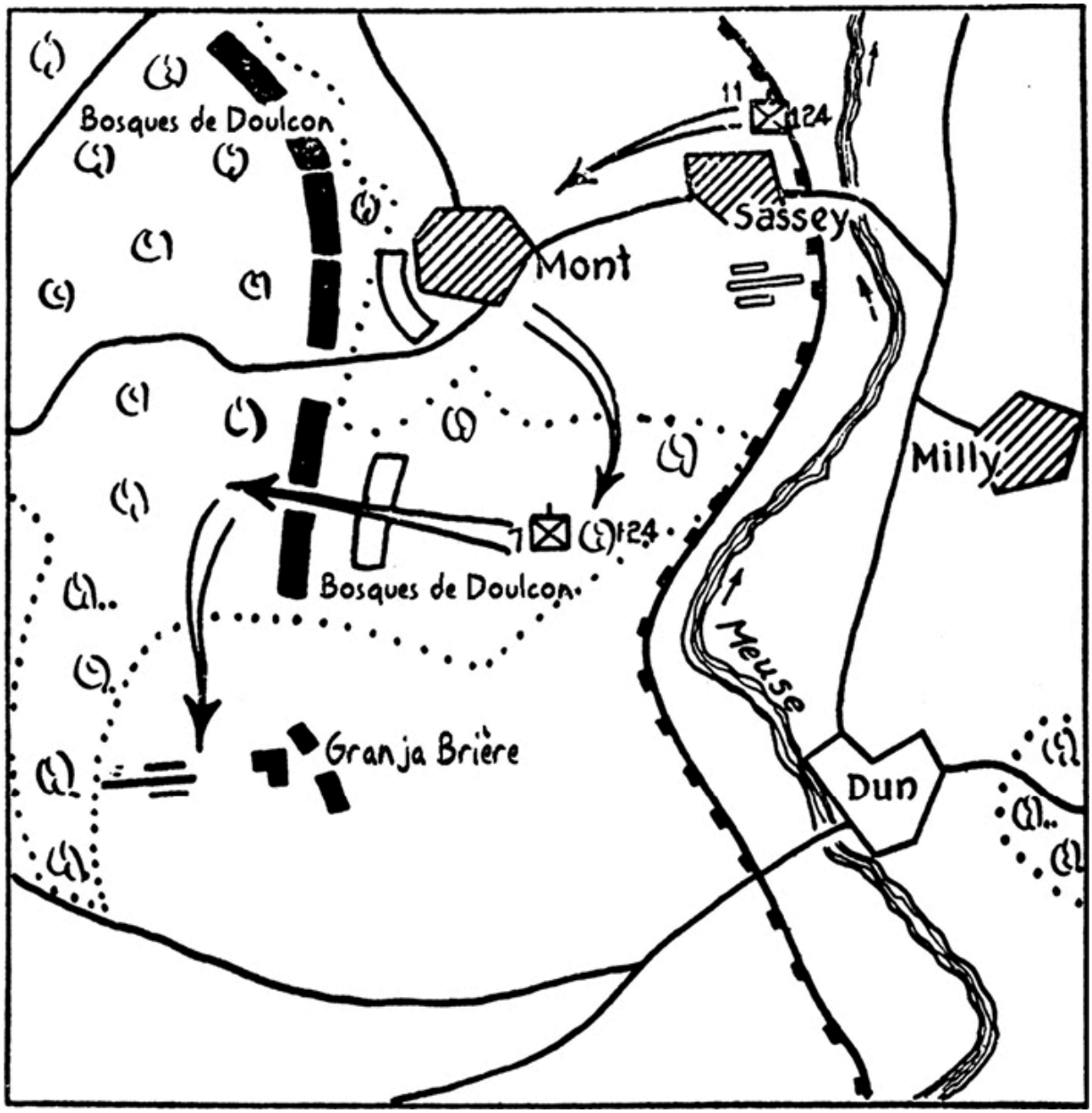
mediante ametralladoras, morteros y cañones de asalto. Un ataque en un pueblo habitualmente va acompañado de fuertes pérdidas y debe ser evitado siempre que sea posible. Inmovilizar al enemigo dentro de la aldea mediante el fuego, o cegarlo con humo y golpearlo fuera de la aldea o pueblo.

Los cereales altos ofrecen buen enmascaramiento, pero los elementos brillantes tales como bayonetas o utensilios de cocina pueden delatar la presencia de tropas. Las medidas de seguridad francesas en Bleid fueron totalmente inadecuadas. Igualmente, fallaron en aplicar las debidas precauciones de seguridad durante esta retirada y durante el combate en los campos. Después del primer intercambio de disparos, el fusilero alemán se sintió imbuido de una sensación de superioridad *vis-à-vis* con su oponente francés.

V. Sobre el Mosa. Combates en Mont y en los bosques de Doulcon

Tras la batalla de Longwy, el enemigo fue perseguido en dirección al suroeste, después al oeste. En los sectores de Chier y Othain, tuvimos cortas pero violentas escaramuzas. Durante estos encuentros, la artillería francesa cubrió los repliegues de la infantería por medio de un fuego altamente concentrado y muy bien situado incluso al coste de sacrificar las mismas baterías. Durante la noche del 28 al 29 de agosto la 7.ª Compañía del 124.º Regimiento de Infantería estuvo en servicio de avanzadilla al sur de Jametz. Todos los puestos avanzados y piquetes se atrincheraron. El 29 de agosto el avance continuó hacia el Mosa. Durante un descanso, el 13.º de Ingenieros que estaba más adelante en la columna, fue atacado al oeste de Jametz por numerosas fuerzas enemigas que surgían del bosque cercano. Sobrevino un violento combate cuerpo a cuerpo, atacando los ingenieros al enemigo con palas y hachas. Ambos bandos sufrieron fuertes bajas. El 123.º Regimiento de Granaderos y el 3.er Batallón, 124.º de Infantería, también tomaron parte en la lucha. La batalla terminó con la captura del gobernador de la fortaleza de Montmédy y dos mil hombres de la guarnición que trataban de abrirse paso hacia Verdún. Nosotros cruzamos aquel sangriento atrio de Valhalla.

Al este de Murveaux, desde posiciones en la orilla occidental del Mosa, los franceses nos saludaron con metralla pero inflingieron poco daño. Sus espoletas estaban graduadas demasiado altas. Hacía el mediodía estábamos de camino bajo el ardiente sol hacia Dun en el Mosa. El fuego de la artillería francesa se iba intensificando. El batallón se desplegó en los bosques a un kilómetro y medio al este de Dun. Las compañías formaron en columnas entre los altos árboles. Poco después los franceses lanzaron fuego de artillería pesada sobre esta zona de los bosques. Podíamos oír claramente los cañones disparar en la distancia; después llegaba el sonido de los obuses aproximándose que, unos pocos segundos después, volaban a través del frondoso techo sobre nuestras cabezas y estallaban con un terrorífico estruendo, algunos contra los árboles, otros profundamente enterrados en la tierra. Los fragmentos atravesaban el aire con un chillido y trozos de turba y ramas caían sobre nosotros. Ahora caían muy cerca, ahora más lejos. Con cada detonación nos arracimábamos y nos tirábamos al suelo. El continuo peligro estaba pasando factura entre nosotros. El batallón permaneció donde estaba hasta la caída de la tarde. Nuestras bajas fueron asombrosamente escasas.



Croquis 3: Combate en Mont y los bosques de Doulcon.

Delante de nosotros en la linde de los bosques, a novecientos metros al sudeste de Dun, la 4.ª Batería del 49.º Regimiento de Artillería de Campaña, en la que yo había servido un mes antes, estaba trabada en una violenta acción contra el enemigo desde una posición medio disimulada. No podía hacer frente a la artillería francesa que era superior en *matériel*, y la batería estaba sufriendo pérdidas en hombres y equipo.

Con el crepúsculo, el 2.º Batallón retrocedió hasta Murveaux. Pasamos la noche al raso. Mi estómago protestaba, ya que no había comido nada en todo el día excepto un puñado de grano. Estábamos cortos de pan.

Durante la mañana del 30 de agosto la artillería francesa lanzó un tiro de hostigamiento que puso un brusco fin a nuestros servicios religiosos de campaña que estaban teniendo lugar en Murveaux. El duelo de artillería sobre el Mosa iba creciendo en intensidad. Para nuestra gran alegría, baterías de 210mm arrastradas por tractores llegaron al frente y entraron en posición, y pronto sus pesados obuses iban de camino hacia el enemigo.

Pasamos la noche del 30 al 31 de agosto en acantonamientos atestados en Murveaux. Por la mañana, el 2.º Batallón prosiguió hacia Sassey pasando por Milly. Cruzó el Mosa sobre un puente de pontones construido por los ingenieros y, como vanguardia de la 53.ª Brigada, se hizo cargo de la marcha hasta Mont-devant-Sassey. Poco después de nuestra llegada a aquel lugar un registro de todos los sótanos nos embolsó veintiséis infantes franceses. Pertenecían al 124.º Regimiento, el mismo número de nuestro regimiento.

En la entrada suroeste de Mont nuestra infantería de vanguardia tropezó con un intenso fuego proveniente de los bosques en las alturas dominantes al oeste de Mont. Poco después nuestra propia artillería comenzó a disparar hacia Mont desde la colina al suroeste de Sassey y causó bajas en nuestras unidades. Disparaban en base al informe de un destacamento de reconocimiento sobre el que media hora antes habían disparado desde Mont. Pasó algún tiempo antes de que el error pudiera ser corregido.

Una sección de la 7.ª Compañía avanzó para atacar al enemigo sobre las colinas al oeste de Mont, pero un nutrido fuego enemigo detuvo el ataque en seco. Empeñar una sección adicional no trajo mejores resultados. Apostadas en su posición dominante, las muy superiores fuerzas del enemigo causaron graves pérdidas entre la infantería que subía por las empinadas laderas, especialmente dado que los elementos de asalto estaban imposibilitados de devolver el fuego.

Después de que nuestros ataques fueran rechazados, la 7.ª Compañía fue retirada y se le ordenó ir en auxilio del apurado 127.º Regimiento de Infantería en los bosques de Doulcon dos kilómetros al sur de Mont. La

compañía atravesó la aldea de Mont hacia el sureste, y se desplazó por detrás de un seto en columna abierta de a uno. Así ocultos a la vista del enemigo, ascendimos la Cota 297. Apenas la compañía había alcanzado los bosques de Mont y cerrado filas cuando la metralla francesa les obligó a echarse cuerpo a tierra. Buscamos abrigo detrás de los árboles y en depresiones en el terreno. No había señales del 127.º de Infantería.

A la orden del comandante de la compañía, me desplacé con dos hombres hacia el linde sur de los bosques de Doulcon a fin de establecer contacto con el regimiento. Tiraron sobre nosotros en varias ocasiones antes de alcanzar el límite sur de los bosques, y no encontramos rastro alguno de nuestra propia gente. Abajo en el valle del Mosa, Dun estaba bajo un violento fuego de artillería francés. Usando los estampidos de los cañones como guía, estimamos que la artillería francesa estaba situada detrás de una línea de colinas en la orilla occidental del Mosa. No se divisaba a nuestra infantería ni a la enemiga por aquel entonces.

Tras mi regreso, la compañía avanzó hacia el oeste sobre un camino forestal. Al llegar a un claro cómo de unos cien metros de anchura, apostamos elementos de seguridad en todas direcciones y descansamos conservando nuestra formación de marcha. A continuación, el jefe de la compañía envió destacamentos de exploración en varias direcciones a fin de dar con el paradero del 127.º Regimiento de Infantería. Apenas habíamos perdido de vista a éstos (la compañía había estado descansando alrededor de cinco minutos) cuando el claro entero fue sometido a un intenso fuego de metralla. Los obuses cayeron como un chaparrón repentino. Tratamos de encontrar abrigo detrás de los árboles y usamos nuestras mochilas para formar parapetos improvisados. La intensidad del bombardeo hacía imposible moverse en ninguna dirección. Aunque el bombardeo duró varios minutos, no hubo bajas. Nuestras mochilas interceptaron algunos de los proyectiles, y la borla de la bayoneta de uno de los hombres quedó hecha jirones. Fue un misterio para nosotros cómo la artillería francesa descubrió tan rápidamente nuestra situación en medio del bosque y cómo fue posible para ellos disparar su fuego sobre nosotros en tan corto espacio de tiempo. ¿Se trató tan sólo de un accidente?

En ese momento uno de mis hombres de los destacamentos de exploración regresó con otro hombre gravemente herido del 127.º de Infantería. Este último dijo que su regimiento se había retirado hacía horas y que, exceptuando a muertos y heridos, no quedaba nada en los bosques más adelante. Dos horas antes varios batallones franceses habían pasado marchando por delante suyo en dirección al norte y él creía que aquellas tropas debían estar aún en los bosques.

Bajo aquellas circunstancias las perspectivas de nuestra solitaria compañía no parecían muy halagüeñas. ¿Debíamos regresar también? La aparición de un batallón de infantería por la carretera a nuestra espalda resolvió nuestro problema, y, tras una conferencia con el comandante del mismo, salimos en dirección oeste como vanguardia del batallón con mi sección como punta.

Cinco minutos más tarde escuchamos nutridas ráfagas de armas de infantería acompañadas de un considerable griterío. Los sonidos venían de nuestra derecha, estimé la distancia en unos mil cien metros. Giramos hacia el sonido de las armas y avanzamos sobre una estrecha senda, cuyos ambos lados estaban cubiertos de un denso sotobosque. En una sección recta de la senda pudimos adivinar algunos objetos negros cien metros más adelante. Las balas que pasaron silbando cerca de nuestros oídos respondieron a la cuestión de su identidad. Nos cubrimos entre la maleza y la compañía se desplegó a ambos lados de la senda. El enemigo mantenía un gran volumen de fuego pero la mayoría sin ninguna dirección, aunque sufrimos algunas heridas por rebotes. Avanzamos reptando sobre nuestras barrigas a través del tupido sotobosque y contuvimos el fuego hasta que llegamos a unos 150 metros de la posición enemiga. A causa del espeso sotobosque no podía ver más que a unos pocos de mis hombres, no digamos controlarlos. Un aumento de la luz indicaba que nos estábamos acercando a un claro. A juzgar por los sonidos más adelante, estábamos a unos cien metros del enemigo. Me lancé a la carga hacia adelante con mi sección y alcanzamos el claro, que resultó estar tan poblado de zarzas que no podíamos cruzarlo. Un violento fuego enemigo de fusil nos obligó a echarnos a tierra, y entablamos el tiroteo con el enemigo al otro lado del claro. A pesar del corto alcance, nuestros blancos permanecían ocultos por el denso follaje y monte bajo. Las

dos secciones restantes se nos unieron y prolongamos nuestra línea de escaramuza con dos o tres pasos de intervalo entre hombres. El jefe de la compañía ordenó: «Siga el fuego y atrincherarse». Reparé en que el jefe de la compañía, *Oberleutnant* Bammert, estaba en la primera línea, tendido junto a un gran roble. Era imposible cualquier movimiento, pero afortunadamente para nosotros el enemigo seguía disparando alto. Aún así, estaban cayendo hombres.

Mientras algunos fusileros mantenían un pausado fuego de protección, el resto se enterraba. El tipo de suelo no lo hacía un trabajo fácil, y no dejaban de caernos encima ramas y hojas. Súbitamente escuchamos disparos desde una nueva dirección y a retaguardia. Las balas impactaban a mi alrededor, lanzándome polvo a la cara. El hombre a mi izquierda de repente soltó un gritó y rodó por el suelo gritando de dolor. Le habían atravesado limpiamente de un disparo. Enloquecido de dolor gritaba: «¡Ayuda! ¡Sanitario! ¡Me estoy muriendo desangrado!». Repté hasta el hombre herido, pero ya nada se podía hacer. Su rostro estaba deformado por el dolor y sus manos arañaron el suelo hasta que un espasmo lo sacudió de la cabeza a los pies; así habíamos perdido a otro valeroso soldado. Como estábamos en posiciones de poco abrigo, el fuego desde ambas direcciones, de frente y de revés, nos iba haciendo perder los nervios. Parecía que elementos de nuestro batallón habían comenzado su tiroteo tan pronto como habían tenido al alcance al enemigo, y el tupido sotobosque hacía difícil corregir este error. Por la derecha el ruido de la batalla aumentó, y esto trajo un volumen de fuego enemigo aumentado. Una bala impactó violentamente contra la pala con la que estaba cavando. Unos momentos más tarde el *Oberleutnant* Bammert fue alcanzado en la pierna, y yo tomé el mando de la compañía. Las tropas alemanas estaban llevando a cabo un ataque a nuestra derecha, ya que podíamos escuchar tambores, cornetas, gritos, y el metódico fuego de las ametralladoras francesas. Fue un bienvenido respiro. Ordené a la 7.ª Compañía que atacase, bordeando la izquierda del claro. Las tropas se lanzaron adelante, encantadas de salir de un mal paso y determinadas a salir de él combatiendo. El enemigo decidió retrasar nuestra cita; lanzó unos pocos disparos contra nosotros pero para cuando hubimos alcanzado el otro lado del claro se había desvanecido entre el sotobosque.

Salimos en su persecución, siendo mi objetivo inmediato el borde meridional del bosque de Doulcon porque desde allí podríamos estar en posición de infligir daño adicional sobre el enemigo en retirada mientras éste cruzaba el terreno abierto. Pensando que la compañía entera venía justo detrás de mí, apreté el paso tanto como era posible con las escuadras de cabeza pero no conseguí alcanzar al enemigo antes de que llegásemos al borde meridional del bosque de Doulcon. Delante de nosotros, hacia el sur sobre la siguiente elevación y al otro lado de una amplia pradera, estaba la granja Brière. Detrás de la misma altura y a nuestra derecha vimos una batería francesa disparando a lo largo del valle de Mosa en la dirección a Dun. Cosa extraña, no podía verse infantería enemiga alguna. A juzgar por las apariencias, se había retirado hacia los bosques al oeste. No teníamos en ese momento contacto con el resto de la compañía, y mi fuerza total disponible era de doce hombres. Por la izquierda surgió un destacamento de exploración del 127.º de Infantería y me informó de que el 127.º de Infantería estaba a punto de atacar desde los bosques en dirección a la granja Brière. Pronto vimos líneas de guerrilla avanzando a la izquierda. Mi problema era si esperar al resto de la compañía o atacar la batería al frente con mis doce hombres. Me decidí por lo último con la esperanza de que el resto de la unidad nos seguiría. A saltos alcanzamos una depresión y a unos setecientos metros al oeste de la granja Brière empezamos a subir en la dirección de la batería francesa. A juzgar por el sonido de los cañones, estábamos separados por unos escasos cien metros. A nuestra izquierda los elementos avanzados del 127.º de Infantería estaban cerrándose sobre la granja. Se estaba haciendo de noche. De repente nuestras propias tropas abrieron fuego sobre nosotros desde la granja; el 127.º debió habernos tomado por franceses.

El fuego se volvió más intenso y nos obligó a echarnos cuerpo a tierra. Tratamos de sacarles de su error agitando nuestros cascos y pañuelos, pero fue inútil. No teníamos cobertura cerca, y las balas de fusil caían en la hierba a pocos centímetros. Pegamos nuestros cuerpos contra el suelo y nos resignamos a ser acribillados por nuestra propia gente, por segunda vez en el curso de unas pocas horas. Los segundos parecieron una eternidad; y podía oír a mis hombres refunfuñar cuando las balas pasaban silbando sobre

nosotros. Rezamos para que llegase la oscuridad ya que su amparo nos ofrecía nuestra única oportunidad de salvación. Al fin dejaron de disparar. Para no atraer más fuego, permanecimos donde estábamos, y sólo después de esperar varios minutos nos arrastramos de vuelta a la hondonada a nuestra espalda. ¡Lo conseguimos! Mis doce hombres estaban ilesos.

Ya era muy tarde para atacar a la batería francesa y yo había perdido mi cuajo para hacerlo. La luna derramaba una pálida luz a través de las nubes ralas mientras nos dirigíamos de vuelta al interior de los bosques de Doulcon, el escenario de la batalla de la tarde. No encontramos rastro alguno de la compañía. Más tarde me enteré de que un soldado le había dicho al *Feldwebel* que yo había resultado muerto en el combate en los bosques. El *Feldwebel* había reunido a la unidad y la había llevado de vuelta a nuestro batallón en las inmediaciones de Mont.

Atravesando los bosques de Doulcon, oímos los quejidos de hombres heridos por todas partes a nuestro alrededor. Era un sonido estremecedor. Un hilo de voz llamó desde un arbusto cercano «*Kamerad, kamerad!*». Un jovencito del 127.º yacía con una herida en el pecho sobre el frío y duro suelo. El pobre chaval sollozaba cuando nos inclinamos sobre él —no quería morir—. Lo envolvimos en su abrigo y media tienda, le dimos algo de agua, y lo pusimos lo más cómodo posible. Escuchamos entonces las voces de hombres heridos por todas partes. Uno llamaba de modo sobrecogedor a su madre. Otro rezaba. Otros gritaban de dolor y mezcladas con esas voces escuchamos el sonido del francés: «*Des blessés, camarades*!». Fue terrible oír a los hombres que sufrían y estaban moribundos. Ayudamos a amigos y enemigos sin distinción, les dimos nuestro último mendrugo de pan y nuestra última gota de agua. No podíamos mover a los hombres gravemente heridos para sacarlos de aquel terreno agreste sin camillas, porque nuestros improvisados métodos de transporte sólo darían como resultado un número añadido de muertes dolorosas. Exhaustos y hambrientos llegamos a Mont poco antes de medianoche. La aldea había sufrido mucho, con varias casas totalmente demolidas por el bombardeo. Caballos muertos yacían en las estrechas calles. En una de las casas encontré una compañía médica. Describí la localización de los heridos en el bosque de Doulcon a su comandante e hice

los arreglos para su cuidado. Uno de mis hombres se presentó voluntario como guía. Después busqué por los alrededores refugio para la noche. No había ni rastro de mi batallón.

En una de las casas vimos una luz brillando a través de las contraventanas cerradas. Entramos, y encontramos a una docena de mujeres y niñas que parecieron espantadas ante nuestra aparición. En francés, pedí comida y un lugar para dormir para mí y mis hombres. Se nos proporcionaron ambos, y pronto estábamos profundamente dormidos sobre jergones limpios. Al romper el alba comenzamos a buscar al 2.º Batallón y lo encontramos justo al este de Mont.

Hubo sorpresa general a nuestro regreso, ya que habíamos sido dados por perdidos. El *Oberleutnant* Aichholz tomó entonces el mando de la 7.ª Compañía. Al caer la tarde encontramos acantonamientos en Mont, y nuestra compañía apostó centinelas en la entrada suroeste. Yo dormí maravillosamente en una auténtica cama, pero no hasta que hube forzado al encargado francés de alojamiento de tropas local a soltar un par de botellas de vino para Hänle y para mí. Desgraciadamente las picaduras de chinche me recordarían durante días mi principesco cubil de esa noche.

Observaciones: El ataque a la compañía de ingenieros que descansaba a la cabeza del grueso de las tropas nos enseña que todas las unidades de un grupo deben encargarse de su propia seguridad. Esto es especialmente cierto en terreno accidentado y cuando nos enfrentamos a un enemigo altamente móvil.

En los bosques al este de Dun, la 7.ª Compañía estuvo bajo intenso fuego de artillería francés durante un considerable periodo. De haber alcanzado la columna una de estas granadas, al menos dos escuadras hubieran sido aniquiladas simultáneamente. Con el redoblado poder de las armas modernas, una mayor dispersión y la preparación de pozos de tirador es vital para la seguridad de cualquier unidad. Empieza a atrincherarte antes del primer bombardeo enemigo. Demasiado trabajo con la pala es mejor que demasiado poco. El sudor ahorra sangre.

Como demuestra el ejemplo de Mont, un minucioso registro de cualquier localidad previamente ocupada por el enemigo es necesario. Los veintiséis franceses capturados estaban quizás escurriendo el bulto, o bien podrían haber sido dejados atrás para emboscarnos cuando atravesáramos el pueblo.

El informe de un destacamento de reconocimiento de caballería de que había recibido disparos desde Mont media hora antes provocó que nuestra propia artillería disparase sobre Mont cuando ésta estaba en realidad en manos del 124.º de Infantería. Se produjeron bajas innecesarias. Debe mantenerse el enlace artillería-infantería. La artillería debe mantener una observación ininterrumpida sobre el campo de batalla.

Marchar o detenerse en columna cerrada dentro del alcance de la artillería del enemigo es una mala costumbre, como muestra el bombardeo francés de la compañía detenida en los bosques de Doulcon. Con artillería moderna se hubieran producido bajas muy altas. La lucha en los bosques de Doulcon enfatiza las dificultades de la lucha en los bosques. Uno no ve al enemigo. Las balas impactan con gran ruido contra los árboles y ramas, innumerables rebotes llenan el aire, y es complicado decir de dónde proviene el fuego enemigo. Es difícil mantener la dirección y el contacto en la primera línea; el mando puede controlar sólo a los hombres más cercanos a él, permitiendo a las demás tropas desentenderse de su autoridad. Excavar abrigos en un bosque es difícil a causa de las raíces. La posición de la primera línea se vuelve insostenible cuando —como en los bosques de Doulcon— las propias tropas de uno abren fuego por la espalda, ya que la primera línea queda cogida entre dos fuegos. En los avances, así como en la lucha en zonas boscosas, es recomendable tener el máximo número de ametralladoras lo más adelante posible. Será necesario disparar la ametralladora en movimiento en caso de encuentros fortuitos o mientras se está trabado en el asalto.

Capítulo 2

Batallas en Gesnes, bosques de Defuy y Rembercourt

I. El combate en Gesnes

En las más tempranas horas del 2 de septiembre de 1914, el batallón se encaminó hacia Villers-devant-Dun, donde tuvimos un corto descanso. Después el batallón se reunió apresuradamente con el regimiento y, bajo un caluroso sol, marchó por Andeville y Remonville hasta Landres. El enemigo se había retirado y el Mosa quedaba a nuestra espalda. La moral estaba alta a pesar de las batallas y las fatigas de los últimos días. La banda tocaba como si estuviésemos en unas maniobras. Hacia el sur en la dirección de Verdún podíamos ver los fogonazos de la artillería y escuchar los obuses estallar. Marchábamos hacia el oeste entre el calor y el polvo.

En Landres, por la tarde, giramos súbitamente hacia el sureste. Sobre caminos miserables y a través del terreno muy boscoso, el 124.º de Infantería se apresuraba en ayuda de la apurada 11.ª División de la Reserva. En los bosques a kilómetro y medio al noroeste de Gesnes, la artillería francesa acertó con el alcance y nos dio la bienvenida con una lluvia de metralla. El batallón hizo alto y yo fui enviado por delante en la dirección de Gesnes para encontrar una carretera que ofreciese algún abrigo contra este fuego de artillería. Acompañado por un suboficial, me desplacé por entre una espesa maleza hacia el borde sur de los bosques donde nos vimos obligados a ponernos a cubierto debido al intenso fuego que barría la linde de los bosques desde la derecha. Continuamos hacia la izquierda y descubrimos una carretera bastante bien protegida. Al volver descubrimos que el batallón se había movido. Hänle estaba esperando solo con el caballo e informó de que la columna había salido marchando hacia la derecha. Al

frente estaban cayendo obuses enemigos a lo largo del linde de los bosques. Acompañado de Hänle y el suboficial, avancé a caballo hacia Gesnes, a fin de dar alcance a la unidad, sobre la carretera que acababa de reconocer. Al dejar el borde de los bosques no pude localizar al batallón. Quizás éste ya había pasado al otro lado de la colina de camino a Gesnes. Una compañía que se había quedado sin oficiales de la 11.ª División de la Reserva me pidió que asumiese el mando. Pronto otras tres compañías sin oficiales me estaban siguiendo. Desplegando, llevé mi relativamente numerosa fuerza desde el borde de los bosques en dirección a Gesnes. Sobre una ladera a mil doscientos metros al noroeste de Gesnes nos detuvimos y reorganizamos y el resultado fue bastante impresionante. La cresta de la colina ante nosotros estaba bajo intenso fuego proveniente de fusiles, ametralladoras y artillería franceses. Nuestras propias tropas parecían estar trabadas en combate allí. Mientras mi nueva formación estaba siendo reorganizada, yo me adelanté cabalgando y dejé atado mi caballo a un arbusto sobre la contrapendiente a poca distancia por detrás de nuestra línea de guerrilla. Arriba encontré elementos del 1.er Batallón, 124.º de Infantería, mezclados con tropas del 123.º Regimiento de Granaderos, todos empeñados en un violento tiroteo con el enemigo en las colinas al sur y suroeste de Gesnes. Nuestro ataque había quedado detenido al hacer frente a un potente fuego de armas cortas y artillería y los hombres se estaban atrincherando.

El enemigo estaba bien enmascarado y era difícil de localizar incluso con prismáticos de campaña y su artillería nos hacía la vida miserable. Nadie había visto al 2.º Batallón. ¿Estaba aún en los bosques a nuestra retaguardia? Volví al galope. Por el camino me encontré con el *Oberst* del 123.º Regimiento de Granaderos y le di la novedad relativa a la situación en la colina, dándole la posición del batallón que se había puesto espontáneamente bajo mis órdenes. Para mi profundo pesar, un oficial más antiguo recibió el mando de esta unidad y yo quedé libre para continuar mi búsqueda del 2.º Batallón, 124.º de Infantería. No pude encontrarlo y cabalgué de vuelta a la línea de fuego sobre la colina mil doscientos metros al noroeste de Gesnes, recogiendo efectivos del 1.er Batallón, 124.º de Infantería, que quedaban por allí. Pronto tenía alrededor de unos cien hombres conmigo.

Las baterías francesas iniciaron un fuego rápido, y durante los siguientes minutos el infierno se desató a nuestro alrededor; después, una tras otra, las baterías francesas dejaron de disparar y finalmente todo quedó en silencio. La noche cayó y excepto por esporádicos rebrotes el fuego de fusilería fue apagándose. Continué buscando al 2.º Batallón en las colinas al oeste de Gesnes hasta tarde, pero tenía la suerte en contra y regresé con mis hombres. Todos estaban agotados y hambrientos ya que no habían comido desde primera hora de la mañana. Desafortunadamente no podía darles sus raciones y tenía mis dudas respecto a si las cocinas habrían conseguido pasar de los bosques alrededor de Gesnes. Mi intención era emprender el viaje de regreso al alba en la dirección de Exermont donde tenía la esperanza de localizar a mi regimiento. La noche transcurrió sin incidentes y hacia la mañana tuvimos un decidido descenso de la temperatura. Mi quejumbroso estómago hizo las veces de despertador.

Al amanecer, el fuego de armas ligeras francés empezó de nuevo a lo largo de un amplio frente. Nos retiramos en dirección a Exermont, y en una hondonada a dos kilómetros al nordeste de aquel lugar encontré el puesto de mando del regimiento cerca del cual localicé al 2.º Batallón, 124.º de Infantería, que estaba como reserva del regimiento. Después de informar me dieron un nuevo trabajo. El ayudante del batallón era baja, y se me ordenó tomar su lugar. La situación de los víveres no era mejor aquí que más cerca del frente, así que comí algunos granos de trigo para acallar las protestas de mi estómago.

Podía escucharse de nuevo el fuego de armas ligeras de infantería, pero la artillería había cesado de disparar. Sobre las nueve de la mañana, el jefe del batallón me llevó con él de reconocimiento. El 1.er y 2.º Batallones ocupaban la línea de colinas entre Exermont y Gesnes. Durante nuestra cabalgata tuvimos amplía oportunidad para ver los resultados del último día de combates. Había muertos por doquier, y entre ellos reconocimos los cuerpos del *Hauptmann* Reinhardt y el *Leutnant* Holmann que habían caído el día anterior. Nuestra propia línea de frente estaba ahora atrincherada y el enemigo que aún ocupaba la granja Tronsol apenas se dejaba ver. Regresamos al batallón.

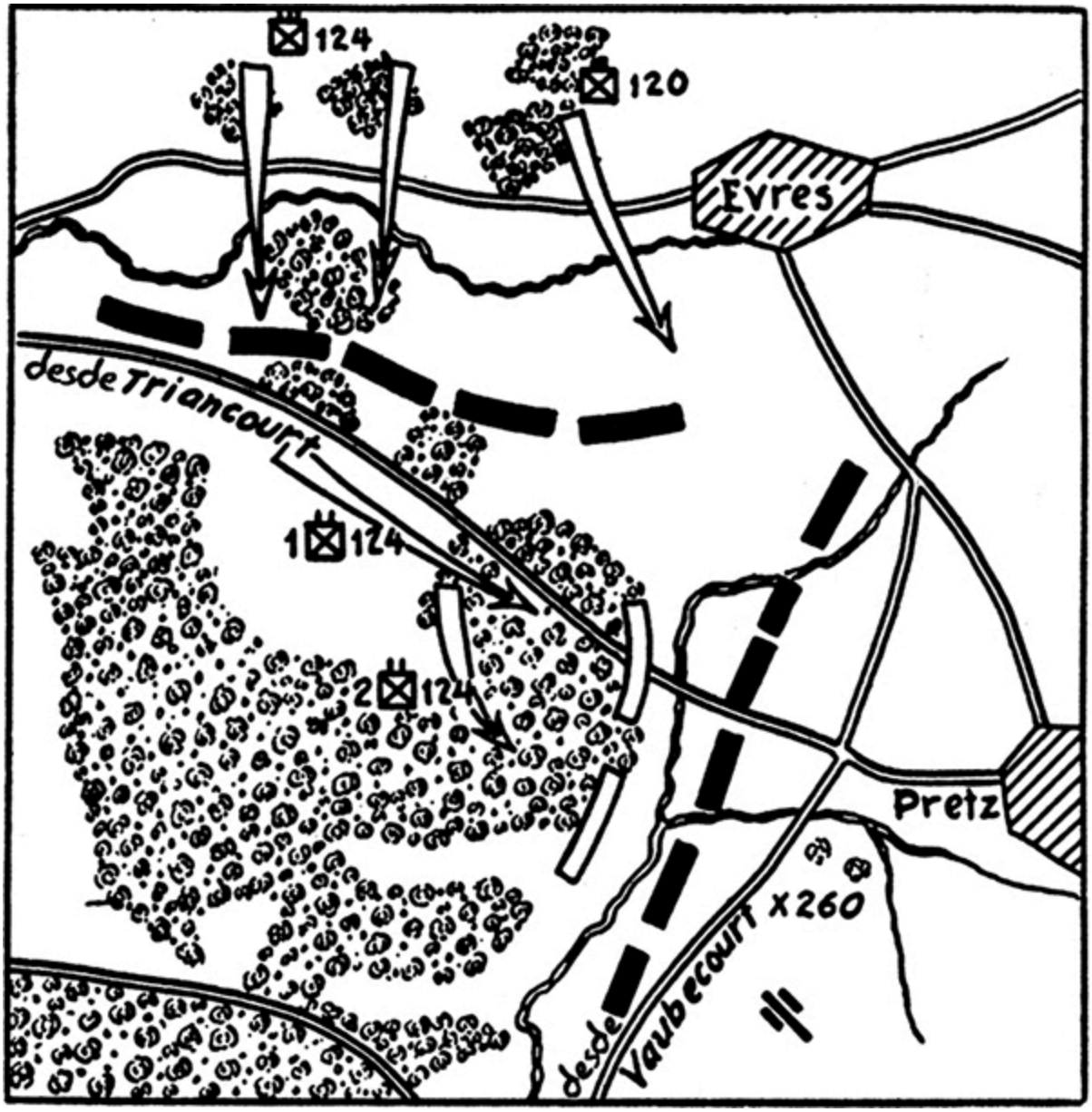
Mi siguiente tarea fue encontrar las cocinas del batallón y traerlas hasta las tropas. Era ésta una tarea imperativa, ya que las tropas no habían comido en más de treinta horas. Para complicar las cosas, nadie sabía donde estaban las cocinas de campaña. Comencé por registrar Gesnes y los bosques de Romagne y después proseguí hasta Romagne. Este último estaba lleno de vehículos pertenecientes a la 11.ª División de la Reserva. Mi siguiente parada fue en Gesnes porque recordé que las cocinas habían recibido orden de ir allí vía Exermont, y tuve el presentimiento de que las encontraría cerca de nuestras primeras líneas. Gesnes estaba vacío, y me dirigí hacia Exermont que estaba en el valle entre los dos frentes. El fuego desde las alturas a ambos lados había cesado, y un kilómetro y medio al suroeste de Gesnes me topé con el tren de combate completo del 2.º Batallón. Mi corazonada era correcta ya que estaban por delante de la línea del frente. Poco después, algunos exploradores llegaron con la noticia de que el regimiento tenía orden de avanzar en un cuarto de hora. Así las cosas, dejé las cocinas donde estaban.

Las colinas alrededor de la granja Tronsol fueron tomadas sin más oposición. El enemigo se había replegado por el sur dejando unos pocos muertos y heridos atrás. El regimiento vivaqueó en tiendas en las inmediaciones de la granja. Mi caballo recibió un cubículo en el establo. Estaba necesitado de atenciones después de varios días extenuantes y noches frías.

II. Persecución a través del Argonne. Acción en Pretz

El 4 de septiembre marchamos hasta Boureuilles, pasando por Eglisfontaine-Very-Cheppy y Varennes. Las carreteras daban testimonio de una precipitada retirada enemiga: fusiles, mochilas y vehículos abandonados. Debido al calor y la carretera llena de polvo, avanzamos con lentitud, alcanzando Boureuilles a altas horas de la noche. Durante la noche mi delicado estómago me privó una vez más del merecido sueño. Al día siguiente marchamos a través del Argonne hasta Briceaux, pasando Clermont y Les Ilettes. No hicimos contacto con el enemigo, pero supimos

que su retaguardia se había retirado una hora antes de llegar nosotros. Verdún quedaba a veintisiete kilómetros al nordeste de Briceaux. Fuimos bien acuartelados en Briceaux, pero nadie era demasiado difícil de contentar. Un jergón y un bocado para comer eran bastante. El Hauptmann Ullerich tomó el mando del 2.º Batallón. Al romper el día, 6 de septiembre, enviamos un destacamento de reconocimiento montado que recibió disparos desde los bosques un poco al sur de Briceaux. Sobre las 9.00 el regimiento dejó Briceaux, moviéndose desplegado hacia el suroeste. En Longues Bois nuestros elementos de vanguardia tropezaron con el enemigo. El 1.er Batallón atacó y rápidamente capturó la carretera general Triancourt-Pretz. Unos pocos soldados franceses fueron hechos prisioneros.



Croquis 4: El ataque a Pretz.

El 1.er Batallón presionó carretera abajo hacia Pretz con el 2.º Batallón tras él. Sendos oquedales bordeaban ambos lados de la carretera. Por la izquierda tenían lugar violentos combates. Al llegar al borde meridional de los bosques, el 1.er Batallón topó con fuerzas enemigas más fuertes. Empezó un intenso tiroteo a una distancia de menos de cien metros. Pero una vez más la artillería francesa complicó las cosas. Aparentemente estaban bien abastecidos de munición así que lanzaban un fuego de lo más

efectivo y flexible. El 2.º Batallón entró en los bosques, pero la artillería pronto volvió el lugar insostenible.

Hacia el mediodía se ordenó al 2.º Batallón avanzar a lo largo del límite suroeste de los bosques hasta un punto a dos kilómetros al oeste de Pretz y después atacar a la derecha del 1.er Batallón para tomar la Cota 260.

Nos pusimos en marcha con el *Leutnant* Kirn al mando de la punta. Alcanzamos la Cota 241 sin encontrar al enemigo. Desde aquí tuvimos que caminar a través de altos arbustos que casi cubrían el estrecho sendero. A unos cien metros de la linde de los bosques, vimos repentinamente a un numeroso destacamento de exploración francés ante nosotros. Ambos bandos abrimos fuego a corta distancia y los franceses se retiraron sin inflingirnos ninguna baja. Al mirar a nuestro alrededor vimos que habíamos perdido contacto con el batallón. A fin de reestablecerlo, la punta se detuvo y yo cabalgué de vuelta y encontré al batallón a cierta distancia a la izquierda de los bosques. Informé de la reciente acción y la retirada del enemigo. La marcha sobre la Cota 214 continuó pero después de avanzar unos pocos cientos de metros, el fuego de artillería francés obligó al batallón a echarse cuerpo a tierra. Durante varios minutos fuimos sometidos a una auténtica granizada de fuego de artillería que imposibilitaba cualquier movimiento. Los hombres se cubrieron lo mejor que pudieron detrás de árboles, en hondonadas e incluso detrás de mochilas amontonadas. Sufrimos una única baja.

Cuando el fuego se hizo menos intenso, galopé a través de los bosques a la izquierda para restablecer contacto con el 1.er Batallón. Los suelos de los bosques resultaron ser demasiado cenagosos. Sin haber podido cumplir mi misión, regresé y me las arreglé para avanzar a pie a lo largo del borde oriental de los bosques. A menudo el enemigo disparó sobre mí, desde una altura de 350 metros al este de los bosques. Al fin localicé a la 3.ª Compañía que había retrasado su ataque a la espera de nuestro asalto.

Inmediatamente tras mi regreso, el batallón lanzó su ataque en dirección a la Cota 260 con las 6.ª y 8.ª Compañías en orden de asalto. Los franceses abandonaron sus posiciones y se replegaron. Ni siquiera la artillería francesa que había sido la cruz de nuestra existencia todo el día daba ya muchas señales de vida. Tomamos la Cota 260 e hicimos llover fuego sobre

el enemigo en retirada. La caída de la noche puso fin a la lucha. Se enviaron exploradores y las unidades se atrincheraron. A la derecha y delante de nosotros vimos montones de granadas en la posición abandonada de una batería. Yo fui enviado a retaguardia para informar al puesto de mando del regimiento y traer conmigo las cocinas. Los hombres no habían tenido nada que comer desde que dejaran Briceaux.

El *Oberst* Haas alabó el trabajo del 2.º Batallón.

Encontré las cocinas de campaña sobre la carretera general Pretz-Triancourt. Llegaron al batallón a las nueve de la noche, y los hambrientos hombres finalmente pudieron comer algo caliente.

Para entonces teníamos una línea de teléfono con el puesto de mando del regimiento y era ya pasada la medianoche cuando recibimos la orden del día siguiente. Nuestros exploradores iban y venían. Aunque el enemigo no nos molestó, hubo poco tiempo para el descanso.

III. Ataque a los bosques de Defuy

Durante la noche nuestros elementos de reconocimiento pudieron establecer que el enemigo había tomado una posición defensiva distante unos tres kilómetros en el bosque de Defuy. El regimiento ordenó que el 2.º Batallón cruzase la carretera general a las 6.00 y tomase los bosques. Unidades del 123.º Regimiento de Granaderos debían avanzar a nuestra derecha.

A la Hora H, el batallón atacó con dos compañías (6.ª y 7.ª) en orden de combate y dos compañías (5.ª y 8.ª) escalonadas hacia atrás por la izquierda. Nuestro flanco izquierdo avanzó hacia el extremo nordeste de los bosques. Yo cabalgaba entre la 6.ª y 7.ª compañías. Ni rastro de los granaderos a nuestra derecha. En ese momento recibimos esta orden: «Suspendan el avance. Permanezcan donde se encuentran».

Transmití la orden y galopé de regreso al puesto de mando del regimiento en la Cota 260 para descubrir el cómo y por qué de la orden. El *Oberst* Haas quería que se retrasase el ataque hasta que el 123.º pudiera ponerse en marcha y no tenía ni idea de cuando sería eso. Mientras tanto la artillería francesa se había vuelto activa y estaba lanzando su fuego sobre

las dos compañías de reserva que estaban apiñadas juntas al descubierto. Los observadores de artillería franceses tenían una excelente vista de nuestras líneas desde el borde norte de los bosques.

Salí como una exhalación hacia el frente con la orden del batallón para que el escalón de asalto se atrincherase en los campos de patatas y parcelas de verdura. En mi camino de retorno, una batería francesa me puso en su punto de mira, y tuve que zigzaguear para evitar que me diese la metralla que estaba lanzando en mi dirección.

El fuego de artillería francés, al que se unieron cañones medios, adquirió mayor intensidad. La 5.ª Compañía estaba tendida en el suelo en columna cerrada, y una sola granada borró de un plumazo dos escuadras enteras. Las unidades de primera línea estaban bien enmascaradas y atrincheradas y por eso no compartieron el destino de la 5.ª Compañía.

Una batería del 49.º Regimiento de Artillería, que se unió a la refriega desde posiciones cerca de la Cota 260 recibió un severo vapuleo del fuego de contrabatería francés.

Los puestos de mando del batallón y el regimiento estaban situados muy cerca uno del otro en un desmonte sobre la carretera general a dos kilómetros al nordeste de Vaubencourt. No tardaron mucho las baterías francesas en disparar una extremadamente densa concentración sobre la cortadura. ¡Y no es de extrañar! El continuo tráfico de mensajeros y jinetes, por no mencionar los numerosos puestos de observación, habían delatado la posición. Este tiro de hostigamiento se mantuvo durante horas, y tuvimos que abortar el ataque. Mi litera para la noche fue la zanja que corría paralela a la carretera donde traté de recuperar algo del sueño perdido. Nos habíamos acostumbrado para entonces de tal manera al bombardeo que ni siquiera las detonaciones en nuestra inmediata vecindad nos molestaban demasiado. Aunque el fuego había desmochado la mayoría de los árboles que lindaban con nuestra parte del camino durante el día, nuestras bajas fueron pequeñas. Justo antes de oscurecer, una orden para reanudar el ataque puso fin a nuestro ocioso cavilar. Con el 123.º Regimiento de Granaderos a su derecha, el 3.er Batallón avanzó hasta ponerse a la derecha del 2.º Batallón. Mientras estas maniobras estaban teniendo lugar el fuego de artillería francés aflojó y después se extinguió.

Cabalgué hacia el frente y puse al batallón en movimiento. Sorprendentemente, no tropezamos con ningún fuego de armas cortas o de artillería. ¿Había salido corriendo otra vez el enemigo?

La primera línea —una línea de escaramuza a intervalos de cuatro pasos — cruzó el terreno bajo seiscientos metros al noroeste de los bosques y subió la ladera. A la derecha los granaderos y el 3.er Batallón iban alineados uno con otro. La reserva (el 1.er Batallón, 124.º de Infantería y la Compañía de Ametralladoras) nos seguía a un par de centenares de metros por detrás de las tropas que atacaban.

Yo cabalgaba detrás de la 7.ª Compañía que estaba en el extremo izquierdo. Caía el crepúsculo.

Todo siguió en calma hasta que estuvimos a unos 150 metros de los bosques, cuando, para nuestra sorpresa, los franceses abrieron fuego sobre nosotros. Se trabó un activo tiroteo, y las reservas de las compañías fueron llamadas con gran rapidez y se echaron a tierra junto a los hombres de la primera línea. Nadie tenía mucha protección, y el intenso fuego hizo que todo el regimiento buscase cobertura. Algunas de las secciones de ametralladoras hicieron entrar sus armas en posición y abrieron fuego sobre los franceses. Estaban tratando de realizar un disparo por encima de las cabezas de las fuerzas propias en primera línea, pero los gritos que llegaron desde delante nos indicaron que nuestras ametralladoras estaban disparando sobre nuestros elementos de vanguardia. Toda la acción había terminado en menos tiempo del que hace falta para contarla.

Montado a caballo en el extremo del flanco izquierdo del batallón, galopé cruzando el batallón hasta las ametralladoras, hice que cesaran el fuego, desmonté y le entregué mi caballo al primer hombre que andaba por allí y después me hice cargo de una sección que llevé a la izquierda del batallón. Allí la ametralladora fue emplazada diligentemente y abrió fuego sobre el enemigo. Amparados por este apoyo de fuego adicional reanudamos el ataque junto a las unidades de la derecha. Atrás quedaban todos los signos de fatiga y agotamiento; nuestro ardor guerrero alcanzaba el paroxismo y queríamos llegar a las manos con el enemigo. El fuego de fusil abría claros en nuestras filas, pero no nos detuvo, e irrumpimos violentamente en los bosques sólo para encontrarnos que los franceses

habían, una vez más, dado media vuelta y abandonado sus posiciones. El regimiento ordenó que se limpiasen los bosques pero la tupida maleza no hacía esa tarea fácil. ¿Por qué no rodear los bosques y copar a los franceses? No me llevó mucho decidirme. Con dos escuadras y la sección de ametralladoras pesadas subí por la ladera a la izquierda de los bosques. Allí no había sotobosque que nos ralentizase y no podíamos imaginarnos al enemigo moviéndose a través de los bosques tan rápido como nosotros estábamos avanzando alrededor de ellos. Sin aliento, finalmente llegamos al ángulo oriental de la espesura. Aún estaba lo suficientemente claro como para disparar y observamos que teníamos un campo de tiro que cubría la salida meridional de los bosques a lo largo de una distancia de varios centenares de metros. Febrilmente pusimos las ametralladoras pesadas en posición y los fusileros se ocultaron cerca del ángulo oriental a lo largo del límite boscoso. Esperábamos que el enemigo emergiese de entre los árboles en cualquier momento. A la derecha y a retaguardia podíamos escuchar órdenes en alemán.

Pasaron los minutos sin señal del enemigo y lentamente la luz fue desvaneciéndose. Allá por la izquierda los edificios en llamas en Rembercourt iluminaban el cielo. Mi conciencia me amonestaba por que había tomado la sección de ametralladoras pesadas sin el permiso del comandante del regimiento. Como todas las perspectivas de un combate se habían desvanecido, liberé a la sección y la devolví a su compañía. Apenas habían partido cuando uno de los fusileros señaló una columna de hombres, visibles a la luz de los fuegos de Rembercourt, cruzando sobre la cresta desnuda de la colina a unos ciento cincuenta metros más allá. ¡Franceses! Pude distinguir sus quepis y bayonetas con mis prismáticos. No había duda de que el enemigo se estaba retirando en orden cerrado. Lamenté haber despedido a la sección de ametralladoras sólo unos pocos minutos antes pero era demasiado tarde para anular la orden.

Mis dieciséis fusiles rompieron fuego rápido contra el enemigo. Al contrario de lo que esperábamos, el francés no se desbandó y huyó, sino que se lanzó sobre nosotros gritando «*en avant!*». A juzgar por el volumen del sonido, debió haber habido allí una o dos compañías. Disparábamos tan rápido como éramos capaces pero ellos seguían acercándose. Retuve a

empujones a algunos de mis hombres que estaban a punto de retirarse por propia iniciativa. Aparentemente nuestro fuego estaba obligando al enemigo a echarse cuerpo a tierra. Era difícil distinguir a los soldados enemigos contra la lisa tierra de pasto y a la luz de los edificios que ardían en Rembercourt. Sus elementos más adelantados estaban a unos treinta o cuarenta metros enfrente de nosotros. Me había convencido de no ceder a su superioridad numérica hasta que no estuviesen listos para lanzar una carga a la bayoneta. La carga nunca tuvo lugar.

Nuestro fuego había enfriado el entusiasmo del enemigo por el ataque. El grito de guerra «*en avant!*» cesó. Solo cinco caballos de carga franceses, que transportaban dos ametralladoras continuaron avanzando hasta llegar al borde de los bosques donde fueron capturados. Se hizo el silencio a nuestro alrededor. Al parecer el enemigo se estaba retirando hacia Rembercourt. Un piquete de reconocimiento que salió y reunió una docena de prisioneros informó de que unos treinta franceses muertos y heridos alfombraban el campo.

¿Dónde estaba el 2.º Batallón? Aparentemente no había continuado presionando a través de los bosques de Defuy como se le había ordenado. Para restablecer el contacto me dirigí de vuelta hacia el ángulo noreste de los bosques con dos hombres que llevaban consigo los prisioneros y bestias de carga. Dejé al resto de mis dos escuadras en posición.

De camino, me topé con el comandante del regimiento. El *Oberst* Haas no estaba para nada satisfecho con lo que había pasado en la linde de los bosques. Su opinión era que yo no había estado disparando contra franceses sino sobre elementos del Regimiento de Granaderos. Ni siquiera los prisioneros y los caballos de carga con sus ametralladoras consiguieron convencerle.

Observaciones: El ataque del 7 de septiembre contra los bosques de Defuy tuvo que ser realizado sobre un terreno que tenía tres kilómetros de anchura y ofrecía poco o ningún abrigo. Por orden del regimiento el ataque fue retenido porque la unidad a la derecha no había avanzado. Al mismo tiempo, la artillería francesa comenzó un fuerte bombardeo. Los elementos desplegados del 2.º Batallón pronto se pusieron a cubierto en el campo de

patatas y encontraron protección al cavar con sus útiles. No sufrieron bajas a pesar del fuerte bombardeo de artillería que duró todo el día. En el otro extremo, el orden cerrado de una de las compañías de reserva significó fuertes pérdidas por el fuego de artillería enemigo. Esto nos enseña otra vez que ninguna aglomeración es permisible dentro del alcance de la artillería enemiga y vuelve a enfatizar la importancia del útil.

Los puestos de mando del regimiento y batallón estaban situados a escasa distancia en un desmonte de la carretera general. Su localización fue revelada al enemigo por el gran número de mensajeros que convergían allí desde todas las direcciones. El enemigo reaccionó correctamente y cubrió el lugar con fuego de artillería. Los puestos de mando deben ser dispersados.

Todo tráfico, sea a pie o montado, debe aproximarse por caminos y senderos ocultos a la observación enemiga. El enemigo no debe ser capaz de distinguir un puesto de mando; así pues, no se escoja una conspicua colina para su emplazamiento. Después de oscurecer, el fuego de la artillería francesa cesó. Se estaba desplazando hacia la retaguardia, probablemente para evitar la captura en caso de un ataque nocturno alemán. La infantería francesa dejó a los alemanes aproximarse hasta 150 metros antes de abrir fuego, se empeñó en un tiroteo de unos pocos minutos de duración y después, escudada por los bosques y la oscuridad en ciernes, rompió el contacto y se retiró. Nuestras pérdidas fueron fuertes; al final del día 7 de septiembre teníamos 5 oficiales y 240 hombres en nuestra lista de bajas regimental.

En la excitación del combate, elementos de la compañía de ametralladoras dispararon por encima de las cabezas de la abarrotada línea de infantería tendida a cuatrocientos metros por delante de ellos en una pendiente ascendente en un intento por alcanzar al enemigo en la linde de los bosques seiscientos metros más allá. Esto creó una situación muy peligrosa para las unidades de primera línea. Creyendo que la resistencia del enemigo había acabado, abandonamos nuestra formación de asalto en profundidad y trajimos las reservas y unidades de ametralladoras a primera línea. Pagamos un alto precio por este error táctico cuando el enemigo abrió

fuego sobre nosotros con un certero tiro de fusil a un alcance de ciento cincuenta metros.

En situaciones similares algunos de los soldados perderán a menudo su temple y saldrán corriendo en busca de abrigo. El comandante debe tomar acciones vigorosas, usando sus armas personales de ser necesario.

IV. Acción en los bosques de Defuy

El regimiento ordenó al 3.er Batallón que estableciese una posición defensiva a lo largo del borde sur de los bosques de Defuy con el ala izquierda descansando sobre el ángulo oriental de la zona boscosa. A un lado de los bosques, el 2.º Batallón debía prolongar la línea a la izquierda del 3.er Batallón. El 1.er Batallón estableció la línea de reserva del regimiento al norte de los bosques de Defuy. El puesto de mando del regimiento estaba a la izquierda del 1.er Batallón.

El sector asignado al 2.º Batallón —un cerro largo y pelado, carente de abrigo— no nos agradó en absoluto. Las posiciones en aquel cerro estarían especialmente expuestas al fuego de artillería francés. Hubiéramos preferido las posiciones del 3.er Batallón en los bosques.

Nuestras recientes experiencias no nos indicaban más que una manera de mantener bajo el número de bajas: la trinchera profunda. Se asignaron los sectores de las compañías, y a los jefes de compañía —tres de ellos jóvenes *Leutnants*— se les recalcó la vital necesidad de asegurarse de que los hombres cavasen sin prestar atención al cansancio. La parte principal del trabajo tenía que estar terminada antes de medianoche. Entre esa hora y el alba podían tomarse unas pocas horas de descanso, pero poco antes del amanecer el trabajo debía continuarse. Las trincheras debían alcanzar los ciento ochenta centímetros de profundidad.

Pronto el batallón entero estaba cavando con ahínco. La violencia del fuego de artillería enemigo el día anterior nos había inculcado a todos el valor del trabajo con la pala. Incluso la plana del batallón consistente en el jefe del batallón, ayudante, y cuatro mensajeros cavó con sus propios

medios una trinchera de seis metros detrás del centro de la 8.ª Compañía que estaba situada a la derecha en la primera línea. El trabajo era fatigoso, el suelo resultó ser duro como una roca, y era casi imposible hacer nada con las palas de campaña. Dado que sólo había unos pocos picos disponibles nuestro progreso fue muy lento. Los hombres no habían comido desde las cinco de la mañana, y a las diez y media de la noche el comandante del batallón me envió a Pretz para traer las cocinas. Regresé a medianoche con correo y con comida. Éste era el primer correo que habíamos recibido desde el inicio de la guerra.

Después de varias horas de cavar la trinchera sólo tenía unos cuarenta y cinco centímetros de profundidad, lo que ciertamente era protección insuficiente contra el fuego de artillería hostil. Eso significaba más trabajo antes de la mañana, pero en ese momento concreto, a medianoche, los hombres estaban completamente agotados. Primero debían ser alimentados y dárseles algún descanso. Las cocinas llegaron, los hombres recibieron comida, y el correo fue distribuido. En la angosta trinchera y a la luz de una vela los hombres leyeron cartas que habían sido enviadas desde casa semanas antes. Las cartas venían de otro mundo, y sin embargo no habíamos estado ausentes durante años; sólo unas pocas semanas llenas de acontecimientos. Terminada la comida, de vuelta a nuestros picos y palas. La plana del batallón no descansó hasta primera hora de la mañana, para cuando nuestra trinchera tenía alrededor de un metro de profundidad. Nuestras manos llenas de ampollas dolían, y estábamos tan cansados que no sentimos ninguna incomodidad en dejarnos caer a dormir sobre el duro suelo en mitad del silencio de una mañana de principios de septiembre.

¡Y de nuevo las compañías volvieron al trabajo! En el extremo oriental de los bosques vimos una sección de cañones del 49.º de Artillería de Campaña entrando en posición en la demarcación del 2.º y 3.er Batallones y a unos treinta metros por detrás de la línea del frente.

El 8 de septiembre no hubo actividad durante las primeras horas de la mañana. En el otro lado del valle, los prismáticos mostraban posiciones defensivas enemigas en las cotas 267 y 297 (al oeste y noroeste de Rembercourt). Teníamos contacto visual con nuestros vecinos a la izquierda, el 120.º Regimiento de Infantería situado en la Cota 285, y se

habían hecho preparativos para batir la brecha de quinientos cincuenta metros por el fuego. Las 5.ª y 8.ª Compañías estaban en primera línea; las 6.ª y 7.ª Compañías estaban escalonadas detrás de los flancos derecho e izquierdo respectivamente. El comandante del batallón me llevó consigo en su ronda de inspección, y encontramos a los hombres trabajando duro. En algunos lugares la trinchera tenía ahora ciento cincuenta centímetros de profundidad.

La artillería francesa rompió el fuego a las 6.00 y el intenso fuego dirigido contra nosotros hizo palidecer todos sus esfuerzos previos. El aire se llenó de ruido y furia, y el suelo a nuestro alrededor temblaba como si un terremoto nos hubiera alcanzado. La mayor parte del fuego era con espoletas de tiempo que estallaban sobre nosotros, pero también se estaban usando algunas espoletas de impacto. Yacíamos apiñados en nuestra miserable trinchera con poca protección contra los fragmentos de los proyectiles que estallaban en las inmediaciones. El bombardeo mantuvo esta intensidad durante varias horas. En una ocasión una granada dio en la ladera por encima de donde estábamos y cayó rodando hasta entrar en nuestra trinchera, pero afortunadamente era defectuosa y no estalló. Todos trabajábamos para ahondar la trinchera, y usábamos cualquier herramienta que viniese a la mano: picos, palas, cuchillos, menaje, e incluso las manos desnudas. Uno podía ver a los hombres encogerse cuando una granada estallaba cerca de donde estaban. Hacia el mediodía el fuego enemigo se debilitó y nos dio nuestra primera oportunidad de enviar enlaces a las compañías. Todo estaba en orden, y no había señales de infantería francesa. Afortunadamente, las pérdidas eran considerablemente menores que la primera estimación del dos o tres por ciento. El enemigo pronto incrementó la intensidad del fuego otra vez. Debía disponer de enormes cantidades de munición de artillería. En contraste con esto, nuestra artillería estuvo callada durante la mayor parte del día, un silencio impuesto por la escasez de munición.

La artillería francesa no cejó en toda la tarde, pero para entonces nuestras trincheras tenían ciento setenta centímetros de profundidad. Algunos hombres se habían excavado nichos cubiertos individuales en los muros frontales de la trinchera. Ni siquiera las esquirlas de las espoletas de

tiempo podían alcanzarlos allí, y con nada más que cincuenta centímetros de suelo duro sobre ellos tenían protección incluso contra los obuses con espoletas de impacto.

Hacia el atardecer, el enemigo aumentó su volumen de fuego hasta alcanzar un ritmo aterrador y lanzó todo lo que tenía sobre nosotros. Un denso sudario de humo negro de su artillería media colgaba sobre nuestras posiciones. Las granadas recorrían la ladera levantando la tierra y llenaban el aire con polvo y piedras. Aquello podría haber sido su preparación para un ataque de infantería. «Que vengan», decíamos nosotros; les habíamos estado esperando todo el día.

La artillería francesa cesó el fuego tan repentinamente como había comenzado, y el ataque de infantería no llegó. Salimos a rastras de nuestros agujeros, y yo hice una ronda por las cuatro compañías. Las bajas eran sorprendentemente pequeñas (dieciséis hombres en todo el batallón); y a pesar de la gran tensión nerviosa, los hombres estaban del mejor de los humores. Sus trabajos de excavación antes y durante el bombardeo habían rendido grandes dividendos.

Los últimos rayos del sol poniente iluminaban el campo de batalla. Allá a la derecha vimos los dos cañones del 49.º de Artillería de Campaña y junto a ellos sus dotaciones muertas o gravemente heridas. El abrigo de la sección era tal que disparar era imposible. Parecía haberle ido igual de mal al 3.er Batallón en los bosques a nuestra derecha. Allí la espesa maleza hacía prácticamente imposible atrincherarse. El fuego concentrado de artillería francés, especialmente tiro de flanco, había visto su efecto incrementado por los árboles dañados que cayeron sobre las tropas e hicieron estragos en varias compañías.

Volví al puesto de mando del regimiento en busca de órdenes y comida. El *Oberst* Haas estaba muy afectado por las numerosas bajas en el 3.er Batallón, que había tenido que retirarse de los bosques. Al 2.º Batallón se le ordenó que mantuviese la colina al este de los bosques de Defuy sin apoyo en ninguno de los dos flancos. En conclusión, lo que el *Oberst* Haas quería decir era: «el 124.º Regimiento morirá en sus posiciones».

A mi regreso al batallón se ordenó a la 8.ª Compañía que se desplegase incurvando su flanco derecho hacia retaguardia. La 6.ª Compañía tomó

posición con su frente a lo largo del borde oriental de los bosques de Defuy y se enterró. Las otras unidades continuaron mejorando la posición y las cocinas de campaña llegaron poco antes de medianoche. De nuevo trajeron correo con ellas. Fue una repetición de la noche precedente, los hombres descansando durante unas pocas horas sobre el suelo desnudo. Al día siguiente, la artillería francesa empezó a disparar a la misma hora que el 8 de septiembre pero dentro de nuestras profundas posiciones le prestamos poca atención. Parte del tiempo tuvimos conexión telefónica con el regimiento, pero los obuses iban cortando la línea. Pasé un tiempo considerable con la 5.ª Compañía y examiné las posiciones enemigas con el *Unteroffizier* Bentele, de la 7.ª Compañía. La artillería francesa estaba principalmente en posiciones descubiertas, e incluso la infantería francesa mostraba una gran falta de prudencia. Preparé un informe, completo con croquis, y lo envié a través del batallón al regimiento junto con la solicitud de que observadores de artillería fuesen enviados al frente con el 2.º Batallón.

La izquierda del 120.º de Infantería estaba sobre la ladera sur de la Cota 285 y a unos seiscientos metros de distancia, con los franceses a ambos lados del camino a lo largo de las vías del tren. Las reservas francesas estaban concentradas en un desmonte a ochocientos metros al oeste de la estación de Vaux Marie. Desde una loma a nuestra izquierda podíamos llegar hasta ellas con tiro de flanco y probablemente causar un daño considerable. Le sugerí esto al jefe de la sección de ametralladoras, pero tenía sus dudas y declinó. Tomando las riendas del asunto, asumí el mando de la sección, siendo bien consciente de que tendríamos que trabajar a toda velocidad si queríamos evitar contramedidas por parte de la artillería francesa. En el plazo de pocos minutos nuestras ametralladoras estaban tirando contra las apelotonadas reservas enemigas, causando mucha confusión y un cierto número de bajas. Cumplida nuestra misión, salimos de allí a toda velocidad y nos dirigimos en busca de abrigo; el fuego de contrabatería francés que siguió golpeó posiciones vacías. No sufrimos bajas, pero durante la operación el jefe de la sección de ametralladoras se quejó al comandante del regimiento en relación con mi arbitraria asunción

del mando. Mi explicación al puesto de mando regimental fue satisfactoria y la cuestión quedó zanjada.

Durante el día, varios observadores de artillería llegaron a nuestro sector. La situación de la artillería francesa les fue facilitada, pero su dotación de munición era tan pequeña que la artillería enemiga no fue molestada por nuestro débil fuego. Sin embargo, una de nuestras baterías pesadas forzó a las baterías enemigas situadas en Rembercourt a desplazarse.

La noche fue una repetición del día anterior. La artillería francesa «nos dio un beso de buenas noches» disparando enormes cantidades de munición. Después reinó el silencio. Hasta donde podíamos distinguir, la artillería francesa se estaba desplazando hacia la retaguardia.

Reanudamos nuestro trabajo a fin de hacer nuestros refugios a prueba de bombas, y varios destacamentos fueron a los bosques para cortar árboles. Afortunadamente, nuestras bajas fueron menores que el día anterior, produciéndose algunas en la 6.ª Compañía como resultado del tiro de flanco lanzado contra ella. Sobre las diez de la noche, las cocinas de campaña llegaron y el *Feldwebel* Rothenhaeussler de la 7.ª Compañía trajo una botella de vino tinto y un haz de paja. Poco antes de la medianoche me acosté sobre la paja cerca del puesto de mando del batallón.

Observaciones: El 3.er Batallón pagó caro el haberse posicionado cerca del linde meridional de los bosques. En esa posición sufrió bajas extremadamente fuertes y tuvo que ser retirado durante la noche del 8. El pesado fuego de artillería francés produjo resultados devastadores entre las tropas estacionadas en y sobre el límite de los bosques. Estas unidades no estaban adecuadamente atrincheradas. Muchos obuses, que sobre un cerro pelado podrían haber sido inocuos «largos», causaron daño entre las tropas al tocar y explotar entre las copas de los árboles. El límite exterior de los bosques era una trampa mortal, y la corrección francesa del tiro fue muy fácil allí. Las espoletas de artillería de hoy en día son incluso más sensibles y las pérdidas en un caso similar serán incluso mayores.

En contraste con esto, el trabajo de pico y pala del 2.º Batallón sobre la colina pelada rindió grandes dividendos. A pesar de un bombardeo de artillería que duró horas, nuestras bajas fueron muy pequeñas. Las granadas con espoleta de tiempo eran bastante desagradables, ya que muchos de sus fragmentos volaban perpendiculares al interior de las trincheras.

El suelo duro en el sector del 2.º Batallón hacía difícil cavar. Requirió de todos los esfuerzos del mando así como del ejemplo personal por parte de los jefes de unidad, forzar a los cansados y hambrientos hombres a hacer un esfuerzo supremo y cavar durante la noche del 7 al 8 de septiembre.

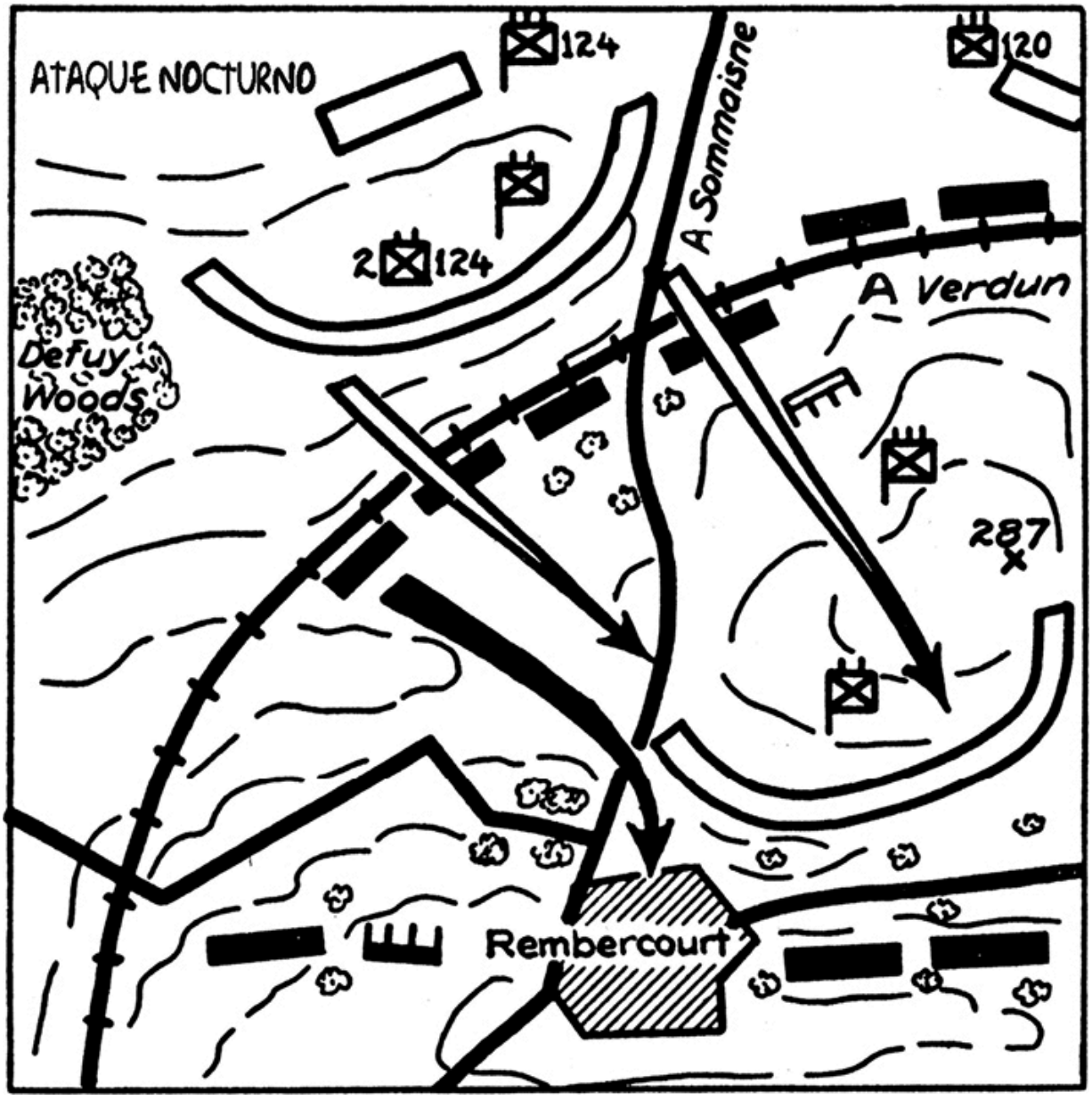
Del 7 al 9 de septiembre, la artillería francesa gastó considerables cantidades de munición. Tenía almacenes enteros de los que echar mano, ya que los principales depósitos del sector estaban a poca distancia. En el bando alemán, nos estábamos quedando cortos de munición de artillería y por lo tanto nuestro brazo más largo no pudo dar adecuado apoyo a la infantería.

La organización de la defensa moderna difiere ampliamente de la de 1914. Entonces teníamos una línea de frente con las tropas restantes dispuestas en una segunda línea. Hoy (1937), una posición de batallón consiste en una línea de puestos avanzados y una posición de combate principal a lo largo de la cual las fuerzas están organizadas en gran profundidad. En un área de mil metros de ancho y dos mil de profundidad, tenemos docenas de puntos de resistencia que se apoyan mutuamente guarnecidos por fusileros, ametralladoras, morteros y armas contracarro. Estas disposiciones hacen que el enemigo diluya su fuego y que la defensa concentre sus propios fuegos. La maniobra local al amparo de fuego de cobertura es posible, y se pueden establecer agresivas contramedidas en caso de que el enemigo tenga éxito en penetrar la posición de combate principal. El enemigo tiene ante sí un largo y muy complicado camino antes de conseguir romper el frente.

V. Ataque nocturno del 9 al 10 de septiembre, 1914

Caí dormido en mi nido de paja. Alrededor de la medianoche me desperté con un sobresalto. El combate tronaba al frente y a nuestra izquierda. Llovía a mares y yo estaba calado hasta los huesos. A lo lejos a la izquierda vi linternas de señales parpadeando y escuché el continuo crepitar de fusiles. Un mensajero me informó de que el jefe del batallón estaba en el puesto de mando del regimiento.

El sonido de los disparos se acercaba y empecé a preguntarme si los franceses no estarían lanzando un ataque nocturno. Para descubrir qué estaba pasando, tomé un enlace conmigo y me encaminé en la dirección del ruido. Súbitamente, a cincuenta o sesenta metros al frente, vi formas humanas acercándose a nosotros en columna de a dos. Pensé que eran franceses, que se habían infiltrado a través de la brecha entre el 124.º y el 120.º Regimientos de Infantería y estaban intentado golpear al 2.º Batallón por el flanco y de revés. A medida que se acercaban más y más, yo me preguntaba que debíamos hacer. Decidí ir corriendo hacia la derecha para informar al Conde von Rambaldi, *Hauptmann* de la 6.ª Compañía, de la situación y solicitar que se pusiera una sección bajo mis órdenes. La petición fue concedida así que desplegué a mis hombres y me aproximé al enemigo. Cuando la luz de bengalas distantes nos permitió distinguir las siluetas de la columna, ordené a mis hombres entrar en posición con los rifles listos para disparar. Yo todavía tenía mis dudas sobre su identidad y di el alto a la columna cuando estaba a unos cincuenta metros de distancia. La 7.ª Compañía respondió. El jefe de la compañía, un joven *Leutnant*, se estaba retirando de su posición (escalonada hacia la izquierda a retaguardia del batallón) y estaba tratando de desplazarse cuatrocientos metros hacia atrás. Su explicación fue que iba a haber un combate y que su compañía estaba en la segunda línea. Poco contento de sus decisiones, le di una pequeña charla sobre táctica. Todavía me dan escalofríos cuando pienso que estuve muy cerca de disparar sobre mis propios reclutas.



Croquis 5: El ataque a Rembercourt.

Poco después de este incidente el comandante del batallón regresó de la plana mayor del regimiento con la orden del regimiento para un ataque nocturno. Nuestro batallón (en primera línea) debía tomar la Cota 287, a unos quinientos metros al norte de Rembercourt, por asalto. Los regimientos adyacentes (el 123 Regimiento de Granaderos a la derecha, y el 120.º Regimiento de Infantería a la izquierda) debían atacar al mismo tiempo. La hora del ataque no se había decidido, pero el batallón debía

aprestarse inmediatamente. La orden prometía una salida del infierno del fuego de artillería francés. El objetivo no estaba lejos, y nosotros concebimos la esperanza de que las posiciones de artillería francesas en las colinas alrededor del Rembercourt estuviesen también incluidas.

Bajo una lluvia torrencial y una oscuridad total, el batallón se alistó para el ataque a la izquierda del sector citado. Se calaron bayonetas, se quitaron los seguros de los fusiles. La contraseña era «Victoria o Muerte». Por la izquierda había habido actividad por algún tiempo. El fuego de fusil entraba en erupción y después se apagaba en un sector sólo para volver a la vida en algún otro.

El 1.er batallón había entrado en línea. El jefe del regimiento estaba con el 2.º Batallón. Nuestra información sobre el enemigo se limitaba al conocimiento de que estaba desplegado a lo largo de la vía férrea y en las cortaduras al sur del ferrocarril y a lo largo de la carretera Sommaisne-Rembercourt. Nuestros hombres esperaban ansiosamente la Hora H. Para entonces ya estaban calados hasta los huesos durante horas y congelados de frío. Pasaron las horas. Finalmente, a las 3.00 recibimos la orden de ataque.

En formación compacta el batallón se lanzó en picado ladera abajo sobre el enemigo a lo largo de la vía férrea, lo aplastamos, conquistamos las cortaduras del terreno sobre la carretera general Sommaisne-Rembercourt, y asaltamos la Cota 287. Allí donde el enemigo se resistió fue eliminado a la bayoneta, mientras el resto del batallón rebasaba el punto aislado de resistencia.

Con las cuatro compañías en línea el batallón ocupó la Cota 287. No había aparecido ningún apoyo en ninguno de los dos flancos, así que nuestros dos flancos fueron incurvados hacia retaguardia para protegernos por nuestros propios medios. Las unidades estaban terriblemente mezcladas y la reorganización avanzaba lentamente. Comenzó a romper el alba y la lluvia empezó a aflojar. Las unidades cavaban furiosamente para conseguir protección contra el fuego de artillería francés que se esperaba en breve. El trabajo avanzaba muy lentamente en el húmedo y arcilloso suelo. Una y otra vez las palas quedaban rebozadas en una espesa y pegajosa capa de arcilla y tenían que ser limpiadas.

Y entonces, a la cenicienta luz matutina la silueta de las colinas alrededor de Rembercourt se hizo claramente discernible; éstas dominaban nuestra nueva posición. De repente nuestra avanzadilla dio la alarma. Grandes masas de franceses habían sido vistas en la depresión en el lado norte de Rembercourt.

En el momento de la alarma yo estaba en el flanco derecho del batallón con la 6.ª Compañía del *Hauptmann* Conde von Rambaldi. Columnas compactas de franceses entraban marchando en Rembercourt desde el noroeste. La 6.ª Compañía y partes de la 7.ª Compañía abrieron fuego, y empezó un tiroteo muy vivo a un alcance de unos trescientos o cuatrocientos metros. Algunos franceses trataron de encontrar protección ladera arriba en las calles de Rembercourt, pero la mayoría devolvieron nuestro fuego. La mayoría de nuestros chicos estaban tan contentos de tener a un francés en la mira que disparaban puestos en pie. Después de un cuarto de hora el fuego enemigo disminuyó. Frente a nosotros en la entrada norte de Rembercourt, había gran número de muertos y heridos y nuestro propio entusiasmo era responsable de los grandes huecos en nuestras propias filas. El combate de la mañana resultó más costoso que el ataque nocturno.

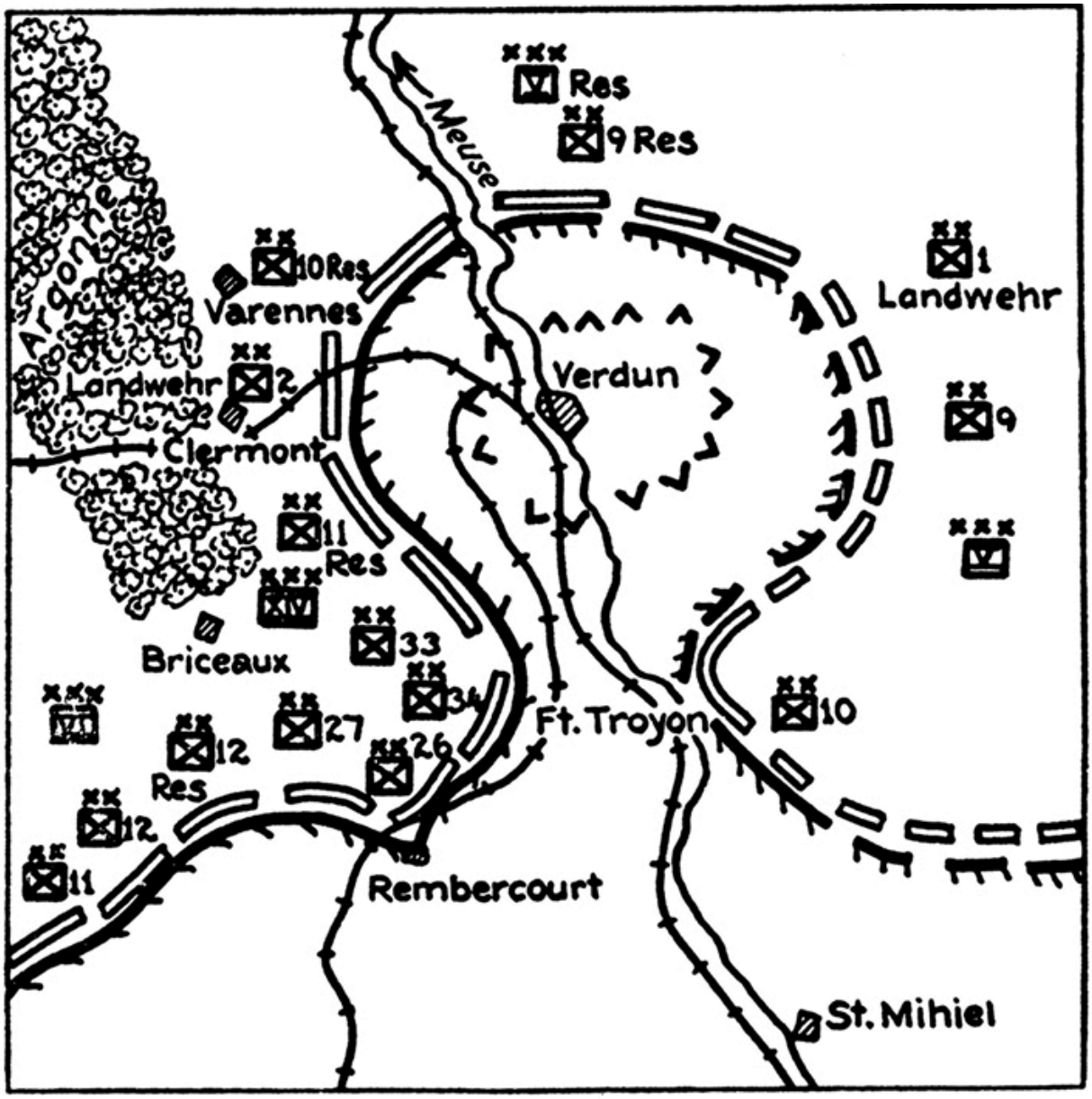
Lamentamos no habérsenos permitido tomar por asalto la aldea de Rembercourt y las colinas a ambos lados de la misma. Nuestro espíritu combativo seguía intacto a pesar de todo lo que habíamos pasado y queríamos llegar a las manos con la infantería francesa que, hasta el momento, se había mostrado inferior a nosotros en todos los encuentros.

Una vez que el tiroteo se apagó todas las unidades continuaron cavando. Antes de que hubiésemos profundizado treinta centímetros en la tierra la artillería francesa dio rienda suelta a su manera acostumbrada e impidió seguir trabajando al descubierto.

Hasta el momento la plana del batallón había tenido poco tiempo para procurarse abrigo para sí, habiéndonos mantenido la lucha sobre la Cota 287 y en la entrada norte de Rembercourt constantemente en danza. Ahora una batería francesa nos estaba disparando desde una posición descubierta en la colina justo al oeste de Rembercourt. El alcance era escasamente de más de mil metros. Afortunadamente había un alto porcentaje de proyectiles que no estallaban debido al suelo mojado. Nos lanzamos entre los surcos

arados para evitar los obuses del enemigo y nos cubrimos con haces de avena en la esperanza de escapar a la mirada de los observadores enemigos. Los cielos descargaron de nuevo y nuestros surcos se convirtieron en ríos. Los obuses franceses caían cerca de nosotros, y nuestros intentos de cavar en posición tendida fueron infructuosos por la capa de arcilla que se pegaba a las hojas de las palas. Estábamos literalmente cubiertos de la cabeza a los pies con una espesa capa de arcilla pegajosa y miserablemente helados dentro de nuestras ropas mojadas. Además de todo esto mi delicado estómago estaba particularmente problemático, y me vi obligado a cambiar de embudo de obús cada media hora.

Los ataques de nuestras unidades vecinas habían sido detenidos, dejando al 2.º Batallón muy por delante del frente de la división. Sobre las diez de la mañana, una batería de obuses del 45.º de Artillería de Campaña intentó ayudarnos desde posiciones en la retaguardia de nuestro sector. El enemigo mantenía una superioridad de fuego demasiado grande, y el resultado final fue atraer un fuego aún más nutrido sobre nuestras propias cabezas. Igual que en los días anteriores, vimos poco de la infantería francesa, que no nos inquietó demasiado mediante el fuego.



Croquis 6: La situación después del ataque nocturno del 10 al 11 de septiembre de 1914.

El tiempo parecía detenido. Unos pocos meses antes nos hubiéramos reído si nos llegan a decir que esta clase de miserable existencia era siquiera posible. Queríamos salir de aquel aprieto y no teníamos preferencias en lo referente a los métodos. Atacar sería, naturalmente, preferible.

El fuego francés persistió todo el día con innumerables proyectiles lanzados sobre nuestra posición en la Cota 287. Justo antes del ocaso

tuvimos el habitual «beso de buenas noches» y después a plena vista, engancharon y trasladaron sus baterías a la retaguardia. Debían ser firmes defensores de la máxima seguridad durante la noche.

Nuestras pérdidas el 10 de septiembre fueron considerables: cuatro oficiales y cuarenta hombres muertos; cuatro oficiales y 160 hombres heridos; ocho desaparecidos.

Tras el ataque nocturno la fortaleza francesa de Verdún quedó casi totalmente rodeada. Una franja de catorce kilómetros y medio de ancho al sur de Verdún era todo lo que separaba a la 10.ª División al este de Fuerte Troyon de las divisiones de los XIII y XIV Cuerpos que atacaban desde el oeste. La única conexión de ferrocarril con Verdún era a través del valle de Mosa, y estaba bajo fuego alemán.

Cayó la noche y nosotros nos ocupamos en nuestras excavaciones. Alrededor de medianoche las cocinas llegaron. El previsor Hänle me había traído ropas secas, muda y una manta. Debido a mi estómago decidí saltarme el rancho. No iba a presentarme en la enfermería mientras pudiera mantenerme en pie. Con ropas secas conseguí unas pocas horas de sueño llenas de pesadillas y al alba volví al pico y la pala.

El 11 de septiembre la artillería francesa siguió como antes pero nuestras unidades estaban bien atrincheradas y las pérdidas fueron ligeras. Las continuas lluvias junto con la baja temperatura no ayudaron a hacer placentera nuestra estancia. Las cocinas de nuevo se acercaron al frente alrededor de medianoche.

Observaciones: Durante un ataque nocturno es muy fácil disparar sobre la gente propia. En el 2.º Batallón no lo hicimos por un pelo. El ataque nocturno del 9 de septiembre llevó al 2.º Batallón ochocientos metros por delante del frente de la división, y alcanzamos nuestro objetivo asignado a cambio de unas pocas bajas. De haberse llevado a cabo un avance ininterrumpido, éste hubiera encontrado poca resistencia. La lluvia favorecía el ataque. Sólo se produjeron fuertes bajas cuando grandes masas de franceses se estaban retirando hacia Rembercourt y mientras nosotros nos estábamos atrincherando bajo fuego de artillería francés. De haber abierto fuego los franceses antes de que nuestras trincheras tuviesen treinta

centímetros de profundidad, las pérdidas hubieran sido mayores. Una conclusión lógica: Mucho trabajo de pico y pala antes del amanecer. Por culpa de la escasez de munición, nuestra artillería nos dio poco apoyo el 10 y 11 de septiembre, y los franceses dispararon sin ser molestados desde posiciones expuestas.

Durante la acción el volumen de fuego enemigo fue tal que las cocinas subían a primera línea sólo después de oscurecer. Durante el día estaban a varios kilómetros tras el frente. Los hombres pronto se acostumbraron a esta manera de comer.

Capítulo 3

Combates cerca de Montblainville

I. Repliegue a través del Argonne

A las 2.00 del 12 de septiembre me presenté en el regimiento para recibir órdenes. A unos pocos cientos de metros por detrás del 2.º Batallón, en una trinchera construida de mala manera y cubierta con puertas y tablas, el Oberst Haas dio las órdenes a la luz de una vela: «Evacuar posiciones antes del alba; retirarse sobre Triancourt; el 2.º Batallón como retaguardia mantiene las colinas mil metros al sur de Sommaisne con las compañías hasta las 11.00 y después sigue al regimiento».

Por una parte nos alegrábamos efusivamente de salir de aquel avispero, y sin embargo por otra no podíamos aceptar que íbamos a retirarnos. Ciertamente la presión sobre nuestro frente no era la razón. Verdún estaba a treinta y dos kilómetros a nuestra espalda y no tenía sino una única línea de ferrocarril que la conectase con el resto de Francia. Parecía mala idea darle un respiro. Bien, el Alto Mando veía el cuadro completo y debió haber tenido sus razones. Quizás se nos necesitaba en algún otro lugar.

Antes del amanecer, el 2.º Batallón rompió el contacto con el enemigo. Nuestras ropas estaban recubiertas con una espesa costra de barro seco y esto, junto con nuestra disminuida condición física, hizo la marcha muy dura. Dejamos dos compañías como retaguardia en las alturas a dos kilómetros al norte de Rembercourt. Al amanecer, para nuestra inmensa satisfacción y regocijo, la artillería francesa dio a las vacías posiciones un buen repaso. Esto proporcionó a los chistosos del batallón algún material sobre el que trabajar.

Nos reunimos en los bosques al oeste de Pretz y topamos con nuestros puestos avanzados en Triancourt. El *Hauptmann* Ullerich y yo cabalgábamos por delante para examinar la situación. Volvía a llover a cántaros, y yo me sentía alegre de montar a caballo una vez más. Las 5.ª y 7.ª Compañías fueron asignadas a la avanzadilla, con el resto del batallón pasando a formar la gran guardia en Triancourt. Después de una inspección vespertina del puesto avanzado, regresé a la plana mayor del batallón y caí en un sueño tan profundo que no pude ser despertado ni por gritos ni zarandeos. El comandante de mi batallón trató de despertarme para que redactase mi informe completo. El 13 de septiembre me gané un chorreo monumental por este incidente, pero yo no recordaba en absoluto que trataran de despertarme.

A las 6.00 del 13 de septiembre estábamos en camino de vuelta al regimiento. Después de pasar Briceaux nos dirigimos a través del Argonne. El sol brillaba radiante por primera vez en días. Las pesadas columnas de suministros habían convertido las carreteras en lodazales sin fondo. La columna se detuvo a la entrada al Argonne a un kilómetro y medio al norte de Briceaux. La mayoría de la artillería y los trenes estaban atascados en el barro, y hacían falta tiros dobles para hacer pasar cada pieza y cada vehículo. Fue una suerte para nosotros que el enemigo no estuviera persiguiéndonos con vigor o bombardeándonos con artillería de largo alcance.

Estuvimos embotellados durante tres horas. Desplazarse sobre una blanda carretera forestal detrás de la artillería que está quedándose atascada continuamente es más que extenuante. Las tropas eran requeridas a frecuentes intervalos para que echasen una mano con las ruedas. Cayó la tarde antes de que llegásemos a Les Ilettes, donde hicimos un breve alto para comer y descansar antes de continuar la marcha hacia el norte cruzando el Argonne. La marcha de doce horas y el miserable camino habían casi extenuado a los hombres, pero a pesar de ello continuamos la marcha en la noche oscura, nuestro desconocido objetivo aparentemente muy lejos aún. Hombres exhaustos abandonaban la columna cada vez con mayor frecuencia. En cada parada los hombres se desplomaban donde estaban, y al momento estaban profundamente dormidos. Entonces, cuando

estábamos listos para movernos de nuevo, había que zarandear a cada uno para despertarlo. Marchábamos, parábamos y volvíamos a marchar. Yo iba cabeceando constantemente y cayéndome de mi caballo.

Era pasada la medianoche cuando nos aproximábamos a Varennes. El ayuntamiento estaba en llamas; una pavorosa y sin embargo hermosa visión. Yo recibí la misión de adelantarme cabalgando para buscar acantonamientos en Montblainville, pero el pequeño pueblo tenía tan solo unas pocas camas y ninguna paja.

A las 6.30 del 14 de septiembre, el silencioso y exhausto regimiento atravesaba las oscuras calles arrastrando los pies. Acuartelarse llevó poco tiempo, y a los pocos minutos Montblainville estuvo otra vez tan silencioso como una tumba. En breve, todo el mundo dormía profundamente bastante ajeno a la dureza de su cama.

El mismo día, el *Major* Salzmann tomó el mando del batallón. Por la tarde marchamos hasta Eglisfontaine, donde encontramos alojamientos sucios y atestados. La plana del batallón fue acantonada en una pequeña habitación infestada de parásitos pero esto era mejor que estar afuera bajo la fuerte lluvia que acababa de empezar de nuevo. Mi estómago estaba ahora en un estado terrible tanto de día como de noche. Perdía el conocimiento a menudo.

Durante los siguientes días y noches, la artillería francesa bombardeó todas las aldeas tras las líneas, incluida Eglisfontaine. Nos atrincheramos cerca del pueblo. El 18 de septiembre marchamos hasta Sommerance para tomar unos pocos días de descanso. A mí me dieron un alojamiento con una cama y esperaba poner mi estómago en unas condiciones un poco mejores. La oportunidad de lavarse y afeitarse, así como de cambiar de paños menores, se nos hacía el colmo del lujo.

Durante la primera noche fuimos alertados a las 4.00. Marcha rápida hasta Fleville. Allí el batallón permaneció como reserva del Cuerpo tres horas en pie bajo una lluvia torrencial. Acto seguido regreso a nuestros acantonamientos. El 20 de septiembre tuvimos un auténtico día de descanso. Nuestros hombres pusieron sus armas y equipos en condiciones.

Observaciones: El contacto se rompió durante la noche del 11 al 12 de septiembre sin que el enemigo tuviera conocimiento de ello. Incluso el 13 de septiembre el enemigo no nos perseguía. Si hubiera llegado a hacerlo, nuestra entrada en el desfiladero del Argonne hubiera sido de lo más desagradable. En la retirada del 13 de septiembre se planeó una marcha de cuarenta y tres kilómetros y medio para tropas que habían estado en servicio de avanzadilla la noche anterior. Las numerosas paradas y la ayuda requerida por los trenes y artillería atascados hicieron este movimiento aún más dificultoso. El batallón estuvo constantemente en marcha durante más de veinticuatro horas.

II. Acción en Montblainville; asalto a los bosques de Bouzon

Fuimos alertados de nuevo la tarde del 21 de septiembre y salimos para Apremont, donde se nos ordenó que relevásemos a un batallón del 125.º de Infantería que estaba en ese momento en primera línea sobre un cerro un kilómetro y medio al oeste de Montblainville. El relevo debía ser completado después de oscurecer. La nueva posición tenía poco que alabar. «Una posición en la pendiente anterior, todos los tramos a la vista del enemigo, trincheras húmedas, mucho fuego de artillería y fusilería que causaba bajas cada día. Contacto con la retaguardia posible únicamente de noche».

Envueltos en una oscuridad como boca de lobo, sobre tierra suelta, y de nuevo bajo un fuerte aguacero, marchamos campo a través guiados por un destacamento de la unidad que iba a ser relevada. El relevo fue completado a medianoche. El sector que acabábamos de tomar a nuestro cargo consistía en cortas y discontinuas trincheras de sesenta centímetros de profundidad llenas de agua. La guarnición estaba tendida a una corta distancia a retaguardia con los hombres envueltos en sus abrigos y medias tiendas. Se nos dijo que el enemigo estaba a unos pocos cientos de metros al frente.

Las tropas pronto tuvieron la situación bien controlada. Usando las marmitas de campaña achicaron el agua de sus trincheras y después empezaron a profundizar y mejorarlas. Los bosques de Defuy les habían

enseñado el valor de las trincheras. El trabajo avanzó rápidamente en el terreno blando, y al cabo de unas pocas horas la mayoría de las trincheras estaban interconectadas. El batallón podía ahora esperar la llegada del nuevo día sin inquietud.

El 22 de septiembre, el sol finalmente brilló de nuevo. Durante las primeras horas de la mañana todo estuvo tranquilo en nuestro sector. El enemigo estaba a unos quinientos o seiscientos metros a nuestra derecha en el lindero del bosque de Argonne. No había rastro de él a lo largo de la carretera general de Montblainville-Servon, que estaba justo delante de nosotros. Más allá a la izquierda el enemigo ocupaba un pedazo de bosque a lo largo de la misma carretera general. A pesar de la relativamente corta distancia, podíamos ir de un lado a otro por fuera de las trincheras sin que tirasen sobre nosotros. Bajo estas circunstancias, las ciruelas maduras de los árboles cercanos a nuestras posiciones fueron rápidamente recolectadas. Sobre las 9.00, una batería francesa comenzó a batir con su fuego nuestras nuevas trincheras. Gracias a nuestro trabajo con la pala durante la noche, las bajas fueron leves. Treinta minutos más tarde el fuego cesó, y durante unas pocas horas más fuimos sometidos a un fuego de hostigamiento esporádico. Hasta el mediodía no dio señales de vida la infantería francesa, y un destacamento de exploración salio para calibrar la situación y fuerza del enemigo en los bosques a nuestra derecha[10].

A unos cincuenta metros de la linde del bosque, la unidad de reconocimiento cayó bajo un brioso fuego enemigo y se vio obligada a replegarse, dejando tras de sí algunos hombres gravemente heridos. Desde nuestra posición habíamos estado dando fuego de cobertura para esta salida, y cuando el tiroteo se extinguió se observó a varios infantes y equipos de sanitarios franceses que se aproximaban a nuestros heridos tendidos delante de la línea francesa.

Aparentemente, su intención era evacuar a nuestros heridos pero al llegar a su altura empezaron a disparar contra los hombres indefensos allí donde yacían. Esta canallesca conducta indignó de tal modo a nuestras tropas que un fuego de represalia estalló inmediatamente. A fin de rescatar a nuestros camaradas, tendríamos que tomar por asalto directo aquella porción de los bosques. Más adelantado el día hicimos exactamente eso.

Por la tarde las cocinas llegaron a la depresión a unos ochocientos metros al norte de nuestra posición. A pesar de un muy animado fuego de hostigamiento de todas las armas, partidas de porteadores pudieron subir comida hasta las tropas en el frente.

A las 15.00 fui al puesto de mando del regimiento en los alrededores del Punto 180, a cosa de un kilómetro y medio al noroeste de Montblainville donde me fue entregada la situación y la orden de ataque para el 2.º Batallón. Poderosas fuerzas enemigas se habían apostado detrás de un *abatis* en los bosques de Bouzon a lo largo de la carretera general Montblainville-Servon. Todos los ataques frontales de la 51.ª Brigada a nuestra derecha habían fallado. Al este del Argonne y a nuestra izquierda, el 1.er Batallón del 122.º de Infantería, reforzado por el 1.er Batallón, 124.º de Infantería, estaba atacando a través de Montblainville en dirección a las colinas a un kilómetro al sur del pueblo y estaba haciendo buenos progresos.

Con el crepúsculo el 2.º Batallón debía atacar al enemigo tras el *abatis* de la carretera Montblainville-Servon, tomarlo de flanco, y empujarlo hacia el oeste. Una misión sencilla pero dura.

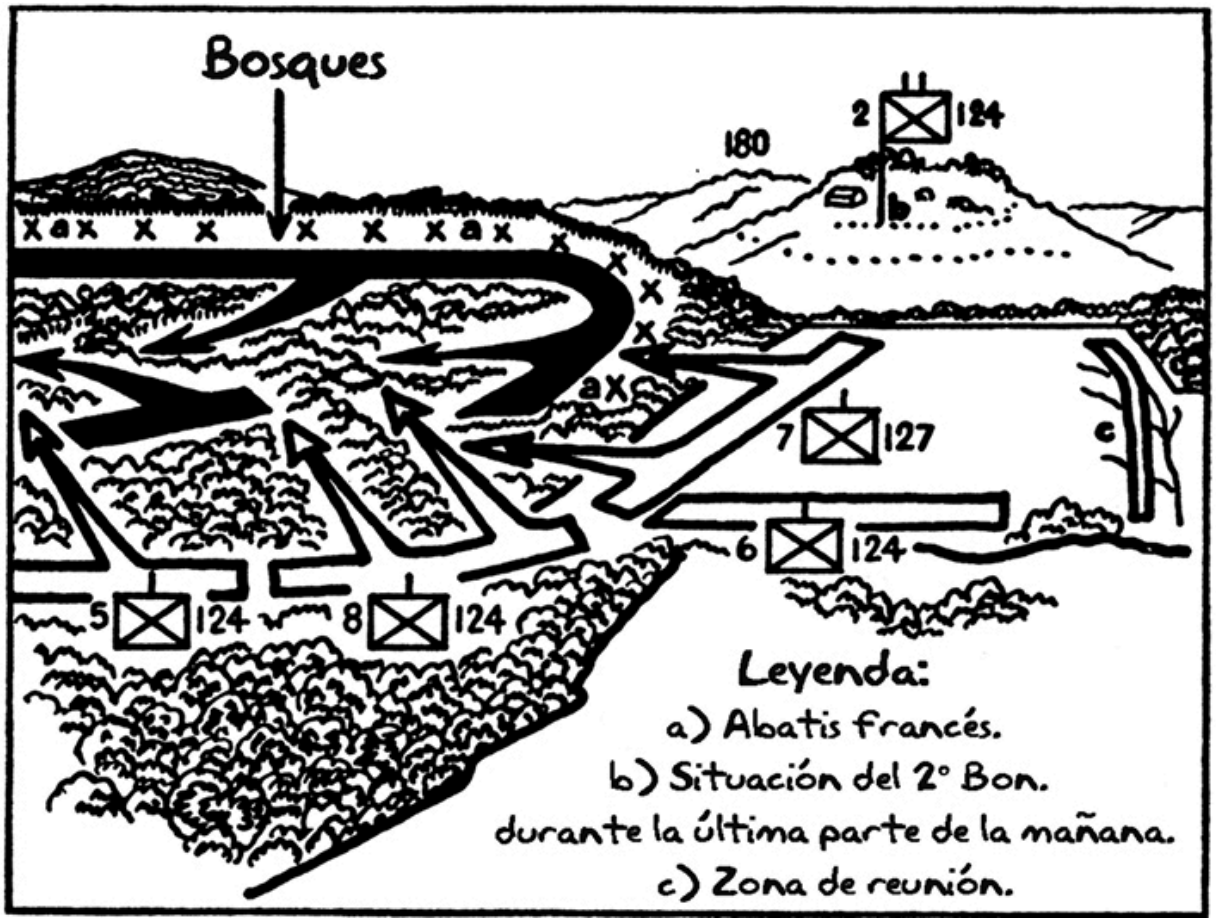
En el camino de vuelta estudié el terreno cuidadosamente y consideré el mejor medio de llevar a cabo nuestro ataque. Salir corriendo de nuestra actual posición con la carretera Montblainville-Servon como objetivo inicial parecía poco atractivo, ya que un ataque así no sería una sorpresa, quedaría sometido al tiro de flanco desde los bosques, y nos costaría muchas bajas antes de alcanzar la carretera general. Por último, no nos pondría en el flanco de los franceses.

Habiendo transmitido la orden del regimiento, hice la siguiente sugerencia al comandante del batallón: Primero, que evacuásemos las posiciones en la colina a un kilómetro y medio al oeste de Montblainville y concentrásemos al batallón sobre la ladera norte de la colina donde había alguna cobertura; acto seguido, en una formación de considerable profundidad, avanzar subiendo por la cañada al este de nuestra actual posición y tomar el bosquecillo setecientos metros al oeste de Montblainville.

Este bosquecillo había sido bombardeado por nuestra artillería poco tiempo antes y según todos los indicios estaba abandonado. Era posible a causa de la topografía ejecutar nuestros movimientos sin ser observados por el enemigo.

Una vez dentro de los bosques, el batallón podría desplegarse hacia el oeste como preparación para un ataque al sur de la carretera general contra el borde oriental del Argonne. Un ataque así golpearía el flanco del enemigo situado a lo largo de la carretera general Montblainville-Servon. Si nos poníamos en marcha inmediatamente aún podríamos atacar a la luz del ocaso.

Mi propuesta fue puesta en práctica. Retirando un hombre cada vez, sección tras sección, consiguieron evacuar las posiciones en la ladera sur. Unos pocos hombres fueron heridos levemente por el vivo fuego de fusil. El batallón entero pronto estuvo reunido sobre la ladera norte. El enemigo continuaba tirando contras las posiciones vacías. Avanzamos en columna de a uno, la plana del batallón abriendo la marcha hacia el bosquecillo setecientos metros al oeste de Montblainville. Los franceses, ignorado nuestra partida, seguían todavía castigando nuestras posiciones vacías.



Croquis 7: Montblainville. Vista desde el sur.

Alcanzamos el bosquecillo sin ser detectados. Una poco profunda trinchera de fuego corría paralela a la linde norte donde encontramos unas pocas piezas de equipo tales como mochilas, cantimploras y fusiles. Los antiguos inquilinos habían abandonado probablemente la trinchera durante la tarde debido al fuego de artillería alemán. Nos desplegamos hacia el oeste y nos preparamos para atacar al enemigo en el lindero de los bosques. Éste parecía no ser consciente de nuestra presencia; al menos no habíamos recibido disparos desde aquella dirección.

Nuestro objetivo estaba subiendo una pendiente a unos cuatrocientos metros de distancia. Seiscientos metros al sur de la carretera, encontramos una magnífica y protegida ruta de aproximación que llevaba directamente hacia la posición y la 5.ª Compañía llegó avanzando a través de esta cañada hasta unos cien metros del lindero de los bosques. Mientras tanto las 7.ª y

8.ª Compañías formaron entre la carretera general y la cañada. La 6.ª Compañía constituía la reserva del batallón. La plana estaba al frente con la 5.ª Compañía. Las compañías recibieron sus órdenes. Nuestro plan era rodear al enemigo apostado a lo largo de la carretera general. La formación estaba escalonada hacia la izquierda.

Ya se estaba haciendo bastante oscuro cuando el *Major* Salzmann dio la señal de ataque. La aproximación se hizo sin ruido, y pronto las filas de cabeza de la 5.ª Compañía alcanzaron el bosque. Las 7.ª y 8.ª Compañías estaban a unos trescientos metros del borde de los bosques. No había rastro del enemigo. Su atención parecía estar centrada en nuestras antiguas posiciones al norte de la carretera general.

La 5.ª Compañía continuó adelante a través del sotobosque y junto a la plana del batallón pronto se encontró perdida entre los árboles. De pronto la 7.ª Compañía tropezó con el enemigo a lo largo de la carretera general, y comenzó un breve tiroteo a un alcance de cien metros o menos. La 5.ª Compañía y la plana del batallón giraron a la derecha, la 8.ª Compañía y el ala izquierda de la 7.ª Compañía giraron en oblicuo a la derecha y a continuación el batallón entero se lanzó a la carga en línea recta.

El *abatis* a lo largo de la carretera perdió su valor y nuestro inesperado ataque por el flanco y de revés cayó contundentemente sobre ellos. Cundió el pánico entre los defensores franceses del *abatis* y las reservas. Aquellos que no cayeron ante nuestras balas, bayonetas o culatas huyeron a salto de mata hacia el oeste. Así nos cobramos una cumplida venganza por nuestros heridos asesinados aquella tarde[11]. Sólo la oscuridad puso fin a la lucha. Nuestro botín incluyó cincuenta prisioneros, varias ametralladoras, diez carros de munición de artillería así como la comida caliente que estaba siendo preparada en el momento de nuestro ataque. No nos faltaron, sin embargo, nuestras propias pérdidas, y lloramos a nuestras bajas: El *Leutnant* Paret y tres hombres muertos, un oficial y diez hombres heridos.

Nuestro asalto tuvo algunos efectos colaterales. El pánico se extendió desde su ala derecha contagiando a la brigada francesa entera que abandonó precipitadamente una sólida posición tras el *abatis* sin pegar un tiro. Durante la noche, la 51.ª Brigada de Württemberg capturó un gran número

de estos fugitivos cerca de la intersección de la carretera Montblainville-Servon y la vieja calzada romana (ver croquis n.º 8).

El batallón vivaqueó sobre el campo. Sin paja y con nada más que nuestros abrigos para echarnos encima, el húmedo suelo nos caló el frío hasta los huesos en aquella fresca noche de septiembre. Nuestros caballos, sin embargo, pudieron comerse una ración completa de avena capturada.

El 23 de septiembre al romper el alba, acompañé al *Oberst* Haas en un reconocimiento hasta la antigua calzada romana. Después, el 2.º Batallón recibió órdenes de desplazarse hacia el sur a lo largo del borde oriental del bosque de Argonne hasta alcanzar la granja Les Escomportes. Mientras yo estaba aún en el puesto de mando del regimiento, mi batallón, desobedeciendo las órdenes, se puso en marcha a través de los bosques y no pude encontrar rastro alguno de ellos. Traté de llegar hasta la granja de Les Escomportes yendo a lo largo del borde oriental de los bosques, pero descubrí que los franceses aún ocupaban el lugar y que tenían ametralladoras. No encontré al batallón hasta la tarde, para cuando éste ya había avanzado a través de los bosques, rebasado la granja de Les Escomportes, alcanzado la colina a mil metros al sur de la granja, y había rechazado los pocos puestos avanzados que encontraron allá. Para cuando los alcancé, los franceses estaban usando artillería contra nosotros una vez más. Es un misterio para mí cómo obtuvieron nuestra situación en medio de un bosque y cómo consiguieron lanzar fuego efectivo en tan corto espacio de tiempo.

Los hambrientos y cansados hombres se echaron bajo los árboles y en algunos refugios improvisados que los franceses habían construido con ramas. Habían pasado sin comer desde primera hora de la mañana, así que cabalgué de vuelta para traer las cocinas que estaban situadas en las cercanías de Apremont. Las encontré a ochocientos metros al norte de Montblainville. Resultó, sin embargo, que los caballos no se encontraban en condiciones de salvar el terreno encharcado entre allí y la unidad. Quedaron atascados a cuatrocientos metros al este de la granja de Les Escomportes, y las unidades tuvieron que desplazarse para ser alimentadas por turnos entre la medianoche y las 3.00.

Mientras esto sucedía, se había recibido una orden del regimiento ordenándonos que estuviéramos en la granja de Les Escomportes a las cinco de la mañana; por lo tanto, dormimos poco.

Observaciones: El relevo de un batallón en primera línea por la noche: los guías deben abrir la marcha. El relevo debe ser silencioso, de lo contrario el enemigo puede desbaratar la maniobra y causar bajas innecesarias por el simple procedimiento de abrir fuego.

Una vez más el 2.º Batallón hizo buen uso de las palas antes del alba y sobrevivió al bombardeo de artillería enemigo con apenas unas pocas bajas.

Reconocimiento de combate: es aconsejable tener un potente apoyo de fuego listo para un reconocimiento como el que fue hecho durante la última hora de la mañana del 22 de septiembre. Se evitan así las bajas. Bajo ciertas circunstancias es aconsejable facilitar una ametralladora ligera como fuego de apoyo.

El 22 de septiembre el 2.º Batallón tuvo éxito en la evacuación de una posición sobre una pendiente anterior a plena luz con pocas bajas a pesar del hecho de que el enemigo estaba a tan solo seiscientos metros de distancia. Los hombres se retiraron de uno en uno. En mi opinión, una maniobra así sería posible hoy día. Naturalmente, el enemigo tendría que ser inmovilizado con artillería y armas de infantería pesadas. Además, el empleo de humo haría la maniobra más fácil.

El ataque a última hora de la tarde del 2.º Batallón sobre el flanco y retaguardia del enemigo, que estaba fuertemente atrincherado en el bosque de Argonne, fue un gran éxito y nos costó pocas bajas. Pudimos, gracias al terreno, atacar con nuestra compañía en el ala izquierda muy extendida, y la formación dio sus frutos cuando hicimos contacto, ya que estuvimos entonces en posición de envolver el flanco derecho. La propagación del pánico por toda la brigada trajo como consecuencia nuestra captura de la posición entera.

La noche del 23 al 24 de septiembre proporciona un buen ejemplo de las dificultades para el suministro de raciones en una guerra de movimientos.

III. Combate en terreno boscoso a lo largo de la calzada romana

Como se le había ordenado, el 2.º Batallón llegó a la granja Les Escomportes a las 5.00 el 24 de septiembre. Nos detuvimos y descansamos. En una pequeña y oscura habitación de la granja, el Oberst Haas ordenó al Batallón Salzmann que se desplazase a través del bosque y capturase y conservase la intersección de la carretera Four-de-Paris-Varennes con la antigua calzada romana.

El estímulo que la expectativa de una nueva misión trajo nos hizo olvidar nuestra fatiga, y yo incluso olvidé mi quejumbroso estómago.

Mientras el batallón se iba poniendo en marcha el sol se alzó entre las neblinas matutinas como una roja bola de fuego. Manteniendo el rumbo mediante la brújula, nos abrimos camino hacia la intersección por entre el tupido sotobosque sin sendas. Yo marchaba a pie a la cabeza de la columna que se veía frecuentemente obligada a desviarse alrededor de impenetrables matorrales. Durante los últimos años de paz los oficiales subalternos del 124.º de Infantería habían recibido entrenamiento intensivo en el uso de la brújula por la noche, y este entrenamiento ahora cosechaba su justa recompensa.

Nos llevó una hora alcanzar la antigua calzada romana en un punto a unos mil cien metros de nuestro objetivo. Partimos hacia el sur con las medidas de seguridad para la marcha habituales y la plana marchando detrás de la vanguardia.

Cerca de una derruida cabaña refugio en la intersección de algunas de las pistas forestales, encontramos a un francés gravemente herido, temblando y derrotado por el frío y la ansiedad. Según su relato, el pobre tipo había sido abandonado por sus camaradas en retirada y había estado tirado allí desde la acción en Montblainville. Nuestros sanitarios se pusieron en marcha y atendieron sus heridas[12].

Un destacamento de reconocimiento montado regresó de la carretera general Four-de-Paris-Varennes e informó de que el enemigo se había atrincherado a lo largo de la misma. Se imponía la cautela. Precedidos por elementos de seguridad, las 5.ª y 6.ª Compañías se dirigieron hacia la carretera general por diferentes rutas. Los altos árboles eran ahora claramente visibles, pero la maleza seguía igual de espesa que antes. El comandante del batallón permaneció con las 7.ª y 8.ª Compañías en las inmediaciones de la cabaña refugio mientras yo seguí adelante con la punta de la 6.ª Compañía. Unos pocos franceses muertos yacían al lado de la carretera. De repente oímos más allá el sonido de caballos que se aproximaban rápidamente. ¿Eran amigos o enemigos? A lo largo de aquella carretera casi borrada por la maleza la visibilidad máxima era de ochenta metros a lo sumo. La punta se lanzó de cabeza entre los arbustos a ambos lados del camino. Al instante siguiente una manada de caballos sin jinete salió galopando de una curva, se detuvieron al vernos, y salieron disparados hacia la derecha.

Mientras la 6.ª Compañía alcanzaba la carretera principal sin más incidente, la 5.ª Compañía, algo más allá a la izquierda se vio complicada en una viva pelea.

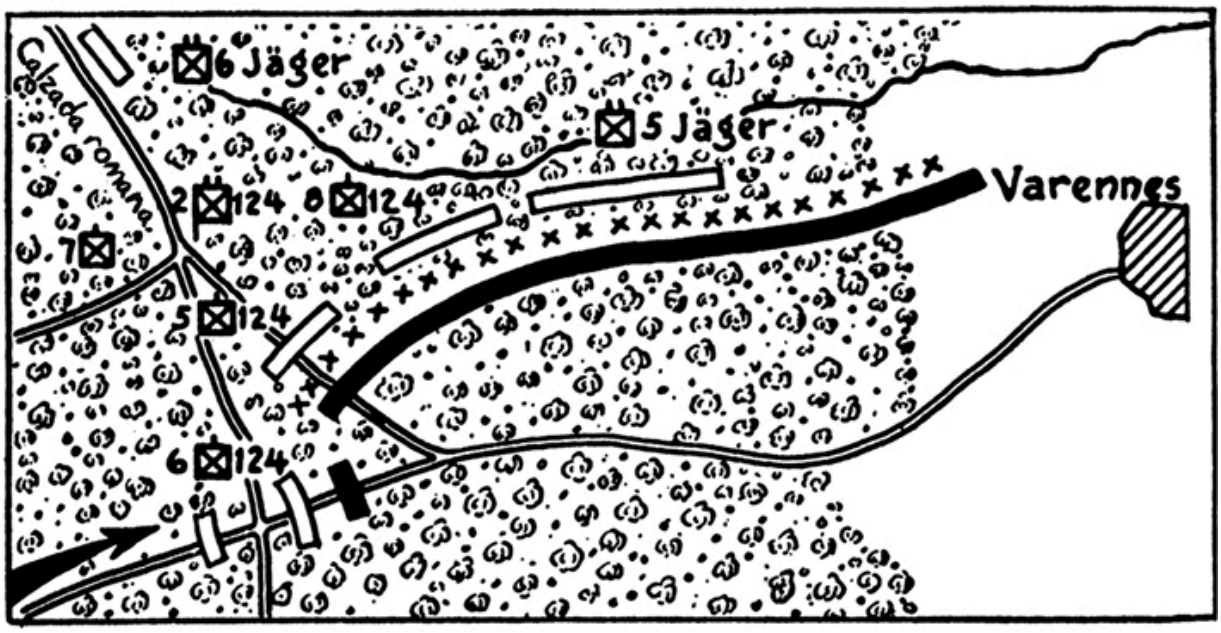
Galopé de vuelta al batallón para informar. Al mismo tiempo la 5.ª Compañía informó que habían establecido contacto con el enemigo tras el *abatis*, seiscientos metros al sur de la cabaña refugio, que éste estaba siendo reforzado y que avanzar más allá era imposible sin apoyo adicional. Poco después, trajeron a dos oficiales gravemente heridos de la 5.ª Compañía. El volumen de fuego aumentaba en el frente de la 5.ª Compañía y se oyeron disparos también desde la 6.ª Compañía. Las balas chasqueaban cruzando el bosque y no podíamos saber si provenían o no de tiradores emboscados.

El *Major* Salzmann empeñó a la 8.ª Compañía a la izquierda de la 5.ª Compañía. Ambas compañías debían atacar simultáneamente y hacer retroceder al enemigo más allá de la carretera general Four-de-Paris-Varennes.

La 8.ª Compañía acababa apenas de partir cuando las unidades de cabeza de los 5.º y 6.º Batallones de *Jäger* llegaron a la cabaña refugio. Nos enteramos de que su misión era idéntica a la nuestra. Tras una breve

deliberación, el *Major* Salzmann empeñó al 5.º Batallón de *Jäger* a la izquierda de las 5.ª y 8.ª Compañías, dando a los *Jäger* la misión de ayudar a nuestras compañías a arrojar a los franceses más allá de la carretera.

En el plazo de cuarenta y cinco minutos este ataque había sido frenado en seco. De acuerdo con los informes de muchos heridos, el enemigo estaba apostado con fuerzas considerables detrás de un *abatis* y tenía muchas ametralladoras en posición.



Croquis 8: La batalla en los bosques, 24 de septiembre de 1914.

Más o menos en ese momento el *Hauptmann* Conde von Rambaldi, de la 6.ª Compañía, regresó ligeramente herido e informó de que una compañía de franceses le hacía frente sobre la carretera general Four-de-Paris-Varennes a unos doscientos metros al este de su posición actual y de que los bosques al oeste de su unidad aún no habían sido despejados. Fui hasta la 6.ª Compañía para comprobar la situación. Avanzando al sur de la carretera general Four-de-Paris-Varennes con un fuerte destacamento de reconocimiento perteneciente a la 6.ª Compañía, me topé con el enemigo sesenta metros al este de la posición en erizo de la 6.ª Compañía. Como resultado de este reconocimiento me convencí de que se nos oponía nada más que una fuerte avanzadilla enemiga.

Al regresar al batallón, recomendé que atacásemos a lo largo de ambos lados de la carretera para tomar Varennes, la 6.ª Compañía yendo recto por la carretera mientras la 7.ª Compañía y el 6.º Batallón de *Jäger* atacaban a ambos lados de la carretera. Esta maniobra tomaría al enemigo que estaba en ese momento conteniendo a los otros por el flanco.

Antes de que acción alguna tuviese lugar, recibimos una orden del regimiento para limpiar la carretera general de Varennes. Los 5.º y 6.º Batallones de *Jäger* quedaron agregados al 2.º Batallón para esta operación. En ese momento la 6.ª Compañía informó de que columnas en orden cerrado de franceses se estaban aproximando desde la dirección de Four-de-Paris; así que se nos acababa el tiempo para aclarar la situación en el este.

Nos aprestamos para el ataque tan rápido como fue posible. El 6.º Batallón de *Jäger* iba a moverse al sur de la carretera general con su flanco izquierdo sobre la carretera; la 7.ª Compañía fue asignada al norte del camino. La 6.ª Compañía debía atacar a la izquierda de la 7.ª Compañía después de dejar fuertes destacamentos de seguridad sobre la carretera de Four-de-Paris-Varennes.

Cuando todas las unidades hubieron informado estar listas, avanzaron al ataque. La plana del batallón seguía a la 7.ª Compañía. A unos cien metros del punto de partida nos vimos obligados a echarnos al suelo por el intenso fuego enemigo. Apenas podíamos ver más de veinticinco metros a través de la tupida maleza y no podíamos ver nada del enemigo. Nuestras compañías rompieron el fuego y se abrieron camino hacia el enemigo invisible por medio de cortos saltos. Debido al ensordecedor sonido de los fusiles, era imposible estimar la distancia hasta el enemigo. Su fuego adquirió mayor intensidad. Nuestro ataque estaba detenido.

A fin de poner a la 7.ª Compañía en marcha hacia delante otra vez, el *Major* Salzmann y yo nos unimos a la primera línea. Yo cogí un fusil y munición de un hombre herido y tomé el mando de un par de escuadras. Era imposible manejar una unidad mayor en aquellos bosques. Varias veces nos lanzamos a través de los arbustos hacia el enemigo al que suponíamos muy cerca. Nunca conseguíamos llegar hasta él, pero una y otra vez su fuego rápido nos obligaba a lanzarnos al suelo. Las llamadas pidiendo sanitarios nos decían que nuestras bajas estaban aumentando.

Tendidos cuan largos éramos en el suelo, o detrás de gruesos robles, dejábamos que el fuego enemigo pasase de largo y entonces, al primer receso, intentábamos ganar más terreno en su dirección. Se iba haciendo cada vez más difícil hacer que los hombres avanzasen; en consecuencia ganábamos terreno lentamente. A juzgar por el sonido del combate, nuestros vecinos estaban más o menos a nuestra misma altura.

Una vez más nos lanzamos sobre el enemigo entre los matorrales delante de nosotros. Un pequeño grupo de mis antiguos reclutas vinieron conmigo a través de la maleza. De nuevo el enemigo disparó frenéticamente. Finalmente, a escasos veinte pasos ante mí vi a cinco franceses haciendo fuego desde su posición en pie. Al instante tenía mi arma contra el hombro. Dos franceses, en pie uno detrás del otro, se desplomaron cuando restalló mi fusil. Aún me enfrentaba a tres de ellos. Aparentemente mis hombres buscaban abrigo detrás de mí y no podían ayudarme. Disparé de nuevo. El fusil no funcionó. Abrí rápidamente el depósito y lo encontré vació. La cercanía del enemigo no dejaba tiempo para recargar, tampoco había abrigo alguno a mano. No merecía la pena pensar en escapar. La bayoneta era mi única esperanza. Yo había sido un entusiasta esgrimista de fusil en tiempo de paz y había adquirido una considerable destreza. Incluso contra una superioridad de tres a uno en mi contra, tenía completa confianza en el arma y en mi habilidad. Mientras les acometía, el enemigo disparó. Alcanzado, caí de cabeza y terminé a unos pocos pasos delante del enemigo. Una bala, entrando oblicua, había hecho pedazos mi muslo izquierdo; y la sangre salía a chorros de una herida tan grande como mi puño. En cualquier momento esperaba la llegada de una bala o un golpe de bayoneta. Traté de cerrar la herida con mi mano derecha y, al mismo tiempo, rodar detrás de un roble. Durante muchos minutos estuve allí tendido entre los dos frentes. Finalmente, mis hombres abrieron brecha entre las matas y el enemigo se retiró.

El *Gefreiter* Rauch y el *Musketier* Rutschmann cuidaron de mí. Un cinturón de abrigo sirvió como torniquete y vendaron mi herida. Después me llevaron de vuelta a la cabaña en una media tienda.

Desde el frente llegó la noticia de que el enemigo, dejando doscientos prisioneros, había sido expulsado de detrás de su *abatis* y fuera de los

bosques. Nuestras propias bajas habían sido considerables: 30 muertos, incluyendo 2 oficiales, y 8 heridos, incluyendo 4 oficiales solo para el 2.º Batallón. Tal y como se comunicó más tarde en la historia del regimiento, ésta fue la tercera vez en tres días que el batallón se había distinguido por sus méritos.

Fue duro dejar a aquellos hombres valientes. Mientras el sol se ponía, dos hombres me llevaron de vuelta a Montblainville en una media tienda atada a dos palos. Apenas sentí dolor, y sin embargo me desvanecí por la pérdida de sangre.

Cuando recobré el conocimiento en un granero de Montblainville, Schnitzer, el cirujano del batallón, estaba atendiéndome. Hänle le había traído. Mi herida fue vendada de nuevo, y fui cargado en una ambulancia junto a tres camaradas heridos y gimientes. Partimos en dirección al hospital de campaña, los caballos trotando sobre el camino destrozado por las granadas, y el traqueteo resultante me causó un gran dolor. Cuando llegamos alrededor de la medianoche uno de los hombres a mi lado ya estaba muerto.

El hospital de campaña estaba atestado. Hombres cubiertos con mantas yacían en hileras al lado de la carretera general. Dos médicos trabajaban febrilmente. Ellos me reexaminaron y me alojaron sobre algo de paja en una habitación.

Con las primeras luces una ambulancia me llevó hasta el hospital de base en Stenay, donde, unos pocos días después, fui condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase. A mediados de octubre, después de haber pasado por una operación, fui llevado a casa en un coche privado que había sido puesto a disposición del Ejército.

Observaciones: El enemigo a lo largo de la carretera general Four-de-Paris-Varennes hizo de lo más difícil para el 2.º Batallón llevar a cabo su misión. Tres batallones fueron empeñados en última instancia en el ataque en los bosques, y fue sólo después de haber sufrido fuertes pérdidas que éstos fueron capaces de expulsar al enemigo de los tupidos bosques.

La alta tasa de bajas empezó con el inicio del enfrentamiento. Entre otros, se perdieron tres oficiales. Es difícil decir si había o no tiradores franceses emboscados en los árboles actuando, ya que ninguno fue descubierto y abatido.

Con nuestra alta tasa de bajas tuvimos problemas para hacer que los hombres avanzasen. En el combate en terreno boscoso, el ejemplo personal del jefe es efectivo sólo sobre aquellas tropas de su inmediata vecindad.

En un combate hombre a hombre, el ganador es aquel que tiene una bala más en su cargador.

SEGUNDA PARTE

Guerra de posiciones en el Argonne y los Altos Vosgos

Capítulo 4

Ataque en el valle de Charlotte

I. El sector de la Compañía en el valle de Charlotte

Poco antes de Navidad fui licenciado del hospital, pero mi herida no había curado y me dificultaba andar. El servicio en un batallón Ersatz era poco agradable, así que regresé a mi unidad.

A mediados de enero de 1915, me uní al regimiento en la parte occidental del Argonne. El camino triturado desde Binarville hasta el puesto de mando del regimiento ya indicaba las condiciones en el bosque de Argonne. Asumí el mando de la 9.ª Compañía que necesitaba un comandante. Una estrecha pasarela hecha de troncos llevaba hacia el frente desde el puesto de mando del regimiento a lo largo de una distancia de unos ochocientos metros. Balas de fusil aisladas pasaban volando entre los bosques invernales y unos pocos obuses silbaron por encima de mi cabeza, obligándome a lanzarme en busca de cobertura a la profunda y arcillosa trinchera de comunicación. Para cuando llegué a mi puesto de mando de la compañía mi uniforme había perdido todos los signos que delatan a un soldado que vuelve de permiso.

Asumí el mando de doscientos guerreros barbudos y un sector de compañía de 400 metros del frente. Un comité de recepción francés me dio la bienvenida con una concentración de «*Rastch-Bumms*[13]». La posición consistía en una trinchera continua reforzada por numerosos parapetos. Varias trincheras de comunicación llevaban hacia la retaguardia. Las escaseces de alambre de púas impedían la construcción de obstáculos adelantados. En general la posición estaba pobremente organizada, y la capa freática había limitado la profundidad de la trinchera a un metro o menos en

algunos puntos. Los abrigos, construidos para alojar entre ocho y diez hombres, eran de necesidad igualmente poco profundos, y sus techos asomaban por encima del nivel del suelo haciendo de ellos magníficos objetivos. Sus techos no eran más que un par de capas de troncos delgados que en el mejor de los casos protegían sólo contra las esquirlas. Durante mi primera hora de mi mando un proyectil aterrizó justo en uno de ellos e hirió de gravedad a nueve hombres. Mi primera orden fue que siempre que la artillería abriese fuego contra nosotros todos los abrigos fuesen desalojados y los hombres se protegieran en la trinchera propiamente dicha. También di órdenes para que los techos de los refugios fuesen reforzados de modo que pudieran al menos resistir fuego de artillería de campaña. Este trabajo comenzó al anochecer. Varios grandes robles cerca de nuestra posición demostraron ser peligrosos para nuestra seguridad. Siempre que los obuses estallaban contra ellos desviaban las esquirlas directamente hacia el interior de nuestras trincheras; así que ordené que varios de ellos fuesen talados.

Estimulado por mi nuevo mando, no pasó mucho antes de que volviese a ser yo mismo otra vez. Para un oficial de 23 años de edad no hay trabajo mejor que el de jefe de compañía. Ganarse la confianza de los hombres exige mucho de un comandante. Debe tener cuidado y precaución, cuidar de sus hombres, vivir bajo las mismas penalidades, y —sobre todo— imponerse autodisciplina. Pero una vez que tiene su confianza, sus hombres lo seguirán a través de viento y marea.

Cada día traía abundante trabajo. Nos faltaban tablas, clavos, abrazaderas, papel embreado para impermeabilizar techos, alambre y herramientas. El refugio de mando que compartía con un jefe de sección tenía un metro y medio de alto y contenía una mesa y un catre hechos de listones de haya atados con alambre y bramante. Las paredes eran de tierra desnuda, y caían hilillos de agua constantemente. Durante el tiempo húmedo, el agua también se colaba a través del techo, que estaba hecho con dos capas de troncos de roble y una fina capa de tierra. Cada cuatro horas el refugio tenía que ser achicado para evitar que la inundación nos echara afuera. Hacíamos fuego sólo por la noche, y con el clima húmedo de invierno pasábamos frío todo el tiempo.

No podíamos ver nada de la posición enemiga al otro lado a causa de la densa maleza. Los franceses estaban en mejores condiciones que nosotros. Ellos no tenían que cortar árboles para conseguir madera, ya que recibían todos los materiales necesarios desde sus depósitos de suministros. Su situación entre bosques sumamente tupidos y nuestras carencias de munición de artillería limitaban la cantidad de fuego de hostigamiento al que se veían sometidos. Las posiciones enemigas estaban a unos trescientos metros de distancia al otro lado del pequeño valle. Para estorbar nuestras partidas de trabajo, el enemigo nos rociaba frecuentemente con fuego de armas cortas. Desagradable como era esto, detestábamos los «*Rastch-Bumms*» más aún debido al corto intervalo de tiempo entre su descarga y el impacto. Quienquiera que fuese cogido al descubierto por uno de esos proyectiles se echaba cuerpo a tierra inmediatamente si tenía la esperanza de evitar ser alcanzado por las esquirlas del obús.

Hacia el final de enero de 1915 llovía y nevaba en días alternos, y del 23 al 26 de enero la compañía pasó a la reserva a unos ciento cincuenta metros por detrás de la línea del frente. Allí los abrigos eran aún peores, el fuego de artillería hostil más problemático, y las bajas diarias igual a aquellas de primera línea. La compañía era usada en servicios de trabajo: p. ej., transporte de materiales, construcción de abrigos, mejorando trincheras de comunicación y tendiendo pasarelas de troncos. Nos sentimos contentos cuando llegó el momento de que volviésemos a primera línea de nuevo. La moral estaba alta y los oficiales y hombres por igual estaban dispuestos a soportar cualquier privación a fin de defender nuestra tierra natal y alcanzar la victoria final.

El 27 de enero dos de mis hombres y yo salimos de reconocimiento remontando una trinchera que llevaba hacia el enemigo desde la izquierda del sector de mi compañía. En aquel momento estábamos situados en una vieja posición francesa que había sido tomada el 31 de diciembre de 1914. Después de retirar algunos obstáculos en la trinchera proseguimos con precaución y a unos cuarenta metros trinchera abajo dimos con unos franceses muertos que probablemente habían quedado allí sin enterrar entre las dos líneas desde el ataque. A la izquierda de la trinchera había un pequeño cementerio y, al final, a unos cien metros de nuestra propia

posición, un puesto de socorro abandonado que, situado en la más profunda depresión entre las líneas, estaba bien excavado, bien abrigado y era capaz de albergar a veinte hombres. Durante la ronda no vimos al enemigo aunque éste lanzaba su habitual tiro de hostigamiento contra nuestras posiciones. A juzgar por el sonido de sus armas estaba a unos ciento cincuenta metros de distancia al otro lado del valle. Decidí convertir el abrigo en un punto fuerte avanzado, y empezamos el trabajo esa misma tarde. Desde esta posición podíamos incluso escuchar a los franceses hablar enfrente. No creí prudente enviar ningún explorador más adelante, por que hubiesen tenido demasiados problemas para atravesar la espesa maleza sin ser vistos, y hubieran sido alcanzados antes de obtener ninguna información que valiese la pena.

II. El asalto del 29 de enero de 1915

A fin de fijar un máximo de la fuerza enemiga en el Argonne, se ordenaron pequeños ataques de diversión para el 29 de enero de 1915 en los que todos los regimientos de la 27.ª División debían participar. A continuación de la voladura de una galería de mina francesa que habíamos descubierto, nuestro regimiento debía realizar una fuerte incursión en el sector del 2.º Batallón. Mientras el golpe de mano se desarrollaba, la artillería rompería el fuego e inmovilizaría al enemigo frente al 3.er Batallón. Para este propósito una batería de obuses del 49.º de Artillería de Campaña fue puesta a disposición y se le concedió tiempo para completar su tiro de corrección. Aunque la 10.ª Compañía tendría que salir de su posición durante la operación, la 9.ª no debía avanzar sino cortar todo intento enemigo de escapar hacia el flanco.

El 29 de enero amaneció frío y con el suelo congelado. Al inicio de la operación yo estaba adelantado en nuestro nuevo punto fuerte con tres escuadras de fusileros. Estábamos a cien metros por delante de nuestras posiciones y oíamos nuestros propios obuses silbando por encima de nuestras cabezas, algunos alcanzando los árboles, otras aterrizando a nuestra espalda. Entonces hicieron volar la mina, y llovieron tierra, palos y piedras sobre el paisaje. Detonaciones de granadas de mano por la derecha

y un intenso fuego de armas cortas siguió a la explosión. Un solitario francés llegó corriendo hasta nuestra posición y fue derribado de un disparo.

Unos pocos minutos más tarde, el ayudante del 3.er Batallón llegó hasta nosotros, informó que el ataque a la derecha estaba yendo bien, y dijo que el comandante del batallón deseaba saber si a la 9.ª Compañía le importaría unirse a la diversión. Aceptar fue todo un placer. Cualquier cosa con tal de salir de aquellas trincheras y aquel continuo tener que andar cubriéndose.

Me percaté de que no podía mover mi compañía desde nuestras trincheras en formación desplegada, ya que la artillería y las ametralladoras enemigas podían alcanzarnos y cualquier avance por nuestra parte sería notificado por sus observadores en la copa de los árboles. Para evitarlo hice que mis hombres se arrastrasen por una trinchera que se extendía hacia adelante desde la derecha de nuestra posición. Después de que hubieron alcanzado el final de la pista, se desplegaron hacia la izquierda; y después de unos quince minutos la compañía estaba reunida en un área a cien metros por delante de nuestra posición y sobre la pendiente que descendía hacia el enemigo. Con sumo cuidado nos arrastramos entre el escaso monte bajo hacia el enemigo, pero antes de que pudiéramos alcanzar la hondonada ellos abrieron fuego sobre nosotros con fuego de fusil y ametralladora que nos detuvo en seco. No había cobertura, y podíamos oír las balas chocar violentamente contra el suelo congelado. Algo más adelante unos pocos robles cobijaban a un puñado de mis hombres. Yo no podía localizar al enemigo ni siquiera con mis prismáticos. Sabía que permanecer donde estábamos nos costaría caro en bajas, porque incluso aunque el fuego enemigo no era apuntado, compensaba en volumen lo que carecía en dirección. Me estrujé los sesos para encontrar una forma de salir de aquel lío sin sufrir pérdidas demasiado grandes. Es en momentos como este que la responsabilidad por el bienestar o la perdición de los hombres de uno pende pesadamente sobre la conciencia de un comandante.

Acababa de decidir correr hacia la hondonada a sesenta metros más adelante, ya que ésta ofrecía un poco más de abrigo que nuestra actual posición, cuando oímos la señal de ataque a lo lejos por la derecha. Mi corneta estaba justo a mi lado e hice que tocase a carga.

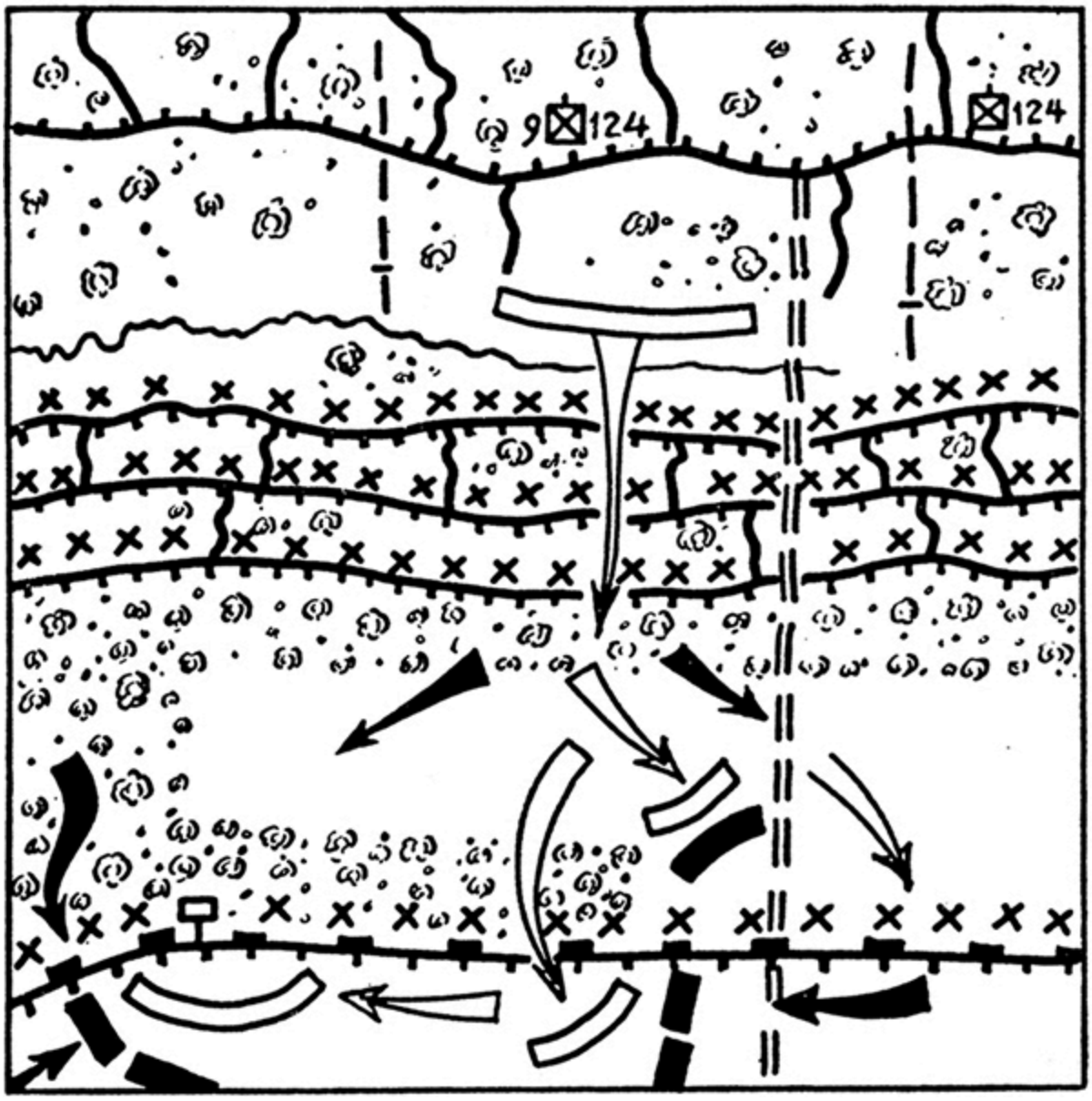
A pesar del incesante volumen de fuego dirigido contra nosotros, la 9.ª Compañía se puso en pie de un salto y vociferando vigorosamente, se lanzó adelante. Cruzamos la hondonada y alcanzamos las alambradas francesas nada más que para ver al enemigo abandonar atropelladamente su sólida posición. Los pantalones rojos brillaban intermitentemente a través de la maleza y volaban las colas de las levitas azules. Totalmente ajenos al botín dejado atrás en las posiciones abandonadas, nosotros corrimos tras ellos. Pegándonos a los talones del enemigo muy de cerca conseguimos irrumpir en otras dos líneas defensivas que habían sido bien provistas de alambradas. En cada posición el enemigo salió corriendo antes de que llegásemos hasta él. Como prueba de la exigua resistencia, no tuvimos baja alguna. (Ver croquis n.º 9).

Rebasamos una altura y los bosques comenzaron a clarear. Podíamos ver al enemigo corriendo ante nosotros en una densa masa, así que continuamos golpeando tras él, disparando mientras avanzábamos. Algunos de la compañía limpiaron los abrigos, y el resto de nosotros seguimos avanzando hasta que alcanzamos el lindero de los bosques seiscientos metros al oeste de Fontaine-aux-Charmes. En este punto estábamos a ochocientos metros al sur de nuestra posición inicial. Allí el terreno descendía de nuevo, y el enemigo en desbandada había desaparecido entre la baja maleza. Habíamos perdido contacto con ambos flancos y la retaguardia y a ambos lados escuchábamos los sonidos de una enconada pelea. Reuní a la compañía y ocupamos la linde de los bosques al oeste de Fontaine-aux-Charmes y después traté de restablecer contacto con las unidades adyacentes. Acompañado de risas generales, un soldado sacó algunos artículos de indumentaria femenina de un abrigo.

Llegó una compañía de reserva, y después de ordenarle la tarea de reestablecer contacto, nosotros nos alejamos colina abajo hacia el suroeste a través del ralo zarzal de este sector donde el terreno había sido en su mayor parte limpiado de árboles. Mi unidad avanzaba en columna detrás de fuertes elementos de seguridad. Acabábamos de cruzar una cañada cuando un fuerte fuego desde nuestra izquierda nos obligó a echarnos al suelo, pero no podía verse al enemigo. A fin de mantener nuestro empuje, basculamos

hacia el oeste, dejamos atrás el fuego hostil, y después proseguimos nuestro avance hacia el sur a través de bosques abiertos.

En el borde superior de estos bosques, topamos con una alambrada, como no habíamos visto otra. Tenía más de cien metros de anchura y se extendía hacia los flancos tan lejos como alcanzaba la vista. Los franceses también habían talado el bosque entero en este saliente. Pude ver a tres de mis hombres moviendo los brazos para llamar nuestra atención desde el otro lado del alambre, de lo que deduje que el enemigo aún no había ocupado la formidable posición. En aquel momento me di cuenta de que, ocupar y mantener aquella posición hasta que apareciesen las reservas sería una importante y meritoria empresa.



Croquis 9: El ataque contra la posición «Central», 29 de enero de 1915.

Traté de desplazarme por el estrecho sendero que llevaba a través del alambre, pero el fuego enemigo desde la izquierda me obligó a echarme cuerpo a tierra. El enemigo estaba a casi cuatrocientos metros de distancia y ciertamente no podía verme a causa de la densidad de la alambrada, sin embargo los rebotes sonaban por todas partes a mi alrededor mientras me arrastraba a través de la posición a cuatro patas. Ordené a la compañía que me siguiese en fila india, pero el jefe de mi sección de vanguardia perdió el

cuajo y no hizo nada, y el resto de la compañía le imitó y se tendió detrás del alambre. Gritar y agitar los brazos para llamar su atención resultó inútil.

Esta posición, construida como una fortaleza, no podía ser defendida por tres hombres nada más, y la compañía debía unírsenos. Explorando hacia el oeste, encontré otro pasillo a través del obstáculo y repté de vuelta hasta la compañía donde informé al jefe de mi primera sección que podía o bien obedecer mis órdenes o recibir un tiro allí mismo. Escogió lo primero, y a pesar del intenso fuego de armas ligeras desde la izquierda todos atravesamos reptando el obstáculo y alcanzamos la posición enemiga.

Para asegurar la posición, hice que mi compañía se desplegase en un semicírculo y se atrincherase. La posición se llamaba «Central» y estaba construida siguiendo el más reciente diseño. Era parte del sistema defensivo general que recorría todo el Argonne y consistía en sólidos blocaos, espaciados unos cincuenta metros entre sí, desde los que los franceses podían cubrir sus extensivas alambradas con fuego de ametralladora de flanco así como frontal. Una línea de parapetos conectaba los blocaos individuales, y este muro era tan alto que el fuego hecho desde la banqueta podía alcanzar cualquier parte de las alambradas dentro del alcance. El muro estaba separado de las alambradas por un foso de unos cuatro metros y medio de ancho que estaba lleno de agua y, en esta parte del año, congelado. Se habían dispuesto profundos refugios detrás del muro, y una estrecha carretera discurría a unos diez metros de él. La altura del muro era la suficiente para ofrecer enmascaramiento y desenfilada a los vehículos que estuviesen usando la carretera.

Desde la izquierda nos veíamos sometidos a un considerable fuego de armas ligeras, mientras que allá a la derecha las instalaciones parecían estar desocupadas. Alrededor de las nueve de la mañana envié el siguiente mensaje escrito a mi batallón:

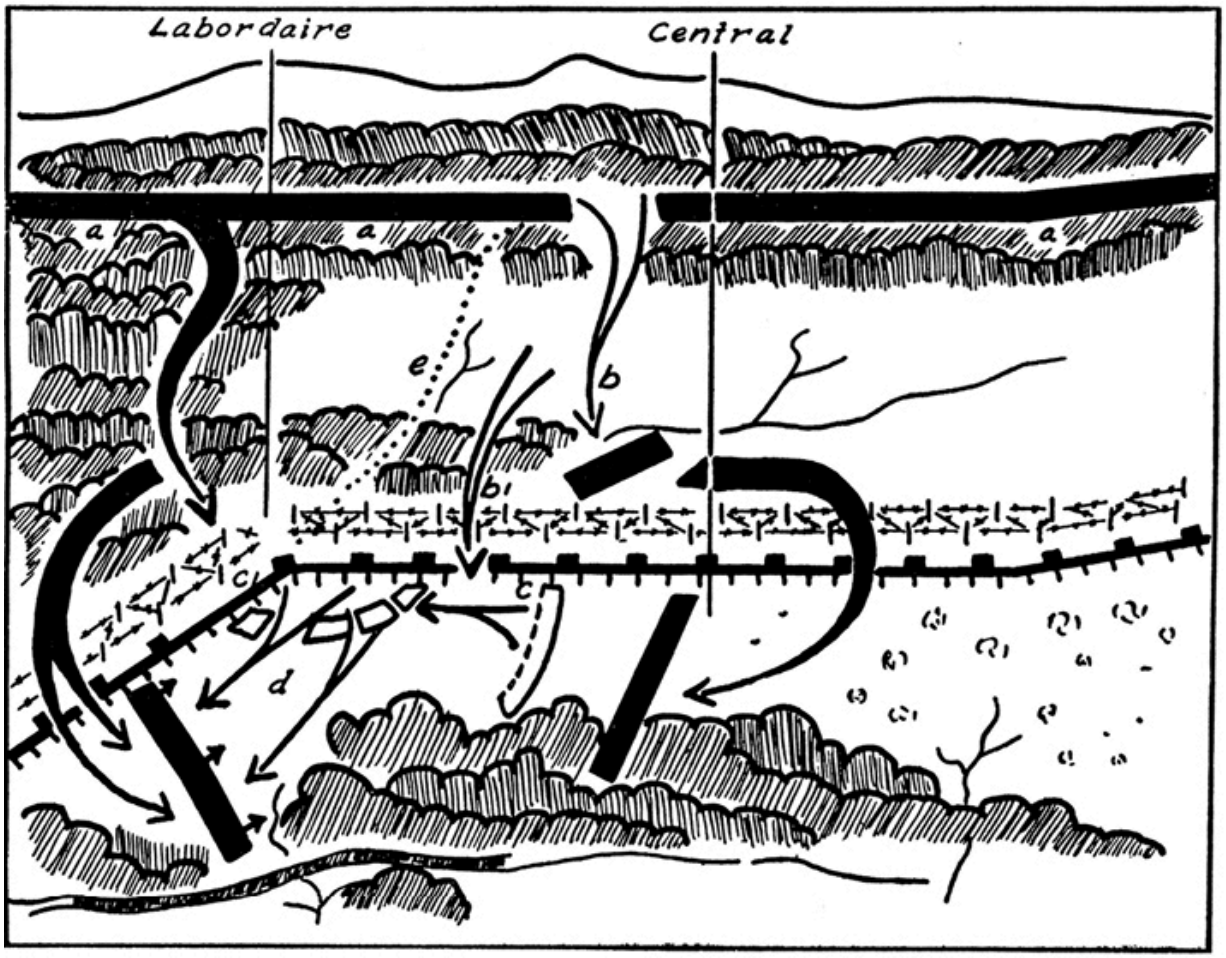
«La 9.ª Compañía ha ocupado algunas potentes obras francesas situadas a un kilómetro y medio al sur de nuestra línea de partida. Mantenemos un sector que corre a través del bosque. Solicito apoyo inmediato y reabastecimiento de munición de ametralladora y bombas de mano».

Mientras tanto las tropas estaban intentando hacer mella en el suelo congelado con sus útiles, pero fue sólo usando los pocos picos y azadones

disponibles que hicimos algún progreso. Habíamos estado trabajando cosa de treinta minutos cuando el piquete de la izquierda informó de que el enemigo se estaba retirando a través del alambre a unos seiscientos metros hacia el este en columna de marcha. Hice que una sección abriese fuego. Parte del enemigo buscó cobertura, pero otros que estaban aún al norte del obstáculo giraron más hacia el este y aparentemente alcanzaron la carretera cubierta tras las obras, ya que poco después de abrir fuego fuimos atacados desde aquella dirección.

Dado que nuestras excavaciones estaban produciendo pocos progresos, busqué otro lugar donde situar a la compañía. Doscientos metros hacia la derecha encontré una curva en la posición enemiga que serviría como excelente punto de resistencia si queríamos mantener nuestra cabeza de puente dentro de las obras enemigas. La compañía se abrió paso combatiendo hasta la nueva posición, llamada «Labordaire», donde rápidamente improvisamos defensas con los muchos tocones de árbol que había desperdigados por el lugar. Desde allí, abrimos un nutrido fuego graneado contra la fuerza enemiga a la derecha y la hicimos detenerse a unos trescientos metros de distancia. Escogió atrincherarse en aquel punto y poco después su fuego amainó y después cesó.

Mi cabeza de puente incluía cuatro blocaos, estando mi compañía desplegada en un semicírculo con una sección de cincuenta hombres ocultos como reserva entre las alambradas y la posición. Aquí otro angosto pasillo en zigzag llevaba hasta el otro lado del campo de alambre. El tiempo pasaba y empezamos a ponernos nerviosos por la tardanza de nuestros refuerzos y abastecimientos. De repente informes desde la derecha indicaron que más franceses se estaban retirando a través del alambre a unos cincuenta metros de nosotros. El jefe de sección quería saber si debía abrir fuego. ¿Qué otra cosa se suponía que debíamos hacer? Estábamos a punto de meternos en una desagradable pelea, y no había motivo por el que permitir a los franceses empezarla libres de bajas. Si disparábamos al punto, entonces los franceses darían la vuelta hacia el oeste y entrarían en la posición a través del siguiente pasadizo; también era posible que pudiesen cruzarse sobre nuestra línea de comunicación y así rodearnos. Abrí fuego.



Croquis 11: El ataque contra la posición «Central», 29 de enero de 1915. Vista desde el sur. (a). Tercera línea francesa. (b). La 9.ª Compañía explota la ruptura y penetra hasta alcanzar la posición «Central». (c). La 9.ª Compañía defiende porciones de las posiciones «Central» y Labordaire. (d). Ataque previo a la ruptura del combate. (e). Itinerario seguido durante el repliegue.

Desde los altos parapetos franceses un fuego rápido golpeó al cercano enemigo, y se desarrolló una enconada contienda, con los franceses luchando bravamente. Afortunadamente la mayoría del nuevo enemigo, estimado en un batallón, giró hacia el oeste, atravesó las alambradas 350 metros más allá, y avanzó hacia nosotros desde el oeste sobre un frente amplio. El cerco alrededor de la 9.ª Compañía se cerró dejando nada más que una estrecha vereda a través del alambre para conectarnos con el

batallón. Incluso aquel cordón umbilical estaba batido por el fuego enemigo desde el este y el oeste. A la derecha, nuestro nutrido fuego mantenía al enemigo clavado al suelo, pero el enemigo a la izquierda había hecho progresos y se estaba acercando peligrosamente. La munición se iba agotando, y ordené a la sección de reserva ceder la mayoría de su dotación. Reduje la cadencia de fuego a fin de conservar la munición tanto como fuera posible, pero el enemigo al oeste seguía acercándose a rastras cada vez más. ¿Qué iba a hacer una vez que mi munición se hubiese agotado? Aún tenía esperanza de que llegase ayuda del batallón. Los minutos parecían horas.

Una encarnizada batalla se desarrollaba alrededor del blocao en el extremo derecho, y gastamos nuestras últimas bombas de mano en su defensa. Pocos minutos después, alrededor de las diez y media de la mañana, una escuadra de asalto francesa consiguió tomarlo y usó sus troneras para derramar fuego de fusil y ametralladora sobre nuestras espaldas. Este informe me llegó al mismo tiempo que un enlace me hacía llegar a gritos desde el otro lado de la alambrada una orden del batallón: «El batallón está en posición a ochocientos metros hacia el norte y está cavando trincheras. La compañía Rommel debe replegarse, apoyo no posible». De nuevo la primera línea pedía a voces munición, y teníamos suficiente sólo para diez minutos más.

¡Momento de decidirse! ¿Debíamos romper el combate y correr de vuelta a través del estrecho sendero en la alambrada bajo un intenso fuego cruzado? Una maniobra tal nos habría, por lo bajo, costado un cincuenta por ciento de bajas. La alternativa era disparar el resto de nuestra munición y después rendirnos. Este último recurso ni se contemplaba. Tenía otra línea de acción más: es decir, atacar al enemigo, desorganizarlo, y entonces retirarme. En ello descansaba nuestra única salvación posible. Con toda seguridad, el enemigo era muy superior en número, pero aún no se había visto a la infantería francesa resistir a pie firme un ataque de mis fusileros. Si obligábamos a retroceder al enemigo hacia el oeste, podríamos tener una oportunidad de pasar a través del obstáculo y sólo tener que preocuparnos del fuego del enemigo más alejado al este. La velocidad era la clave del

éxito, ya que teníamos que estar fuera antes de que aquéllos a los que habíamos atacado pudieran recobrarse de la sorpresa.

No perdí tiempo distribuyendo mi orden de ataque. Todos sabían cuan desesperada era la situación, y todos estaban resueltos a darlo todo. La sección de reserva acometió hacia la derecha, recapturando el blocao perdido y arrastrando a toda la línea con su ímpetu. El enemigo se rompió y salió corriendo. Con los franceses corriendo hacia el oeste, el momento adecuado para romper el combate había llegado. Nos apresuramos hacia el este y franqueamos la alambrada en fila india tan rápido como fue posible. Los franceses al este abrieron fuego sobre nosotros, pero un blanco en movimiento no era demasiado rentable a una distancia de trescientos metros. Incluso así, consiguieron unos pocos impactos. Para cuando el enemigo al oeste se había recobrado y vuelto al ataque, yo tenía al grueso de mi unidad en el lado seguro del alambre. Aparte de cinco hombres heridos graves que no pudimos llevarnos, la compañía alcanzó la posición del batallón sin más novedad.

El batallón, con mi compañía a la izquierda, fue apostado en el tupido bosque directamente al sur de las tres posiciones francesas ocupadas. El 1.er Batallón estaba teniendo problemas y estaba sin contacto directo con nuestra izquierda, pero por medio de escuadras de enlace conseguimos mantenernos en contacto con su derecha. Mi compañía se atrincheró a unos cien metros del lindero de bosque. Cavar en el suelo congelado no fue ninguna broma.

Hasta el momento la artillería francesa había dedicado toda su atención a nuestra antigua posición y a las zonas de retaguardia y durante el ataque nos habíamos librado de sus atenciones, probablemente debido a un pobre enlace entre infantería y artillería. Esto ya se había remediado, y fuimos sometidos a un muy nutrido volumen de fuego de represalia que dificultó nuestra excavación dado que el lindero delantero del bosque recibió una atención particular. Yo preparé mi parte de las actividades de la mañana en un formulario de mensaje y lo acompañé de un croquis.

Más adelantada la tarde, tras una intensa preparación artillera, el enemigo contraatacó. Masas de tropas frescas se lanzaron al asalto a través de la maleza, sólo para encontrarse con nuestro fuego de fusilería. Cayeron,

buscaron abrigo, y contestaron a nuestro fuego. Aquí y allá un pequeño grupo trataba de aproximarse más, ¡pero en vano! Nuestro fuego defensivo estranguló el ataque con fuertes pérdidas, y gran cantidad de muertos y heridos quedaron cerca de nuestras líneas. Bajo la cobertura de la oscuridad los franceses se retiraron al lindero del bosque unos cien metros más allá y cavaron posiciones.

El fuego de infantería fue apagándose, y nosotros también comenzamos a cavar, ya que nuestras propias trincheras sólo tenían cincuenta centímetros de profundidad. La artillería francesa de nuevo interrumpió este trabajo. Esquirlas de metralla de afilados bordes pasaban silbando cerca de nuestros oídos, impactaban, y destruían árboles como si fuesen cerillas.

Nuestras posiciones ofrecían una cobertura inadecuada contra el fuego de hostigamiento que, con pocas pausas, se mantuvo toda la noche. Envueltos en abrigos, medias tiendas y mantas, nos acostamos tiritando dentro de la trinchera poco profunda. Podía escuchar a los hombres dar un brinco cada vez que una nueva barrera caía cerca. Durante la noche perdimos doce hombres, que era una pérdida mayor que la que habíamos sufrido durante todo el ataque. No pudieron llevarse raciones de comida hasta primera línea.

Al amanecer la actividad de la artillería hostil remitió y empezamos a trabajar en ahondar nuestras posiciones; pero no se nos concedió demasiado tiempo. A las 8.00 el fuego de artillería nos obligó a abandonar, y el fuego fue seguido por un fuerte ataque de infantería que hicimos retroceder con poca dificultad. El mismo destino tuvieron los ataques subsiguientes, y poer la tarde nuestras posiciones eran lo suficientemente profundas como para que pudiéramos dejar de preocuparnos por los efectos del fuego de artillería. No teníamos trincheras de enlace hacia la retaguardia, así que tuvimos que esperar hasta la oscuridad para tener nuestra primera comida caliente.

Observaciones: El ataque del 29 de enero de 1915 demostró la superioridad de la infantería alemana. El ataque de la 9.ª Compañía no fue ninguna sorpresa, y es difícil entender porqué la infantería francesa perdió su temple y abandonó una posición defensiva bien preparada y protegida

profusamente con alambre de púas, tres líneas en fondo, y apuntalada con ametralladoras. El enemigo sabía que el ataque iba a producirse pronto y había intentado detenerlo por medio de un intenso tiro de interdicción. El hecho de que fuésemos capaces de recurrir a la acción ofensiva y abrirnos camino desde la copada posición Labordaire es buena prueba de las aptitudes de combate de nuestras tropas.

Fue mala suerte que ni el batallón ni el regimiento tuviesen posibilidades de explotar el éxito de la 9.ª Compañía. Con tres batallones en línea, las reservas disponibles eran inadecuadas. La escasez en munición de armas ligeras y bombas de mano aumentó nuestros problemas en la defensa de Labordaire. Varias cosas ocurrieron simultáneamente que convirtieron nuestra situación en lo más crítica: Primero, el enemigo tomó el blocao en el extremo derecho; segundo, recibimos la orden del batallón de replegarnos; tercero, estábamos cortos de munición; y, finalmente, nuestro camino de vuelta a través de la alambrada estaba batido por el fuego enemigo. Cualquier decisión, excepto la tomada, hubiera dado como resultado bajas aterradoras si es que no la total aniquilación. Por encima de todo, era imposible esperar a la oscuridad; ya que el último cartucho hubiera sido disparado bastante antes de las once de la mañana. Atacar a la fuerza enemiga más débil en el este no hubiera rendido dividendos, porque el ataque más agresivo venía desde el oeste; y atacar hacia el este le hubiera dado a la fuerza occidental una excelente oportunidad de golpearnos de revés. La ruptura del combate en Labordaire confirma la aseveración del Reglamento sobre el Servicio en Campaña: «*Retirarse del combate se consigue más fácilmente después de una exitosa maniobra ofensiva*».

Al hacer nuestros precipitados preparativos para el ataque, no pensamos en los útiles pesados de zapador. El suelo sólidamente congelado volvió nuestras herramientas portátiles de campaña casi inútiles. Incluso en el ataque la pala es tan importante como el fusil.

Aunque había un mejor campo de tiro desde el lindero del bosque, la nueva posición estaba a un centenar de metros hacia el interior de los bosques. No teníamos intención de exponer a las tropas a una repetición de la función del bombardeo en los bosques de Defuy, y aún tuvimos un

campo de tiro lo suficientemente bueno para rechazar varios ataques de infantería franceses con fuertes pérdidas.

Las pérdidas debidas al fuego de artillería hostil durante la noche del 29 al 30 de enero fueron tan elevadas porque las tropas no cavaron hasta una profundidad adecuada.

Capítulo 5

Guerra de posiciones en «Central» y en el valle de Charlotte

I. Frente a «Central» y Bagatelle

Nuestras nuevas posiciones fueron una mejora. Estábamos situados a una altitud mayor, y la capa freática ya no nos daba problemas. Más aún, el terreno era fácil de trabajar. Se habían capturado durante el ataque abrigos y refugios a prueba de bomba de una profundidad de entre cuatro y seis metros, inmunes a la artillería francesa. Para llegar a mi refugio de mando, que compartía con un oficial de Ulanos agregado, era necesario arrastrarse a cuatro patas. De día soportábamos un frío atroz, ya que no nos atrevíamos a encender fuego. El menor indicio de humo bastaba para atraer un nutrido fuego de hostigamiento por parte de los franceses.

Se establecieron relevos de diez días: primera línea, posición de reserva y campamento de descanso alternaban unos con otros. Gracias a las buenas posiciones y los abrigos, las pérdidas en primera línea fueron ligeras, aunque la artillería francesa aumentaba el volumen de su fuego de hostigamiento de día en día. Sus baterías aparentemente tenían munición de sobra, en contraste con las nuestras, que estaban tan escasas que sólo abrían fuego de vez en cuando.

Supe que los cinco hombres gravemente heridos que habíamos dejado atrás para ser hechos prisioneros el 29 de enero estaban saliendo adelante bien, y unas pocas semanas más tarde fui condecorado con la Cruz de Hierro, primera clase, por aquella operación. Fui el primer *Leutnant* del regimiento en conseguir esta condecoración.

Los siguientes tres meses se emplearon en rectificar nuestras líneas en conjunción con nuestros vecinos. El 120.º de Infantería a la derecha llegó

un poco más adelante de lo que conseguimos nosotros el 29 de enero. El 123.º Regimiento de Granaderos a la izquierda se abrió paso por su parte hacia Cimetiere, que lindaba con Central al este. Una y otra vez se lanzaban zapas que después se interconectaban. De este modo la línea del frente era llevada más cerca de los franceses, hasta que finalmente alcanzamos las alambradas francesas delante de su posición principal.

Nuestro trabajo se veía interferido por la artillería y los morteros de trinchera, —que hacían su aparición por primera vez—, y más de un soldado fue alcanzado en las zapas. Las trincheras de comunicación y los ramales hacia retaguardia, los puestos de mando, y los depósitos de suministros estaban sometidos constantemente al fuego de hostigamiento francés. Cuando la compañía se trasladaba al campo de descanso, todo el mundo daba un suspiro de alivio. Habitualmente, durante estos relevos, también teníamos el triste deber de enterrar a nuestros camaradas caídos. Con el tiempo los relevos se hicieron menos frecuentes, las pérdidas en las líneas avanzadas aumentaron, y el tranquilo camposanto entre los bosques se hizo mucho más extenso.

Desde el comienzo de mayo de 1915, el enemigo batía las trincheras más avanzadas noche y día con «minas volantes» ligeras y medias. El apagado sonido de su descarga era demasiado familiar para los veteranos del Argonne[14]. Aunque era mucho más débil que los otros sonidos de la batalla, bastaba para despertarnos del más profundo sueño y hacernos salir de los refugios. De día los proyectiles podían verse volando a través del aire, y teníamos mucho tiempo para agacharnos. De noche era mejor evitar las zonas amenazadas por completo. Por otra parte, nadie se molestaba en levantarse y dejar los abrigos durante el fuego de hostigamiento de la artillería.

A pesar de las bajas diarias y la enervante tensión del combate, la moral permanecía alta, cumpliendo todo el mundo sus deberes de una manera pasmosamente natural. Incluso llegamos a sentirnos «apegados» a aquel rincón empapado en sangre del Argonne. La parte más dura era decir adiós a los compañeros que eran llevados a retaguardia muertos o gravemente heridos. Nunca se me olvidará aquel soldado cuya pierna había sido amputada por un mortero de espiga. En una sanguinolenta media tienda, le

llevaban por delante de nosotros bajando por la estrecha trinchera a la puesta del sol. Se me hizo difícil expresar mi emoción al ver a aquel magnifico joven soldado dejarnos de aquel modo, y sólo pude estrechar su mano para darle ánimo. Pero él me dijo: «Mi alférez, esto no es nada. Pronto estaré de vuelta con la compañía incluso si tengo que usar una pierna de madera». El bravo muchacho nunca más volvió a ver salir el sol, ya que murió de camino al hospital. Este concepto del deber era distintivo del espíritu de mi compañía.

Al comienzo de mayo recibimos algunos arcos de galería prefabricados y pudimos así excavar pequeños abrigos para uno o dos hombres en la pared anterior de las trincheras. Mediante este arreglo pudimos alojar a los relevos de guardia en los puestos de escucha. La primera línea estaba por entonces tan cerca de las principales obras enemigas que la artillería francesa no podía tirar sobre nosotros sin poner en peligro a su propia gente. Ésta transfirió e intensificó su actividad contra las unidades de retaguardia, las rutas de abastecimiento, las posiciones de reserva, puestos de mando, y campamentos.

Por esa época un *Oberleutnant* de más antigüedad que no había servido todavía en campaña se hizo cargo de la 9.ª Compañía. El comandante del regimiento deseaba trasladarme a una compañía diferente, pero yo decliné y permanecí con los hombres a los que había mandado anteriormente.

Durante diez días, a mediados de mayo, la 9.ª Compañía estuvo agregada al 67.º de Infantería que estaba situado en medio del Argonne cerca de Bagatelle al oeste del 123.º de Granaderos. Esta agresiva unidad estaba seriamente diezmada como resultado de sus muchos combates en la campaña. Una clase diferente de guerra de trincheras prevalecía aquí. Se ponía menos énfasis en las posiciones que ofreciesen abrigo del fuego de artillería y mortero. La batalla entera se desarrollaba a tiro de granada de mano desde depresiones poco profundas y desde detrás de bajas murallas de sacos terreros. En Bagatelle había pocos indicios de que el Argonne fuera un tupido bosque, ya que el fuego de artillería francés había desmontado completamente los árboles, y en kilómetros a la redonda todo lo que podía verse eran tocones. Mientras los comandantes subalternos estaban haciendo su reconocimiento previo al cambio de guardia, un corto pero violento

combate con bombas de mano estalló en un amplio frente; y antes de que hubiese terminado habíamos sufrido varias bajas. Ésta fue una muestra de lo que nos esperaba, e hicimos el relevo con emociones contrapuestas.

Como era nuestra costumbre, profundizamos la trinchera al momento y construimos abrigos para nosotros. Repentinas y violentas ráfagas de artillería francesa y fuego de mortero, acompañados de combates con bombas de mano a lo largo de toda la línea, nos impedían el aburrimiento. Con el tiempo cálido el espantoso hedor de los cuerpos se colaba flotando dentro de la posición. Muchos franceses muertos yacían en frente de y entre nuestras posiciones, pero no podíamos enterrarlos a causa del fuerte fuego enemigo.

Las noches eran realmente excitantes. Los combates con bombas de mano se prolongaban durante horas a lo largo de un amplio frente y se volvían tan confusos que nunca sabíamos si el enemigo había conseguido atravesar nuestras líneas en algún lugar o se había abierto camino hasta detrás de nuestra línea del frente o no. Añadido a esto, varias baterías enemigas se unían desde los flancos. Esta situación se repetía varias veces cada noche, y pronto se convirtió en un tormento para nuestros nervios.

El puesto de mando de sección que yo había heredado de mis predecesores estaba a la izquierda y algo retrasado de mi sector de sección. Al nivel del fondo de la trinchera —unos dos metros por debajo del suelo— había un estrecho pozo vertical en el parapeto. Este pozo era apenas lo suficientemente ancho para permitir que un hombre descendiese por él. Otros dos metros, es decir, cuatro metros bajo la superficie, se abría a un túnel horizontal del tamaño de un ataúd grande. El suelo estaba hecho de planchas de corcho, y se habían excavado pequeños nichos en la pared para proporcionar un lugar donde almacenar raciones y algunas otras posesiones. Las paredes y el techo no estaban entibados, y, aunque el suelo arcilloso aguantaba, tenía la certeza de que cualquiera atrapado allí por un proyectil que explotase cerca de la entrada podía contar con quedar enterrado vivo. Tan pronto como los obuses caían en las cercanías, salía de mi agujero y me unía a mi sección. En cualquier caso era mejor estar bien cerca de la primera línea para la batalla nocturna con bombas de mano que nos tenía media noche en pie.

El calor era insoportable durante aquellos días. Cierto día el *Fähnrich* Moricke, un soldado especialmente competente, me visitó. Yo estaba abajo en mi refugio, y teníamos que hablarnos el uno al otro a través del pozo porque no había espacio para los dos en mi conejera. Le dije a Moricke que estaba convencido de que no estábamos a salvo de las malditas moscas ni siquiera cuando estábamos a cuatro metros bajo tierra. Moricke dijo que no era de extrañar ya que el borde de la trinchera estaba sencillamente negro de todas las que había allí. Cogió un pico y empezó a cavar allí, y al primer golpe el brazo a medio pudrir y ennegrecido de un francés salió a la luz. Lo cubrimos con cloruro de cal y tierra y dejamos al muerto en paz.

Conseguimos pasar los diez días, y de regreso a nuestro sector regimental fuimos enviados sin consideración de nuevo a primera línea. Descubrimos que no se había ahorrado esfuerzo alguno para hacer la guerra de trincheras más desagradable, ya que habían añadido el minado a un redoblado volumen de fuego de artillería y mortero de trinchera. Los puestos avanzados enfrentados estaban ahora a tan solo unos pocos metros de distancia situados en zapas a medio cubrir fuertemente reforzadas con alambre, y la noche se llenaba de animadas batallas con bombas de mano que de tiempo en tiempo ponían a toda la guarnición en danza. Cada bando trataba de destruir los túneles y posiciones avanzadas del otro y a duras penas pasaba un día sin una explosión.

Un día los franceses tuvieron éxito en cortar una de nuestras zapas que tenía diez hombres de nuestra compañía trabajando dentro. Conseguimos sacarlos, pero nos llevó varias horas de duro combate y cavar, ya que varios quedaron completamente enterrados.

Nuestros intentos de capturar los puestos de escucha franceses cercanos terminaban habitualmente con considerables pérdidas. Estos puestos y las secciones de trinchera que llevaban hasta ellos estaban completamente rodeados de alambre de espino. Al menor ruido, los franceses en los blocaos barrían los obstáculos con fuego de ametralladora. Estas condiciones pronto se volvieron exasperantes y concebimos la esperanza de remediarlas asaltando «Central».

II. Ataque a Central

Después de una preparación con artillería y lanzaminas de tres horas y media, íbamos a capturar los puntos de resistencia franceses de Labordaire, Central, Cimetiere y Bagatelle. El enemigo había estado trabajando en aquellas posiciones desde octubre de 1914. Durante semanas el regimiento había estado haciendo preparativos básicos para este ataque. Justo detrás de la primera línea, en emplazamientos a prueba de bomba, se habían asentado morteros medios y pesados. Día y noche las compañías de reserva llevaban hacia primera línea suministros, lanzaminas desmontados y munición a través de las angostas trincheras de comunicación. El fuego de hostigamiento francés había aumentado en violencia, y más de una partida de porteadores había sido alcanzada. Hacia el final de junio y después de unos pocos días en el campo de descanso, la 9.ª Compañía se dirigió de vuelta al frente. Quedamos asombrados al ver gran cantidad de artillería media y pesada emplazada y camuflada en las inmediaciones de Binarville. Era agradable saber que había disponible una cantidad adecuada de munición. Esta vez nos fuimos a nuestra posición con el mejor de los ánimos.

El regimiento preparó planes detallados para las cinco compañías de asalto. Durante la preparación, mi sección permanecía en reserva a unos mil cien metros al norte de «Central». Poco antes de la señal de salida, debíamos avanzar hasta situarnos detrás de la línea de partida, seguir al escalón de asalto de cerca, y mantenerlo abastecido con granadas, munición y equipo de fortificación.

A las 5.15 del 30 de junio, la artillería abrió fuego con todo lo que tenía incluidos morteros de 210 y 305 milímetros. El efecto de los obuses era increíble. Géiseres de tierra lanzados hacia el cielo, cráteres que aparecían súbitamente ante nosotros. Las poderosas fortificaciones francesas fueron hechas pedazos como si hubieran sido alcanzadas por gigantescos martinetes. Hombres, maderos, raíces, obstáculos y sacos terreros volaban por los aires. Nos preguntábamos como se sentía el enemigo, ya que nunca habíamos visto una concentración tal de fuego de grueso calibre.

Una hora antes del asalto, los morteros medios y pesados abrieron fuego contra los blocaos, alambradas y parapetos. Los franceses concentraron su fuego de artillería para romper el asalto, pero sus esfuerzos fueron fútiles. La guarnición que ocupaba nuestra línea avanzada era reducida y estaba demasiado cerca de la principal posición hostil. Los cañones franceses continuaron torturando la tierra hacia la retaguardia. Un trozo de metal se sumergió en la tierra cien metros delante de mí y aventó los restos mortales de un francés que había muerto en enero hasta la copa de los árboles. Yo no dejaba de mirar mi reloj. Nos quedaban quince minutos para salir. Una nube de humo gris azulado del bombardeo hacía difícil la visión a medida que ambos bandos aumentaban su volumen de fuego.

La trinchera de comunicación asignada a nosotros estaba expuesta a un potente fuego hostil, así que decidí desviarme de mis órdenes y desplazarnos lateralmente a lo largo de unos cien metros. Corrimos por nuestras vidas a través del trecho de terreno abierto y encontramos abrigo en el fondo de la depresión; entonces, a través de la trinchera de comunicación, entramos corriendo en la primera línea mientras barreras fijas francesas estallaban por todas partes. Las tropas de asalto estaban tendidas hombro con hombro, y al otro lado frente a nosotros estallaban los últimos proyectiles de cañón y mortero.

A las 8.45, nuestro asalto se puso en marcha sobre un frente amplio. Las ametralladoras francesas derramaban su fuego; los hombres saltaban alrededor de cráteres, por encima de los obstáculos, y al interior de la posición enemiga. El escalón de asalto de nuestra compañía fue alcanzado por fuego de ametralladora desde la derecha y unos pocos cayeron, pero el grueso apretó el paso, desapareciendo en los cráteres y detrás de terraplenes. Mi sección iba detrás. Cada hombre llevaba su carga, bien varias palas o si no sacos llenos con granadas o munición. La ametralladora francesa a la derecha seguía aún martilleando sin parar. Atravesamos su campo de tiro y trepamos por las paredes en las que la 9.ª Compañía se había defendido el 29 de enero. La posición era un montón de escombros. Franceses muertos y heridos yacían desparramados por entre la maraña de fajinas, maderos y árboles arrancados. Aquellos revestimientos le habían costado a más de un francés su vida[15].

A nuestra derecha y frente a nosotros, se estaban desarrollando combates con bombas de mano, y desde las posiciones de retaguardia ametralladoras francesas barrían el campo de batalla en todas direcciones y nos obligaban a ponernos a cubierto. El sol calentaba. Detenidos, nos desviamos hacia la izquierda y después, pegados a los talones al escalón de asalto de nuestra compañía, continuamos por una trinchera de comunicación que llevaba hacia la segunda posición.

Nuestra artillería había trasladado su tiro hacia la segunda línea francesa (Central II), situada a 150 metros hacia el sur, que sería capturada el 1 de julio sólo después de un renovado bombardeo de artillería y morteros. Los escalones de asalto del regimiento no empeñados en limpiar las últimas bolsas de resistencia en Central I, estaban presionando hacia Central II.

A unos veinticinco metros por delante de nosotros rugía un violento combate con bombas de mano, y más allá podíamos ver los contornos de Central II a unos ochenta metros de distancia. El fuego de ametralladora francés hacía imposible moverse fuera de la trinchera de comunicación, y nuestro propio grupo de asalto más adelante parecía estar atascado. ¡Su joven líder, el *Fähnrich* Moricke, estaba tendido en la trinchera gravemente herido con una bala en la pelvis! Quise llevarle a retaguardia, pero me dijo que no debíamos preocuparnos por él. Los camilleros se hicieron cargo. Un último apretón de manos y yo tomé el mando en vanguardia. El *Fähnrich* murió al día siguiente en el hospital.

Trabamos combate con la guarnición de Central II. Nuestra artillería había dejado de disparar. Unas pocas salvas de bombas de mano seguidas de una carga, y estábamos dentro de Central II. Parte de la guarnición salió corriendo trinchera abajo, otros huyeron a través de los campos abiertos, y el resto se rindieron. Mientras parte de la unidad trabajaba para ensanchar la trinchera, el grueso de la fuerza de asalto siguió presionando hacia el sur. Nosotros nos desplazamos a través de una trinchera de comunicación de tres metros de profundidad y tuvimos la suerte de sorprender y capturar a un comandante de batallón francés con su plana completa. A unos cien metros siguiendo la línea, la trinchera se abría a un amplio espacio abierto. Frente a nosotros el terreno descendía abruptamente hasta el valle de Vienne-le-Chateau, que estaba oculto a la vista por los bosques. Perdimos contacto

con ambos flancos y a la espalda. En el borde del bosque a unos doscientos metros de distancia vimos un considerable número de enemigos. Abrimos fuego y tras un agudo tiroteo se retiraron hacia el interior de los bosques. Mientras esto tenía lugar establecí contacto por mi izquierda con elementos del 1.er Batallón que habían avanzado hasta allí; y también reorganicé mi mando, que para entonces incluía elementos de todas las unidades del 3.er Batallón, y lo desplegué en una posición defensiva a unos 350 metros al sur de Central II. Debido a nuestro expuesto flanco derecho y dado que aún escuchábamos sonidos de enconado combate detrás de nosotros, me pareció desaconsejable continuar los avances hacia el sur. También el recuerdo del 29 de enero, cuando me adelanté tanto que perdí todo apoyo, estaba aún fresco en mi memoria.

Un destacamento de reconocimiento informó que la unidad a nuestra derecha no había sido capaz de superar Central I. Esto significaba que debíamos preparar posiciones de bloqueo para proteger nuestras recién ganadas posiciones contra ataques desde el este. Para apuntalar la defensa puse a mis mejores veteranos en línea y me alegré de ello, ya que durante las horas siguientes los franceses lanzaron una serie de violentos contraataques para recuperar sus posiciones perdidas. Mantuve al comandante del batallón informado de los acontecimientos.

A la izquierda, algunas compañías del 1.er Batallón habían avanzado por el valle hasta llegar a la garganta de Houyette. Las avanzadillas de combate informaban de potentes fuerzas enemigas en los bosques sobre la ladera a trescientos metros al frente. Discutí la situación con el *Hauptmann* Ullerich, el comandante del 1.er Batallón, y éste decidió ordenar que el 1.er Batallón se atrincherase a la izquierda de la 9.ª Compañía.

No perdimos ni un segundo en ponernos a trabajar. Mantuve una sección en reserva y la usé para traer munición y bombas de mano y para trabajar en la posición de flanco en Central II. Destacamentos de reconocimiento franceses estaban tanteando nuestro frente, pero los repelimos sin problema.

Cavar era fácil, y en poco tiempo nuestra trinchera tenía más de un metro de profundidad. Desde el inicio del ataque la artillería francesa había estado más bien tranquila, pero ahora abrió fuego sobre Central II con cada

arma a su disposición. Los franceses aparentemente creían que ocupábamos el lugar en fuerza, ya que su gasto de munición fue muy alto. El resultado final fue destrozar su propia posición y cortar nuestras comunicaciones con la retaguardia. Los abastecimientos tenían que pasar a través de un calvario de fuego, y nuestro único cable telefónico pronto quedó fuera de servicio. Sí que conseguimos emplazar una sección de ametralladoras pesadas en el sector de la compañía.

A la caída de la noche nuestra trinchera tenía un metro y medio de profundidad, y la artillería francesa aún seguía cayendo a nuestra espalda. De pronto se oyeron toques de corneta en los bosques y el enemigo, en su formación compacta habitual, se precipitó sobre nosotros a doscientos metros de distancia. Sin embargo, nuestro fuego pronto lo obligó a buscar la tierra. Había un pequeño pliegue en el terreno y de resultas podíamos seleccionar los blancos desde nuestra trinchera sólo cuando éstos se acercaban a menos de ochenta metros de nuestra posición. Quizás una posición más atrasada cerca de Central II hubiera sido mejor. Hubiésemos tenido sin duda un buen campo de tiro, pero, por otro lado, la artillería francesa nos hubiese castigado duramente. Los franceses atacaron con brío, y las batallas con granadas de mano continuaron por todo el lugar incluso después de que se hiciese bastante oscuro. Nuestro abastecimiento de granadas era limitado así que la mayoría del combate fue con fusil y ametralladora pesada. La noche era oscura y el humo de las granadas que estallaban reducía la efectividad de nuestros cohetes bengala. Las granadas estallaban por todas partes a nuestro alrededor, ya que el enemigo estaba a menos de cincuenta metros de nuestra posición. El combate osciló en intensidad durante toda la noche, y rechazamos todos los ataques. Al alba divisamos un muro de sacos terreros a unos cincuenta metros de distancia y todos los sonidos indicaron que el enemigo estaba afanosamente atareado en cavar detrás de su improvisado refugio. La infantería francesa nos mantuvo constantemente ocupados durante la noche y su artillería tomó el relevo para el turno de mañana. Afortunadamente, el grueso del fuego de artillería aterrizaba en Central I y II, sólo una pequeña fracción impactaba cerca de nuestra posición, y un impacto en la primera línea era una gran rareza. Así que nos sentíamos comparativamente seguros y no

envidiábamos a las partidas de porteadores que tenía que trasladar raciones y otros suministros a través de las trincheras de comunicación acribilladas por la artillería.

Pasamos los días siguientes mejorando la posición. La trinchera tuvo pronto dos metros de profundidad; construimos pequeños abrigos forrados de madera, instalamos escudos blindados y puestos de tiro protegidos por sacos terreros. Las pérdidas en primera línea a causa de la artillería fueron pocas, pero perdíamos hombres a diario en las trincheras de comunicación desgarradas por los obuses que llevaban hacia la retaguardia.

La potente artillería reunida para el 30 de junio se trasladó a otro frente, y nuestra débil artillería orgánica carecía de suficiente munición para darnos un apoyo digno del esfuerzo. Sin embargo, un observador de artillería estaba siempre en vanguardia, y nosotros los de infantería lo valorábamos mucho.

Durante los primeros días de julio el enemigo comenzó a destruir nuestras trincheras a diario con fuego de morteros estabilizados por aletas lanzados desde posiciones que permitían cierto grado de tiro de enfilada. Estos lanzadores de minas aéreas son de construcción sencilla y apenas tenían algo de dispersión lateral; en consecuencia, el enemigo obtenía un alto porcentaje de impactos directos, y no siempre era posible evacuar las posiciones amenazadas a tiempo para evitar pérdidas. Nuestras bajas por estas minas fueron considerables, bastando por sí solo el efecto de la onda expansiva de estas bombas de 100 kilos para matar a varios hombres.

Durante julio empecé un mando de cinco semanas como sustituto del comandante de la 10.ª Compañía en un sector donde el relevo lo daban las 4.ª y 5.ª Compañías. Los jefes de compañía trabajábamos en un plan conjunto para la construcción de abrigos a prueba de bomba y con varias entradas a ocho metros bajo tierra. Este trabajo continuaba día y noche con varias partidas trabajando en un mismo abrigo desde diferentes direcciones. Los oficiales arrimaron el hombro, y descubrimos que compartir el trabajo ayudaba a la moral.

Frecuentemente, una posición entera era arrasada con artillería en menos de una hora. Cuando esto ocurría veíamos como nuestros refugios con sus endebles vigas de madera se derrumbaban como cajas de cartón.

Afortunadamente, el bombardeo francés seguía un rígido plan. Normalmente comenzaban por la izquierda y se desplazaban hacia la derecha. Permanecer bajo fuego intenso resultaba demasiado costoso; así que, cada vez que empezaba, yo daba orden de evacuar la trinchera y esperábamos hasta que transportasen su fuego lateralmente o lo alargasen hacia nuestra zona de retaguardia. Si la infantería francesa hubiese seguido a su artillería y nos hubiese atacado, entonces los hubiésemos expulsado con un contraataque. Esto no nos preocupaba porque, hombre a hombre, nos considerábamos a nosotros mismos superiores.

Se repitió de nuevo la operación de Central I, y comenzamos a lanzar cortas zapas y galerías de mina hacia la posición enemiga. Al principio de agosto mi compañía relevó a la 12.ª Compañía en el sector Martin. Esta unidad necesitaba un respiro después de las fuertes pérdidas sufridas el día anterior en un ataque realizado después de la voladura de una mina. El relevo se hizo al amanecer sin novedad, pero apenas estábamos en la posición cuando la artillería francesa rompió el fuego, y pasamos algunos tensos momentos tumbados boca abajo rodeados de muertos enemigos tendidos por todas partes. Cuando el fuego amainó y se fue apagando pusimos nuestros útiles a trabajar y empezamos a consolidar la posición. Una vez que la trinchera alcanzó dos metros y medio de profundidad y se habían construido numerosos pequeños abrigos excavados en el parapeto, dejamos de preocuparnos por la artillería de campaña francesa. Fuera como fuese yo quería salir de allí con el mismo número de hombres con el que había entrado.

El duro trabajo de pala rindió; y dos días más tarde, a pesar del mucho fuego de hostigamiento, dejamos la posición con sólo percances sin importancia. Hacia mediados de agosto, entregué la compañía a mi sustituto y cogí catorce días de permiso, mi primer permiso de guerra.

Observaciones: El 30 de junio, a fin de engañar al enemigo sobre la hora del ataque, hubo numerosas pausas en la preparación de la artillería y morteros de tres horas y media. A pesar de un fuego muy intenso, la posición hostil no fue completamente destruida, y unos pocos nidos de ametralladora aún opusieron resistencia durante el ataque.

La gran acometividad de la infantería alemana fue de nuevo evidente. No se detuvo sobre el objetivo inicial sino que siguió adelante y tomó las siguientes posiciones francesas. La velocidad del ataque fue tal que un comandante de batallón y su plana fueron sorprendidos y hechos prisioneros. El paso de una ofensiva exitosa a la defensiva se hizo con rapidez, y dado que los franceses estaban completamente familiarizados con sus antiguas posiciones, evitamos usarlas. El haber destacado partidas de porteadores para llevar munición y herramientas de fortificación demostró ser una excelente previsión, puesto que el fuego de represalia francés impidió el reabastecimiento del escalón de asalto durante varias horas y también interrumpió las comunicaciones telefónicas.

El 1 de julio, el fuego de fusil y ametralladora jugaron un papel dominante en repeler los contraataques franceses lanzados contra nosotros desde los bosques cercanos.

Antes del alba y usando un murete de sacos terreros como cobertura, la infantería francesa se atrincheró a unos cincuenta metros delante de nuestra línea. Aparentemente una parte de esos sacos terreros los habían llevado consigo durante su ataque o habían sido traídos al frente por unidades de retaguardia después de que el ataque se estancase.

En las semanas que siguieron a nuestro ataque, cada vez que un nutrido fuego de artillería enemigo era dirigido contra la posición, se evacuaban secciones frecuentemente a fin de reducir pérdidas. El reglamento de infantería entonces en vigor permitía a un jefe de compañía en defensiva ejecutar repliegues locales cuando se veía sometido a fuego de hostigamiento intenso.

III. El ataque del 8 de septiembre de 1915

A mi regreso del permiso, me dieron la 4.ª Compañía que unos pocos días más tarde iba a atacar el flanco derecho del regimiento. Tomé el mando de la compañía en una posición de reserva en el valle de Charlotte. Después de un reconocimiento personal de la zona de reunión y el terreno a atacar, organicé unos pocos ensayos en las viejas posiciones en el valle y de este

modo preparé a la compañía para que encarase la dura tarea que tenía por delante con completa confianza. Lamenté que mi mando durase solo unos pocos días, pero tenía demasiada poca antigüedad para ser un comandante de compañía efectivo.

Antes del amanecer del 5 de septiembre, mi sección se puso en marcha a través de las trincheras de comunicación con ánimo confiado. La posición de la que nos hicimos cargo sustituyendo a una compañía del 123.º de Granaderos estaba siendo minada por los franceses. En varios lugares podíamos escuchar claramente el incesante trabajo de las escuadras de excavadores hostiles abriendo túneles. Teníamos la esperanza de que el enemigo no dejase de excavar antes del comienzo del ataque. Preferíamos un honesto combate hombre a hombre a ser volados por los aires. Pasaron tres largos días durante los cuales los topos bajo nuestros pies trabajaron sin interrupción.

A las 8.00 del 8 de septiembre, nuestra artillería pesada y los morteros rompieron el fuego contra las posiciones enemigas situadas a entre treinta y cinco y sesenta y cinco metros frente a nosotros, con aproximadamente el mismo número de cañones y un volumen de fuego no inferior al usado contra «Central». La artillería francesa replicó con todas las bocas a su disposición. Nosotros nos acurrucamos en nuestros endebles abrigos de tres y cuatro plazas mientras este furioso cañoneo tronaba sobre nuestras cabezas. La tierra temblaba continuamente bajo el violento impacto de los proyectiles y una auténtica lluvia de turba, esquirlas y ramas rotas caía por todas partes. Recios robles del Argonne eran arrancados de cuajo y caían con estruendo a tierra. Durante todo el cañoneo no pudimos localizar a los minadores franceses que trabajaban bajo nosotros. ¿Habían terminado su trabajo?

De tiempo en tiempo daba una vuelta por el sector de la compañía para comprobar y ver cómo se las arreglaban mis hombres, y en más de una ocasión la onda expansiva de una granada que estallaba próxima me lanzó al suelo. Di un vistazo al enemigo y lo que divisaron mis ojos debe haber sido similar a la que éstos veían cuando nos miraban. El aire estaba lleno de desechos volantes, una nube gris azulada flotaba sobre la parte más atrasada de sus instalaciones.

La barrera debía durar tres horas, un tiempo indescriptiblemente largo para los que estábamos dentro de aquel caldero hirviente. Por fin las manecillas del reloj alcanzaron las once menos cuarto.

Agazapados, los tres grupos de asalto de la compañía se desplazaron hacia sus posiciones de salida. No se sincronizaron relojes ya que el ataque se ponía en marcha inmediatamente a continuación de la detonación del último obús a las 11.00. Las escuadras de ingenieros y las partidas de transporte de munición y material llegaron, y yo señalé los objetivos de las escuadras a cada jefe de escuadra. Estos objetivos estaban a unos doscientos metros pasada la línea enemiga, y les recalqué que era necesario ceñirse a sus objetivos y que soldados de la compañía que nos seguiría en la segunda oleada se ocuparían de cualquier resistencia local aislada. Las actividades tras el exitoso ataque, la consolidación de las ganancias, el establecimiento de contacto, y el aislamiento de los sectores fueron discutidos en profundidad.

Mientras tanto, bajo una terrorífica concentración de fuego, obuses de todo tipo y calibre estaban demoliendo la posición hostil. Era difícil imaginar que nada siguiese con vida cuando los artilleros hubiesen terminado. ¡Treinta segundos más! Los fusileros agazapados en los cráteres listos para salir. ¡Diez segundos más! Los últimos obuses cayeron a poca distancia delante de nosotros, y, antes de que el humo se aclarase, nuestros tres equipos de asalto salieron sin ruido de sus trincheras y corrieron hacia su objetivo sobre un frente de unos 255 metros. El ataque se desarrolló a través del humo y el ruido del campo de batalla con la misma precisión mostrada en los ensayos de los días anteriores. ¡Una maravillosa escena!

Nuestros hombres no prestaron atención a las turbas de soldados franceses enloquecidos por el miedo que emergían de las posiciones más cercanas con las manos levantadas en alto y se limitaron a indicar a los prisioneros el camino hacia nuestra línea de partida. Las escuadras de asalto cargaron hacia sus objetivos, y las unidades que les seguían en la segunda oleada bajo el *Feldwebel* de la compañía se hicieron cargo de los prisioneros.

Yo me uní al grupo de asalto de la derecha. Dejamos atrás corriendo las trincheras enemigas y, en unos pocos segundos, alcanzamos nuestro

objetivo. Ingenieros, escuadras de atrincheramiento y escuadras de granaderos nos venían pisando los talones y, hasta aquel momento, nadie había sido alcanzado. Nuestro avance se hizo sin el habitual acompañamiento de vítores y gritos y como resultado de este silencio tomamos las posiciones francesas de segunda línea completamente por sorpresa. Aquella gente se convenció de que la función se había terminado y se rindieron sin ofrecer ninguna resistencia. Una ametralladora abrió fuego y nos obligó a buscar cobertura. Nos desplazamos hacia la izquierda bajando por la trinchera y establecimos contacto con el equipo de asalto centro y unos pocos minutos más tarde estábamos en contacto con nuestra unidad de la izquierda y con la compañía adyacente (2.ª) también.

Comenzamos a trabajar consolidando nuestras posiciones para la defensa y en un muy corto espacio de tiempo las trincheras que llevaban hacia el enemigo estaban cerradas con sacos terreros y se habían establecido repuestos de munición y granadas. La artillería francesa rompió el fuego sobre el área a nuestra espalda con un volumen tal que quedamos completamente aislados de nuestra posición de partida. Las ametralladoras francesas impedían cualquier movimiento fuera de la posición recién ganada y no teníamos posibilidad de reabastecimiento inmediato. La infantería francesa contraatacó pero aunque teníamos un campo de tiro de un centenar de metros de anchura, tuvimos poca dificultad en pararlos. Dentro de las posiciones, las trincheras bloqueadas se convirtieron en epicentro de violentas batallas con bombas de mano, pero allí, como en el resto de lugares, el enemigo no logró recuperar posiciones. El terreno descendía suavemente hacia el enemigo, y nuestras granadas llegaban más lejos que las suyas.

Durante el ataque, cinco hombres de uno de los grupos de asalto fueron puestos fuera de combate por una granada lanzada incorrectamente. Después de que alcanzásemos nuestro objetivo el fuego francés causó un total de tres muertos y quince heridos para la compañía. Los suministros de todas clases fueron nuestro siguiente problema. Munición, material y provisiones tenían que ser traídos a través del terreno abierto que era constantemente barrido por fuego de ametralladoras y artillería francesas.

Había que abrir una trinchera de comunicación de vuelta a la línea de salida y teníamos que establecer contacto con la unidad a nuestra derecha.

A sugerencia mía, el comandante del batallón decidió hacer que ochenta hombres de la reserva cavasen una trinchera de cien metros desde nuestra posición de vuelta al punto de salida. Este trabajo fue puesto bajo mi control. Nuestra obra estaba a cincuenta metros de los franceses así que ordené a mis escuadras de material que trajesen hasta allí un gran número de sacos terreros y escudos de acero. Los franceses, el 30 de junio, nos habían enseñado una buena lección.

Comenzamos el trabajo a las 22.00, aunque el enemigo estaba aún inquieto y excitado y mantenía un fuego casi continuo iluminado por bengalas. Tener el trabajo hecho en una sola noche significaba ponerse en marcha sin demora. Para empezar, ordené construir un muro de sacos terreros de cuarenta centímetros desde ambos extremos de la aún inexistente trinchera. Construir aquel muro era un infierno así que formamos una cadena humana con cada hombre tumbado sobre su espalda y de este modo hacíamos llegar los sacos hasta el que los apilaba. El fuego enemigo de armas ligeras no tenía efecto sobre los hombres tras los sacos y en un santiamén la barrera asomaba a campo abierto una distancia de quince metros desde cada extremo. Entonces el suministro de sacos terreros se agotó, dejando una brecha de setenta metros de ancho. Cerré esta brecha haciendo que los hombres llevasen sus escudos acorazados y formasen una línea de guerrilla. Tan pronto como cada soldado llegaba hasta su posición, emplazaba el escudo de acero y empezaba a cavar detrás de éste. Fusiles y granadas siempre en la mano. Toda esta maniobra se completó sin ruido aunque el enemigo disparó numerosas bengalas y usó todas sus armas de infantería. Lo único que nos llegó fue el fuego de armas ligeras que no podía penetrar en nuestros escudos acorazados. Incluso así, la línea de guerrilla no era precisamente acogedora. Cuando rompió la mañana del 9 de septiembre, teníamos una trinchera de comunicación de un metro ochenta de profundidad que llevaba de vuelta hasta nuestra antigua posición.

Justo cuando caía sobre la cama después de un duro día de trabajo, el comandante del batallón y, pegado a sus talones, el comandante del regimiento, llegaron para inspeccionar las nuevas posiciones. Quedaron

complacidos con el éxito de las 9.ª y 2.ª Compañías. El objetivo asignado había sido tomado. Algunos oficiales, 140 clases de tropa, dieciséis morteros de trinchera, dos ametralladoras, dos máquinas perforadoras, y un motor eléctrico estaban en nuestras manos. La alegría de la 4.ª Compañía por el éxito se vio empañada por la muerte del *Leutnant der Reserve* Stowe, nuestro oficial de enlace con el 123.º de Granaderos que tenía los papeles para un permiso en su bolsillo.

Poco después del ataque entregué el mando de la 4.ª Compañía de nuevo y, por unas pocas semanas, tomé el mando de la 2.ª Compañía. No me hizo demasiada gracia, porque la 4.ª y yo nos entendíamos muy bien. Al mando de la 2.ª Compañía, pasé algún tiempo en el Fuerte *Kronprinz*[16], un refugio y posición de bloqueo a prueba de bombas a 145 metros por detrás de la línea del frente. Estando allí fui ascendido a *Oberleutnant* y transferido a una unidad de montaña que estaba a punto de ser activada en Münsingen. Fue duro dejar un regimiento combatiente en cuyas filas había peleado a lo largo de tantos y tantos días duros y decir adiós a tantos soldados valerosos y al suelo empapado de sangre y apasionadamente disputado del Argonne. La batalla de Champagne estaba en su apogeo cuando hacia el final de septiembre yo dejaba el bosque de Binarville.

Observaciones: Con la recién asignada compañía, el ataque previsto para el 9 de septiembre fue ensayado a fondo. Las tres escuadras de asalto debían avanzar tan pronto como cesase la preparación artillera, cruzar la cercana posición enemiga sin disparar, y capturar los objetivos asignados a unos doscientos metros más allá. Las operaciones de limpieza estaban asignadas a las unidades de la compañía que venían detrás en la segunda y tercera oleadas.

Contraviniendo mis órdenes, un grupo de asalto usó granadas de mano durante el avance e hirió a cinco de nuestros hombres. (Éstas fueron las únicas pérdidas sufridas en el ataque en sí). Como principio: No lanzar granadas de mano durante una carga, ya que nuestra propia gente estará corriendo hacia ellas. La sorpresa conseguida fue completa. Habíamos superado las posiciones avanzadas del enemigo antes de que éste pudiese

coger un fusil, y nuestra aparición a la entrada de sus refugios a retaguardia debió parecerles mefistofélica. El resultado fue un número relativamente alto de prisioneros.

Después del ataque cambiamos con prontitud a la defensiva, esta vez usando las posiciones a mano, y no tuvimos ningún problema en repeler sus contraataques. De nuevo, después del asalto, las comunicaciones de la compañía con la retaguardia fueron interrumpidas durante horas por fuego de artillería y ametralladora. El uso de sacos terreros y escudos acorazados simplificó en gran medida el trabajo de establecer contacto con la unidad a nuestra retaguardia.

Capítulo 6

Golpes de mano en el sector «Cerro del Pino», Altos Vosgos

I. La nueva unidad

A comienzos de octubre, el Batallón de Montaña de Württemberg (seis compañías de fusiles y seis secciones de ametralladoras de montaña) fue activado cerca de Münsingen y puesto bajo el mando del Major Sprösser[17]. Yo recibí la 2.ª Compañía compuesta de doscientos jóvenes veteranos reclutados de entre todas las ramas del ejército. Tuvimos unas pocas semanas para entrenar y formar una unidad de montaña eficiente. La variedad de uniformes daba color a nuestras formaciones y la moral fue alta desde el primer día. Oficiales y hombres lo dieron todo en el programa de entrenamiento y nuestro riguroso régimen pronto produjo resultados. El nuevo uniforme de montaña que fue distribuido más tarde era de lo más favorecedor.

Hacia el final de noviembre el *Major* Sprösser, un férreo ordenancista, realizó su inspección final y, a primeros de diciembre, fuimos transferidos al Aarlberg para el adiestramiento de esquí.

La 2.ª Compañía fue acuartelada en el Hospicio de St. Christopher cerca del paso de Aarlberg. Desde primera hora hasta que oscurecía, con y sin mochilas, practicábamos el esquí sobre las empinadas laderas. Durante las veladas, nos sentábamos alrededor del improvisado cuarto de recreo y escuchábamos las canciones, en su mayoría baladas montañesas, tocadas por la banda de nuestra compañía bajo la dirección del Padre Hügel. Aquello era sin duda una mejora con respecto al Argonne de hacía unos pocos meses. Este contacto fuera del servicio mejoró mi relación con mis hombres y estrechó los lazos entre nosotros.

Nos deleitábamos con la ración austriaca que incluía cigarrillos y vino, pero sentíamos que nos ganábamos nuestro rancho. La Navidad fue celebrada con el mejor de los espíritus.

Esta maravillosa existencia terminó demasiado pronto y cuatro días después de Navidad abordamos un tren de tropas que se dirigía hacia el oeste en lugar de hacia el frente italiano tal y como habíamos esperado. Durante una Nochevieja lluviosa y ululante, relevamos en el sector Cresta Hilsen Sur a una unidad de la *Landwehr* bávara.

Nuestro nuevo sector tenía nueve mil cien metros de largo y una diferencia de elevación de ciento cincuenta metros entre derecha e izquierda. Sólidos obstáculos de alambre, uno electrificado, y otros obstáculos reforzaban nuestro frente. Por supuesto, era imposible proporcionar una defensa continua a esta extensión de frente así que desarrollamos y reforzamos ciertos puntos dominantes a lo largo de la línea. Estos puntos fuertes eran fortalezas en miniatura, organizados para una defensa en todas direcciones y abastecidos con amplios suministros de munición, raciones y agua. Yo di buen uso a mi experiencia del Argonne y me aseguré de que cada abrigo tuviese dos salidas así como una sólida cobertura superior.

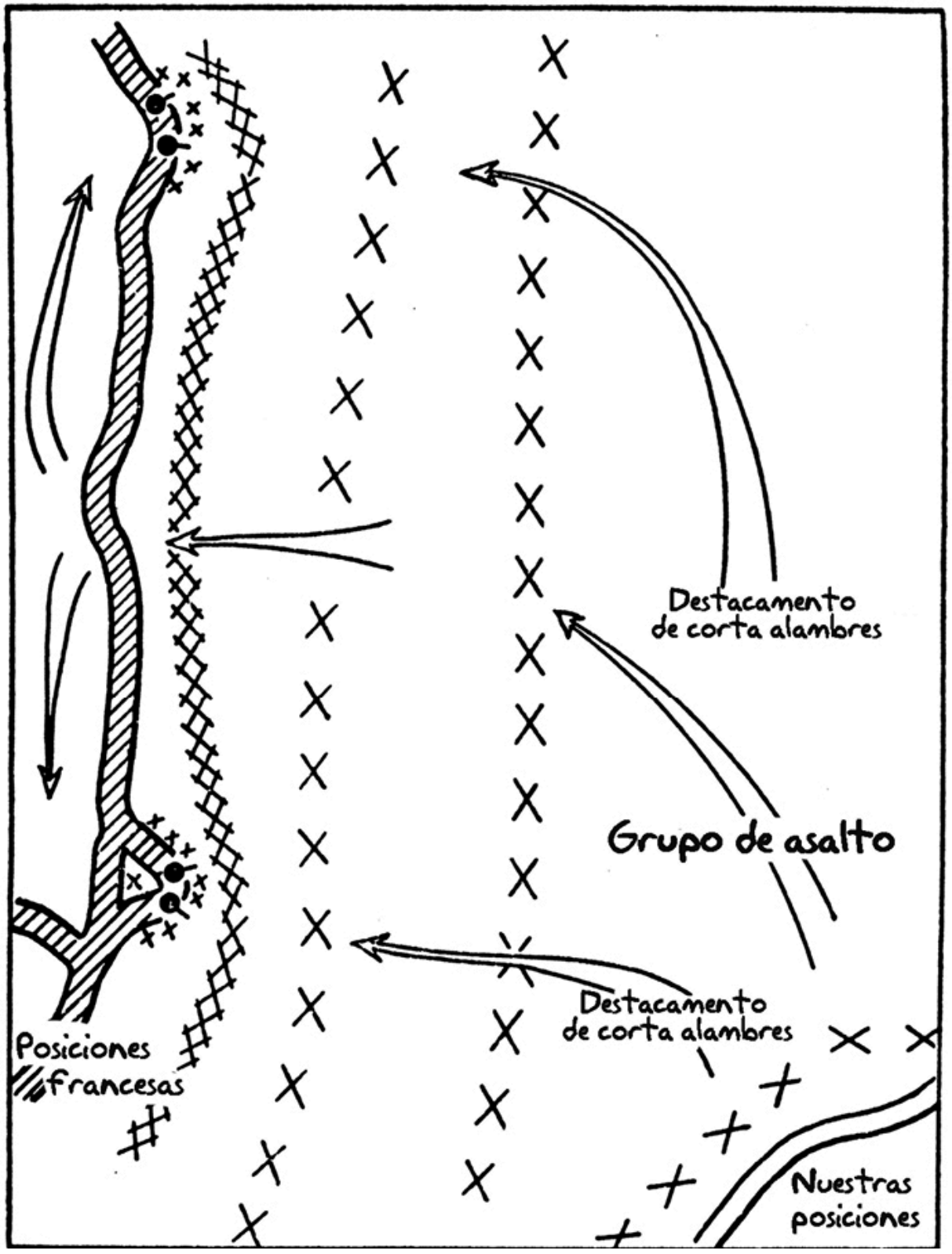
Las posiciones francesas no estaban a tiro de granada de mano como en el Argonne, sino que sólo se aproximaban a unos pocos cientos de metros de las nuestras a lo largo de nuestro flanco derecho y en el centro, el resto estaban más distantes lindando con el borde de una zona densamente arbolada. Durante la primavera y el verano aprendimos a conocer las diferentes posiciones: La Pequeña Sur, el Látigo, el Pepinillo, y el Pequeño Prado. Aparte, durante este periodo pasamos mucho tiempo entrenando a nuestros numerosos candidatos a oficiales.

En septiembre, nos hicimos cargo de la «Posición Abierta» en la vertiente septentrional de la Cresta Hilsen. Los franceses estaban a corta distancia y recibíamos abundante fuego de artillería y mortero de trinchera como parte de nuestra dieta diaria.

II. Golpes de mano en el sector «Cerro del Pino»

A comienzo de octubre de 1916, varias unidades, entre ellas la 2.ª Compañía, recibieron la orden de preparar planes para dar golpes de mano al enemigo y tomar prisioneros. Mi experiencia del Argonne me enseñaba que este tipo de misiones era peligroso, difícil de organizar, y habitualmente traían como consecuencia una larga lista de bajas y, por este motivo, solía tener bien sujetos a mis muchachos en lo que tocaba a golpes de mano. Una vez que me fue ordenado, me puse a ello y comencé el planeamiento. Para empezar, a fin de determinar la factibilidad de penetrar en la posición enemiga, salí de reconocimiento, acompañado por los Vizefeldwebel Büttler y Kollmar. Reptamos y gateamos a través del alto y bastante tupido bosque de abetos hacia un puesto de escucha francés, situado en el extremo superior de un camino forestal que llevaba hacia el enemigo. El sendero estaba cubierto por hierba alta y malas hierbas y tomamos todas las precauciones al cruzarlo a unos cincuenta metros del enemigo. Una vez al otro lado nos deslizamos al interior de una zanja y avanzamos reptando. Cortar un pasillo a través de la masa de alambre de espino con cizallas fue un trabajo extenuante que requirió la máxima precaución. La noche comenzó a caer y podíamos escuchar pero no ver al centinela francés moviéndose por su puesto. Abrirse camino por entre el alambre era un trabajo especialmente lento, dado que sólo podíamos cortar el hilo más bajo de alambre. Finalmente alcanzamos la mitad de la alambrada. En aquel momento el centinela francés mostró cierto grado de nerviosismo y se aclaró la garganta y tosió varias veces. ¿Estaba asustado o nos había oído? Si tiraba una granada de mano dentro de nuestra zanja, caía el telón para nosotros tres. Para empeorar las cosas, no podíamos movernos, no digamos defendernos. Contuvimos el aliento y dejamos que transcurriesen los tensos momentos. Tan pronto como el centinela se calmó, comencé a retirarme. Para entonces ya estaba totalmente oscuro. Reptando de vuelta, hicimos crujir unas pocas ramitas y este acto inadvertido fue inmediatamente reconocido. El enemigo alertó a su posición entera y durante unos minutos roció todo el paisaje entre posiciones con toda clase de fuego de armas ligeras. Nosotros abrazamos al suelo y dejamos que nos pasase por encima.

Cuando se hizo el silencio, reanudamos nuestro viaje y regresamos sin haber sufrido ninguna baja. Nuestro reconocimiento demostró concluyentemente la dificultad de realizar incursiones en aquellos sectores boscosos.



Croquis 12: El asunto Cerro del Pino.

Al día siguiente procedí a examinar las posibilidades de penetrar en una posición hostil llamada «Cerro del Pino», y encontré la situación más favorable. Al amparo de la oscuridad, podía llegarse hasta las alambradas de la posición sigilosamente avanzando por una escampada cubierta de hierba. Sin embargo, las barreras constaban de tres cinturones de alambradas separados que requerirían horas para cortarse. Sólo ciento cincuenta metros separaban nuestras trincheras de las del enemigo. Hicieron falta varios días y noches de cuidadoso reconocimiento antes de que fuésemos capaces de determinar la situación exacta de dos puestos de escucha en el Cerro del Pino. Uno estaba situado en el centro de un claro en una garita de centinela enmascarada; el otro estaba sesenta metros a la izquierda en una cornisa de roca desde la que era fácil cubrir el terreno circundante con fuego así como someterlo a observación visual. Sólo en contadas ocasiones recibíamos fuego de ametralladora desde esta parte del sector.

Cualquier operación en esta dirección que implicase moverse sobre terreno herboso totalmente desprovisto de abrigo requería una noche sin luna. Durante los siguientes días y noches estudiamos los detalles de los accesos al interior de la posición del Cerro del Pino y observamos los hábitos personales de las guarniciones de ambos puestos avanzados. Al hacer esto, evitamos cuidadosamente llamar la atención de nuestro oponente sobre la inminente operación.

Basé mis planes en los resultados obtenidos mediante nuestro reconocimiento. En esta ocasión no pretendía entrar a escondidas en la posición propiamente dicha; propuse salvar el campo de alambradas a medio camino entre los dos puestos, entrar en la trinchera y entonces atacarlos de flanco o preferiblemente por la retaguardia. La incursión requería una fuerza de veinte hombres, ya que teníamos que dividirnos al llegar a la trinchera hostil. También tenía que planear cómo sacar a mis partidas de incursión y tenía que dejar un margen para un posible ataque de la guarnición local de la trinchera. Una partida de cortadores de alambre debía situarse enfrente de cada uno de los puestos avanzados enemigos. Debían avanzar reptando hasta el borde del alambre y permanecer allí sin hacer nada hasta que las fuerzas de asalto comenzaran a limpiar el interior de la trinchera con pistolas y granadas de mano o hasta que se les hiciese

una señal desde el interior de las posiciones avanzadas capturadas. No sería hasta que una u otra cosa sucediese que debían empezar a cortar el alambre y hacer un sendero para el escape de los asaltantes.

Discutí la incursión con los mandos subalternos, usando croquis y señalando el terreno desde la trinchera. Los diferentes destacamentos comenzaron sus preparativos realizando ensayos a poca distancia tras nuestras posiciones. El 4 de octubre fue un día frío y desagradable. Un fuerte viento del noroeste empujaba nubes a través de nuestra posición a 1070 metros de altitud. Hacia el anochecer el viento se convirtió en una tormenta, y una lluvia de proporciones torrenciales cayó a cántaros. Ésta era la clase de tiempo por la que había estado rezando. Para entonces los centinelas franceses tenían sus cabezas bien metidas entre los cuellos de sus abrigos y habían buscado refugio en la esquina más abrigada de su puesto de escucha, reduciendo así su eficacia como vigías. Además, el viento ahogaría la mayor parte del ruido producido por nuestra aproximación y al cortar el alambre. Le dije al *Major* Sprösser que la noche había llegado y él dijo: «Adelante».

Tres horas antes de la medianoche, en medio de un cielo oscuro como boca de lobo, tormentoso y lluvioso, dejé nuestras posiciones con mis tres destacamentos y repté lentamente hacia la posición enemiga. Pronto los destacamentos de corta alambres bajo el mando del *Vizefeldwebel* Kollmar y el *Gefreiter* Stetter nos dejaron y se separaron hacia la derecha y la izquierda. El *Leutnant* Schafferdt, *Vizefeldwebel* Pfeiffer y yo íbamos con el destacamento de asalto y reptábamos detrás de nuestros cortadores de alambre. Los otros veinte soldados seguían en fila india a intervalos de tres pasos. Reptamos sigilosamente hacia el enemigo. El viento aullaba y nos lanzaba contra el rostro una lluvia afilada; pronto estábamos calados hasta los huesos. Escuchamos ansiosos en la noche. Resonaban disparos aislados aquí y allá y un cohete bengala esporádico parpadeaba en la oscuridad, pero el enemigo permanecía tranquilo. La noche era tan oscura que las siluetas de las rocas que nos rodeaban eran indistinguibles a más de cinco metros.

Llegamos al primer obstáculo y empezó el trabajo duro. Uno de nosotros tres enroscaba un harapo alrededor de cada hilo antes de emplear las cizallas. Otro sujetaba los alambres eliminando la tensión, y el tercero

lentamente cortaba en dos el alambre. Los extremos del alambre cortado se doblaban hacia atrás cuidadosamente para evitar que el ruido que hubiera resultado de dejarlos volar libremente al cortarlos nos delatara. Cada movimiento había sido ensayado de antemano.

Deteníamos la faena ocasionalmente y escuchábamos atentamente en la noche antes de comenzar nuestro tedioso trabajo de nuevo. De este modo, centímetro a centímetro, nos abrimos paso a través del alto, ancho y muy bien entrelazado alambre francés. Tuvimos que contentarnos con abrir un sendero a través de los hilos inferiores solamente.

¡Aquéllas fueron horas de arduo trabajo! Ocasionalmente, un alambre chasqueaba e inmediatamente deteníamos el trabajo y aguzábamos nuestros oídos en la noche. Hacia medianoche nos habíamos abierto camino al otro lado del segundo cinturón de alambradas y estábamos a treinta metros de la trinchera enemiga. Desafortunadamente la lluvia y la tormenta amainaron un poco, y había algo más de claridad. Ante nosotros se alzaba una línea continua de altos caballos de Frisia. Cada armazón era largo y pesado y los innumerables alambres eran demasiado gruesos para nuestras endebles cizallas. Reptamos unos pocos metros hacia la derecha y tratamos de separar dos de los caballos de Frisia. Tan sólo este intento ya produjo un montón de ruido, que a nosotros nos sonó como un trueno. Si los centinelas hostiles, ahora a unos treinta metros o así de nosotros, no consiguieron oírnos, sin duda estaban dormidos.

Los siguientes minutos no fueron tranquilos, pero todo permaneció sin novedad en el frente meridional. Desistí de intentar separar los caballos de Frisia que estaban demasiado firmemente anclados y, después de una breve búsqueda, encontré un cráter de obús que nos dejaba un resquicio. Nos colamos reptando por allí y cubrimos los pocos metros entre nosotros y la posición enemiga.

Empezó otro chaparrón. Nosotros tres estábamos entre el alambre y la trinchera enemiga donde el agua caía goteando por el fondo de la trinchera sobre unos escalones de piedra y hacia el valle. Con precaución, los hombres en cabeza del destacamento de asalto se escurrieron bajo el caballo de Frisia. El resto estaba algo más atrás en el primer y segundo cinturón de alambradas. De repente escuchamos ruido de pasos bajando por la trinchera

desde nuestra izquierda. Varios franceses se aproximaban a nosotros marchando colina abajo por la trinchera y sus lentas y acompasadas pisadas resonaban en la noche. No habían reparado en nuestra presencia. Estimé que se trataba de tres o cuatro hombres. ¿Qué debíamos hacer? ¿Caer sobre ellos o dejarlos pasar? Las posibilidades de caer sobre ellos sin armar un escándalo eran remotas. Sería una pelea hombre a hombre. Nuestro propio destacamento de asalto no podría tomar parte ya que no había atravesado aún la alambrada. Podríamos haber dominado a la ronda, pero entonces la guarnición de la trinchera hubiera entrado en acción y cubierto los obstáculos con fuego. Nuestro regreso nos hubiera costado caro y, bajo tales condiciones, hubiéramos tenido pocas posibilidades de traer de vuelta a un prisionero. Sopesé rápidamente los pros y los contras y decidí dejar pasar al enemigo sin molestarlo.

Mis dos compañeros, Schafferdt y Pfeiffer, fueron informados y nos ocultamos completamente contra el borde exterior de la trinchera enemiga ya que, por encima de todo, teníamos que esconder nuestras manos y rostros. Los caballos de Frisia entorpecían el regreso gateando. Hubiéramos sido detectados si la patrulla francesa hubiera estado atenta a su trabajo. Para el caso de que lo estuvieran, nos preparamos para caer sobre ellos. Con nuestros preparativos hechos, nos tumbamos y aguardamos. Sus pasos eran regulares y conversaban en voz baja. Tensos segundos discurrieron lentamente. Sin titubeos, la ronda de trinchera francesa llegó a nuestra altura y siguió adelante. Mientras el sonido de las pisadas se apagaba, nosotros soltamos un suspiro de alivio y esperamos unos pocos minutos para ver si decidían regresar. Entonces, uno tras otro, nos dejamos caer dentro de la trinchera. La lluvia había parado y sólo el viento silbaba sobre la pelada ladera. A medida que los cautelosos hombres entraban en la trinchera, trozos de tierra y roca se soltaron del parapeto y cayeron rebotando ruidosamente por los escalones de piedra. De nuevo transcurrieron unos minutos de tensión. Finalmente, el destacamento de asalto completo estuvo dentro de la trinchera.

Nos dividimos y el *Leutnant* Schafferdt, con diez hombres, fue ladera abajo mientras el *Vizefeldwebel* Schropp y sus diez hombres fueron en dirección contraria. Yo fui con Schropp. Buscamos a tientas nuestro camino

con pies de plomo por la empinada trinchera. Sólo unos pocos pasos nos separaban de nuestro objetivo, el puesto de escucha sobre la cornisa de roca. Nos preguntábamos si el enemigo habría notado algo. Nos detuvimos y escuchamos. Súbitamente algo chocó contra la barrera por la izquierda, seguido inmediatamente por una explosión en el parapeto de la trinchera a la derecha. Estallaron granadas de mano con un estruendo. El hombre que iba en cabeza del destacamento de asalto retrocedió tambaleante, y el destacamento entero quedó embotellado en la trinchera. La siguiente andanada de bombas de mano cayó en mitad del mismo. Era una cuestión de atacar inmediatamente o rendirse. «¡Vamos a darles lo suyo!». Acometimos al enemigo y conseguimos pasar bajo su fuego de granadas de mano. Stierle, mi ordenanza, que se había acercado a primera línea nada más que para esta operación, fue alcanzado en la laringe por un francés, y el *Unteroffizier* Nothacker despachó al tipo con su pistola. Poco tiempo después, otros dos hombres del destacamento de guardia fueron reducidos. Un francés consiguió escapar hacia la retaguardia.

Con nuestras linternas hicimos una apresurada búsqueda de entradas de refugios. Encontramos un agujero que estaba vacío, pero el segundo estaba lleno de franceses. Con la pistola en mi mano derecha y la linterna en la izquierda, entré a gatas por la abertura de sesenta centímetros seguido por el *Unteroffizier* Quandte. Siete franceses completamente armados estaban sentados contra la pared, pero tiraron sus armas al suelo tras un corto altercado. La opción más segura era ocuparse de aquellos muchachos con una granada o dos, pero esto era contrario a nuestras órdenes, que especificaban que había que llevar de vuelta prisioneros.

El *Leutnant* Schafferdt informó de dos prisioneros sin ninguna baja en su unidad. Mientras nosotros habíamos estado ocupados con nuestro trabajo, los destacamentos de corta alambres habían estado trabajando como castores y los senderos a través de la alambrada estaban listos.

Ya que el *coup* había conseguido su propósito, di la orden de retirada. Teníamos que escabullirnos antes de que las reservas francesas entrasen en acción. Sin más estorbo por parte del enemigo, retornamos a nuestra posición con un botín de once prisioneros. Particularmente agradable fue el hecho de que no sufrimos auténticas bajas. El *Gefreiter* Stierle tenía un leve

arañazo producido por una esquirla de granada de mano. El reconocimiento de nuestros oficiales superiores por esta magnífica operación no tardó mucho en llegar.

Desafortunadamente, al día siguiente llegó el desquite, cuando un francotirador francés abatió de un solo disparo al *Vizefeldwebel* Kollmar en un sector tranquilo de la trinchera de la compañía. Esta lamentada pérdida empañó nuestra alegría por el exitoso asunto del Cerro del Pino.

Después de este episodio, los días en la «Posición Abierta» estaban contados. El Mando Supremo del Ejército tenía otro trabajo para el Batallón de Montaña de Württemberg. Hacia el final de octubre nos trasladamos al este.

TERCERA PARTE

Guerra de movimientos en La Rumanía y los Cárpatos, 1916-1917

Capítulo 7

Del Paso Skurduk a Vidra

I. Ocupación de la Cota 1794

En agosto de 1916, el frente de las Potencias Centrales estaba sometido a poderosos asaltos por los ejércitos de la Entente. En el Somme, gigantescas fuerzas inglesas y francesas pugnaban para obtener la victoria. El fuego se reavivó otra vez sobre los campos ensangrentados que rodeaban Verdún. En el este, el frente estaba aún convulso por los efectos de la ofensiva Brusilov que les había costado a nuestros aliados austriacos medio millón de hombres. En Macedonia, un gran ejército aliado bajo el general Sarrail estaba listo para atacar. Y en el frente italiano, la sexta batalla del Isonzo había terminado con la pérdida de la cabeza de puente y la ciudad de Görz[18]. Allí también, el enemigo preparaba nuevas ofensivas.

En ese momento, los rumanos entraron resueltamente en escena como nuevos enemigos. Creyeron que su entrada en la guerra traería como consecuencia una rápida victoria de la Entente. Como recompensa esperaban mucho de sus aliados. El 27 de agosto de 1916, Rumanía declaró la guerra a las Potencias Centrales; medio millón de soldados rumanos cruzaron el paso fronterizo y penetraron en el distrito de Siebenbürgen[19]. Cuando, hacia el final de octubre, el Batallón de Montaña de Württemberg llegó al distrito de Siebenbürgen, victorias de gran alcance habían sido ya obtenidas en la Dobruja, en Hermannstadt[20] y en Kronstadt[21], y los rumanos habían sido rechazados y obligados a recular a través de sus fronteras, pero la batalla decisiva estaba aún por librarse. Los rusos reforzaron al Ejército Rumano, que unas pocas semanas antes había cruzado

la frontera con las más prometedoras esperanzas, pero había sido obligado a retroceder al otro lado de esa frontera.

El Batallón de Montaña de Württemberg desembarcó del tren en Puj sobre la destruida línea férrea que discurría hasta Petrosceny. La dura marcha hacia Petrosceny continuó sobre carreteras con el firme destrozado que estaban bloqueadas por columnas de todo tipo. Para poder continuar la marcha se hizo necesario que las escuadras en cabeza de la compañía marcharan con las bayonetas caladas. Éstas se abrían camino entre el tráfico confuso que una y otra vez bloqueaba el paso. Los vehículos de la compañía eran acompañados por tiradores. Los hombres empujaban siempre que la tracción animal amenazaba con fallar. Mediante estas circunstancias, las tropas se desplazaron lenta pero constantemente hacia adelante. Vimos por primera vez prisioneros rumanos con sus altas y puntiagudas gorras cuarteleras.

Poco antes de medianoche, la compañía llegó a Petrosceny y durmió unas pocas horas sobre el suelo desnudo de una escuela. Nuestros pies ardían por la larga marcha. No obstante, antes del amanecer, las 2.ª y 5.ª compañías subieron en camiones y viajaron hacia el suroeste a través de Lupeny hacia el amenazado frente de montaña.

Unos pocos días antes, el avance de la 11.ª División Bávara a través de los pasos Vulcan y Skurduk había fracasado. En enconado combate por las salidas de los pasos, partes de la infantería y de la artillería habían sido rechazadas y severamente desorganizadas. Por el momento, el Cuerpo de Caballería Schmettow controlaba un cordal que corría a lo largo de la frontera. De haber los rumanos continuado su ataque, hubiera sido difícil para nuestras débiles fuerzas mantenerlos a raya.

Después de un viaje de varias horas, bajamos de los camiones en Hobicauricany. Allí, la brigada de caballería a la que habíamos sido agregados nos puso en marcha hacia la cordillera fronteriza en la dirección a la Cota 1794. Ascendimos por una estrecha vereda, nuestras mochilas con sus cuatro días de raciones sin cocinar colgaban pesadamente de nuestros hombros. No teníamos ni animales de carga ni equipo de montaña de invierno, y todos los oficiales acarreaban sus propias mochilas. Subimos por las empinadas laderas durante horas. Nos encontramos unos pocos

hombres así como un oficial de una unidad bávara que había peleado al otro lado de la montaña. Parecían tener los nervios bastante destrozados. De acuerdo con sus relatos, habían pasado muy mal rato en un combate entre la niebla, y un buen número de sus compañeros habían resultado muertos en lucha con los rumanos. Durante días y sin comida aquellos escasos supervivientes habían vagado por los bosques de montaña y habían encontrado finalmente un camino a través de la cordillera fronteriza. Nos describieron a los rumanos como adversarios salvajes y peligrosos. Bueno, ya lo veríamos nosotros mismos.

A última hora de la tarde alcanzamos una altitud de 1207 metros y localizamos el puesto de mando del sector. Mientras las distintas compañías cocinaban la cena, el *Hauptmann* Gössler (jefe de la 5.ª Compañía) y yo recibimos el informe de situación y la orden de continuar la marcha tan rápido como fuera posible, hasta alcanzar la cota 1794 esa misma noche, ocupar las posiciones en la cima de la misma y reconocer hacia el sur a través de Muncelul y Prislop. Los últimos informes del escuadrón de reconocimiento que había penetrado al sur de Muncelul tenían dos días de antigüedad. Se suponía que había una estación telefónica y caballos de refresco en la Cota 1794. No existía contacto con las unidades a derecha e izquierda.

Empezó a llover cuando empezábamos a ascender sin el beneficio de un guía. La lluvia se hizo más fuerte mientras la noche empezaba a caer y se volvía al poco negra como la pez. La fría lluvia se convirtió en un aguacero y nos empapó hasta el tuétano. Avanzar más sobre la empinada y rocosa pendiente era imposible, así que vivaqueamos a ambos lados del camino de mulas a una altitud de unos 1510 metros. Empapados como estábamos era imposible echarse y como aún estaba lloviendo, todos los intentos de encender un fuego con madera de pino enano fallaron. Nos reunimos en cuclillas muy juntos, envueltos en mantas y medias tiendas y temblando por el frío. Tan pronto como la lluvia disminuyó, de nuevo intentamos hacer un fuego, pero las ramas de pino mojadas sólo humeaban y no soltaban calor. Poco a poco los minutos de aquella terrible noche pasaron lentamente. Después de medianoche la lluvia cesó, pero en su lugar un viento gélido impidió que nos acomodáramos dentro de nuestras ropas mojadas.

Congelados, sacudíamos los pies contra el suelo alrededor del fuego humeante. Finalmente se hizo la suficiente claridad para continuar la ascensión hacia la Cota 1794, y pronto alcanzamos la línea de nieves.

Cuando alcanzamos la cumbre, nuestras ropas y mochilas estaban congeladas, pegadas a nuestras espaldas. Estábamos por debajo de la temperatura de congelación y un viento gélido barría la cumbre cubierta de nieve de la Cota 1794. Ni rastro de nuestras posiciones. Un pequeño agujero en el suelo, apenas capaz de albergar diez hombres, daba refugio a la escuadra de telefonistas. Más a la derecha había unos cincuenta caballos tiritando. Poco después de nuestra llegada una ventisca envolvió la zona de la cumbre y redujo la visibilidad a unos pocos metros.

El *Hauptmann* Gössler explicó la situación al comandante del sector y trató de conseguir que las dos compañías fuesen retiradas. Sin embargo, todas las protestas formales del experimentado alpinista fueron en vano, incluso las del cirujano quien también advirtió de que una estancia prolongada en la tormenta de nieve con ropas mojadas, sin refugio, sin fuego, y sin comida caliente, traería como consecuencia muchos enfermos y muchos casos de congelación en el plazo de las próximas horas. Fuimos amenazados con la apertura de un consejo de guerra si cedíamos un palmo de terreno.

Para averiguar el paradero del escuadrón perdido, el *Vizefeldwebel* Büttler fue enviado en la dirección de Stersura vía Muncelul. Las tropas de montaña plantaron sus tiendas en la nieve; no tuvimos éxito haciendo fuego. Se dio parte de numerosos casos de fiebre alta y vómitos, pero renovadas protestas formales al sector fueron infructuosas. Comenzó una noche horrible. El frío se volvió más cortante y pronto los hombres no podían permanecer en sus tiendas y, como la noche anterior, trataron de mantenerse calientes moviéndose. ¡Una noche de invierno muy muy larga! Cuando rompió el día, el doctor tuvo que evacuar a cuarenta hombres al hospital. Yo fui enviado bajo órdenes del *Hauptmann* Gössler para dar al comandante del sector una descripción personal de las condiciones en la cumbre, y al menos tuve éxito en conseguir que nuestra petición fuese enviada para disposición inmediata. Cuando regresé a la Cota 1794, el *Hauptmann* Gössler había decidido marcharse con el resto de las

compañías, pasase lo que pasase; el noventa por ciento estaban bajo tratamiento médico debido a la congelación y síntomas de frío. El tiempo aclaró a mediodía justo cuando estábamos siendo relevados por tropas frescas equipadas con animales de carga, leña y otras piezas de equipo. Mientras tanto el escuadrón de reconocimiento había sido descubierto por la escuadra de exploración de Büttler en una de las estribaciones meridionales de la montaña. Allí, a una altitud de 1100 metros, predominaban las temperaturas soportables. No había rastro de los rumanos.

Después de tres días la compañía estaba de nuevo en buena forma. Bajo condiciones climatológicas considerablemente mejores y con mejor equipo, escalamos el Muncelul. Después de un vivaque a 1810 metros, continuamos avanzando hacia Stersura, una estribación de las montañas Vulcan que cae perpendicularmente hacia el nordeste y el norte. La compañía destacó piquetes a cosa de mil metros al norte de Stersura. Mientras estaban cavando una posición en erizo sobre una loma arbolada, protegidos por tres centinelas, las cosas se animaron en el Stersura. Un número de efectivos rumanos que se aproximaba al de un batallón estaban atrincherados al otro lado del camino en varias posiciones superpuestas.

Durante los días siguientes los encuentros con un enemigo débil no produjeron ninguna baja en nuestro bando. Vivíamos en tiendas cerca de nuestras posiciones; animales de carga traían provisiones diariamente desde el valle al otro lado de la sierra; estábamos conectados con el Grupo Sprösser y con nuestros centinelas mediante una línea telefónica. A la derecha estaba el Arkanului. Sobre sus empinadas laderas sudorientales podíamos ver las piezas de artillería de la 11.ª División que habían quedado allí abandonadas. A unos dos mil cien metros al este de nuestra posición, sobre la siguiente cresta, estaban otras unidades del Batallón de Montaña de Württemberg.

La niebla cubría la llanura muy por debajo de nosotros y rompía como las olas del océano contra los picos iluminados por el sol de los Alpes Transilvanos. ¡Una vista maravillosa!

Observaciones: La ocupación de la Cota 1794 demostró cómo el tiempo de alta montaña puede influir en la eficiencia y resistencia de las

tropas, especialmente cuando el equipamiento no es adecuado y completo, y el abastecimiento falla. Por otra parte, vimos lo que el soldado puede soportar en presencia del enemigo. Bajo ciertas circunstancias, debe proporcionarse madera seca o carbón vegetal a las tropas que están viviendo a una altitud de 1800 metros. Unos días después, sobre las vertientes meridionales de las montañas Vulcan, calentábamos nuestras tiendas con pequeños fuegos de carbón vegetal preparados dentro de latas de hojalata colgadas.

II. El ataque al Lesului

En noviembre los rumanos estaban preparados para una arremetida alemana desde Kronstadt en dirección a Bucarest y tenían el grueso de sus reservas concentradas en el área al norte de Ploesti. Vivían en la feliz ignorancia de que el general Kühne estaba formando un nuevo grupo de ataque en la zona Vulcan-Skurduk con la intención de forzar una entrada en Valaquia y avanzar sobre Bucarest desde el oeste.

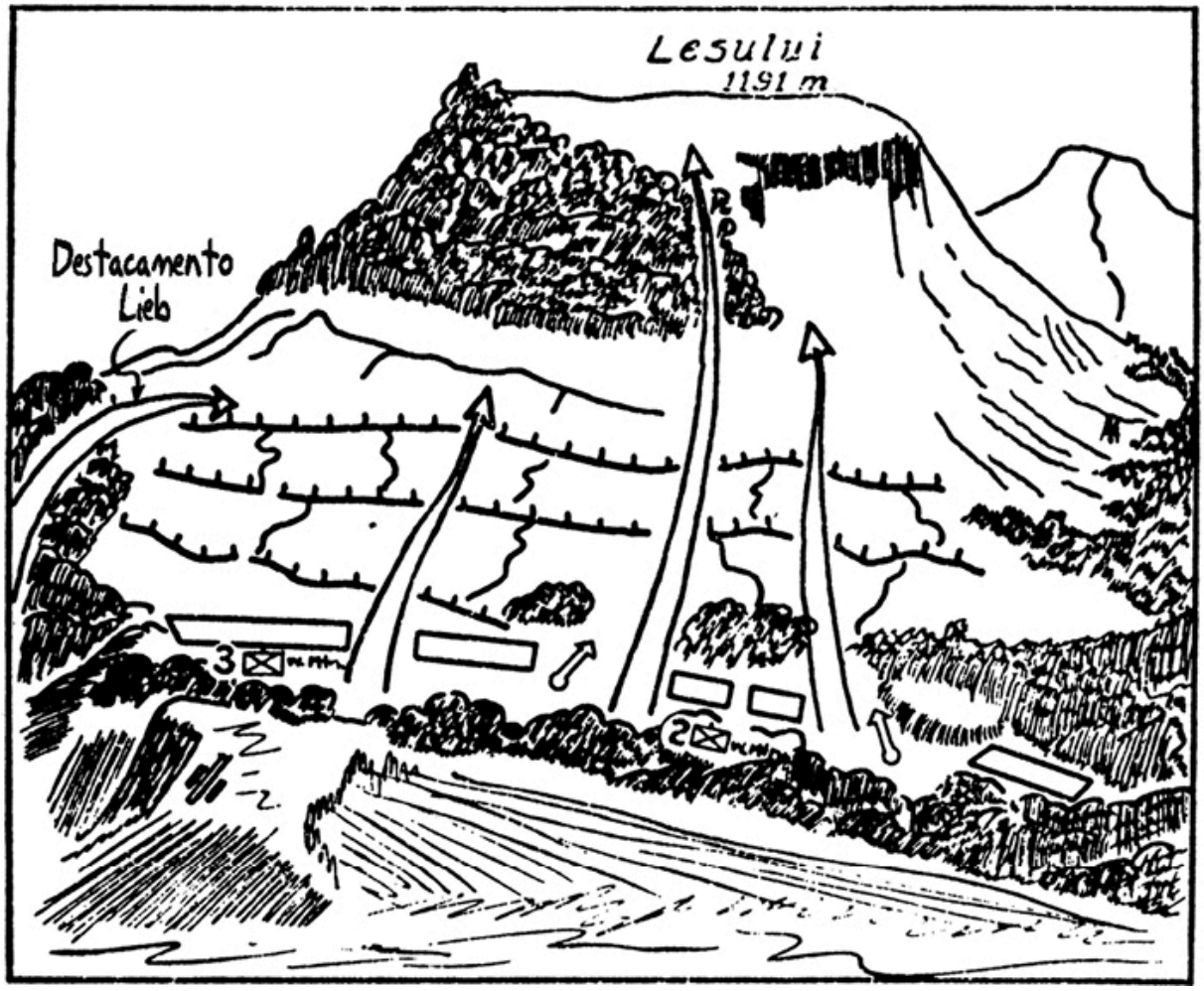
A principios de noviembre, unidades de nuestro batallón, a la derecha del nuevo grupo, capturaron la línea de alturas que corre desde Prislop a través de Cepilul hasta Gruba Mare. Esta operación fue planeada para proporcionar protección para la confluencia de nuestras fuerzas principales desde las montañas. Tuvimos que pelear duro y una vez que las tomamos trabajamos férreamente para poner nuestras recién adquiridas conquistas en condiciones de resistir los inevitables contraataques. El ejército rumano combatió bien pero todos sus contraataques fueron rechazados y éste empezó a rodearse de alambradas en el Stersura. El 10 de noviembre mi compañía, menos una sección que fue dejada atrás en un destacamento de seguridad, fue trasladada a Gruba Mare para participar en el ataque del Grupo Kühne. El ataque estaba previsto para el once y la misión de nuestro batallón era tomar el Lesului, un imponente pico de unos mil doscientos metros de altura cuyas vertientes meridionales formaban parte de la frontera valaca. Los rumanos habían fortificado este pico lo mejor que habían sabido y podíamos ver varias posiciones hostiles situadas una detrás de la otra en el

collado entre Gruba Mare y Lesului. Nuestro batallón alineaba cuatro compañías y media de fusileros (entre ellas la 2.ª) para este ataque y una batería de montaña de artillería fue agregada como apoyo directo. El Destacamento Gössler tenía que ejecutar un ataque frontal mientras el de Lieb envolvía la posición hostil por el este. Lieb tenía dos compañías y media para su parte del trabajo. El ataque frontal debía comenzar sólo después de que la fuerza de flanqueo hubiese entrado en combate.

La 2.ª Compañía fue reforzada con una sección de ametralladoras y el amanecer del 11 de noviembre nos encontró a la derecha de la posición a unos escasos doscientos metros de los rumanos. Estábamos listos para empezar. De camino hacia la zona de reunión nos dimos de bruces con una patrulla rumana y tuvimos un tiroteo súbito que nos dejó con unos pocos prisioneros y ninguna pérdida. También se dijo a los rumanos que algo desagradable se estaba preparando, y éstos pasaron toda la mañana peinando la zona con fuego de fusil y artillería. En aquella parte del mundo había abundante cobertura y no sufrimos bajas. No malgastamos munición y contestamos a su fuego, y empleamos nuestro tiempo en ampliar nuestro reconocimiento de la posición enemiga y en elaborar, sobre el terreno, planes completos para los fuegos de acompañamiento durante el ataque. Una batería de montaña entró en posición a la izquierda a nuestra espalda y numerosos puestos de observación fueron establecidos y se les dio buen uso. Las horas pasaron y se había hecho mediodía antes de que el Destacamento Lieb golpease. Al oír los primeros ruidos avanzamos conjuntamente con las otras unidades del Destacamento Gössler.

Antes de que la 2.ª Compañía avanzase, el *Leutnant* Grau batió la posición hostil con fuego de ametralladora pesada desde sus ligeramente elevadas posiciones. Nuestros hombres salieron de la cobertura y cargaron ladera abajo con la furia de un torrente desbordado. El rumano decidió no esperar; nuestra carga lo barrió de sus trincheras en el collado, y en unos pocos minutos habíamos alcanzado el Lesului. Nuestro conteo de prisioneros fue pequeño, porque el rumano mostró un acusado talento para zafarse de nuestro firme abrazo y desaparecer por alguna de las muchas cañadas que salpicaban el collado. Sin embargo, nuestra toma de la cumbre del Lesului no se retrasó mucho y vivaqueamos allí para pasar la noche. La

2.ª Compañía estaba contenta de sí misma porque habíamos tenido sólo un hombre herido en este ataque frontal.



Croquis 13: La situación en el Lesului. Vista desde el norte.

Después de oscurecer se enviaron destacamentos de exploración hacia el sur para localizar al enemigo y para buscar comida. Hasta aquel momento habíamos estado viviendo a base de raciones sumamente escasas. Los destacamentos regresaron durante la mañana del doce e informaron de que no habían podido tomar contacto con el enemigo. Trajeron de vuelta un cierto número de ganado y nuestros fogones se pusieron en marcha en un tiempo récord. La comida y el brillante sol de noviembre nos hicieron olvidar la fría noche en las tiendas.

Observaciones: La zona de reunión para el ataque del 11 de noviembre era una contrapendiente a unos doscientos metros de la posición enemiga. El enemigo cometió el error de no usar puestos avanzados de combate para evitar que nos aproximásemos hasta una distancia tan corta de su principal posición de combate. Las tropas permanecieron en esta zona de reunión durante varias horas y estuvieron sometidas a fuego de hostigamiento la mayor parte del tiempo. El ataque en sí estuvo apoyado por fuego de ametralladora con un alcance de doscientos metros. El terreno era tal que ésta era la única manera de permitirse fuegos de acompañamiento.

Las ametralladoras pesadas individuales obligaron primero al enemigo a ponerse a cubierto en aquellos puntos donde las secciones de asalto esperaban penetrar. Mantuvieron su fuego mientras las tropas cubrían el espacio entre posiciones y entonces alargaron y colocaron su fuego sobre los tramos más retrasados de la posición hostil. Después de una ruptura exitosa del frente, nos siguieron con rapidez y apoyaron el ataque desde posiciones mejoradas sobre el alargado collado. El enemigo había estado esperando un ataque durante varias horas, pero nuestro modo de combatir fue una sorpresa total para él.

Hubiéramos alcanzado un éxito aún mayor de haber retrasado nuestro ataque por treinta minutos. En ese momento la unidad de Lieb hubiera estado a su espalda en lugar de estar simplemente en su flanco.

III. Batalla en Kurpenul-Valarii

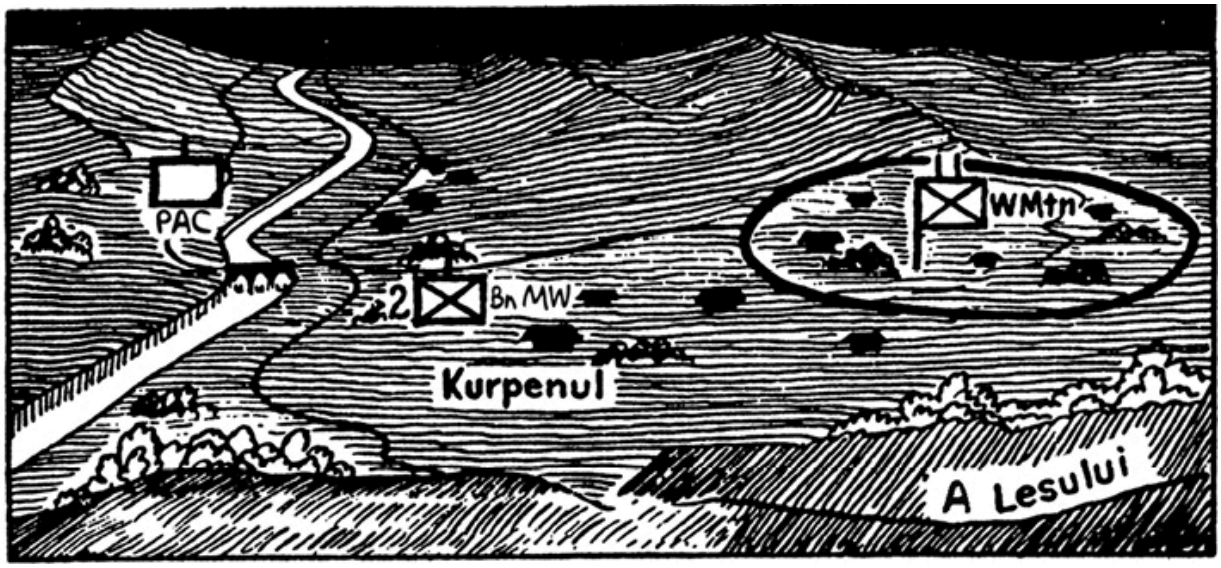
En la tarde del 12 de noviembre de 1916, la 2.ª Compañía, con una sección de ametralladoras pesadas agregada, recibió la orden de descender a lo largo de la ladera este del Lesului y tomar la aldea de Valarii. Al mismo tiempo el resto del batallón debía desplazarse ladera occidental abajo en dos columnas y atacar el mismo objetivo. Había mucha luz solar sobre el Lesului, pero durante nuestro camino de bajada nos metimos en una densa niebla. Me vi forzado a buscar a tientas el camino de bajada por un sendero que llevaba hacia el valle por medio de una brújula. No pasó mucho tiempo

antes de que comenzáramos a escuchar voces provenientes del valle; no sabíamos si eran órdenes o simplemente conversación.

No mucho más abajo y a la izquierda una batería rumana estaba disparando contra el paso Vulcan. Nuestra posición era tal que podíamos tropezar por casualidad con el enemigo entre la niebla en cualquier momento. Con una fuerte guardia en punta, flancos y retaguardia, fuimos bajando a tientas por la herbosa ladera. Toda charla quedó prohibida.

Para cuando la niebla se levantó se estaba poniendo oscuro. Varios miles de metros más adelante en el valle podíamos ver una aldea estrecha y alargada consistente en casas separadas. ¿Era Valarii o Kurpenul? Los prismáticos de campaña nos permitían distinguir pequeños grupos en varios lugares, probablemente soldados. Aparentemente había centinelas estacionados en las entradas de la aldea a menos de diez minutos de marcha del lugar donde nos habíamos detenido.

Juzgué desaconsejable continuar la marcha o atacar antes de establecer contacto con ambos flancos o sin esperar a la llegada de unidades que nos apoyasen. Mi decisión fue prepararnos para atacar la aldea mientras esperábamos el establecimiento de un enlace con los flancos más consistentes. Para evitar delatar nuestra posición al enemigo, me abstuve de todo reconocimiento de la zona y decidí confiar en la detenida observación visual.



Croquis 14: La situación en Kurpenul. Vista desde el norte.

Mantuve a mi unidad lista para un ataque sobre la aldea en caso de que nuestro apoyo llegase antes de la noche. Permanecimos ocultos en pequeñas depresiones y grupos de arbustos hasta la noche cuando ordené la organización de una posición defensiva en erizo, despaché a mis elementos de seguridad y me senté a esperar acontecimientos. Todos los centinelas recibieron instrucciones de alertarnos tan pronto como las otras unidades se aproximasen o cuando quiera que oyesen cualquier sonido sospechoso. De este modo pudimos tener unas pocas horas de sueño tendidos sobre las armas.

Poco antes de medianoche oímos a las unidades de flanco de nuestro batallón bajando por la ladera. Alerté a mis hombres y, a la brillante luz de la luna, nos movimos furtivamente entre la maleza hacia la aldea de Kurpenul-Valarii con la sección de ametralladoras pesadas dispuesta a la izquierda para darnos apoyo por el fuego. Los elementos de cabeza alcanzaron el borde de la aldea sin dificultad, e informaron de que no podían encontrar ni rastro del enemigo. Por otra parte, sonaban disparos ocasionalmente a la derecha cerca de la columna que se aproximaba. Pasamos cautelosamente a ocupar la aldea y después hice entrar a la sección de ametralladoras.

Las distintas cabañas estaban habitadas por todos los miembros de una familia, que dormían alrededor de sus hogares cubiertos con mantas y pieles. El aire en aquellas habitaciones era lo suficientemente denso como para poder cortarse con un cuchillo. Tuvimos considerables dificultades en hacernos entender por los nativos. No había señales del enemigo. Una breve descubierta puso de manifiesto que podíamos convertir el edificio de la escuela y las dos dependencias de granja adyacentes en un buen punto fuerte. Nos pusimos a trabajar, y después de hacer adelantarse a los necesarios elementos de seguridad tomé dos enlaces y fuimos a la parte occidental de la aldea para encontrar al *Major* Sprösser y dar la novedad. Otras unidades del batallón se estaban acomodando en la parte occidental de la aldea, de la que el enemigo había escapado después del primer intercambio de tiros de fusil.

El *Major* Sprösser dividió el lugar en sectores de compañía y a nosotros nos tocó la parte oriental de la aldea. Dábamos cara al sur con la 3.ª Compañía a nuestra derecha. Debía de establecerse un enlace hacia la izquierda con el 156.º de Infantería después del alba. Aún ignorábamos la situación y dispositivos del enemigo.

Yo regresé a mi compañía alrededor de las tres de la madrugada. Era una noche negra como el carbón. Mis hombres estaban durmiendo en la escuela. Desperté a los mandos subalternos e hicimos un reconocimiento de nuestro sector. Justo al este de nuestra zona un puente de madera cruzaba sobre el poco profundo Kurpenul, un arroyo de unos cuarenta y cinco metros de anchura cuyas riberas estaban bordeadas de álamos y sauces llorones. Había caminos que llevaban hacia el sur a ambos lados del cauce. El mapa mostraba que el más oriental era el mejor de los dos. Había algunas barracas cerca del puente y la aldea se prolongaba unos cien metros al oeste del arroyo. Una densa niebla, igual a las que nos habíamos encontrado durante los días precedentes, nos envolvió antes de que hubiéramos apostado nuestros destacamentos de seguridad que consistían en un suboficial justo al oeste del puente y sobre la carretera que pasaba a través del pueblo y los puestos avanzados de combate hacia el este del Kurpenul. También despaché destacamentos de enlace para establecer contacto con la 3.ª Compañía a nuestra derecha y con el 156.º de Infantería a nuestra

izquierda. Cuando finalmente clareó el día encontramos la visibilidad restringida a cincuenta y cinco metros.

Antes de que se estableciera contacto con nuestros vecinos, el *Gefreiter* Brückner informó que se había dado de bruces entre la niebla con una compañía de rumanos a cosa de ochocientos metros al sur de nuestro puesto avanzado de combate. Los rumanos estaban formados en orden cerrado y tenían las bayonetas caladas, pero no habían descubierto a la escuadra de Brückner. Apenas había telefoneado este informe al batallón cuando recibí otro informe desde el puesto avanzado en el puente: «Una escuadra de exploradores rumana de seis u ocho hombres está entre la niebla a unos cincuenta metros hacia la retaguardia del puesto. ¿Debemos abrir fuego?».

Mientras la compañía se preparaba para la acción, fui corriendo al puesto avanzado de combate. La alta gorra de piel rumana hizo fácil verificar que teníamos unidades enemigas merodeando en la zona detrás de nuestras avanzadillas así que ordené a unos pocos tiradores selectos de la compañía que abriesen fuego. Vimos a varios desplomarse con la primera descarga y el resto desaparecieron entre la bruma. Unos pocos minutos después un animado fuego de fusil rompió por la izquierda a nuestra retaguardia.

Otras escuadras de exploradores desde el sur informaron de que un poderoso destacamento rumano marchaba sobre el puesto avanzado de combate al este del arroyo con la cabeza de su columna a tan sólo unos pocos cientos de metros de distancia. Hice avanzar rápidamente una de mis ametralladoras pesadas hacia el puesto avanzado de combate y ordené que barriese ambos lados de la carretera. Esto atrajo unos pocos disparos del enemigo y después todo quedó en calma de nuevo.

Hasta ese momento no habíamos tenido éxito en establecer contacto con la 3.ª Compañía (a la derecha), y todo parecía indicar que una brecha de varios cientos de metros se abría entre las compañías. Podíamos escuchar un animado griterío hacia nuestra derecha que indicaba que el enemigo estaba avanzando sobre un frente amplio hacia Valarii-Kurpenul.

A fin de cerrar la amplia brecha entre nosotros y la 3.ª Compañía, puse a los hombres en marcha hacia el sur a lo largo de la orilla oeste del Kurpenul dejando el puesto avanzado de combate y una ametralladora pesada sobre la

orilla este en el puente para proteger nuestro flanco y retaguardia. Quería alcanzar el extremo sur de Kurpenul donde esperaba encontrar un campo de tiro favorable, y utilizar el terreno raso para establecer contacto rápidamente con mi vecino por la derecha.

Yo iba con la vanguardia, que consistía en una escuadra, y el resto de la compañía me seguía 150 metros por detrás. La niebla se arremolinaba aquí y allá y la visibilidad oscilaba entre cien y trescientos metros. Poco antes de que la cabeza de la columna alcanzase el extremo sur de la aldea, se dio de bruces con una columna de rumanos que avanzaban en orden cerrado. En unos pocos segundos estábamos enzarzados en un violento tiroteo a un alcance de cuarenta metros. Nuestra descarga inicial fue hecha desde la posición en pie y después cuerpo a tierra y buscamos abrigo del nutrido fuego enemigo. Los rumanos nos superaban en número al menos diez a uno. Un fuego rápido los mantuvo clavados al terreno, pero un nuevo enemigo se cernía amenazador en ambos flancos. Avanzaba sigilosamente detrás de arbustos y setos, disparando mientras se acercaba. La vanguardia se estaba poniendo en una situación peligrosa. Se defendía en una barraca a la derecha de la carretera, mientras el resto de la compañía parecía haberse puesto a cubierto en las granjas a unos 150 metros más atrás. La niebla impedía que ésta pudiera apoyar a la vanguardia. ¿Debía la compañía avanzar, o debía la vanguardia retirarse? Dado que era una cuestión de reafirmarnos frente a una poderosa superioridad, lo último parecía lo mejor que se podía hacer especialmente en vista de la extremadamente limitada visibilidad.

Ordené a la vanguardia que mantuviese la barraca durante otros cinco minutos más, y después que se retirasen por el lado derecho de la carretera a través de las granjas y alcanzasen a la compañía que proporcionaría apoyo de fuego desde su posición cien metros más atrás. Corrí de vuelta carretera abajo hasta la compañía; una densa niebla pronto me ocultó del fuego apuntado de los rumanos. Ordené rápidamente a una sección de la compañía y a una ametralladora pesada que abriesen fuego sobre la zona a la izquierda y la vanguardia comenzó a retroceder bajo esta protección por el fuego. Los hombres se vieron obligados a dejar al *Schütze* Kentner, que había sido gravemente herido, atrás.

Se adivinaban figuras en el arroyo a nuestra izquierda y la corriente fue pronto un hervidero de rumanos. Al mismo tiempo el puesto avanzado de combate a la izquierda se vio trabado en violento combate; su flanco izquierdo estaba abierto y podía ser fácilmente envuelto. A la derecha, a una considerable distancia, estaba teniendo lugar otro violento tiroteo. No habíamos establecido contacto con la 3.ª Compañía. Si el enemigo atacaba por la derecha, la compañía quedaría completamente rodeada. Nos vinieron a la mente las historias que los soldados bávaros nos contaron durante el ascenso de la Cota 1794. ¡Debió haber ocurrido igual con ellos!

Mis órdenes fueron: «¡La 1.ª Sección mantiene la posición bajo toda circunstancia, la 2.º Sección permanece bajo mi control detrás del flanco derecho de la 1.ª Sección!». Con unos pocos enlaces salí corriendo hacia la derecha para establecer contacto personal con la 3.ª Compañía. A lo largo de unos doscientos metros corrimos por detrás de setos y a través de campos rasos. Justo cuando estábamos cruzando una parcela de tierra recién arada tiraron sobre nosotros desde un cerro a entre unos cuarenta u ochenta metros a nuestra derecha. Los agudos estampidos eran los de un mosquetón y eso significaba que eran alemanes. Los surcos daban escaso refugio y ni todo el griterío y señales con los brazos del mundo pudieron convencerlos de lo equivocado de su conducta. Por suerte, su puntería era muy mala. Después de unos momentos de ansiedad, una densa niebla nos envolvió y nos liberó de esta desafortunada situación y nos permitió volver corriendo a la compañía. Desistí de hacer posteriores intentos de establecer contacto con la 3.ª Compañía; ahora ya sabía dónde estaban situados algunos de sus elementos y esperaba ser capaz de cerrar la brecha de 250 metros con mi sección de reserva. Pero como es frecuente en la guerra, las cosas salieron de forma diferente.

A mi regreso a la calle de la aldea descubrí que, contra las órdenes, la 1.ª Sección y la ametralladora pesada habían atacado al enemigo. A juzgar por el ruido de combate, se habían abierto paso combatiendo hasta el límite sur del pueblo. Por muy encomiable que la iniciativa del jefe de la sección y sus hombres pudiera ser, una defensa del límite meridional de Kurpenul entre la niebla y contra un enemigo superior parecía condenada sin

establecer primero contacto con la izquierda o la derecha. Fue una suerte que la sección de reserva se hubiese quedado en su zona asignada.

El fragor de la batalla aumentaba y, sospechando lo peor, me apresuré hacia la 1.ª Sección. A medio camino hacia allá me encontré al jefe de la sección, quien informó sin aliento: «La 1.ª Sección ha hecho retroceder a los rumanos trescientos metros al sur de la aldea y acallado dos cañones rumanos. Ahora mismo la sección está bajo muy fuerte presión por parte de un enemigo potente que está a apenas unos pocos metros de distancia. La sección está casi rodeada, la ametralladora pesada está acallada, la dotación muerta o herida. Debe llegar ayuda inmediatamente, o la sección está acabada».

No estaba para nada contento con el curso de los acontecimientos. ¿Porqué no se había quedado la sección en su sitio tal y como se le había ordenado? ¿Debía empeñar mis últimas reservas, como solicitaba el jefe de la sección? Bajo aquellas circunstancias todos nosotros podíamos haber sido rodeados y aplastados por el peso del número enemigo. ¿Una pérdida semejante no hubiera desarticulado el flanco izquierdo del Batallón de Montaña de Württemberg? No, por poco que me gustase, no podía ayudar a la 1.ª Sección.

Di la orden a la 1.ª Sección de dispersarse inmediatamente y replegarse a lo largo de la carretera de la aldea. El resto de la compañía fue apostada para cubrir la retirada de la sección. Las condiciones para romper el combate se hicieron más difíciles ya que el sol estaba disipando la niebla con su calor y la visibilidad había aumentado hasta un centenar de metros. Aquéllos fueron momentos emocionantes. La 2.ª Sección entró en posición en el centro de la aldea a paso ligero y disparó sobre las compactas masas de rumanos que estaba atacando por la izquierda a su frente. Pronto los restos de la 1.ª Sección empezaron a abrirse camino de vuelta a tiros, seguidos por una negra masa de rumanos. El fuego rápido de la línea entera paró a parte del enemigo que se nos venía encima, pero por la derecha e izquierda la masa hostil se arremolinaba cada vez más cerca. Sentimos entonces la falta de la ametralladora pesada que se había perdido allá adelante. Los restos de la 1.ª Sección fueron embebidos inmediatamente en la línea de fuego. Yo me dirigí con paso rápido al puesto avanzado de

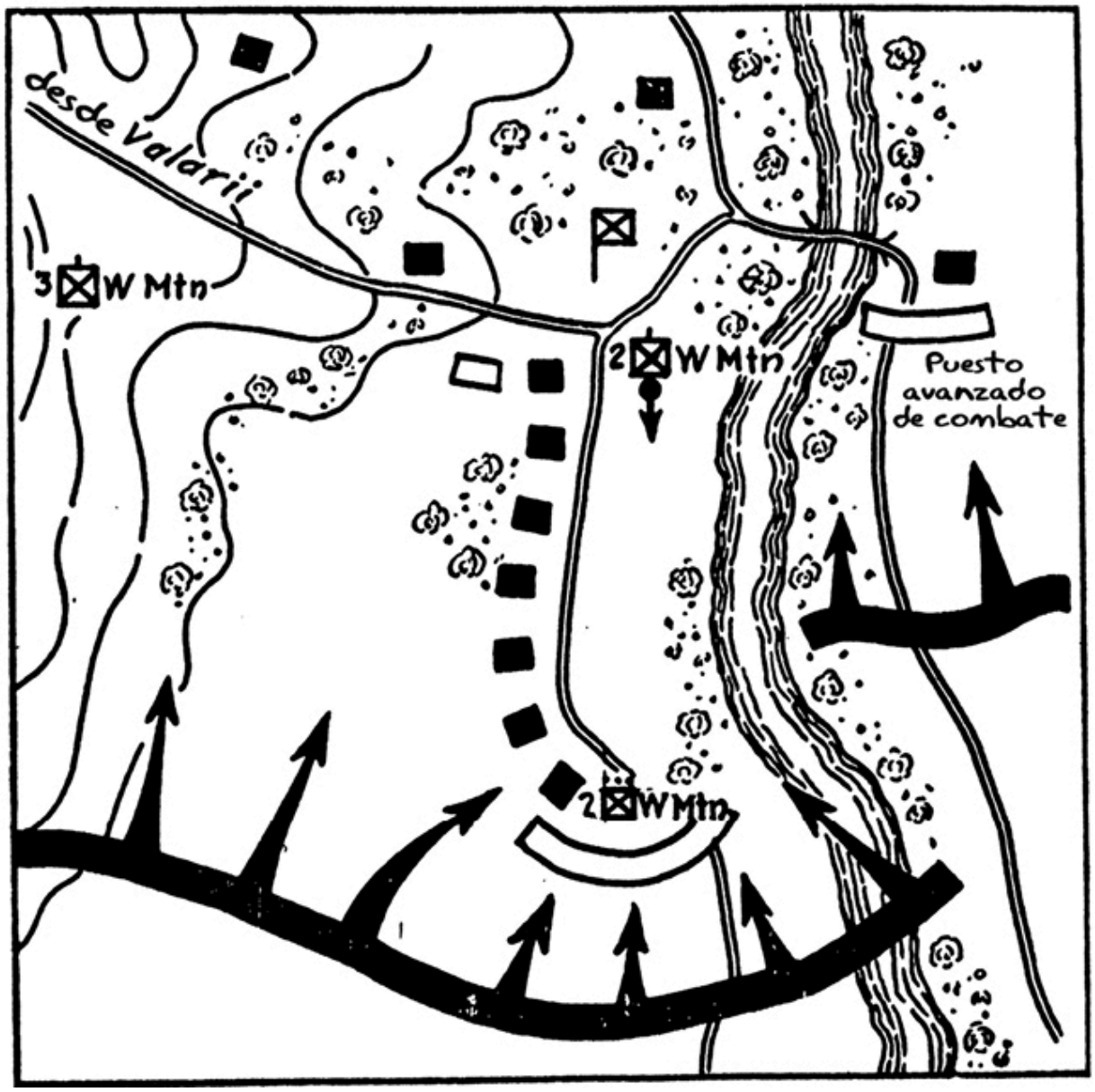
combate en el otro lado del puente, encontré todo en orden, tomé su ametralladora pesada libre y la emplacé en el punto más amenazado en la aldea.

Pero los rumanos no flaqueaban. A pesar de sus grandes pérdidas atacaron repetidamente. La plana mayor de la compañía fue puesta en la línea de fuego. Su jefe, *Vizefeldwebel* Dallinger, cayó con una bala en la cabeza. La niebla seguía disipándose y tuvimos nuestra primera oportunidad para juzgar la fuerza del enemigo. Nuestra siguiente preocupación era el abastecimiento de munición. El flanco izquierdo estaba abierto de par en par.

Informé de la situación por teléfono al *Major* Sprösser y le urgí el envío inmediato de fuerzas adicionales. Unos pocos minutos más tarde el *Leutnant* Hohl llegó a la carrera con unos cincuenta hombres. Situé esta sección detrás del flanco izquierdo con la misión de defender el flanco izquierdo con unas pocas escuadras, dejando el grueso bajo mi control. Poco después la 6.ª Compañía llegó y quedó retenida a mi disposición, escalonada hacia la izquierda por retaguardia. No había nada más que temer.

Mientras tanto, la 2.ª Compañía se había atrincherado bajo el fuego. El enemigo se retiró lentamente bajo nuestro bien dirigido fuego de mosquetón y ametralladora. Tanteé su frente con exploradores. Teníamos buena visibilidad y alcanzamos de nuevo el límite meridional de la aldea donde encontramos a los hombres gravemente heridos de la 1.ª Sección. Habían sido despojados por el enemigo de sus pocas pertenencias, tales como relojes y navajas de bolsillo, pero por lo demás nada les había pasado.

La visibilidad acrecentada mostró que el borde sur de la aldea era una espléndida posición dominante. Desplacé a la compañía allí, la reorganicé, y empezó a cavar. Llegó otra sección de ametralladoras pesadas.



Croquis 15: La situación en Kurpenul.

El enemigo había desaparecido pero nosotros seguíamos recibiendo fuego de fusilería a lo lejos por la izquierda. A la derecha yacía la batería que la 1.ª Sección había destruido. Como se supo más tarde, otras unidades del batallón habían disparado también contra ella.

Como no había enemigos en la zona de vanguardia, me acerqué con una pequeña patrulla y di un vistazo a la batería. ¡Cañones Krupp! ¡Ingeniería alemana!

Pronto reaparecieron líneas de escaramuza rumanas por el sur y se aproximaron a nuestra posición. Estaban aún a más de mil quinientos metros de distancia, mientras oleada tras oleada parecían surgir del suelo. Todas las secciones de la compañía tenían ahora buena cobertura de modo que esperamos ocultos en silencio mientras el enemigo avanzaba. Cuando la primera oleada legó a una distancia de cuatrocientos cincuenta metros, di la orden de disparar a discreción. Esto frenó el ataque en seco y no sufrimos ninguna pérdida en el tiroteo resultante. Las ametralladoras pesadas tuvieron muchos blancos excelentes. Cuando cayó la noche, el enemigo se retiró. Las patrullas de la compañía hicieron unas pocas docenas de cautivos en la zona frente a nosotros y la compañía se preparó para la noche. Escuadras de exploradores avanzadas no consiguieron localizar al enemigo. La compañía cavó trincheras, y algunos soldados registraron los alrededores en busca de un buen asado.

Estábamos tristes por las pérdidas en la compañía que sumaban diecisiete heridos y tres muertos.

Como la 2.ª Compañía, las otras unidades del Batallón de Montaña de Württemberg se mantuvieron firmes en Valarii-Kurpenul, en el ala derecha del Grupo Kühne. Tuvieron mucho que ver con el completo éxito de esta ofensiva a través de la montaña. Por el lado rumano cientos de muertos cubrían el campo incluido un comandante de división. Esta batalla abrió el camino hacia el interior de Valaquia y nos lanzamos a la carrera pegados a los talones del enemigo batido. Dos días más tarde el Batallón de Montaña de Württemberg entraba en Targiu Jiu.

Observaciones: Entre una densa niebla, la tarde del 12 de noviembre, la reforzada 2.ª Compañía hizo el descenso con elementos de seguridad en todos los flancos (vanguardia, flancoguardias y retaguardia). La situación era de lo más confusa, y pudimos habernos encontrado con el enemigo en cualquier momento. Para refrescar a la tropa, se autorizó un descanso nocturno en orden de combate (defensa en erizo, fusil en mano, exploradores adelantados).

La importancia del reconocimiento de combate y el establecimiento de contacto con los vecinos queda demostrada de forma meridiana por los acontecimientos del 13 de noviembre. Sin el pronto conocimiento del avance de potentes fuerzas rumanas, la 2.ª Compañía reforzada hubiera sido aplastada por la masa hostil entre la niebla.

El primer puesto avanzado de combate rompió el fuego con fuego de ametralladora en dirección al enemigo que avanzaba. Esto clarificó la situación rápidamente y dio a la 2.ª Compañía tiempo para cerrar la gran brecha a la derecha.

Tras el encuentro de la vanguardia con las fuerzas hostiles entre la densa niebla en el límite meridional de Kurpenul, no se produjo un combate a la bayoneta, pero sí un tiroteo. ¿Por qué? Con nuestra inferioridad en número un combate a la bayoneta hubiera sido desaconsejable. Hubiéramos sido cortados en pedazos y acribillados por los superiores recursos humanos del enemigo. Pero el fuego rápido de unos pocos tiradores evitó el ataque del enemigo diez veces superior.

Tanto la vanguardia como después la 1.ª Sección se abrieron paso disparando a través de la niebla de vuelta hacia unidades en posición. En esto se vieron fuertemente apoyadas por el fuego que esas unidades lanzaron hacia la niebla en la zona entre la calle de la aldea y el arroyo Kurpenul que corría adyacente a la línea de retirada.

Es muy fácil que a uno le disparen sus propias tropas en un combate dentro de la niebla. Aquí, como aquella vez en la Granja Brière, ni gritos ni gestos consiguieron detener el fuego.

La extremadamente difícil situación de la batalla en la aldea contra un enemigo muy superior fue superada lanzando al combate a los últimos hombres en el punto focal de la defensa y desplazando fuerzas desde otros lugares menos amenazados. El mando debe ser muy activo en tales situaciones.

IV. Cota 1001, Magura Odobesti

A mediados de diciembre marchamos a través de Mirzil, Merei, Gura Niscopului y Sapoca hacia el interior del valle de Slanicul, donde nos unimos al Cuerpo Alpino.

En las llanuras, la resistencia rumana se endureció considerablemente gracias a las divisiones rusas que habían sido lanzadas apresuradamente a la batalla como refuerzo. El Noveno Ejército alemán se abrió paso combatiendo lentamente a través de Buzau hasta Rimnicul Sarat y el campo atrincherado de Focsany. Nuestras ganancias se consiguieron al precio de muchas bajas. El Cuerpo Alpino recibió la misión de desalojar al enemigo de la casi impracticable zona montañosa entre los valles de Slanicul y Putna. Esto daría un respiro a las fuerzas que luchaban en la llanura, y también conjuraría cualquier avance hostil desde las montañas contra las fuerzas que operaban contra Focsany.

Pasamos la Nochebuena en lo profundo de las montañas en las más incómodas condiciones imaginables. Después la 2.ª Compañía marchó, como reserva del Cuerpo Alpino, desde Bisoca a través de Dumitresti, De Long y Petreanu hasta Mera. El 4 de enero de 1917 nos reincorporamos al Batallón, cuya plana estaba situada en Sindilari. Durante la misma tarde, la compañía, reforzada por una sección de ametralladoras pesadas bajo el mando del *Leutnant* Krenzer, ocupó la Cota 627 a cosa de tres kilómetros al noroeste de Sindilari. Para cubrir Focsany, fuertes formaciones rumanas defendían la vasta, fragosa y densamente arbolada cordillera de Magura Odobesti (1000 metros de altitud).

Esta montaña debía ser tomada el 5 de enero. Los Guardias Bávaros de Infantería de la Real Persona iban a ser enviados desde el sur y suroeste y el Batallón de Montaña de Württemberg desde el suroeste y oeste.

Mi compañía reforzada tenía la misión de capturar la Cota 1001 atacando (sin contacto con ambos flancos) a través de la Cota 523 (dos kilómetros y medio al nordeste de Sindilari). A la derecha teníamos a los Guardias Bávaros de Infantería de la Real Persona con su ala izquierda a unos seis kilómetros hacia el sureste en la zona de la Cota 479. El Destacamento Lieb estaba a nuestra izquierda sobre el cordal que llevaba

hacia la Cota 1001 desde el oeste. Estaba a unos cinco kilómetros de la Cota 627. Todas estas unidades tenían el mismo objetivo.

Siguiendo las órdenes, avanzamos al romper el alba y, después de cruzar varios valles profundos y boscosos, alcanzamos la Cota 523 con la salida del sol. Un telescopio abandonado nos prestó un fiel servicio. Mientras la compañía descansaba a cubierto, estudié todas las laderas y valles de la montaña con el catalejo y pronto me había familiarizado con la disposición y número de las fuerzas enemigas que se nos oponían.

Desafortunadamente, el campo de visión no se extendía lo suficiente hacia allí como para localizar a los bávaros de nuestra derecha. Frente a nosotros (en dirección al noroeste) y a cosa de unos mil metros de distancia, destacamentos de reconocimiento rumanos estaban patrullando el valle. Segundo, el cordal que corría en dirección norte-sur delante de la Cota 1001 estaba completamente ocupado por rumanos y se podían ver claramente secciones de posiciones atrincheradas a través de algunos claros entre los árboles. Una ruta de aproximación cubierta a través del ancho y deforestado valle frente a ellas era imposible de día. A la izquierda, había puestos avanzados de combate rumanos con efectivos aproximados de sección en el cordal al norte de la Cota 523, que estaba coronada por alquerías aisladas y pequeños tramos de bosque. Estas avanzadillas estaban situadas en posiciones atrincheradas afrontando generalmente hacia el oeste. La ruta de aproximación más prometedora al Magura Odobesti era la cresta que corría desde el oeste hacia la cumbre a lo largo de la cual el Destacamento Lieb iba a ser lanzado al combate. Decidí acercarme al Destacamento Lieb y operar en combinación con él, ya que un avance en dirección al noreste sin contacto a derecha o izquierda contra potentes fuerzas hostiles parecía carente de toda esperanza de éxito. A buen seguro, aún estábamos a cinco kilómetros a vuelo de pájaro de Lieb, al que yo no podía ver y cuya presencia solo podía dar por supuesta.

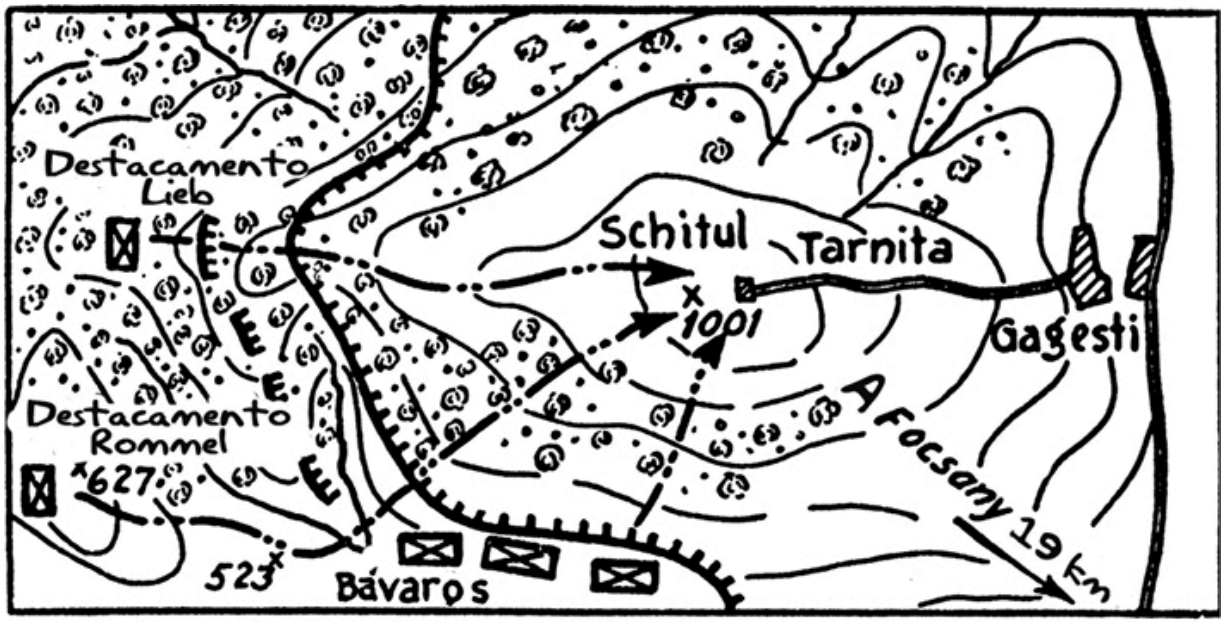
Despaché varios destacamentos de reconocimiento con la misión de distraer la atención del enemigo de mi dirección de ataque prevista (norte) y les di instrucciones para que se reincorporasen a la compañía en el plazo de dos horas. Poco después conseguimos, sin pérdidas, atacar en sucesión los

puestos avanzados de combate enemigos y los hicimos retroceder hacia su posición principal.

Alcanzamos una franja de terreno boscoso y llegamos hasta unos dos mil cien metros de la cresta en la que suponíamos que estaba situado el Destacamento Lieb. Giré hacia el norte con la intención de ganar el collado que corría en una dirección norte-sur delante del Magura Odobesti en el punto en el que ésta se unía con la cresta que corría desde el oeste hacia la Cota 1001.

Yo marchaba al frente de la columna con la compañía siguiéndome 150 metros por detrás. En fila india atravesamos los ralos bosques hasta que llegamos a un camino que bajaba por una garganta. Cuando los exploradores habían alcanzado la parte más profunda de la garganta, percibimos movimiento en la empinada ladera opuesta. Una columna rumana con numerosos animales de carga bajaba zigzagueando, con su cabeza a solo un centenar de metros de distancia. No podía distinguirse el número de sus efectivos. ¿Qué íbamos a hacer?

Aparentemente el enemigo no nos había visto a nosotros. Rápidamente desplacé la punta a un lado entre las matas, después me retiré unos cincuenta metros y situé a mis hombres en emboscada. Mientras esto estaba teniendo lugar, envié a un enlace de vuelta a la sección de cabeza con la orden de desplegarse. Antes de que esto se ejecutase, comenzó a caer entre nosotros fuego rumano de fusil. La punta respondió y en unos pocos minutos la 1.ª Sección se unió al tiroteo. Nuestra posición en la garganta era desfavorable, ya que el enemigo, cuya fuerza era difícil de estimar, estaba disparando desde una altura superior. En un tiroteo prolongado, se haría inevitable que sufriésemos fuertes pérdidas. Por lo tanto decidí que era mejor atacar a las fuerzas desconocidas. El resultado superó las expectativas. El enemigo se rindió cuando nuestra carga lo alcanzó y nuestro botín incluyó siete rumanos y algunas acémilas. Nosotros no sufrimos pérdidas.



Croquis 16: El ataque contra la Cota 1001. (Magura Odobesti).

Subimos la ladera a toda prisa en pos del enemigo en retirada y alcanzamos la cresta sin aliento sólo para ser alcanzados por un nutrido fuego. A la izquierda, mi valeroso enlace Eppler cayó con un disparo en la cabeza. Después de desplegar la sección de ametralladoras pesadas y dos secciones de infantería, ataqué ambos lados de la carretera abajo en dirección al norte a través del oquedal. Avanzábamos despacio, imposibilitados de ver al enemigo, siendo la única evidencia de su presencia el intenso fuego que pasaba zumbando junto a nuestros oídos. A todas luces el fuego se volvía más intenso cuanto más avanzábamos. Finalmente nos encontramos tendidos en un bosque ralo de altos árboles a unos trescientos metros de una posición fortificada. La resistencia era tan fuerte que avanzar más allá parecía no tener esperanza. Una depresión poco profunda nos separaba de la posición hostil y nuestra posición en una pendiente anterior era desfavorable.

Para evitar pérdidas innecesarias, ordené a los tiradores que se replegasen hasta la siguiente colina bajo la protección de la sección de ametralladoras. Esta maniobra fue ejecutada y nos encontramos a unos cuatrocientos metros del enemigo que estaba ocupando un pequeño cerro.

El tiroteo se apagó progresivamente y pronto sólo se escucharon disparos aislados.

No teniendo contacto en ninguno de los dos flancos, formamos un erizo y comenzamos a cavar con las secciones de reserva y de ametralladoras en el centro de nuestra zona de defensa.

Caía la noche cuando enterramos al pobre Eppler, la única baja de la escaramuza[22].

Antes de que se hiciese la oscuridad total habíamos localizado elementos del Destacamento Lieb por nuestra izquierda sobre el borde de una escampada a unos ochocientos metros de distancia y habíamos establecido comunicación telefónica con ellos.

Discutí la situación con el *Oberleutnant* Lieb y más tarde con el *Major* Sprösser. Un ataque frontal con los dos destacamentos contra la fuertemente organizada posición rumana en el bosque ofrecía pocas posibilidades de éxito. La factibilidad de realizar un envolvimiento desde el sureste tenía que ser determinada sin demora.

Durante la noche el *Vizefeldwebel* Schropp hizo un reconocimiento exhaustivo del flanco sur de la posición hostil; una tarea extraordinariamente difícil en aquel fragoso terreno. Unas pocas horas antes de romper el alba trajo de vuelta esta excelente información: «Nos alejamos hacia el noreste, cruzamos un profundo barranco y conseguimos alcanzar la cresta detrás de la posición enemiga sin encontrarnos con ninguna fuerza hostil. Después cruzamos una carretera que aparentemente incorpora un intenso tráfico rumano».

Transmití estos resultados al *Major* Sprösser y se me ordenó que ejecutase el envolvimiento con dos compañías y media. El amanecer se estableció como el momento del ataque. La unidad de Lieb debía ejecutar un ataque frontal sólo después de que mi unidad hubiera lanzado su ataque. En aquel momento comenzó a nevar copiosamente.

Amaneció un día lóbrego entre una capa de diez centímetros de nieve. Nubes de nieve cubrían las alturas. La 6.ª Compañía llegó como refuerzo. Dejé a la sección de infantería de Hügel atrás en la antigua posición con la misión de neutralizar al enemigo con tiro frontal y de distraer su atención de nosotros. Con una compañía y dos tercios y la sección de ametralladoras

pesadas me puse en marcha hacia el este y descendimos hacia un barranco muy profundo. Schropp guiaba ya que él había recorrido la ruta durante la noche.

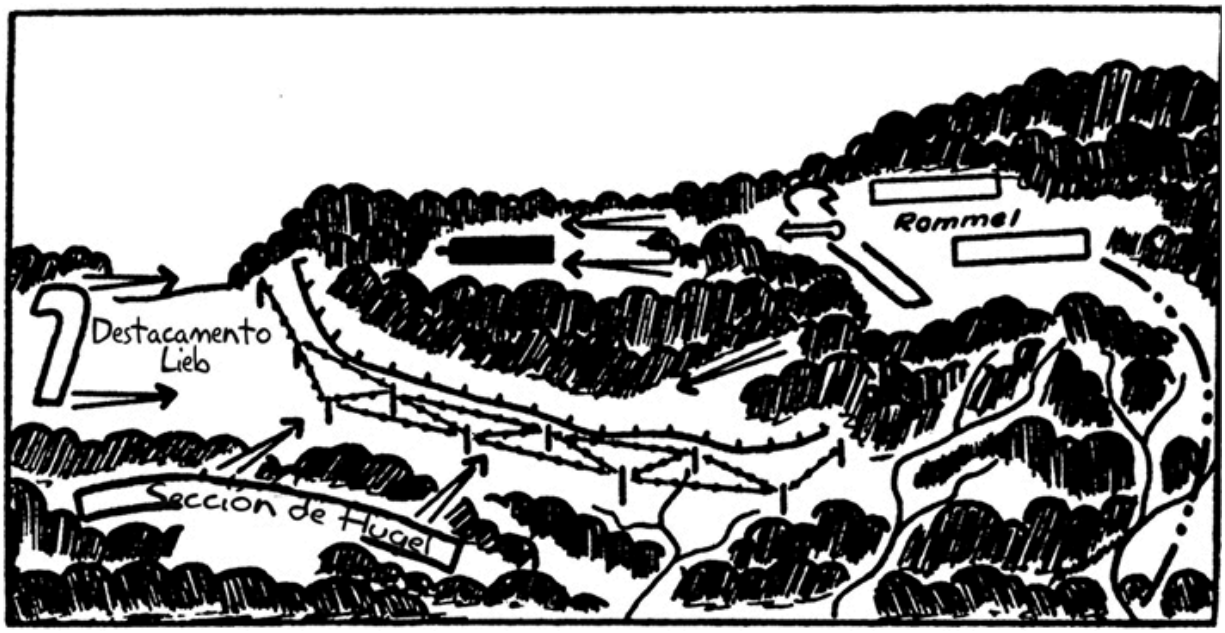
Hügel abrió fuego desde nuestra antigua posición y obtuvo una animada respuesta de los rumanos que aparentemente temían un ataque. Mientras el tiroteo se desarrollaba, nosotros cruzamos silenciosamente el barranco y escalamos en dirección al nordeste. Después de un duro ascenso ganamos el cordal y encontramos un sendero recién abierto en la nieve hecho por destacamentos rumanos.

La niebla había reducido la visibilidad a menos de cincuenta metros y nosotros esperábamos toparnos con el enemigo en cualquier momento. Ordené a la 2.ª Compañía que dejase las mochilas y rápidamente organicé al Destacamento para atacar. La 2.ª Compañía y la sección de ametralladoras abrirían la marcha con la 6.ª Compañía en la segunda línea a mi disposición. Excepto por disparos aislados, el fuego de Hügel a la izquierda se había extinguido.

Nos movimos cuidadosamente a ambos lados de la carretera de montaña que recorría la cresta y cruzando el bosque invernal hacia la retaguardia del enemigo al oeste. En un momento dado escuchamos voces frente a nosotros entre la niebla. Me detuve e hice que la ametralladora pesada se preparase para abrir fuego. Después continuamos avanzando furtivamente con precaución. De repente, alcanzamos el borde de un campamento enemigo. Aunque los fuegos de campamento aún humeaban no se veían rumanos. Continuamos hasta que llegamos a un claro en los bosques donde vimos a varios rumanos moviéndose confiadamente por allí. ¿Cómo de numeroso era el enemigo? No sabíamos si teníamos delante a unos pocos individuos o a un batallón entero. En previsión de cualquier eventualidad, ordené que la sección de ametralladoras pesadas abriese fuego sobre las figuras que se movían entre la niebla. Unos pocos segundos después mi Destacamento al completo acometió al enemigo con grandes gritos.

Solo había allí unos pocos rumanos y éstos eligieron buscar la seguridad en la huida más que quedarse y pelear. No nos molestamos por ellos, sino que seguimos corriendo a lo largo de la carretera hacia el oeste. Comenzamos a recibir fuego sin ser capaces de localizar al enemigo, y

entonces, después de unos pocos minutos, escuchamos los gritos cada vez más cercanos del Destacamento Lieb.



Croquis 17: Situación a 6 de enero de 1917. Vista desde el sur.

Teníamos que ser cuidadosos para evitar disparar sobre los hombres de Lieb que se acercaban entre la niebla y el bosque. Solventamos este peliagudo problema y el enemigo que había quedado entre nuestros dos Destacamentos fue eliminado. La mayoría de los rumanos evitaron la captura inmediata huyendo cuesta abajo y la 2.ª Compañía sólo reunió un total de veintiséis prisioneros. Los demás tan solo pospusieron su destino. Tres días después cuando nuestra unidad estaba ya en el Putna, un batallón entero de quinientos hombres emergió de los bosques y se rindió en masa al comandante de un tren de acémilas.

A continuación de nuestro exitoso ataque, que no implicó pérdidas por nuestro lado, el Destacamento de Lieb se dirigió hacia la Cota 1001. Yo ordené a la 2.ª Compañía que recogiesen sus mochilas dejadas atrás y después se unieron al avance. La nieve comenzó a acumularse y la niebla se volvió más espesa.

Cerca de la cumbre de la Cota 1001, Lieb encontró algunas reservas rumanas que habían ocupado una posición en un lugar resguardado del viento. El resuelto ataque de nuestras tropas de montaña se encargó

rápidamente de ellos y los rumanos abandonaron la cima después de sufrir algunas pérdidas. No regresaron a sus posiciones cubiertas de nieve.

Un viento frío barría la Cota 1001. Cristales de hielo aguijoneaban nuestros rostros como agujas. Estas condiciones meteorológicas nos forzaron a apresurar a nuestras unidades hacia el refugio del monasterio de Schitul Tarnita que estaba situado a una corta distancia bajando por la ladera este de la montaña. El enemigo no obstaculizó nuestro avance. A buen seguro, el monasterio no cumplió con nuestras expectativas especialmente en lo concerniente a espacio y raciones, pero al menos ofrecía protección contra las inclemencias del tiempo. Desafortunadamente nuestra alegría duró poco.

Una hora más tarde, algunas unidades de los Guardias Bávaros de la Real Persona llegaron a Schitul Tarnita y reclamaron el monasterio como su acantonamiento. Los bávaros tenían precedencia sobre nosotros y tuvimos que ceder. El oficial bávaro nos superaba en rango a Lieb y a mí mismo, y nos vimos obligados a mudarnos. Lieb se las arregló para mantener a su gente dentro del monasterio propiamente dicho, pero mis hombres tuvieron que encontrar refugio cerca del monasterio en las chozas de madera de techo bajo llenas de grietas por las que se colaba el viento e imposibles de calentar. Pasamos una noche miserable y glacialmente fría de modo que decidí continuar tan pronto como fuera posible y encontrar la región habitada del valle.

Observaciones: Fue posible localizar y estudiar las posiciones hostiles por medio de un telescopio. Esto se hizo durante el avance de la compañía y los resultados obtenidos fueron de igual importancia a aquellos preparados por nuestros destacamentos de descubierta de combate.

En el encuentro en la profunda y boscosa garganta, el vigoroso asalto de las tropas de montaña compensó en mucho la mala posición táctica.

Al caer la noche nuestro ataque había sido frenado a falta de unos trescientos metros para llegar a la zona de combate fortificada de los rumanos. Para evitar pérdidas, ordené a las secciones de fusiles sobre la pendiente anterior del ralo bosque que se retirasen combatiendo a una

posición más favorable bajo la protección del fuego de nuestras armas pesadas. No se produjeron pérdidas. En una situación similar puede hacerse un uso eficaz de pantallas de humo. Inicialmente el enemigo mantendrá un intenso fuego hacia el humo, pero su incapacidad para alcanzar resultados evidentes le obligará a suspender el fuego. Éste será el momento para comenzar las operaciones de ruptura del contacto.

Los excelentes resultados del reconocimiento nocturno de combate invernal (*Vizefeldwebel* Schropp) hicieron posible el avance hasta la retaguardia del enemigo el 6 de enero de 1917. Principio: El reconocimiento debe ser activo mientras las tropas están descansando.

Para engañar, distraer y neutralizar al enemigo durante nuestro envolvimiento, fue necesario que Hügel desempeñase su misión de fuego durante un prolongado periodo de tiempo.

Durante las fases finales del envolvimiento, cuando lanzamos un ataque entre la niebla contra un enemigo de fuerza desconocida, situamos nuestras ametralladoras pesadas en posiciones muy adelantadas y su fuego pronto desalojó al enemigo del cordal.

Mientras el viento iba amontonando nieve en los ventisqueros, las reservas rumanas permanecían en una zona resguardada de la ladera de la Cota 1001. Este emplazamiento era tal que estaban sin comunicación hacia delante y habían descuidado apostar elementos de seguridad. Debido a esto, el Destacamento Lieb tuvo pocos problemas para sorprender y dispersar a esta numerosa fuerza enemiga.

V. Gagesti

Muy temprano, el 7 de enero de 1917 hice salir escuadras de exploradores hacia el valle de Putna a ambos lados de Gagesti. Hacía un frío glacial y había treinta centímetros de nieve sobre el terreno; reinaba una densa niebla. Hacia las diez de la mañana, el Futtermeister[23] Pfäffle informó que había cabalgado unos cuatro kilómetros en la dirección del valle sin encontrar enemigos. En aquel momento escuchamos el sonido de numerosas columnas y mucho ruido proveniente del valle. Aparentemente

el enemigo se estaba retirando aunque la niebla impedía la observación visual.

Remití este informe al *Major* Sprösser por teléfono y pedí permiso para tomar la 2.ª Compañía (reforzada) y tantear el camino a Gagesti.

Una hora más tarde, nos pusimos en marcha valle abajo en fila india a través del ralo bosque. La niebla limitaba la visibilidad a unos cien metros. Nuestros destacamentos de seguridad consistían en guardias avanzadas y flancoguardias, la primera formada por una escuadra bajo nuestro capaz *Vizefeldwebel* Hügel precediéndonos por unos cien metros. La sección de ametralladoras iba en el centro de la compañía con sus armas estibadas en bestias de carga.

Nos llevó treinta minutos salir de los bosques y nos encontramos sobre una estrecha vereda que discurría a través de un vivero muy denso de árboles jóvenes de unos pocos metros de altura. Yo marchaba a la cabeza del grueso. La niebla había aligerado.

Súbitamente sonaron disparos al frente seguidos de Hügel dando órdenes y después recibí el parte de que había encontrado una escuadra de exploradores rumana sobre la senda. Sus primeros disparos habían matado a los rumanos más adelantados y el resto, siete en número, se rindieron. Mientras tanto la compañía se había desplegado ya que la prudencia parecía lo más indicado. Quizás los prisioneros fuesen los elementos de seguridad de una columna hostil. Hügel continuó su avance y, en unos pocos minutos, informó de que había alcanzado el borde oriental del vivero y que una línea de guerrilla hostil estimada en una compañía que se aproximaba estaba a unos cien metros de distancia. Inmediatamente ordené a la sección en cabeza que se desplegase en el borde del vivero a ambos lados de la senda y abriese fuego. La respuesta que obtuvimos fue un violento fuego hostil que pasó silbando a través de la maleza y nos hizo lanzarnos a tierra. La entrada en acción de la sección de ametralladoras causó algunas dificultades y su jefe informó que sus armas estaban congeladas y que tendría que descongelarlas. Un animado intercambio estalló a unos pocos metros al este del linde del vivero. Según todos los indicios habíamos dado con una fuerza enemiga superior en número. En una pequeña depresión la sección de ametralladoras pesadas estaba trabajando febrilmente para descongelar sus

armas con alcohol. El fuego hostil repiqueteaba entre los pequeños árboles. Era más que un fastidio que las ametralladoras pesadas no pudieran intervenir en aquel momento. Si el enemigo llega a conseguir envolver nuestra izquierda o derecha, nos hubiéramos visto obligados a retirarnos. Las 2.ª y 3.ª Secciones proporcionaban seguridad en esas direcciones.

Finalmente, la primera ametralladora estuvo en condiciones de funcionar y entró en posición, pero nunca tuvo la oportunidad de hacer fuego.

Entre una niebla cada vez más espesa, el enemigo se retiró del combate y pronto nos privó de blancos remunerativos. Disparar hacia la niebla hubiera sido un desperdicio de munición, impropio de tropas de montaña que operaban bajo nuestras difíciles condiciones de abastecimiento. Bajo la protección por el fuego de las ametralladoras pesadas tomé una sección y avancé hasta una ligera elevación coronada por una pequeña casa que se alzaba en un viñedo cercado. No se estaban intercambiando disparos. Pudimos ver a muchos rumanos dando vueltas con aspecto de carecer de liderazgo sobre la ladera rasa frente a nosotros. Les hicimos señas ondeando nuestros pañuelos y pronto tuvimos veinte prisioneros sin pegar un solo tiro. Los rumanos estaban asqueados de una guerra que desde luego había ido muy mal para ellos. Algunos de los prisioneros nos ayudaron a reunir a otros de sus camaradas. El resto de mi compañía nos dio alcance. Nuestra posición era tal que el enemigo podía golpearnos desde cualquiera de los cuatro puntos cardinales. Por consiguiente preparamos la posición para una defensa circular con elementos de seguridad y exploración adelantados en todas direcciones. Éstos comenzaron a enviar de vuelta más prisioneros. El *Gefreiter* Brückner sorprendió a cinco rumanos en un edificio del viñedo y pronto los desarmó. El *Leutnant* Hausser y yo nos adentramos en la zona de vanguardia en busca de un punto más apropiado donde apostar la compañía. Esperábamos encontrar un caserío. La temperatura era de nueve grados bajo cero y estábamos empezando a sufrir por culpa del frío y el hambre. No pudimos encontrar un caserío en las inmediaciones, pero sí encontramos una posición mejor para la compañía justo al norte de un profundo barranco en mitad de un viñedo rodeado por una cerca. Había una pequeña casa situada en mitad de la posición y allí, en una habitación única y sin

calefacción encontramos a un rumano gravemente herido que había sido abandonado por sus compatriotas. El Dr. Lenz hizo lo que pudo por él, pero había pocas posibilidades de que saliese adelante. La compañía se mudó al interior.

El profundo barranco llevaba valle abajo hacia Gagesti. El terreno hacia el norte y el este era abierto a lo largo de unos cien metros con una maleza escasa extendiéndose en la otra dirección. La niebla aún se arremolinaba por todas partes y en ocasiones teníamos visibilidad a sólo doscientos metros. Escuchamos el sonido de voces por la parte de la ladera hacia la izquierda. El Dr. Lenz y yo avanzamos sigilosamente en esa dirección y, a unos mil metros de nuestra propia posición, descubrimos una gran formación de tropas rumanas, alrededor de un batallón en número, descansando en un campo raso detrás de una huerta. Cientos de hombres, caballos y vehículos estaban reunidos en este pequeño espacio. Las hogueras resplandecían.

Aunque la niebla nos permitía aproximarnos sin ser vistos, descarté un ataque por que el terreno estaba dispuesto de tal manera que imposibilitaba usar nuestras armas con la máxima efectividad.

Eran las dos de la tarde y teníamos una hora y media hasta que comenzase a oscurecer. El frío extremo hacia imposible vivaquear al raso. ¿Dónde estaba Gagesti? Preferíamos capturar algunos edificios de la aldea como alojamiento para la noche en lugar de regresar alicaídos a Schitul Tarnita. Además de refugio necesitábamos comida. El hambre vuelve emprendedores a los soldados.

Con el Dr. Lenz y su ordenanza me desplacé hacia el este de la posición de la compañía, sobre la orilla izquierda de una cárcava de unos tres metros de hondo. A unos cincuenta metros a nuestra derecha nos seguía a la misma altura el *Vizefeldwebel* Pfeiffer con tres o cuatro hombres.

Habíamos cubierto menos de cuatrocientos metros cuando localizamos un gran número de rumanos al lado norte de la cárcava cerca de una pequeña casa. ¿Eran una avanzadilla de combate? A pesar de no tener con nosotros más que un mosquetón al norte del barranco y no tener más que cuatro al sur, avanzamos hacia el enemigo y gritando y agitando pañuelos le ordenamos que se rindiera. Los rumanos ni se movían ni disparaban.

Estábamos a treinta metros de ellos y retirarse ya era imposible. Estuve secretamente preocupado por el desenlace. Los rumanos estaban en pie juntos con sus fusiles en descanso y estaban hablando y gesticulando entre ellos, pero se abstenían de disparar como si quisieran mostrar sus intenciones amistosas. Por fin llegamos hasta ellos y los hicimos desarmarnos. Les conté una historia descabellada sobre el fin de la guerra y después entregué los treinta prisioneros a la escuadra de Pfeiffer.

Los tres que íbamos continuamos en dirección este hacia el valle. Algo más adelante distinguimos los contornos de una compañía desplegada surgiendo de entre la niebla. Estaban aún a cincuenta metros de distancia pero decidimos arriesgarnos. Avanzamos agitando nuestros pañuelos y gritando. La compañía quedó desconcertada. Sus oficiales gritaron con enfado: «*Foc! Foc*!», (presumiblemente la palabra rumana para «¡fuego!»), y también empezaron a golpear a sus hombres, que aparentemente preferían deponer sus armas. Estábamos en una posición de lo más precaria. La compañía apuntó y un chaparrón de plomo pasó silbando. Nos lanzamos al suelo y entonces el Dr. Lenz y yo corrimos hacia la retaguardia mientras el ordenanza del doctor disparaba unos pocos tiros antes de ausentarse de la fiesta. La niebla pronto nos ocultó de más fuego apuntado. Una porción del enemigo nos seguía, mientras otros disparaban al azar hacia la niebla.

Con el enemigo pisándonos los talones llegamos hasta la escuadra de Pfeiffer y descubrimos a los treinta prisioneros todavía en pie junto a sus armas. Los condujimos en manada rápidamente al interior de la cárcava, que ofrecía cobertura contra el fuego de los perseguidores y los fuimos arreando hacia nuestra compañía a la carrera. Nos hubiésemos visto obligados a abandonar nuestra cárcava de haber disparado el enemigo a lo largo de su eje. Los rumanos eran malos tiradores y así llegamos a nuestra unidad con todos nuestros prisioneros y sin pérdidas.

Poco después de nuestro regreso, el fuego de la compañía detuvo al enemigo que trataba de avanzar sobre un frente amplio. Se entabló un animado intercambio a un alcance de cien metros y gracias a nuestras ametralladoras pesadas disfrutamos de una considerable superioridad en potencia de fuego. Decidí que incluso un ataque exitoso bajo las condiciones existentes no llegaría a compensar las pérdidas probables. La

noche estaba cayendo y la intensidad del fuego se iba apagando, ambos bandos disparando intermitentemente para mostrar que aún seguían allí. Bajo aquel frío atroz las expectativas de encontrar alojamientos para la noche y una comida caliente distaban de ser halagüeñas. El *Leutnant* Hohl (3.ª Compañía) llegó a caballo para ocuparse de nosotros, se hizo cargo de nuestros ocho prisioneros y los trasladó hacia la retaguardia. También informó en Schitul Tarnita de que yo había decidido hacer un avance nocturno sobre Gagesti.

Durante la última hora el tiempo había aclarado considerablemente pero el frío se había intensificado también. Las estrellas centelleaban en el cielo y los arbustos y árboles eran negras siluetas contra la nieve blanca. Fuego de mosquetón y ametralladora fueron mi último saludo al enemigo y entonces dispersé mi fuerza. Nos desplazamos en silencio siguiendo el estrecho sendero de montaña avanzando en dirección al noroeste. Vanguardia y retaguardia aseguraban la marcha y la sección de ametralladoras pesadas iba en el centro de la columna. Las pesadas ametralladoras, aún calientes de haber disparado, fueron protegidas de la congelación con mantas y medias tiendas. Después de continuar unos quinientos cincuenta metros por el sendero, giré saliendo de él hacia el norte. La estrella polar reemplazó a la brújula y avanzamos furtivamente a lo largo de negros setos espinosos que nos permitieron movernos sin destacar en contraste con el paisaje. No se pronunció una palabra. La retaguardia dio parte de que un fuerte destacamento rumano la iba siguiendo, a resultas de lo cual hice un alto en una oscura línea de arbustos y emplacé una ametralladora pesada. La maniobra resultó ser superflua, pues el jefe de la retaguardia actuando por propia iniciativa emboscó al enemigo en un punto conveniente, y lo capturó sin disparar un tiro. ¡Veinticinco rumanos! No me eran de ninguna utilidad así que los despedí bajo escolta a Schitul Tarnita.

Seguimos avanzando hacia el norte. Ochocientos metros después giré de nuevo hacia el este. Antes de salir había estudiado el mapa concienzudamente. Deberíamos estar en línea con el extremo norte de Gagesti. La compañía se desplegó silenciosamente y avanzó con las tres secciones en fondo; yo iba con la sección de ametralladoras en el centro.

Así fuimos buscando un camino de arbusto en arbusto. El terreno descendía con un leve declive hacia el valle de Putna. Nos deteníamos repetidamente y observábamos cuidadosamente el terreno a nuestro alrededor con los prismáticos.

Mientras la luna se alzaba a nuestra derecha, el resplandor de un fuego se hizo visible a la izquierda en el valle ante nosotros. Pronto localizamos varias docenas de rumanos en pie alrededor de un gran fuego de campamento a unos seiscientos metros de distancia. Más allá, un destacamento hostil pasaba marchando de izquierda a derecha, presumiblemente hacia Gagesti. La aldea estaba oculta por una colina larga y pelada, sobre la cual sólo podían verse grupos aislados de árboles con los prismáticos. Al frente a la derecha extensas huertas obstaculizaban la visión.

Como lobos hambrientos, los tiradores de montaña se aproximaban a hurtadillas en la fría noche invernal. ¿Debía atacar primero al enemigo al frente por la izquierda en el valle, o debía dejarlo de lado e ir directamente a por Gagesti?

El segundo curso de acción parecía el mejor. Pegadas a las negras bardas, las tres columnas avanzaron furtivamente, despacio y con cautela hasta que estuvieron a trescientos metros de la desnuda colina cuya cima estaba aún unos treinta metros por encima de nosotros. Unos cincuenta rumanos estaban sentados alrededor de un fuego trescientos metros a nuestra izquierda. Varios de mis hombres afirmaron haber visto signos de movimiento entre los grupos de árboles sobre la colina delante de nosotros, pero yo no pude verificar aquellas observaciones con mis prismáticos de campaña.

Avanzamos a rastras a lo largo de los setos y finalmente ganamos la parte baja de la colina, que no podía ser observada desde arriba. Durante el tiempo requerido para la reunión, los exploradores se adelantaron trabajosamente hasta alcanzar la cresta de la colina donde localizaron centinelas rumanos unos cien metros delante de nosotros. La primera cuestión era si debía esperar a las ametralladoras pesadas. Esto parecía innecesario dados los pocos hombres implicados. Quería tomar la colina por sorpresa y, de ser posible, sin recurrir a los disparos. El ataque contra la

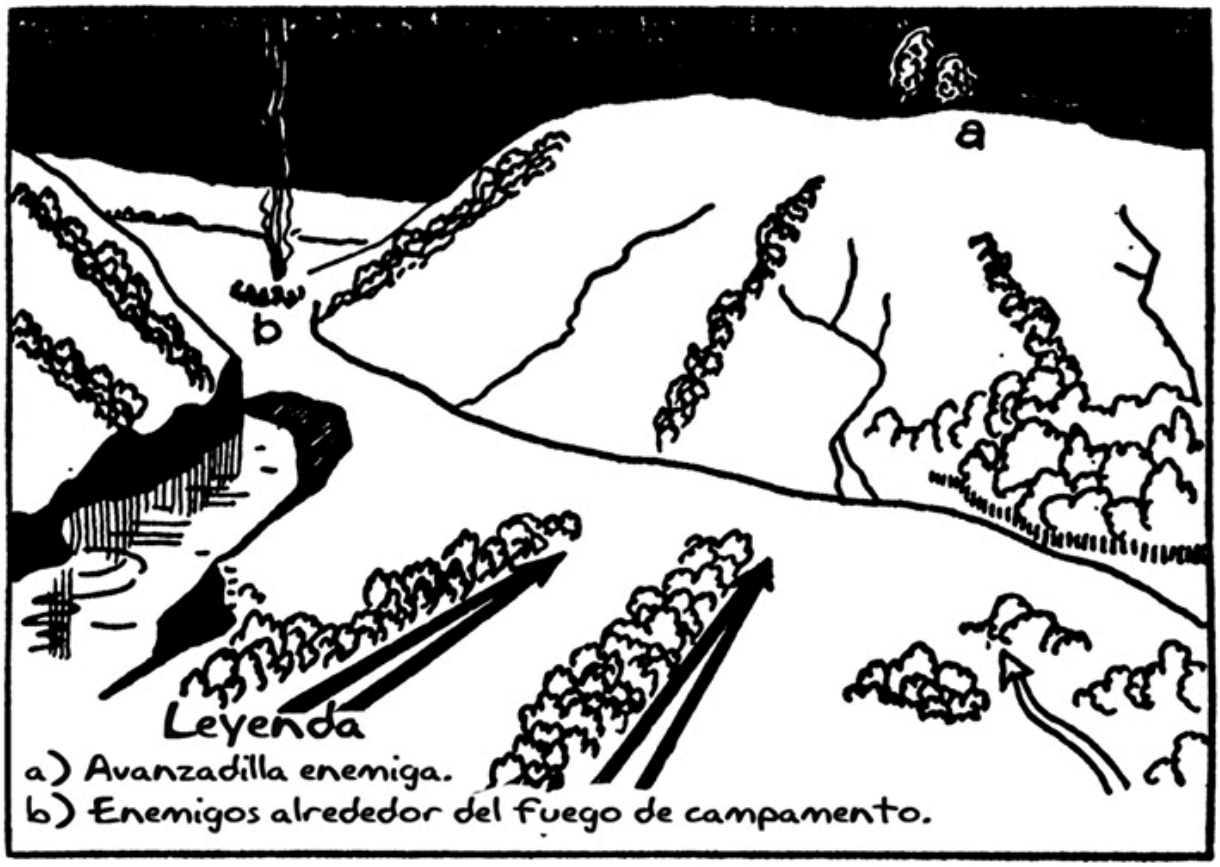
parte noroeste de Gagesti, que yo asumía que estaba fuertemente defendida, debía también efectuarse como una sorpresa.

Los jefes subalternos recibieron sus instrucciones y acometimos sin un ruido. ¡Ni un toque de silbato, ni una orden, ni un grito! Las tropas de montaña se pusieron en pie ante los centinelas rumanos como si las hubieran conjurado del mismo suelo. Todo pasó tan rápidamente que éstos no tuvieron ni siquiera tiempo de disparar un tiro de alarma. Desaparecieron precipitadamente colina abajo.

La cima de la colina era nuestra. Delante y a nuestro frente por la derecha la luna refulgía sobre los tejados de Gagesti, una aldea de unos ochocientos metros de largo. Los caseríos más cercanos estaban a unos ciento ochenta metros de distancia y a un desnivel de unos treinta metros. Había grandes espacios entre los grupos de edificios.

Comenzaron a sonar campanas de alarma en el norte de Gagesti. Los soldados salían corriendo a la calle y se reunían en corrillos. En cualquier momento esperaba que se lanzasen al asalto en una masa compacta para recapturar la altura perdida. Estábamos listos para recibirlos. Las ametralladoras pesadas estaban preparadas para un fuego sostenido y los tiradores habían entrado en posición sobre un frente de doscientos metros. Una sección permanecía en reserva detrás del flanco izquierdo.

Pasaron los minutos. Las cosas se calmaron en la aldea. Dado que no nos habíamos dado a conocer en la colina y no habíamos disparado, las tropas en alarma volvieron a sus caldeados alojamientos, que habían probablemente dejado de la peor de las ganas. ¡Quedamos boquiabiertos! Ya que ni siquiera los centinelas rumanos intentaron volver a sus antiguos puestos. Aparentemente estaban allí abajo entre las granjas.

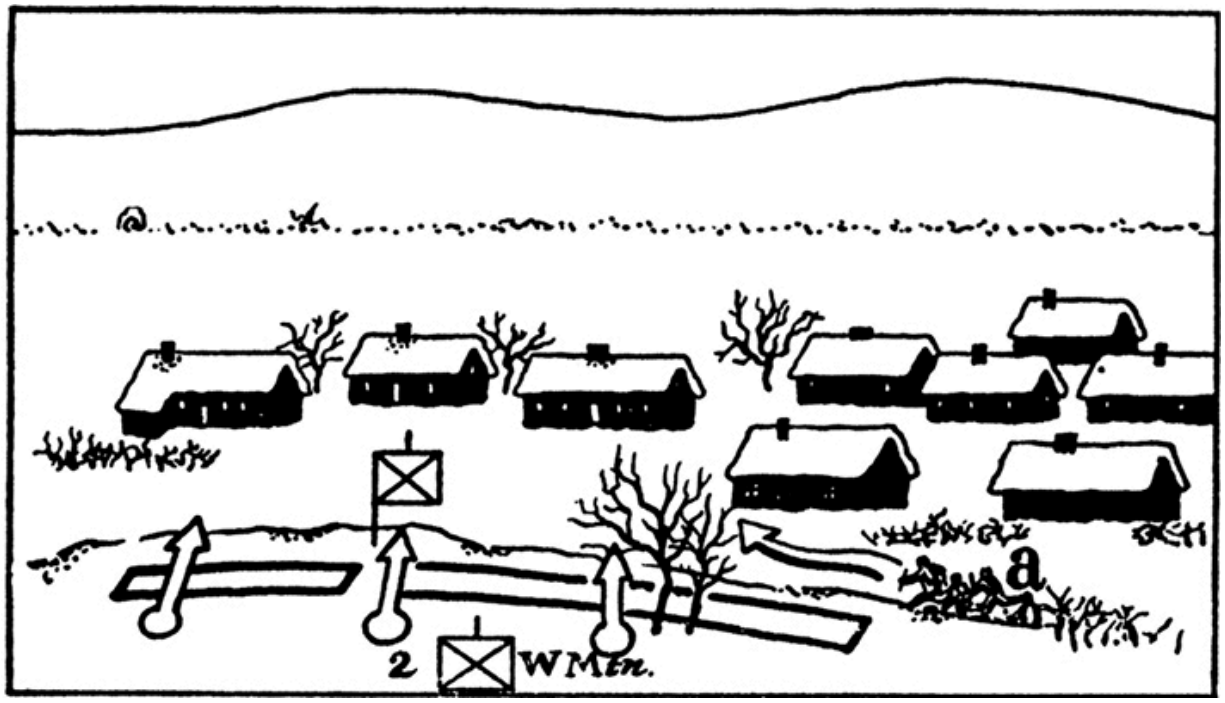


Croquis 18: Frente a Gagesti.

Para entonces eran las diez de la noche. Estábamos helados y hambrientos, y teníamos las cálidas casas de Gagesti a la vista. Algo tenía que pasar. La decisión: Las granjas más septentrionales de la gran aldea serían arrebatadas al enemigo. Nos atrincheraríamos en ellas, nos calentaríamos y alimentaríamos, y descansaríamos al menos hasta el amanecer.

Envié al *Vizefeldwebel* Hügel con un destacamento de asalto de dos escuadras de la sección a la derecha contra una de las granjas. Debía avanzar a lo largo de un seto oscuro; si tiraban contra él, debía responder al fuego y después, en conjunción con la sección izquierda, capturar la granja frente a él bajo el fuego de acompañamiento de las otras unidades de la compañía reforzada. Las diversas unidades fueron instruidas sobre sus tareas, y Hügel se puso en marcha.

El grupo de asalto consiguió acercarse hasta cincuenta metros de la granja antes de que disparasen sobre él. Todas las ametralladoras y la sección de Janner abrieron fuego inmediatamente y la sección de la izquierda se lanzó corriendo hacia la aldea con un gran grito. Las tropas de montaña estaban en la ciudad. Hügel atacó desde el otro lado antes de que los rumanos pudieran salir de las edificaciones. El resto de la compañía reforzada dejó escapar en la noche desde el fondo de sus pulmones un bramido tan alto como el de un batallón. La sección de ametralladoras no podía ya disparar más sin poner en peligro a nuestras propias tropas en las granjas en el extremo norte de Gagesti y trasladó su fuego hacia la derecha y roció los tejados de la extensa aldea durante varios minutos.



Croquis 19: El ataque sobre el caserío. (a). Grupo de asalto de Hügel.

Abajo, el extremo norte se volvió sorprendentemente tranquilo. Sólo se estaban intercambiando unos pocos disparos. Los rumanos se estaban rindiendo. Me apresuré en aquella dirección con otra sección y una sección de ametralladoras. Los prisioneros estaban siendo reunidos juntos cuando llegué entre los edificios. Había más de un centenar de ellos. Aún más grato era el hecho de que ninguno de nosotros había sido herido durante el

tiroteo. Desde las granjas a nuestro alrededor no llegaba ni un tiro. Sólo nuestra sección de ametralladoras disparaba ocasionalmente hacia la derecha a través de los tejados. Dado que todo había ido tan bien, me trasladé hacia la derecha con la compañía de granja en granja. Capturamos a la guarnición rumana al completo que aceptó su destino sin ofrecer más resistencia. Con elementos de seguridad dispuestos en todas direcciones y con los prisioneros y la sección en el centro, me desplacé con la compañía completa hacia el sur a lo largo de la calle de la aldea. ¡Doscientos prisioneros! No tenían fin. Los tiradores de montaña tocaban en las puertas por todas partes y hacían salir nuevos prisioneros. Nos aproximamos a la iglesia. El número de prisioneros era tres veces el nuestro. ¡Trescientos sesenta hombres!

La iglesia estaba sobre una pequeña elevación, que descendía abruptamente hacia el este y hacia la parte baja de la aldea a unos doscientos metros de distancia. Un semicírculo de viviendas descansaba alrededor de la iglesia. Éste me pareció el lugar ideal para un alojamiento seguro para el resto de la noche. Los prisioneros fueron recluidos en la iglesia y la compañía se acantonó en las casas que había alrededor. Yo hice un reconocimiento de la parte baja de la aldea, a través de la cual pasaba la carretera Odobesti-Vidra, pero no encontré más soldados rumanos. Por lo visto, el sonido del combate en la aldea alta les había hecho cambiar sus alojamientos a la orilla este del Putna. Conocí al alcalde local, quien a través de un judío que hablaba alemán me informó de que deseaba entregarme las llaves del ayuntamiento. Anticipando la llegada de las tropas alemanas, la comunidad había horneado trescientas barras de pan, sacrificado varias cabezas de ganado, y puesto una cierta cantidad de toneles de vino a disposición de las tropas. Les hice traer suficiente para nuestras necesidades a la iglesia en la aldea alta que habíamos convertido en nuestros aposentos. Era pasada la medianoche cuando las últimas unidades de la compañía reforzada se instalaron. Algunos centinelas protegieron a los hombres que dormían.

Estando situados a unos seis kilómetros y medio por delante de nuestras propias líneas sin contacto a derecha o izquierda, me sentía seguro en Gagesti tan sólo mientras estuviera oscuro. Por motivos de seguridad,

quería estar sobre una altura dominante justo al este de Gagesti al romper el día, momento para el cual el enemigo estaría definitivamente localizado.

Las tropas comieron y descansaron. Yo preparé un breve informe, que salió a las dos y media de la madrugada para Schitul Tarnita mediante un enlace que también llevó consigo un *Logel* (un pequeño barril de madera) de exquisito vino tinto para el *Oberleutnant* Lieb.

El resto de la noche transcurrió sin alboroto. Justo antes del alba (8 de enero) desplacé mi formación al completo a las alturas justo al este de la iglesia en Gagesti. Cuando rompió el día pudimos determinar que el territorio cubierto de nieve a nuestro alrededor estaba libre del enemigo. Lo que sí que vimos fueron tropas enemigas atrincherándose sobre la orilla este del Putna. Regresé a nuestros antiguos acantonamientos alrededor de la iglesia y destaqué escuadras de exploradores en varias direcciones.

El *Futtermeister* Pfäffle y yo dimos un paseo matutino a caballo a través de la aldea baja en dirección a Odobesti. Durante la noche habíamos enviado a nuestras acémilas de vuelta hacia Schitul Tarnita ya que sus relinchos hubieran delatado nuestro avance sobre Gagesti. Pfäffle trajo al resto del Destacamento hasta nosotros después del alba. Yo cabalgaba en dirección a Odobesti en un esfuerzo por establecer contacto por la derecha con nuestras propias tropas al oeste del Putna.

No sonaba ni un disparo cuando atravesamos al trote la aldea baja de Gagesti. La cabalgata en la calma de la mañana fue de lo más revigorizante. Dejé a «Sultan» que apretase el paso con energía y presté más atención al caballo que a lo que me rodeaba. Pfäffle cabalgaba unos diez metros detrás de mí. Estábamos a unos mil metros de Gagesti cuando algo entró en la carretera por delante de mi caballo. Levanté la vista y quedé más que sorprendido de ver a una escuadra de exploradores rumana de unos quince hombres con bayonetas caladas justo delante nuestro. Era demasiado tarde para dar la vuelta y escapar al galope, ya que cualquier indicio de un pretendido intento de huida me hubiese supuesto un par de balas. Me decidí rápidamente; avancé trotando hacia la escuadra de exploradores sin cambiar de paso, les saludé de manera amistosa, les di a entender que debían desarmarse, que eran prisioneros, y que debían ponerse en marcha hacia la iglesia en Gagesti, donde cuatrocientos de sus camaradas estaban reunidos.

Dudo mucho que alguno de los rumanos entendiese mis palabras. Pero mi donaire y tono de voz calmado y amistoso tuvieron un efecto persuasivo. Los quince hombres dejaron sus armas sobre la carretera y se alejaron a través de los campos en la dirección indicada. Continué mi paseo otros cien metros y después galopé de vuelta a mi compañía por el camino más corto. Probablemente no hubiera encontrado adversarios tan simples una segunda vez.

En el transcurso de las últimas horas de la mañana la 1.ª Compañía y la 3.ª Compañía de ametralladoras llegaron como refuerzo y fueron agregadas a mi mando. El Destacamento Rommel consistía ahora en dos compañías de fusiles y una compañía de ametralladoras. El *Leutnant* Hausser era el ayudante.

Nuestras escuadras de exploradores trajeron de vuelta más prisioneros. Hacia las nueve de la mañana «se reanudó la guerra». Artillería rumana y quizás rusa sometió Gagesti a un fuego de hostigamiento muy vivo desde posiciones en las alturas al este del Putna. Desocupamos los lugares de mayor peligro ya que teníamos gran cantidad de espacio en la extensa aldea. Afortunadamente no sufrimos pérdidas.

Durante la tarde, el fuego hostil adquirió gran violencia, trayéndonos reminiscencias del teatro occidental de la guerra; las granadas caían por todas partes. Algunas cayeron a través del tejado de la casa donde había sido establecido el puesto de mando del Destacamento. En esta ocasión también —como tan a menudo en el pasado— el violento bombardeo fue probablemente el resultado del activo movimiento de enlaces. La situación se volvió muy incómoda. El Destacamento ocupó las afueras de Gagesti y se atrincheró. ¿Iba el enemigo a atacar?

Durante la parte más intensa del bombardeo el *Major* Sprösser llegó montado a caballo a Gagesti y estableció su puesto de mando en la primera línea junto a la carretera Odobesti-Vidra. La artillería enemiga continuó disparando con violencia no disminuida hasta el ocaso. Contábamos con un ataque nocturno, al cual los rusos en particular son tan aficionados, y aseguramos nuestro flanco descubierto con especial cuidado.

Observaciones: Unos pocos disparos decidieron rápidamente la batalla en el vivero forestal entre la vanguardia y la escuadra de exploradores rumana. En esos momentos es importante moverse hacia el enemigo con las armas listas (seguro quitado, ametralladoras ligeras transportadas en posición para abrir fuego). Pues gana aquel que dispara primero y puede lanzar el fuego más potente.

En el tiroteo unos pocos minutos más tarde con un enemigo más fuerte, las ametralladoras pesadas se congelaron en el momento más crítico. Tuvieron que ser calentadas con una llama de alcohol a unos pocos metros detrás de la primera línea. Durante las fases posteriores las ametralladoras pesadas fueron mantenidas calientes con mantas.

La ruptura del combate en la oscuridad se consiguió sin fricción después de una corta y poderosa ráfaga de fuego sobre el enemigo cercano.

El ataque nocturno sobre la parte norte de Gagesti a la luz de la luna y sobre la nieve se hizo desde dos direcciones con fuertes tiros de acompañamiento por la sección de ametralladoras. Incluso después del exitoso ataque esta sección apoyó el avance por la alargada aldea mediante tiro indirecto hecho por encima de los tejados de las casas. Había poco a lo que darle, por supuesto, pero el efecto sicológico sobre el enemigo en el interior de los cálidos alojamientos fue tan grande que se dejó capturar sin ofrecer mucha resistencia. No hubo pérdidas por nuestra parte durante la lucha en Gagesti.

VI. En Vidra

A medianoche fuimos relevados por unidades del Cuerpo Alpino y, bajo una brillante luz de luna, nos desplazamos hacia el norte sobre la carretera del valle. Marchamos once kilómetros, a veces pasando mil metros por delante de las recién creadas posiciones rumanas y rusas, sin ser atacados. Nuestras tropas no estaban en contacto con el enemigo allí. Al romper el alba la plana del Batallón de Montaña de Württemberg y el Destacamento Rommel

llegaron a Vidra donde encontramos alojamientos confortables por primera vez en días.

Fue justo cuando me estaba poniendo cómodo cuando me llegó la siguiente orden del batallón: «El enemigo ha penetrado nuestras defensas en las montañas al norte de Vidra. El Destacamento Rommel debe prepararse para trasladarse a la Cota 625 al norte de Vidra, donde queda agregado al 256.º de Infantería de Reserva».

Esta petición estaba casi más allá de la resistencia humana. Durante cuatro días mi Destacamento había estado combatiendo bajo las más difíciles condiciones y acababa de completar una dura marcha nocturna. Los soldados muertos de cansancio acababan de ocupar sus acantonamientos. En su lugar debían ser lanzados a la batalla sobre las nevadas montañas al norte de Vidra.

En la zona de reunión expliqué a las compañías en unas pocas palabras su nueva tarea. Después el Destacamento salió en dirección norte adentrándose en las montañas. Yo galopé por delante con el *Leutnant* Hausser, el *Unteroffizier* Pfäffle, y un enlace montado. Los incansables caballos nos llevaron rápidamente sobre los extensos pastos de montaña nevados y hacia la zona de peligro.

Había reservas adecuadas disponibles y mi Destacamento no fue empleado. Recibimos la orden del batallón de regresar a Vidra después de una fría noche alrededor de fuegos de campamento en la profunda nieve. Con ánimo alegre las tropas se desplazaron hacia los confortables alojamientos donde nos esperaba el correo de casa.

El Batallón de Montaña de Württemberg estaba a disposición del Cuartel General y en la noche siguiente se desplazó —de nuevo marchando por delante del frente hostil en Gagesti— de vuelta a Odobesti. En los días siguientes marchamos a través del campo atrincherado de Focsany, que había caído en nuestras manos, y Rimnicul Sarat llegando a las inmediaciones de Buzau.

El transporte por tren estaba retenido por las intensas tormentas de nieve, pero finalmente embarcamos y nos dirigimos hacia el oeste. Tuvimos un viaje de diez días en coches sin calefacción. Hacía un frío atroz. En los Vosgos pasamos a la reserva del Ejército durante unas pocas semanas,

después pasamos a primera línea, al sector Stossweiher-Mönchberg-Reichackerkopf.

Un tercio del batallón (2 compañías de fusiles, una compañía de ametralladoras) se convirtió en la reserva del Cuerpo en Winzenheim y permaneció bajo mi mando. El *Major* Sprösser me dio instrucciones para emplear este periodo para restaurar el antiguo nivel de eficacia combativa. Esto significaba instrucción y ejercicios de combate. Esta tarea me resultó gratificante. En el transcurso de las siguientes semanas todas las compañías del batallón pasaron por mi escuela. El currículum era variado y pensado para mantener a las tropas listas para la acción. El programa incluía alarmas nocturnas, marchas nocturnas, ataques contra posiciones preparadas, y todas las formas de combate que un soldado alemán podía esperar afrontar.

En mayo de 1917 me hice cargo de un pequeño sector de la Cresta Hilsen. A comienzo de junio, los franceses nos martillearon duramente con su artillería durante dos días a lo largo de un prolongado frente y las posiciones construidas con el trabajo acumulado de más de un año fueron arrasadas a nivel en el plazo de unas pocas horas. Pero el ataque de infantería enemigo no llegó a producirse. Nuestros fuegos defensivos por lo visto sofocaron su ardor por el ataque. El batallón fue reclamado a nuevos servicios antes de que se completasen las mejoras y reparaciones en las derruidas posiciones. Llenas de deseo de victorias, las tropas, probablemente entonces en el cénit de su capacidad, dejaron los Altos Vosgos. Una vez más la canción favorita de las tropas de montaña de Württemberg, *Die Kaiser-Jäger*, resonó por Winzenheim.

Capítulo 8

Primeras operaciones contra el Monte Cosna

I. Marcha de aproximación al frente de los Cárpatos

Aunque el estallido de la Revolución Rusa debilitó la posición aliada en el frente Oriental, en el verano de 1917 grandes fuerzas alemanas se encontraban aún inmovilizadas en esa zona. Nada excepto una completa erradicación del frente entero podría liberar a esas fuerzas para la decisión final en el oeste. A este fin, el flanco sur del frente ruso-rumano iba a ser atacado desde el sur por el Noveno Ejército, que estaba situado entre el curso inferior del Sereth y las estribaciones de las montañas a treinta y dos kilómetros al noroeste de Focsany, y desde el oeste por el Grupo Gerck, que estaba en contacto por la izquierda en las montañas.

Después de un viaje en tren de una semana bajo el intenso calor del verano desde Colmar, vía Heilbronn, Nürenberg, Chemmitz, Breslau, Budapest, Arad y Kronstadt, el tren de tropas bajo mi mando (1.ª, 2.ª y 3.ª Compañías) llegó a Bereczk hacia el mediodía el 7 de agosto de 1917. Fuimos la penúltima unidad del batallón en llegar. En la estación me enteré de que el ataque a cargo del Grupo Gerck estaba previsto para la mañana del 8 de agosto a ambos lados del valle de Ojtoz (ver Croquis 20).

Las tres compañías recogieron raciones en lata y, sin nuestra impedimenta, hicimos un viaje en camión de tres horas cruzando el paso de Ojtoz hasta Sosmezö, que estaba cerca de la frontera húngaro-rumana de aquella época. Los trenes de combate y provisiones debían avanzar hasta Sosmezö tan pronto como hubieran sido descargados.

En Sosmezö nos encontramos con los destacamentos del valle del batallón, que había marchado a las montañas al norte del valle de Ojtoz

durante la tarde. La conexión telefónica con el cuartel general del batallón había sido interrumpida y un suboficial delegado al efecto trasmitió las órdenes del batallón oralmente: «El Destacamento Rommel debe seguir al batallón tan pronto como sea posible hasta la Cota 764 (Bolchan) vía Harja-Cota 1020».

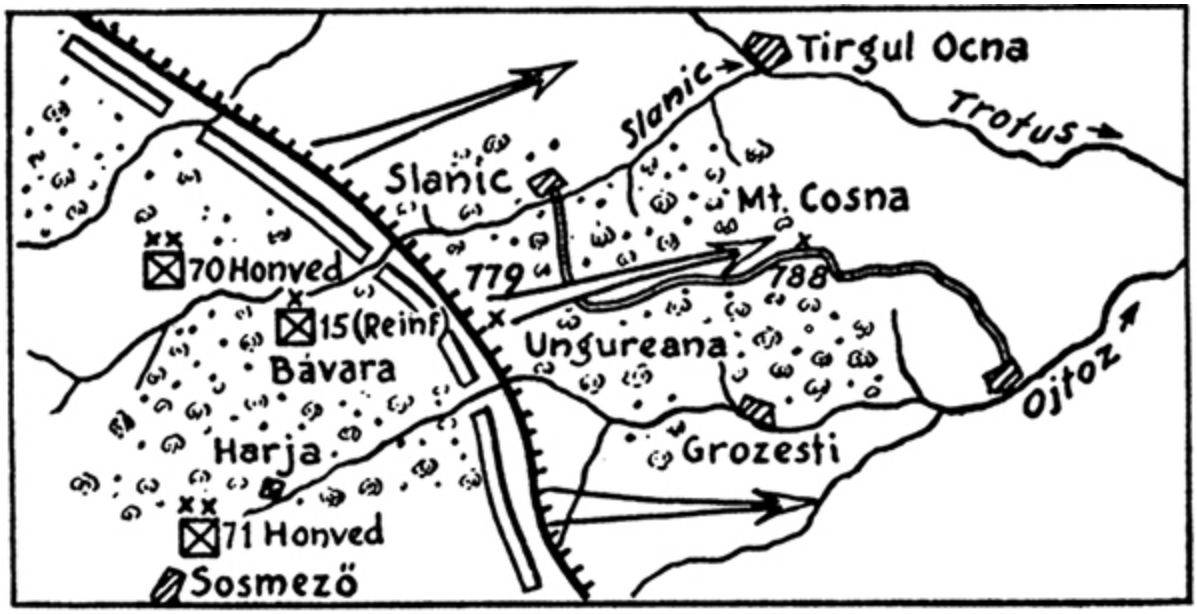
Austriacos, húngaros y bávaros ocupaban el valle en fuerza y muchas baterías, algunas de grueso calibre, flanqueaban ambos lados de la carretera del valle. Dado que no podía comenzar la marcha hacia las montañas hasta que el tren de combate llegase, ordené a la unidad vivaquear en un área muy reducida.

Centinelas austriacos con las bayonetas caladas vigilaban que ninguno de mis tiradores se metiese en el huerto de patatas del comandante local. Esta precaución estaba justificada a causa de la extrema escasez de raciones que imperaba en aquel tiempo.

Cayó la noche y la banda del batallón dio un concierto de una hora entre los fuegos del campamento. Nuestros recuerdos de la campaña del último invierno en Rumanía nos hacían mirar al futuro con gran confianza.

Los fuegos fueron apagados a las diez de la noche. Las tropas durmieron, lo cual era necesario, ya que los días que se avecinaban iban ciertamente a exigir los mayores esfuerzos.

El descanso de esa noche duró unas pocas horas ya que el tren de combate llegó a medianoche. Poco después di las órdenes de levantarse, levantar el campo, distribuir provisiones para cuatro días, y poner a las compañías en orden de marcha. Como todos los vehículos permanecían en Sosmezö, las compañías y la plana del Destacamento tomaron unas pocas acémilas de sus respectivos trenes para transportar munición, provisiones e impedimenta. Acto seguido la unidad comenzó a marchar vía Harja. La columna avanzaba en silencio en la clara y tibia noche bañada por la luz de la luna. Para cuando rompiese el alba quería haber dejado atrás aquella zona del valle y la Cota 1020 que estaban presumiblemente bajo observación enemiga. Desde Harja el camino empinado y resbaladizo nos llevó mayormente entre bosques. Al romper el alba las compañías tuvieron la oportunidad de demostrar su brío tirando colina arriba de una batería de obuses austriaca que iba a tomar parte en la batalla.



Croquis 20: Ataque contra el Paso de Ojtoz.

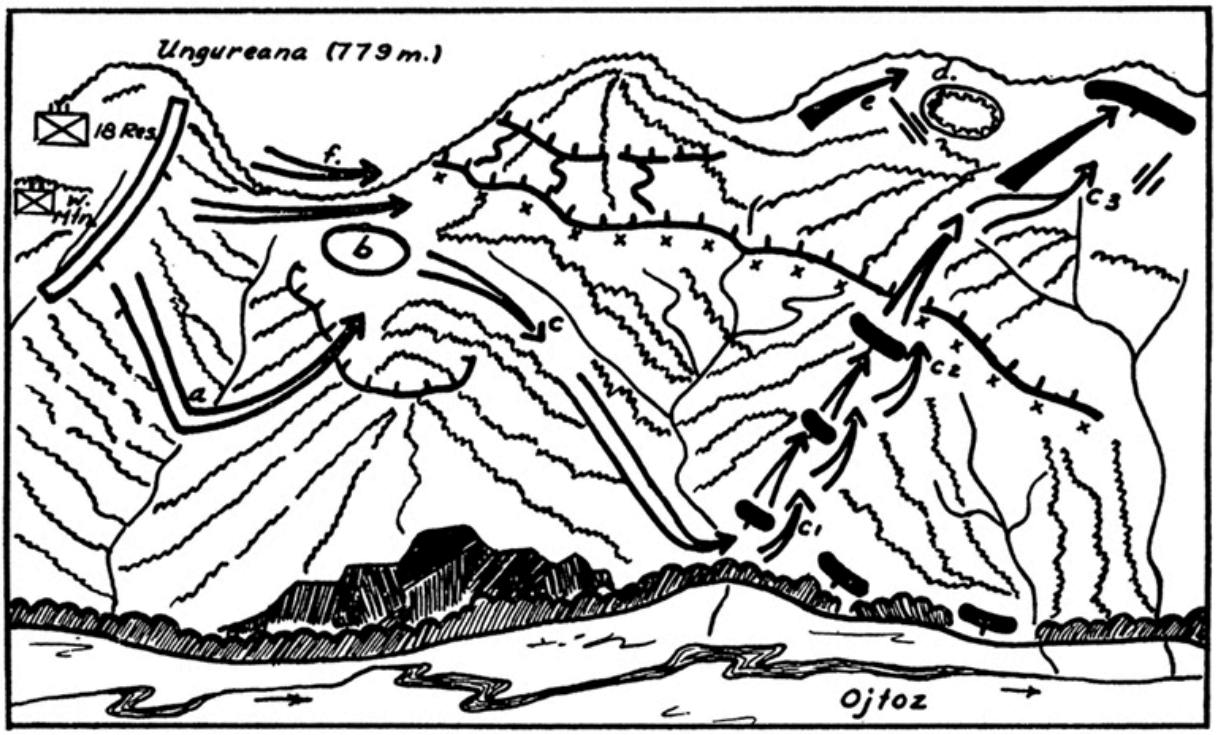
En el transcurso de la tarde la artillería de ambos bandos hizo un buen número de disparos. Nosotros temíamos que pudiéramos llegar tarde a la ruptura a cargo de la 15.ª Brigada Bávara de Infantería de Reserva a la que el Batallón de Infantería de Montaña de Württemberg había sido agregado. A pesar de imprimir un paso muy rápido, era mediodía antes de que llegáramos a la boscosa Cota 764.

Mientras la unidad estaba descansando, informé de nuestra llegada por teléfono al *Major* Sprösser y recibí órdenes de avanzar como reserva de la brigada hasta la Cota 672 donde estaba situado el cuartel general de Sprösser. A nuestra llegada, recibí la 6.ª Compañía y más tarde tres compañías de ametralladoras adicionales. Respecto al curso de la batalla, averiguamos que el 10.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva había tomado las primeras posiciones rumanas en el Ungureana después de una lucha muy enconada. Se decía que los rumanos habían peleado muy bravamente allí, en contra de todas las expectativas, y que habían defendido cada trinchera y refugio con extrema tenacidad. No se había conseguido abrir brecha en el frente enemigo.

Mi fuerza estaba en posición para pasar la noche, había montado las tiendas, y estaba cocinando la cena cuando llegaron órdenes de desplazarse

más hacia el frente con tres compañías de infantería y una compañía de ametralladoras hasta un punto justo al oeste del Ungureana (775 metros de altitud). El *Major* Sprösser siguió adelante y yo le seguí con mis cuatro compañías. La oscuridad era completa en los bosques mientras caminábamos a duras penas en fila india sobre un estrecho y encharcado sendero. Ascendían las bengalas sobre el cerro delante de nosotros, tableteaban ametralladoras de tiempo en tiempo y estallaban obuses. Pronto alcanzamos nuestro destino. Di parte de nuestra llegada y recibí órdenes de acampar para pasar la noche en las hondonadas justo al norte de la pista principal.

Acababan de asignárseles sus lugares y tareas a los jefes individuales, y la unidad estaba aún en pie formando una larga fila sobre el estrecho sendero, cuando comenzaron a caer obuses sobre la ladera a izquierda y derecha. ¡Concentración rumana sorpresiva! Por todos lados los fogonazos de los obuses que estallaban iluminaban la noche, esquirlas silbaban por el aire y llovían tierra y piedras. Los animales de carga se soltaron y salieron de estampida hacia la oscuridad con sus cargas. Mis infantes, cuerpo a tierra sobre la ladera soportaron el fuego pacientemente hasta que la concentración de diez minutos cesó. Afortunadamente, no sufrimos pérdidas.



Croquis 21: Situación a 9 de agosto de 1917. Vista desde el sur. (a). Toma de la meseta. (b). Descanso a mediodía. (c). Ataque vespertino. (d). Posición nocturna. (e). Contraataque enemigo. (f). Ataque del 18.º de Infantería Bávara y del Batallón de Montaña de Württemberg.

Las compañías se trasladaron rápidamente a sus puestos asignados. Después de los trabajos del día dormimos bien sobre el prado cubierto de hierba, envueltos en sobretodos y medias tiendas a pesar de una fría lluvia que comenzó poco después de nuestra llegada.

II. Ataque contra la curva de la carretera de montaña, 9 de agosto de 1917

Una renovada concentración de artillería por sorpresa nos despertó abruptamente antes del alba. El Leutnant Hausser, mi ayudante, y yo habíamos vivaqueado justo encima de una pequeña hondonada donde algunos obuses estallaron junto a los animales de carga atados allí. Se soltaron y salieron en estampida por encima de nosotros y se perdieron en

dirección a la noche. Obús tras obús impactaban alrededor nuestro, varios fallando apenas por un pelo. Esperamos hasta que el fuego empezó a decaer antes de atrevernos a hacer el corto salto hacia una hondonada que nos ofrecía mejor refugio.

El fuego hostil pronto cesó pero esta vez varios hombres habían sido heridos por fragmentos de proyectil y el Dr. Lenz tuvo que cuidar de ellos. Al despuntar el alba recorrí el camino hasta el puesto de mando del batallón y, con café caliente, me recuperé de los miedos y alarmas de la noche. Hacia las cinco de la madrugada se nos ordenó que subiésemos por la ladera sur del Ungureana a la par que el 18.º Regimiento Bávaro de la Reserva y continuar el ataque.

Bajo un fuerte fuego de hostigamiento cruzamos la ladera oeste del Ungureana moviéndonos a través de trincheras de comunicación y corriendo de cráter en cráter, y nos sentimos aliviados al llegar a la menos peligrosa ladera boscosa sudoccidental de la montaña. Al llegar se me ordenó que tomase las 1.º y 2.ª Compañías y expulsase al enemigo de la pequeña meseta arbolada a ochocientos metros al sur de la cumbre del Ungureana.

Primero establecí contacto con el ala derecha del 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva, que se había atrincherado a unos cien metros ladera arriba durante la noche precedente. Desafortunadamente no pude obtener información sobre la localización de las posiciones rumanas ya que no se había hecho ningún reconocimiento en dirección a la pequeña meseta. Pude por primera vez examinar el terreno sobre el cual iba a avanzar y también comprobé el mapa meticulosamente. Había un profundo barranco entre nosotros y la meseta y ambos estaban cubiertos de árboles y tupido sotobosque.

Hice salir a un suboficial con diez hombres y un destacamento de telefonistas para localizar las disposiciones enemigas y en el plazo de quince minutos recibí el informe de que la potente posición sobre la meseta había sido abandonada por el enemigo. Al recibir esta información, inmediatamente hice avanzar a ambas compañías siguiendo los cables telefónicos en fila india, capturé la posición abandonada y la preparé para una defensa circular. Tenía que considerar que fuerzas hostiles provenientes

desde cualquier dirección podrían querer reocupar las bien construidas instalaciones. Cuando di la novedad al *Major* Sprösser, apenas treinta minutos habían transcurrido desde la asignación de la misión.

La principal actividad durante la última hora de la mañana consistió en el reconocimiento de la región prácticamente virgen y boscosa hacia el sur (valle del Ojtoz) y el este, lo que reportó la captura de dos prisioneros. Al mediodía fuimos relevados por infantería *Honvéd* (húngara) proveniente del oeste. Por orden del batallón, mi Destacamento, que había sido reforzado por la 3.ª Compañía, debía alejarse hacia el norte a través de los bosques hasta una posición sobre la alta sierra que estaba a cuatrocientos metros al sureste del Ungureana. Usamos las mismas medidas de seguridad que anteriormente (una fuerte escuadra de exploradores y destacamento de telefonistas). Al llegar nos desplegamos de nuevo en una posición defensiva en erizo con elementos de seguridad en todas las direcciones, ya que no teníamos contacto directo en ninguno de los dos flancos y yo quería evitar sorpresas desagradables. Se sabía ya que el enemigo estaba ocupando posiciones muy fuertes sobre la cresta principal a cosa de ochocientos metros al este y nordeste del Ungureana.

A continuación de una corta preparación de artillería estas posiciones debían de ser asaltadas a las 15.00 y el enemigo rechazado más allá de la curva en la carretera de montaña, que estaba a cosa de kilómetro y medio al este del Ungureana. El 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva debía atacar a lo largo de la línea de la sierra con el Batallón de Infantería de Montaña Württemberg justo al sur. Mi unidad fue asignada para encabezar el ataque.

Mientras las compañías descansaban y comían en los profundos barrancos hacia el oeste, yo hice salir varias escuadras de exploradores, cada una equipada con un teléfono, hacia las posiciones que iban a ser atacadas por la tarde. El *Vizefeldwebel* Pfeiffer y dos hombres que formaban la escuadra de exploración más meridional salieron con la misión de descubrir la localización y fuerza de las guarniciones enemigas sobre el cordal que corría hacia el sur desde la curva en la carretera de montaña.

Por el tipo de instalaciones enemigas sobre la meseta concluí que el enemigo no había tenido suficiente tiempo para organizar una posición bien

integrada sobre las vertientes más hacia el este. Parecía probable que las posiciones sobre las alturas y en el valle fuesen las únicas bien organizadas, mientras que aquellas sobre las laderas eran débiles e inconexas. Estas últimas posiciones constituían el punto débil en el sistema defensivo enemigo y ofrecían grandes recompensas y un éxito rápido para tropas resolutas.

La escuadra de exploradores enviada hacia el norte encontró posiciones reforzadas con alambradas por todas partes, pero alrededor de media hora después de su partida Pfeiffer informó de la captura de setenta y cinco rumanos y cinco ametralladoras. Esta proeza parecía increíble ya que no habíamos escuchado ningún ruido de disparos. Pfeiffer pronto telefoneó lo siguiente: «El enemigo fue sorprendido descansando sin elementos de seguridad en una cañada a medio kilómetro al nordeste del lugar de acampada de nuestra unidad. Lo descubrimos mientras descendíamos, lo atacamos en silencio con dos tiradores, y ordenamos a los rumanos que se rindiesen. Como los rumanos habían apuntado sus armas hacia un único lado, estaban indefensos y tuvieron que dejarse capturar».

Informé del éxito de Pfeiffer al *Major* Sprösser y sugerí que podría tomar mis unidades y efectuar una ruptura a través de las posiciones enemigas no integradas en la ladera meridional al mismo tiempo que el ataque frontal era lanzado contra la cresta. Si mi ataque tenía éxito sus ventajas podían ser explotadas tomando la cresta en la curva de la carretera, poniéndonos así a la espalda de la potente posición enemiga al este del Ungureana y obligándoles a evacuar su sistema defensivo. El *Major* Sprösser transmitió la propuesta a la brigada y poco después recibí la orden de llevar a cabo el ataque propuesto contra las posiciones en la ladera con las 2.ª y 3.ª Compañías. Desafortunadamente, no se me dio ninguna ametralladora pesada.

Poco después, la unidad marchaba sigilosa siguiendo la línea telefónica de Pfeiffer con su escuadra actuando como vanguardia. No había conseguido localizar más fuerzas enemigas. Descendimos hacia el valle y pasamos a través de un tupido bosque de árboles de hoja caduca y denso sotobosque. La ladera era empinada y me vi obligado a seguir a Pfeiffer que

nos guiaba descendiendo hacia el valle de Ojtoz sacrificando trescientos sesenta y cinco metros de elevación.

Estábamos a apenas unos cien metros de la carretera del valle de Ojtoz cuando alcancé a Pfeiffer y le ordené empezar a subir hacia la curva en la carretera de montaña en dirección al noroeste. El *Leutnant* Hausser, algunos enlaces y yo continuamos a la cabeza del cuerpo principal. Pronto se hizo evidente que algo no iba bien, y me apresuré a alcanzar la punta. En una parte menos densa del bosque, Pfeiffer señaló a algunos centinelas a unos doscientos metros más allá, detrás de los cuales podíamos ver las posiciones de los rumanos. El enemigo dirigía su atención hacia el terreno abierto a ambos lados de la carretera del valle. Les dejamos en paz y subimos por un estrecho sendero que discurría a través de la densamente arbolada y empinada ladera oeste en dirección a la curva en la carretera de montaña. Era bastante evidente que tropezaríamos con las posiciones rumanas durante nuestra ascensión, y por lo tanto ordené a la vanguardia que se cubriese tan pronto como se hubiera hecho contacto con el enemigo y protegiese el avance del resto de la unidad. A la vanguardia se le prohibió abrir fuego a menos que fuese atacada por el enemigo. Mi idea era engañar a los rumanos y dejarles creer que se habían encontrado con un destacamento de reconocimiento ganando así tiempo para completar la ascensión y prepararnos para el ataque. Tomando estas precauciones esperaba sorprender a los rumanos.

Ciento cincuenta metros por encima del fondo del valle la vanguardia recibió disparos desde una posición más arriba en la pendiente y, según lo ordenado, se puso a cubierto sin devolver el fuego. Dispuse rápidamente la unidad para atacar con la 3.ª Compañía a la derecha y la 2.ª Compañía a la izquierda. La densa maleza hacía imposible completar nuestros preparativos sin que el enemigo lo supiera. Mi orden de ataque fue:

«La segunda compañía ataca a ambos lados de la estrecha vereda. El ataque es una finta y debe confundir al enemigo y neutralizarlo por medio de fuego de fusil y granadas de mano. La dirección de ataque es subiendo por el lado oeste de la ladera. Simultáneamente la 3.ª Compañía envuelve las posiciones enemigas por la derecha. Yo estaré con la 3.ª Compañía».

Algunos destacamentos de reconocimiento rumanos se las ingeniaron para penetrar en nuestra zona de reunión y nos obligaron a entrar en acción antes de que hubiéramos completado nuestros preparativos. Fueron rechazados e inmediatamente ordené a la 2.ª Compañía que atacase. La compañía se encontró con una posición ocupada cuarenta y cinco metros ladera arriba. Durante el transcurso de la batalla con fusiles y granadas de mano que siguió, la 3.ª Compañía y yo ascendimos unos noventa metros hacia el este atravesando una espesa maleza y alcanzamos el flanco enemigo sin encontrar ninguna oposición. El enemigo tenía efectivos de sección y su atención estaba centrada en el tiroteo a su frente. Nuestro ataque le forzó a evacuar su posición y retirarse ladera arriba. Fuimos incapaces de perseguirle debido al denso terreno boscoso, la visibilidad limitada, y el hecho de que un avance ulterior nos hubiera dejado dentro del campo de tiro de la 2.ª Compañía. Por tanto di la orden de alto a la 3.ª Compañía.

La 2.ª Compañía continuó presionando al enemigo en retirada repitiendo sus anteriores tácticas allí donde fuera que encontrase resistencia renovada. La 3.º Compañía hizo otro tanto, y el enemigo en retirada apenas tuvo tiempo de pararse y dar la vuelta antes de que el fuego de fusil y las granadas de mano de la 2.ª Compañía le obligasen a lanzarse al suelo. Estos estallidos de violencia renovados eran la señal para que la 3.ª Compañía comenzase otro envolvimiento por la derecha. Este tipo de combate bajo un ardiente sol de agosto requería tremendos esfuerzos por parte de las tropas que tenían que batallar con sus pesadas mochilas así como con la empinada ladera. Varios hombres se derrumbaron por agotamiento.

Expulsamos al enemigo de cinco posiciones sucesivas cada una más fuerte que la anterior hasta que el *Leutnant* Hausser y yo junto con diez o doce hombres éramos los únicos que quedaban en persecución del enemigo. El fuego constante, los gritos y las granadas de mano lanzadas a un lado de modo que pudiéramos evitar sus esquirlas cuando nos lanzábamos a la carga mantenían a los rumanos a la carrera mientras se retiraban a través de la maleza. De este modo conseguimos hacerlos retroceder a lo largo de una posición organizada y aparentemente continua asegurada por obstáculos, y evitamos que pudiesen pararse y plantar cara.

Los bosques más allá de la posición eran menos densos y la ladera, aunque aún ascendente, se hacía menos empinada. Llegamos a un claro en el bosque bordeado a la derecha por largas cuestas cubiertas de hierba al otro lado de las cuales vimos dos compañías enemigas retirándose en dirección nordeste hacia la cresta del cordal. Más a la derecha una batería de montaña rumana con sus animales de carga se estaba desplazando hacia la retaguardia, tratando de alcanzar apresuradamente la seguridad. Abrimos fuego con rapidez desde la espesura sobre el enemigo en retirada, el cual, afortunadamente, no pudo estimar nuestros efectivos. Cuando el enemigo hubo desaparecido entre los bosques cercanos y en los pliegues del terreno, ordené al *Leutnant* Hausser que continuase la persecución con todos los hombres disponibles.

Cuando nuestras tropas de montaña avanzaron dejando atrás la linde de los bosques, una batería de montaña rumana en nuestro flanco izquierdo, situada a unos cuatrocientos metros de distancia en la esquina noroeste del claro, abrió fuego sobre nosotros con metralla. Nos cubrimos detrás de grandes hayas. Poco después los primeros hombres de las 2.ª y 3.ª Compañías llegaron jadeando sin aliento subiendo por la ladera y los desplacé hacia la derecha al interior de una depresión que ofrecía cobertura.

Estábamos tan solo a unos ochocientos metros de nuestro objetivo de ataque, la línea de la cresta cerca de la curva de la carretera de montaña. La precipitada retirada del enemigo pedía una continuación del ataque sin importar el agotamiento de las tropas. Nos habían estado llegando ruidos de intenso combate desde el Ungureana desde hacía algún tiempo. El ataque de los bávaros y las otras unidades del Batallón de Montaña de Württemberg parecía estar haciendo progresos.

Nuestro avance más allá de la cresta estaba bloqueado por fuego de fusil y ametralladora. Incluso estos pocos momentos de tregua habían dado a los jefes enemigos la oportunidad de poner a sus tropas bajo control y formar un nuevo frente.

Yo contaba con la desventaja de no tener ni una ametralladora en ninguna de las dos compañías. Sacando hábil ventaja de hasta las más pequeñas irregularidades del terreno conseguimos llegar más y más cerca de la cresta y del enemigo, que parecía ser muy consciente de la

importancia de su posición. Cualquiera que se mostrase atraía una ráfaga inmediata de fuego de fusil y ametralladora. Fue así que el *Vizefeldwebel* Büttler recibió una herida abdominal mientras estaba observando muy cerca de mí.

El crepúsculo empezó a favorecer nuestro avance. Poco antes de la caída de la noche el Destacamento Rommel ocupó las alturas justo al oeste de la posición rumana en la cresta, que nos había dado tantos problemas hasta el momento. Elementos de mi unidad comenzaron a atrincherarse en un pequeño collado a sesenta y cinco metros de las bocas de los fusiles rumanos pero en desenfilada. Allí mis hombres se desplegaron en trincheras afrontadas al norte y el este. Otros elementos aseguraron los bosques adyacentes al oeste donde tenían al enemigo al norte y oeste.

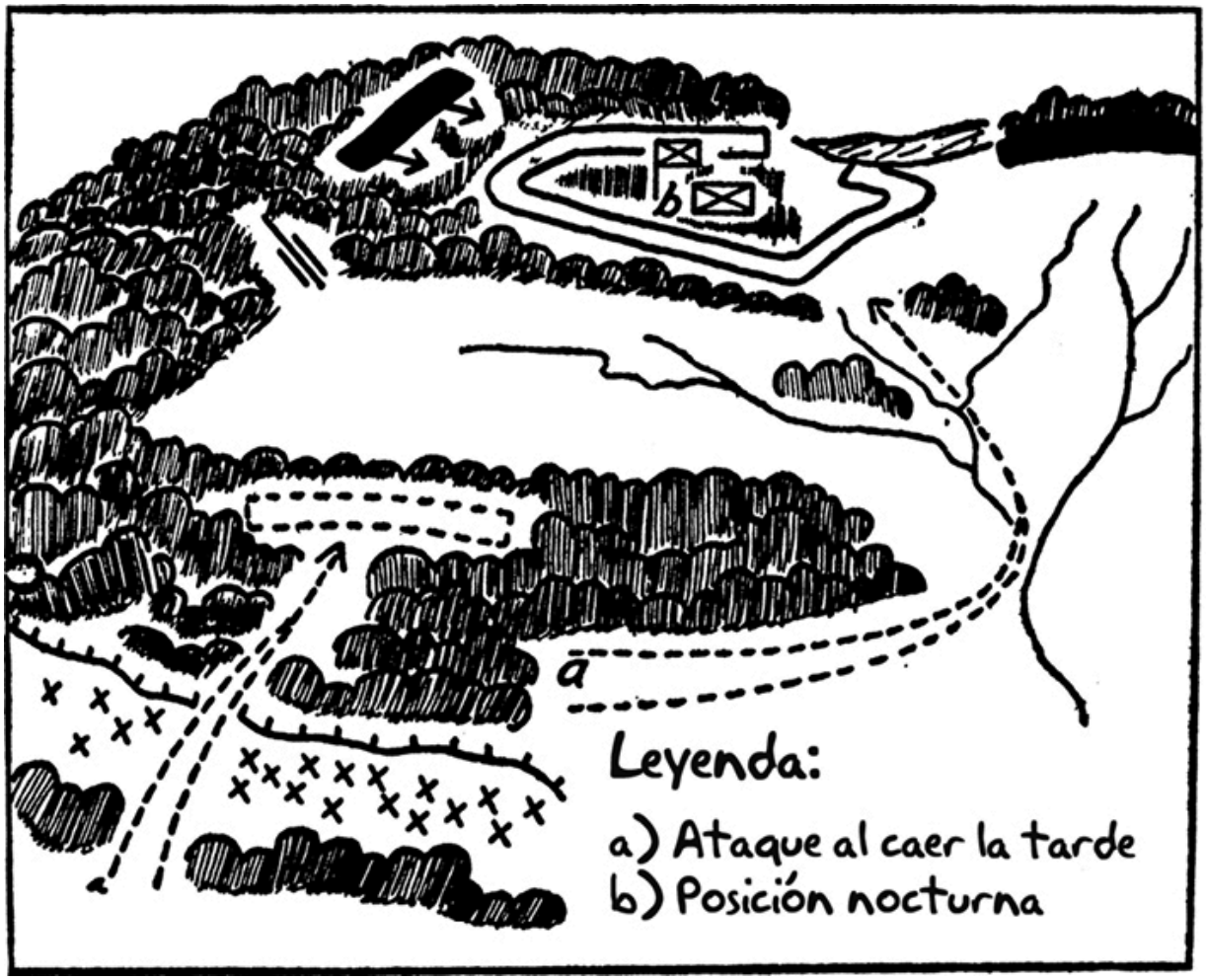
Naturalmente los contraataques rumanos trataron de expulsarnos de la altura, pero un nutrido fuego de mosquetón obligó a los atacantes a volver a sus posiciones de partida. Ya que habíamos metido una cuña a través de la carretera de montaña, el contacto entre los rumanos en las posiciones al este y oeste de nosotros había quedado roto. La línea de teléfono con el batallón, tendida con tanto esfuerzo durante el avance y los combates, había sido cortada así que me vi obligado a usar señales pirotécnicas para anunciar al batallón nuestra llegada al objetivo.

El Destacamento fue reorganizado en silencio en la oscuridad y la unidad se atrincheró desplegada como un erizo, ya que podíamos esperar contraataques desde cualquier dirección. Mantuve una sección a mi disposición en el bosque de robles cerca de mi puesto de mando. Hicimos ganar terreno a nuestros puestos avanzados de combate siempre que la situación lo permitía.

No teníamos contacto con el batallón. Aparentemente el ataque frontal de la tarde no consiguió el resultado deseado. Entre la curva en la carretera de montaña (estábamos a unos 500 metros al este de ella) y Ungureana, aún se escuchaban violentos combates. Es decir, estábamos a unos mil metros por detrás del frente enemigo.

Bajo una tienda de campaña dicté mi parte de operaciones al *Leutnant* Hausser a la luz de una linterna. No podía dejarse ver ni un resquicio de luz sin atraer un fuego inmediato. Mientras tanto los tiradores de montaña

realizaban un acto especialmente valeroso. El *Gefreiter* Schuhmacher (2.ª Compañía) y un camarada bajaron al gravemente herido *Vizefeldwebel* Büttler en una media tienda hasta el valle de Ojtoz (335 metros de diferencia en altitud). Desde allí llevaron a su *Vizefeldwebel* durante la noche a Sosmezö hasta un médico que le operó inmediatamente y salvó así su vida. En la oscura noche y considerando las dificultades del terreno y la longitud del viaje (trece kilómetros a vuelo de pájaro) aquélla fue una proeza tremenda, un espléndido ejemplo de la devoción del soldado.



Croquis 22: Ataque a última hora de la tarde del 9 de agosto de 1917. Vista desde el sur.

Antes de que el informe estuviera terminado, fui aliviado de la profunda preocupación concerniente a la situación al amanecer del 10 de agosto, ya que un destacamento de reconocimiento enviado en dirección al oeste había

hecho contacto con elementos del 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva. Este último, apoyado por artillería, había atacado frontalmente durante la tarde con los otros elementos del Batallón de Montaña de Württemberg, pero había sido incapaz de hacer grandes progresos frente al enemigo, que defendió sus posiciones con gran tenacidad. Entonces, por el ruido del combate y después por las señales luminosas, el éxito del ataque realizado por la unidad Rommel había quedado claro a amigos y enemigos. Para evitar quedar copado, el rumano había evacuado sus posiciones entre Ungureana y la curva en la carretera de montaña al amparo de la oscuridad y se había retirado en dirección al nordeste hacia las vertientes que bajaban hacia el valle de Slanic.

Antes de la medianoche, el parte de operaciones fue enviado por enlace al batallón en el Ungureana. Al mismo tiempo ordené que fuese tendida una nueva línea. La noche era fresca, y pasé tanto frío dentro de mis ropas empapadas en sudor que me levanté a las dos y di vueltas para mantenerme caliente.

Con el *Leutnant* Hausser fui a la primera línea y reconocí la posición enemiga, que estaba frente a nosotros hacia el este sobre una pequeña altura arbolada (en el así llamado bosquecillo de robles) a cosa de ochenta metros de distancia.

Como yo había prohibido los disparos innecesarios a causa de las dificultades de aprovisionamiento, el enemigo estaba de lo más imprudente. Los centinelas hacían la ronda por sus puestos como si estuviesen bajo las más pacíficas condiciones y se volvían más conspicuos cuando se recortaban contra el horizonte oriental, que se iba volviendo más luminoso. Hubiera sido sencillo eliminarlos pero preferí posponerlo para más adelante. Cuando se hizo completamente de día pudimos ver que los rumanos ocupaban un amplio frente con una línea casi continua de posiciones que comenzaba en el pico Petrei y corría prácticamente en línea recta hacia el norte después del bosquecillo de robles.

Observaciones: El ataque por el fuego de la artillería rumana en la noche del 8 al 9 de agosto en la zona donde el Destacamento Rommel

permanecía en reserva ocasionó unas pocas pérdidas. Estas pérdidas hubieran sido menores si las tropas se hubiesen atrincherado.

El 9 de agosto, el reconocimiento de combate por parte de escuadras de exploradores que iban tendiendo tras de sí cable telefónico demostró ser excelente en las montañas cubiertas de bosques. Podía llamar a las escuadras de exploradores en cualquier momento durante el avance, obtener información en unos pocos minutos, podía dar nuevas órdenes o mandar regresar una parte de las escuadras, o podía siguiendo el cable telefónico de la escuadra de exploradores, avanzar rápidamente y ocupar la posición con mi cuerpo principal. El sistema de enlaces, habitualmente caro en tiempo en las montañas, fue evitado. Una condición preliminar, a no dudarlo, era una generosa provisión de equipo telefónico.

En el difícil ataque en el bosque subiendo por la empinada ladera, el enemigo, situado en una posición más alta, fue engañado sobre el punto de nuestro ataque principal por un vivo fuego, gritos y granadas de mano, y fue inducido a disponer de sus reservas incorrectamente. El movimiento a cargo de la 3.ª Compañía contra el flanco y retaguardia llevó entonces a un rápido éxito. Del mismo modo cinco posiciones similares fueron tomadas una tras otra, aunque la guarnición final contaba con dos compañías. Los ataques se sucedieron tan rápidamente que el enemigo no tuvo tiempo para reagruparse.

A pesar de la superioridad del enemigo en número y armamento —los rumanos tenían numerosas ametralladoras y cañones de montaña a su disposición—, el Destacamento Rommel, sacando ventaja hasta de la más pequeña irregularidad del terreno, consiguió capturar y defender la cresta de las alturas mil metros detrás del frente enemigo. El enemigo se vio así obligado a abandonar sus posiciones frente al 18.º Regimiento de Infantería de la Reserva y el Batallón de Montaña de Württemberg durante la noche.

Después de un exitoso ataque, el Destacamento Rommel se atrincheró rápidamente con un perímetro circular de seguridad. De no haberse atrincherado hubiera sufrido duras pérdidas a manos del fuego hostil y de los contraataques del enemigo. Nuestras pérdidas fueron 2 muertos, 5 heridos graves, 10 heridos leves.

III. Ataque del 10 de agosto de 1917

Hacia las 6.00 del 10 de agosto se había establecido la comunicación telefónica con el batallón. A través del oficial administrativo me enteré de que el Major Sprösser había recibido mi parte de operaciones y había marchado hacia la curva en la carretera de montaña con todas sus unidades.

Hacia las 7.00, el *Major* Sprösser llegó con las otras compañías del Batallón de Montaña de Württemberg y dedicó los mayores elogios al Destacamento Rommel por su decisivo éxito el 9 de agosto.

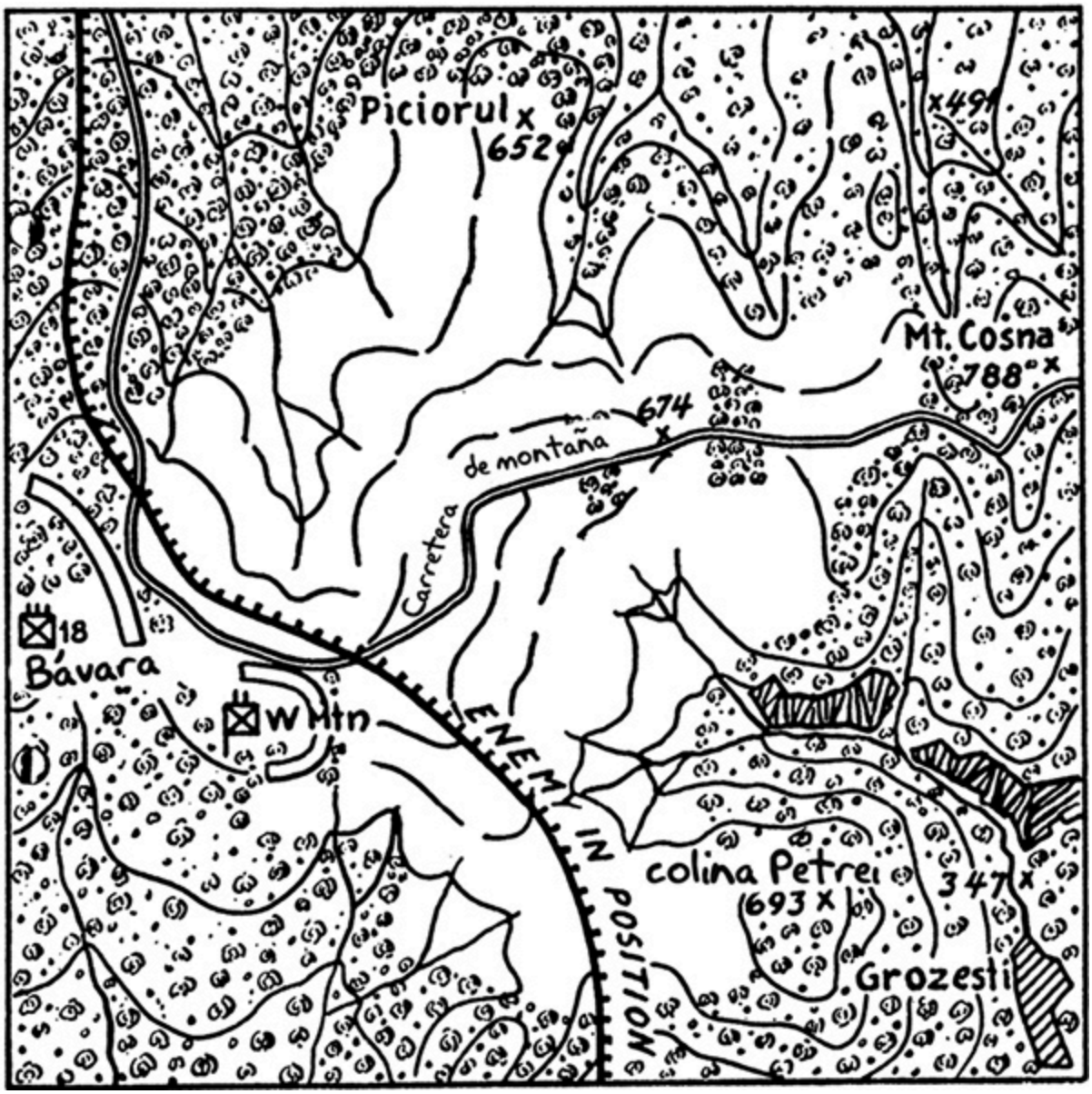
Me procuré orientaciones sobre la situación a que se enfrentaba el Destacamento en su frente este. Allí los centinelas rumanos se comportaban imprudentemente incluso a plena luz del día. De hecho, algunas unidades de la guarnición rumana estaban tomando el sol al lado de las posiciones excavadas durante la noche entre la cima del Alto de Petrei y el bosquecillo de robles. Las cosas eran bastante diferentes en nuestro lado. Los centinelas y la guarnición del Destacamento Rommel estaban bien ocultos y tenían órdenes estrictas de no dejarse ver en ningún punto y de disparar sólo en caso de un ataque hostil.

Las posiciones enemigas se extendían desde las desnudas laderas occidentales del Petrei (693) a lo largo del cordal que subía hacia el bosquecillo de robles; el cordal tenía solo unos pocos zarzales. El bosquecillo de robles en sí parecía estar fuertemente fortificado. Dominaba la zona hacia el sur, oeste y norte. Al norte del bosquecillo de robles las posiciones enemigas se extendían hacia el valle a través de los matorrales hacia la profunda garganta del Slanic. Las posiciones consistían en nidos individuales y puntos de resistencia mayores, todos apoyándose mutuamente, que dominaban las laderas desprovistas de vegetación a su frente.

Según las órdenes de la brigada, que llegaron poco después de las siete de la mañana, el Batallón de Montaña de Württemberg debía proseguir el ataque y tomar la curva en la carretera cuatrocientos metros al oeste de la Cota 674. Una vez más el enemigo tenía que ser expulsado de sus posiciones. Este ataque debía ser realizado sin apoyo de artillería ya que nuestros cañones no tenían tiempo suficiente para adelantar sus posiciones.

El *Major* Sprösser me destacó para preparar y ejecutar esta maniobra y me dio las 1.ª, 3.ª y 6.ª Compañías de Montaña así como las 2.ª y 3.ª Compañías de ametralladoras. Esto me daba el mando de una fuerza de tamaño considerable.

Mi plan de ataque era atacar al confiado enemigo súbitamente con fuego de ametralladora hacia el mediodía, forzar a las guarniciones hostiles situadas en la zona comprendida entre cuatrocientos metros al sur y trescientos al norte del bosquecillo de robles a buscar refugio, inmovilizarlos y, al mismo tiempo, abrir brecha en la zona del bosquecillo de robles con algunas de mis unidades, obligar al enemigo a plegarse sobre sí mismo hacia la izquierda y derecha del bosquecillo de robles y coparlo. Una vez completadas estas operaciones, planeaba tomar mi fuerza principal y, en un único movimiento, romper las líneas y abrirme paso combatiendo hasta la Cota 674.

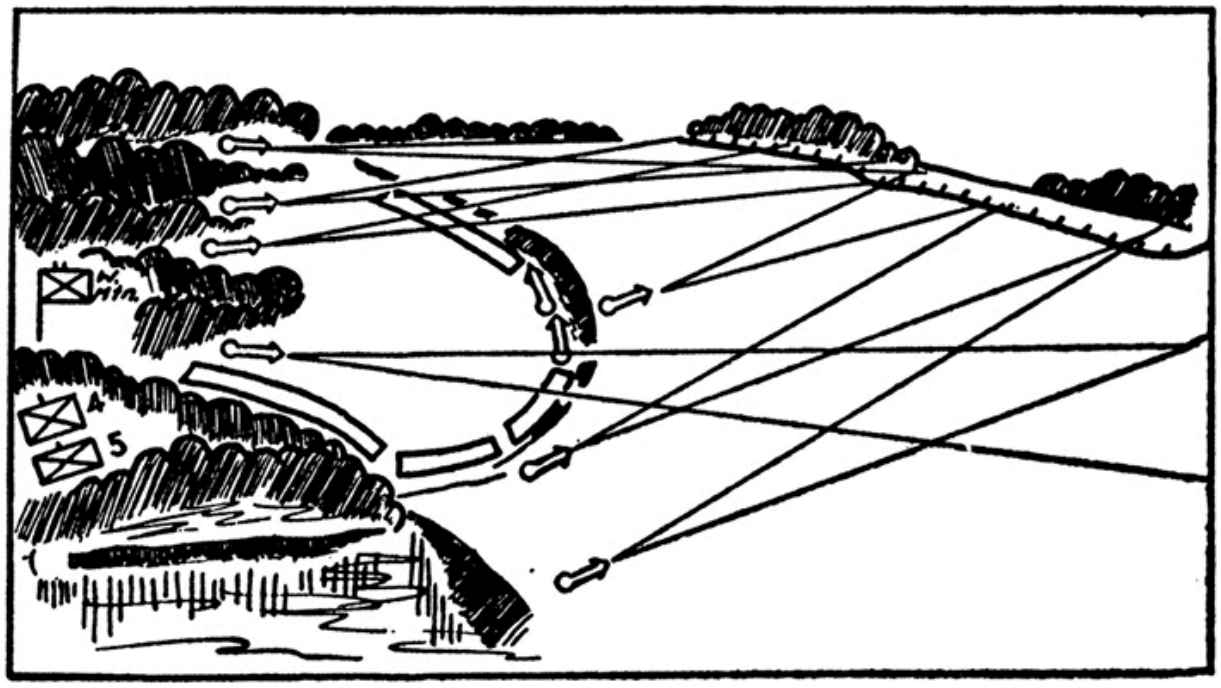


Croquis 23: Situación a 10 de agosto de 1917.

Los preparativos fueron tediosos y consumieron mucho tiempo. Durante la última parte de la mañana yo personalmente dirigí el enmascaramiento de diez ametralladoras pesadas, desplazándolas hasta sus posiciones por un amplio desvío, a fin de evitar ser observados por el enemigo. Algunas fueron emplazadas sobre la cresta boscosa de las alturas justo detrás de nuestra línea avanzada y el resto lo fueron en las torrenteras y pliegues de la ladera sur. Asigné objetivos a cada arma y establecí los planes de fuego a

seguir antes, durante y después del ataque. Fijé la ruptura de fuego para las 12.00 y designé a la sección situada más cerca de la curva de la carretera como la sección base.

Las unidades restantes del Destacamento Rommel terminaron sus preparativos hacia las once de la mañana. Seleccioné el borde sur del bosquecillo de robles como el punto de ruptura. La depresión ochenta metros al suroeste del bosquecillo de robles se estaba llenando sigilosamente con tropas de asalto, a saber: las 3.ª, 1.ª y 6.ª Compañías y una compañía de ametralladoras pesadas. Impartí órdenes e instrucciones al equipo de asalto (3.ª Compañía), a los elementos de la 3.ª Compañía que debían realizar la finta, y a mi fuerza de ataque principal.



Croquis 24: Plan de fuegos para el ataque el 10 de agosto de 1917. Vista desde el sur.

El correo llegó diez minutos antes del ataque y fue rápidamente distribuido.

Puntualmente a las 12.00, di a la sección base de ametralladoras la señal preestablecida para abrir fuego. Unos pocos segundos después las diez ametralladoras pesadas estaban en acción. Había gran cantidad de cobertura en los bosques. A fin de despistar al enemigo y provocar despliegues

precipitados por su parte, la sección del flanco izquierdo de la 3.ª Compañía gritó tan alto como le fue posible simultáneamente con el inicio del fuego de ametralladora y lanzó numerosas granadas de mano hacia la esquina noroeste del bosquecillo de robles. Todo esto fue hecho sin exponerse fuera de abrigo para limitar las bajas al mínimo. Los rumanos no fueron lentos en contestar nuestro fuego.

El grupo de asalto de la 3.ª Compañía cubrió los cien metros hasta la esquina suroeste de los bosques en medio de un ensordecedor estruendo y parcialmente oculto por la humareda provocada por las explosiones de las numerosas granadas de mano. Las compañías de ametralladoras pesadas habían dado al enemigo un buen repaso, y les ordené que trasladasen su fuego hacia la derecha e izquierda y formasen un estrecho corredor libre de fuego para el grupo de asalto que se movía silenciosamente hacia delante firmemente determinado a completar el trabajo. Mi plana y yo íbamos pegados a la espalda del grupo de asalto y el resto de la 3.ª Compañía con una sección de ametralladoras pesadas estaba justo detrás nuestro. Había explosiones y disparos por todas partes.

Apenas habían pasado unos dos minutos desde que empezáramos a disparar y nuestras diez ametralladoras pesadas continuaban tableteando; el ruido incontrolado de la batalla rugía a la izquierda de la carretera. El grupo de asalto se abrió camino al interior del bosque de robles y descubrió que tenía que limpiar las trincheras enemigas, una tarea de la que nuestra infantería de montaña se encargó rápidamente. Allí donde la progresión por las trincheras se les resistía, entonces dejaban su abrigo y envolvían el punto de resistencia local. Estos movimientos envolventes locales recibieron excelente apoyo de nuestras secciones de ametralladoras situadas en los bosques, que neutralizaban al enemigo mientras nuestros equipos de asalto maniobraban. Uno de mis ordenanzas de combate le atravesó limpiamente la cabeza de un disparo a un rumano que me estaba apuntando desde una distancia de unos quince metros.

Apenas acabábamos de hacernos dueños de las posiciones enemigas en el bosquecillo de robles cuando fuimos alcanzados por un fuerte contraataque proveniente del nordeste. Ninguna de nuestras ametralladoras pesadas estaba emplazada y las irregularidades del terreno impedían a las

armas de retaguardia batir a este nuevo enemigo. El enemigo estuvo pronto a tiro de granada de mano y se trabó una dura pelea con granadas y mosquetones en la que la plana utilizó sus armas lo mismo que los hombres en la línea. Defendimos nuestro terreno a pesar de un enemigo superior en número, y sólo la entrada en combate de una sección de ametralladoras pesadas cambió el curso en nuestro favor y me permitió volver a mi trabajo de mandar la unidad.

Elementos de la 3.ª Compañía y una sección de ametralladoras pesadas aseguraron la sección del bosquecillo en nuestra posesión hacia el norte y el sur. Asigné a mis fuerzas restantes (1.ª y 6.ª Compañías, así como elementos de ambas Compañías de ametralladoras disponibles por nuestra exitosa ruptura) la misión de penetrar a lo largo del collado en dirección a la Cota 674. Mientras algunas ametralladoras pesadas mantenían al enemigo inmovilizado en sus posiciones a ambos lados del bosquecillo de robles otras unidades bloquearían los flancos de la brecha en las posiciones enemigas permitiendo así al grueso asaltar el collado sin hacer caso del potente fuego desde todas direcciones. Cota 674 era nuestro único objetivo y avanzamos en columna de compañías encabezada por la 1.ª Compañía, cuyos elementos de vanguardia pronto llegaron a una pequeña elevación a cuatrocientos metros al oeste de la Cota 674 sin encontrar resistencia alguna. Yo iba un poco por detrás de ellos y estaba justo cruzando una pequeña depresión cuando fui obligado a echarme cuerpo a tierra por una ráfaga de fuego de ametralladora que llegó desde la derecha. Las balas hicieron pequeños agujeros en el pasto. Estimamos que su origen era una ladera a unos ochocientos metros al sur de la Cota 674, esto es a más de mil doscientos metros de distancia de nosotros. Yo tenía un abrigo lamentable en un pequeño pliegue del terreno y tenía intención de salir corriendo tan pronto como el fuego de ametralladora parase cuando fui repentinamente alcanzado en el antebrazo desde atrás; la sangre salió a borbotones. Mirando a mi alrededor, descubrí un destacamento de rumanos tirando sobre mí y unos cuantos hombres de la 1.ª Compañía desde unos arbustos a unos ochenta metros detrás de nosotros. A fin de poder salir de este peligroso campo de tiro hice una carrera en zigzag hasta la loma delante nuestro donde algunos elementos de la 1.ª Compañía tuvieron que

defenderse sin ayuda durante unos diez minutos hasta que los hombres que nos venían siguiendo dieron cuenta en combate cuerpo a cuerpo de los rumanos hacia el oeste. El oficial francés que mandaba la unidad rumana siguió gritando «¡Matad a los perros alemanes!» hasta que recibió un balazo a quemarropa.

Más atrás también se había trabado un violento combate. Los rumanos se habían recuperado de su pánico inicial y estaban intentando recapturar sus sectores perdidos mediante contraataques con reservas locales. La victoria fue nuestra gracias a la incomparable bravura de todos los tiradores de montaña y la energía de los oficiales.

Las 1.ª y 6.ª Compañías tomaron la Cota 674 sin encontrar más resistencia. Mientras tanto mi brazo fue vendado por el Dr. Lenz. Ordené entonces a mi unidad que ocupase el terreno capturado y se reorganizase. La orden fue:

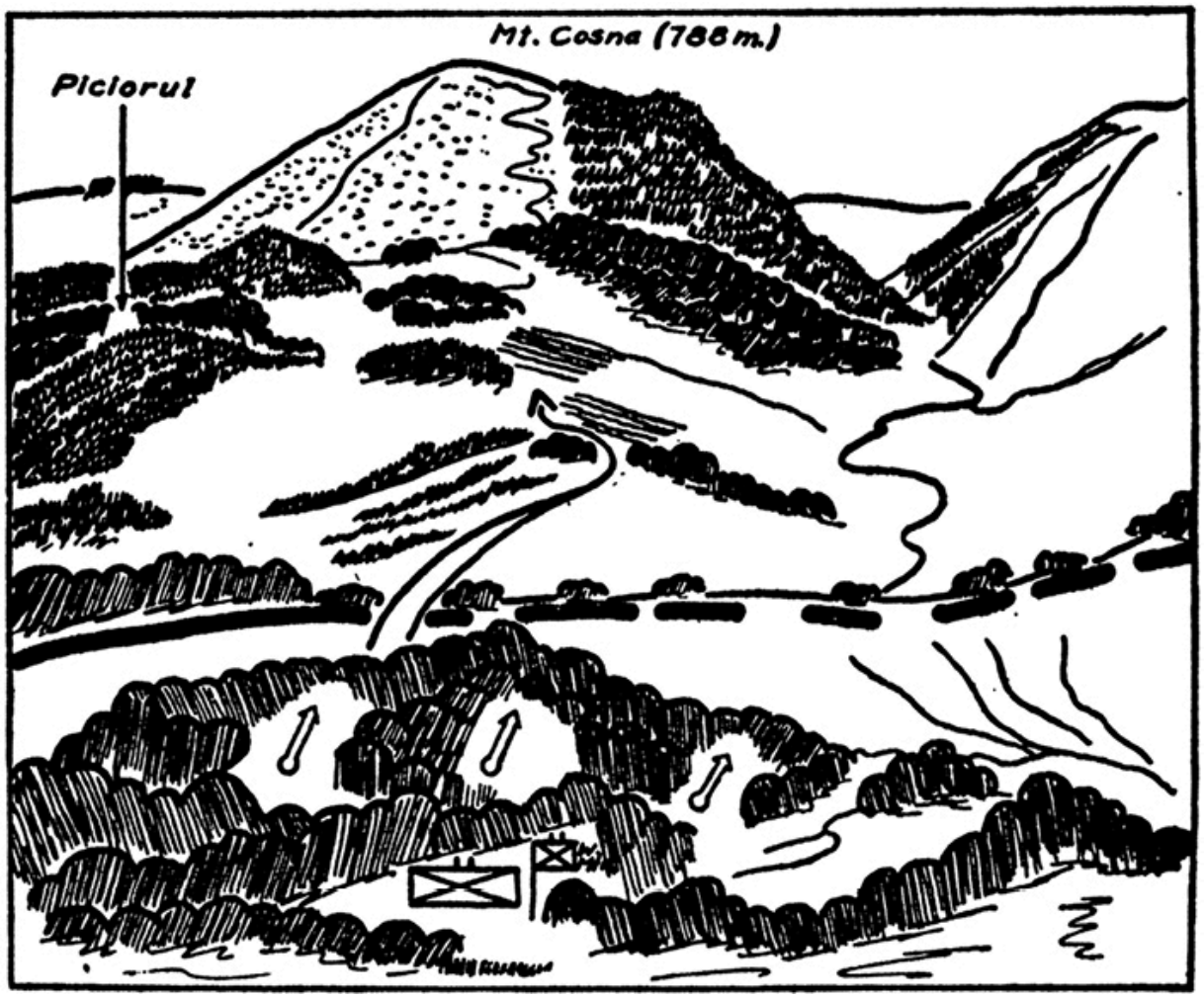
«La 6.ª Compañía reforzada por la sección de ametralladoras de Aldinger, sobre la Cota 674. Todas las demás unidades a mi disposición en la ancha hondonada justo al norte de la carretera de montaña cuatrocientos metros al oeste de la Cota 674».

A pesar de un intenso dolor y del agotamiento por la pérdida de sangre, no entregué el mando de la unidad. El *Major* Sprösser fue informado de nuestro éxito por teléfono.

Por aquel entonces se divisó una larga columna marchando hacia nosotros por la carretera de montaña desde la dirección de Monte Cosna. Así que organizamos la defensa, y el útil pasó a primer plano. Yo pedí urgentemente fuego de artillería sobre las fuerzas hostiles que se estaban aproximando pero esta petición no pudo ser satisfecha porque todas las unidades de artillería estaban efectuando un cambio de posición en vanguardia. El enemigo se acercaba cada vez más sin ser molestado.

El *Hauptmann* Gössler llegó con las compañías restantes del Batallón de Montaña de Württemberg y dividimos la unidad. El Destacamento Rommel consistía en las 5.ª y 6.ª Compañías y la sección de ametralladoras de Aldinger como guarnición de primera línea y las 2.ª y 3.ª Compañías y la 3.ª Compañía de ametralladoras como guarnición de segunda línea. Gössler recibió las 1.ª y 4.ª Compañías así como la 1.ª Compañía de ametralladoras.

Su Destacamento quedó atrincherado a unos trescientos metros al oeste de la Cota 674 justo al sur de la carretera de montaña. En contra de lo esperado, la infantería rumana que se estaba aproximando desde la dirección de Monte Cosna no contraatacó nuestra nueva línea en los alrededores de la Cota 674. Se contentaron nada más con sondear nuestra posición con fuertes destacamentos de reconocimiento que fueron fácilmente rechazados. A continuación de esto, los rumanos ocuparon el cordal enfrente de las 5.ª y 6.ª Compañías. Su posición estaba a ochocientos metros de distancia y tenía unos dos mil metros de largo. Bajo estas circunstancias no había ningún motivo para que nosotros aumentásemos la guarnición de primera línea. Las 5.ª y 6.ª Compañías juntas tenían un frente de unos seiscientos cincuenta metros con el flanco abierto incurvado hacia retaguardia. El Destacamento Gössler estaba en contacto con la 6.ª Compañía y proporcionaba seguridad sobre la vertiente sur mientras las unidades restantes de mi Destacamento proporcionaban seguridad para el flanco norte de la 5.ª Compañía. La zona de defensa entera en el sector capturado quedaba aún más asegurada por un sistema de puestos avanzados de combate de considerable profundidad.



Croquis 25: Monte Cosna. Vista desde el oeste.

Alrededor de las tres de la tarde, los rumanos se retiraron de la línea que se extendía desde las laderas occidentales del Alto de Petrei a través del bosquecillo de robles hacia la orilla oeste del Slanic. Sin embargo nos fue imposible establecer contacto con nuestros vecinos a derecha e izquierda. Empezó un violento fuego de artillería rumano que al poco destruyó las conexiones telefónicas, impidió todo movimiento a los enlaces, e hizo pedazos el terreno a ambos lados de la carretera de montaña entre el bosquecillo de robles y la Cota 674. Las conexiones telefónicas con las 5.ª y 6.ª Compañías fueron reparadas repetidamente, una tarea difícil y peligrosa para los destacamentos telefonistas. El fuego persistió durante toda la tarde con violencia no disminuida. Afortunadamente, las compañías más arriba y

las zonas de reserva no se vieron seriamente incomodadas. A última hora de la tarde la artillería austriaca se hizo notar. Entre otras cosas, un proyectil de 305mm cayó en medio de un grupo de hombres (como se descubrió más tarde, un grupo de oficiales rumanos y franceses) en la cumbre de Monte Cosna. Por suerte, las pérdidas de mi Destacamento durante el ataque y el bombardeo de artillería subsiguiente fueron muy bajas. Durante el bombardeo, preparé mi parte de operaciones sobre la acción Bosquecillo de Robles-Cota 674 en mi puesto de mando situado sobre la empinada ladera cuatrocientos metros al oeste de la Cota 674. El fuego de artillería hostil no paró hasta caer la noche cuando nuestro tren de acémilas subió con raciones y munición.

Yo estaba agotado por la pérdida de sangre, y el brazo fuertemente vendado y el abrigo puesto sobre los hombros dificultaban todo movimiento. Estaba considerando ceder el mando pero la difícil situación del Destacamento me impulsó a permanecer en mi puesto por el momento.

Se pusieron tropas adicionales bajo el mando del *Major* Sprösser. Su puesto de mando estaba en los bosques de robles dos mil metros al suroeste de la Cota 674. Allí, también estaban las reservas del Grupo Sprösser (unidades del 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva) y los puestos de observación de los oficiales de enlace de artillería.

Cayó la noche.

Observaciones: El ataque a cargo del Destacamento Rommel el 10 de agosto de 1917 contra la posición rumana dominante y fortificada tuvo que ser llevado a cabo sin apoyo de artillería o lanzaminas. Sólo había disponibles ametralladoras pesadas para apoyar el ataque. El ataque fue exitoso y costó poco en materia de bajas porque: primero, habíamos preparado una fuerte concentración de fuego de ametralladora sobre aquel punto en la posición hostil donde el grupo de asalto de la 3.ª Compañía iba a romper la línea; y, segundo, conseguimos neutralizar con éxito al enemigo con fuego de ametralladora tanto durante como después del asalto inicial.

El 10 de agosto los rumanos no cometieron el error del día precedente, cuando descuidaron la posición sobre la ladera. Una ruptura hacia el interior

de la posición enemiga a medio camino subiendo la ladera hubiera dado poco resultado el 10 de agosto, ya que el terreno era despejado, y un ataque así podía ser fácilmente aislado con fuego de ametralladora desde las alturas circundantes. El enemigo tenía que ser abordado a lo largo del cordal propiamente dicho.

Reconocimiento de combate: La aguda observación del territorio hostil reportó excelentes resultados durante la noche del 10 de agosto y en las primeras horas de la mañana. Las instalaciones hostiles de vanguardia y la conducta de las guarniciones fueron establecidas con precisión. No se enviaron escuadras de exploradores por nuestra parte, a fin de no llamar la atención del enemigo y despertar su curiosidad sobre nuestros preparativos ofensivos. El enemigo, no obstante, cometió el gran error de no inspeccionar el terreno frente a su posición, y de hecho se comportó de un modo de lo menos guerrero (centinelas visibles, guarniciones fuera de sus refugios). Así nuestro ataque sorpresa le golpeó como un rayo.

El grupo de asalto de la 3.ª Compañía contó con un pasillo hasta el bosquecillo de robles preparado por varias ametralladoras pesadas que cubrieron al enemigo en el bosquecillo con fuegos combinados desde posiciones doscientos metros al oeste del punto de ruptura y después trasladaron su fuego a derecha e izquierda, de modo que el pelotón que avanzaba de la 3.ª Compañía no estuviera en peligro. En el desarrollo posterior del ataque las mismas ametralladoras pesadas apoyaron admirablemente el envolvimiento de las posiciones enemigas tendiendo su fuego a corta distancia por delante de sus propios grupos de asalto.

La finta a cien metros a la izquierda del punto de ruptura realizada con granadas de mano y gritos desde un ocultamiento completo buscaba atraer el fuego defensivo del enemigo en el bosquecillo de robles en una dirección equivocada y provocar la asignación prematura de reservas. Consiguió completamente su propósito de ayudar a avanzar al grupo de asalto, sin producir ninguna pérdida.

El enemigo rápida y hábilmente lanzó un contragolpe desde el noreste contra nuestra penetración en el bosquecillo de robles, pero la superior habilidad de combate de los tiradores de montaña también quedó demostrada en la defensa.

Los rumanos habían ocupado la cresta de las alturas hacia la retaguardia de la posición continua con reservas pero estas últimas no estaban, en su mayor parte, preparadas para reaccionar contra nuestra ruptura sorpresa y fueron arrolladas en sus abrigos. Allí donde se defendieron o contraatacaron, fueron rápidamente aplastadas por la mayor fuerza de los tiradores de montaña; cinco compañías avanzaron a través de la brecha y fueron seguidas inmediatamente por el Destacamento Gössler y cuatro compañías más. Así el ataque por sorpresa tuvo la potencia necesaria.

Después de tomar el objetivo pasamos a la defensiva. Las compañías en primera línea se atrincheraron con buen enmascaramiento. Los flancos descubiertos al norte y sur fueron asegurados por avanzadillas de combate de la compañía de reserva. No era recomendable destacar escuadras de exploradores a mayores distancias. Podían acabar fácilmente siendo abatidas o capturadas por las guarniciones de las posiciones rumanas de retaguardia. Por otra parte, el territorio hostil fue estudiado de la forma más meticulosa desde varios puestos de observación. Poco después de alcanzar el objetivo, nuestras tropas abandonaron el cordal entre el bosquecillo de robles y la Cota 674. Se habían atrincherado lateralmente en las irregularidades del terreno. El muy nutrido fuego de artillería hostil de la tarde hizo poco daño.

El ataque del Destacamento Rommel a lo largo del cordal forzó al enemigo a evacuar su posición comprometida durante la tarde y a retirarse a una nueva posición.

El mando enemigo no fue muy activo, limitándose a nada más que la defensiva y no atreviéndose a lanzar un decidido contraataque, aunque tenía a mano numerosas reservas y potente artillería, y el terreno hacia el norte hubiera sido, como aquél por el sur, de lo más favorable para un contraataque.

IV. La captura del Monte Cosna, 11 de agosto de 1917

El frente se mantuvo tranquilo y ni siquiera fuimos molestados por escuadras de exploradores rumanas. Hacia las diez de la noche, el Major

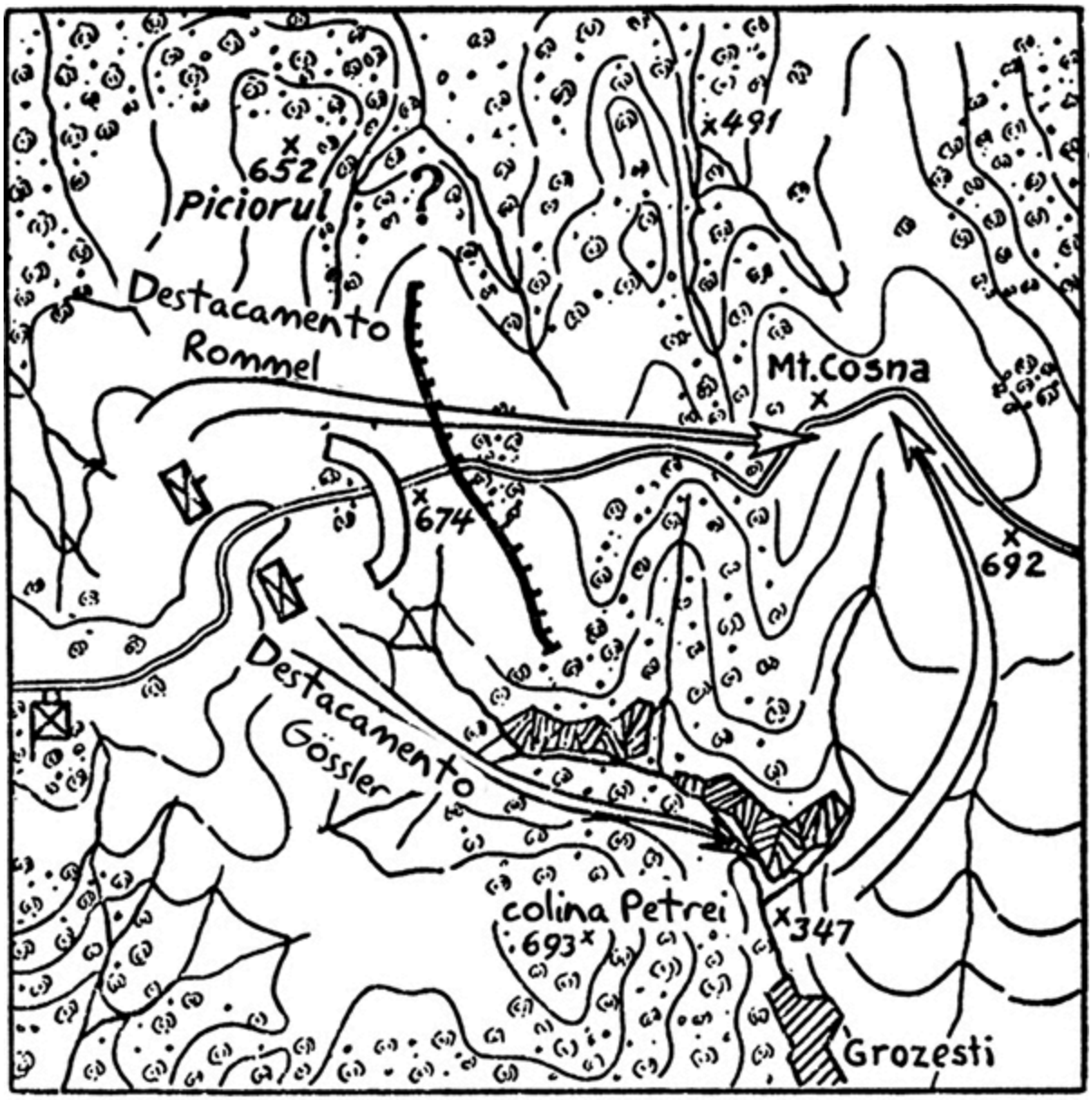
Sprösser me informó de que la brigada había ordenado un ataque con apoyo de artillería contra Monte Cosna para las 11.00 del día siguiente, y estaba pidiendo sugerencias.

Juzgando a partir del terreno, un ataque desde el oeste y noroeste parecía lo más prometedor para mí, porque aquí las partes más altas de la sierra no estaban arboladas y el apoyo de artillería y ametralladoras pesadas quedaría fácilmente asegurado. Más aún, los numerosos pliegues del terreno al norte de la carretera de montaña ofrecían buenas rutas de aproximación para las tropas atacantes.

El *Major* Sprösser me solicitó entonces que permaneciese con él un día más a pesar de mi herida, y que tomase el mando del grupo que atacaría por el oeste y noroeste. Las 2.ª, 3.ª, 5.ª y 6.ª Compañías de Montaña, la 3.ª Compañía de ametralladoras, y la 1.ª Compañía de ametralladoras del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva me fueron asignadas. Al mismo tiempo el grupo de ataque meridional bajo el *Hauptmann* Gössler (1.ª y 4.ª Compañías de Montaña, 1.ª Compañía de ametralladoras, 2.º y 3.er Batallones del 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva) debía atacar Monte Cosna desde el sur o suroeste vía Cota 347 y Cota 692. La nueva y dificultosa tarea se me hacía de lo más atractiva así que permanecí con la unidad.

Dormí poco durante la noche debido a que mi herida escocía y mis nervios estaban al límite a resultas de las peripecias del día por no mencionar mi preocupación por el trabajo del siguiente. Antes del alba desperté al *Leutnant* Hausser y los dos nos adelantamos hasta las 5.ª y 6.ª Compañías y, a la primera luz de la mañana, estudiamos el terreno y preparamos nuestros planes de ataque.

Las posiciones enemigas estaban situadas a ambos lados de la carretera de montaña sobre el siguiente cordal, ochocientos metros hacia el este de nuestras posiciones avanzadas. Sus centinelas estaban escondidos detrás de árboles o entre la maleza. Al norte de la carretera localizamos una línea de escaramuza bastante compacta en posiciones recientemente abiertas. Elementos de la guarnición permanecían en pie en grupos. Ninguno de los bandos rompía la calma del alba con disparos. Nuestras posiciones estaban bien enmascaradas y eran apenas perceptibles para el enemigo.



Croquis 26: Plan de ataque para el 11 de agosto de 1917.

Las rutas de aproximación eran menos favorables de lo que yo había pensado. Las laderas rasas y cubiertas de hierba al frente y hacia el sur no ofrecían ninguna protección contra el fuego hostil. El terreno entre los setecientos y novecientos metros al norte de la carretera de montaña parecía más favorable. Sobre las laderas cubiertas de hierba del cordal que llevaba hasta el Piciorul había repartidos numerosos macizos de arbustos bastante grandes y tupidos. El Piciorul (652) situado a un kilómetro y medio al norte

de la carretera de montaña en el flanco de la 5.ª Compañía estaba cubierto de grandes árboles caducifolios.

Afilada y dominante, la cumbre de Monte Cosna se cernía en el horizonte bajo los rayos del sol naciente. Era el objetivo para el ataque del 11 de agosto. ¿Seríamos capaces de hacerlo? ¡Teníamos que hacerlo! Mi brazo herido quedó olvidado ya que tenía seis compañías que dirigir contra el enemigo. Acometí la tarea difícil y llena de responsabilidad con confianza y nuevas fuerzas.

Planeé usar las compañías ya en posición para fijar al enemigo empezando a las ocho de la mañana, para confundirle y evitar que reconociese los barrancos al noroeste de sus posiciones. Durante el transcurso de la mañana pretendía desplazar mi cuerpo principal al sur del Piciorul hasta estar a distancia de ataque del enemigo al norte de la carretera de montaña. Una vez en posición, contaba con atacar con apoyo de artillería a las 11.00 con la esperanza de abrir brecha en la posición y lanzarme por ella hasta Monte Cosna en una sola maniobra. Las unidades situadas en la Cota 674 debían lanzar un ataque frontal coincidiendo con el nuestro.

Las 5.ª y 6.ª Compañías, junto con la sección de ametralladoras de Aldinger, fueron asignadas al *Leutnant der Reserve* Jung[24], al que instruí a través del *Leutnant* Hausser, sobre mi plan y las tareas de su formación en el ataque al Monte Cosna. Dejé al *Leutnant* Hausser con el Destacamento Jung, a fin de asegurar la comunicación con el Grupo Sprösser y la cooperación de la artillería.

A las 6.00 salí hacia el norte cruzando tupidos zarzales con las cuatro compañías restantes. Al mismo tiempo íbamos tendiendo cable telefónico que nos conectaba con el grupo de combate de Jung. Después de unos setecientos metros hice girar la cabeza de la columna hacia el este y nos aproximamos al cordal entre Cota 674 y el Piciorul escalando por una estrecha cañada. El cordal estaba cubierto por árboles solitarios aquí y allá y macizos de arbustos. De vez en cuando hacíamos un alto y estudiábamos el terreno. Así me sorprendió descubrir que el enemigo tenía puestos avanzados de combate a lo largo de todo el cordal. Los rumanos habían lanzado puestos avanzados de combate por delante de su nueva posición. Ni la 5.ª Compañía, en cuyo flanco izquierdo estaban situados los puestos

avanzados, ni las escuadras de exploradores de las compañías de reserva habían localizado estos puestos avanzados.

Bajo estas condiciones un ataque por sorpresa desde el noroeste contra la posición principal rumana parecía casi imposible. Si caía sobre los puestos avanzados enemigos, entonces el enemigo en la posición principal al este de Cota 674 sería alertado y mi ataque dejaría de ser una sorpresa lo que reduciría materialmente las perspectivas de éxito.

Nos detuvimos ocultos a la vista del enemigo. Una meticulosa consideración del terreno circundante me llevó a decidir que usaríamos la astucia para burlar los puestos avanzados que teníamos al frente. Retrocedimos sobre nuestros pasos y, después de recorrer una corta distancia, giramos hacia el norte y llegamos a la densa zona de bosques sobre la pendiente noroeste del Piciorul sin encontrarnos con el enemigo. De nuevo giramos hacia el este y nos movimos a través de la densa maleza del monte alto hacia los puestos avanzados de combate rumanos.

Yo mismo organicé mi propia seguridad en mayor profundidad. Muy por delante, un *Vizefeldwebel* especialmente diestro de la 3.ª Compañía iba en descubierta y yo le dirigía por medio de señales con el brazo y voces apagadas. A petición mía, su jefe de sección, *Leutnant* Hummel, le llevaba la pesada mochila sobre sus hombros. Yo marchaba unos pocos metros por detrás del *Vizefeldwebel*, seguido por los diez hombres restantes de la vanguardia que marchaban a intervalos de diez pasos. Las cuatro compañías venían detrás en fila india, 150 metros por detrás de la vanguardia. Esta distancia había sido así acordada para que cuando mis señales detuviesen a la vanguardia las compañías pudieran continuar la marcha sin hacer sonidos delatores. Naturalmente, el silencio absoluto prevalecía en todo el destacamento que iba en una columna extendida a lo largo de unos ochocientos metros. Cada soldado evitaba hacer el más mínimo ruido. Las tropas sabían que era una cuestión de moverse sin ser vistos a través de los puestos avanzados de combate hostiles.

Deteníamos y reanudábamos la marcha a mi señal. Escuchando durante algunos minutos conseguimos determinar la situación de dos avanzadillas rumanas. Los centinelas enemigos hablaban, se aclaraban las gargantas, tosían y silbaban, mientras nosotros nos íbamos acercando metro a metro.

Los centinelas enemigos estaban a intervalos de 100 a 150 metros pero nosotros no podíamos verlos debido a la tupida maleza. Yo me desplacé con la vanguardia hasta la mitad del espacio entre dos centinelas hostiles. Estábamos a la misma altura que ellos y contuvimos el aliento. El enemigo a derecha e izquierda no disminuyó su conversación y yo hice pasar cuidadosamente las cuatro compañías. Al mismo tiempo una conexión telefónica con el grupo de combate de Jung iba siendo tendida ya que esta línea nos conectaba también con el puesto de mando del Grupo Sprösser. El enemigo adyacente estuvo de lo más distraído.

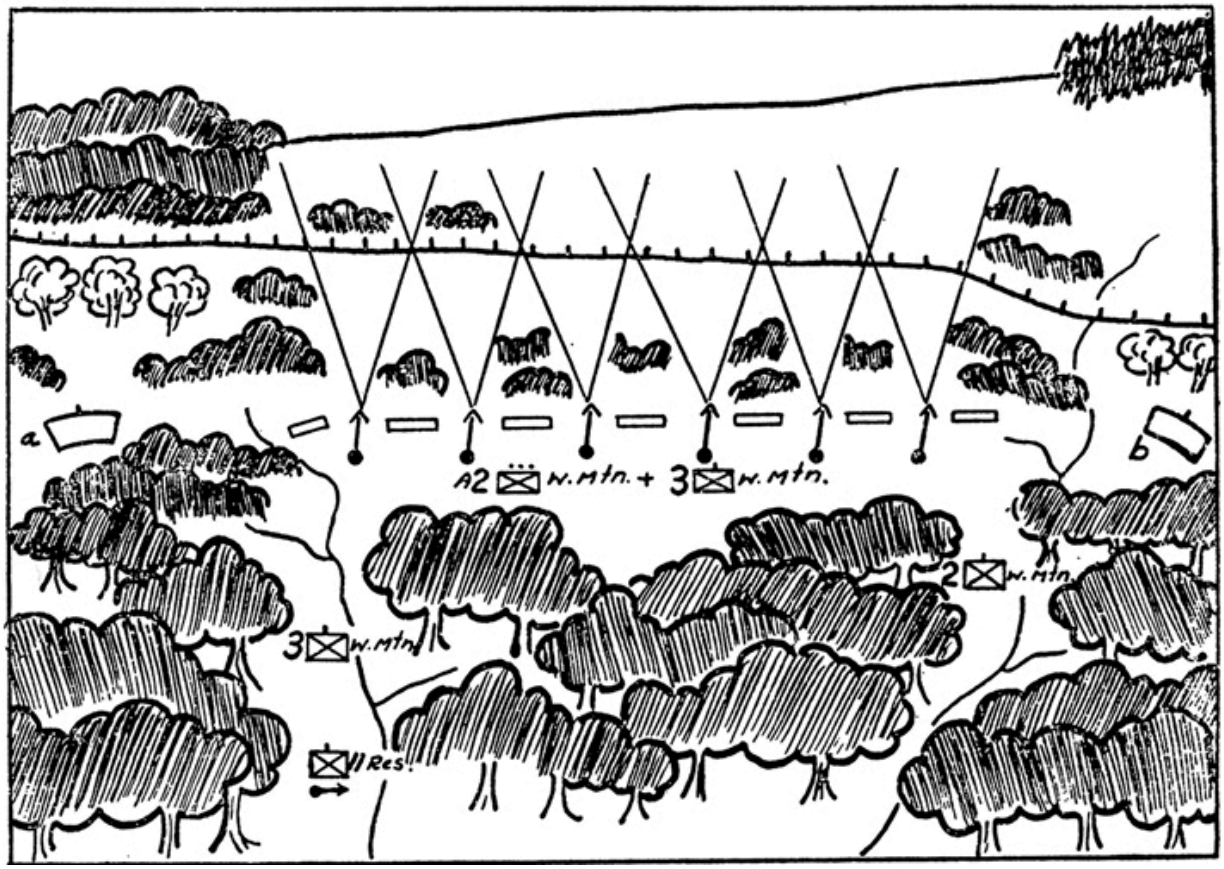
Siempre deslizándonos a hurtadillas a través de la densa maleza, llegamos a la pendiente norte del Piciorul a la espalda de los centinelas y de los puestos avanzados de campaña rumanos que seguían aún vigilando el frente hacia el oeste. Mientras tanto, por la derecha y de acuerdo con nuestros planes, Jung había abierto fuego de fusilería y ametralladora.

Un barranco muy profundo nos separaba aún de la posición rumana principal y tuvimos que superar este obstáculo sin ser vistos. Al ir descendiendo cruzamos varias sendas, pero afortunadamente no nos encontramos con ningún rumano. Arriba a la derecha, cerca de la Cota 674, la artillería rumana estaba asolando la posición de Jung con un nutrido fuego. Los rumanos aparentemente sospechaban preparativos para el ataque allí, y estaban tomando medidas para prevenirlo.

Ascender por la empinada pendiente bajo un ardiente sol de agosto con la pesada mochila (los servidores de las ametralladoras pesadas llevaban cargas de casi 50 kilos a sus espaldas) fue un esfuerzo tremendo. Eran casi las once cuando alcanzamos el punto más profundo del barranco y comenzamos a escalar la abrupta y rocosa pendiente del otro lado, cubierta aquí y allá por altos pinos. Avanzábamos despacio ya que el terreno nos causaba grandes dificultades. Nuestra artillería comenzó su tiro en eficacia a las once en punto. A nosotros nos pareció bastante débil, y no caía en la zona donde nosotros íbamos a atacar. El volumen de fuego de las 5.ª y 6.ª Compañías aumentó y el enemigo respondió con artillería.

Mientras tanto nosotros hacíamos un esfuerzo supremo por escalar la pendiente. Mi brazo herido me dificultaba la escalada en gran medida y mis

ordenanzas de combate tuvieron que ayudarme a salvar los puntos más difíciles.



Croquis 27: Preparación para el ataque, 11 de agosto de 1917. Vista desde el oeste.

Nuestro propio tiro en eficacia había cesado cuando, hacia las once y media, tiraron sobre el *Vizefeldwebel* de la 3.ª Compañía que marchaba por delante como explorador en un pequeño bosque y, como se le había instruido, se puso rápidamente a cubierto sin responder al fuego. Ordené a la vanguardia que se detuviese y asegurase el ascenso de las compañías que seguían subiendo silenciosamente hasta que alcanzaron un angosto espacio en la pendiente protectora a unos 50 metros por debajo de la vanguardia. Mientras esto estaba sucediendo llamé a Jung por teléfono y le dije que tenía intención de atacar en media hora. También traté de ponerme en contacto con el *Major* Sprösser y pedir apoyo de artillería pero el cable

quedó mudo. Al parecer los destacamentos rumanos en el Piciorul habían descubierto el cable y lo habían cortado.

Que la conexión con el Grupo Sprösser, la artillería, y el grupo de combate Jung tuviese que estropearse precisamente antes del ataque decisivo fue de lo más inoportuno. Restablecer la comunicación parecía difícilmente posible y llevaría horas de duro trabajo. Tuve que aceptar este contratiempo.

La situación de las posiciones enemigas que estábamos a punto de atacar podía sólo suponerse. Yo las situaba cerca de donde el explorador había sido tiroteado por los centinelas rumanos. La configuración de la pendiente y el tamaño de los arbustos y los altos helechos hacía imposible concentrarse en una zona bien enmascarada a distancia suficiente para acometer al enemigo. Acompañar el ataque con fuego de ametralladora desde posiciones elevadas era impracticable, ni podía Jung cubrir nuestro frente por el fuego ya que no teníamos ninguna comunicación en absoluto con él, pero yo tenía la esperanza de que actuaría de acuerdo con sus instrucciones.

Tomé una Sección de la 3.ª Compañía y la Compañía de ametralladoras de Grau y las dispuse en la primera línea sobre un frente de unos cien metros. La 2.ª Compañía quedó escalonada hacia atrás por la derecha y las dos secciones restantes de la 3.ª Compañía y la 1.ª Compañía de ametralladoras del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva estaban escalonadas hacia atrás y a la izquierda. Mi orden de ataque fue:

«A mi señal la primera línea (1.ª Sección de la 3.ª Compañía y la Compañía de ametralladoras de Grau) avanza arrastrándose en silencio a través de los helechos hacia la posición supuesta más arriba en la ladera. Tan pronto como los centinelas hostiles o la guarnición abran fuego, la Compañía de ametralladoras de Grau peina la posición enemiga con tiro continuo de todas las armas y para a mi señal después de unos 30 segundos. En ese momento la sección de la 3.ª Compañía y las otras unidades del Destacamento, que ha de ser mantenido formado, irrumpen en la posición hostil sin griterío. Escuadras individuales bloquean los bordes de la brecha inmediatamente y el grueso penetra hacia la zona de defensa del enemigo y captura el cordal como objetivo inicial y se prepara para avanzar hacia el

sureste. Para engañar al enemigo sobre el punto de ruptura y para dispersar su fuego defensivo, los sectores de la posición enemiga a ambos lados del punto de penetración serán atacados por escuadras de granaderos».

Todos estos preparativos y discusiones fueron llevados a cabo sin hacer ruido a menos de cien metros de los centinelas enemigos. Dado que había dejado al *Leutnant* Hausser con las 5.ª y 6.ª Compañías, me vi obligado a hacer todo el trabajo por mí mismo.

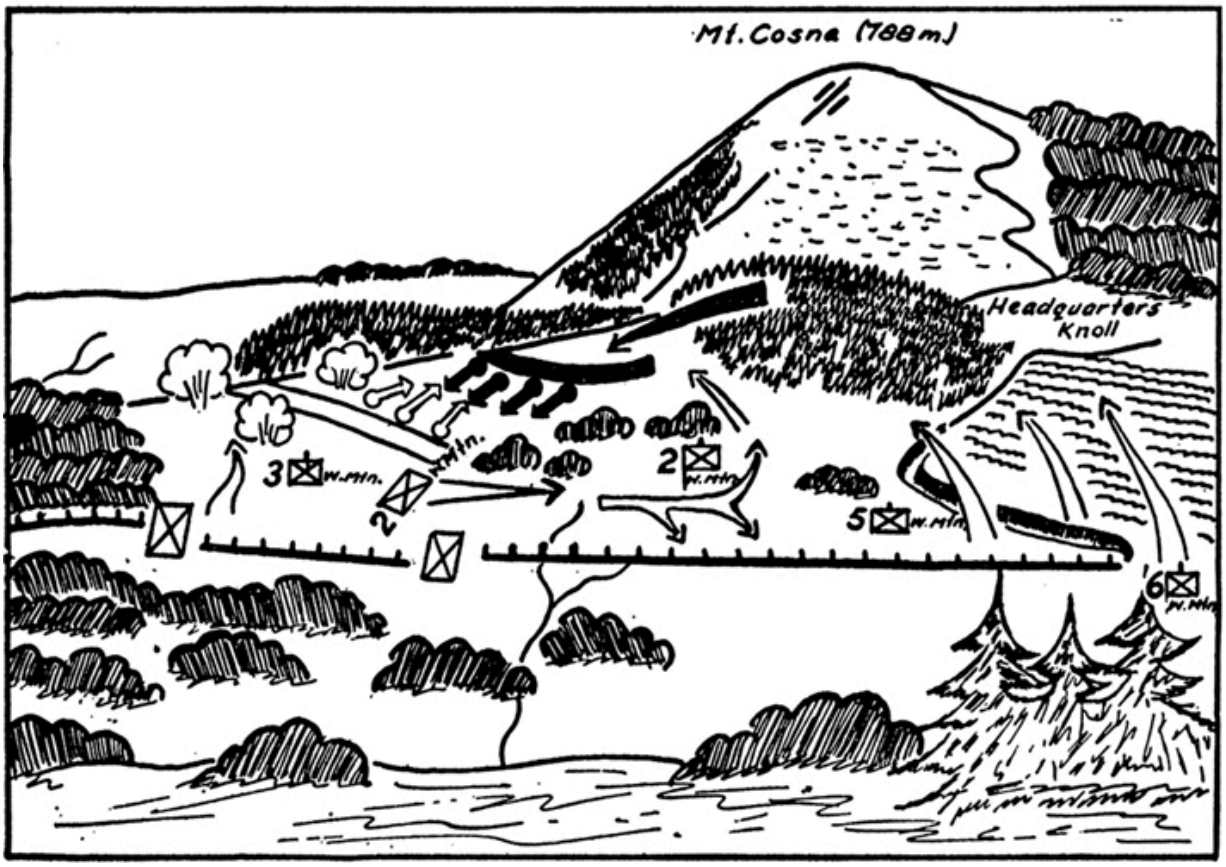
Estábamos listos unos pocos minutos antes del mediodía. Los rumanos nos habían hecho el favor de no molestarnos. En la falda oriental del Piciorul, destacamentos rumanos con efectivos de sección estaban cruzando el sendero por el que nosotros habíamos avanzado. Se iba haciendo hora de atacar y di la señal.

El Destacamento se abrió camino con esfuerzo pendiente arriba sólo para recibir disparos inmediatamente desde las posiciones enemigas a muy poca distancia. El fuego enemigo fue rápidamente contestado por todas las ametralladoras de la compañía de Grau. Estallaron granadas de mano a la derecha e izquierda mientras yacíamos tendidos a la espera de cargar. El fuego de ametralladora pesada por delante de nosotros mantuvo a la guarnición hostil clavada al suelo y solo permitió al enemigo disparar sin apuntar desde la derecha y la izquierda. Di la señal de detener el fuego de ametralladora y las tropas de montaña se lanzaron ladera arriba, irrumpieron en la posición hostil sin auténticas pérdidas, tomaron unos pocos cautivos, sellaron la zona, y después siguieron cargando hacia la derecha adentrándose en la zona de defensa. Todo salió con la mecánica precisión de unas maniobras en tiempo de paz.

Pronto los matorrales que teníamos delante empezaron a aclararse y avanzamos otros cien metros antes de que un vivo fuego de ametralladora obstaculizase nuestro avance contra una pendiente que ascendía suavemente hacia la derecha. El fuego proveniente de un bosque situado en la colina más alta a unos seiscientos metros de distancia al otro lado de una amplia superficie cubierta de hierba creció en violencia.

La sección de la 3.ª Compañía y las ametralladoras pesadas de la compañía de Grau se hicieron cargo de la pelea, y el resto de la 3.ª Compañía y la Compañía de ametralladoras del 11.º de la Reserva se

distribuyeron hacia la izquierda. El enemigo sobre la linde del bosque estaba siendo reforzado y nos vimos pronto bajo la atención de varias docenas de ametralladoras. No tenía sentido continuar el avance a través de la zona cubierta de hierba y carente de protección ya que, en nuestro estado de cansancio, ya estábamos teniendo problemas sólo defendiéndonos.



Croquis 28: Situación en Monte Cosna, 11 de agosto de 1917. Vista desde el oeste. Loma del Cuartel General.

Reservas hostiles contraatacaron desde los bosques con apoyo de artillería e hicieron su principal esfuerzo contra nuestra izquierda. Los tiradores de montaña se aferraron desesperadamente al terreno. No querían ceder y su tiro rápido detuvo el contraataque enemigo.

Más y más ametralladoras enemigas empezaron a martillearnos y nuestras pérdidas comenzaron a crecer a un ritmo alarmante con lo que nuestra situación se fue haciendo más peligrosa con cada segundo que pasaba. Yo estaba en primera línea a la derecha de la 3.ª Compañía. A mi

izquierda, la sección de ametralladoras pesadas de Albrecht estaba comprometida en violento combate. La 2.ª Compañía estaba en reserva a retaguardia por la derecha entre unas zarzas donde estaba protegida del fuego hostil. ¿Debía empeñar mi reserva? ¿Inclinaría su potencia de fuego la balanza del combate a nuestro favor? ¡No! ¿Debía ordenar una retirada? ¡No! Porque entonces nuestros muertos y heridos hubieran sido dejados atrás en manos del enemigo y hubiéramos sido expulsados de esta posición de vuelta al barranco donde los rumanos nos hubieran aniquilado con facilidad. La situación parecía desesperada, pero teníamos que hacernos con ella o… permanecer donde estábamos.

Había algunos macizos de arbustos más abajo en la ladera a nuestra derecha. Se me ocurrió la idea de que podíamos usar aquéllos para cubrir un avance contra el enemigo en la colina y decidí empeñar mis últimas reservas en un golpe por sorpresa contra el flanco izquierdo del enemigo que nos estaba presionando tan fuerte. Esta jugada podía decidir la cuestión.

Di instrucciones a aquellos que estaban cerca de mí y repté de vuelta y en unos pocos segundos la 2.ª Compañía y yo estábamos cargando impetuosamente hacia el sur. Era una cuestión de hacerlo o perecer. Arrollamos a un débil enemigo en los matorrales antes de que supiese qué lo había golpeado y en un santiamén habíamos ganado más de un centenar de metros. Giramos hacia el este con la esperanza de que el resto del Destacamento continuase resistiendo.

Estaba justo a punto de lanzar el ataque contra el flanco hostil cuando elementos del grupo de Jung aparecieron por la derecha a la espalda de la 2.ª Compañía. Jung estaba continuando la ejecución del programa que se le había dado esa mañana y estaba a punto de atacar al enemigo a ambos lados de la carretera de montaña. Su llegada decidió la batalla en nuestro favor ya que el enemigo había lanzado todas sus fuerzas contra la 3.ª Compañía y las dos compañías de ametralladoras y no tenía nada que lanzar contra el ataque de tres Compañías de Montaña contra su flanco y retaguardia. Los rumanos precipitadamente desalojaron la altura dejando la mayor parte de sus ametralladoras sobre el campo de batalla.

En la linde del bosque, seiscientos cincuenta metros al este de la Cota 674, el ejemplarmente valeroso *Leutnant* Jung, un jefe respetado por su

compañía recibió una herida abdominal mortal.

Las 3.ª y 2.ª Compañías, así como elementos de las compañías de ametralladoras, continuaron disparando sobre el enemigo mientras éste se retiraba en completo desorden como una marea a lo largo de la carretera de montaña y a través de la amplia depresión. Al mismo tiempo yo tomé las 5.ª y 6.ª Compañías y perseguí al enemigo justo al sur de la carretera de montaña y al otro lado de la parte más alta del cordal. Las otras unidades del Destacamento Rommel recibieron órdenes por enlace de que siguiesen la misma ruta tan pronto como fuera posible.

Mientras la 6.ª Compañía se hacía con el control de la loma a ochocientos metros al oeste de la cumbre de Monte Cosna, —la bautizamos como Loma del Cuartel General—, la 5.ª Compañía estaba agrupando más de doscientos prisioneros en las posiciones protegidas enemigas al oeste y sur de la carretera de montaña y capturando varias ametralladoras. Un amplio barranco aún nos separaba del Monte Cosna propiamente dicho.

Compactas masas de rumanos se estaban retirando por la carretera que bajaba por la ladera occidental y pronto estaban siendo alcanzadas por el fuego de la 6.ª Compañía. Las tropas rumanas aún seguían en la cumbre del Monte Cosna y empezamos a recibir un vivo fuego de ametralladora y fusil desde allí. Durante el mismo, entre otros, mi magnífico ayudante Hausser recibió una herida en el pecho.

Las compañías fueron llegando, una detrás de otra, a la Loma del Cuartel General. Estaban completamente agotadas. Nada extraño, ya que desde las seis de la mañana habían estado marchando, ascendiendo por terreno difícil o atacando. Descansar había sido algo con lo que soñar.

El enemigo ocupaba posiciones preparadas sobre la pronunciada altura de Monte Cosna y no podría haber sido atacado con tropas agotadas. Mi decisión fue hacer descansar a los hombres y reorganizar las unidades antes de considerar un ataque contra la posición de la cumbre de Monte Cosna. La 2.ª Compañía proporcionó los piquetes de seguridad para nuestra zona de descanso y un destacamento de reconocimiento de la 6.ª Compañía con teléfono reconoció las rutas de aproximación hacia la posición de Monte Cosna. Desde la Loma del Cuartel General veíamos Tirgul Ocna situado al nordeste de nosotros en el valle. La distancia a vuelo de pájaro no era de

más de cinco kilómetros, y podíamos ver que se producían intensos movimientos ferroviarios en su estación de ferrocarril.

Hacia la una de la tarde, la plana del Grupo Sprösser llegó junto con las reservas del Grupo (2.º y 3.er Batallones del 18.º Regimiento de Infantería de la Reserva) justo al oeste de la Loma del Cuartel General. El *Major* Sprösser había seguido el ataque del Destacamento Rommel desde su puesto de mando en los bosques de robles, y pensaba que habíamos tomado Monte Cosna de un golpe.

En aquel momento nada se sabía de las actividades del Destacamento Gössler. Anuncié mi intención de continuar el ataque sobre la posición de la cumbre en el plazo de una hora y solicité apoyo de fuego desde la Loma del Cuartel General por las ametralladoras de uno de los dos batallones bávaros. Mi intención era repetir la exitosa maniobra de la mañana y el *Major* Sprösser dio su consentimiento.

A la hora convenida, unidades del 2.º Batallón del 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva abrieron fuego sobre las posiciones hostiles. Al mismo tiempo bajé al interior del barranco al este y a unos cien metros al norte de la Loma del Cuartel General con las 6.ª, 3.ª, 2.ª y 5.ª Compañías, la 3.ª Compañía de ametralladoras, y la 1.ª Compañía de ametralladoras del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva. Seguimos el cable del destacamento de reconocimiento a través de una espesa maleza bajando por una extraordinariamente empinada pendiente. Pronto estábamos subiendo por el lado opuesto y habíamos alcanzado a la descubierta de la 6.ª Compañía. El caluroso sol de mediodía hizo la ascensión de lo más agotadora e hicieron falta varias horas para alcanzar la cima con mis exhaustos hombres.

Con precauciones de seguridad similares a aquellas de última hora de la mañana tanteamos el camino cada vez más y más cerca del enemigo y ascendimos a través de maleza poco tupida y pequeñas torrenteras. La guarnición de la cumbre mientras tanto estaba empeñada en un vivo tiroteo con el 2.º Batallón del 18.º en la Loma del Cuartel General y el fuego de ambos bandos pasaba silbando por encima de nuestras cabezas.

Era evidente que un puesto avanzado de combate rumano estaba a unos doscientos metros de distancia de los bávaros en la Loma del Cuartel

General. Por fin llegamos a una pequeña hondonada a unos setenta metros de la cumbre. Los bávaros habían dejado de disparar sobre los sectores de la posición enemiga encima de nosotros a fin de no ponernos en peligro y el fuego del enemigo había asimismo cesado.

Preparé mi Destacamento para el asalto con extremo cuidado, con dos secciones de fusiles y seis ametralladoras pesadas en primera línea y dos compañías escalonadas detrás de cada flanco. Los preparativos de ataque fueron idénticos a los de la mañana: avanzar reptando, fuego sostenido desde las ametralladoras pesadas, granadas de mano a derecha e izquierda como diversión, y después el asalto final.

Los preparativos estaban aún incompletos cuando escuchamos claramente fuego de mosquetón desde el noroeste. Estos sonidos provenían del Destacamento Gössler de modo que inmediatamente di la señal para el ataque. Después de una corta pero sostenida ráfaga de fuego las tropas de montaña irrumpieron en la posición de la cumbre y, en unos pocos minutos, barrieron al enemigo de la ladera oeste de Monte Cosna. Éste quedó tan sorprendido que no consiguió ofrecer resistencia seria en ningún tramo de la posición y la cumbre fue nuestra a un escaso coste en bajas. Cogimos varias docenas de prisioneros y unas pocas ametralladoras para nuestro saco de trofeos, pero la mayor parte de la guarnición de la posición escapó y huyó precipitadamente bajando por las vertientes orientales de Monte Cosna. Cuando salimos en su persecución, nos golpeó un fuego de ametralladora rumano muy fuerte sobre las desnudas laderas orientales. Éste provenía de posiciones situadas seiscientos a setecientos metros al este de la cumbre de Monte Cosna sobre un cordal que corría a través de la Cota 692 de norte a sur. Estas posiciones estaban particularmente bien desarrolladas y protegidas por amplios obstáculos. Hacía falta un potente apoyo de artillería y ametralladoras antes de que pudiésemos pensar siquiera en cruzar al otro lado del cordal y bajar por la ladera oriental a plena luz. Tuvimos que conformarnos con la posesión del pico desde el cual podíamos ver la campiña rumana hasta una gran distancia.

Pronto tuvimos contacto con la 1.ª Compañía (Destacamento Gössler) que estaba ascendiendo por el escarpado collado desde el sur hacia la cumbre de Monte Cosna (788). El Destacamento Rommel se atrincheró con

la 1.ª Compañía (que yo mismo agregué a mi mando) en la pronunciada pendiente al sur de la carretera de montaña. Las 5.ª y 6.ª Compañías estaban sobre el pico y al norte de la carretera de montaña que descendía hacia el noroeste. Dividí la Compañía de ametralladoras del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva entre las tres compañías en primera línea y guardé la 2.ª Compañía a mi disposición detrás del centro. La 3.ª Compañía y 3.ª Compañía de ametralladoras estaban detrás del flanco izquierdo.

Cerca de una hora después de la captura de Monte Cosna, el *Major* Sprösser llegó con ambos batallones bávaros. Referente al Destacamento Gössler supimos que después de capturar las posiciones rumanas cerca de la Cota 347, topó con fuerzas enemigas muy potentes que, apoyadas por numerosas baterías hostiles, atacaron en compactas masas desde el este. El Destacamento Gössler tuvo que ser retirado debido a fuertes pérdidas e iba a detenerse en la ladera este del rocoso barranco que llevaba hasta la cumbre del Cosna desde el sur. Por la izquierda, hacia el valle Slanic, nuestro vecino, la 70.ª División *Honvéd*, estaba aún a varios kilómetros de distancia y sin contacto con nosotros. Durante las últimas horas de la tarde contemplamos el duelo de artillería al norte del valle del Slanic desde nuestra cumbre y observamos los movimientos de ataque de la infantería rumana alrededor de la Cota 772.

Hice los arreglos para la noche. Entre otras cosas, los exploradores debían establecer contacto con el Destacamento Gössler. Las distintas compañías recibieron instrucciones con respecto a sus responsabilidades. Yo estaba tan cansado que fui incapaz de preparar mi parte de operaciones para el Grupo Sprösser. Por medio de mi nuevo ayudante el *Leutnant* Schuster, hice un informe verbal referente al desarrollo del combate durante la jornada.

A pesar de la fatiga, encontré escaso descanso aquella noche. Una hora antes de la medianoche, numerosas granadas de mano estallaron en la posición de la 6.ª Compañía. Resonaron gritos, fuego de fusil y ametralladora. Sin esperar un informe, contraataqué con la 3.ª Compañía en dirección al lugar amenazado, pero cuando llegamos la 6.ª Compañía era ya dueña de la situación.

¿Qué había pasado? Escuadras de asalto rumanas habían sorprendido a la compañía pero fueron rechazadas por los vigilantes soldados. Sin embargo durante el ataque algunos ametralladores de la Compañía de ametralladoras del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva fueron hechos prisioneros.

Observaciones: El plan de ataque para el 11 de agosto fue desarrollado como resultado de un reconocimiento personal durante las horas tempranas de la mañana. Rechacé el ataque convencional a ambos lados de la carretera de montaña apoyado por ametralladoras pesadas y artillería debido a la naturaleza abierta del terreno. Hubiera sido detectado pronto por el enemigo y hubiese sido probablemente rechazado con fuertes pérdidas.

Los rumanos habían aprendido algo de las batallas de los días precedentes y habían establecido puestos avanzados de combate para asegurar la posición principal. Detectamos esto con mucho tiempo de antelación a través de una aguda observación del campo de batalla durante la marcha de aproximación.

Sólo con una unidad acostumbrada a la más estricta disciplina de combate podía atreverme a intentar pasar a través de los piquetes enemigos de día.

Los cálculos de tiempo y espacio en este tipo de marchas de flanqueo son más difíciles en las montañas. Aquí la aparición inesperada del enemigo se sumó a las dificultades del terreno.

La cooperación con los grupos de artillería no se materializó durante el ataque, debido a que la conexión telefónica se estropeó en el momento decisivo. La artillería en esta situación hubiera podido dar buen apoyo al difícil ataque a cargo del Destacamento Rommel.

La complicada situación después de la exitosa ruptura de la línea fue manejada por medio de la compañía de reserva. El empuje contra el flanco y retaguardia del enemigo superior rápidamente alteró el equilibrio en nuestro favor. En este sentido el «horario de ataque» dado al destacamento de Jung con antelación demostró ser sumamente valioso, ya que ni siquiera Jung seguía en contacto con nosotros.

A los rumanos en desbandada no sólo se les disparó, sino que unidades del Destacamento Rommel fueron inmediatamente enviadas en estrecha persecución que fue pronto detenida por fuerzas hostiles de retaguardia en posiciones dominantes.

Mientras las agotadas tropas de asalto descansaban, una escuadra de exploradores reconoció las rutas de aproximación hasta las posiciones en la cumbre del Monte Cosna. De nuevo la línea telefónica se mostró de lo más útil.

La penetración en la posición hostil al mediodía, así como la penetración en la posición en la cumbre al atardecer, tuvieron lugar sin apoyo de artillería o ametralladoras pesadas desde posiciones retrasadas. Sólo las ametralladoras situadas en la primera línea de las tropas de asalto cubrieron la brecha con su fuego. Una vez más el fuego de las guarniciones enemigas de las posiciones fue desviado hacia escuadras de granaderos. Las pérdidas en lo que fue en sí la ruptura de la línea fueron extremadamente pequeñas.

Las guarniciones de las posiciones rumanas a retaguardia acogieron a las tropas en retirada tanto después de la ruptura a mediodía como tras la captura de la cumbre de Monte Cosna y detuvieron nuestra persecución.

V. Combate del 12 de agosto de 1917

La luna salió poco después de medianoche y las escuadras de exploración enviadas hacia el Destacamento de Gössler informaron que su unidad estaba situada con su flanco izquierdo a unos ochocientos metros al sureste de la cumbre de Monte Cosna. Había sufrido fuertes pérdidas y solicitaba urgentemente apoyo porque el enemigo estaba a quinientos metros de distancia y ocupaba posiciones muy fuertes.

A la una de la madrugada salí de reconocimiento con algunos de mis oficiales a fin de examinar el terreno de vanguardia de la mitad derecha de nuestra posición. Quería cerrar la brecha entre el Destacamento Gössler y mi flanco derecho con una compañía antes del alba, y también quería adelantar mi propia posición hasta quedar a distancia de ataque de las

posiciones enemigas al este de Monte Cosna; pero el *Major* Sprösser no estuvo de acuerdo con eso. Ordenó que los dos batallones bávaros rompiesen la línea a través de las posiciones hostiles al nordeste de Monte Cosna al amanecer, mientras unidades del Batallón de Montaña de Württemberg bajo mi mando seguían a los bávaros en segunda línea, preparados para explotar una ruptura exitosa hasta Nicoresti.

Incluso antes de que amaneciese el día empezamos a recibir fuego de artillería pesada desde el suroeste, esto es, desde atrás a la izquierda. Venía desde las alturas en el otro lado del valle de Slanic. Su efecto de fragmentación era pequeño, pero los obuses abrían cráteres de seis a ocho metros de diámetro y cerca de tres metros de profundidad en el blando suelo arcilloso. Terrones de tierra caían en un área de cien metros de diámetro. Dormir era imposible y teníamos que trasladarnos cada vez que los impactos empezaban a caer demasiado cerca. El fuego aumentó y otras baterías hacia el este y norte escogieron Monte Cosna como su objetivo, con el resultado de que las cosas alrededor de la cumbre se volvieron de lo más desagradables e incómodas.

Poco antes del alba, dos batallones *Honvéd* que habían sido agregados al *Major* Sprösser, llegaron a la cumbre. Uno de ellos desplegó nada más llegar, pasó a través de mi Destacamento y sin órdenes pasó a atacar las posiciones rumanas al este de nuestra posición. Sufrió duras pérdidas y aumentó el fuego de artillería hostil.

Quedé muy aliviado cuando dirigí mi Destacamento, que consistía en las 5.ª, 3.ª y 2.ª Compañías, la 3.ª Compañía de ametralladoras, una Compañía de fusiles *Honvéd* y una Compañía de ametralladoras *Honvéd* fuera de las zonas amenazadas. Los dos batallones bávaros habían salido por delante de nosotros a fin de ejecutar su misión de penetrar a través de la posición rumana al nordeste de Monte Cosna para el alba. Una ruptura exitosa abriría el camino hacia las llanuras y apresuraría el colapso del frente de montaña rumano al sur y norte del valle de Ojtoz.

Cruzamos la ladera oeste del Monte Cosna en una larga columna unos seiscientos metros por debajo de la cumbre, y nos vimos a menudo en peligro por obuses rumanos de calibres variados que caían por todas partes a nuestro alrededor de un modo imprevisible. Marchar al fresco de la

mañana nos hizo sentir muy animados. Después de una hora de marcha a través de maleza poco densa sobre una ladera pronunciada, llegamos al cordal que descendía desde la cumbre del Monte Cosna (Cota 788) hacia la Cota 491. Altos abetos cubrían la acusada pendiente nordeste y abajo a la izquierda había pequeños tramos de un bosque de abetos continuo. A través de los abetos obtuvimos una vista de pájaro de las posiciones rumanas al nordeste de Monte Cosna, que los dos batallones bávaros tenían que penetrar; consistían en trincheras cuidadosamente organizadas con anchos obstáculos continuos por delante. Numerosas trincheras de comunicación llevaban más allá del cordal pelado hasta la zona arbolada en la ladera este. Entre nosotros y la posición enemiga había una cañada que se ensanchaba hacia el noreste y cuyas laderas estaban cubiertas con maleza y robles achaparrados.

Por el momento las posiciones enemigas no eran nuestras. De trescientos cincuenta a quinientos metros al norte de nosotros, vimos unidades de los batallones bávaros en la ancha cañada justo en frente de las posiciones rumanas, empeñadas en una dura lucha con las guarniciones de las posiciones.

Rebasamos a un grupo de heridos del 18.º Regimiento de Infantería de la Reserva y escuchamos que no todo iba bien allí arriba. Su batallón de cabeza había chocado contra la posición enemiga repentinamente y había sufrido duras pérdidas (alrededor de trescientos heridos) a manos del fuego de armas ligeras, con el resultado global de que la penetración de la posición hostil había fracasado.

Basándome en este informe, ordené a mi Destacamento que rompiese filas y descansase y telefoneé al *Major* Sprösser que las líneas habían sido tendidas, y le informé en lo concerniente a la situación al norte de Monte Cosna. A la vista del fracaso de los bávaros, mi opinión era que sería necesario apoyo de artillería si íbamos a tomar las fuertes y bien construidas posiciones al noreste de Monte Cosna. Se acordó el apoyo de artillería para el ataque, pero no había observador de artillería disponible y yo me ofrecí para corregir el fuego, dado que mi localización actual era un excelente puesto de observación.

Examinamos la posibilidad de bajar a la depresión sin ser observados pero no pudimos encontrar ninguna ruta de aproximación disimulada, ya que los árboles estaban demasiado espaciados. Corregí mi primer fuego de artillería a las 11.30 y en aquel momento mi Destacamento comenzó su descenso en columna de a uno con intervalos de veinte pasos entre hombres. Mi intención era tender una corta pero intensa concentración de artillería y después entrar violentamente en la posición quinientos metros al nordeste de la cumbre de Monte Cosna.

La corrección del tiro resultó ser un proceso lento, pero finalmente conseguí poner el centro de impactos de una batería de obuses austriaca en el centro de las posiciones rumanas, sólo para oír que toda la artillería había recibido orden de cesar el fuego para el resto del día a causa de cambios de posición y escasez de munición. Mientras tanto, el Destacamento Rommel alcanzó la parte sureste de la depresión a pesar de un vivo fuego de artillería rumano, ya que el enemigo no había pasado por alto el descenso de setecientos hombres. Estábamos entre macizos de arbustos a unos trescientos metros de los obstáculos enemigos y fuera de su línea de visión. Un hombre fue herido levemente durante el descenso. Yo bajé hasta el Destacamento y descubrí que se había tendido cable telefónico.

La situación no parecía muy prometedora y atacar a un enemigo alertado sin el adecuado apoyo de artillería no tenía sentido, ya que las posiciones rodeadas de alambradas eran demasiado fuertes. Un repliegue a la luz del día por la acusada pendiente nordeste de Monte Cosna era igualmente poco atractivo a la vista de la excelente observación del enemigo y su capacidad de castigarnos severamente con fuego de artillería y ametralladora. Los hombres podían bajar corriendo por la ladera, pero se moverían muy lentamente colina arriba y ofrecerían excelentes blancos para la artillería y ametralladoras rumanas. Si el enemigo decidía batir nuestra depresión con fuego de artillería y de mortero de trinchera sería inevitable sufrir fuertes pérdidas.

A pesar de la desfavorable situación, decidí atacar las posiciones rumanas sin apoyo de artillería. ¡Sabía que mis hombres podían hacerlo y era mejor ser martillo que yunque! Diestras escuadras de exploración reconocieron los obstáculos enemigos y las posiciones tras ellos. A fin de

entrar con rapidez bajo el previsible fuego de artillería hostil, hice subir al Destacamento a través de los matorrales hasta doscientos metros de la posición enemiga e hice mis preparativos para el ataque en las pequeñas torrenteras de aquella zona. Las compañías de ametralladoras encontraron algunas posiciones más arriba en la ladera de la derecha desde las que podían lanzar fuegos de acompañamiento. Los resultados del reconocimiento no fueron desfavorables y el enemigo no dio señal de haberse percatado de nuestras intenciones ofensivas. Estaba precisamente a punto de ordenar a las dos compañías de ametralladoras que se desplazasen a las posiciones que habían reconocido, cuando la siguiente orden llegó por el teléfono desde el *Major* Sprösser:

«Los rusos han roto el frente en el valle de Slanic al norte, y están ahora a punto de aparecer a nuestra espalda. El Destacamento Rommel y los dos batallones bávaros deben retirarse inmediatamente al cerro a ochocientos metros al oeste de Monte Cosna».

La plana del Grupo estaba dirigiéndose allí y a mí se me ordenó transmitir esta orden al 1.er y 3.er Batallones del 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva, y cubrir su retirada.

¡Una mala situación!

En mi opinión, la maniobra más difícil era la retirada a la luz del día desde la cañada a plena vista del enemigo. Si el enemigo descubría nuestros movimientos, se aseguraría de alcanzarnos con fuego de ametralladora y artillería, y probablemente lanzaría un ataque que nos costaría demasiadas bajas. Los rusos me preocupaban menos, porque tenía la esperanza de llegar al cordal antes de que ellos lo hicieran. Mi plan alternativo, en caso de fallo, era una rápida y porfiada acometida para hacerlos salir del cordal.

Bajo el mando del *Leutnant* Werner del Batallón de Montaña de Württemberg, ordené a las dos compañías *Honvéd* que ascendiesen la pendiente nordeste de Monte Cosna (ahora envuelta en sombra), con la misión de alcanzar la cumbre. Con las cuatro compañías restantes, yo mismo busqué el mejor camino a través de la maleza, primero en dirección a la Cota 491, después hacia la Loma del Cuartel General. Poco antes de que alcanzásemos la Cota 491, unos pocos hombres fueron ligeramente heridos por fuego de ametralladora rumano.

Una vez en las inmediaciones de la Cota 491, ordené a la 3.ª Compañía que ocupase la parte baja del cordal que discurría entre las Cotas 788 y 491 con el encargo de que estableciesen contacto con los dos batallones bávaros. Había enviado un oficial para informar a los bávaros de las órdenes recibidas del Grupo Sprösser. Desafortunadamente, la conexión telefónica con los cuarteles generales del Grupo había sido interrumpida. Por casualidad, sin embargo, escuché una conversación acerca de la Cota 491 que indicaba qué acontecimientos más recientes habían llevado al *Major* Sprösser a tomar una visión más favorable de la situación.

Por consiguiente desplacé a la 2.ª Compañía por el camino más corto al cordal que llevaba hacia el norte desde la Loma del Cuartel General. La compañía tenía que organizar el cordal seiscientos metros al norte de la Loma del Cuartel General y proveer seguridad y reconocer en la dirección del valle de Slanic. Ordené a todas las unidades, excepto la 3.ª Compañía, que marchasen a la Loma del Cuartel General mientras yo permanecía con la 3.ª Compañía. En el transcurso de la siguiente hora ambos batallones bávaros consiguieron alejarse por sí mismos del enemigo con éxito.

Tan pronto como vi que estaban teniendo éxito, tomé la 3.ª Compañía y salí hacia Monte Cosna. Las 1.ª y 6.ª Compañías estaban aún en la cumbre de Cosna, que el creciente bombardeo había convertido en un campo picado por toda clase de cráteres. Dejé a la 3.ª Compañía en la cumbre como refuerzo para la guarnición, me presenté en la Loma del Cuartel General, y pedí permiso para ir al hospital, ya que estaba completamente exhausto y no me sentía en condiciones de continuar al mando. El vendaje en mi brazo izquierdo no había sido cambiado desde la mañana, y así entregué el mando de mis compañías y fui a tomar un descanso cerca del cuartel general. Era una tibia noche de verano oscura como el carbón.

Capítulo 9

Operaciones ulteriores en el Monte Cosna

I. La defensa, 13-18 de agosto de 1917

Poco antes de la medianoche, el Major Sprösser me convocó a su cuartel general donde encontré un gran número de oficiales. El Major Sprösser me dijo que la situación era de lo más desfavorable. Informes de unidades aisladas de la 70.ª División Honvéd (3.er Escuadrón de los Ulanos Imperiales y Reales, 1.er Escuadrón, Dragones Imperiales y Reales y 1.ª Compañía Honvéd) nos daban cuenta de que durante la tarde potentes fuerzas rusas y rumanas habían penetrado a través de la división en y hacia el norte del valle de Slanic y se estaban preparando para moverse hacia el sur contra el macizo Monte Cosna-Ungureana. Teníamos que contar con el supuesto de que, bajo ciertas condiciones, el Grupo Sprösser podría ser copado, ya que no teníamos tropas a nuestra retaguardia antes del Ungureana. Se me pidió que expresase mis puntos de vista.

Mi opinión era que un ataque nocturno contra la línea Monte Cosna-Ungureana era de lo más improbable, y que el ataque más temprano vendría al amanecer que estaba a solo cuatro horas. Con los cinco batallones del grupo consideré posible mantener la línea Monte Cosna-Ungureana contra todo aquel interesado, ya que la conservación de esta posición era vital para la situación general. Bajo ninguna circunstancia rendiría yo el territorio tomado con tanta inventiva, pericia y sangre, simplemente por unos informes alarmantes.

Propuse que el siguiente reagrupamiento se efectuase sin demora:

«El Batallón de Montaña de Württemberg asume la defensa de Monte Cosna, Loma del Cuartel General, y el cordal hasta la Cota 674. Los otros

batallones del grupo ocupan y mantienen el cordal entre 674 y Ungureana. Todas las unidades hacen avanzar a elementos de reconocimiento y seguridad hacia el valle de Slanic».

Para el despliegue del Batallón de Montaña propuse:

«Puestos avanzados de combate, una sección de tiradores reforzada con ametralladoras ocupa la porción sur de Monte Cosna. La cumbre cubierta de cráteres no es ocupada. Reconocimiento hacia el sureste y este. Una sección y una sección de ametralladoras pesadas ocupan la Loma del Cuartel General e impiden que el enemigo ocupe la cumbre de Monte Cosna. Una compañía de fusiles ocupa cada uno de los dos cordales que descienden hacia el norte entre Monte Cosna y la Cota 674. Reconocimiento y seguridad hacia el norte. Todas las compañías restantes quedan concentradas justo al suroeste de la Loma del Cuartel General y son mantenidas a disposición del comandante».

El *Major* Sprösser aceptó mis recomendaciones y me instó, ya que yo había tomado el terreno al ataque, a defender el sector del Batallón de Montaña de Württemberg. La gravedad de la situación, la preocupación por mis tiradores de montaña, y por último, pero no por ello menos importante, el estímulo que representaba la difícil tarea, me llevaron a echarme al hombro esta nueva carga.

Órdenes orales del Grupo iniciaron el reagrupamiento que fue ejecutado sin más dilación. Contaba con lo siguiente para la defensa del sector Monte Cosna: 1.ª, 2.ª, 3.ª, 5.ª y 6.ª Compañías de fusiles, y la 3.ª Compañía de ametralladoras del Batallón de Montaña de Württemberg, y la 3.ª Compañía de ametralladoras del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva con seis ametralladoras pesadas.

La plana del Grupo se retiró entonces al bosquecillo de robles junto a la curva de la carretera de montaña a un kilómetro y medio al nordeste de Ungureana. Con mis jefes de compañía, discutí en profundidad la situación general así como las misiones del Batallón de Montaña de Württemberg en particular. Emití entonces las siguientes órdenes en rápida sucesión:

«La 3.ª Compañía se traslada inmediatamente desde Monte Cosna a la Loma del Cuartel General y envía una sección sin mochilas, pero reforzada por seis ametralladoras ligeras de la 3.ª Compañía del 11.º Regimiento de

Infantería de la Reserva, a relevar a la 1.ª Compañía en Monte Cosna. Esta sección (reforzada) ocupa el boscoso cordal sur y reconoce hacia la posición hostil al este de Monte Cosna. En caso de ataque, la sección mantiene su posición tanto tiempo como sea posible y se retira sobre la Loma del Cuartel General solo si se ve amenazada de ser rodeada. Daré instrucciones orales al jefe de la sección más adelante».

«Otra sección de la 3.ª Compañía, así como la sección de ametralladoras pesadas de Albrecht, se atrincheran en la Loma del Cuartel General de modo que puedan cubrir el campo de cráteres en Monte Cosna y la ladera oeste por el fuego. Evitarán que el enemigo atraviese la parte desnuda de Monte Cosna de día y amenace los puestos avanzados de combate en el flanco izquierdo».

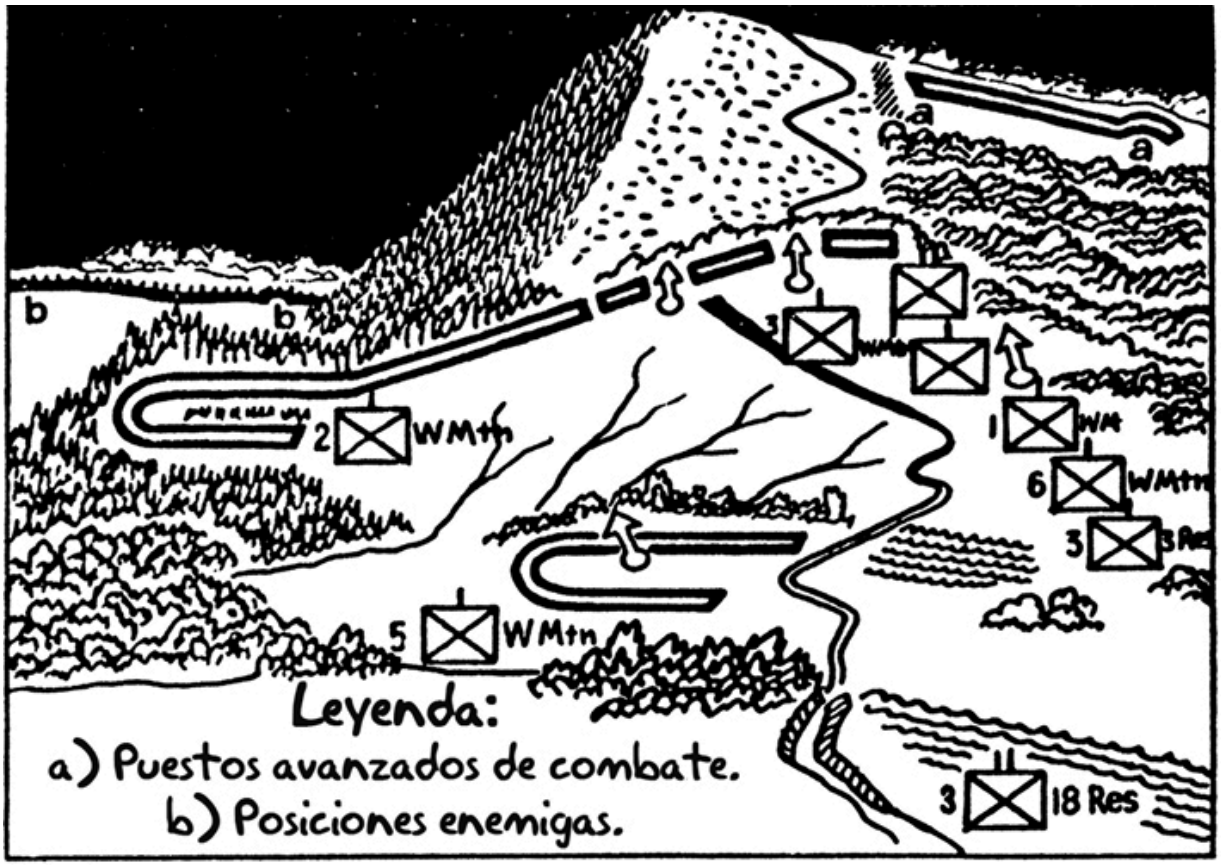
«La 2.ª Compañía ocupa la pequeña loma setecientos metros al norte de la Loma del Cuartel General (más tarde bautizada Loma Rusa), reconoce hacia el valle de Slanic y mantiene contacto nocturno con los puestos avanzados de combate en Monte Cosna por medio de escuadras de exploradores. La compañía encenderá grandes fogatas en la ladera noroeste de Monte Cosna a fin de engañar al enemigo y distraer su fuego de artillería. Estos fuegos serán avivados toda la noche».

«La 5.ª Compañía, reforzada por una sección de ametralladoras pesadas ocupa la loma a ochocientos metros al nordeste de la Cota 674, y se prepara para una defensa circular. Reconocerá hacia el valle de Slanic y mantendrá contacto con la 2.ª Compañía y las tropas vecinas alrededor de la Cota 674, y Piciorul. Para engañar al enemigo y desviar su fuego de artillería, la compañía enciende grandes fuegos en la depresión a ochocientos metros al noroeste de la Loma del Cuartel General y los mantiene ardiendo toda la noche».

«Una sección de la 3.ª Compañía, la sección de ametralladoras de Aldinger, las 1.ª y 6.ª Compañías del Batallón de Montaña de Württemberg, y la 3.ª Compañía del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva pasan a zonas de reserva entre la Loma del Cuartel General y la pendiente descendiente a cuatrocientos metros hacia el suroeste. Seguridad y reconocimiento en la dirección de Grozesti. Órdenes más detalladas serán distribuidas más adelante».

«Puesto de mando del Destacamento sesenta metros al oeste de la Loma del Cuartel General. La sección de comunicaciones tiende conexión telefónica hasta los puestos avanzados de combate y las 2.ª y 5.ª Compañías».

Mientras los mandos repetían sus órdenes comenzó una gran actividad. Los bávaros y *Honvéd* se retiraron seguidos por las compañías del Batallón de Montaña de Württemberg. Dormir no entraba en el programa, ya que había que impartir órdenes individuales sobre el terreno para enfrentarse a situaciones particulares. Llevó tres horas desplegar a las compañías en sus nuevas posiciones. Las hogueras en Monte Cosna y en la depresión al noroeste de la Loma del Cuartel General ardían, y el contacto con las distintas unidades había sido establecido. Las unidades de reserva descansaron mientras aquéllas en posición se atrincheraban. Los destacamentos de reconocimiento no dieron novedades alarmantes.



Croquis 29: Posiciones en Monte Cosna. 13 de agosto de 1917.

Mi plana consistía en el *Leutnant* Schuster como ayudante y el *Leutnant* Werner como oficial administrativo. Hacia las cinco de la mañana llegaron algunos observadores de artillería (incluyendo al teniente húngaro Zeidler) y yo fui con ellos hasta el puesto avanzado de combate en Monte Cosna. Llegábamos a la sección de Allgauer (3.ª Compañía) justo cuando el sol estaba alzándose por encima del horizonte. De acuerdo a las órdenes, Allgauer había apostado a su sección en el agudo cordal que llevaba hacia el sur desde la cumbre del Monte Cosna. La posición estaba organizada de modo que tuviera su flanco sobre la linde del espeso bosque a unos doscientos metros al sur de la cumbre (Cota 788). Las posiciones rumanas eran visibles a través de la bruma, y estaban sobre un cordal pelado de unos 100 metros de ancho y a unos ochocientos metros de distancia. Vimos los rayos del sol reflejados contra los cascos de la numerosa guarnición, pero no había disparos y los hombres, que no habían tenido descanso, estaban dormidos en sus recién excavados pozos de tirador, dejando solo a los centinelas para mantener una aguda vigía en la dirección del enemigo. La ladera frente a la posición de la sección caía abruptamente hacia el este y estaba cubierta con zarzas de poca altura. El cordal en sí, así como su pendiente occidental, estaban cubiertos con grandes árboles y tenía poca o ninguna maleza protectora.

Mientras discutía barreras de emergencia y tiros de hostigamiento con los observadores de artillería, los distintos centinelas informaron: «Los rumanos están dejando sus posiciones en guerrilla y están avanzando hacia Monte Cosna». Poco tiempo después un violento fuego de ametralladora rumano fue dirigido contra la línea de la cresta de Monte Cosna, y la artillería pesada empezó a disparar contra la Loma del Cuartel General. Me puse al aparato con nuestra artillería y solicité fuego de hostigamiento sobre las posiciones rumanas al este de Monte Cosna, desde las que un creciente número de tropas estaba poniéndose en marcha hacia nosotros. En el ínterin llegó este informe: «Numeroso enemigo localizado justo a vanguardia de la línea de puestos avanzados de combate y está escalando el cordal por la derecha». La detonación de numerosas granadas de mano, vivo fuego de mosquetón y ametralladora confirmaron este informe. Estábamos pagando el justo castigo por unas medidas de seguridad inadecuadas en la

pronunciada ladera oriental. Por teléfono ordené a la sección de reserva de la 3.ª Compañía y a la sección de ametralladoras de Aldinger que avanzasen a la carrera para reforzar los puestos avanzados de combate. Esta orden fue seguida por una solicitud al Grupo de barreras de emergencia. Hice una gira por las líneas del frente y descubrí que los rumanos habían asegurado una cabeza de puente en el cerro y estaban lanzando tiro de enfilada sobre nuestros puestos avanzados de combate. Todos los ataques frontales habían sido rechazados y nuestra artillería estaba destrozando a los numerosos refuerzos rumanos sobre la desnuda ladera. A la izquierda, el nutrido fuego de ametralladora y fusil proveniente de la Loma del Cuartel General impedía a los rumanos cruzar tanto la cumbre como la ladera noroeste del Monte Cosna. Este fuego protegió también a nuestros puestos avanzados de combate en el flanco izquierdo.

Ordené al *Vizefeldwebel* Allgauer que mantuviese la posición a cualquier precio hasta la llegada de refuerzos, y volví corriendo para acelerar la marcha de éstos. Proyectiles de grueso calibre estaban impactando aún en la Loma del Cuartel General, donde encontré a las dos secciones preparándose para ponerse en camino y salimos a la carrera. ¡El ruido de la batalla había aumentado considerablemente pero esperábamos que Allgauer estuviera resistiendo!

En el collado entre la Loma del Cuartel General y Monte Cosna nos encontramos con varias dotaciones de ametralladora ligera de la 3.ª Compañía, 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva, que eran parte de la sección de Allgauer. Al parecer las cosas se habían puesto demasiado animadas para ellos en primera línea; les traté con escasa consideración y los llevé conmigo.

Unos cien metros al este del collado vimos a toda la sección de Allgauer viniendo hacia nosotros. Éste informó de que grandes cuerpos rumanos habían ascendido presionado por la pendiente y que éstos y el fuerte fuego desde abajo a la derecha les había impulsado a abandonar la posición.

Yo no contemplaba de ningún modo rendir el Monte Cosna a tan bajo precio, y organicé mis fuerzas para un contragolpe. El *Leutnant* Aldinger tomó dos ametralladoras pesadas y entró en posición en los bosques a la izquierda y mantuvo al cordal, hasta ahora ocupado por la sección de

Allgauer, bajo un fuego constante. Simultáneamente nosotros escalamos el cordal y pasamos a través de los densos arbustos antes de alcanzar la línea de la cresta. Habiendo llegado allí, nos lanzamos a la carga y barrimos al sorprendido enemigo de la cresta y lo expulsamos monte abajo hacia el este; también tomamos el promontorio abajo a la derecha.

Pero los rumanos eran tenaces y no cejaron. Escuchamos claramente las órdenes de los líderes enemigos abajo en la arqueada pendiente, y pronto empezaron en varios puntos enconadas batallas con bombas de mano. La pendiente era tan pronunciada que nuestras granadas de mano no estallaban entre los rumanos que permanecían dispuestos a atacar a 110 metros por debajo de nosotros, sino que en realidad caían aún más lejos antes de detonar. Alcanzar al enemigo con un mosquetón significaba exponer cabeza y hombros, un procedimiento de lo más desventajoso a aquellas cortas distancias. Las pérdidas empezaron a crecer y el Dr. Lenz tuvo mucho trabajo que hacer en la primera línea.

Los tiradores de montaña combatieron con ejemplar bravura; muchos heridos regresaban a la línea de fuego después que sus heridas fueran vendadas. Todas las cabezas de puente rumanas sobre el cerro fueron inmediatamente aniquiladas por contraataques, montados por el grupo más cercano de tropas de montaña. La dura batalla, con numerosas bajas, duró varias horas y la munición y las granadas de mano fueron escaseando poco a poco mientras el fuego de artillería hostil contra la Loma del Cuartel General aumentaba. La conexión telefónica entre la Loma del Cuartel General y la posición de combate avanzada fue cortada por un disparo. Si quería aferrarme a mis posiciones de combate avanzadas, entonces había llegado el momento de reforzarlas con fuerzas adicionales, munición y granadas de mano. A fin de acelerar las cosas (faltaba comunicación telefónica), puse al *Leutnant* Stellrecht, el jefe de la 3.ª Compañía, al mando y le ordené que resistiese a toda costa mientras yo volvía a toda prisa a la Loma del Cuartel General, donde encontré la siguiente situación: La sección de la 3.ª Compañía y la sección de ametralladoras pesadas de Allbrecht habían gastado casi toda su munición contra el enemigo, que estaba amenazando el flanco izquierdo de las avanzadillas desde el campo de cráteres en Monte Cosna. Mis compañías de reserva (1.ª y 6.ª Compañías

del Batallón de Montaña de Württemberg, así como la 3.ª Compañía del 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva), habían ocupado la ladera sur de la Loma del Cuartel General por su propia iniciativa debido a que se había informado de potentes fuerzas enemigas ascendiendo hacia la Loma del Cuartel General a través de las gargantas desde Grozesti.

Croquis 30: Defensa de Monte Cosna. 13 de agosto de 1917.

Antes de que tuviera unidades de esas compañías listas para ser usadas, recibimos informes de que potentes fuerzas rumanas estaban avanzando

tanto desde el sur como desde el norte contra el collado entre la Loma del Cuartel General y Monte Cosna, y que los puestos avanzados de combate habían abandonado Monte Cosna y se estaban retirando sobre la Loma del Cuartel General. En los siguientes minutos (aún no tenía hombres a mi disposición), el ruido de la batalla se aproximó peligrosamente cerca de la Loma del Cuartel General. Los tiradores de la 3.ª Compañía se estaban retirando sobre la Loma duramente presionados por un enemigo superior y agresivo. Trajeron de vuelta sus muertos y heridos (incluido el *Leutnant* Hummel), ya que no tenían intención de permitir que nadie vivo o muerto cayera en manos del enemigo. Bombas de mano y munición de ametralladora se habían agotado, la munición de mosquetón escaseaba y se habían visto amenazados de ser envueltos por ambos flancos.

La carencia de munición y granadas de mano hacía muy difícil detener el ataque de las masas rumanas contra la Loma del Cuartel General. Los servidores de ametralladora pesada tuvieron que defender sus posiciones con pistolas y granadas de mano, y los pocos enlaces de mi plana fueron empleados en puntos amenazados. Un violento combate tronaba a lo largo de todo el frente. En aquel momento descubrí gran número de rumanos en la parte arbolada de la depresión, setecientos metros al noroeste de la Loma del Cuartel General. Informé a las 2.ª y 5.ª Compañías por teléfono respecto al nuevo peligro que amenazaba sus flancos y retaguardia.

Por todo el sector se estaban produciendo violentos combates pero una retirada era imposible. ¿Qué pasaría en la Loma del Cuartel General cuando la munición se agotase completamente? Con esta posición dominante en manos enemigas, el batallón entero estaría en una situación de lo más precaria y toda nuestra defensa se vendría abajo. No podíamos permitir que aquello ocurriese. Aún existía conexión telefónica con el Grupo y describí nuestra crisis actual y solicité urgentemente refuerzos inmediatos incluidos armas ligeras y munición. Subrayé el hecho de que no había tiempo que perder. Las angustias de la siguiente media hora fueron indescriptibles, pero en el último minuto las 11.ª y 12.ª Compañías, 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva, y una sección de ametralladoras pesadas llegaron en nuestra ayuda. La 12.ª Compañía con la sección de ametralladoras entró en posición sobre la Loma del Cuartel General y yo retuve a la 11.ª

Compañía en reserva sobre la ladera, trescientos metros al oeste de la Loma del Cuartel General, donde también situé el puesto de mando del Destacamento. Desde allí tenía una excelente perspectiva de todo el campo de batalla.

Usé la compañía de reserva para reabastecer a las posiciones de primera línea con munición y granadas de mano. Todas las tropas que no estaban de hecho disparando sobre el enemigo manejaban sus útiles con gran vigor. El fuego de ametralladora desde posiciones dominantes en el Monte Cosna era de lo más molesto para aquellos sobre la Loma del Cuartel General y el cordal. Retiré a la sección de ametralladoras pesadas de Aldinger de la primera línea y la puse en una zona de defensa en la vecindad del puesto de mando del Destacamento. Más aún, establecí repuestos de munición y puse mi sistema de abastecimiento en orden.

La batalla por la Loma del Cuartel General y Loma Rusa continuó durante horas sin pausa. El enemigo arrojó repetidamente nuevas fuerzas contra nuestras tenues líneas, y las concentraciones de artillería rumana sobre la ladera justo al oeste de la Loma del Cuartel General impedían el contacto con la primera línea y cortaban nuestras conexiones telefónicas. Pero los bávaros y württembergueses en primera línea de fuego mantuvieron sus posiciones, y nuestra propia artillería hizo un buen trabajo en el transcurso del día al darnos barreras de emergencia en todos los puntos amenazados. Sus obuses aclararon las filas de los rumanos que permanecían dispuestos en masas compactas en sus líneas de partida.

Para contrarrestar la numerosa fuerza enemiga que se arremolinaba en aquel momento en la depresión a ochocientos metros al noroeste de la Loma del Cuartel General, pedí la cooperación de varias baterías para preparar barreras de saturación, mantenerlas listas para usarlas, y dispararlas a una señal, lo que podía hacerse en cuestión de minutos. A pesar de la excelente cooperación artillera, yo aún carecía de observadores en primera línea y también me faltaba comunicación telefónica con los puestos de mando de la artillería.

Para el mediodía había montones de rumanos muertos y heridos delante de la Loma del Cuartel General, pero la 12.ª Compañía del 18.º de Infantería había sufrido también duramente y tuvo que ser completada con

elementos de la 11.ª Compañía. Más tarde aún más elementos de la 11.ª Compañía tuvieron que ser incorporados para rellenar los huecos en la 2.ª Compañía de Montaña.

Las disposiciones defensivas en las Lomas del Cuartel General y Rusa incluían pequeñas guarniciones de la línea del frente, con fuertes grupos de contraataque reunidos a cubierto en las inmediaciones de las porciones más amenazadas de la posición, con la misión de expulsar inmediatamente al enemigo de cualquier punto donde éste consiguiese abrir brecha. Este tipo de defensa se prestaba a nuestro terreno específico.

Por la tarde, la 10.ª Compañía del 18.º de Infantería llegó como refuerzo adicional y les ordené que cavasen una trinchera de comunicación desde la Loma del Cuartel General hasta el puesto de mando del Destacamento. Los rumanos trasladaron su principal ataque contra la Loma Rusa. Allí, la sección de Hügel se había organizado por sí misma para una defensa en todas direcciones en algunas viejas posiciones rumanas, y fue duramente golpeada desde el norte y el este por un enemigo que la superaba en número diez a uno. El enemigo trató repetidamente de recuperar las posiciones cuya instalación le había costado semanas de trabajo. La sección de ametralladoras pesadas de Aldinger en el puesto de mando del Destacamento echó a perder todos los ataques enemigos desde el oeste contra la sección de Hügel, y la 2.ª Compañía conservó gallardamente su posición.

La batalla bramó con furia no disminuida y casi sin interrupción hasta última hora de la tarde. Por tercera vez ordené que se reaprovisionase a la primera línea de munición y granadas de mano. A través de las nubes de humo de nuestros obuses de gran calibre (se usaron piezas de hasta 305mm en los fuegos defensivos), vimos más y más tropas rumanas frescas descendiendo por las laderas del Monte Cosna en nuestra dirección. Cuando la 2.ª Compañía informó de que se había visto reducida hasta tal punto que se veía obligada a retirarse de la Loma Rusa, envié a los elementos restantes de la 11.ª Compañía del 18.º de Infantería en su apoyo. Al mismo tiempo ordené a dos secciones de ametralladoras pesadas que se preparasen para ejecutar un tiro de destrucción sobre Loma Rusa. Cuando estos preparativos estuvieron completados, ordené a la 2.ª Compañía que abandonase Loma

Rusa rápidamente. Como era de esperar, las fuerzas hostiles subieron al asalto por la desnuda loma en una densa formación; en el mismo instante en que la alcanzaron el tiro de destrucción de las secciones de ametralladoras pesadas impactó entre ellos y los segó como mieses maduras. En plena fuga, los supervivientes huyeron de la peligrosa loma y poco después la reforzada 2.ª Compañía volvía a adueñarse de ella y se le permitió un pequeño respiro.

Algo más tarde las fuerzas rumanas, que habíamos estado observando durante horas en la depresión a ochocientos metros al noroeste de la Loma del Cuartel General, empezaron a moverse subiendo por la ladera hacia el sur. El fuego de artillería preparado con antelación empezó a disparar y tuvo un excelente efecto; rechazó al enemigo de vuelta a los bosques más bajos. Así, el fuego de fusil y ametralladora preparado para la recepción de este enemigo por las 2.ª, 12.ª y 5.ª Compañías y las tres secciones de ametralladoras pesadas fue innecesario.

Durante la batalla, mensaje tras mensaje llegaba desde la línea del frente. El ayudante y el oficial administrativo tenían todo lo que podían manejar y ejecutaban precipitadas solicitudes de tiros de protección, manteniendo el abastecimiento de munición, abastecimientos de combate y raciones así como manteniendo al *Major* Sprösser informado sobre los últimos acontecimientos. Se tendieron líneas de cable telefónico dobles hasta los puntos más amenazados y hasta el puesto de mando del *Major* Sprösser y fueron mantenidas en buen estado por los incansables hombres de transmisiones, un trabajo de lo más peligroso a la vista del casi continuo fuego de ametralladora y artillería que no dejaba de peinar la zona.

A pesar de las pérdidas más severas, los rumanos continuaron sus ataques hasta entrada la noche, pero no pudieron ganar ni un palmo de terreno. Cuando el ruido de la batalla fue apagándose en la noche, escuchamos los gemidos y lamentos de los heridos a lo largo de todo el frente. Dispararon sobre nuestros camilleros cuando trataban de ayudar a algunos de los desafortunados, y tuvieron que regresar sin llevar a cabo su misión.

En mi opinión, el enemigo volvería a repetir sus ataques el 14 de agosto con un uso aún más enérgico de la artillería y de las fuerzas frescas de

infantería. Tan serias pérdidas como habíamos sufrido el 13 de agosto no podían repetirse. Por lo tanto, ordené que se empleasen las cortas horas de la noche en fortificar nuestras posiciones y reorganicé la defensa en varios lugares. Con los jefes de compañía y sección, algunos de los cuales tenían poca experiencia en este tipo de combate, establecí el trazado de la línea de resistencia principal sobre el terreno y prescribí el tipo de construcciones que debían hacerse en las instalaciones defensivas. Durante la noche habían de despejarse los campos de tiro en varios puntos; más aún, en la colocación de los nidos de fusil y ametralladoras pesadas, había que tener en cuenta que el enemigo era capaz de cubrirlos desde posiciones dominantes en Monte Cosna. La 223.ª Compañía de Zapadores (Ingenieros) que fue traída al frente y me fue asignada justo antes del ocaso, recibió el extenso trabajo en la Loma del Cuartel General.

Sólo al filo de la medianoche quedaron todas las porciones del amplio sector asignadas a sus unidades respectivas y éstas comenzaron el trabajo inmediatamente. Estaba agotado cuando llegué a mi puesto de mando, pero una comida caliente me reanimó. Dormir no entraba en mis planes. Los heridos tenían que ser atendidos, había que abastecer de munición y granadas a las compañías en primera línea y a los repuestos antes del alba; las provisiones tenían que ser llevadas hasta las compañías individuales; la sección de transmisiones tenía que tender una línea doble hasta el centro de dirección de tiro de la artillería, y después el parte de operaciones del 13 de agosto tenía que ser remitido al Grupo Sprösser.

Terminamos por fin todo este trabajo y sobre las cuatro de la madrugada traté de dormir un poco, pero hacía tanto frío que abandoné la idea; así que tomé al *Leutnant* Werner e inspeccioné el trabajo de la noche a la primera luz del alba. No había tenido la oportunidad de quitarme los zapatos desde hacía más de cinco días y, como resultado, mis pies estaban muy hinchados; aparte, no había tenido oportunidad de cambiar el vendaje de mi brazo izquierdo o cambiar el abrigo manchado de sangre colgado sobre mis hombros y mis igualmente ensangrentados pantalones. Me sentía muy debilitado, pero el peso de la responsabilidad era tal que no consideré la posibilidad de retirarme al hospital.

Al romper el día, el 14 de agosto, una compañía de infantería *Honvéd* con ametralladoras ligeras llegó y les ordené que relevasen a las 1.ª y 3.ª Compañías; puse a ambas en reserva justo al oeste de mi puesto de mando. Las 11.ª y 12.ª Compañías del 18.º de Infantería se habían hecho cargo respectivamente de la posición de la Loma del Cuartel General y la posición a ambos lados de la carretera de montaña. Dejé a la 10.ª Compañía del 18.º de Infantería en su posición en los bosques trescientos metros al oeste de la Loma Rusa. Había adelantado sus elementos de seguridad hacia el norte y noroeste en dirección al valle de Slanic. Estábamos preparados y listos para que la batalla se reanudase.

Durante las últimas horas de la mañana, la artillería rumana bombardeó nuestras posiciones en la Loma del Cuartel General, la carretera de montaña y la Loma Rusa muy activamente, pero causó poco daño. En todos los sectores se siguió trabajando afanosamente y las posiciones fueron mejoradas más aún, así que un potente ataque rumano sobre todo el frente a mediodía fue fácilmente rechazado.

La 2.ª Compañía en la Loma Rusa sufrió mucho por el fuego de una batería rumana situada en una posición descubierta alrededor de un kilómetro y medio de distancia. No teníamos observadores de artillería en nuestro sector y nuestros intentos de corregir el tiro por teléfono fueron infructuosos, y no conseguimos neutralizar esta batería en concreto. El enemigo fortaleció sus posiciones en la ladera oeste de Monte Cosna, y los heridos enemigos siguieron gimiendo y quejándose delante de nuestras líneas. Nuestras propias pérdidas el 14 de agosto fueron leves y el 15 de agosto fue también un día tranquilo. Aproveché estos dos días para hacer que dos delineantes reprodujesen y cuadriculasen un croquis y mapa del terreno de Monte Cosna, que yo había dibujado a escala 1:5000. El comandante de artillería del Grupo y los observadores de artillería recibieron copias; la artillería hizo suficientes copias como para que la distribución incluyese todas las baterías. Un mapa de cuadrícula o croquis facilita mucho la corrección del tiro en terreno montañoso o boscoso, donde es a menudo difícil seleccionar puntos de referencia visibles u objetivos sólo estudiando el mapa. Por ejemplo, yo notificaba a la artillería: «Solicito barrera de emergencia en cuadrículas 65 y 66. —Si el fuego solicitado caía

fuera de éstas, entonces bastaba decir—: Barrera de emergencia solicitada sobre cuadrículas 65 y 66 está en cuadrículas 74 y 75», a fin de llevar rápidamente el fuego a la región deseada. La inteligencia de combate dentro de la propia unidad y grupo quedó considerablemente simplificada. Por ejemplo: «Batería rumana situada en cuadrícula 234a».

La noche del 15 de agosto llegó la Compañía de lanzaminas bajo el mando del *Leutnant* Wöhler, quien hizo un reconocimiento nocturno y comenzó a emplazar sus armas. El *Hauptmann* Gössler vino a primera línea a tomar mi lugar, ya que yo no había tenido reposo en una semana. El mando siguió en mis manos. Por la tarde, la 4.ª Compañía llegó como refuerzo adicional, y yo me encontré al mando de dieciséis compañías y media, o, lo que es lo mismo, con más fuerzas que un regimiento completo.

El 11.º Regimiento de Infantería de la Reserva estaba a nuestra derecha, pero nuestra izquierda estaba colgando en el aire. La Brigada estaba tratando por todos los medios de establecer un frente continuo, pero no había tropas suficientes disponibles para la tarea. La defensa de las pronunciadas y arboladas laderas del valle de Slanic requería una fuerza enorme.

Después de un periodo de calor agobiante, una fuerte tormenta estalló el 16 de agosto y el eco de los truenos resonó por las montañas, acompañado por una lluvia torrencial que caía desde las nubes suspendidas a baja altura. Las posiciones rumanas cubiertas al oeste del puesto de mando dieron abrigo a la plana y las reservas del Destacamento, pero no por mucho, ya que pronto se inundaron y tuvieron que ser abandonadas. Con relámpagos cayendo por todas partes a nuestro alrededor permanecíamos al raso, calados hasta los huesos, cuando una repentina salva de artillería de todos los calibres ahogó el ruido del trueno. En primera línea comenzó un violento fuego de ametralladora y fusil acompañado por explosiones de granadas de mano. ¡Los rumanos esperaban sorprendernos en la tormenta! Empecé a preguntarme si el frente aún resistía o había sido rebasado. La lluvia golpeaba en nuestros rostros en ángulo tan pronunciado que la visibilidad se reducía a unos pocos metros. ¿Debía esperar informes? ¡No! ¡Acción!

La Loma del Cuartel General era el punto crítico, y en unos pocos minutos llegué a un punto justo al oeste de ésta. Conmigo iba la 6.ª Compañía, bayonetas caladas, y lista para contraatacar. Nuestra barrera de emergencia avanzó lentamente batiendo la zona en la que las masas rumanas estaban atacando; una línea de teléfono de campaña nos conectaba con mi plana y así con todos los puntos en el sector. El ataque rumano se desmoronó en todas partes y la noche puso fin a la confusión de la batalla entre la lluvia torrencial. Sólo después de sufrir duras pérdidas en muertos y heridos se retiró el enemigo de la zona de vanguardia de nuestras posiciones.

Al regresar a mi puesto de mando tras la conclusión de la lucha, encontré el lugar donde habíamos montado nuestras tiendas asolado por obuses de grueso calibre. Bajo estas condiciones trasladé el puesto de mando trescientos metros hacia la derecha. Secamos nuestras ropas mojadas sobre nuestros cuerpos al calor de una fogata atendida por prisioneros rumanos. ¡Estábamos de inmejorable humor!

Observaciones: La misión del Batallón de Montaña de Württemberg, el 13 de agosto, de defender zonas del Monte Cosna y el terreno elevado inmediatamente hacia el oeste, era excepcionalmente difícil. Sin contacto en ambos flancos, el batallón tuvo que prepararse para potentes ataques enemigos no sólo por el frente sino también por ambos flancos. Además, el terreno muy irregular y densamente arbolado a ambos lados del pelado cordal favorecía la aproximación enemiga hasta llegar a la distancia de ataque. Más aún, la artillería rumana estaba en posición formando un semicírculo alrededor del Batallón de Montaña de Württemberg.

Bajo estas circunstancias una defensa en gran profundidad y la conservación de fuertes reservas era aconsejable.

Un reconocimiento de combate activo hacia el sur, este y norte fue necesario incluso antes del amanecer, a fin de determinar las intenciones ofensivas del enemigo. Asimismo, el terreno que no podía ser investigado delante de nuestras propias posiciones tuvo que ser mantenido bajo

constante y aguda observación. Allí donde esto no se hizo, como en los puestos avanzados de combate, se experimentaron sorpresas desagradables.

La lucha en los puestos avanzados de combate fue muy difícil. Tenían un campo de tiro protegido en el pronunciado cordal de Monte Cosna que penetraba mucho hacia el interior del despejado territorio hostil, pero la arqueada, pronunciada y densamente forestada ladera en el inmediato primer plano no podía ser cubierta por el fuego. Sus medidas de seguridad fueron inadecuadas. Fue allí donde los rumanos hicieron los preparativos para un ataque diurno con numerosos efectivos. Su ataque fue una completa sorpresa para los puestos avanzados de combate.

El fuego de ametralladora y fusilería desde la Loma del Cuartel General contra la cumbre desnuda y la poco arbolada ladera oeste de Monte Cosna consiguieron proteger el flanco izquierdo de los puestos avanzados de combate durante un tiempo considerable, y fue únicamente cuando la munición se agotó en la Loma del Cuartel General que el enemigo consiguió poner pie en Monte Cosna.

Bajo el apresuradamente organizado apoyo de fuego de una sección de ametralladoras pesadas, fue posible recuperar la última línea de los puestos avanzados de combate sin sufrir demasiadas bajas. En esta ocasión, el fuego y la maniobra de las escuadras de asalto estuvieron en completa armonía.

La lucha a lo largo de la línea de puestos avanzados y por la Loma del Cuartel General son excelentes ejemplos de la rapidez con la que la munición se agota en los puntos críticos del combate. En tales casos (especialmente en las montañas), debe establecerse el reabastecimiento en el momento más temprano posible. A parte de esto, debe estar al alcance del batallón una reserva de munición y armas de combate. El punto de abastecimiento del batallón debe ser constantemente informado sobre las cantidades de munición disponibles en la primera línea y debe poner en marcha el reabastecimiento. El abastecimiento funcionó bien el 13 de agosto en el transcurso de los combates.

Las reservas fueron imperiosamente necesarias durante los duros combates del 13 de agosto; sin ellas, la posición no hubiera podido ser conservada; una y otra vez, las pérdidas en la zona de combate principal tuvieron que ser reemplazadas por reservas. El abastecimiento de munición

y armas de combate próximo fue llevado hasta la primera línea por las reservas. Durante la batalla, una trinchera de comunicación tuvo que ser cavada por una compañía de reserva desde el puesto de mando del batallón hasta la Loma del Cuartel General, el punto crítico de la lucha. Sin la trinchera, el abastecimiento hubiera llegado a primera línea solamente con grandes pérdidas bajo el fuego hostil desde la posición dominante de Monte Cosna.

Incluso al principio de la batalla defensiva, el Batallón de Montaña de Württemberg estaba escalonado en gran profundidad en la zona de combate principal. Las 5.ª y 2.ª Compañías y las fuerzas dispuestas sobre la Loma del Cuartel General podían apoyarse mutuamente con sus fuegos. Durante la batalla, las reservas en los focos del combate (Lomas del Cuartel General y Rusa), profundizaron la zona de defensa. Hubiera sido un error ponerlo todo en la primera línea de pozos de tirador; las pérdidas más duras se produjeron allí, y hubieran sido aún mayores si la guarnición hubiera sido más numerosa. Es fácil romper una línea.

La cooperación con la artillería fue muy satisfactoria el 16 de agosto. Desde luego, una organización de enlace con la artillería u observadores avanzados en el sector del batallón hubieran logrado aún más ventajosos resultados. El croquis con cuadrícula preparado durante la defensa fue muy valioso; se correspondía con la plancheta canevás actual.

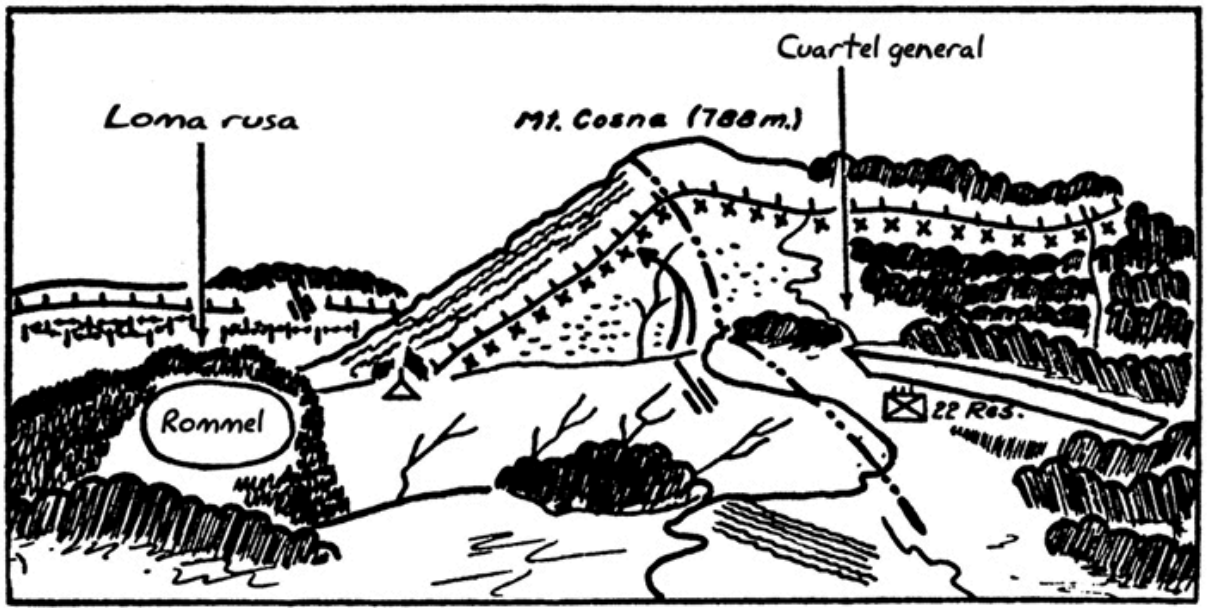
II. Segundo ataque al Monte Cosna, 19 de agosto de 1917

Después de varios días de duros combates, nuestro vecino por la izquierda (70.ª División Honvéd), consiguió avanzar al norte del valle del Slanic, y se planeó para el 18 de agosto una continuación del ataque en un frente amplio a ambos lados de los valles Ojtoz y Slanic. Monte Cosna debía ser atacado una vez más y la toma de las posiciones hacia el este era parte del plan general. Después de eso, el mando esperaba llevar a efecto una ruptura. Para el ataque contra el macizo de Monte Cosna teníamos al Grupo Madlung (22.º Regimiento de Infantería de la Reserva), a la derecha y el Grupo Sprösser (Batallón de Montaña de Württemberg y 1.er Batallón, 18.º

de Infantería), a la izquierda. El 17 de agosto se me ordenó completar todos los preparativos de ataque para las unidades de primera línea del Grupo Sprösser; recibí también órdenes de familiarizar a los comandantes de regimiento y batallón del Grupo Madlung con el terreno sobre el que iban a atacar. A resultas, estuve en pie de sol a sol.

Cuando regresé a mi puesto de mando supe que, precedidos por una fuerte preparación de artillería, los rumanos habían lanzado un ataque contra el Piciorul desde el valle del Slanic, es decir, desde la parte izquierda de retaguardia de nuestras posiciones. Se les oponían elementos del 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva, y los sonidos de combate indicaban que los rumanos estaban haciendo un considerable progreso. Mi flanco y retaguardia parecían amenazados, y yo tenía miedo de quedar separado del Grupo. Como medida preventiva despaché apresuradamente parte de mis reservas (dos compañías de fusiles, una compañía de ametralladoras), a la carrera hasta las inmediaciones de la Cota 674 y las oculté allí entre macizos de arbustos, listas para un contraataque. Se estableció comunicación telefónica con mi puesto de mando, y el Cuartel General del Grupo informó de que los bávaros en Piciorul habían detenido a los atacantes; en consecuencia, mis reservas no fueron empeñadas.

El ataque contra el Monte Cosna fue pospuesto un día. Durante la noche del 17 al 18 de agosto, las compañías situadas a mano derecha del sector fueron relevadas y trasladadas a segunda línea. El 18 de agosto, la 2.ª Compañía, junto a unidades del 18.º de Infantería, expulsó a los rumanos del cordal seiscientos metros al norte de la Loma Rusa. En aquel día lluvioso yo y los observadores de artillería alemanes y austriacos recorrimos la zona alrededor de la Loma Rusa y perfeccionamos los planes para el apoyo de artillería previsto para el ataque del 19 de agosto contra la parte norte de Monte Cosna.



Croquis 31: Situación el 19 de agosto de 1917. Vista desde el oeste.

Antes del alba el 19 de agosto, las tropas de asalto del Grupo de Sprösser se concentraron en la barranca al noroeste de la Loma del Cuartel General. Una nueva agrupación había sido organizada. Yo dirigía las compañías de asalto que consistían en la 1.ª, 4.ª y 5.ª Compañías, 2.º y 3.ª Compañías de ametralladoras, un Destacamento de Asalto del Ejército y una sección de Ingenieros. El *Hauptmann* Gössler debía seguirnos en la segunda línea con las 2.ª y 6.ª Compañías y la 1.ª Compañía de ametralladoras. El Grupo de Sprösser además tenía el 1.er Batallón, 18.º de Infantería a su disposición.

Mi Destacamento se concentró en los macizos de arbustos y franjas de bosque justo al oeste de la Loma Rusa, mientras las otras unidades del Grupo Sprösser se concentraban más hacia el oeste. El enemigo había construido un sistema de trincheras continuas y había levantado obstáculos por delante de éstas sobre el cordal que corría desde la cumbre de Monte Cosna hacia el noroeste en la dirección de la Cota 491. Mediante detenida observación con prismáticos de campaña, pudimos ver partes de la posición y los obstáculos entre los arbustos.

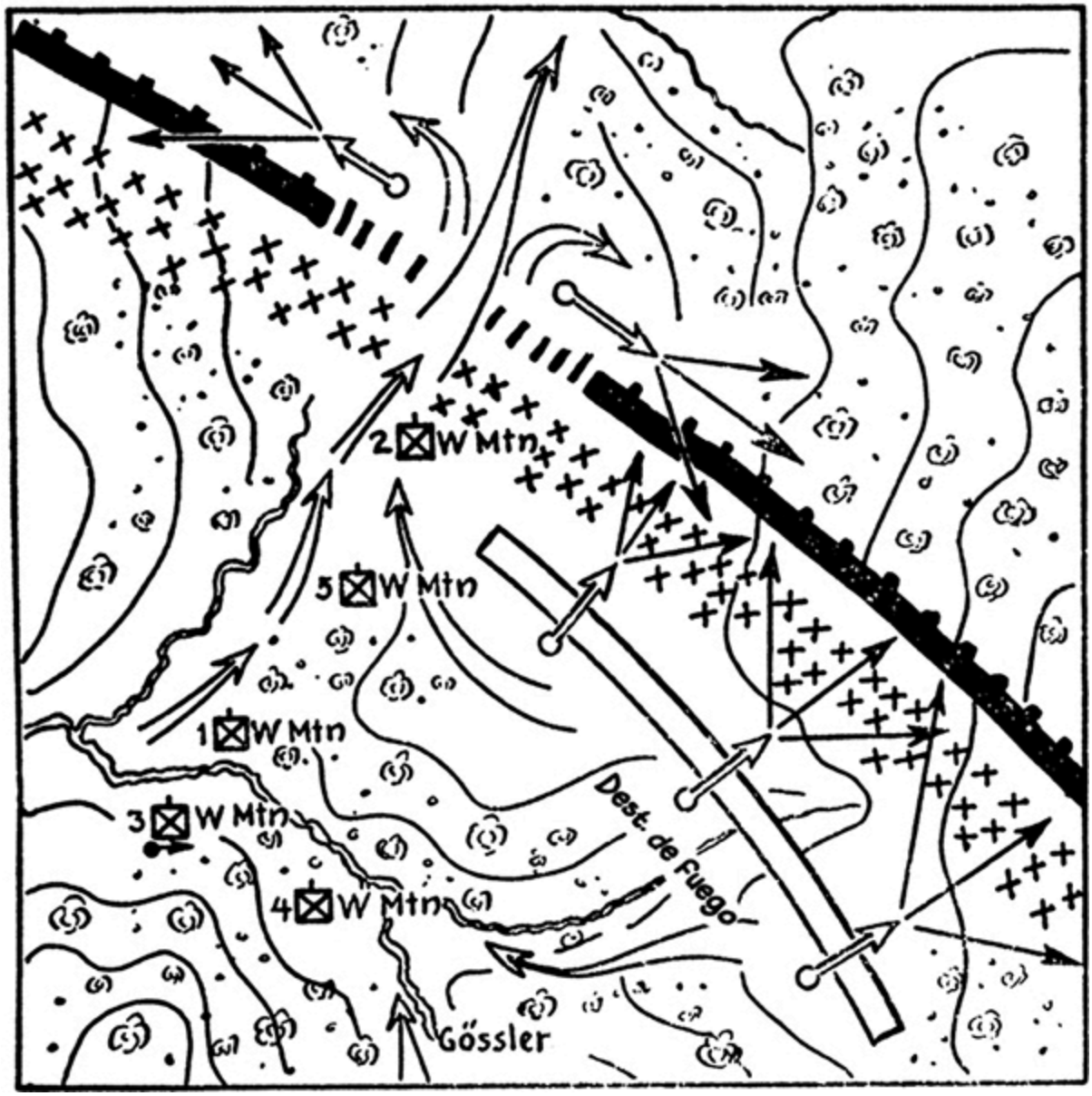
De acuerdo con las órdenes de la división, esta posición debía ser tomada después de un bombardeo de artillería de una hora. Después de otra

hora de bombardeo, la particularmente bien fortificada posición a ochocientos metros al este de la cumbre de Monte Cosna tenía también que ser tomada. Ésta era la posición contra la que nos habíamos estrellado el 13 de agosto. Yo pretendía forzar la entrada en la posición hostil de Monte Cosna durante el bombardeo de artillería, avanzar a través de esta posición un poco, y después alargar nuestro fuego de artillería sobre la segunda posición rumana y empezar a atacarla.

El tiempo veraniego aquel 19 de agosto era magnífico. No hubo combates en el sector Monte Cosna durante las primeras horas de la mañana; las tropas de asalto estaban ocultas entre los arbustos. Hacia las seis de la mañana hice salir al *Vizefeldwebel* Friedel (5.ª Compañía) con diez hombres y una escuadra de telefonistas, le expliqué mi plan de ataque y les di la siguiente misión:

«La escuadra de exploración Friedel, al amparo de arbustos y depresiones, sube desde la Loma Rusa a través del barranco hacia el este hasta aquella depresión allí arriba (indicándola sobre el terreno) en dirección al lugar de la planeada ruptura del frente, y reconoce los obstáculos por delante de la posición. Deberán llevar consigo cizallas, y deberá mantenerse contacto continuo incluso durante el asalto con el puesto de mando del Destacamento a través de la escuadra de telefonistas».

Media hora más tarde vi a la escuadra de exploración de Friedel ascendiendo por la pendiente oeste de Monte Cosna. Mientras tanto había localizado centinelas rumanos en las trincheras cerca del punto de ruptura. La conexión telefónica con la escuadra de exploración Friedel funcionaba correctamente y pude mantenerle informado de todos los nuevos acontecimientos en la posición hostil por encima suyo; pude también decirle en cualquier momento a qué distancia estaba de la posición hostil, y pude guiarlo hacia el lugar previsto para la ruptura. No le llevó mucho alcanzar la obstrucción enemiga.



Croquis 32: Penetración de la posición Monte Cosna.

Cuando los centinelas rumanos en la trinchera se pusieron inquietos —aparentemente habían visto u oído a la escuadra de exploración— la hice retroceder doscientos metros desde la alambrada e hice que la Compañía de lanzaminas del *Leutnant* Wöhler abriese fuego sobre el punto de ruptura desde posiciones a nuestra espalda. Las bombas estaban al poco estallando alrededor de los centinelas enemigos y éstos o bien se lanzaron a cubierto o se desplazaron lateralmente saliendo de la zona de peligro. Mientras la

compañía de Wöhler estaba empleando el tiro en eficacia, ordené a Friedel que cortase un pasillo a través de los obstáculos enemigos a cincuenta metros de las explosiones de nuestras bombas. Este trabajo fue llevado a cabo rápidamente y sin ser interrumpidos.

La preparación artillera estaba programada para las 11.00, y a las 9.00 nos pusimos en marcha con el Destacamento por el sendero tomado por Friedel y marcado por la línea telefónica. La pendiente que bajaba desde la Loma Rusa hasta el barranco al este estaba al sol, y los arbustos no daban cobertura suficiente así que los rumanos pronto descubrieron la maniobra. A pesar de aumentar los intervalos entre los hombres y a un paso más rápido, el fuego de ametralladora rumano causó unas pocas bajas. Por otra parte, la arqueada pendiente oeste del Monte Cosna estaba desenfilada del fuego enemigo y no estaba siendo observada por esto.

Cuando alcancé a Friedel con la cabeza de la columna, habían abierto un camino a través de los obstáculos que llegaba hasta los alambres más cercanos al enemigo. Durante el avance del Destacamento, el *Leutnant* Wöhler, que permaneció detrás en observación sobre la Loma Rusa, me había mantenido constantemente informado de todos los acontecimientos en la posición hostil. De cuando en cuando, a petición mía, hacía que unas pocas minas volantes fuesen disparadas como hostigamiento.

Hice que las compañías se agrupasen a cincuenta metros de distancia de nuestro punto de ruptura, y empecé a examinar las posibilidades de lanzar nuestro ataque desde una línea más cercana a nuestro lugar seleccionado de ruptura. El Destacamento Gössler estaba subiendo a través del barranco a nuestra derecha. Eran las 10.30 y el 1.er Batallón, 18.º de Infantería, estaba aún ascendiendo. Mis planes eran atacar poco después de que empezase la preparación artillera y esto significaba que tenía que apresurar mis preparativos de ataque.

La 2.º Compañía de ametralladoras al completo y una sección de la 5.ª Compañía tenían que engañar, entretener y neutralizar a la guarnición enemiga de las posiciones supervisores a aquellas que estábamos atacando. Estas unidades tenían que reptar hasta entrar en posición a cubierto y disparar sólo si se les ordenaba. Su flanco izquierdo estaba justo encima del hueco en la alambrada. Unos pocos segundos después de que esta

formación rompiese el fuego, la escuadra de asalto de Friedel debía atacar por el sendero a través del alambre, irrumpir en la posición y controlar ambos extremos de la penetración. Yo iría pegado a los talones de Friedel con el resto de la 5.ª Compañía, la sección de ametralladoras pesadas del *Leutnant* Leuze, y las unidades restantes de mi Destacamento. A continuación de la exitosa penetración tenía la intención de tomar la 5.ª Compañía y seguir adelante en línea recta, sin prestar atención alguna a los acontecimientos a ambos flancos, y tomar la cresta situada hacia el nordeste. Debía ser seguido por la 3.ª Compañía de ametralladoras, las 1.ª y 4.ª Compañías, el Destacamento de Asalto del Ejército y la sección de ingenieros.

La sección de ametralladoras pesadas de Leuze recibió la misión de barrer la posición hostil desde el punto de la ruptura hacia la derecha (cuesta arriba) e izquierda (cuesta abajo) con fuego de ametralladora pesada. Todas las demás unidades permanecían en reserva. Las unidades empleadas para el engaño debían seguirnos al interior de las posiciones capturadas tan pronto como fuera posible; el *Hauptmann* Gössler y yo acordamos que sus fuerzas irían detrás de mí. Elementos del 1.er Batallón, 18.º de Infantería, tenían el encargo de desbordar y envolver los flancos enemigos en el Monte Cosna desde nuestro punto de ruptura en dirección a la Cota 491; el resto del batallón permaneció en la reserva del Grupo.

Nuestra artillería comenzó a cubrir con sus impactos las posiciones del Monte Cosna antes de que hubiésemos completado los preparativos para el ataque y antes de que los otros destacamentos hubieran ocupado sus posiciones desde las que debían explotar nuestra ruptura. Los proyectiles de 210mm y 305mm lanzaban surtidores de tierra hacia el cielo, y tierra y arbustos caían por todas partes. Los corazones de los tiradores de montaña se regocijaban ante aquella poderosa ayuda del arma hermana.

Como se había convenido, el lugar de penetración en sí, cuadrícula 14, estaba libre de nuestro propio fuego de artillería. Aquí nuestros lanzaminas hicieron un excelente trabajo preparatorio, y cinco minutos después del inicio del fuego de artillería di a mis destacamentos la señal de atacar.

La unidad de fuego superior empezó a disparar, seguida unos pocos segundos más tarde por la escuadra de asalto de Friedel corriendo a través

del sendero en la alambrada y al interior de la posición enemiga. Entonces las unidades avanzadas de mi Destacamento comenzaron a moverse. El sordo estampido de las granadas de mano en nuestra inmediata proximidad ahogó el ruido de los disparos arriba a la derecha. Unas pocas zancadas a través del humo y la bruma y estábamos dentro de la trinchera enemiga. La escuadra de asalto de Friedel había hecho un magnífico trabajo, pero desafortunadamente el valeroso *Vizefeldwebel* había muerto a la cabeza de sus hombres por el disparo de pistola de un capitán de caballería rumano; y sin embargo estos tiradores de montaña continuaron el ataque con creciente ímpetu y dominaron a la guarnición de la trinchera en combate cercano. El capitán y diez hombres fueron capturados, y a continuación la escuadra de asalto se dividió a derecha e izquierda para bloquear los flancos de la penetración. Yo llegué a la trinchera a la cabeza de mi Destacamento. Arriba a la derecha, la guarnición de la trinchera estaba aún resistiendo el ataque supuestamente proveniente de aquella dirección. La configuración del terreno y la densa maleza impedían a aquella gente ver que ya habíamos entrado violentamente en su posición; no veían como compañía tras compañía entraban a paso ligero por la brecha de su sistema defensivo.

Reinaba la confusión; granadas de mano estallaban por todas partes, fuego de ametralladora y fusil cruzaba de un lado a otro los arbustos y obuses de gran calibre estallaban en las inmediaciones. La escuadra de asalto había abierto un boquete de unos treinta y tantos metros de ancho en la posición enemiga y había bloqueado los extremos. Aplastar la posición enemiga ladera abajo hubiera sido fácil, pero me mantuve fiel a mi plan original y dejé aquel trabajo a las unidades que venían detrás. De acuerdo con la misión original, la 5.ª compañía estaba ya abriéndose paso entre los arbustos en dirección nordeste hacia el cerro más cercano. Poco después, el *Leutnant* Leuze abrió fuego con sus ametralladoras pesadas desde las posiciones de bloqueo sobre las guarniciones enemigas ladera arriba y abajo, y yo pude abrirme camino con la 5.ª Compañía hacia la zona de defensa sin demasiadas preocupaciones. El ayudante anunció el éxito de la ruptura del frente al Grupo y solicitó alargar el fuego de artillería de grueso calibre a las posiciones al este de Monte Cosna en el área del Grupo Sprösser.

Más adelante en la zona defensiva, arrollamos a las reservas rumanas y tomamos más de un centenar de prisioneros; el resto huyó. Durante la persecución unos pocos obuses de 305mm cayeron en nuestra inmediata cercanía y abrieron enormes cráteres, que podían acomodar fácilmente compañías enteras, en el suelo arcilloso. Esta artillería no nos causó daño pero nos hizo contener el aliento. Seguimos adelante. Cuando llegamos a la cresta a cuatrocientos metros de nuestra línea de partida, vimos nuestro siguiente objetivo situado muy por debajo de nosotros y a unos setecientos metros de distancia. Obuses alemanes estaban cayendo en la cañada al frente, a través de la cual varias compañías rumanas se estaban retirando en desorden.

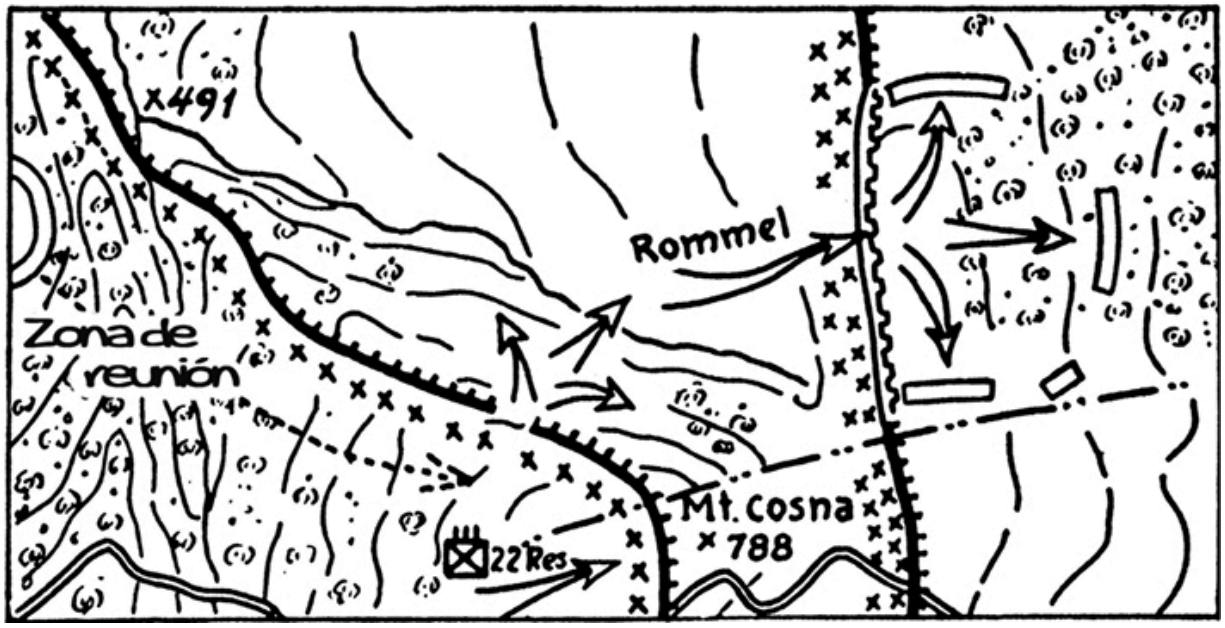
Ordené rápidamente a una sección de ametralladoras pesadas que abriese fuego sobre el enemigo en retirada, y ordené al resto del Destacamento que bajase a la cañada y persiguiese al enemigo en retirada. Por teléfono —la línea había sido traída con nosotros durante el avance— solicité intenso fuego de artillería en las cuadrículas 76, 75, 74, 73, 72, 62, 52 y 42. Fiel a mi plan original, tenía la intención de asaltar la segunda posición rumana después de un corto bombardeo artillero. ¡Salió de forma diferente!

El breve trámite de la conversación telefónica requirió tan sólo unos pocos minutos, y los primeros obuses alemanes estaban cayendo por abajo, en el barranco. Los rumanos se retiraban a toda prisa a sus nuevas posiciones por un estrecho sendero en dirección a los arbustos mientras el fuego de varias ametralladoras pesadas impactaba entre ellos. El efecto fue devastador a aquella corta distancia. Me cuestioné la oportunidad de sacar ventaja del pánico del enemigo y avasallar la segunda posición mediante una vigorosa persecución. Era evidente que, quedaríamos bajo el fuego de nuestra propia artillería, pero acabábamos de escapar de las explosiones de nuestros propios obuses de 305mm ilesos. No nos esperaba nada peor allá adelante.

Corrimos ladera abajo tan rápido como nos permitieron nuestras piernas. Estaban cayendo proyectiles de obús en el barranco y nuestro fuego de ametralladora aún tenía cubierto al enemigo, que estaba tratando de retirarse atropelladamente a sus posiciones a través de estrechos pasadizos

entre el alambre. Pronto estaba pegado a los talones del enemigo con las unidades de vanguardia de mi Destacamento. En el calor del combate no nos preocupamos por los obuses alemanes que impactaban a izquierda, derecha y detrás. El enemigo delante de nosotros estaba en franca desbandada; aún no sabía cuan cerca estábamos de él, ya que ningún disparo enemigo se oponía a nuestro avance. Muchos rumanos muertos y heridos yacían por todas partes a nuestro alrededor. Nuestras ametralladoras pesadas transportaron su fuego a la izquierda, nosotros cruzamos apresuradamente los obstáculos y estuvimos pronto dentro de la posición hostil. Después de una corta refriega con fusil y bomba de mano, la guarnición huyó y yo fui rápidamente disponiendo las compañías a medida que llegaban:

«1.ª Compañía hacia el este, 5.ª Compañía hacia el norte, 4.ª Compañía hacia el sur. Cada compañía debe desbordar las posiciones enemigas actuando sobre los flancos de la penetración para ensancharla a lo largo de 150 metros, después detenerse y ocupar y organizar la posición. Mantengan un reconocimiento activo hacia su frente».



Croquis 33: Ataque a cargo del Destacamento Rommel el 19 de agosto de 1917.

Después de unos pocos minutos recibí aviso de que todos los objetivos asignados habían sido alcanzados. Por la derecha, frente a la 4.ª Compañía, la guarnición rumana fue de lo más tenaz e incluso intentó recuperar su posición perdida mediante contragolpes, pero aquéllos fueron en vano ya que las tropas de montaña no cedían lo que ya habían tomado. Hacia el este y el norte los rumanos se estaban retirando e incluso la artillería estaba evacuando sus posiciones detrás del cordal tan rápidamente como era posible. El enemigo aún resistía en el sector del Grupo Madlung del Monte Cosna.

Más a la derecha, el enemigo había ocupado sus posiciones secundarias y, después del fracaso de sus contraataques, limitó sus esfuerzos a mantener estas posiciones. Un gran hueco en el sistema defensivo hostil podía verse al frente y a nuestra izquierda. Lanzando al combate todas las reservas disponibles podríamos haber roto el frente con relativa facilidad.

La comunicación telefónica con el Cuartel General del Grupo había sido establecida. Mis tropas de transmisiones eran maravillosas e igual de buenas en todos los aspectos que mis tropas de asalto. Informé rápidamente al Grupo sobre la situación frente a nosotros y solicité el envío de todas las reservas disponibles y la corrección del fuego de artillería sobre la segunda posición hostil en el sector Sprösser. Me enteré de que la posición hostil en Monte Cosna a la derecha del Grupo de Madlung no había sido tomada todavía. Se me prometió el envió inmediato del Destacamento Gössler y el 1.er Batallón, 18.º de Infantería.

Tenía que hacer el uso más efectivo de las fuerzas que tenía a mi disposición y no podía pasar por alto la posibilidad de contraataques provenientes de Monte Cosna o desde el sur. La sección de ingenieros recibió el encargo de mejorar el sector de la 4.ª Compañía, y esta última extendió su frente hacia el este hasta llegar a una pequeña loma boscosa desde la que una sección de ametralladoras pesadas empezó a disparar sobre baterías hostiles cerca de Nicoresti (una distancia de dos mil seiscientos metros), con el resultado de que las baterías engancharon los cañones y evacuaron sus posiciones al galope. Hacia el este, escuadras de exploradores de la 1.ª Compañía presionaban al enemigo en retirada bajando la ladera a través de los ralos bosques. Hacia el norte, el

Destacamento de Asalto del Ejército estaba limpiando las posiciones hostiles más allá de la línea alcanzada por la 5.ª Compañía. Ésta se desplazaba hacia delante con rapidez. En la misma dirección y a tres kilómetros de distancia estaba Tirgul Ocna. La ciudad en sí estaba bajo un intenso fuego de artillería y podíamos ver interminables columnas de vehículos detenidos cerca de trenes igualmente largos en la estación. Podríamos haber alcanzado la ciudad en treinta minutos, cortando así el valle desde el que una gran porción de las fuerzas enemigas obtenían sus abastecimientos.

Impacientemente esperé la llegada del Destacamento Gössler y el 1.er Batallón, 18.º de Infantería. Según la información recibida del Grupo, ambos estaban en camino desde hacía largo tiempo. Los minutos pasaron lentamente, pero nadie llegaba y podíamos escuchar los sonidos de combate a la derecha por nuestra espalda allí donde la posesión del Monte Cosna aún estaba siendo disputada. Nuestras capturas habían alcanzado cuatrocientos hombres y varias docenas de ametralladoras rumanas. Más de dos horas habían pasado desde el exitoso ataque sobre la segunda posición, y los rumanos al norte se estaban recuperando del pánico y empezando a hacer retroceder al Destacamento de Asalto. Al mismo tiempo baterías de artillería rumanas en los alrededores de Satul Nou hicieron unos cuantos cientos de disparos contra la 4.ª Compañía, pero la mayoría de ellos fueron «largos» y estallaron inofensivamente sobre la ladera norte de Monte Cosna. El enemigo al sur no contraatacó, pero su animado fuego de ametralladora nos obligó a trabar amistad con el suelo de las trincheras y ramales de comunicación. Hubo brotes esporádicos de combate con granadas de mano en el sector de la 4.ª Compañía, pero el enemigo no consiguió obtener ninguna ventaja.

El Destacamento Gössler llegó a las cuatro de la tarde (cuatro horas y media después de nuestro ataque inicial), y su llegada coincidió con un fuerte contraataque rumano desde el norte que nos forzó a empeñar a la 6.ª Compañía en la brecha entre las 1.ª y 5.ª Compañías. Un ataque contra el valle era imposible sin reservas adecuadas. El ataque enemigo desde el norte fue rechazado tras un combate cuerpo a cuerpo.

A las seis y media, el Cuartel General del Grupo informó que el Grupo Madlung había tomado Monte Cosna (parte meridional) y estaba avanzando hacia el este subiendo por el barranco para atacar la posición secundaria.

Poco antes del anochecer, observamos el movimiento hacia retaguardia de formaciones de infantería rumana bastante numerosas cerca de Nicoresti y Satul Nou. Al mismo tiempo varios trenes sucesivos salieron de Tirgul Ocna con dirección al este. Hicimos contacto con el 22.º Regimiento de Infantería de la Reserva cuya izquierda había tomado las posiciones rumanas en la Cota 692. Con la esperanza de que pudiésemos penetrar hasta las llanuras al día siguiente, dispuse mi Destacamento en una línea de piquetes que se extendía un buen trecho hacia el este e hice avanzar mi Destacamento de reconocimiento hasta llegar a Nicoresti. En el norte, un numeroso enemigo aún hacía frente a las 5.ª y 6.ª Compañías.

Permanecí en pie hasta la medianoche haciéndome cargo de las provisiones para las tropas, reponiendo munición y preparando mi parte de operaciones; después me eché a dormir en una tienda con el *Hauptmann* Gössler.

Observaciones: El ataque del 19 de agosto de 1917 contra las posiciones fortificadas y protegidas por alambradas rumanas, separadas ochocientos metros entre sí, fue un tipo diferente de misión para el Batallón de Montaña de Württemberg. Cada posición tenía que ser tomada después de un bombardeo de una hora. Los tiradores de montaña penetraron a través de ambas posiciones con pocas pérdidas mientras el bombardeo artillero de la primera posición estaba teniendo lugar e irrumpieron violentamente en la segunda posición a lo largo de un frente de setecientos metros y capturaron más de quinientos rumanos, allanando así el camino para una ruptura del frente hacia el este, ya que era improbable que los rumanos tuvieran una tercera posición fortificada y guarnecida en las tierras bajas al este de Monte Cosna.

Lamentablemente, este gran éxito no pudo ser explotado debido a que las reservas llegaron demasiado tarde y fueron demasiado débiles en número.

El terreno demandaba tácticas inusuales. Después de penetrar las posiciones enemigas justo debajo de la cumbre de Monte Cosna, encontramos fácil romper las posiciones hostiles en la ladera noroeste que descendía pronunciadamente, en particular dado que este ataque pudo ser apoyado por fuego de ametralladora pesada desde la Loma Rusa.

Era vital que los elementos en cabeza penetrasen el máximo de distancia en el mínimo de tiempo y que no hubiera división del esfuerzo al irrumpir en las primeras posiciones. Por descontado, las fuerzas fueron mantenidas agrupadas durante las operaciones contra la segunda línea, de modo que pudiésemos tener un máximo de fuerza a mano para una posterior explotación cuando las reservas llegasen.

El uso coordinado de artillería, lanzaminas y ametralladoras pesadas fue el resultado de un meticuloso planeamiento previo. La Compañía de lanzaminas clavó al enemigo al terreno en el punto de ruptura incluso antes de la preparación artillera, y permitió a la escuadra de asalto de Friedel cortar un sendero a través del alambre. El fuego de artillería sobre la primera posición obligó al enemigo a buscar refugio durante la penetración a cargo del Destacamento Rommel mientras una compañía de ametralladoras y una sección de la 5.ª Compañía tiraban contra el enemigo fuera de la zona de penetración y evitaban que éste interfiriese con las operaciones.

El intenso tiro de preparación alemán sobre la primera posición hostil forzó a las potentes reservas rumanas a retirarse apresuradamente a la segunda posición. El Destacamento Rommel explotó la situación táctica y llevó a cabo una vigorosa persecución que le llevó hasta la segunda posición enemiga, siguiendo de cerca al enemigo que huía, que estaba bajo un intenso fuego. Al hacerlo así los tiradores de montaña corrieron el riesgo de quedar bajo su propio fuego de artillería, que no podía ser transportado tan rápidamente.

III. De nuevo a la defensiva

A las 3.00 del 20 de agosto, el enemigo reanudó la batalla por el macizo de Monte Cosna con un violento fuego de artillería proveniente de numerosas baterías. Una gran cantidad de proyectiles de grueso calibre cayeron en las inmediaciones del puesto de mando y las áreas de reserva, y nos obligaron a abandonar las zonas en peligro y tomar refugio en la cañada a ochocientos metros al norte de la cumbre. El fuego enemigo ganó constantemente en intensidad, con el grueso del mismo dirigido sobre la posición capturada por nosotros al este de Monte Cosna, donde los rumanos evidentemente esperaban que estuviéramos. Me sentí muy contento de tener sólo unos pocos de mis hombres atrincherados allí, ya que el fuego pronto convirtió la posición en un montón de escombros.

A las 7.00, el enemigo comenzó a avanzar contra el profundo puesto avanzado ocupado por la 1.ª Compañía y el barranco cerca de Nicoresti empezó a llenarse de rumanos. La 6.ª Compañía, que estaba en el norte, informó de que podía observar preparativos de ataque por parte del enemigo en su sector. Se disiparon todas las dudas y quedamos convencidos de que los rumanos trataban de recuperar el territorio perdido el día anterior. Se acercaba el momento de pasar a la defensiva.

Tenía que formarse una línea continua en el terreno accidentado y boscoso, y el flanco norte al descubierto requería una protección particular. Decidí no ocupar las viejas posiciones rumanas ya que habían estado bajo un intenso fuego toda la mañana, y los rumanos tenían su alcance y conocían a fondo sus detalles. Defendidas, estas posiciones nos costarían demasiadas bajas. A pesar del trabajo implicado y el escaso tiempo restante antes de recibir al potente enemigo, preferí trasladar la posición en la pendiente anterior hacia el este y al interior de los bosques.

Impartí las órdenes necesarias sobre el terreno y las compañías cavaron mientras los piquetes de la 1.ª Compañía libraban una acción retardadora. Cavar era fácil en el suelo arcilloso, y las reservas ayudaron a las unidades de primera línea a cavar sus posiciones y sus trincheras de comunicación de modo que todo estaba presto y dispuesto cuando los puestos avanzados de combate fueron finalmente empujados hacia las posiciones. El asalto inicial

fue fácilmente rechazado y los rumanos empezaron a atrincherarse a unos cincuenta metros de distancia de nosotros. La artillería rumana trató de alcanzar nuestras posiciones en la pendiente anterior pero tuvo que desistir debido al peligro de disparar sobre sus propias tropas. Por tanto se limitó a machacar las antiguas posiciones rumanas más arriba en el cerro.

Tenía pocas preocupaciones en lo referente al frente oriental (1.ª y 4.ª Compañías), pero los sectores norte y noroeste eran una historia diferente, ya que allí teníamos una enorme brecha en nuestra defensa.

Nuestro contacto por la izquierda (1.er Batallón, 18.º Regimiento Bávaro de Infantería de la Reserva) estaba a lo largo de la ladera nordeste de Monte Cosna, sobre el cordal que llegaba desde la Cota 491 hasta la cumbre, y los rumanos se aprovecharon de la garganta y subieron por ella y alcanzaron la retaguardia de nuestra posición. La 3.ª Compañía, hasta ahora en reserva, tuvo que cerrar la brecha entre el flanco izquierdo de la 5.ª Compañía y el 1.er Batallón del 18.º. Resistió a pesar de un enemigo numéricamente superior, un terreno malo para la defensa y una visibilidad miserable. La batalla aumentaba en violencia de hora en hora, y durante el día el enemigo lanzó al menos veinte asaltos contra nosotros; algunos de éstos fueron precedidos por una corta preparación artillera y otros no lo fueron. El frente rumano era un semicírculo a nuestro alrededor y teníamos que desplazar a toda velocidad nuestras reservas de un punto amenazado a otro. El fuego de artillería hostil destrozaba el cerro pero las tropas de montaña no flaquearon. Nuestras bajas fueron pequeñas en proporción a las del enemigo ya que tuvimos un total de veinte. Yo estaba tan agotado, probablemente debido a las excitantes actividades de los días pasados, que sólo podía dar órdenes tumbado. Por la tarde, a causa de la alta fiebre, comencé a balbucear las más ridículas tonterías, y esto me convenció de que ya no era capaz de ejercer el mando. Al caer la noche entregué el mando al *Hauptmann* Gössler y discutí la situación con él; al caer la noche bajé andando por la carretera de montaña al otro lado del Monte Cosna, de vuelta al puesto de mando del Grupo, a cuatrocientos metros al suroeste de la Loma del Cuartel General.

El Batallón de Montaña de Württemberg defendió su posición contra todos los ataques rumanos hasta el 25 de agosto, cuando fue relevado por el

11.º Regimiento de Infantería de la Reserva y pasó tras las líneas a la reserva de la división.

Las batallas por el Monte Cosna se cobraron un espantoso tributo entre las jóvenes tropas. Tuvimos quinientas bajas en el plazo de dos semanas y sesenta bravos tiradores de montaña yacen en suelo rumano. A pesar del hecho de que la misión principal no fue conseguida y de que fracasamos en destruir el flanco meridional del enemigo, aún así las tropas de montaña ejecutaron cada misión asignada de un modo magistral en presencia de un combativo, tenaz y bien equipado enemigo. Aún recuerdo los días como comandante de tales tropas con intenso orgullo y alegría.

Unas pocas semanas de permiso en un balneario del Báltico fueron suficientes para ponerme de nuevo en forma.

Observaciones: En la defensa del 20 de agosto de 1917, la línea de defensa principal fue trasladada al terreno densamente arbolado sobre la ladera anterior, a fin de anular la acción previsible de la artillería enemiga. Esto quedó completamente justificado, ya que en el transcurso de la lucha el enemigo no consiguió batir esta línea de combate principal enmascarada con su fuego de artillería. Las posiciones de defensa principales estaban siendo preparadas mientras los puestos de combate avanzados se replegaban combatiendo y las compañías de reserva eran empleadas para cavar trincheras de comunicación bien enmascaradas hacia la primera línea. Estas trincheras demostraron ser importantes para trasladar abastecimientos de todas clases y evacuar a los heridos bajo el fuego sin pérdidas, o al menos con las mínimas. Posteriormente, las reservas se atrincheraron ellas mismas en los lugares asignados.

Los combates defensivos del 20 de agosto requirieron el uso de reservas en los puntos de peligro, que cambiaban frecuentemente. Allí donde el peligro amenazaba, las reservas tuvieron que ocupar el campo de batalla principal en profundidad. Reforzar la línea del frente propiamente dicha fue evitado hasta donde fue posible.

CUARTA PARTE

La Ofensiva Tolmein

Capítulo 10

El primer día de la Ofensiva Tolmein[25]

I. Marcha de aproximación y preparación para la Duodécima Batalla del Isonzo

Fue a comienzos de octubre, en la magnífica campiña de Carintia —a donde el Batallón de Montaña de Württemberg había sido enviado dando un rodeo por Macedonia—, cuando de nuevo asumí el mando de mi Destacamento. Las bajas sufridas en Monte Cosna habían sido para entonces cubiertas con soldados de reemplazo; más aún, la potencia de fuego de las compañías de fusiles había sido significativamente aumentada con la introducción de una nueva ametralladora ligera. Nuestra corta estancia en el campo de descanso fue dedicada a un completo entrenamiento en el uso de esta nueva arma.

No teníamos ni idea de los planes del Alto Mando para nosotros. ¿El frente del Isonzo?

Trieste había sido el principal objetivo operacional italiano desde el inicio de la guerra en mayo de 1915. A lo largo de dos años de guerra, diez batallas libradas a lo largo del curso inferior del Isonzo habían obligado a los austriacos a retroceder lenta pero continuamente. Los resultados de la Sexta Batalla del Isonzo en agosto de 1916 habían permitido a los italianos establecer una cabeza de puente en la orilla oriental cerca de Görz y tomar la ciudad propiamente dicha.

Para la Undécima Batalla del Isonzo, que comenzó en agosto de 1917, Cadorna modeló su ofensiva según los patrones del Frente Occidental. Atacó con 50 divisiones de infantería, apoyadas por 5000 cañones, sobre el estrecho frente entre Görz y el mar. Combatiendo admirablemente las capaces tropas austriacas anularon el éxito inicial de los italianos, pero en la

segunda parte de la batalla los italianos cruzaron el curso medio del Isonzo y tomaron la elevada meseta de Bainsizza, donde, empleando un supremo esfuerzo, nuestros aliados consiguieron detener el ataque. Este ataque general duró hasta el comienzo de septiembre cuando las cosas se calmaron y Cadorna comenzó a aprestarse para la Duodécima Batalla del Isonzo. El territorio recién ganado al este del curso medio del Isonzo mejoraba materialmente las perspectivas italianas para la siguiente batalla y su objetivo, Trieste, quedaba al fin a su alcance. Los austriacos no se sentían a la altura para hacer frente a este nuevo ataque y se vieron obligados a pedir ayuda alemana. A pesar del tremendo consumo de fuerzas en las batallas del oeste (Flandes y Verdún), el Alto Mando alemán envió un ejército compuesto de siete divisiones con experiencias en combate. Una ofensiva combinada germano-austriaca sobre el frente del alto Isonzo debía lograr el deseado desahogo. El objetivo era expulsar a los italianos de vuelta al otro lado de la frontera imperial, y, de ser posible, más allá del Tagliamento.

El Batallón de Montaña de Württemberg se unió al recientemente creado Decimocuarto Ejército y fue agregado al Cuerpo Alpino. El 18 de octubre comenzamos nuestra marcha de aproximación hacia el frente desde las zonas de reunión en las inmediaciones de Krainburg. Durante noches oscuras como boca de lobo, a menudo bajo lluvias torrenciales, el Grupo del *Major* Sprösser (Batallón de Montaña de Württemberg y el Destacamento n.º 4 de Obuses de Montaña de Württemberg) se trasladó vía Bischoflak, Salilog, y Podbordo hasta Kneza a donde llegamos el 21 de octubre. Debido al reconocimiento aéreo enemigo cada objetivo de marcha prescrito debía ser alcanzado antes de romper el día, momento para el cual todos los hombres y animales tenían que estar escondidos en los más incómodos e inadecuados alojamientos imaginables. Estas marchas nocturnas exigieron mucho de las mal alimentadas tropas.

Mi Destacamento consistía en tres compañías de montaña y una compañía de ametralladoras, y yo marchaba normalmente a pie con mi plana a la cabeza de la larga columna. Kneza estaba a unos ocho kilómetros al este del frente de batalla cerca de Tolmein. Por la tarde del 21 de octubre, el *Major* Sprösser y sus comandantes de destacamento reconocimos la zona de reunión asignada para el ataque. Esta zona estaba en la ladera norte de la

montaña de Buzenika (509) un kilómetro y medio al sur de Tolmein. La ladera descendía abruptamente hacia el Isonzo.

Un fuego de hostigamiento muy fuerte y nutrido proveniente de varias baterías italianas situadas en posiciones elevadas y dominantes iba recorriendo todos los rincones por detrás de nuestras líneas. Parecía que los italianos tenían munición de sobra. Sería difícil completar el despliegue del batallón (que ahora contaba once compañías) en la zona de reunión asignada. La ladera era en general intransitable y tuvimos que hacer nuestros preparativos en los bordes de algunos canchales y en los pocos pliegues de un terreno que caía bruscamente en dirección al Isonzo. Era intranquilizador que el enemigo, desde sus muy dominantes posiciones en el pico Mrzli (1360) al noroeste de Tolmein, pudiera observar toda la ladera septentrional de la montaña Buzenika prácticamente de frente. Además, teníamos que contar con piedras que caían desprendidas por el bombardeo de artillería sobre la zona superior de la ladera. El batallón se vio obligado a permanecer en la zona de reunión durante unas treinta horas y durante ese tiempo a menudo nos preguntamos por el resultado de la operación.

Tendríamos que arrostrar todas aquellas circunstancias desfavorables —no había alternativa— ya que la masa de tropas que estaba siendo concentrada en la cuenca de Tolmein era sencillamente demasiado grande. Regresamos al batallón orillando un animado fuego de hostigamiento italiano dirigido en particular sobre los pasos de St. Luzia y Baza-di-Modreja. Nuestro conocimiento de los planes operacionales era considerablemente menor que el del traidor checo que, aquel día, desertó al enemigo, llevando consigo un completo juego de mapas y órdenes para la operación Tolmein.

El batallón marchó a su área de concentración final durante la noche del 22 de octubre. Enormes reflectores en las posiciones italianas en las alturas del Kolovrat y Jeza iluminaban nuestro camino. Frecuentemente caía entre nosotros un intenso fuego de artillería y los potentes y deslumbrantes haces de los reflectores nos obligaban a permanecer tendidos e inmóviles durante varios minutos. Tan pronto como pasaban de largo, nos apresurábamos a cruzar la zona peligrosa. Durante este avance recibimos la impresión de que nos habíamos puesto dentro del alcance efectivo de un excepcionalmente

activo y bien equipado enemigo. Los animales de carga tuvieron que ser abandonados en la ladera este de la montaña Buzenika. Era poco después de la medianoche cuando mi Destacamento, pesadamente cargado con ametralladoras y munición, alcanzó su zona de reunión sobre la ladera cubierta de cantos. Había sido una ascensión agotadora. Dejamos caer nuestras cargas y todo el mundo se regocijó de haber salido indemne. Descansar no entraba en los planes ya que las restantes horas de oscuridad debían ser empleadas en excavar y encontrar enmascaramiento. Asigné a las compañías sus sectores. La plana y dos compañías de fusiles se atrincheraron sobre el borde occidental de una pendiente pedregosa de veinte a cuarenta metros de anchura que estaba dividida por un estrecho sendero y tenía alguna desenfilada desde el noroeste. Las dos compañías restantes ocuparon un estrecho pliegue en el terreno a unos cien metros hacia el este. Todo el mundo, oficiales y hombres, trabajaron febrilmente y la aurora sorprendió a unos hombres exánimes. Los soldados intentaron recuperar el sueño perdido en sus pozos de tirador cubiertos con zarzas y ramas.

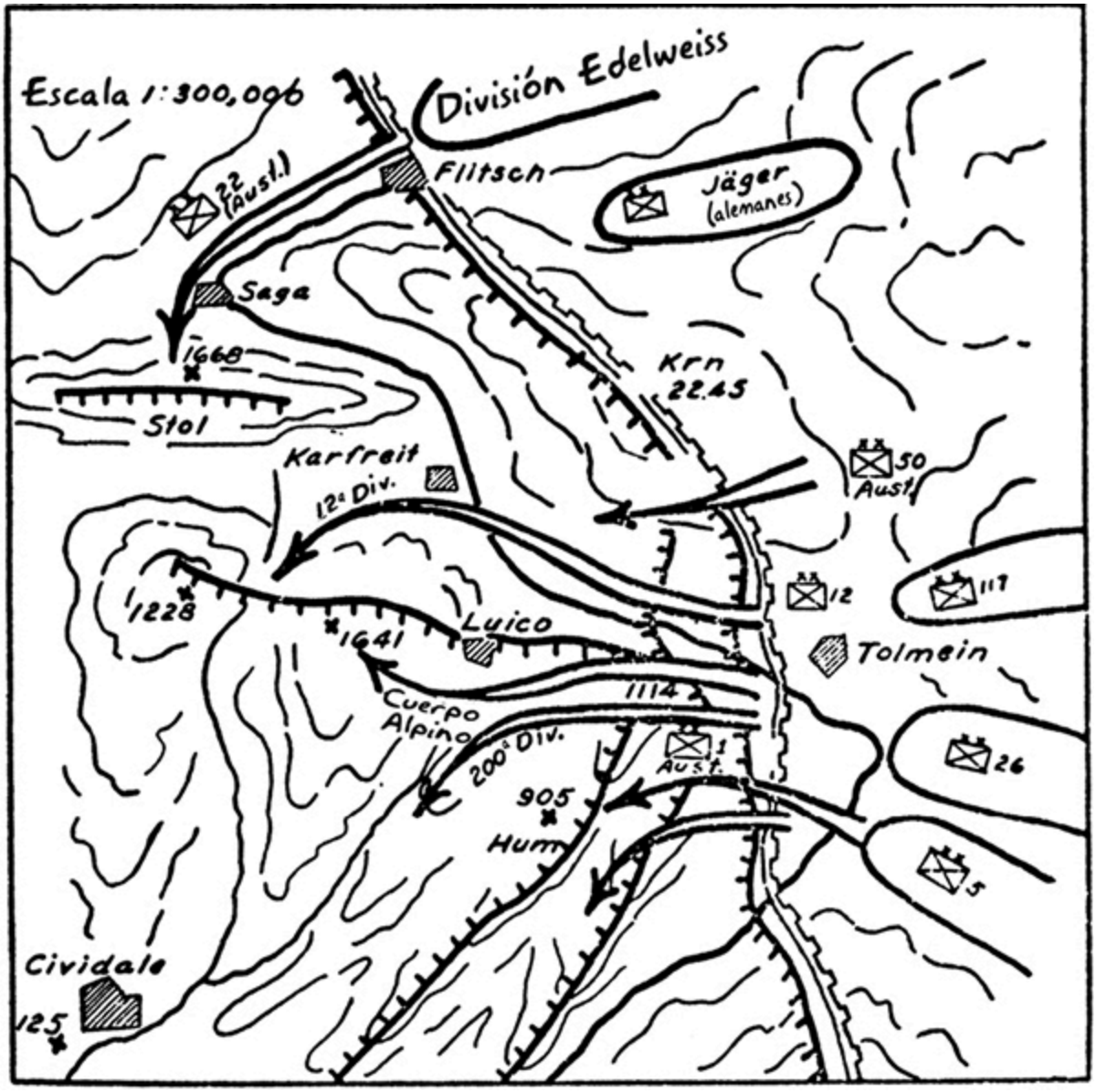
Pero esta apacible calma no duró mucho y la artillería pesada italiana pronto nos hizo una visita lanzando rocas que pasaban retumbando por nuestro lado en su camino hacia el Isonzo. Dormir resultaba una vez más imposible y empezamos a preguntarnos si el enemigo se había percatado de nuestros preparativos y estaba corrigiendo su tiro. Un fuego intenso de artillería sobre esta ladera inclinada como un tejado hubiera tenido efectos devastadores.

El fuego duraba unos pocos minutos y después se apagaba sólo para volver a la vida quince minutos más tarde en un lugar diferente. Después tuvimos paz durante un rato.

La artillería italiana trasladó su actividad principal al valle del Isonzo. En el curso del día observamos el poderoso efecto de los cañones de gran calibre contra las instalaciones y carreteras de acceso cerca de Tolmein. En contraste con los italianos, nuestra artillería disparaba a intervalos poco frecuentes. Yo estaba muy preocupado en lo concerniente al bienestar de los hombres confiados a mi cargo y el día transcurrió muy lentamente.

Nuestra zona de concentración nos proporcionaba una excelente vista de las posiciones avanzadas italianas. Éstas cruzaban el Isonzo a dos kilómetros y medio al oeste de Tolmein y después discurrían hacia el sur del Isonzo hasta el borde este de Woltschach pasando justo al este de St. Daniel. Las posiciones, y especialmente las alambradas, parecían estar bien construidas. El tiempo revuelto impidió nuestro estudio de las otras posiciones.

La segunda línea italiana al parecer cruzaba el Isonzo alrededor de Selisce —nueve kilómetros y medio al noroeste de Tolmein— y corría hacia el sur del Isonzo a través del Hevnik hasta Jeza. La tercera, y probablemente la más fuerte, de las posiciones italianas había sido instalada sobre las alturas al sur del Isonzo en la línea Matajur (1643), pico Mrzli (1356), Golobi, Kuk (1243), Cota 1192, Cota 1114 a través de Clabuzzaro y Monte Hum. Conocíamos estas posiciones a través de fotografías aéreas. Se decía que había emplazados puntos de resistencia aislados en el terreno entre cada una de estas líneas defensivas.



Croquis 34: Plan de ataque del Decimocuarto Ejército.

Las fuerzas del Decimocuarto Ejército estaban desplegadas como sigue:

El Grupo Kraus listo en Flitsch (22.ª Imperial y Real División de Infantería; División *Edelweiss*; 55.ª División Imperial y Real; y la División Alemana de *Jäger*) con el eje de avance por encima de Saga en el Stol.

El Grupo Stein cerca de Tolmein y en la posición de cabeza de puente al sur de Tolmein (12.ª División de Infantería; Cuerpo Alpino; 117.ª División de Infantería) debía ejecutar el ataque principal. La 12.ª División debía

romper el frente por Karfreit en el valle a ambos lados del Isonzo; el Cuerpo Alpino debía capturar las posiciones sobre las alturas al sur del Isonzo (sobre todo 1114), Kuk y Matajur.

Contiguo por el sur, el Grupo Berrer (200.ª y 26.ª Divisiones de Infantería) tenía órdenes de marchar contra Cividale vía Jeza y St. Martino.

Más hacia el sur el Grupo Scotti (1.ª División Imperial y Real y 5.ª División de Infantería) debía tomar las posiciones al sur de Jeza, y después Globocak y Monte Hum.

En el sector del Cuerpo Alpino en la posición de cabeza de puente al sur del Isonzo, los Guardias Bávaros de Infantería de la Real Persona y el 1.er Regimiento de *Jäger* habían relevado a los austriacos en la línea del frente.

El objetivo del ataque de los Guardias de la Real Persona: La carretera que conducía a Golobi, Luico y Matajur vía Kovak, Hevnik, Cota 1114 y la Sierra Kolovrat.

Objetivo del ataque del 1.er Regimiento de *Jäger*: Alturas al oeste de Woltschach, Loma 732, Cota 1114 desde el sureste.

El Batallón de Montaña de Württemberg tenía la misión de proteger el flanco derecho de los Guardias de la Real Persona, de tomar las baterías enemigas cerca de Foni, y de seguir a los Guardias de Infantería Bávaros hasta el Matajur.

A última hora de la tarde del 23 de octubre el tiempo se volvió brumoso, húmedo y frío. El tren de raciones llegó al anochecer; pronto saciamos el hambre y nos dedicamos a localizar un escondrijo donde pudiésemos ir acumulando algún sueño para los días de ataque que seguirían. Comenzó a caer una fina lluvia después de la medianoche que nos obligó a meter las cabezas bajo nuestras medias tiendas. ¡Tiempo de ataque!

Observaciones: Incluso la marcha de aproximación y la preparación para el ataque en Tolmein exigieron mucho de las tropas. En agotadoras marchas nocturnas, habitualmente lloviendo a cántaros, se cruzaron las montañas Karawanken, una distancia total a vuelo de pájaro de cien kilómetros. Por el día las tropas esperaban escondidas de la aviación enemiga en abrigos muy limitados. Las raciones eran parcas y monótonas,

pero a pesar de todo esto, la moral era alta. En tres años de guerra las tropas habían aprendido a soportar penurias sin perder su entereza.

La compañía de ametralladoras y unidades de las compañías de montaña transportaron consigo una reserva de munición de ametralladora en cintas durante el avance hasta la zona de reunión, la noche del 22 de octubre. La lucha en el Monte Cosna había dejado muy clara la dificultad del abastecimiento de munición en las montañas.

Dado que había que sobrellevar fuertes ataques de artillería enemigos en la zona de concentración, las tropas se atrincheraron durante la noche y camuflaron las nuevas posiciones cuidadosamente antes del alba.

Era imposible abastecer a las tropas en la zona de concentración de día y la comida caliente era traída después de la caída de la noche.

II. El primer día de ataque: Hevnik y Cota 1114

Nuestra hasta entonces silenciosa artillería comenzó su preparación a las 2.00 del 24 de octubre de 1917. Era una noche oscura y lluviosa y en un abrir y cerrar de ojos un millar de bocas de fuego relampaguearon a ambos lados de Tolmein. En el territorio enemigo una ininterrumpida cadena de explosiones y estampidos tronó y su eco volvió rebotado desde las montañas tan poderosamente como la más fuerte de las tormentas eléctricas. Observamos y escuchamos estupefactos aquella formidable actividad. Los reflectores italianos trataban en vano de penetrar la lluvia, y el esperado fuego de interdicción enemigo en el área de Tolmein no se materializó, ya que sólo unas pocas baterías enemigas contestaron al fuego alemán. Aquello fue bastante reconfortante y, medio dormidos, nos retiramos a nuestros escondites y escuchamos al lento amainar de nuestro propio fuego de artillería.

Al romper el día, nuestro fuego redobló su volumen. Abajo, junto a St. Daniel, obuses de grueso calibre estaban destrozando posiciones y obstáculos, y ocasionalmente su humo ocultaba las fortificaciones

enemigas. La actividad de fuego de nuestra artillería y lanzaminas se volvió más y más violenta. La contrabatería hostil parecía ser más bien débil.

Poco después del amanecer, el Batallón de Montaña de Württemberg se puso en camino y se dirigió al frente bajo una fuerte lluvia que había reducido en gran medida la visibilidad. Siguiendo a la plana de Sprösser, que se apresuraba en cabeza, el Destacamento Rommel descendió la ladera sembrada de guijarros hacia el Isonzo. Una vez abajo, subimos detrás del ala derecha de los Guardias de Infantería Bávaros justo por encima de la empinada orilla del Isonzo.

Unos pocos obuses cayeron a ambos lados de la larga columna de a uno sin hacer ningún daño. La columna se detuvo cerca de la línea del frente. Estábamos congelados y calados hasta los huesos y todo el mundo esperaba que el pistoletazo de salida no se retrasara. Pero los minutos pasaban lentamente.

En el último cuarto de hora antes del ataque el fuego se redobló hasta una violencia aterradora. Una profusión de obuses que estallaban cubrió como una cortina las posiciones hostiles a unos pocos cientos de metros delante de nosotros con un velo de vapor y una capa gris de humo. Nubes bajas de lluvia cubrían las cimas del Hevnik y el Kolovrat.

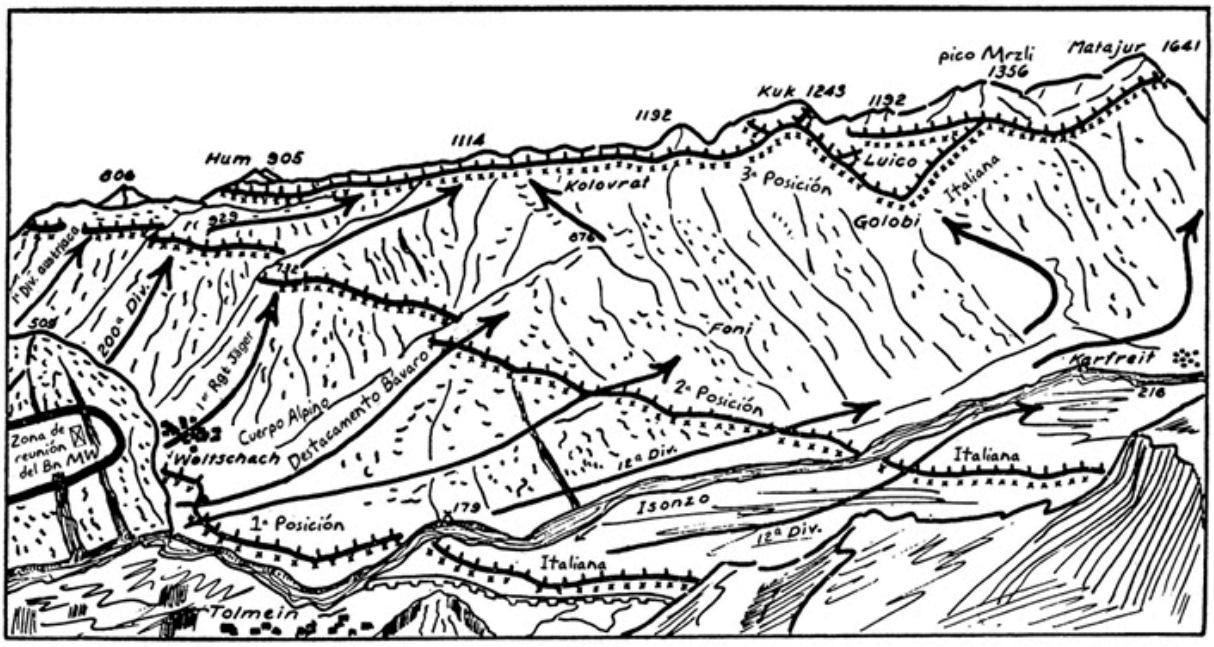
Poco antes de las ocho de la mañana, la escuadra de asalto que nos precedía dejó sus posiciones y se dirigió hacia el enemigo. Los defensores, en el torbellino de fuego, no los vieron o no se les resistieron y sacamos ventaja de la zona recién despejada a fin de prepararnos para el ataque.

¡Las ocho! El fuego de artillería y lanzaminas alargó su tiro. Por delante de nosotros, los Guardias de la Real Persona se lanzaron al ataque. Siguiendo muy de cerca su flanco derecho, nos movimos avanzando hacia la derecha y ganamos las posiciones hostiles alrededor de St. Daniel. Los restos de la guarnición emergieron de entre las ruinas y corrieron hacia nosotros con las manos en alto y caras deformadas por el miedo. Avanzamos presurosos sobre la ancha llanura que aún nos separaba de la ladera norte del Hevnik. Ciertamente, el fuego de ametralladora desde las estribaciones orientales del Hevnik dificultaba nuestro avance aquí y allá; pero nuestro ataque a través de la superficie al descubierto se mantuvo firme.

Mientras los Guardias de la Real Persona se movían hacia la ladera este del Hevnik, nuestro objetivo era la ladera nordeste hacia la que el *Major* Sprösser y su plana se dirigían corriendo al frente de los soldados quienes, obstaculizados por sus pesadas mochilas, ametralladoras o munición, no avanzaban con tanta rapidez.

Después de alcanzar las inmediaciones de la Cota 179, la ladera arbolada del Hevnik protegió nuestro flanco derecho del fuego desde las alturas (Croquis 35).

El Destacamento Rommel al completo alcanzó la ladera protectora. Siguiendo órdenes del *Major* Sprösser, se desplazó subiendo la vereda que llevaba hacia Foni como vanguardia del Batallón de Montaña de Württemberg sobre la vertiente norte del Hevnik. Un grupo de la 1.ª Compañía bajo el *Vizefeldwebel* Seitzer formaba la punta. El resto del Destacamento iba detrás con intervalos de 150 metros entre las unidades. Una sección de la 1.ª Compañía de ametralladoras seguía a la punta, después la plana del Destacamento, 1.ª Compañía, 2.ª Compañía, y el resto de la 1.ª Compañía de ametralladoras. Con el *Leutnant* Streicher, mi nuevo ayudante, yo ocupaba mi lugar en la columna unos pocos metros por detrás de la punta.



Croquis 35: Ataque del Decimocuarto Ejército. Vista desde el nordeste.

La vereda por la que ascendíamos hacia Foni era estrecha y estaba cubierta por arbustos muy crecidos y tenía poco aspecto de haber sido utilizada por el enemigo. La ladera a ambos lados del sendero era muy empinada y estaba densamente arbolada. El follaje de otoño colgaba aún de los árboles. Teníamos tan sólo unos pocos metros de visibilidad a través de la densa maleza y rara vez alcanzábamos a ver el valle. Unos arroyuelos profundos llevaban hacia el Isonzo. El impacto de proyectiles alemanes de grueso calibre llegaba retumbando débilmente desde el valle y también por nuestra espalda a la izquierda donde suponíamos que debían estar los Guardias de la Real Persona. La pendiente ante nosotros estaba antinaturalmente silenciosa y esperábamos tropezar con el enemigo en cualquier momento. No había artillería propia situada en posición para ayudarnos en aquel bosque de montaña; estábamos completamente solos.

La punta avanzaba con extremo cuidado parándose frecuentemente y escuchando atentamente cualquier ruido en el bosque, avanzando de nuevo después. Pero toda aquella precaución iba a ser en vano ya que el enemigo nos esperaba emboscado. Cuando habíamos avanzado hasta un lugar a unos mil metros al este de la Cota 824, dispararon súbitamente sobre nosotros

ametralladoras a corta distancia. Recibí el informe: «Enemigo al frente en posiciones organizadas detrás de alambradas. Cinco hombres de la punta están heridos».

Sin apoyo artillero un ataque a ambos lados del sendero a lo largo de aquella ladera empinada como un tejado a través de una maleza tupida y cruzando obstáculos contra un enemigo muy atento y bien atrincherado me pareció sin esperanza o, al menos, posible sólo con grandes pérdidas. Por lo tanto decidí probar suerte en algún otro sitio.

La punta permaneció en contacto con el enemigo y ordené a otro grupo de la 1.ª Compañía que actuase como nueva punta y que escalase hacia el sur a través de una garganta rocosa a unos doscientos metros por delante de la posición hostil. Mi intención era flanquear al enemigo desde la izquierda y desde arriba. Informé al *Major* Sprösser.

La ascensión demostró ser muy difícil. El *Leutnant* Streicher y yo íbamos cuarenta metros por detrás de la nueva punta. Pegada a nosotros venía la dotación de una ametralladora pesada que llevaba a hombros su arma desmontada.

En aquel momento, un bloque de piedra de unos cincuenta kilos se nos vino encima. La garganta tenía tan solo tres metros de ancho, esquivar era difícil y escapar imposible. En una fracción de segundo quedó claro que cualquiera que fuese alcanzado por el pedrusco sería pulverizado. Todos nos apretamos contra la pared izquierda del pliegue. La roca pasó zigzagueando entre nosotros monte abajo, sin arañar siquiera a un solo hombre.

Felizmente, la suposición de que los italianos estaban despeñando piedras sobre nosotros era falsa, ya que la punta había soltado la piedra accidentalmente al pasar.

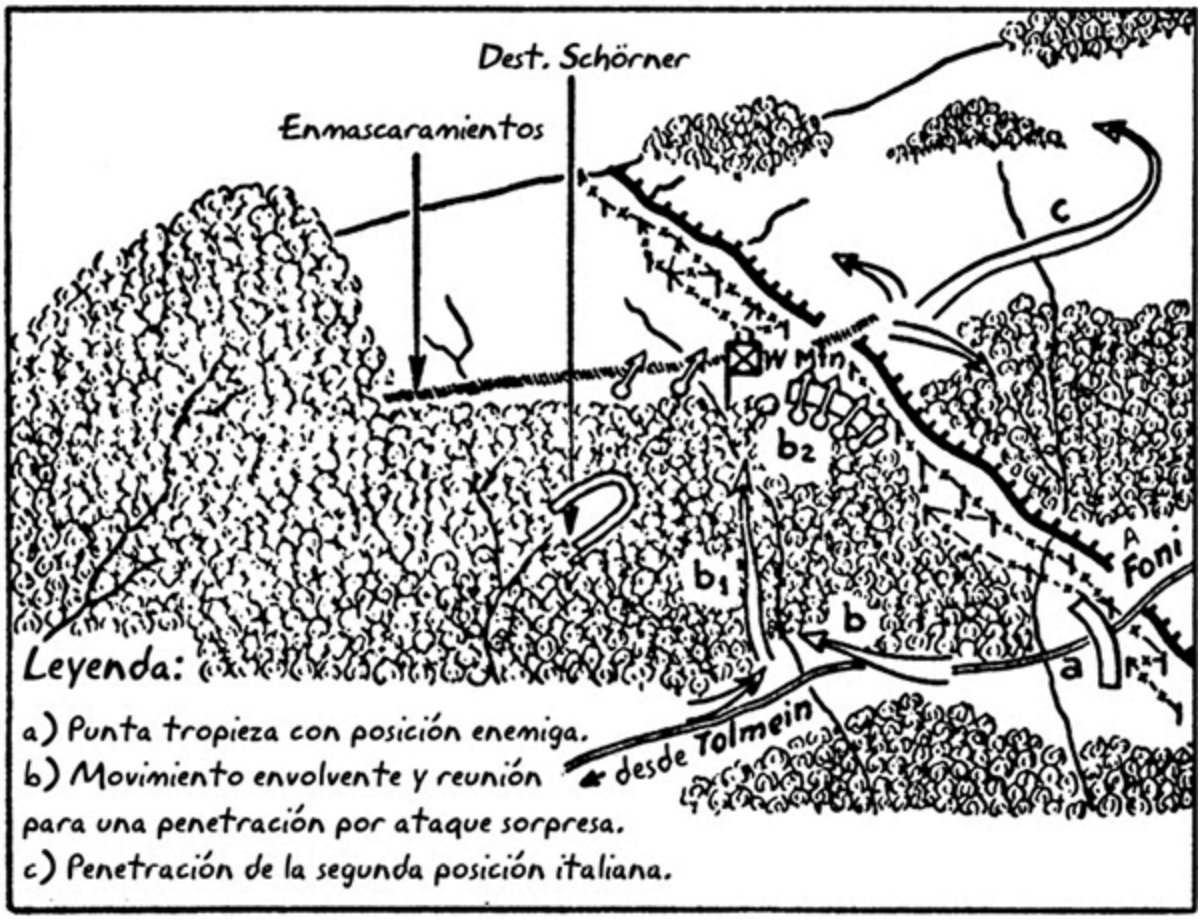
Algo más arriba, en la ladera, una piedra suelta arrancó el tacón de mi bota derecha y me aplastó el pie de tal manera que necesité la ayuda de dos hombres para continuar durante la siguiente media hora. El dolor me estaba matando.

Finalmente la empinada garganta quedó atrás. Bajo una lluvia torrencial, calados hasta los huesos, subimos la ladera a través de una tupida maleza, mirando y escuchando atentamente en todas direcciones.

El bosque al frente aclaraba. Mi mapa mostraba que debíamos estar a ochocientos metros al este de la Cota 824. Nos abrimos paso cautelosamente hasta el linde del bosque donde descubrimos un sendero camuflado que bajaba por la ladera hacia el este. Más allá de éste, sobre la desnuda ladera que ascendía, distinguimos una posición continua y bien dotada de alambradas que discurría ladera arriba en la dirección del pico Leihze. Esta posición hostil parecía desguarnecida y ningún fuego de artillería alemán había ido a dar en ella. Mi decisión fue: Un ataque sorpresa tras una corta preparación con ametralladoras pesadas con nuestro flanco izquierdo dispuesto a lo largo de la linde del bosque. La situación recordaba mucho a las situaciones antes de los ataques a Monte Cosna del 12 al 19 de agosto de 1917.

Bajo la protección de una sección de ametralladoras pesadas desplegada en posiciones disimuladas entre los arbustos, preparé al Destacamento para el ataque en una pequeña hondonada en los bosques a sesenta metros por delante de los obstáculos enemigos. Gracias a la espléndida disciplina de combate de las tropas de montaña, el movimiento fue completado bajo la lluvia torrencial sin un sonido. Muy a lo lejos, el ruido de la batalla resonaba en el valle del Isonzo, y algo más cerca, detrás por la izquierda sobre la sierra, los Guardias de Infantería parecían estar peleando duro. La paz reinaba a nuestro alrededor y sobre la superficie de la pradera.

De vez en cuando veíamos a unos pocos hombres deambulando dentro y a retaguardia de la posición hostil. Señal de que el enemigo que teníamos delante no sospechaba nuestra presencia. Unos pocos obuses alemanes empezaron a caer seiscientos metros detrás y a la izquierda. La posición hostil que teníamos delante debía, a juzgar por su dirección, conectar con aquella posición a ambos lados del camino a Foni que habíamos encontrado cuarenta y cinco minutos antes. Mi suposición era que se trataba parte de la segunda línea italiana. Acercarnos más sin hacer ruido era imposible entre la tupida maleza. El Destacamento estaba listo y yo tenía que decidir si atacar o no. Sesenta metros de maleza y después el alambre enemigo. Si éste estaba medianamente alerta no podía contar con una fácil victoria.



Croquis 36: Situación el 24 de octubre de 1917. Vista desde el norte.

La bien camuflada pista a lo largo de la linde del bosque me dio una idea. Esta pista probablemente constituía el medio de comunicación con la línea de vanguardia italiana cerca de St. Daniel o con las guarniciones sobre la ladera este del Hevnik o los puestos avanzados de observación de la artillería situados allí. Desde nuestra llegada no había sido usada por los italianos. La pista era sinuosa y el camuflaje por el lado sur ocultaba tan bien de las miradas desde la parte alta de la ladera y desde las posiciones italianas que sería difícil identificar cualquier tropa que la estuviese utilizando. Sin interferencia del enemigo podríamos desplazarnos por la pista y estar en las posiciones enemigas en menos de treinta segundos. Si nos movíamos con rapidez entonces podríamos capturar a la guarnición hostil sin hacer un solo disparo. ¡Una tarea para un hombre valiente! Si el

enemigo resistía, entonces tendría que lanzar mi ataque bajo la protección del fuego de la compañía de ametralladoras.

Escogí al *Gefreiter* Kiefner de la 2.ª Compañía, un auténtico gigante, le di ocho hombres, y le dije que bajase por la pista como si él y sus hombres fueran italianos que volvían de primera línea, para penetrar en la posición enemiga y capturar la guarnición a ambos lados de la pista. Debían hacer esto con un mínimo de disparos y granadas de mano. En caso de que se trabase un combate se les aseguró que contarían con la protección de nuestro fuego y el apoyo del Destacamento entero. Kiefner entendió, eligió a sus compañeros y, unos pocos minutos más tarde, llevaba su escuadra por la pista camuflada. Sus rítmicos pasos se fueron apagando y nosotros empezamos a especular sobre sus posibilidades de éxito. Escuchamos en tensión, listos para atacar o para iniciar un fuego constante. Un disparo lanzaría tres compañías al ataque. De nuevo largos y ansiosos minutos pasaron y no oíamos nada excepto la lluvia constante contra los árboles. Después se acercaron pasos, y un soldado informó en voz baja: «La escuadra de exploración Kiefner ha tomado un abrigo enemigo y capturado a diecisiete italianos y una ametralladora. La guarnición no sospecha nada».

Acto seguido llevé a todo el Destacamento Rommel (2.ª y 1.ª Compañías, y 1.ª Compañía de ametralladoras) por la pista y al interior de la posición enemiga. El Destacamento Schiellein (3.ª y 6.ª Compañías y 2.ª Compañía de ametralladoras), que se había unido a mí poco antes de la exitosa penetración de Kiefner, nos siguió. Equipos de asalto ensancharon sin ruido la brecha hasta que teníamos cincuenta metros a ambos lados de la pista. Varias docenas de italianos, que habían buscado refugio en sus abrigos de la lluvia torrencial, fueron capturados por las habilidosas tropas de montaña. Gracias al frondoso enmascaramiento el enemigo situado más arriba en la ladera no percibió el movimiento de las seis compañías.

Tuve entonces que decidir si debía tomar de través la posición enemiga entera o adentrarme en la dirección del pico Hevnik. Escogí esto último. La eliminación de las posiciones italianas era fácil una vez que estuviésemos en posesión del pico. Cuanto más nos adentrásemos en la zona de defensa hostil, menos preparadas estarían las guarniciones para nuestra llegada, y más fácil sería el combate. No me preocupé por el contacto a izquierda y

derecha. Seis compañías del Batallón de Montaña de Württemberg eran capaces de proteger sus propios flancos. La orden de ataque decía: «Sin limitar los objetivos del día en espacio ni tiempo, continuar el avance hacia el oeste, sabiendo que tenemos fuertes reservas cerca y a nuestra espalda».

La 1.ª Compañía de ametralladoras fue escalonada más adelante en la columna; en caso de combate quería tener una potente fuerza de fuego justo a mano. Los servidores de ametralladora pesada, transportando cargas de cuarenta kilos, marcaron la velocidad del ascenso. Este gigantesco logro puede ser entendido sólo por alguien que haya realizado ascensiones en la alta montaña con una carga similar y bajo condiciones meteorológicas similares.

Nuestra columna de mil metros avanzó laboriosamente bajo la lluvia torrencial, desplazándose de arbusto en arbusto, subiendo por hondonadas y gargantas que ocultaban de la vista, y capturando una posición tras otra. No hubo resistencia organizada y tomábamos habitualmente las posiciones enemigas por la espalda. Aquellos que no se rendían ante nuestra aparición sorpresiva huían a toda velocidad hacia los bosques situados más abajo, dejando atrás sus armas. No disparábamos sobre este enemigo que huía por miedo de alarmar a las guarniciones de las posiciones situadas aún más arriba.

Durante el avance nos vimos repetidamente en peligro por nuestro propio nutrido fuego de artillería. No hicimos señales luminosas para trasladar el tiro más adelante, ya que éstas hubieran alertado a las guarniciones hostiles. Un hombre del Destacamento fue herido por una roca que había desgajado un proyectil alemán de gran calibre.

Nuestro botín incluyó una batería de 210mm que había sido gaseada y cuya dotación había desaparecido sin dejar rastro. Montañas de obuses estaban apiladas junto a los gigantescos cañones y los refugios y los depósitos de munición excavados en la roca con explosivos estaban intactos. Noventa metros colina arriba llegamos a una batería media cuyos cañones estaban situados en casamatas de roca completamente a prueba de bomba equipadas con pequeñas troneras. Allí, también, las dotaciones habían desaparecido.

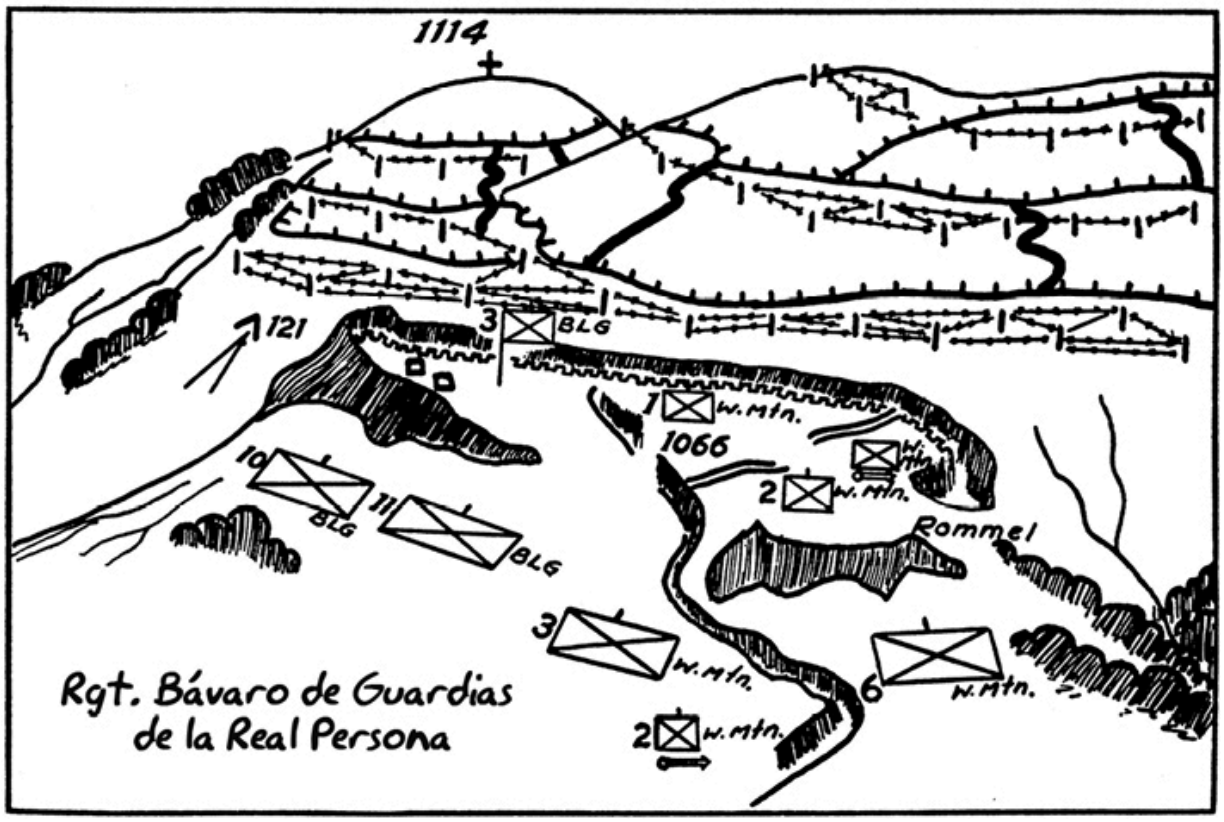
A las 11.00 alcanzamos el cordal que corría desde pico Hevnik hacia el este donde hicimos contacto con unidades del 3.er Batallón de los Guardias de la Real Persona y les acompañamos por un camino paralelo a la sierra hacia el pico de Hevnik, que estaba bajo un fuerte fuego alemán. Mientras los Guardias de la Real Persona descansaban y esperaban a que la artillería alargase su tiro, yo salí del camino con mis compañías hacia la vertiente norte del Hevnik y alcanzamos el pico al mediodía sin haber encontrado ninguna resistencia. Vimos numerosos grupos de italianos dispersos y tomamos algunos de ellos prisioneros.

La lluvia había parado y las nubes suspendidas a baja altura sobre nuestras cabezas empezaron a moverse de modo que ocasionalmente vimos la Cota 1114 y la Sierra de Kolovrat desde dónde se estaba dirigiendo un nutrido fuego de artillería contra el Hevnik. Aparentemente habíamos sido detectados por observadores italianos frente a la Cota 1114. Para evitar pérdidas innecesarias desplacé ambos Destacamentos fuera de la zona de peligro en dirección norte y, de acuerdo con nuestra misión, les dejé limpiar nidos de artillería hostil entre el Hevnik y Foni. Destacamentos de reconocimiento aseguraron la vertiente meridional del Hevnik y el Collado de Nahrad que estaba a trescientos metros al suroeste del pico. Marcamos todo nuestro botín con tiza y el cómputo había alcanzado las diecisiete piezas incluyendo doce cañones de grueso calibre. Conservas italianas y una comida preparada aplacaron nuestra hambre feroz.

Elementos de los Guardias de la Real Persona llegaron al Collado Nahrad alrededor de las 15.30, y me uní a ellos con mis dos Destacamentos formados. Una media hora más tarde el 3.er Batallón de los Guardias de la Real Persona (3 compañías de fusiles) empezó a ascender por la pista principal camuflada que llevaba hacia la Cota 1114 vía 1066. Teniendo en mente el hecho de que nuestra misión era proteger su flanco derecho, les seguí con mis seis compañías de montaña. El Destacamento Rommel abría la marcha, seguido por el de Schiellein.

El *Leutnant* Streicher y yo marchábamos a la cabeza de mi columna. El tiempo había despejado y la Sierra de Kolovrat, Cota 1114, y el cordal que discurría desde la Cota 1114 hasta Jeza quedaron nítidamente perfilados. Por el momento ningún enemigo estorbaba nuestro ascenso. Alrededor de

las 17.00, la compañía de los Guardias de la Real Persona que abría la marcha fue tiroteada cuando se aproximaban a la peña rocosa de la Cota 1066, y dos de las compañías se cubrieron bajo los acantilados hacia el este del sendero.



Croquis 37: Frente a la Cota 1114. Vista desde el nordeste.

Ordené al Destacamento Rommel que marchase subiendo a cubierto por la derecha del camino hasta ponerse a la altura de las compañías de la segunda línea del 3.er Batallón. Después, el *Leutnant* Streicher y yo reconocimos el área en las inmediaciones de la Cota 1066, donde nos encontramos con elementos de la 12.ª de Guardias Bávaros enzarzados en un tiroteo con un potente enemigo situado en una serie de posiciones superpuestas sobre la colina, a seiscientos metros al noroeste de la Cota 1114 y en la Cota 1114 propiamente dicha. Estas posiciones dominaban la zona y parecían estar bien protegidas por alambradas. Los italianos estaban también en posición a la derecha de la carretera que discurría más allá del flanco derecho de la 12.ª Compañía. Hice avanzar rápidamente la 1.ª

Compañía bajo el *Leutnant* Triebig y le ordené expulsar al enemigo de las posiciones a la derecha de la carretera en la zona al suroeste de la Cota 1066. La compañía ejecutó esta misión con pulcritud y diligencia, y conseguimos tomar las posiciones sin coste para nosotros. Nuestro conteo de prisioneros mostraba siete oficiales y 150 hombres.

Mientras tanto, siguiendo mis órdenes, la 2.ª Compañía y 1.ª Compañía de ametralladoras limpiaron las trincheras, abrigos y puestos de observación al oeste de la Cota 1066. El Destacamento Schiellein nos alcanzó y pasó a la reserva a unos cien metros al noroeste de la Cota 1066 y justo debajo de la cresta rocosa que habíamos terminado de limpiar.

El *Leutnant* Streicher y yo nos dirigimos hacia el ala derecha del 12.ª Compañía de Guardias de Infantería. Teníamos sus posiciones por superiores a las nuestras para observar de cerca la Cota 1066, y también queríamos establecer un enlace más estrecho con el 3.er Batallón de Guardias. Llegamos a la primera línea donde, a unos cincuenta metros de la Cota 1066, nos encontramos con varios oficiales del 3.er Batallón que nos señalaron una escuadra de exploradores que estaba intentando acercarse furtivamente hasta la posición hostil más cercana moviéndose a través de la garganta que se extendía hacia el collado entre la Cota 1114 y la colina, seiscientos metros al noroeste de la Cota 1114. Los exploradores no disfrutaban de perspectivas demasiado favorables; el enemigo, que aún no había recibido castigo alguno, cubría las desnudas vertientes por delante de su alambrada con ráfagas adicionales de ametralladora. Esta guarnición enemiga en particular parecía mantenerse alerta y no se sentía inclinada a ceder más terreno.

Los oficiales del 3.er Batallón de Guardias de Infantería, el *Leutnant* Streicher y yo éramos de la opinión de que la sólida posición sobre la Cota 1114 y en la colina seiscientos metros hacia el noroeste podía ser tomada únicamente en cooperación con la artillería. Hasta aquel momento ninguna de las dos alturas había sido sometida a fuego de artillería. Usando los prismáticos, hice un cuidadoso estudio de los detalles de las posiciones enemigas, aunque una ametralladora emplazada en algún lugar de la Cota 1114 me obligaba frecuentemente a abandonar mis observaciones y buscar abrigo.

La oscuridad cayó lentamente y todos los intentos de la 1.ª Compañía para tomar sectores adicionales de las posiciones hostiles sobre la ladera, seiscientos metros al noroeste de la Cota 1114, fueron infructuosos. Mis hombres del Batallón de Montaña de Württemberg se prepararon para pasar la noche, y la 1.ª y 2.ª Compañías fueron destacadas para proveer reconocimiento de combate durante la noche. Un antiguo puesto de observación de artillería italiano situado detrás de la 1.ª Compañía sirvió como puesto de mando para el Destacamento Rommel. El *Leutnant* Streicher, varios oficiales del 3.er Batallón de Guardias Bávaros y yo discutimos nuestros planes para el ataque contra la Cota 1114 y la Sierra de Kolovrat. En aquel momento, las 10.ª y 11.ª Compañías de Guardias Bávaros no habían entrado aún en combate y nada se sabía del éxito de la 12.ª Compañía contra la Cota 1114.

A las 19.00 fui reclamado al puesto de mando del 3.er Batallón de Guardias Bávaros por el *Major* Conde Bothmer, el comandante de los Guardias, que acababa de llegar a escena. Su puesto de mando estaba cerca de la Cota 1066 en un abrigo a unos cien metros del mío. Di la novedad de la disposición de mis seis compañías de montaña y él exigió entonces que mis unidades fuesen agregadas a su mando. Me tomé la libertad de señalar que yo recibía órdenes del *Major* Sprösser, quien, hasta donde sabía, era más veterano que el comandante de los Guardias, y que esperaba que el *Major* Sprösser llegase a mi puesto de mando en cualquier momento. El Conde Bothmer replicó prohibiéndome mover cualquier unidad de mi Destacamento hacia el oeste o contra la Cota 1114, diciendo que éste era trabajo para los Guardias solamente. Después, como una deferencia hacia nosotros, permitió graciosamente que las unidades del Batallón de Montaña de Württemberg ocupasen y asegurasen la Cota 1114, después de que los Guardias hubieran capturado la posición el 25 de octubre; también podíamos seguir al Regimiento de Guardias en la segunda línea de su avance hacia el oeste. Le dije que informaría a mi comandante de sus decisiones. Después fui despedido.

Estaba menos que contento a mi regreso al puesto de mando. A las tropas de montaña ir en segunda línea no nos atraía en absoluto, y buscaba modos y maneras de conseguir la libertad completa de acción para mi

fuerza. Mi conclusión final fue que tendría que esperar hasta que el *Major* Sprösser llegase.

A las 21.00, el *Leutnant* Autenrieth, el intendente del batallón, llegó a nuestro puesto de mando. Le habían indicado donde estábamos desde la 12.ª Compañía de Guardias pasando por el puesto de mando del 3.er Batallón de Guardias, donde había presenciado una discusión sobre el ataque planeado para el 25 de octubre. Este ataque iba a ser realizado contra la Sierra de Kolovrat e incluía apoyo de artillería. Me dijo que el *Major* Sprösser había continuado el ataque sobre Foni con el Destacamento Wahrenberger y había conseguido entrar allí justo antes del anochecer. El *Leutnant* Autenrieth también informó de que la 12.ª División de Infantería había hecho excelentes progresos en el valle del Isonzo. Describí nuestra situación en la Cota 1114 y nuestra relación con los Guardias, le insté a que informase de ello al *Major* Sprösser tan pronto como fuera posible, y que le pidiese que viniera a la Cota 1066, con o sin el Destacamento Wahrenberger, antes del alba y restaurase así la libertad de movimiento de mi Destacamento. El *Leutnant* Autenrieth aceptó con mucho gusto este encargo, que era muy difícil de cumplir en una noche oscura y a través de terreno abrupto no completamente limpio de enemigos, y salió hacia el puesto de mando del Grupo.

Ropas mojadas y viento frío hicieron la noche del 24 al 25 de octubre de lo más desagradable para los hombres del Batallón de Montaña de Württemberg sobre la Cota 1066. Las patrullas nocturnas de las compañías de primera línea trajeron de vuelta unas docenas más de prisioneros, que fueron capturados delante de los obstáculos hostiles. Sin embargo, ninguna patrulla consiguió pasar al otro lado de los obstáculos y llegar hasta la más adelantada de las posiciones enemigas. Los centinelas italianos eran muy despiertos y rápidos en usar sus granadas de mano y el fuego de ametralladora.

A última hora de la tarde, el 3.er Batallón de Guardias Bávaros nos informó de que las compañías de reserva situadas al norte de Cota la 1066 habían sido empeñadas contra la izquierda de la vertiente nordeste pero que no habían conseguido establecer contacto con el 1.er Regimiento de *Jäger* que estaba atacando al otro lado de la Cota 732. No se nos dijo que la

compañía del *Leutnant* Schörner (12.ª Compañía de Guardias de la Real Persona) había tomado la Cota 1114.

Medio dormido sobre una dura cama le di vueltas a la manera de continuar el ataque. ¿Un ataque frontal? Un ataque así requeriría apoyo de artillería y este apoyo no estaría disponible hasta después de que amaneciera el 25 de octubre. Más aún, los Guardias Bávaros no querían que el Batallón de Montaña de Württemberg participase en un ataque desde nuestras recién ganadas posiciones contra las fuertes defensas de Kolovrat. Una alternativa a atacar con apoyo de artillería era golpear a los italianos en un sector de la tercera línea italiana en el cual, hasta el momento, no se hubiesen producido ataques. Quizás al oeste o al sureste, ambos a unos mil metros del punto focal de la Cota 1114. Hacia el oeste de la Cota 1114 la tercera línea cruzaba las desnudas cumbres con forma de terraza de la Sierra Kolovrat que iban subiendo hasta el Kuk. Una exitosa penetración al oeste de Cota la 1114 hubiera tenido un efecto sobre las posiciones situadas por debajo. Esta situación ofrecía posibilidades atractivas a los agresivos oficiales y hombres del Batallón de Montaña de Württemberg. La Cota 1114 dominaba las posiciones enemigas hacia el sureste. Una ruptura allí abajo hubiera tenido poco efecto sobre la situación en la Cota 1114 y era imposible para el Batallón de Montaña de Württemberg, que estaba a la derecha de los Guardias y al que el *Major* Conde Bothmer le había negado toda actividad operacional en esa dirección. La noche pasó tranquila, rota sólo por una corta escaramuza con bombas de mano.

A las escuadras de exploración enviadas a primeras horas de la mañana contra las posiciones hostiles no les fue mejor que a las patrullas nocturnas y fueron rechazadas por alertas centinelas italianos. El 3.er Batallón de los Guardias Bávaros no nos dio indicación de que la situación había cambiado durante la noche. Reinaba aún una oscuridad total a las cinco de la mañana cuando el *Major* Sprösser llegó a mi puesto de mando. El resto del Batallón de Montaña de Württemberg (4.ª Compañía, 3.ª Compañía de ametralladoras) venía a poca distancia tras él. Describí la situación en la Cota 1114, nuestra relación con los Guardias, y mi plan de ataque para cuya ejecución solicité el uso de cuatro compañías de fusiles y dos de ametralladoras.

El *Major* Sprösser aprobó mi plan de operaciones contra la tercera línea italiana, pero sólo me dio dos compañías de fusiles y una compañía de ametralladoras, aunque prometiendo apoyo adicional en caso de éxito. Mientras yo hacía los arreglos para la partida de mi nueva formación, el *Major* Sprösser llegó a un entendimiento con el comandante de los Guardias de la Real Persona, que llegó a mi puesto de mando.

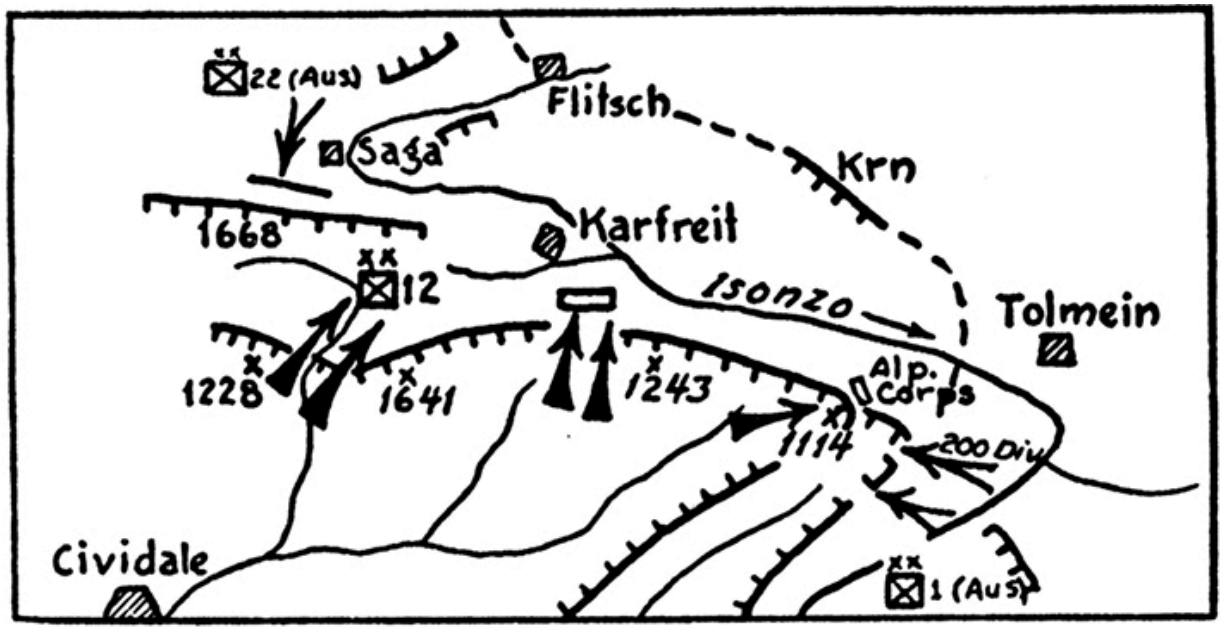
Observaciones: La primera posición italiana en St. Daniel consistía en una trinchera continua en la primera línea con numerosos abrigos, refugios y fuertes alambradas. Había nidos de ametralladora y puntos de resistencia aislados en la zona entre la primera y la segunda línea. El camuflaje en primera línea era deficiente, mientras que las fortificaciones entre la primera y la segunda líneas eran apenas perceptibles.

La preparación artillera alemana demolió la primera línea y prácticamente aniquiló a su guarnición. Los pocos nidos de ametralladora en la zona entre las líneas que no fueron destruidos por el tiro de preparación fueron incapaces de detener el ataque que fue lanzado sobre un frente amplio. Si los italianos hubieran tenido numerosos nidos de ametralladora en la zona entre la primera y la segunda posición entonces el ataque alemán hubiera sido probablemente detenido. Se requiere una gargantuesca preparación de artillería para demoler una posición defensiva moderna que está trazada en gran profundidad.

La punta de mi Destacamento perdió cinco hombres a resultas de encontrarse con la segunda línea italiana sobre un estrecho sendero a lo largo de una ladera empinada y boscosa. Un intervalo mayor entre los hombres hubiera reducido pérdidas. En Rumanía, las puntas de los Cosacos cabalgaban a intervalos de más de doscientos metros cuando se desplazaban por terreno abierto. Si algo le pasaba al primer hombre, el siguiente daba noticia de ello. Una punta de infantería debe hacer lo mismo y el jefe de la punta debe combatir el impulso gregario de amontonarse.

Mientras la guarnición italiana de la segunda línea sobre el camino a Foni demostró ser muy desconfiada, la guarnición de la misma posición, ochocientos metros al sureste, no estaba suficientemente alerta. No es

suficiente tener centinelas vigilantes en la posición principal; la zona de vanguardia de ésta debe ser constantemente inspeccionada por patrullas, especialmente con mal tiempo y en terreno irregular y poblado de vegetación.



Croquis 38: La situación al romper el día, 25 de octubre de 1917.

Situación de la batalla al amanecer del 25 de octubre: El Grupo Kraus atacando en la cuenca de Flitsch alcanzó Saga durante al atardecer del 24 de octubre en el esfuerzo en la cabeza del valle. Comenzó a atacar el Stol (1668 metros de altitud) la mañana del 25 de octubre.

En el valle del Isonzo la 12.ª División —favorecida por el tiempo lluvioso y lóbrego, que anulaba el efecto del fuego hostil desde las montañas hacia el valle— había avanzado el 24 de octubre a través de Idersko y Karfreit hasta el valle Natisone cerca de Creda y Robic. El Grupo Eichholz (2 batallones, 1 sección de artillería) se había desgajado hacia el paso de Luico. Durante la mañana del 25 de octubre débiles unidades de la 12.ª División (compañía de Schnieber) escalaron las estribaciones septentrionales del macizo del Matajur y el Grupo Eichholz estuvo enzarzado en duros combates con fuerzas italianas muy superiores.

En el Cuerpo Alpino, los Guardias de Infantería Bávaros y el Batallón de Montaña de Württemberg estaban combatiendo por la piedra angular de

la tercera línea italiana en la Cota 1114. La compañía de Schörner (12.ª de Guardias) tenía el pico propiamente dicho, pero los italianos mantenían sus posiciones circundantes y estaban intentando recuperar sus posiciones perdidas mediante contraataques. El 1.er Regimiento de *Jäger* de la 200.ª División estaba combatiendo todavía por la segunda línea italiana alrededor de la Cota 732.

El 3.er Regimiento de *Jäger* de la 200.ª División había tomado Jeza, y el 4.º Regimiento de *Jäger* estaba combatiendo por la segunda línea italiana al oeste de la Cota 497.

El Grupo Scotti había tomado, con la 1.ª División Imperial y Real, la primera y segunda líneas italianas y alcanzado la línea de Ostry-Kras-Pusno-Srednje-Avska.

Sumario: La tercera línea italiana sobre las imponentes alturas al sur del Isonzo (Matajur, pico Mrzli, Golobi, Kuk, Cota 1192, Cota 1114, La Cime, Monte Hum) permanecía, con la excepción de pequeños segmentos en la Cota 1114, en manos italianas. Su guarnición estaba fresca, y tenían amplias reservas. La posición no había sufrido a causa del fuego de artillería alemán.

Capítulo 11

El segundo día de la Ofensiva Tolmein

I. Penetración por sorpresa hasta la posición Kolovrat

Con las primeras luces del 25 de octubre de 1917 dejé la parte occidental de la cresta rocosa de la Cota 1066 con la 2.ª Compañía de fusiles y la 1.ª de ametralladoras y empezamos a bajar hacia el noroeste a través de un empinado y estrecho barranco. Nuestro objetivo inicial era un grupo de arbustos a unos cuarenta y cinco metros por debajo de nuestro punto de partida. La maniobra no se ejecutó sin pérdidas, ya que el enemigo reparó en nosotros y roció la columna con fuego de ametralladora. No obstante alcanzamos los arbustos donde se nos unió la 3.ª Compañía de mi Destacamento. En aquel momento estalló una violenta acción en la Cota 1114.

Antes de salir, había dado instrucciones a los jefes de compañía sobre el previsto esquema de maniobra. Mi intención era moverme hacia el oeste hasta que estuviese entre doscientos y cuatrocientos metros por debajo de las posiciones del Kolovrat, una maniobra que me situaría a dos mil metros de distancia de la lucha en la Cota 1114. Una vez en posición sobre la pronunciada ladera, esperaría una oportunidad favorable para lanzar un ataque sorpresa contra la tercera línea enemiga. El éxito de la empresa descansaba en que no fuésemos vistos por los italianos mientras nos movíamos a través de la ladera.

La 2.ª Compañía del *Leutnant der Reserve* Ludwig mandó por delante su punta, que yo mismo guié por medio de señales manuales. Mi plana (ayudante, enlaces y destacamento telefónico) y yo íbamos treinta metros por detrás de la punta. Cincuenta metros por detrás de nosotros, en columna

de a uno venían la 2.ª Compañía de fusiles, 1.ª de ametralladoras y 3.ª de fusiles. Parte del destacamento telefónico estaba ocupado estableciendo comunicaciones con el puesto de mando del *Major* Sprösser en la Cota 1066.

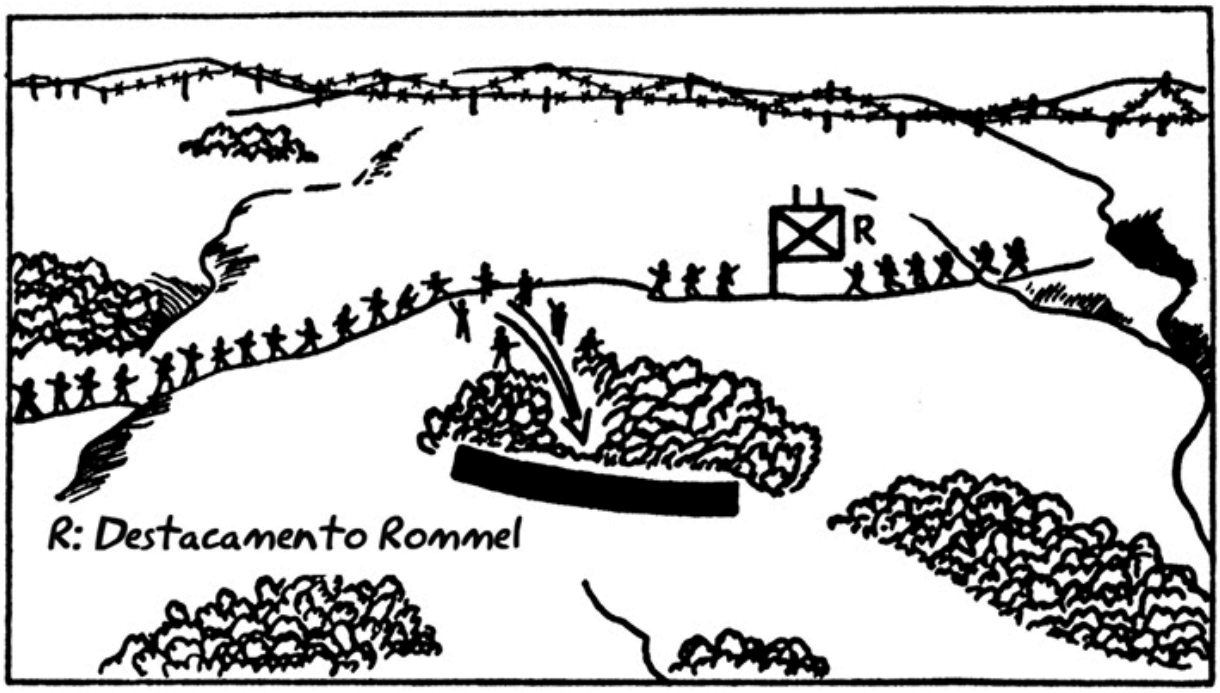
Ponernos en marcha fue sumamente agradable después de pasar una noche fría envueltos en ropas húmedas. Las conservas italianas habían tenido que reemplazar a nuestro café de la mañana. A medida que el día se iluminaba, el combate en la Cota 1114 y en los alrededores de la Cota 1066 aumentó en violencia. Nos alejamos de aquel ruido de combate y silenciosamente nos abrimos camino de arbusto en arbusto y pendiente en pendiente. Al principio, el terreno cubierto de frondosa vegetación nos permitió desplazarnos apenas a doscientos metros por debajo de las posiciones enemigas; después aparecieron los obstáculos sobre los desnudos oteros de la larga Sierra de Kolovrat y nos obligaron a ejecutar desvíos costosos en términos de tiempo y energía bajando por la ladera. Arriba entre los obstáculos enemigos, quizás incluso por delante de ellos, los ojos de muchos centinelas vigilantes exploraban las laderas sobre las que nos estábamos desplazando. Si alguno de ellos nos llegaba a ver y dar la alarma entonces el éxito de mi empresa quedaba en peligro si es que no resultaba irremisiblemente arruinado.

Nos deteníamos y realizábamos el reconocimiento personal necesario cada vez que sentíamos nuestra seguridad amenazada. Todo dependía de encontrar el camino correcto. Atravesamos cautelosamente varios barrancos cortados a pico y continuamos nuestro avance sobre una vertiente cubierta de hierba. La columna entera tenía que quedar oculta a la visión del enemigo y esto era difícil dado que sólo podíamos especular sobre qué aspecto presentaba el terreno a aquéllos por encima de nosotros. Por lo que podíamos ver desde donde estábamos los obstáculos altos y continuos que veíamos por encima indicaban una formidable posición. Cuanto más alto subíamos más escasos se volvían los arbustos, y nuestra aproximación oculta quedó finalmente reducida a emplear las estrechas torrenteras que surcaban la ladera. Una hora después de dejar la Cota 1066, habíamos cubierto unos dos mil metros a vista de pájaro desde este punto y no habían disparado sobre nosotros en ningún momento. Desde la Cota 1114 aún

oíamos llegar el sonido de la batalla, lo que nos llevó a pensar que los Guardias Bávaros habían reanudado su ataque.

Por encima de nosotros quedaban, bajo el sol de la mañana que prometía un luminoso y cálido día de otoño, los oteros fortificados de la Sierra de Kolovrat. Un profundo silencio prevalecía entre nosotros. La punta se estaba abriendo paso más allá de unos pocos macizos de arbustos y hacia el interior de una depresión a unos doscientos metros del alambre enemigo. Yo estaba considerando si podría, y por dónde, cruzar una cresta desnuda y afilada a unos cien metros de la vanguardia cuando escuché un leve sonido detrás de mí. Mirando hacia atrás, vi a algunos tiradores de montaña de la 2.ª Compañía desapareciendo hacia el interior de un gran grupo de arbustos debajo del sendero que la punta había recorrido.

¿Qué estaba pasando? Los soldados a la cabeza de la 2.ª Compañía habían descubierto a varios italianos dormidos en un macizo de arbustos ladera abajo. En unos pocos minutos habían neutralizado un puesto avanzado de combate italiano de cuarenta hombres y dos ametralladoras. Ni un disparo, ni una palabra en alto se habían dejado oír. A buen seguro algunos centinelas hostiles huyeron cuesta abajo tan rápido como sus piernas pudieron llevarles, pero afortunadamente en su agitación se olvidaron de advertir a las guarniciones de las posiciones por encima mediante disparos o gritos. Me aseguré de que nadie intentase dispararles mientras huían.



Croquis 39: Tomando por sorpresa al puesto avanzado de combate italiano. 25 de octubre de 1917.

Este puesto avanzado de combate enemigo aparentemente tenía la misión de asegurar las posiciones sobre la Sierra de Kolovrat de una sorpresa proveniente desde el valle del Isonzo. Había probablemente avanzadillas adicionales trescientos metros o así por debajo de nosotros, pero evidentemente tenían su atención fija en el valle del Isonzo y nunca se les ocurrió que pudiéramos avanzar hacia el oeste desde la Cota 1066.

La eliminación en silencio del principal elemento de seguridad para la posición Kolovrat mejoró en gran medida nuestras probabilidades de acercarnos a los obstáculos enemigos con éxito. Finalmente la parte más profunda del barranco, donde la punta estaba detenida en ese momento, era invisible para los italianos desde su posición en las alturas. Esta serie de circunstancias me llevó a decidirme a romper la línea en aquel punto en concreto.

Los prisioneros fueron enviados al final de la columna, y ordené a la punta que prosiguiese subiendo por el barranco hasta llegar a cien metros de los obstáculos enemigos. Las puntas de los postes de las alambradas eran

apenas visibles para mí. La punta proporcionaría seguridad mientras el Destacamento se concentraba para el asalto. Con el mayor cuidado y prudencia desplacé mis compañías al interior del barranco y me preparé para el ataque. La zona en sí era muy pequeña y yo tenía una gran número de tropas. Hice saber rápidamente mis intenciones a los comandantes y después nos pusimos en marcha detrás de la punta que estaba cien metros más cerca del enemigo. Las pendientes eran muy pronunciadas e indudablemente arqueadas.

Nada se movía en la posición ante nosotros, pero desde lejos por la izquierda llegaba el sonido siempre creciente del combate en la Cota 1114.

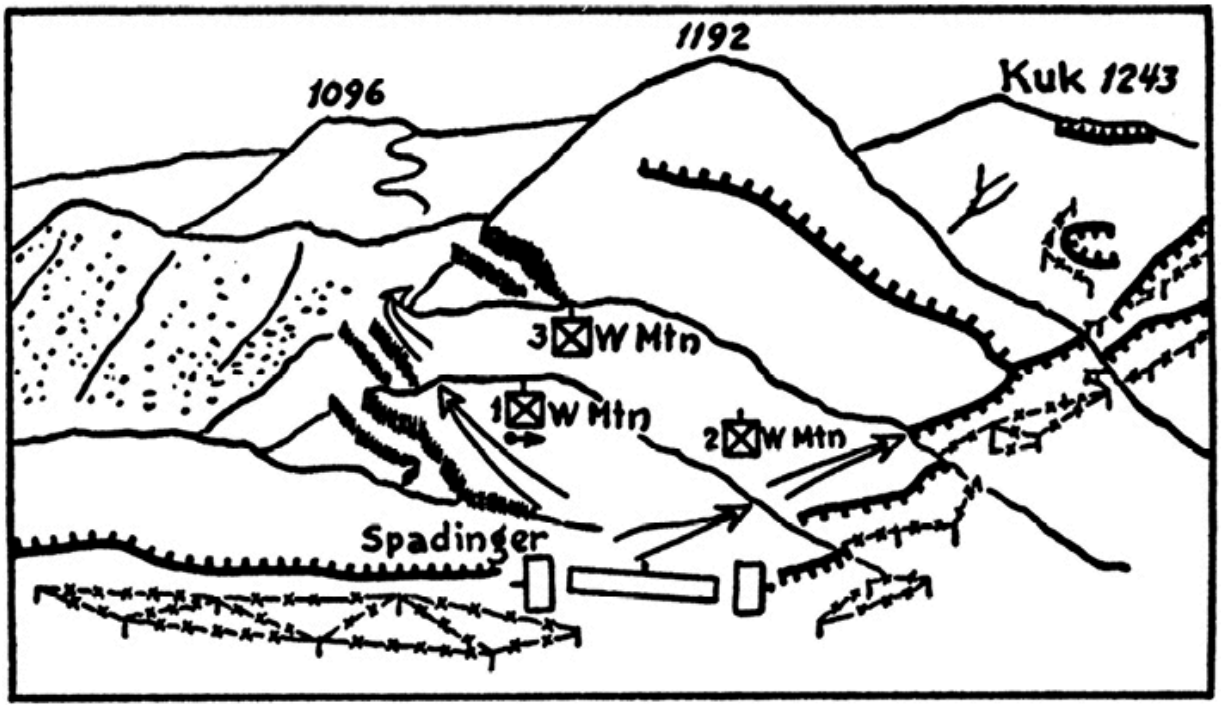
Mi ayudante, el *Leutnant* Streicher, se ofreció a reconocer los obstáculos frente a nosotros para descubrir su fortaleza o debilidad, localizar pasillos, y, de ser necesario, abrir brechas. Le di cinco hombres de la 2.ª Compañía y una ametralladora ligera, instruyéndole para que usase sus armas de fuego como defensa de último recurso. Streicher avanzó furtivamente con sus hombres. El *Leutnant* Ludwig mantenía contacto con él mediante unos pocos tiradores.

Mientras tanto, la escuadra de telefonistas había establecido contacto con el puesto de mando del *Major* Sprösser (cerca de la Cota 1066), le informé del curso de los acontecimientos y le transmití mi decisión de penetrar en la posición enemiga en Kolovrat inmediatamente por un punto a ochocientos metros al este de la Cota 1192. También solicité y se me prometió el rápido envío de apoyo en caso de éxito. El *Major* Sprösser había seguido todo nuestro avance con sus prismáticos desde su puesto de mando. Me dijo que la situación frente a la Cota 1114 había cambiado solo hasta el punto de que fuertes fuerzas italianas estaban atacando a los Guardias Bávaros. Un ataque a cargo de los Guardias con apoyo artillero había quedado así desarticulado.

Acababa de colgar el teléfono y estaba dándole un bocado a un bollo de pan blanco italiano cuando un breve informe me llegó de Streicher: «Escuadra de exploración consiguió pasar, tomados cañones y prisioneros». El silencio completo reinaba en la posición enemiga y ni un tiro había sido disparado. Con la máxima velocidad proseguí con la ejecución de mi plan de ruptura y puse a mi Destacamento al completo en marcha. Un retraso de

un segundo podría habernos arrebatado la victoria que estaba a nuestro alcance.

Requirió de toda nuestra fuerza subir escalando para salir del barranco y atravesar la pronunciada ladera. En pocos momentos fueron alcanzados y atravesados los obstáculos y después nos movimos a través de la posición hostil. Los largos cañones de una batería pesada italiana se alzaban amenazadores ante nosotros y en sus proximidades los hombres de Streicher estaban limpiando algunos abrigos. Unas docenas de prisioneros italianos permanecían en pie cerca de las piezas. El *Leutnant* Streicher informó que había sorprendido a las dotaciones de los cañones mientras se aseaban.



Croquis 40: Ruptura de la línea en la posición sobre la Sierra Kolovrat. Vista desde el nordeste.

Estábamos en un estrecho cordal. Las lomas desnudas de la Sierra de Kolovrat estaban cubiertas con numerosas fortificaciones, y eran también visibles las trincheras de comunicación que se dirigían hacia la muy fortificada posición a lo largo de la vertiente norte. El camino principal que se dirigía hacia Crai a través de Luico-Kuk-Cota 1114 estaba sólo a cien

metros al sur de nuestra posición. El camino en sí estaba bien camuflado contra la observación aérea y desde tierra.

Un tercio del Destacamento Rommel había alcanzado el cordal. Los hombres estaban jadeando por los efectos de subir corriendo por la pronunciada pendiente. La guarnición de Kolovrat aún ignoraba nuestra irrupción en sus posiciones. ¿Aún estaba durmiendo? A juzgar por el número de prisioneros capturados hasta el momento en el cordal de cincuenta metros de ancho, la posición estaba fuertemente defendida. Nos separaban segundos de nuestro destino.

Ordené:

«El Destacamento Rommel establece posiciones de bloqueo hacia el este y se despliega hacia el oeste».

«El *Vizefeldwebel* Spadinger con una escuadra de ametralladoras de la 2.ª Compañía bloquea los extremos orientales de la posición hostil sobre la vertiente norte, corta la carretera de montaña y cubre la retaguardia del Destacamento Rommel que avanza hacia el oeste».

«El *Leutnant* Ludwig y la 2.ª Compañía fuerzan la posición enemiga sobre la parte occidental de la vertiente norte. Deben evitarse los disparos tanto tiempo como sea posible».

«3.ª Compañía de fusiles y 1.ª de ametralladoras me acompañan bajando por la carretera de la sierra hacia el oeste. El *Leutnant* Streicher y su Destacamento asumen la responsabilidad de la seguridad del avance».

«¡Avancen tan rápidamente como sea posible!».

Todas las unidades del Destacamento se aplicaron a sus tareas con energía y una buena dosis de cautela. Bajo el eficiente *Leutnant* Ludwig, escuadras de asalto de la 2.ª Compañía fueron corriendo de abrigo en abrigo y de puesto de guardia en puesto de guardia. La mayoría de la guarnición hostil fue descubierta en los abrigos. Un tirador de montaña bastaba para supervisar la evacuación, desarme y puesta en formación de la guarnición de un abrigo enemigo. En los puestos de guardia los centinelas estaban aún mirando hacia el valle donde el Isonzo, con una cadena de imponentes picos de mil novecientos metros como trasfondo, presentaba una escena de embelesadora belleza bajo los primeros rayos de sol de la mañana.

La repentina aparición de un tirador de la 2.ª Compañía detrás de un centinela era suficiente para paralizarlo de miedo, y no llegaban más cerca de poder dar la alarma que sus hermanos del puesto avanzado que habíamos tomado justo antes del ataque. El número de prisioneros creció rápidamente y pronto alcanzó los centenares.

El grueso del Destacamento también hizo buenos progresos por la carretera de la sierra. Fue una afortunada coincidencia que el camuflaje nos ocultase del enemigo sobre las alturas al este y oeste. Capturamos varias posiciones de artillería que habían sido excavadas con explosivos directamente en la pared de roca. Nuestra repentina aparición en la calma de la mañana, lejos del ruido de batalla alrededor de la Cota 1114, desconcertó completamente a la guarnición. Mi objetivo inicial era sorprender a cualquier formación concentrada de reserva, y también quería alcanzar una posición desde la que pudiera ayudar a la 2.ª Compañía a superar cualquier resistencia que pudiera encontrar.

Los acontecimientos tomaron un giro diferente.

Habían pasado alrededor de diez a quince minutos desde nuestra penetración de la posición Kolovrat, la punta de la 3.ª Compañía se desplazaba por la carretera de la sierra y se estaba aproximando al collado, a 300 metros al este de Cota 1192, cuando fue tiroteada desde todas direcciones.

La escuadra de exploración Streicher, que había ya alcanzado el collado al este de la Cota 1192, fue sometida a fuego de ametralladora proveniente de la vertiente sur de la Cota 1192 y estuvo pronto bajo fuerte presión de infantería italiana que avanzaba desde la ladera sudeste, tratando de empujarles hacia el norte, al otro lado de la carretera de la sierra. La escuadra de exploración cedió en la vertiente nordeste de la Cota 1192.

El avance de las 3.ª Compañía de fusiles y 1.ª de ametralladoras siguiendo la carretera de la sierra fue detenido por un intenso fuego de ametralladora desde la Cota 1192. Las unidades de ametralladoras fueron apresuradamente emplazadas pero fueron incapaces de obtener ninguna ventaja de fuego. El fuego de ametralladora impactaba a través del camuflaje y de través a lo largo del lado izquierdo de la carretera. Esto hacía sumamente difícil atacar por uno de los lados de la carretera, ya que

nos hubiéramos movido a través de las pronunciadas y desprotegidas laderas meridionales de la Sierra de Kolovrat. Poco después de esto, oí redoblados ruidos de combate al frente por la derecha donde imaginaba que debía estar la 2.ª Compañía. Estallaban las granadas de mano, seguidas por el vivo fuego de mosquetón de las tropas de montaña. Cada hombre parecía estar en la línea de fuego.

No veía nada y era imposible ir hasta la desnuda protuberancia a la derecha de la carretera sin atraer un intenso fuego de ametralladora desde la Cota 1192. ¿Podría la 2.ª Compañía aguantar? ¡Sólo tenía 80 mosquetones y 6 ametralladoras ligeras! Si la 2.ª Compañía era rebasada, entonces el enemigo tendría pocos problemas en recuperar sus posiciones perdidas sobre la vertiente norte y hubiera copado a las unidades restantes del Destacamento y liberado a los prisioneros. El volumen de fuego me decía que teníamos enfrente a numerosas fuerzas enemigas. Unos pocos minutos habían bastado para cambiar la situación completamente en nuestra contra y para hacerla muy seria. Se volvió una cuestión de conservar contra un enemigo superior las partes de la posición Kolovrat ganadas durante nuestro rápido avance. La necesidad más urgente era bloquear la carretera hacia el oeste y correr en ayuda de la amenazada 2.ª Compañía. Numerosas ametralladoras enemigas hacia el este y el oeste barrían las desnudas prominencias sobre el camino más corto hasta la 2.ª Compañía. Un ataque a ambos lados de la carretera hacia el oeste contra la Cota 1192 hubiera quedado dentro del alcance del mismo fuego enemigo y hubiera tenido escasas posibilidades de tener éxito. Llegué a una solución diferente.

Una sección de ametralladoras ya empeñada por el fuego contra la Cota 1192 y algunos tiradores de la 3.ª Compañía recibieron la misión de bloquear la carretera de la sierra hacia el oeste. Con el resto de la 3.ª Compañía de fusiles y la Compañía de ametralladoras me descolgué rápidamente hacia el este por la carretera hasta el collado, ochocientos metros al este de la Cota 1192 allí donde habíamos abierto brecha en la línea italiana por primera vez. El tupido camuflaje impidió al enemigo al este y oeste observar este movimiento y someterlo a un fuego apuntado. El ocasional barrido del camuflaje con tiro de rastrilleo hizo poco por obstaculizar nuestro movimiento, y conseguimos llegar al collado.

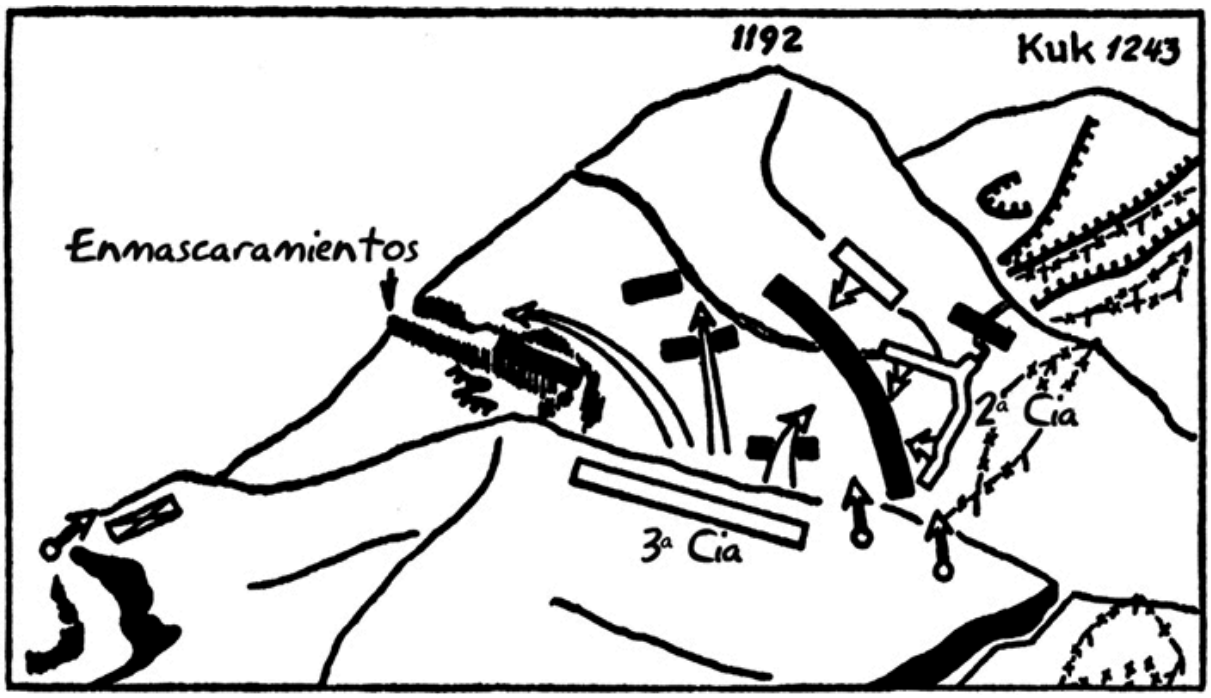
Allí, el capaz Spadinger y sus ocho hombres estaban manteniendo a raya a la guarnición italiana al este de la posición. Al pasar lo reforcé con dos escuadras adicionales. Nos movíamos a la carrera hacia el oeste a través de posiciones italianas que habían sido previamente limpiadas por la 2.ª Compañía. Unos ciento cincuenta metros más adelante nos encontramos con dos tiradores de montaña que estaban vigilando alrededor de un millar de prisioneros entre la posición y las alambradas. Les ordené trasladar inmediatamente a los prisioneros ladera abajo por debajo de las alambradas, y dejé que ellos se encargasen de los detalles. ¡Llevaron a cabo su tarea! El fuego de ametralladora italiano desde el este y oeste que pasaba rozando las alturas aceleró el movimiento de los prisioneros.

Unos cien metros por delante de nosotros el ruido de combate creció hasta alcanzar una gran violencia cerca de la 2.ª Compañía. Estallaron granadas de mano, las ametralladoras disparaban constantemente y los mosquetones disparaban fuego rápido. Exigí mayor velocidad a las dos compañías que me venían siguiendo. Inspeccioné la situación desde una prominencia a cuatrocientos metros al este de la Cota 1192.

La 2.ª Compañía defendía algunas secciones de trincheras sobre la ladera nordeste y estaba rodeada por el oeste, sur y este por una superioridad de cinco a uno; un batallón de reserva italiano al completo. Las unidades enemigas más adelantadas estaban concentradas a unos escasos cincuenta metros de distancia. Los anchos y altos obstáculos italianos estaban a la espalda de la 2.ª Compañía haciendo imposible la retirada hacia la ladera norte. Las tropas se defendían desesperadamente contra la poderosa masa enemiga; sólo su ininterrumpido tiro rápido impedía un ataque enemigo. Si el enemigo se aventuraba a atacar a pesar del fuego, entonces el pequeño grupo hubiera sido aplastado. ¿Debía abrir fuego poco a poco con los tiradores que iban llegando? ¡No!

Enseguida quedó claro para mí que nada menos que un asalto por sorpresa sobre el flanco y retaguardia enemigos bastaría para socorrer a la 2.ª Compañía. Bajo tales condiciones creí que las superiores capacidades de combate del tirador de montaña se impondrían y la cuestión de victoria o derrota se decidiría en combate cercano entre el enemigo y nuestros tiradores de montaña superados en número.

Las primeras unidades llegaron corriendo sin aliento por las profundas trincheras, seguidas por los soldados en vanguardia de la compañía de ametralladoras con sus armas desmontadas. Bastaron unas pocas palabras para transmitir a los comandantes la situación y sus misiones. Dispusimos la 3.ª Compañía en una cañada poco profunda a la izquierda de la trinchera. Una dotación de ametralladora pesada emplazó su arma a toda prisa en una depresión a la derecha e informó estar lista para el combate. La dotación de otra ametralladora pesada llegó jadeando, la 3.ª Compañía estaba en la cañada lista para atacar.



Croquis 41: Ataque sobre la Cota 1192, 25 de octubre de 1917. Vista desde el este. Enmascaramientos.

No podía esperar a que la segunda ametralladora estuviese emplazada. Las densas masas enemigas, exhortadas por sus oficiales, estaban saliendo de sus trincheras a cien metros de distancia y avanzando sobre la acorralada 2.ª Compañía. Di la señal de ataque a la 3.ª Compañía de fusiles y la 1.ª de ametralladoras. Mientras la primera ametralladora pesada abría fuego sobre el enemigo con un fuego sostenido desde su posición enmascarada a la derecha, donde pronto se le unió la segunda, las tropas de montaña a la

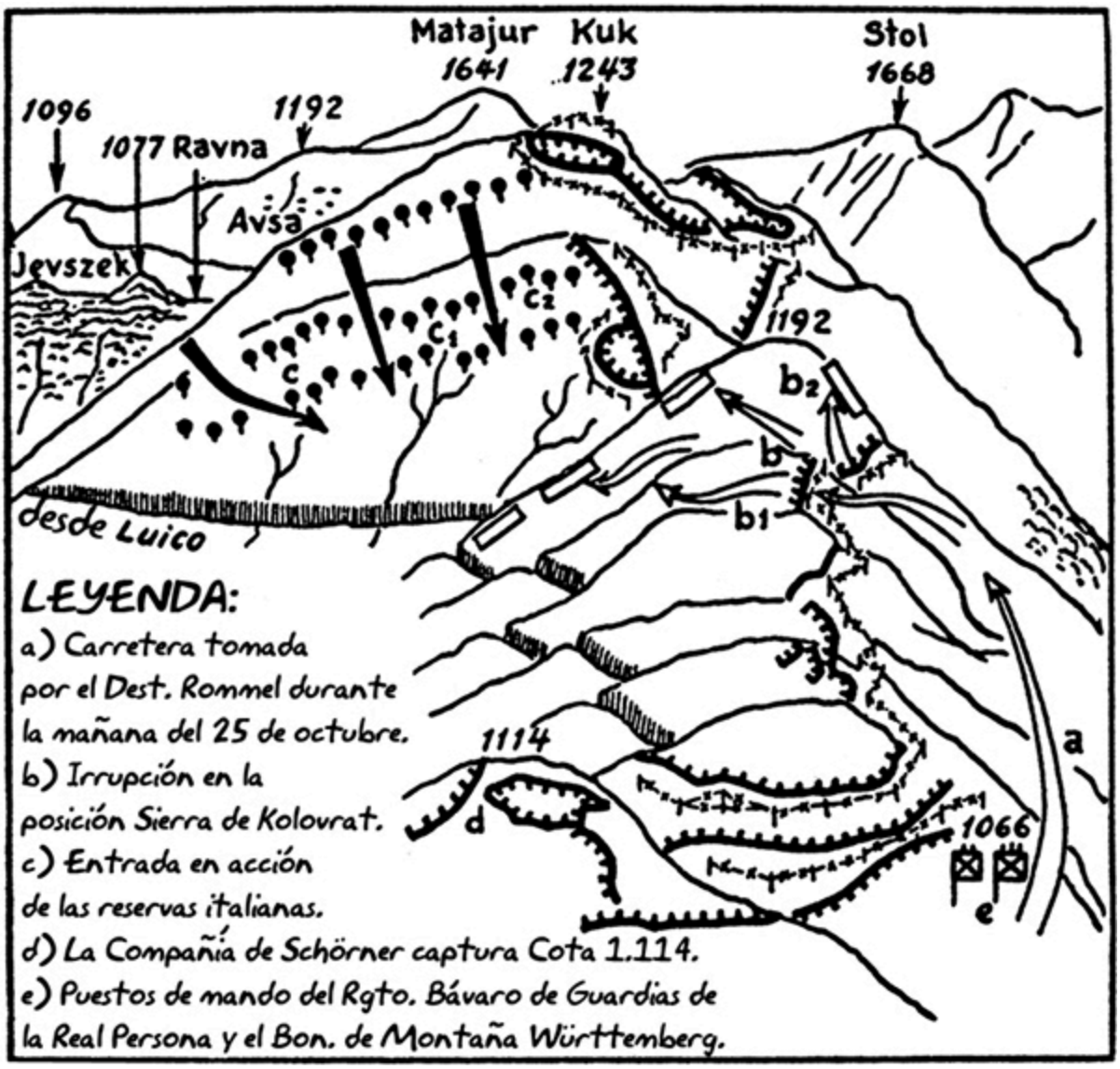
izquierda se lanzaron sobre el flanco y retaguardia enemigas con salvaje determinación. Resonaron fuertes gritos. El golpe sorpresivo en el flanco y de revés dio en el blanco. Los italianos detuvieron su ataque contra la 2.ª Compañía y trataron de dar la vuelta y enfrentarse a la 3.ª Compañía. Pero la 2.ª Compañía salió de su trinchera y asaltó la derecha. Atacado por dos lados y empujado contra un espacio reducido, el enemigo depuso sus armas. No fue hasta que estuvimos a pocos metros cuando se defendieron los oficiales italianos con sus pistolas. Después, ellos también fueron avasallados. Tuve que intervenir para salvarlos de la furia de los tiradores de montaña. Un batallón completo con 12 oficiales y más de 500 hombres se rindió en el collado a trescientos metros al nordeste de la Cota 1192. Esto aumentó nuestra cuenta de prisioneros en la posición Kolovrat hasta 1500. Tomamos el pico y la vertiente sur de la Cota 1192 y capturamos otra batería pesada italiana.

Nuestra gran alegría por el éxito fue empañada por las duras pérdidas. Aparte de varios heridos, dos luchadores particularmente valientes, el *Gefreiter* Kiefner (2.ª Compañía), que se había distinguido tan gallardamente el día anterior en el Hevnik, y el *Vizefeldwebel* Kneule (3.ª Compañía), sacrificaron sus jóvenes vidas en combate cercano.

Sobre las nueve y cuarto de la mañana, el Destacamento Rommel era dueño indiscutido de un sector de ochocientos metros de la posición Kolovrat que incluía la Cota 1192 y se extendía hacia el este. Se había abierto así una amplia brecha en la principal posición enemiga. El primer contraataque enemigo de las reservas locales había resultado en su eliminación. Tenía que contar con futuros intentos del enemigo de recuperar lo que había perdido. ¡Que viniesen los italianos! En las tropas de montaña no teníamos costumbre de rendir lo que habíamos ganado en dura lucha.

Desde el oeste, sureste y este el enemigo cubría las alturas defendidas por nosotros con fuego de ametralladora. Además, grupos de artillería italianos en Monte Hum y hacia el oeste no habían pasado por alto la penetración en el Kolovrat y la batalla de la Cota 1192. Sus proyectiles de grueso calibre nos obligaron a pasar a la ladera norte, que ofrecía alguna cobertura.

Mis reservas disponibles eran insuficientes para permitir una inmediata continuación del ataque. Teníamos que conservar nuestro avance hasta que llegase la ayuda. La 2.ª Compañía y la mitad de la Compañía de ametralladoras ocuparon la Cota 1192 con su frente hacia el oeste. Spadinger, con una sección, bloqueaba los bordes de la penetración ochocientos metros hacia el este. Mantuve a la mitad de la 3.ª Compañía de ametralladoras en reserva en las recién ganadas posiciones en la ladera noreste de la Cota 1192.



Croquis 42: Reservas enemigas en posición en Monte Kuk.

Entonces estudié la situación a mi alrededor desde la cumbre de la Cota 1192. Al primer vistazo el frente occidental en la dirección de Kuk parecía ser el más peligroso. Aparte de docenas de ametralladoras, que disparaban sobre nosotros desde las aterrazadas y en su mayor parte más elevadas posiciones en la vertiente nordeste de Kuk, podían verse fuertes reservas en la parte más alta y sobre la vertiente sureste. Pronto varias oleadas de líneas de guerrilla empezaron a moverse hacia nosotros a través de las amplias laderas orientales de Kuk. Estimé sus efectivos en uno o dos batallones. Al sur, Monte Hum hervía como un hormiguero y una potente artillería enemiga estaba disparando. Un animado tráfico automóvil se desplazaba en ambas direcciones sobre la carretera de montaña que llevaba desde Cividale por encima del Monte Hum. A ambos lados de la carretera unidades formadas en orden cerrado se movían hacia el frente de batalla. Al este, dominábamos la Sierra de Kolovrat entera, que descendía gradualmente hasta la Cota 1114. Podían distinguirse potentes masas enemigas sobre las vertientes sur y suroeste de la Cota 1114 donde los italianos parecían estar atacando. Largas columnas de vehículos a motor estaban subiendo reservas italianas desde Crai y estaban apeándolos de los camiones sobre la vertiente oeste de la Cota 1114. Además, las fuerzas enemigas se estaban moviendo a lo largo de la carretera de la sierra y a través de las colinas. Avanzaban sobre nosotros desde el este. A todas luces el enemigo pretendía atacarnos simultáneamente desde ambos lados.

Observaciones: La irrupción por sorpresa en la posición Kolovrat el 25 de octubre de 1917 tuvo éxito porque los italianos no vigilaban la zona por delante de su tercera línea con suficiente atención, un error que los rumanos cometieron una y otra vez en Monte Cosna.

Además, la guarnición de la posición propiamente dicha no estaba preparada para la acción. Todos pensaban que estaban a salvo de todo peligro, estando a dos kilómetros de la zona de combate activa en ese momento en la Cota 1114. Así, inicialmente las tropas de montaña tuvieron un trabajo fácil.

El contraataque del batallón de reserva italiano, llevado a cabo con gran energía, fue detenido por el fuego de la débil 2.ª Compañía, pero hubiera podido probablemente llevar a la aniquilación de ésta si no hubiéramos tenido éxito atacando al fuertemente concentrado batallón por el flanco y de revés en el momento decisivo. Hubiera sido un error llevar a cabo este ataque con una fuerza demasiado pequeña o limitarlo sólo a un ataque por el fuego desde el flanco.

Después de una exitosa penetración en la posición Kolovrat (a las 9.15 del 25 de octubre de 1917), la situación de la batalla quedaba como sigue:

El Grupo Kraus con el 1.er Regimiento Imperial estaba atacando en tres columnas desde Saga. Su objetivo era la línea Stol (1668)-Cota 1450.

En el Grupo Stein, la 12.ª División con el 63.º Regimiento de Infantería estaba cerca de Robic y Creda como la noche anterior, y había rechazado las vanguardias enemigas. El Destacamento Schnieber informaba de que estaba a cien metros al norte de la cima de Monte Matajur (aparentemente se trataba en realidad de Monte Della Colonna). El Grupo Eichholz había sido atacado por fuerzas italianas superiores provenientes del Paso de Luico y se estaba defendiendo por sus propios medios en tenaz combate con este enemigo. Ocupaba posiciones al norte de Golobi.

En el Cuerpo Alpino, el Destacamento Rommel había tenido éxito en abrirse paso al interior de la posición Kolovrat. La penetración se extendía ochocientos metros al este de la Cota 1192. El grueso del Batallón de Montaña de Württemberg estaba marchando desde la Cota 1066 hasta la Cota 1192. Los Guardias de la Real Persona mantenían la posición cerca de la Cota 1114 alcanzada al anochecer del 24 de octubre contra violentos ataques italianos. El 1.er Regimiento de *Jäger* había tomado la Cota 732 y estaba avanzando hacia la ermita de Slemen.

En la 200.ª División, el 3.er Regimiento de *Jäger* había tomado la Cota 942 al oeste de Jeza.

El Grupo Scotti: En la 1.ª División Imperial y Real, la 7.ª Brigada de Montaña estaba atacando el Globocak.

II. Ataque contra Kuk. Bloqueando el valle Luico-Savogna y abriendo el paso de Luico

Al contrario de mis expectativas, el enemigo suspendió su avance, que había progresado cruzando las vertientes orientales del Kuk en varias oleadas. ¿Pretendía solamente contenernos o estaba haciendo preparativos de ataque adicionales? Lo primero resultó ser lo correcto, ya que los tiradores enemigos comenzaron a atrincherarse en tres líneas, una encima de la otra, sobre las laderas orientales del Kuk en conjunción con las posiciones de la vertiente norte. Un ataque a cargo de esas fuerzas, apoyadas por numerosas ametralladoras en posiciones más elevadas, me hubiera preocupado considerablemente. La adopción de la defensiva por parte del enemigo y el consiguiente cese de los combates fueron muy bien recibidos por mi parte, ya que sabía que el Major Sprösser estaba de camino hacia la Cota 1192 con el grueso del Batallón de Montaña de Württemberg.

Tan pronto como nuevas fuerzas llegasen a la Cota 1192, tenía intención de atacar al enemigo sobre el Kuk. Debía dársele tan poco tiempo como fuera posible para que se atrincherase, ya que sería cada vez más difícil desalojarlo si se le permitía anclarse firmemente. Era esencial emplear el tiempo para una meticulosa preparación del planeado ataque.

A fin de mantener la sorpresa me abstuve de obstaculizar sus trabajos de fortificación por el fuego. El terreno rocoso hacía difícil excavar. Dado que la plana del batallón estaba marchando, hice mi informe al Cuartel General del Cuerpo Alpino vía la centralita en la Cota 1066, y les di los resultados de nuestras operaciones y les informé de que tenía la intención de continuar el ataque a la Cota 1192 a la llegada de refuerzos. Además, le expliqué mi plan de ataque contra Kuk al *Hauptmann* Meyr, el Oficial de Estado Mayor del Cuerpo Alpino, y solicité el apoyo de dos baterías pesadas para el ataque. Se accedió a mi solicitud y, en unos pocos minutos, fui conectado con el oficial director del tiro de una unidad de artillería cerca de Tolmein. Acordamos que las baterías pesadas dispararían una preparación entre las 11.15 y 11.45 contra la amplia ladera este de Kuk y las posiciones en la ladera noreste. Asegurado el apoyo de artillería para el ataque, contaba en

gran medida con el efecto de los proyectiles de grueso calibre sobre el terreno rocoso a causa de las avalanchas de piedras que provocarían.

Ahora era necesario preparar el plan de fuegos de la infantería. Para este propósito emplacé las ametralladoras ligeras de la 2.ª Compañía y la totalidad de la 1.ª Compañía de ametralladoras en las laderas norte y sur de la Cota 1192. Sus posiciones estaban ocultas al enemigo en Kuk. Planeaba emplear débiles grupos de asalto en el ataque y las armas automáticas tenían la misión de inmovilizar la fuerza enemiga en el Kuk. Se designaron blancos para cada arma.

El *Major* Sprösser llegó al collado justo al este de la Cota 1192 a las 10.30, trayendo consigo las 4.ª y 6.ª Compañías de fusiles, y la 2.ª y 3.ª Compañías de ametralladoras. Le puse al día en lo concerniente a la situación y los preparativos ya hechos para el ataque contra el Kuk, y solicité la agregación de las fuerzas necesarias para el ataque. Después de estudiar la posición enemiga, el *Major* Sprösser dio a la 6.ª Compañía bajo el *Leutnant* Hohl la tarea de despejar las posiciones enemigas sobre la Sierra de Kolovrat en la dirección de la Cota 1114. Mi plan de ataque contra el Kuk fue aprobado y se me dieron la 4.ª de fusiles y 2.ª y 3.ª Compañías de ametralladoras además de las 2.ª y 3.ª de fusiles y 1.ª Compañía de ametralladoras. Pronto completé mis preparativos de ataque.

Para las 11.00, el destacamento de fuego completo (seis ametralladoras ligeras, 2.ª Compañía, y 1.ª Compañía de ametralladoras) bajo el *Leutnant* Ludwig, estaba en posición disimulada en las laderas norte y sur de la Cota 1192, listo para abrir fuego sobre la guarnición de Kuk. Un grupo de asalto de la 2.ª Compañía consistente en dos pelotones, estaba en la posición en la ladera norte de la Cota 1192 y un grupo de asalto de la 3.ª Compañía, de igual fuerza, estaba listo para avanzar en la ladera sur. Nada más comenzar el fuego, la tarea de aquellos pelotones de asalto era tomar el collado entre Kuk y la Cota 1192, y después, bajo un fuerte apoyo de fuego de artillería y ametralladoras, avanzar contra la guarnición de Kuk tanto como fuera posible a lo largo de la posición en la ladera norte o a través de la garganta en la ladera sureste. Quería sondear la posición hostil con aquellos grupos de asalto. La 3.ª y 4.ª Compañías de fusiles y la 2.ª y 3.ª Compañías de ametralladoras estaban en posiciones de reserva ocultas en el collado justo

al este de la Cota 1192. Pensaba empeñarlas en las laderas norte o sur dependiendo del éxito de los grupos de asalto iniciales.

Justo antes del comienzo del ataque, los elementos de vanguardia de los Guardias de Infantería Bávaros llegaron al collado al este de la Cota 1192. Anteriormente el 2.º Batallón de Guardias había tratado, tras esperar en vano al apoyo de artillería, de atacar las posiciones en la Sierra de Kolovrat desde la Cota 1114 pero su ataque había sido detenido por un intenso fuego defensivo desde las posiciones italianas a quinientos metros al noroeste de la Cota 1114. Después, los Guardias de la Real Persona se desplazaron siguiendo el sendero tomado por el Batallón de Montaña de Württemberg en las vertientes norte de la Sierra de Kolovrat por debajo de las aún tenazmente defendidas posiciones entre la Cota 1114 y el collado, a ochocientos metros al este de la Cota 1192. Allí se encontraron con los 1500 prisioneros tomados por el Destacamento Rommel, que estaban siendo sacados de allí por unos pocos tiradores de montaña.

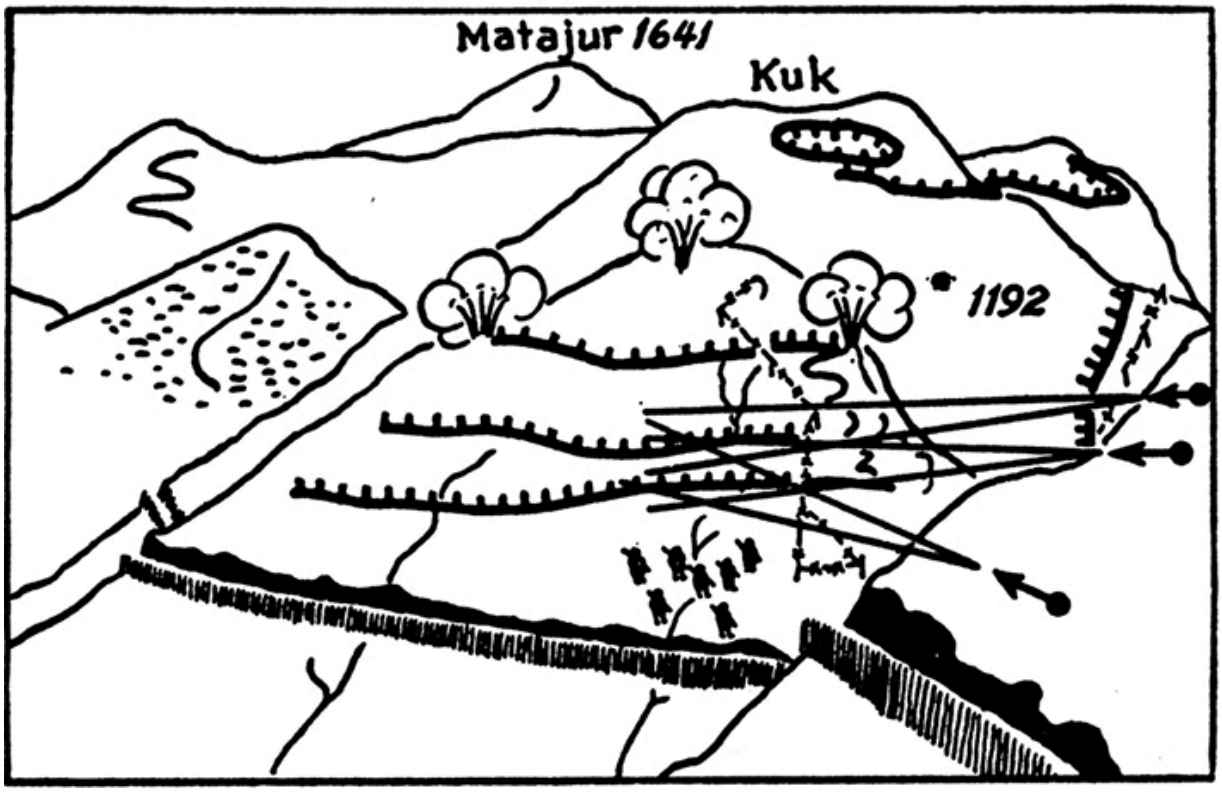
Puntualmente a las 11.15, los primeros proyectiles de grueso calibre subieron rugiendo desde la cuenca de Tolmein y estallaron en medio de las recién construidas líneas italianas en la ladera este del Kuk. Rocas arrancadas bajaron rodando por la ladera. ¡Un buen comienzo para el ataque! Ahora las unidades de fuego en la Cota 1192 entraron en acción con sus ametralladoras y los grupos de asalto en las laderas norte y sur se pusieron en marcha. Presa de una gran tensión seguí su avance con los prismáticos.

El enemigo en el Kuk respondió a nuestro fuego de ametralladora y un duelo de ametralladoras de cierto volumen tuvo lugar entre nuestra guarnición en la Cota 1192 y los italianos en el Kuk. ¡Un estrépito ensordecedor! Obús tras obús caían en las posiciones enemigas. El efecto de fragmentación resultante y las avalanchas de piedras pusieron a prueba los nervios de las guarniciones enemigas. Las unidades de artillería hostiles en Monte Hum añadieron su voz desde la orilla izquierda pero no consiguieron encontrar objetivos lucrativos en la ladera sur de la Cota 1192, ya que las ametralladoras estaban bien atrincheradas y el fuego de artillería no les molestó más que un poco. Abajo a la derecha, en la ladera norte, estallaban las granadas de mano mientras el grupo de asalto de la compañía

de Ludwig se abría paso combatiendo a lo largo de la posición enemiga. La guarnición italiana se aferró tenazmente a cada piedra y fisura, y nuestras tropas avanzaron lentamente incluso aunque estaba atacando cuesta abajo.

Fue otra historia la que se vivió en la ladera sur de la Cota 1192, donde el grupo de asalto de la 3.ª Compañía saltó fuera de los emplazamientos de los cañones a lo largo del camino camuflado y pronto desapareció de la vista. Fuego de ametralladora amigo y enemigo silbaba sobre sus cabezas pero, pegándose al camuflaje, el grupo consiguió alcanzar el collado entre la Cota 1192 y Kuk sin ser sometidos a fuego apuntado. Desde este lugar, el grupo de asalto de la 3.ª Compañía comenzó a escalar hacia el enemigo en la cumbre sin importar nuestro propio fuego de artillería y las avalanchas de piedras resultantes. Mi observador seguía sus movimientos estrechamente.

Nuestro fuego de artillería estaba bien situado y, proyectil tras proyectil, se estrellaba contra las líneas italianas. Nuestro volumen de fuego de ametralladora aumentó allí donde la escuadra de asalto de la 3.ª Compañía estaba más cerca del enemigo. Pronto el grupo de asalto estaba a tiro de granada de la primera línea del enemigo, y algunos de nuestros hombres comenzaron a agitar sus pañuelos hacia el enemigo que estaba expuesto a nuestro fuego prácticamente sin ninguna cobertura. El truco funcionó y vimos a los primeros desertores bajar corriendo desde su posición.



Croquis 43: El ataque sobre la Cota 1192, 25 de octubre de 1917. Vista desde el este.

Éste era el momento para lanzar mi ataque principal. Tenía cuatro compañías disponibles. Mis órdenes a los jefes de compañía reunidos fueron:

«El grupo de asalto sur está escalando el Kuk, y tomando prisioneros. El Destacamento Rommel ataca con sus cuatro compañías subiendo la ladera nordeste del Kuk. La 3.ª Compañía de ametralladoras, 4.ª y 3.ª Compañías de fusiles, y la 2.ª Compañía de ametralladoras siguen a la plana del Destacamento por la carretera de montaña camuflada. Se busca la máxima velocidad».

«El elemento de apoyo de fuego en la Cota 1192 dará el máximo apoyo de fuego y seguirá nuestros pasos tan pronto como la situación lo permita».

Nos lanzamos a toda velocidad bajando por la carretera camuflada. De haber estado atento el enemigo en el Kuk, debería de haber observado nuestro movimiento. Por lo visto, sin embargo, toda su atención estaba puesta en nuestras ametralladoras en la Cota 1192 y en la batalla local con

granadas de mano. El consumo de munición por ambos lados era alto pero sólo unas pocas balas se perdieron en dirección a la carretera de la sierra. Bajo estas circunstancias no nos llevó demasiado alcanzar el collado entre la Cota 1192 y el Kuk, que estaba en desenfilada de los italianos en este último pico. El Destacamento al completo nos seguía a la carrera en columna de a uno.

Mientras esta maniobra tenía lugar el equipo de asalto había aumentado su cuenta de prisioneros hasta un centenar. Un informe desde la retaguardia afirmaba que elementos de los Guardias de la Real Persona se nos unirían en nuestro avance a lo largo de la carretera de la sierra. Esta adición me daba el mando de una fuerza que superaba a un regimiento en efectivos y que estaba extendida a mi espalda a lo largo de una distancia de tres kilómetros. Así las cosas, ¿no debía poner mis objetivos un poco más altos?

Durante el siguiente cuarto de hora nuestro fuego de artillería y ametralladora mantuvieron al enemigo clavado dentro de sus posiciones al este del Kuk. El grupo de asalto de la 3.ª Compañía despachó a todos los italianos expulsados de sus posiciones por nuestro fuego. La carretera de montaña camuflada, que serpenteaba abrazando la vertiente sur del Kuk y de su guarnición, ofrecía una atractiva avenida para un ataque a fondo. Pude imaginar a una guarnición del Kuk copada. A buen seguro tenía que contar con combatir contra fuertes reservas adicionales en la vertiente sur y con el hecho de que el defensor podía usar fuerzas considerables y cargar bajando por la empinada vertiente. Pero por otro lado, sabía que ninguna tarea era demasiado difícil para mis tropas de montaña que habían sido rigurosamente puestas a prueba en muchos campos de batalla, y no dudé en avanzar. El ataque continuó.

Mi objetivo era Ravna, una pequeña aldea de montaña sobre la vertiente suroeste del Kuk. Me lancé a tumba abierta por la carretera a la cabeza de mi Destacamento. Los pocos tiradores de la punta eran seguidos por la compañía de ametralladoras de Grau. Los hombres, jadeando sin aliento y empapados en sudor, llevaban las ametralladoras pesadas sobre sus hombros. Fue un duro camino y los hombres habían estado cargando con sus armas desde el comienzo del ataque, pero todos ellos sabían que debían exprimir su último gramo de fuerza física.

La carretera de montaña, aún muy bien camuflada, bajaba en la dirección de Ravna. Había sido abierta con explosivos en la casi desnuda y pronunciada ladera del Kuk, y la guarnición enemiga en las pendientes por encima de nosotros no podía ver qué estaba sucediendo a lo largo de la misma. Toda su atención era todavía absorbida por la batalla con la Cota 1192. Por otra parte, teníamos poca visibilidad sobre la carretera y las numerosas curvas nunca dejaban campos de visión más grandes que cien metros en profundidad. Paredes de piedra verticales a la derecha y el camuflaje a la izquierda restringían nuestra visión. Este estrecho campo de visión actuó en nuestro favor.

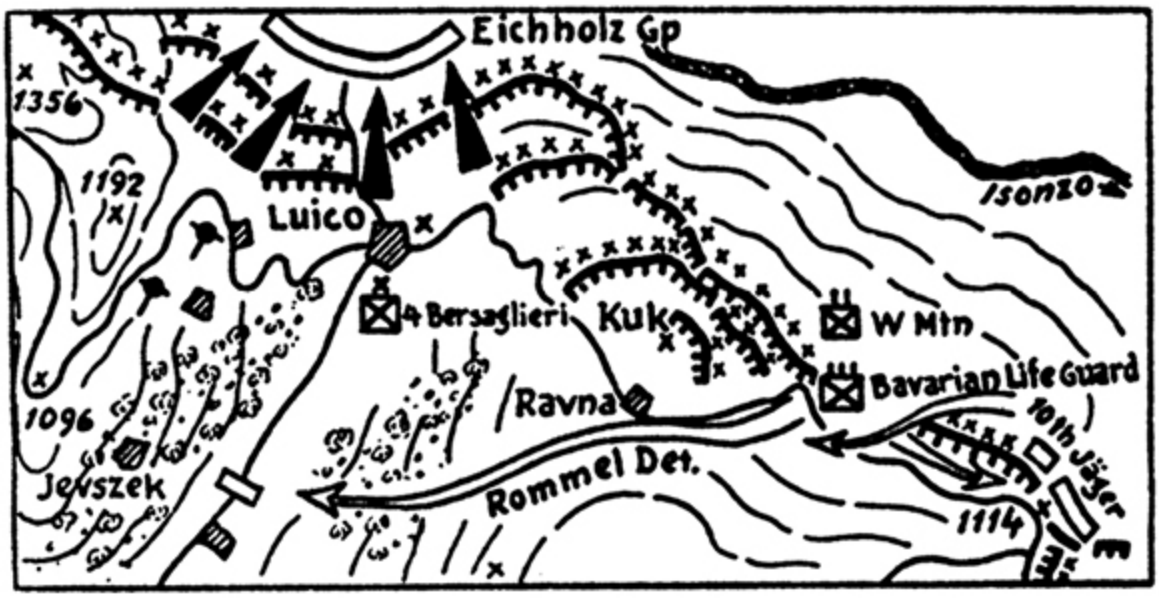
A frecuentes intervalos, a veces separados solo unos pocos metros, tropezábamos con un confiado enemigo parado o marchando por la carretera. Nunca tuvo la oportunidad de usar sus armas antes de ser capturado. Una señal para desarmarse y un gesto hacia el este eran suficientes para poner a los desarmados italianos a marchar remontando nuestra columna hacia la Cota 1192. Quedaban todos paralizados por nuestra repentina aparición.

Seguimos corriendo pasando por delante de posiciones de baterías, trenes de abastecimiento, formaciones de infantería enemiga sin ser detenidos o que se nos disparase ni tan siquiera. Hacia la derecha por detrás y más arriba en la ladera el tiroteo entre la Cota 1192 y la guarnición de Kuk se desarrollaba aún y unas pocas balas perdidas pasaron zumbando muy por encima de nuestras cabezas. Los italianos en el Kuk estaban esperando todavía a que los alemanes empezasen el acostumbrado ataque de infantería sobre un frente amplio desde el otro lado de las pendientes de la Cota 1192.

Los enmascaramientos a lo largo del lado izquierdo de la carretera se acababan justo antes de llegar a Ravna ensanchando nuestro campo de visión. Arriba a la derecha pudimos ver entonces hileras de arbustos sobre la por lo demás desnuda pendiente. ¿Encontraríamos reservas italianas en o detrás de aquellos arbustos? Las primeras casas de Ravna estaban como a trescientos metros frente a nosotros. Hacia la izquierda, bajando por la empinada pendiente, había varias granjas, y detrás de éstas la boscosa Loma

1077. Una vez más redoblamos nuestro paso al máximo y llegamos a Ravna sin recibir disparos.

Era mediodía y el cálido sol caía de lleno sobre la ladera sur. No es de extrañar que la guarnición de Ravna, creyéndose lejos del frente, no consiguiese descubrirnos hasta que estábamos irrumpiendo en las pocas casas y graneros. Los aterrados italianos se dispersaron y huyeron a lo loco hacia los valles de Luico y Topolo; sus animales de carga salieron en estampida. Para nuestro gran asombro, ni se disparó no un solo tiro y la vertiente sur del Kuk parecía estar exánime. Al parecer las reservas que habíamos imaginado encontrar allá arriba habían sido ya empeñadas contra el asalto desde la Cota 1192.



Croquis 44: La situación a las 12.00 del 25 de octubre de 1917.

Los últimos de la guarnición de Ravna, probablemente algunos destacamentos de acemileros, desaparecieron más allá del pequeño cerro al oeste del pueblo en la dirección de Luico. Les seguimos pisándoles los talones. Yo alcancé el cerro con los tiradores más adelantados de mi Destacamento y descubrí una vista espléndida, particularmente hacia el oeste.

Abajo a la derecha estaba la aldea de montaña de Luico en el paso entre el Kuk y el Mrzli. El pueblo y un campamento vecino de buen tamaño

estaban llenos de tropas italianas. La pacífica actividad habitual de una zona de retaguardia tenía lugar en y alrededor de Luico. La carretera Luico-Savogna estaba atestada con tráfico vehicular en ambas direcciones. Entre otras cosas, una batería pesada hipomóvil se estaba desplazando al paso desde Luico hacia el sur. El sonido de duros combates llegaba desde el norte del pueblo, y me imaginé que provendría del ataque de la 12.ª División[26].

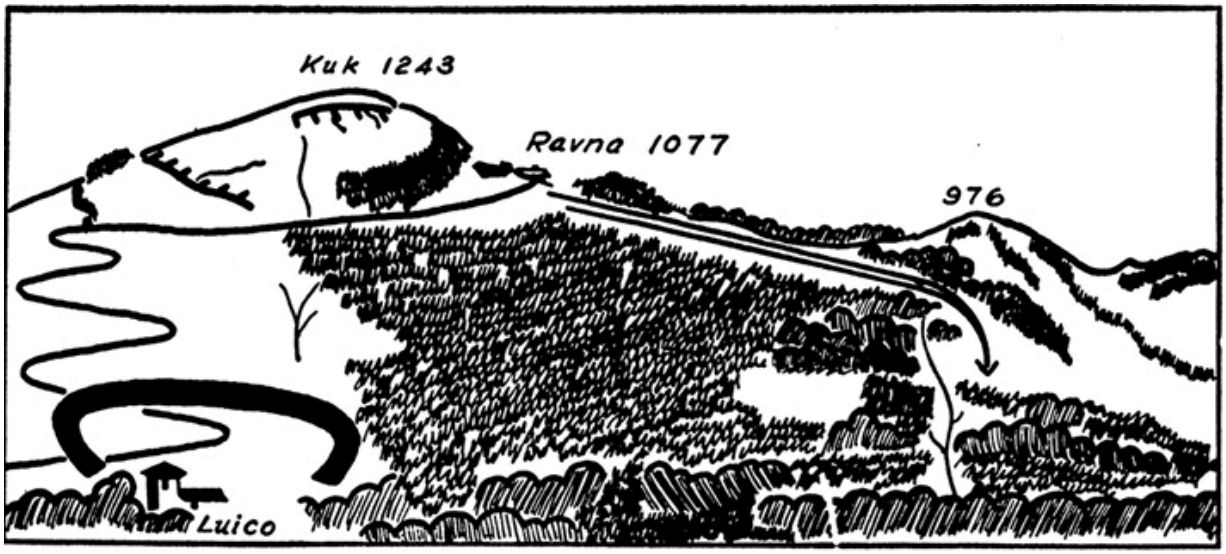
Por el otro lado de Luico, la serpenteante carretera de Matajur subía por las parcialmente arboladas laderas orientales del Mrzli y Monte Cragonza hasta pasar al otro lado. Se observaba poco tráfico allí. Había unidades de artillería italianas en posición cerca de Avsa y Perati y estaban disparando sobre unidades de la 12.ª División cerca de Golobi.

Las unidades restantes de mi Destacamento me seguían a la máxima velocidad, ya que no quería perder impulso en Ravna sino que quería actuar con rapidez y en una dirección decisiva. No había tiempo para largas deliberaciones. Sopesé con rapidez las tres líneas de acción abiertas ante mí.

Podíamos escalar la vertiente del Kuk y capturar su guarnición, el grueso de la cual estaba empeñada en combate con otras unidades del Batallón de Montaña de Württemberg hacia el este. El resto de la guarnición estaba trabada en combate con elementos de la 12.ª División hacia el norte. No consideraba a aquella guarnición un adversario peligroso, y se la dejé a las unidades que viniesen detrás del Batallón de Montaña de Württemberg o los Guardias de la Real Persona. En mi opinión, su destino estaba sellado.

Atacar a las fuerzas enemigas cerca de Luico y abrir el paso de Luico para la 12.ª División era una línea de acción atractiva. Mis dos compañías de ametralladoras podrían dar un excelente apoyo de fuego desde posiciones más elevadas. Las posibilidades de aproximarnos a las fuerzas hostiles congregadas alrededor de Luico eran excelentes y el ataque les llegaría como una sorpresa. Sin embargo, no conseguía asegurar la aniquilación o captura del enemigo alrededor de Luico, porque el abrupto y arbolado terreno sobre la vertiente este del Mrzli ofrecía al enemigo la posibilidad de evacuar el paso sin sufrir excesivas pérdidas. Rechacé esta línea de acción y decidí copar a las fuerzas hostiles alrededor de Luico

bloqueando el valle Luico-Savogna y la carretera de Matajur en Monte Cragonza (1096). Las laderas cubiertas de bosques a ambos lados del valle Luico-Savogna favorecían esta línea de acción ya que nos permitían alcanzar el valle cerca de Polava, antes de que las fuerzas enemigas alrededor de Luico sospechasen de nuestra presencia. Con el valle y la carretera cortados y el Cuerpo Alpino en Luico, el embolsado enemigo no podría haber evitado la aniquilación o la captura.



Croquis 45: El ataque contra la carretera Luico-Savogna.

¿Estaba el Destacamento demasiado disperso? Había sido incapaz de mantener todas las unidades a la vista a lo largo de la carretera camuflada de la vertiente meridional del Kuk y era más que probable que el rápido paso del avance hubiera extendido la columna más de lo que era deseable. Sencillamente no podía esperar, ¡incluso unos segundos podían ser costosos y decisivos!

Desde Ravna di un pronunciado giro hacia el suroeste con las unidades más adelantadas del Destacamento y me desplacé hacia el valle Luico-Savogna en las inmediaciones de Polava sobre la boscosa ladera oeste de la Cota 1077. Envié enlaces de vuelta a Ravna con instrucciones de dirigir a todas las compañías del Destacamento en la dirección de Polava.

Mientras pasábamos apresuradamente por su lado, nos agenciábamos huevos y uvas de los cestones de las acémilas capturadas. ¡Continuamos

adelante a paso ligero! Rodeé cautelosamente la Cota 976 arriba a la izquierda, ya que fui incapaz de determinar si estaba o no ocupada por fuerzas hostiles. No quería quedar estancado. Como en la Sierra de Kolovrat unas pocas horas antes, escogí el camino entre matorrales y pequeños bosques, ya que teníamos que movernos sin ser observados por el enemigo en Luico y sobre la Cota 976. Desplazarse cuesta abajo era fácil a través de las suaves praderas. Estábamos decididos a capturar la batería pesada que habíamos visto salir desde Luico en dirección a Savogna. Rápidamente nos aproximábamos al fondo del valle.

La cabeza de mi Destacamento alcanzó el valle a dos kilómetros al suroeste de Luico a las doce y media. La repentina aparición de los primeros tiradores, entre ellos los *Leutnants* Grau, Streicher, Wahrenberger y yo mismo, que repentinamente salimos de entre los arbustos a cien metros al este de la carretera, dejó petrificados a un asustado grupo de soldados italianos que estaban pasando confiadamente por allí parte a pie y parte en vehículos. Estaban totalmente desprevenidos para encontrarse con el enemigo tres kilómetros detrás del frente en Golobi y huyeron a toda velocidad hacia los matorrales al lado del camino, probablemente esperando que les disparasen en cualquier momento. Pero nada estaba más lejos de nuestras intenciones que aquello.

Alcanzamos la carretera y empezamos a atrincherarnos en un punto donde se iniciaban dos curvas cerradas. Todas las líneas telefónicas enemigas fueron cortadas inmediatamente. La 4.ª Compañía y la 3.ª Compañía de ametralladoras, que habían llegado, fueron desplegadas entre los arbustos y maleza sobre las laderas a ambos lados del valle de modo que, aunque invisibles, dominaban el valle con sus fuegos a gran distancia hacia el norte y el sur.

Desafortunadamente, resultó que habíamos perdido contacto con las restantes compañías poco después de pasar por Ravna, es decir mientras nosotros estábamos sobre la ladera oeste de la Cota 1077. Aquello fue un duro golpe ya que necesitaba al menos dos o tres compañías más para ejecutar mi planeado avance contra Monte Cragonza y para cerrar la carretera de Matajur. Envié al *Leutnant* Walz de vuelta con la misión de

traer hasta allí las restantes compañías tan pronto como fuera posible y de informar al *Major* Sprösser de nuestros logros y nuestros planes futuros.

Mientras tanto, para nuestro asombro, el tráfico italiano sobre la carretera Luico-Savogna se reanudó. Desde el norte y el sur soldados y vehículos aislados venían ajenos a todo hacia nosotros. Eran cortésmente recibidos en las curvas cerradas de la carretera por unos pocos tiradores de montaña y hechos prisioneros. Todo el mundo se estaba divirtiendo y no hubo disparos. Se puso gran cuidado en que la marcha de los vehículos no se redujese en las curvas, alertando así a cualquiera que pudiera venir detrás. Mientras unos pocos tiradores de montaña se hacían cargo de los conductores y acompañantes, otros tomaban las riendas de los caballos o mulas y llevaban los tiros hasta un punto de aparcamiento previamente designado. Pronto nos encontramos con problemas para manejar todo aquel tráfico que venía desde ambas direcciones. A fin de hacer sitio, los vehículos tuvieron que ser desenganchados y puestos más cerca unos de otros. Los caballos y mulas capturados fueron puestos en un pequeño barranco inmediatamente detrás de nuestra barricada. Pronto teníamos más de un centenar de prisioneros y cincuenta vehículos. El negocio florecía.

Los contenidos de los distintos vehículos nos ofrecieron, pobres guerreros famélicos, manjares inesperados. Chocolate, huevos, conservas, uvas, vino y pan blanco fueron sacados de sus fardos y distribuidos. Los tiradores de montaña que montaban guardia en las laderas a ambos lados fueron servidos los primeros. Pronto todos los esfuerzos y batallas de las horas pasadas quedaron olvidados. ¡La moral tres kilómetros tras las líneas enemigas era maravillosa!

Este feliz estado de cosas fue perturbado por el aviso de un centinela. Un automóvil italiano estaba aproximándose a gran velocidad desde el sur. Una carreta fue rápidamente arrastrada hasta dejarla cruzada sobre la carretera, pero un ametrallador que creyó que veía la presa escapándosele, disparó desde cincuenta metros, en contra de mis órdenes expresas. El automóvil se detuvo bruscamente en medio de una nube de polvo; el conductor y tres oficiales salieron de un salto y se rindieron. Capturamos a todos en el vehículo excepto un oficial que alcanzó los matorrales debajo de la carretera y escapó. Un cuarto soldado yacía mortalmente herido en el

coche. Eran oficiales de una comandancia en Savogna que, preocupados por la interrupción de la conexión telefónica con el frente, querían enterarse personalmente de lo concerniente al combate. El automóvil resultó estar en perfecto estado; su anterior conductor lo condujo hasta el lugar de aparcamiento.

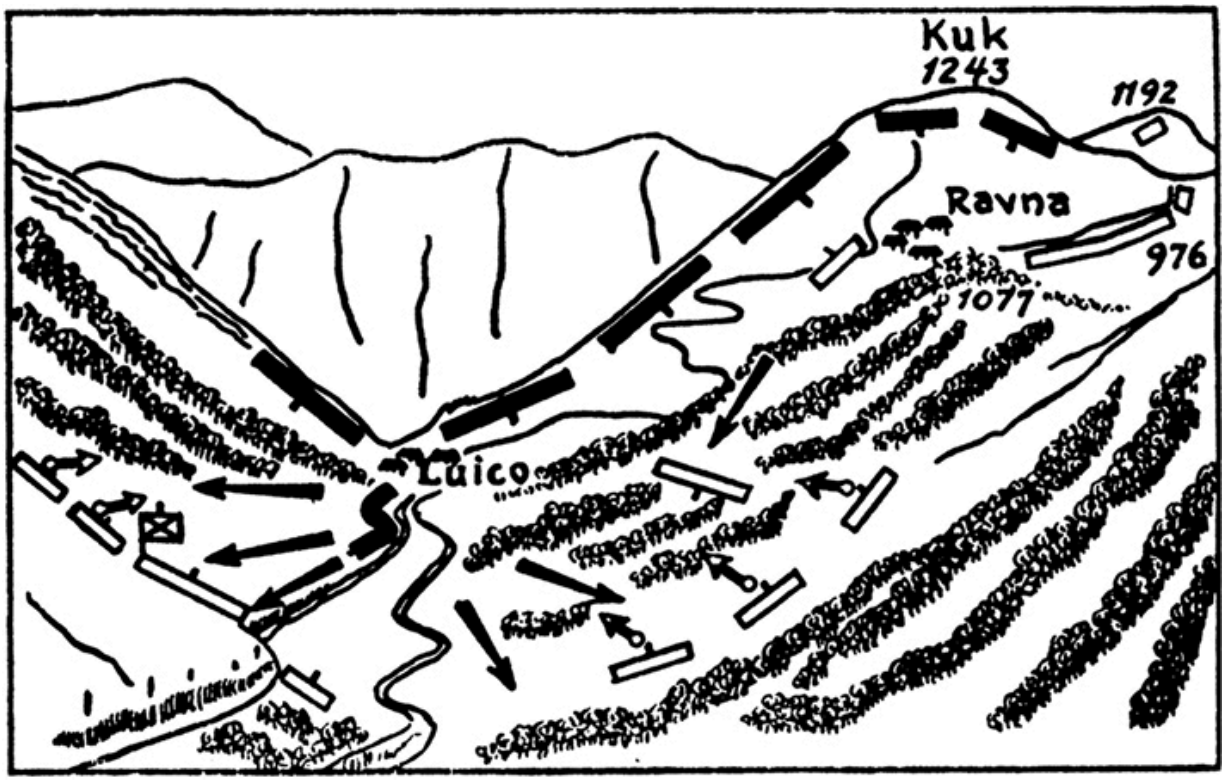
Había pasado alrededor de una hora desde que habíamos cortado la carretera y aún no había rastro del resto del Destacamento. Tampoco oíamos ruidos de fuerte combate en la dirección de Luico o la de Kuk. Esperábamos que el frente enemigo no se hubiese cerrado a nuestra espalda. En ese caso nos habríamos visto obligados a abrir un camino para volver a nuestras propias líneas.

Un nuevo informe de un centinela en el lado este del valle centró nuestra atención hacia el norte. Una columna de infantería italiana muy larga se estaba aproximando desde Luico. Bajo la impresión de que estaban muy por detrás del frente, la cabeza de la columna venía marchando hacia nosotros de una manera de lo más pacífica. No tenía seguridad.

¡Alarma! ¡Zafarrancho de combate! Esperaba verme en unos pocos minutos combatiendo con 150 tiradores de montaña contra una gran superioridad numérica. Pero nuestra posición era fuerte y nuestras ametralladoras dominaban el valle a lo largo de una considerable distancia. Cuanto más cerca dejase acercarse al enemigo hacia nuestro bloqueo, menos oportunidad tendría de desplegarse adecuadamente y hacernos sentir su fuerza superior. Ordené que nadie disparara hasta que diese la señal con mi silbato.

La cabeza de la columna enemiga estaba a menos de trescientos metros de nuestro bloqueo. A fin de evitar un derramamiento de sangre innecesario, envié al *Offizierstellvertreter* Stahl hacia el enemigo como intermediario con un brazalete blanco. Debía de ordenar al enemigo que dejase sus armas sin pelear, señalando nuestra posesión de las laderas a ambos lados de la carretera. Mientras éste se acercaba apresuradamente hacia la columna, los *Leutnants* Grau, Wahrenberger, Streicher y yo salimos de detrás de la curva y nos pusimos a la vista en la carretera. Ondeando pañuelos quisimos enfatizar las palabras de Stahl.

Stahl alcanzó la cabeza de la columna enemiga. Los oficiales se abalanzaron sobre él, le arrebataron su pistola y prismáticos de campaña que no se había quitado por la prisa, y le hicieron prisionero. Apenas tuvo oportunidad de articular palabra. Nuestro ondear no ayudó. Los oficiales italianos ordenaron a los grupos en vanguardia que tirasen sobre nosotros. Desaparecimos rápidamente detrás de la curva. Entonces mi silbato desató un diluvio de fuego desde ambas laderas sobre la columna enemiga que barrió la carretera en unos pocos segundos dejándola desierta. Mientras el enemigo se estaba poniendo a cubierto, Stahl consiguió escapar y volvió corriendo hacia nosotros.



Croquis 46: El combate con el regimiento de Bersaglieri cerca de Luico. Vista desde el sur.

Dado que teníamos que ser muy cuidadosos con la munición, ordené a los hombres que cesaran de disparar después de un minuto. El fuego de respuesta fue débil. Ondeando un pañuelo de nuevo exigí rendición. ¡Demasiado pronto! El enemigo usó la pausa en el fuego para salir corriendo de los arbustos en formación desplegada. Al mismo tiempo,

varias ametralladoras abrieron fuego sobre nosotros desde la ladera justo al oeste de la carretera. Entonces se puso de manifiesto quien era el mejor tirador. Nuestro fuego desde posiciones enmascaradas y mucho más elevadas tuvo un excelente efecto sobre el aún apiñado enemigo. Después de cinco minutos de tiroteo una vez más exigí su rendición. ¡De nuevo en vano! De nuevo sus unidades de vanguardia nos dispararon una carga durante la pausa en el fuego. Estaban a unos noventa metros de distancia.

Finalmente, después de diez minutos de fuego muy violento el enemigo admitió que estaba batido y mostró la señal de rendición. Inmediatamente después cesamos el fuego. Cincuenta oficiales y 2000 hombres de la 4.ª Brigada de *Bersaglieri* dejaron sus armas sobre la carretera del valle y se acercaron hacia nosotros. Encomendé al diligente *Offizierstellvertreter* Stahl el trabajo de reunir y trasladar a los prisioneros a través de La Glava y la Cota 1077 hasta Ravna. Le adjudiqué unos pocos tiradores como escolta.

Fuimos reforzados por la 3.ª Compañía, que también había intervenido durante la fase final de la lucha con los *Bersaglieri* desde las laderas al este del valle. Sonidos de violento combate habían estado llegando desde la dirección de Luico desde hacía algún tiempo. A fin de clarificar la situación allí, armé el automóvil capturado con una ametralladora pesada y viajé en dirección a Luico. Requirió bastante tiempo pasar a través de las armas y equipos italianos que estaban tirados en la carretera a lo largo de casi un kilómetro y medio. Justo al sur de Luico me encontré con la batería italiana que habíamos observado desde Ravna; su tiro de arrastre yacía muerto en la carretera. Cuando llegué a Luico, hacia las 15.30, las otras unidades del Batallón de Montaña de Württemberg bajo el *Major* Sprösser y al 2.º Batallón de los Guardias de la Real Persona acababan de llegar a Luico y el valle hacia el sur. Habían atacado desde Ravna. Me encontré con el *Major* Sprösser a la entrada sur del pueblo justo mientras unidades del 2.º Batallón de Guardias de la Real Persona estaban empujando al enemigo por la carretera de Matajur en dirección a Avsa.

Sugerí al *Major* Sprösser que, con todas las unidades disponibles del Batallón de Montaña de Württemberg, yo ascendiese hacia Monte Cragonza por el camino más corto campo a través desde Polava y capturase ese pico. Si tomábamos Monte Cragonza, entonces el enemigo sobre el pico Mrzli

tendría que encontrar otro camino hacia el sur y nosotros podríamos atacarle de revés mientras éste estaba empeñado por el norte y nordeste por unidades de la 12.ª División de Infantería y el Cuerpo Alpino. Aparte de eso, el control de Monte Cragonza nos permitiría cortar la única carretera de montaña que llevaba hasta el Matajur y podríamos copar a todas las baterías italianas emplazadas cerca o desplazándose por esa carretera. Un avance contra Monte Cragonza a lo largo de la carretera de Matajur a través de Avsa y Perati parecía menos deseable en mi opinión. ¿Cuál era la situación del enemigo? Después de entregar el paso de Luico, potentes unidades italianas se estaban desplazando, en bastante buen orden, a lo largo de la carretera de Matajur hacia las laderas orientales de la cadena montañosa Mrzli-Cragonza. Presumiblemente pretendían ocupar posiciones de reserva allí preparadas. Sobre la carretera de Matajur una débil retaguardia bastaba para retrasar al perseguidor. Esto le daba tiempo para volver a reunir a sus unidades y para la ocupación deliberada de posiciones preparadas. También se suponía que las posiciones a ambos lados de la carretera de Matajur estaban ocupadas. Estas consideraciones me motivaron a sugerir escalar Monte Cragonza por la ruta más corta posible.

El *Major* Sprösser estuvo de acuerdo y me dio las unidades del Batallón de Montaña de Württemberg en y al sur de Luico (2.ª, 3.ª y 4.ª Compañías, 1.ª, 2.ª y 3.ª Compañías de ametralladoras, y la Compañía de transmisiones). Al mismo tiempo el Destacamento Gössler (1.ª, 5.ª y 6.ª Compañías y los Destacamentos de ametralladoras de montaña 204 y 205) recibió la orden de trasladarse hacia Luico a disposición del *Major* Sprösser. El *Major* Sprösser en persona fue al cuartel general de la Brigada en el coche italiano capturado en Polava, a fin de informar de lo referente a nuestros recientes combates y para asegurar apoyo de artillería para las acciones que se anticipaban.

Observaciones: La decisión del comandante italiano en el Kuk de detener la irrupción alemana en la posición Kolovrat comprometiendo sus numerosas reservas a una defensa en varias líneas sobre la ladera norte del Kuk fue incorrecta. Le dio al Destacamento Rommel el respiro que urgentemente necesitaba (para la organización de la defensa, reagruparse,

llegada de apoyo). Hubiera sido mucho más ventajoso usar estas fuerzas para recapturar la Cota 1192. El apoyo de fuego necesario hubiera podido venir desde las numerosas posiciones en la ladera norte del Kuk. Si el mando enemigo hubiera tenido éxito en poner en marcha un ataque desde el este contra el Destacamento Rommel, este último hubiera estado en una posición muy difícil.

Más, no era provechoso situar las tres posiciones sobre la pronunciada, desnuda y pedregosa vertiente este del Kuk (pendiente anterior). En horas de trabajo los soldados italianos apenas consiguieron arañar el suelo incluso aunque su trabajo no fue molestado por ningún fuego de hostigamiento. Las posiciones en la contrapendiente de la ladera oeste de la Cota 1192 hubieran sido mucho más favorables para el enemigo ya que hubieran estado fuera del alcance de nuestra artillería y ametralladoras.

Más aún, el enemigo se retrasó en bloquear la carretera de montaña sobre la ladera sur del Kuk y en cubrir por el fuego las faldas desnudas por debajo de la carretera de montaña.

Al inicio del ataque contra el Kuk, dos o tres batallones italianos hacían frente al Destacamento Rommel con numerosas ametralladoras en posiciones dominantes; en parte bien desarrolladas, en parte apresuradamente instaladas. El Destacamento atacó primero sólo con dos grupos de asalto de 16 hombres cada uno bajo el apoyo de fuego de una compañía de ametralladoras. Seis ametralladoras ligeras y dos baterías pesadas. Estos grupos sondearon las posibilidades de aproximarse al enemigo y finalmente empleé el grueso para embolsar a la guarnición entera del Kuk, que fue capturada durante las últimas horas de la mañana por unidades de asalto del Batallón de Montaña de Württemberg y una compañía de los Guardias de Infantería Bávaros.

Durante el ataque, los efectos del fuego de ametralladora y artillería pesada contra el enemigo atrincherado de forma improvisada demostraron ser especialmente fuertes. En muchos lugares éste fue incapaz de mantenerse firme bajo esta intensa tensión nerviosa. Este fuego hubiera tenido poco efecto de haber estado los italianos bien atrincherados.

Nuestro propio fuego de ametralladora desde la Cota 1192 demostró ser un imán y atrajo toda la atención de las unidades de fuego italianas, permitiendo así a nuestro grupo de asalto inicial y después al Destacamento al completo, alcanzar la ladera oriental del Kuk sin sufrir pérdidas haciendo uso de la carretera camuflada que estaba abierta a la observación del enemigo.

En Ravna, la cohesión del Destacamento Rommel se rompió debido a que un jefe de compañía de ametralladoras empezó a reunir algunas de las mulas capturadas. El resultado fue que yo llegué al valle cerca de Polava con sólo un tercio de mis fuerzas, pude bloquear únicamente el valle Luico-Savogna, y tuve que desistir de bloquear la carretera del Matajur en los alrededores de Monte Cragonza. Es probable que las unidades que estaban perdiendo el tiempo en Ravna más tarde tomaron parte en el ataque contra el enemigo en Luico, pero nuestro éxito hubiera sido aún mayor si hubiera caído el Monte Cragonza en nuestras manos el 25 de octubre. Doctrina: Si un ataque penetra en la zona defensiva o una ruptura del frente tiene éxito, las reservas deben permanecer junto a las unidades de vanguardia y no deben distraerse tomando el botín, etc. En tales ocasiones se exige el paso más rápido de todas las unidades situadas por detrás.

Un regimiento de la 4.ª Brigada de *Bersaglieri*, en columna de marcha, tropezó de improviso con nuestro corte de carretera en el estrecho valle. Incluso aunque las unidades de vanguardia quedaron inmovilizadas por el fuego, las unidades a retaguardia podrían haber dominado la situación atacando por las laderas hacia el este u oeste. Ahí faltaron un pensamiento claro y un mando enérgico.

Por la tarde del 25 de octubre de 1917, la situación de la batalla era:

Grupo Kraus: El 1.er Regimiento de *Kaiser-Schützen* estaba atacando Stol desde Saga. El 2.º Batallón había tomado el Hum y el 1.er Batallón había capturado Pvrihum. La 43.ª Brigada estaba ascendiendo a la Cota 1450. La compañía de asalto del 3.er Regimiento Imperial de *Jäger* estaba tomando el Monte Caal, la 13.ª Compañía del 3.º de *Jäger* estaba atacando el Paso Tanamen.

Grupo Stein: El 63.º Regimiento de Infantería de la 12.ª División había avanzado remontando el valle de Natisone hasta la frontera a tres kilómetros al sur de Robic y estaba haciendo retroceder a todos los refuerzos italianos. Las posiciones italianas en las vertientes norte del Matajur no estaban siendo atacadas. El Grupo Eichholz estaba aún peleando a kilómetro y medio al norte de Golobi y estaba ganando terreno lentamente, tomando Golobi a las 17.00 y alcanzando Luico a las 18.00 sólo para encontrar el pueblo ya en posesión de los Guardias de Infantería y las unidades de cola del Batallón de Montaña de Württemberg. En el Cuerpo Alpino, la guarnición de Kuk fue capturada a las 14.06 por unidades del Batallón de Montaña de Württemberg y una compañía de los Guardias de Infantería. Al mismo tiempo, la 6.ª Compañía del Batallón de Montaña de Württemberg despejó la Sierra de Kolovrat desde la Cota 1110 hasta la Cota 1114. Después de rodear el Kuk y aislar el valle de Luico-Savogna, el Destacamento Rommel capturó una parte considerable de la 4.ª Brigada de *Bersaglieri* italiana en un combate cerca de Polava. El grueso del Batallón de Montaña y el 2.º Batallón de Guardias de Infantería habían tomado Luico atacándolo desde Ravna. Los 1.º y 10.º Batallones de *Jäger* estaban combatiendo sobre las vertientes sur de la Cota 1114 y, en el transcurso de la tarde, capturaron la Cota 1044 y toda la Cota 1114. En la 200.ª División, el 3.er Regimiento de *Jäger* estaba combatiendo al sur de la Cota 1114 en los alrededores de Crai y, a las 18.00, el 4.º Regimiento de *Jäger* tomó La Cima a ochocientos metros al norte de la Cota 1114.

Grupo Scotti: El 8.º Regimiento de Granaderos atravesó el Judrio en un ataque desde Ravna contra el Monte Hum. La 2.ª Brigada de Montaña tomó el Cicer y la 22.ª Brigada de Montaña tomó St. Paul.

Los resultados fueron: El 25 de octubre la poderosa tercera línea de posiciones italianas en la Sierra Kolovrat al sur del Isonzo había quedado hecha pedazos hacia el oeste, tan lejos como el paso de Luico, y hacia el este hasta la Cota 1114, principalmente gracias a las actividades de combate del Batallón de Montaña de Württemberg. Esta acción permitió al Cuerpo Alpino y las unidades de la 12.ª División al norte de Luico continuar su avance.

Capítulo 12

El tercer día de la Ofensiva Tolmein

I. El asalto sobre el Monte Cragonza

Con las unidades del Batallón de Montaña de Württemberg que me habían sido asignadas en Luico me apresuré a volver a nuestro bloqueo de carretera al norte de Polava donde reorganicé mi Destacamento, que consistía en siete compañías, y dividí los animales de carga capturados entre las distintas compañías. Sin tomar tiempo para descansar empezamos a ascender en la dirección de Jevszek y Cragonza. Cuanto más rápido fuésemos, mayor era la probabilidad de que la fuerza enemiga con la que tropezásemos estuviera desprevenida.

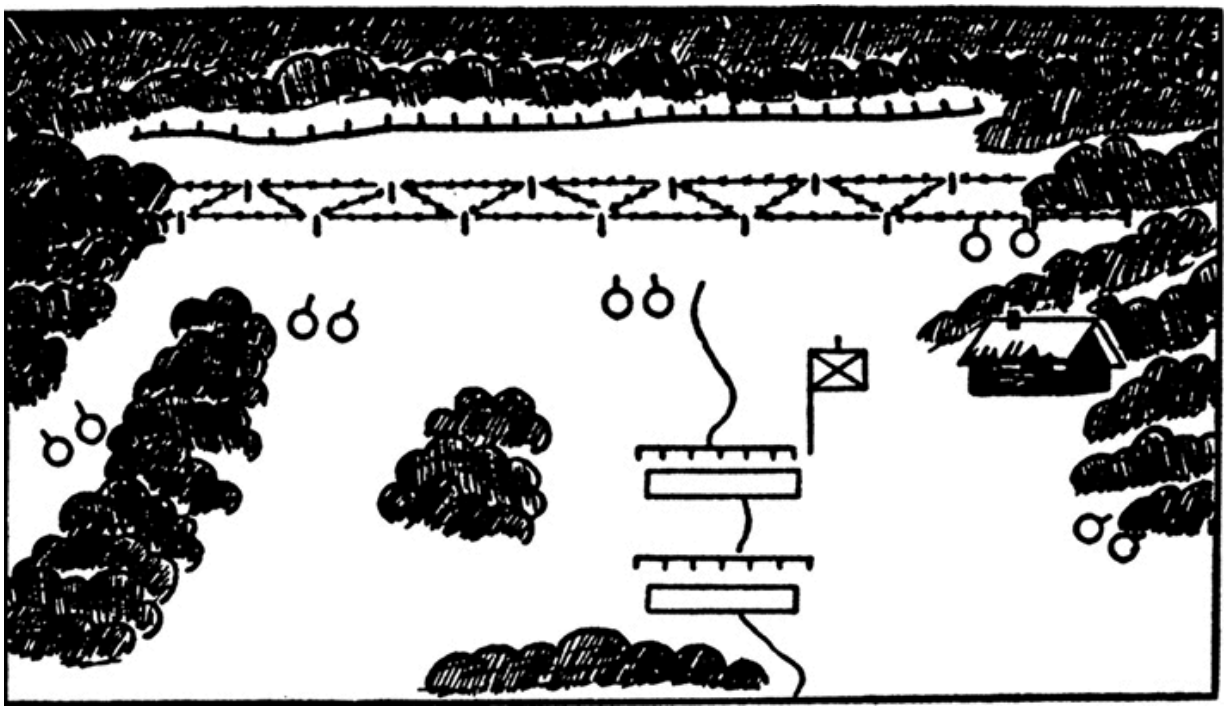
A pesar de las tremendas fatigas y privaciones de los pasados días, pronto ganábamos altitud sobre el empinado terreno virgen que iba ascendiendo en parte sobre largas praderas y a lo largo de impenetrables setos espinosos, en parte subiendo por canchales. Una vez más tuve que exigir esfuerzos sobrehumanos de mis agotadas tropas; la ofensiva tenía que continuar.

El ascenso se volvía más difícil cuanto más alto subíamos. Profundos barrancos y arbustos espinosos nos obligaban a hacer desvíos que a menudo significaban una pérdida de altura y un redoblado gasto de energía. Ascendimos durante horas, cayó el crepúsculo y después la oscuridad. Las tropas estaban completamente agotadas. ¿Renuncié acaso a mi objetivo? No, había que llegar a Jevszek y una vez allí sabía que aún encontraría suficientes hombres valientes para tomar por asalto Monte Cragonza.

El gran disco de la luna brillaba intensamente sobre la ladera inclinada como un tejado, plateaba las superficies cubiertas de hierba y arbustos, y

lanzaba largas y negras sombras a las zonas detrás de los grupos de árboles. La punta ascendía lenta y cuidadosamente y finalmente encontró una estrecha vereda. El destacamento iba detrás a intervalos de cincuenta metros. Nos deteníamos ocasionalmente y escuchábamos en la noche en busca de cualquier sonido delator.

Una vez más hicimos alto a la sombra de un almiar cerca del estrecho sendero. Un barranco cubierto de exuberante vegetación destacaba frente a nosotros y sus oscuras sombras eran ominosas. Nuestro sendero discurría por él. Escuchamos atentamente y oímos el murmullo de voces, órdenes, y el ruido de tropas en marcha que nos llegaba desde el otro lado. El enemigo no se estaba acercando, sino que se estaba desplazando lateralmente al otro lado del barranco. Pensamos que podrían estar en posición y la estrecha vereda era nuestro único modo de aproximación. La situación no era nada tentadora. Yo calculaba que Jevszek y Monte Cragonza estaban más adelante y hacia nuestra derecha. La punta se abrió paso a tientas por la empinada ladera a la sombra de las largas hileras de arbustos. Ante nosotros había un gran campo cubierto de hierba, brillantemente iluminado por la luna y rodeado en semicírculo por altos árboles. ¿Era aquello una ilusión? ¿Eran obstáculos aquello en la linde del bosque? Avanzamos sigilosamente con el mayor cuidado y descubrimos que no nos habían engañado. Y entonces oímos voces italianas que venían de los bosques que teníamos delante. Desafortunadamente, no podíamos determinar si el enemigo había ocupado ya posiciones preparadas o no. Para saberlo con seguridad despaché a varios oficiales en reconocimiento. Mientras tanto, el Destacamento se agrupó y descansó. Pronto llegó el aviso de que el enemigo se estaba preparando para ocupar las posiciones delante de nosotros, y que los obstáculos delante de la posición eran muy altos.



Croquis 47: El vivaque cerca de Jevszek.

Atacar aquella posición fortificada cuesta arriba a través de un terreno con tanta claridad era de lo más audaz incluso para tropas completamente descansadas. Con los agotados tiradores de montaña, que habían realizado auténticos portentos desde el inicio de la ofensiva, un ataque tal, ni siquiera esperando unas horas, era imposible. Además aún estaba por ver si una ruptura de la línea en aquel lugar y en una hora tan temprana de la noche podría ser útil y podía ser suficientemente explotada. Desistí de la idea, me decidí por unas cuantas horas de descanso, y emprendí un reconocimiento muy exhaustivo del terreno y el enemigo.

Sin un ruido moví el Destacamento al interior de una ancha garganta que ofrecía protección contra el fuego desde arriba, y que estaba a unos trescientos metros de la posición enemiga, y tomé las disposiciones para descansar hasta medianoche. Las 4.ª y 2.ª Compañías aseguraron el vivaque apostando centinelas en un semicírculo. Dado que los animales de carga capturados llamaban incómodamente la atención cuando relinchaban, quedaron atados considerablemente más abajo. Durante el traslado hasta el

lugar de descanso, un combate muy violento estalló en el valle cerca de Polava, lo que indicaba que había todavía fuerzas hostiles en el valle[27].

Otras escuadras de exploración de oficiales fueron enviadas a reconocer rutas de aproximación favorables hacia la posición hostil, la solidez de los obstáculos, su profundidad, posibles brechas en las alambradas, el tipo de guarnición, y la localización de la aldea de Jevszek. Tenían que volver a informar a medianoche como muy tarde.

Traté de dar una cabezada en un saco de dormir italiano capturado que mi laborioso ordenanza Reiber había descubierto en una de las mulas capturadas. A pesar del agotamiento, mi tensión nerviosa hizo imposible dormir. De hecho, al poco, sobre las diez y media, el siguiente excelente informe del *Leutnant* Aldinger me puso en pie:

«Jevszek está a ochocientos metros al noroeste de nuestra zona de vivaque. El pueblo está fuertemente fortificado y rodeado completamente de alambradas, pero hasta el momento no parece estar ocupado por el enemigo. En la ladera justo al oeste de Jevszek, así como a través de la parte sur de Jevszek, las tropas italianas están descendiendo la pendiente en dirección sureste».

Tomé rápidamente una decisión «¡Adelante hacia Jevszek!». Esperaba alcanzar el pueblo antes que la guarnición italiana destinada a él. Sólo llevó unos pocos minutos levantar el campo, recoger a nuestros elementos de seguridad y poner a las compañías listas para marchar. Mientras tanto se puso la luna; la noche era oscura aunque las estrellas daban una tenue luz.

El Destacamento ascendió sin hacer ruido hacia Jevszek por la senda reconocida por el *Leutnant* Aldinger. Los líderes fueron brevemente informados de la situación. La 4.ª Compañía y la 3.ª Compañía de ametralladoras formaban la vanguardia y las otras cinco compañías iban detrás a cortos intervalos. Primero cruzamos un estrecho tramo de bosque, después ascendimos pronunciadamente por la montaña a través de un claro de bosque. La punta pronto alcanzó algunos obstáculos de dos metros de alto. El *Leutnant* Aldinger anunció que estábamos solo a trescientos metros de Jevszek. Hicimos un alto y escuchamos atentamente durante minutos en la oscuridad. Nada se movía en nuestra inmediata vecindad, pero unos cien

metros ladera arriba oímos las pisadas de la infantería italiana que descendía.

El *Leutnant* Aldinger se escabulló, a través del estrello pasillo en la alambrada, al interior de la posición detrás de ésta y la encontró vacía. La punta fue detrás. Hice entrar entonces a toda la vanguardia y la desplegué en un semicírculo dentro de la instalación enemiga. Escuadras de exploradores fueron despachadas para explorar el terreno inmediato y para reconocer contra el enemigo en la ladera y la aldea de Jevszek.

Al mismo tiempo, el grueso del Destacamento (2.ª y 3.ª Compañías, 1.ª y 2.ª Compañías de ametralladoras) pasaron a través del obstáculo y al interior de la posición. Dejé la compañía de transmisiones y el destacamento de acemileros en la ladera en el exterior del obstáculo.

Con una escuadra de exploradores me abrí camino hacia el enemigo ladera arriba. Nuestra visibilidad era de sólo unos pocos metros. La ladera frente a nosotros aparecía como una masa ominosa y negra. A unos escasos cien metros de distancia la infantería italiana pasaba, probablemente en columna de a uno, bajando desde la derecha hacia Jevszek a la izquierda. A hurtadillas nos acercamos más. De repente nos dio el alto un centinela enemigo. Aquél era el truco. Supe entonces que el enemigo estaba en posición, con una columna en movimiento a su espalda.

Nos retiramos arrastrándonos y giramos a la izquierda hacia Jevszek. Cuando estábamos llegando a las primeras casas, una escuadra de exploración regresó con el informe de que la parte norte de Jevszek estaba libre de enemigos pero que había infantería italiana marchando a través de la parte sur de la aldea. Decidí meterme en Jevszek con el fin de capturar la infantería en la parte sur.

Unos minutos más tarde, el Destacamento avanzaba lentamente hacia el pueblo. Las unidades más adelantadas habían justo alcanzado las primeras casas cuando los perros de varias granjas empezaron a ladrar. Poco después, el enemigo abrió fuego desde una posición en la ladera arriba a la derecha y a unos cien metros de distancia. Por fortuna, la descarga impactó principalmente en el bosque situado a nuestra izquierda. No encontrando cobertura, nos pegamos contra el suelo, nuestras ametralladoras y mosquetones listos para disparar, pero permanecimos absolutamente en

silencio. No teníamos intención de abrir fuego por nuestra parte a menos que el enemigo atacase. Si éste no atacaba, lo que consideré posible, entonces dejaría pronto de disparar pensando que había cometido un error.

Durante los disparos, unidades de la fuerza principal entraron en Jevszek ocultos por las posiciones desocupadas al este del pueblo. El fuego del enemigo se apagó después de unos pocos minutos y mi Destacamento estuvo en breve dentro del pueblo. Felizmente, no hubo pérdidas a consecuencia de los disparos enemigos.

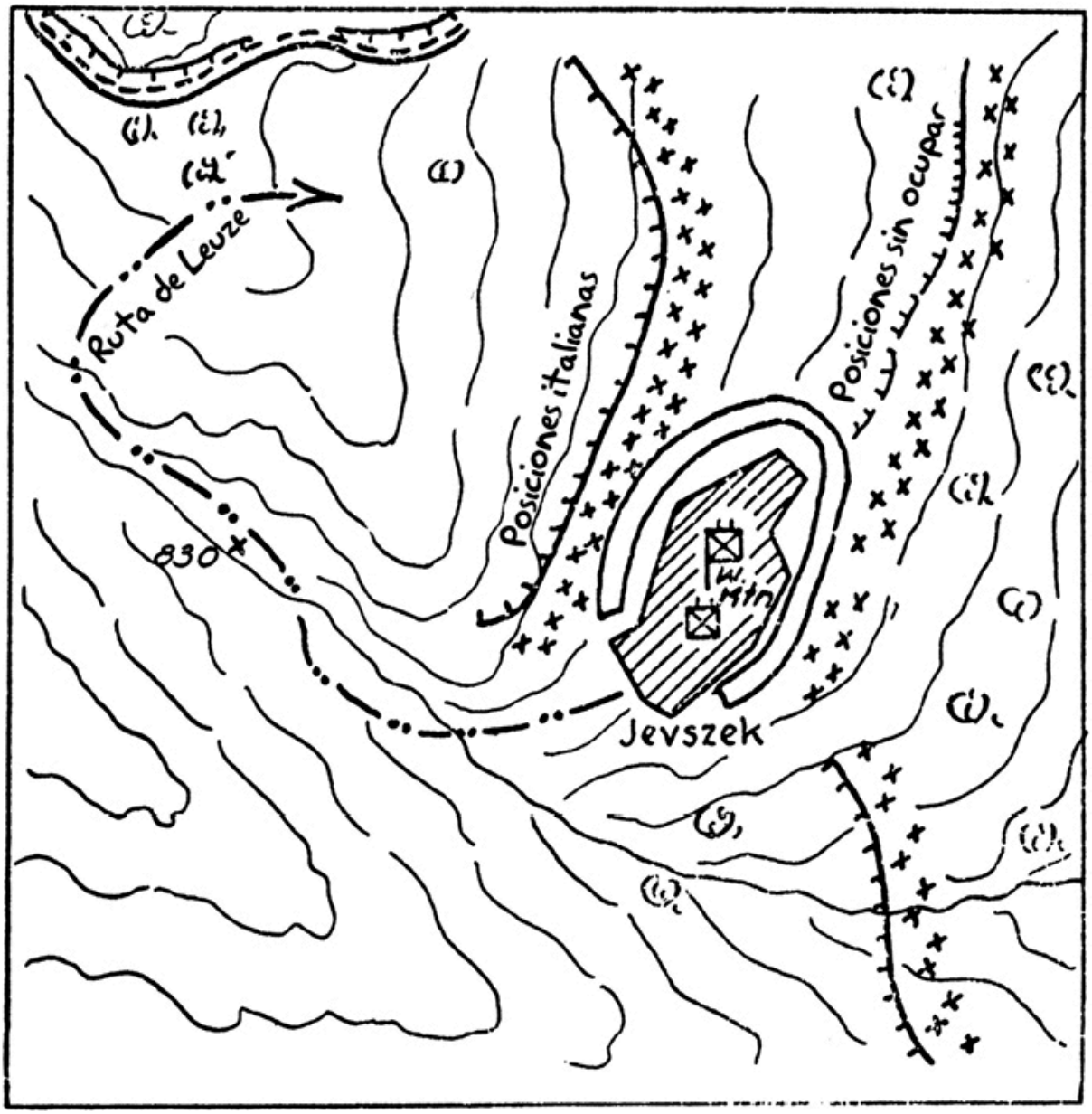
Ocupé la parte norte del pueblo en un semicírculo, evitando cualquier encuentro posterior con el enemigo en la ladera justo al noroeste de Jevszek. Hacía mucho que había pasado la medianoche. Aquellos que no estaban de servicio de centinela o en posición descansaban sobre sus armas en las casas que estaban aún ocupadas por familias eslovenas. Todos sabíamos que estábamos a sólo un tiro de granada de mano de una posición italiana fuertemente ocupada, y que estaríamos trabados en combate cuerpo a cuerpo en cualquier momento si al enemigo se le ocurría dar un vistazo en el pueblo.

Desde los disparos justo antes de que entrásemos en la aldea, la marcha de fuerzas hostiles sobre la ladera al noroeste de Jevszek y a través de la parte sur de la aldea había cesado. Aparte, el enemigo había tirado contra nosotros sólo desde la ladera al noroeste y ni un solo disparo vino desde la parte sur del pueblo. ¿Significaba esto que podría haber un hueco en la posición del enemigo que nosotros pensábamos que era continua hasta llegar a Polava? A la vacilante luz de un hogar en una de las casas estudié el mapa meticulosamente. Estábamos alrededor de un kilómetro al norte de Polava en la parte septentrional de Jevszek a unos ochocientos treinta metros de altitud. Monte Cragonza estaba quinientos metros hacia el oeste y doscientos sesenta y seis metros más arriba. Dado que Jevszek estaba fortificada por su lado este, y el enemigo estaba en posición sobre las laderas al noroeste de Jevszek y sureste hasta llegar a Polava, estábamos lidiando con una posición italiana de retaguardia preparada hacía mucho con el objetivo de bloquear una penetración a través del paso de Luico. Los movimientos hostiles detectados durante la noche nos llevaban a creer que los italianos estaban haciendo todos los esfuerzos por ocupar esta posición.

Juzgando por el tipo de fortificación, Jevszek mismo sin duda alguna pertenecía a esta posición. Por alguna razón la guarnición destinada para Jevszek no había llegado. Podíamos esperar su llegada en cualquier momento. ¿Debíamos esperar? Tuve la sensación de que el dios de la Guerra estaba una vez más ofreciendo su mano a nuestras valientes tropas de montaña. ¿Acaso nuestra captura de Jevszek no nos había dado una porción de aquellas posiciones enemigas que debían bloquear nuestro camino y el del Cuerpo Alpino hacia Monte Cragonza, el Mrzli y el Matajur?

Después de aquellas consideraciones, le dije al *Leutnant* Leuze que fuese a comprobar si la parte suroeste de Jevszek estaba libre de enemigos, en cuyo caso debía prolongar su reconocimiento hasta el cerro, seiscientos metros al noroeste de Jevszek y a la espalda de las fuerzas italianas en posición justo al noroeste de la aldea. Tenía que regresar en dos horas. El *Leutnant* Leuze rechazó ayuda y se puso en marcha solo.

El agotado Destacamento recibió otro periodo de descanso. El grueso de la unidad se sentó, a pocos metros del enemigo, delante de los fuegos en las chimeneas en las sólidamente construidas casas, consumiendo café y fruta seca, que nos fueron ofrecidos por eslovenos muy amistosos. Un disparo ocasional se oía afuera, seguido por la detonación de una granada de mano italiana. El enemigo evidentemente no tenía ningún interés por hacer un reconocimiento en fuerza hacia Jevszek. Nosotros no disparamos ni un tiro. Una completa oscuridad envolvía a las fuerzas alemanas e italianas enfrentadas a tan corta distancia unas de otras.

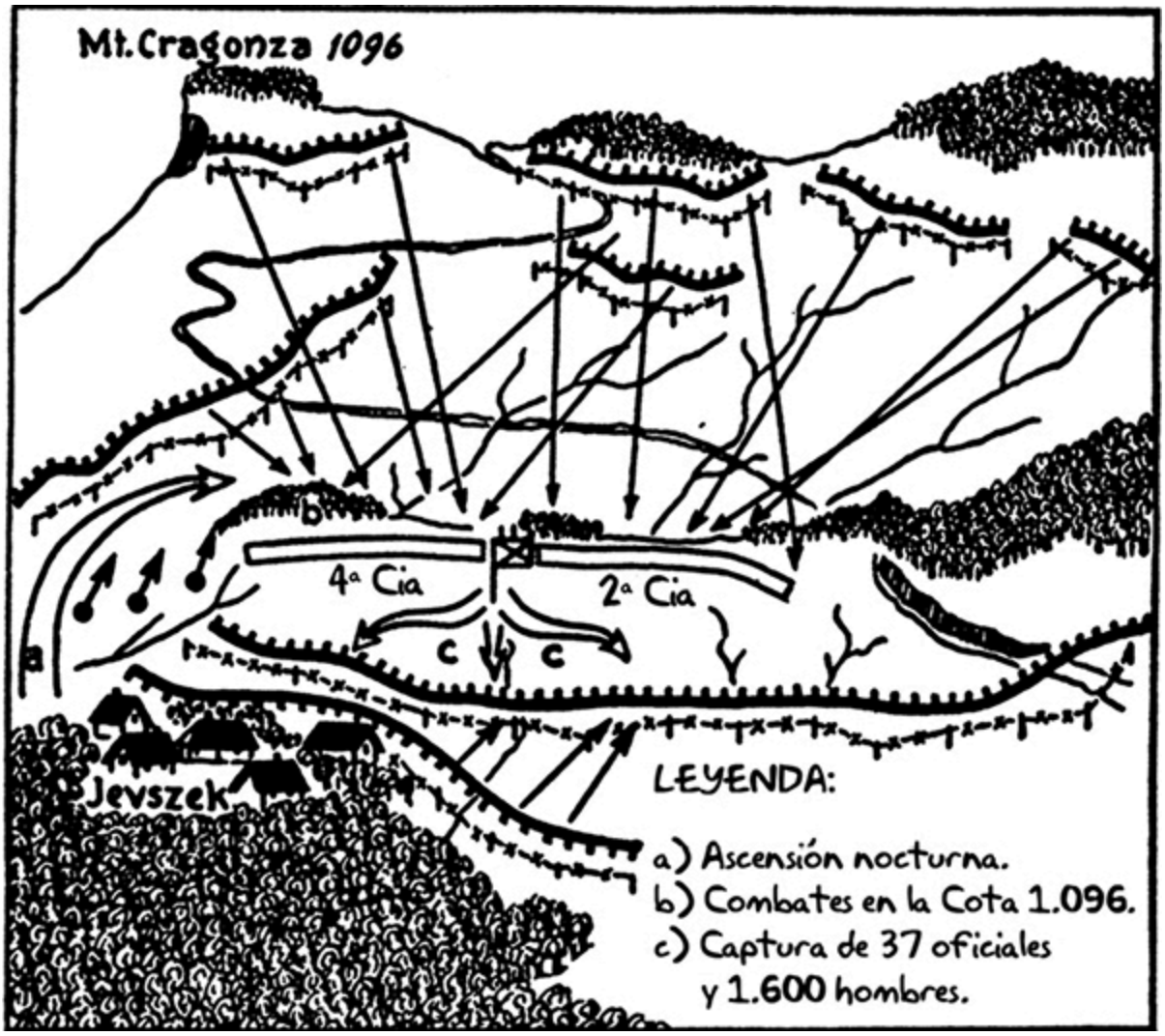


Croquis 48: La situación en Jevszek antes del alba. 26 de octubre de 1917.

Hacia las 4.30, el *Leutnant* Leuze regresó de su reconocimiento con un cautivo italiano, e informó: «El extremo suroeste de Jevszek está libre de enemigos, el sendero hacia una altura de seiscientos metros al noroeste de Jevszek ha sido reconocida; capturé a este italiano en aquella colina, pero aparte de eso no conseguí encontrar al enemigo». Había cumplido espléndidamente su misión.

El informe de Leuze me llevó a optar por una inmediata ocupación de la colina a seiscientos metros al noroeste de Jevszek con cuatro compañías, dejando al resto del Destacamento en Jevszek como apoyo. Planeé atacar al enemigo al noroeste de Jevszek al amanecer.

Ésta no fue una decisión fácil. Si el enemigo usaba sus posiciones dominantes en el Monte Cragonza para derramar fuego sobre las nuestras, entonces nos hubiéramos tenido que enfrentar a una lucha en dos frentes. Las cosas podían descarrilarse con facilidad. Sin embargo, ¡quien no arriesga, no gana!



Croquis 49: El combate en la Cota 1096. 26 de octubre de 1917. Vista desde el este.

Estaba aún completamente oscuro cuando, a las 5.00, las 2.ª y 4.ª Compañías de fusiles y las 1.ª y 2.ª Compañías de ametralladoras dejaron silenciosamente Jevszek y tomaron la senda reconocida por Leuze. El *Leutnant* Leuze iba a la cabeza de la larga fila india. Yo dejé la 3.ª Compañía y 3.ª Compañía de ametralladoras al mando del probado *Leutnant* Grau como apoyo en Jevszek, con la tarea de inmovilizar a la guarnición de la posición al noroeste de Jevszek por el fuego tan pronto como nosotros atacásemos. Su misión secundaria era protegernos de un ataque desde el este.

Di aquellas órdenes mientras el Destacamento estaba saliendo de la aldea. Cuando más tarde me uní a la columna de la 2.ª Compañía de ametralladoras, estaba empezando a clarear en el Monte Cragonza. En las montañas el cambio de la noche al día lleva poco tiempo. Tenía la incómoda sensación de ir media hora demasiado tarde. Delante de mí vi a mis compañías ascendiendo la Cota 830 en la habitual columna de a uno entre el revoltijo de pedruscos dentro de la desnuda hondonada al pie de la Cota 830. Los peñascos más altos de Monte Cragonza estaban ya bañados en luz brillante. Los estudié con el catalejo y… ¡me alarmé! Había posiciones enemigas situadas a unos pocos cientos de metros por encima y a la izquierda de mi Destacamento. Estaban ocupadas y pude incluso ver los cascos de la guarnición. Si el enemigo abría fuego, la hondonada en la que el Destacamento estaba situado en ese momento ofrecía poca cobertura y serían inevitables unas fuertes pérdidas. En aquel momento sentí la responsabilidad por las vidas de mis oficiales y hombres como una carga muy muy pesada sobre mí. Tenía que sacarlos del peligro al que eran ajenos.

Reuní tantos hombres de la 2.ª Compañía de ametralladoras como fue posible y los emplacé por la izquierda con instrucciones de cubrir y neutralizar por el fuego al enemigo en las laderas arriba a la izquierda tan pronto como éste empezase a disparar. Después avancé a toda velocidad con los enlaces e hice girar las cabezas de las distintas compañías hacia la derecha rumbo a una altura cubierta de vegetación con pequeños arbustos aislados, seiscientos metros al noroeste de Jevszek. Justo a tiempo; el alba estaba dando paso a la plena luz del día.

Cuando las últimas unidades de las compañías dejaban la hondonada, el enemigo en el Cragonza batió al Destacamento con un intenso fuego rápido. Aún estábamos sobre la ladera que daba al enemigo y el fuego venía desde una posición dominante. No había cobertura protectora. Solo espinos bajos en varios lugares ofrecían la posibilidad de al menos retirarse de la vista del enemigo. Bajo el prontamente iniciado apoyo de fuego de la 2.ª Compañía de ametralladoras las distintas secciones se dividieron, ganaron la altura a seiscientos metros al noroeste de Jevszek, y se unieron a la lucha desde allí.

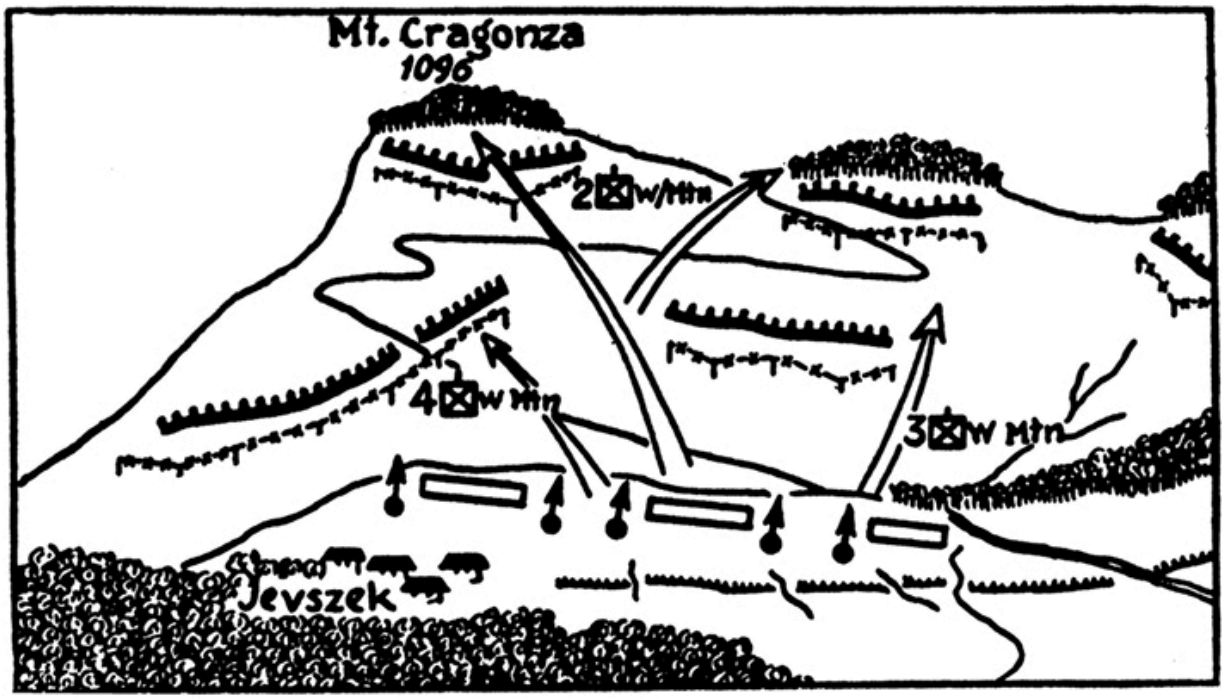
Pero no éramos igual para la poderosa superioridad del fuego hostil dirigido contra nosotros desde una posición semicircular en las alturas al noroeste, oeste y suroeste. Reptando lateralmente y haciendo cortos saltos, los hombres de las 2.ª y 4.ª Compañías trataron de separarse y reducir el efecto del fuego hostil. Las pérdidas aumentaban. Entre otros, el magnífico líder de la 2.ª Compañía, el *Leutnant* Ludwig, fue gravemente herido.

Mientras tanto, a nuestra espalda la batalla en Jevszek se había reavivado. Siguiendo las órdenes, la 3.ª Compañía y la 3.ª Compañía de ametralladoras bajo el *Leutnant* Grau habían puesto al enemigo al noroeste de Jevszek bajo su fuego, lo habían inmovilizado en sus posiciones y evitado que atacase la retaguardia de las otras compañías que estaban conmigo.

Con unos pocos ordenanzas de combate alcancé la colina seiscientos metros al noroeste de Jevszek donde encontré escondite contra el fuego apuntado en un pequeño grupo de arbustos. Las ametralladoras tableteaban por todas partes. Ya no me quedaba ni siquiera una escuadra en reserva. Todo el mundo estaba embebido en el violento tiroteo y disparando tan rápidamente como le era posible. Tenía que tomar una rápida decisión o perder mi unidad. A través de mis ordenanzas de combate hice reunir juntas tres escuadras de ametralladoras ligeras tomadas del frente de las 2.ª y 4.ª Compañías y traerlas hasta la cuesta protectora a sesenta metros al este de mi puesto de mando. Con estos hombres formé varios grupos de asalto y los guié monte abajo hacia la retaguardia del enemigo situado en posición justo al noroeste de Jevszek con su frente hacia el este y que estaba siendo sometido a nuestro fuego.

Fuimos cuesta abajo a través de los arbustos con nuestras ametralladoras y mosquetones listos y pronto vimos la posición enemiga a nuestros pies. Estaba ocupada por una numerosa guarnición, casco contra casco. Desde arriba veíamos el fondo de la trinchera. El enemigo no tenía cobertura contra nuestro fuego. Por encima nuestro silbaba el fuego dirigido a las tropas de montaña en la colina, seiscientos metros al noroeste de Jevszek. Allá abajo y cerca de Jevszek, veíamos a la 3.ª Compañía y la 3.ª Compañía de ametralladoras disparando sobre los italianos apenas a trescientos metros por debajo de nosotros. El enemigo no sospechaba lo que se le venía encima.

Las escuadras de asalto se prepararon y gritamos a la guarnición enemiga a nuestros pies y les dijimos que se rindiesen. Asustados, los soldados italianos alzaron la mirada hacia nosotros a su espalda. Los fusiles cayeron de sus manos. Sabían que estaban perdidos e hicieron la señal de rendición. Mis escuadras de asalto no dispararon ni sólo tiro. No sólo se rindió la guarnición, unas tres compañías, de las posiciones entre nosotros y Jevszek; sino que, para nuestra gran sorpresa, la guarnición de la trinchera enemiga hasta una distancia tan al norte como la carretera del Matajur también abandonó sus armas. Había quedado completamente confundida por el encarnizado ruido de batalla a su espalda y por la aparición de las débiles escuadras de asalto sobre la ladera noreste de la colina, seiscientos metros al noroeste de Jevszek. El tiroteo entre las guarniciones italianas en Monte Cragonza y la mayor parte del Destacamento Rommel probablemente hizo creer al enemigo que los alemanes estaban atacando en su dirección desde Cragonza y habían ocupado ya las alturas que los dominaban.



Croquis 50: El ataque contra Monte Cragonza. Vista desde el nordeste.

Un regimiento italiano de 37 oficiales y 1600 hombres se rindió en la hondonada, seiscientos cincuenta metros al norte de Jevszek. Salió marchando con equipo completo y armamento, y yo tuve problemas para encontrar suficientes hombres con que llevar a cabo el desarme. Mientras tanto la batalla seguía tronando unos noventa metros más arriba con violencia no disminuida.

La guarnición italiana en Monte Cragonza no sabía nada de las actividades en las inmediaciones de Jevszek y continuó atacando mi primera línea. Pero nuestra retaguardia había sido despejada.

Las compañías liberadas cerca de Jevszek subieron y pronto lanzaron un ataque frontal contra Cragonza. Fue una pelea dura. El enemigo se aferró tenazmente a sus fuertes y dominantes posiciones, contra las cuales nuestro fuego no tuvo sino un efecto escaso. Las tropas de montaña cruzaron las desnudas y empinadas laderas a través de un diluvio de plomo y cerraron con el enemigo.

Ya que no tenía más fuerzas que empeñar, avancé con la 2.ª Compañía (en el centro). Ésta era mandada por el *Leutnant* Aldinger en sustitución del

gravemente herido *Leutnant* Ludwig. Alcanzamos la curva más baja de la carretera de Matajur y descubrimos catorce piezas de campaña italianas sin caballerías y veinticinco armones de munición. ¿Eran aquéllos los grupos de artillería que habíamos observado ayer en Avsa y Perati? No teníamos tiempo que perder allí. Fuego de ametralladora de flanco proveniente del norte impactó entre nosotros. Salimos corriendo. Poco después, la 2.ª Compañía perdió a su nuevo jefe cuando el *Leutnant* Aldinger fue gravemente herido por tres balas. Durante un rato sobre la carretera de Matajur yo mismo proporcioné un blanco para un ametrallador italiano. No había cobertura contra su fuego. Escapé del bien tendido haz de trayectorias corriendo ladera arriba y tomando una curva en la carretera a unos setenta metros de distancia.

Las pérdidas sólo redoblaron la furia de las tropas de montaña. Trinchera tras trinchera y nido de ametralladora tras nido, fueron tomados. El duro trabajo estuvo completo para las 7.15. La valerosa 2.ª Compañía mandada ahora por el *Vizefeldwebel* Hügel, había capturado el pico de Monte Cragonza. Así, el destino de las fuerzas enemigas en las vertientes nordeste y este del pico Mrzli era meramente una cuestión de tiempo.

Sólo podía conjeturar sobre el progreso de nuestros vecinos. A juzgar por el sonido que había ido aumentando continuamente a nuestra derecha desde el amanecer, imaginé que unidades de la 12.ª División y el Cuerpo Alpino estaban atacando el pico Mrzli desde el nordeste y este, quizás estaban también subiendo el Cragonza desde Avsa a lo largo de la carretera de Matajur.

¿Debía esperar a su llegada? ¿Debía en ese momento detenerme para reorganizar mi muy desordenado Destacamento en la ladera este del Monte Cragonza? ¿Acaso no se habían ganado un descanso mis hombres con el difícil asalto de la cima de la montaña? Por otra parte, tenía que considerar los peligros de la presente situación. ¿Y si las potentes reservas italianas a mi derecha estaban incluso en ese momento planeando un contraataque para recuperar Monte Cragonza?

Consideré mejor anticipar cualquier contramedida enemiga continuando el ataque al punto con todas las fuerzas disponibles —media compañía— contra el cordal que llevaba hacia el pico de Mrzli.

Observaciones: En el ascenso nocturno hacia Jevszek las tropas italianas se delataron a sí mismas por sus gritos y marchar ruidoso. Así nos pusieron en el camino correcto y tuvimos éxito en evitar un encuentro indeseado.

Mientras las exhaustas tropas descansaban, los oficiales fueron incansablemente activos a la hora de determinar información precisa referente al enemigo y el terreno. Incluso después de medianoche continuaban reconociendo desde Jevszek. Así crearon la base para la exitosa penetración hacia el noroeste de Jevszek y para la toma de Monte Cragonza.

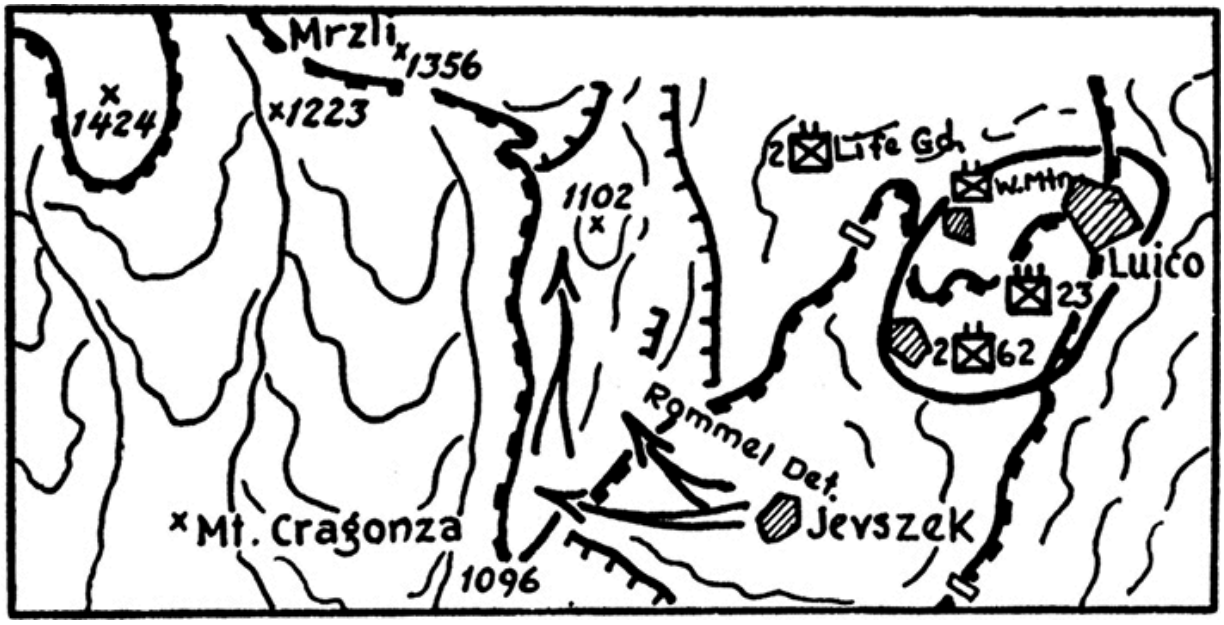
En aquella noche del 25 al 26 de octubre yo sabía muy poco sobre mis vecinos. No sabía dónde estaban, qué estaban haciendo o qué planeaban hacer. Tampoco había contacto con sus elementos de reconocimiento. Pero estaba claro para mí que esta situación tenía que aceptarse a fin de mantener el ataque en marcha de nuevo el 26 de octubre.

Incluso la muy desesperada situación de las tropas de montaña, al alba bajo el fuego y sin cobertura entre posiciones hostiles, finalmente se volvió en nuestro favor. Unas pocas escuadras de hombres valientes dieron lugar a este cambio. El poder ofensivo de las tropas de montaña de Württemberg quedó patente particularmente en el ataque frontal contra los italianos en excelentes y dominantes posiciones en Monte Cragonza. No decayó en la 2.ª Compañía ni siquiera después de que todos sus oficiales causasen baja.

A las 7.15 del 26 de octubre de 1917, en el momento de la toma de Monte Cragonza, la situación de la batalla era:

Grupo Kraus: El Stol (1668) cayó en la noche del 25 al 26 de octubre a las 3.30, ante el 2.º Batallón del 1.er Regimiento de *Kaiser-Schützen* que alcanzó Bergogna a las 6.00. El 1.er y 3.er Batallones de este regimiento y la 43.ª Brigada continuaron y alcanzaron Bergogna a las 8.00.

Grupo Stein: La 12.ª División tenía el 63.º Regimiento de Infantería sobre la frontera en el valle Natisone como el día anterior; el 2.º Batallón del 62.º Regimiento de Infantería y el 23.º Regimiento de Infantería se aproximaron a los puestos avanzados del 2.º Batallón de Guardias de la Real Persona en Avsa y estaban listos para moverse.



Croquis 51: La toma de la Cota 1096 por asalto. 26 de octubre de 1917.

Cuerpo Alpino: El Batallón de Montaña de Württemberg irrumpió en la posición enemiga: Pico Mrzli-Jevszek-Polava por Jevszek, abrió esta posición mil cien metros hacia el noroeste y tomó Monte Cragonza a las 7.15. El resto del Batallón de Montaña de Württemberg marchó desde Luico a través de Avsa hasta Monte Cragonza. Los 2.º y 3.er Batallones de los Guardias de la Real Persona se prepararon para marchar y más tarde se unieron a las 1.ª y 3.ª Compañías del Batallón de Montaña de Württemberg en el avance sobre Monte Cragonza. El 1.er Batallón de los Guardias de la Real Persona estaba en servicio de avanzadilla en Polava. El 2.º Regimiento de *Jäger* (menos la 10.ª Compañía) se trasladó desde Ravna a Luico. El 1.er Regimiento de *Jäger* y la 10.ª Compañía de *Jäger* se prepararon para marchar desde la Cota 1114, donde habían pasado la noche. La 200.ª División: el 3.er Regimiento de *Jäger* avanzó a través de Drenchia hasta Trusgne, alcanzando esta última a las 8.00. Los 4.º y 5.º Regimientos de *Jäger* de trasladaron a Ravna a las 4.30 desde la Cota 1114, donde habían pasado la noche. Permanecieron en Ravna hasta las 8.00.

Grupo Scotti: El 8.º Regimiento de Granaderos usó su 1.er Batallón para tomar La Kalva a las 5.00 y después atacó Monte Hum con sus tres batallones.

El resultado neto era: La posición italiana (vertiente norte del Matajur-Pico Mrzli-Jevszek-St. Martino) fue, como también lo fue la posición de la Sierra de Kolovrat, hecha pedazos cerca de Jevszek, en las primeras horas de la mañana, por las unidades de vanguardia del Batallón de Montaña de Württemberg, y en consecuencia Monte Cragonza, la llave de todas las posiciones en el pico Mrzli y el macizo de Matajur, fue tomada.

II. La captura de la Cota 1192 y el Pico Mrzli (1356) y el ataque al Monte Matajur

A pesar del agotamiento tras la toma de Monte Cragonza, no podía dar a mis hombres un bien ganado descanso en la cumbre. El espléndido Vizefeldwebel Hügel asumió su nuevo trabajo con su característica energía, explotó sus limitadas fuerzas al máximo y, sin esperar a los refuerzos, atacó a lo largo del cordal que se remontaba hacia la Cota 1192 y el pico Mrzli a fin de ganar tanto terreno adicional como le permitiese su debilitada fuerza.

Envié órdenes mediante enlaces al Destacamento de que continuasen rápidamente al otro lado de Monte Cragonza y tomasen la carretera de Matajur en la dirección del pico Mrzli. Después me uní a la 2.ª Compañía. Después de recorrer unos cien metros tropezamos con el enemigo que estaba atrincherado en una loma arbolada sobre el cordal. Sobre la pendiente este a nuestra derecha el ruido de combate aumentó considerablemente. Al parecer, unidades de retaguardia del Destacamento Rommel, ascendiendo desde Jevszek hacia Cragonza, estaban siendo tiroteadas o atacadas. Pero podía haberse tratado de unidades del Cuerpo Alpino intentando subir por la carretera de Matajur desde Luico hasta Monte Cragonza.

El *Vizefeldwebel* Hügel era un maestro consumado en contener al enemigo, que era superior en número y armas, atacándolo frontalmente y simultáneamente por el flanco y de revés con escuadras de asalto. Estos movimientos fueron ejecutados en unos pocos minutos y permitieron expulsar al enemigo, provocando que se retirase hacia el nordeste, cuesta abajo hacia Luico.

Como atacábamos de buena gana siempre que encontrábamos al enemigo, el contacto con nuestra retaguardia quedó pronto roto. Nos llegó un parte según el cual el Destacamento estaba siendo retrasado por intenso fuego de ametralladora desde posiciones italianas al nordeste de Cragonza y estaba casi a un kilómetro y medio detrás de mí. Decidí no detener a la 2.ª Compañía sino continuar el ataque contra el pico Mrzli hasta que encontrásemos una poderosa fuerza enemiga.

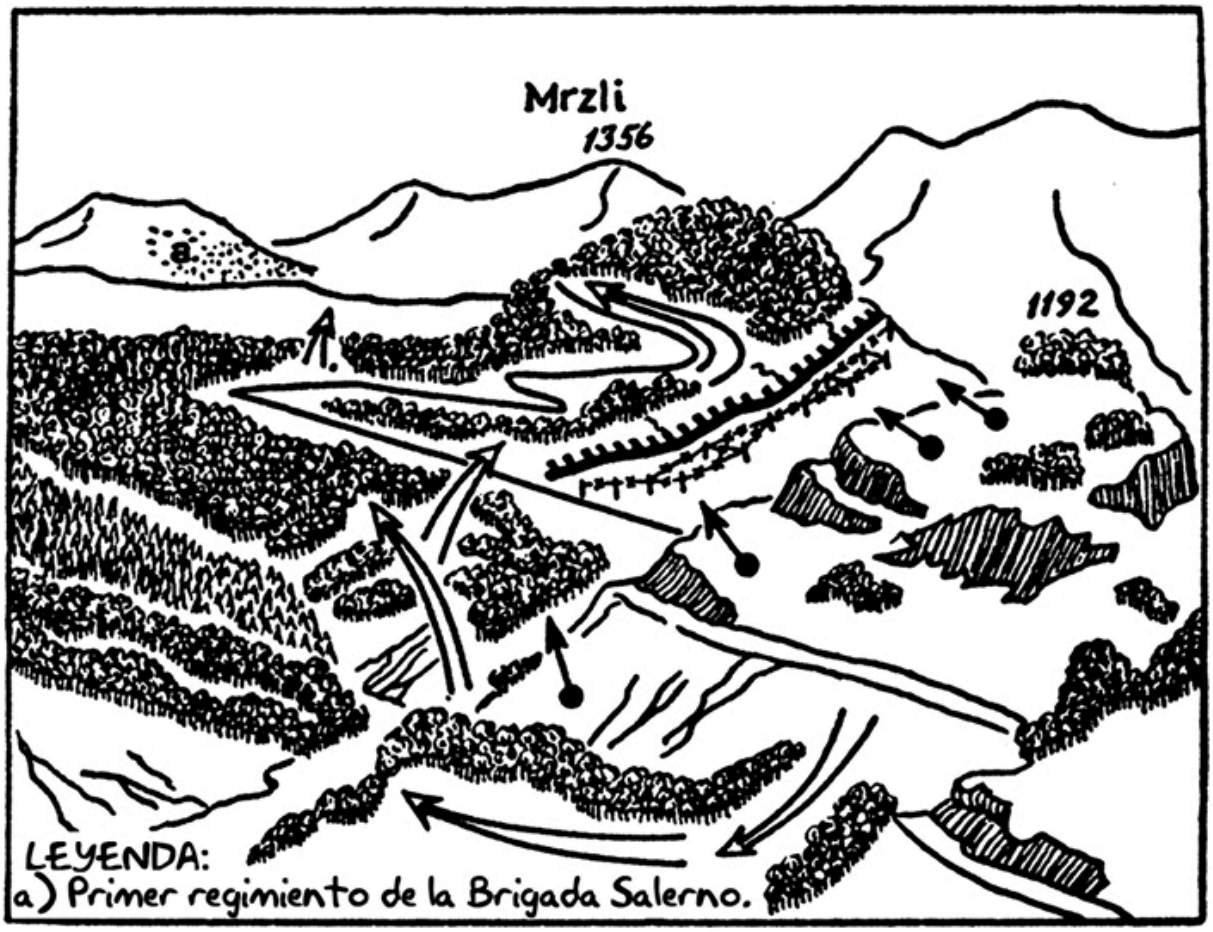
Para las 8.30, la 2.ª Compañía, habiendo sido reducida a una sección con dos ametralladoras ligeras, capturó la Cota 1192 a dos kilómetros al oeste de Avsa. El enemigo impidió progresar más. Estaba aposentado con fuerza considerable a ochocientos metros al nordeste del pico Mrzli (1356) e inundaba nuestra recién ganada cima con un intenso fuego de ametralladora. Se estaba desarrollando un vivo combate más abajo en la ladera hacia la derecha, y también a retaguardia por la derecha en la dirección de Jevszek. Unidades del Cuerpo Alpino estaban atacando.

La fuerza mínima requerida para atacar al enemigo sobre la vertiente sureste del Mrzli se estimó en dos compañías de fusiles y una compañía de ametralladoras. A fin de reunir estas fuerzas con rapidez, volví corriendo a retaguardia por la carretera de Matajur. Hügel tenía órdenes de mantener la Cota 1192. Incluso después de buscar por todas partes no encontré al oficial de enlace del rezagado Destacamento Rommel. Después de tomar una curva a setecientos metros al sur de la Cota 1192, me di de bruces repentinamente con un destacamento italiano que estaba viniendo desde la dirección de Avsa y estaba cruzando al carretera de Matajur. Los *Bersaglieri* empuñaron sus fusiles y dispararon. Un rápido brinco hacia los arbustos justo debajo de la carretera me salvó del fuego apuntado. Unos pocos adversarios me siguieron ladera abajo a través de los arbustos. Pero mientras ellos pasaban a toda prisa hacia abajo en dirección al valle, yo estaba ascendiendo hacia la Cota 1192. Al llegar allí, ordené a una escuadra de exploración bastante potente que estableciese contacto con las otras unidades del Destacamento Rommel y que diesen a los distintos jefes de compañía la orden de aproximarse a la Cota 1192 lo antes posible[28].

Tuve que esperar hasta las 10.00 antes de tener reunida una fuerza igual a dos compañías de fusiles y una de ametralladoras. Estos grupos estaban

compuestos de todas las compañías del Destacamento Rommel. Su aproximación a la Cota 1192 se vio muy retrasada, debido a que las distintas unidades se veían envueltas repetidamente en combates con el enemigo, que estaba tratando de retirarse en dirección suroeste a través de la línea Monte Cragonza-Cota 1192.

Me sentía lo suficientemente fuerte para enfrentar a las guarniciones italianas en el Mrzli. Por medio de señales luminosas pedimos fuego de artillería sobre las posiciones enemigas en la vertiente sureste del pico Mrzli, con el estupendo resultado de que los obuses alemanes estaban impactando en el lugar al poco tiempo. Después, el vivo fuego de la compañía de ametralladoras desde la Cota 1192 inmovilizó a la guarnición hostil en sus posiciones mientras dos compañías de fusiles bajo mi liderazgo entraron en combate próximo con el enemigo justo debajo de la carretera de montaña. Conseguimos envolver el flanco oeste enemigo con éxito. Después giramos contra el flanco y retaguardia de la posición hostil. Pero el enemigo se retiró precipitadamente cuando nos vio atacando desde esta dirección y se retiró a la ladera este del Mrzli. Tomamos unas cuantas docenas de prisioneros. Dado que yo no tenía intención de seguir al enemigo que se estaba retirando por las vertientes este o norte del Mrzli, rompí el combate, continué mi avance por la carretera de montaña hacia las laderas sur del Mrzli e hice que la compañía de ametralladoras efectuase un cambio de posición a vanguardia.



Croquis 52: El ataque sobre el Monte Mrzli.

Ya durante nuestro ataque habíamos observado cientos de soldados italianos en una extensa zona de vivaque en el collado del Mrzli entre sus dos prominencias más elevadas. Estaban parados sin un propósito fijo, aparentemente indecisos e inactivos, y observaban nuestro avance como si estuvieran petrificados. No esperaban ver llegar a los alemanes desde el sur, es decir, por la espalda. Estábamos a sólo un kilómetro y medio de distancia de esta concentración de tropas. La carretera de Matajur serpenteaba por la ladera sur parcialmente cubierta de bosques del Mrzli y, en dirección oeste hacia el Matajur, pasaba justo debajo del campamento hostil.

El número de enemigos en el collado del Mrzli iba aumentando continuamente hasta que los italianos deben haber tenido dos o tres batallones concentrados allí. Dado que no salieron a combatir, me acerqué por la carretera, ondeando un pañuelo, con mi Destacamento escalonado en

gran profundidad. Los tres días de la ofensiva habían señalado cómo debíamos tratar con el nuevo enemigo. Nos aproximamos hasta quedar a mil metros y no pasó nada. ¡No tenía intención de combatir aunque su posición estaba muy lejos de ser desesperada! De hecho, si hubiera empeñado todas sus fuerzas, podría haber aplastado mi débil Destacamento y recuperado Monte Cragonza. O podría haberse retirado al macizo del Matajur casi sin ser visto cubierto por el fuego de unas pocas ametralladoras. No pasó nada parecido. En una densa masa humana, la formación enemiga permaneció allí como petrificada y no se movió. Nuestro ondear de pañuelos quedó sin respuesta.

Nos acercamos cada vez más y entramos en un denso bosque alto, a setecientos metros del enemigo, y así fuera de su línea de visión, ya que éste estaba situado a unos noventa metros más arriba en la ladera. La carretera se doblaba repentinamente hacia el este y nos preguntamos que haría el enemigo allá arriba. ¿Quizás había decidido pelear después de todo? Si nos acometía cuesta abajo tendríamos una batalla hombre a hombre en el bosque. El enemigo estaba descansado, tenía una tremenda superioridad numérica, y más aún disfrutaba de la ventaja de poder luchar cuesta abajo. Bajo esas condiciones consideré una necesidad vital alcanzar la linde del bosque debajo del campamento enemigo. Pero mis tiradores de montaña con las pesadas ametralladoras a sus espaldas estaban tan agotados que no esperaba que hiciesen la pronunciada ascensión a través de la tupida maleza.

Por lo tanto, permití al Destacamento continuar marchando por la carretera mientras el *Leutnant* Streicher, el Dr. Lenz, unos pocos tiradores de montaña y yo ascendíamos en orden abierto, a intervalos de unos noventa metros entre hombres, y tomábamos la ruta más corta a través del bosque hacia el enemigo. El *Leutnant* Streicher sorprendió a una dotación de ametralladora hostil y la hizo prisionera. Alcanzamos la linde del bosque sin ser molestados. Estábamos aún a trescientos metros del enemigo por encima de la carretera del Matajur. Era una enorme masa de hombres, y había mucho griterío y gesticulación. Todos ellos tenían armas en las manos. Al frente parecía haber un grupo de oficiales. Los elementos de

vanguardia de mi Destacamento tardarían algún tiempo en llegar y estimé que estaban en un recodo de la carretera a setecientos metros hacia el este.

Con la sensación de estar obligado a actuar antes de que el adversario decidiera hacer algo, dejé la linde del bosque y, caminando tranquilamente hacia delante, exigí, de viva voz y agitando mi pañuelo, que el enemigo se rindiera y depusiera sus armas. La masa de hombres me miró fijamente y no se movió. Estaba a unos cien metros de la linde del bosque, y una retirada bajo fuego enemigo era imposible. Tuve la impresión de que no debía permanecer quieto o estábamos perdidos.

¡Llegué a 150 metros del enemigo! Repentinamente, la masa empezó a desplazarse y, en el pánico que siguió a continuación, arrastró a sus renuentes oficiales consigo cuesta abajo. La mayoría de los soldados tiraron sus armas a un lado y cientos se acercaron corriendo hacia mí. En un instante me vi rodeado y subido en hombros italianos. «*Evviva Germania*!» resonaba de un millar de gargantas. Un oficial italiano que dudó en rendirse fue abatido a tiros por sus propias tropas. Para los italianos en el pico Mrzli la guerra había acabado. Gritaban de alegría.

Entonces apareció la cabeza de mis tropas de montaña a lo largo de la carretera desde el bosque. Avanzaban con su habitual paso montañero tranquilo pero enérgico a pesar del cálido sol y sus pesadas cargas. A través de un italiano que hablaba alemán ordené a los prisioneros que se alineasen mirando hacia el este y debajo de la carretera de Matajur. Había 1500 hombres del 1.er Regimiento de la Brigada Salerno. No dejé que mi propio Destacamento se detuviese en absoluto, pero sí hice salir a un oficial y tres hombres de la columna. Dos tiradores de montaña fueron asignados para trasladar al regimiento italiano al otro lado del Monte Cragonza hasta Luico; y el desarme y retirada de los 43 oficiales italianos, separados de sus hombres, fue confiado al *Unteroffizier* Göppinger. Los oficiales italianos se volvieron más beligerantes después de ver al débil Destacamento Rommel y trataron de reestablecer el control sobre sus hombres. Pero ahora era demasiado tarde. Göppinger desempeñó su deber concienzudamente.

Mientras el regimiento desarmado bajaba hacia el valle, el Destacamento Rommel pasando justo por debajo dejó atrás el campamento italiano. Algunos italianos capturados me habían dicho poco antes que el 2.º

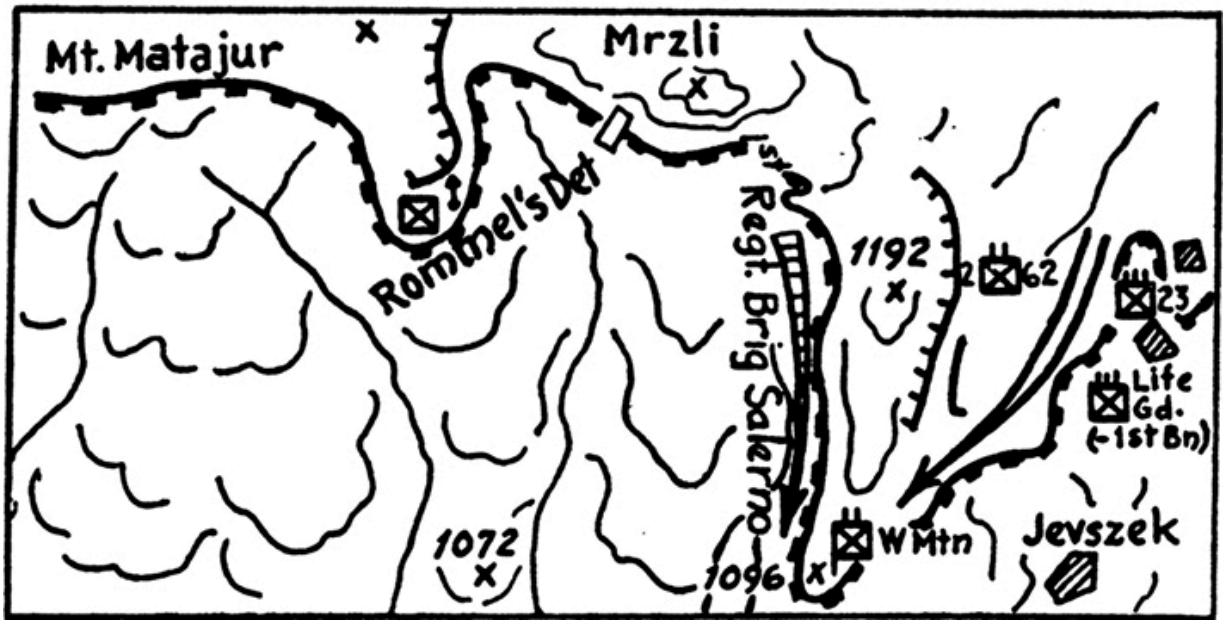
Regimiento de la Brigada Salerno estaba en las laderas del Matajur; era un regimiento italiano muy famoso que había sido repetidamente elogiado por Cadorna en sus órdenes del día debido a sus destacadas proezas ante el enemigo. Me aseguraron que este regimiento ciertamente dispararía contra nosotros y que tendríamos que ser cuidadosos.

Su suposición era correcta. La cabeza del Destacamento Rommel no había acabado de llegar a la vertiente oeste del Mrzli cuando un fuerte fuego de ametralladora rompió desde las Cotas 1467 y 1424. El fuego de ametralladora hostil estaba excelentemente ajustado sobre la carretera y pronto la barrió entera dejándola desierta. Los tupidos arbustos por debajo de la carretera nos protegieron del fuego apuntado. Mis hombres estaban pronto bajo control y continué la marcha, no por debajo de la carretera de Matajur en dirección a la Cota 1467 sino en un pronunciado giro hacia el suroeste. Quería cruzar la Cota 1223 a la carrera y dirigirme hacia el recodo en la carretera de Matajur justo al sur de la Cota 1424. Una vez allí, el 2.º Regimiento de la Brigada Salerno no podría apenas escapar y estaría en una situación similar a la del 1.er Regimiento una hora antes. La única diferencia sería que una retirada hacia el sur atravesando las desnudas vertientes del Matajur sería impedida por nuestro fuego, mientras en el pico Mrzli los italianos habían tenido la posibilidad de una retirada a cubierto a través de la zona boscosa.

A fin de confundir al enemigo, ordené a unas pocas ametralladoras disparar desde las laderas oeste del Mrzli. Con el resto del Destacamento alcancé el recodo en la carretera, a setecientos metros al sur de la Cota 1424 sin sufrir fuego hostil, ya que el enemigo no podía observar nuestro movimiento a través de los tupidos macizos de arbustos. Preparé un ataque sorpresa sobre la guarnición de la Cota 1424, que estaba aún disparando sobre las unidades de cola del Destacamento Rommel y sobre nuestras ametralladoras en el Mrzli. El éxito del Mrzli había hecho que nos olvidásemos de todos nuestros esfuerzos, nuestro cansancio, nuestros pies doloridos y nuestros hombros magullados por pesadas cargas.

Mientras yo estaba llevando a cabo diligentemente los preparativos para el ataque, ordenando las secciones de ametralladoras en posición, y organizando escuadras de asalto, llegó la orden desde la retaguardia: «El

Batallón de Montaña de Württemberg se retira». (El *Major* Sprösser había alcanzado el Monte Cragonza donde el gran número de prisioneros capturados por el Destacamento Rommel (más de 3200 hombres) le habían dado alcance y dado la impresión de que la resistencia enemiga en el macizo del Matajur estaba ya rota). La orden del batallón de retirada dio como resultado que todas las unidades del Destacamento Rommel marchasen de vuelta a Monte Cragonza, excepto el centenar de tiradores y seis dotaciones de ametralladora pesada que quedaban conmigo. ¿Debía romper el combate y regresar al Monte Cragonza?



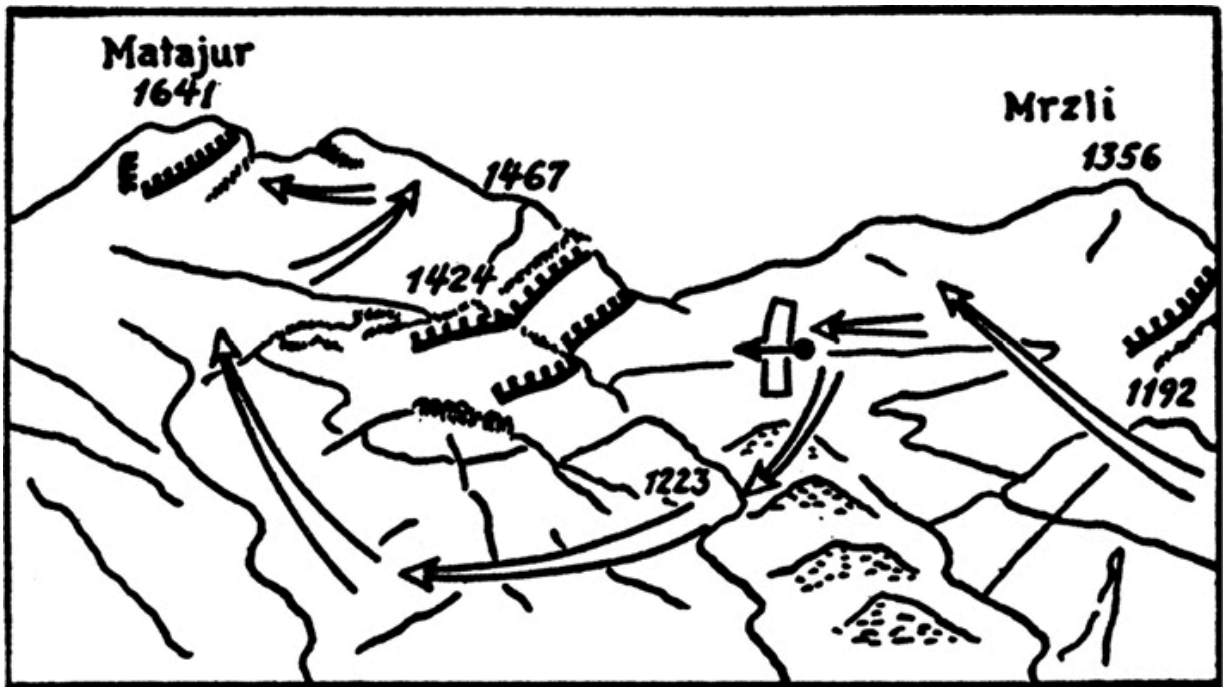
Croquis 53: La situación antes del ataque sobre Monte Matajur.

¡No! La orden del batallón fue dada sin el conocimiento de la situación en las vertientes sur del Matajur. Quedaban asuntos sin concluir. Ciertamente, no contaba con que llegasen más refuerzos en el futuro próximo. Pero el terreno favorecía el plan de ataque en gran medida y cada tirador de montaña de Württemberg era en mi opinión el equivalente a veinte italianos. Nos aventuramos a atacar a pesar de nuestro ridículo pequeño número.

Al otro lado, en las Cotas 1424 y 1467, el defensor estaba afrontado hacia el este entre grandes rocas y se lanzó en busca de cobertura cuando nuestro inesperado fuego de ametralladora le golpeó desde el sur. La gran

fragmentación allí arriba en las rocas aumentó considerablemente el efecto de cada disparo. La reacción hostil fue ligera. Nuestras ametralladoras habían sido emplazadas entre tupidos y altos arbustos, de modo que al enemigo le costaba localizarlas.

Observé el magnífico efecto de nuestro fuego con el catalejo. Cuando los primeros italianos trataron de retirarse a la ladera norte de la Cota 1424, adelanté a mis tiradores a caballo desde la carretera de Matajur y sobre la ladera oeste de la Cota 1424. Avanzamos rápidamente gracias al potente apoyo de fuego de las ametralladoras pesadas. Al otro lado por la derecha el enemigo abandonó completamente sus posiciones en la ladera este de la Cota 1424 y su fuego se extinguió.



Croquis 54: El ataque contra Monte Matajur.

Continuamos atacando. Las ametralladoras pesadas fueron cambiando de emplazamiento en escalón. Desde la Cota 1467 un batallón enemigo trató de ponerse en marcha hacia el sureste pasando por Scrilo. Pero el fuego de una de nuestras ametralladoras, hecho a sesenta metros desde la cabeza de la columna, obligó al batallón a detenerse. Unos pocos minutos después, agitando pañuelos, nos aproximamos a la colina rocosa, seiscientos metros al sur de la Cota 1467. El enemigo había dejado de

disparar. Dos ametralladoras pesadas a nuestra espalda cubrían nuestro avance. Reinaba un silencio poco natural. De vez en cuando veíamos algún italiano escabullándose hacia abajo a través de las rocas. La carretera en sí serpenteaba entre las rocas y restringía nuestra visión del terreno a unos pocos metros. Cuando giramos dando una curva cerrada, la vista hacia la izquierda se abrió de nuevo. Ante nosotros —apenas a trescientos metros de distancia— estaba el 2.º Regimiento de la Brigada *Salerno*. Estaba formando y dejando sus armas. Profundamente conmovido, el comandante del regimiento estaba sentado al borde de la carretera, rodeado por sus oficiales y lloraba de rabia y vergüenza por la insubordinación de los soldados de su una vez orgulloso regimiento. Rápidamente, antes de que los italianos vieran lo reducido de mis fuerzas, separé a los 35 oficiales de los 1200 hombres reunidos hasta el momento, y envié a estos últimos carretera de Matajur abajo a paso ligero, hacia Luico. El coronel capturado soltó chispas de rabia cuando vio que éramos tan solo un puñado de soldados alemanes.

Sin detenernos, continué el ataque contra la cumbre del Matajur. Este último estaba aún a un kilómetro y medio de distancia y doscientos diez metros por encima de nosotros y podíamos ver la guarnición en posición sobre la rocosa cumbre. Aparentemente no tenía intención de seguir el ejemplo de sus camaradas sobre las vertientes sur del Matajur que se habían rendido y se alejaban marchando. El *Leutnant* Leuze usó sus pocas ametralladoras para dar apoyo de fuego para el ataque que intentamos por la ruta más corta desde el sur. Pero el fuego defensivo italiano era muy intenso allí, y las incursiones de aproximación eran tan desventajosas que preferí girar hacia el este sobre la arqueada ladera, oculto al enemigo, y atacar la posición de la cumbre desde la Cota 1467. Durante este movimiento, pequeños grupos de italianos, con y sin armas, siguieron desplazándose hacia el lugar donde el 2.º Regimiento de la Brigada Salerno había depuesto sus armas.

Sorprendimos a una compañía italiana entera sobre el afilado cordal este del Matajur, seiscientos metros al este del pico. Ignorantes por completo de los acontecimientos a su retaguardia, estaba dando el frente a la ladera norte y empeñada con escuadras de exploración de la 12.ª División que ascendían

hacia el Matajur desde Monte Della Colonna. Nuestra repentina aparición en la ladera, a retaguardia, con las armas listas, obligó a este enemigo a rendirse al punto sin resistencia.

Mientras el *Leutnant* Leuze disparaba sobre la guarnición de la cumbre con unas pocas ametralladoras desde el sureste, yo ascendí con las otras unidades de mi pequeño grupo en dirección oeste a lo largo del cerro y hacia la cumbre. Sobre una loma rocosa, a cuatrocientos metros al este del pico, otras ametralladoras pesadas entraron en posición como apoyo de fuego para el grupo de asalto dispuesto en la ladera sur. Pero antes de que rompiésemos el fuego, la guarnición de la cumbre dio la señal de rendición. Ciento veinte hombres más esperaron pacientemente hasta que los hicimos prisioneros en el edificio en ruinas (una garita de guardafronteras) sobre la cumbre del Matajur (1641). Una escuadra de exploración del 23.º Regimiento de Infantería, consistente en un *Unteroffizier* y seis hombres, se encontró con nosotros durante su subida desde el norte.

A las 11.40 del 26 de octubre de 1917, tres bengalas verdes y una blanca anunciaron que el macizo del Matajur había caído. Ordené un descanso de una hora en la cumbre. Era bien merecido.

Contemplamos a nuestro alrededor el imponente paisaje de montaña bajo el sol radiante. Nuestra vista abarcaba una gran distancia: Al noroeste el Stol estaba a nueve kilómetros y medio de distancia y estaba siendo atacado por el Grupo Flitsch. Al oeste vimos Monte Mia (1228) muy por debajo de nosotros. No podíamos ver el interior del valle Natisone, aunque estaba a solo tres kilómetros de distancia y mil cuatrocientos treinta metros por debajo de nosotros. Al suroeste estaban los fértiles campos alrededor de Udine, los cuarteles generales de Cadorna. Al sur el Adriático relumbraba. Al sureste y este estaban las montañas que tan bien conocíamos: Cragonza, Monte San Martino, Monte Hum, Kuk, Cota 1114.

Los prisioneros sentados entre nosotros, un débil fuego de artillería, y una batalla aérea, en la que una máquina italiana se precipitaba en llamas hacia las profundidades eran los únicos recordatorios de que la guerra aún continuaba a nuestro alrededor. Nada se podía distinguir de nuestros vecinos. Dicté al *Leutnant* Streicher el parte de operaciones que el Major Sprösser exigía cada día.

Observaciones: La captura de Monte Matajur ocurrió cincuenta y dos horas después del inicio de la ofensiva cerca de Tolmein. Mis tiradores de montaña estuvieron en lo más crudo de la batalla casi ininterrumpidamente durante esas horas y formaron la punta de lanza del ataque a cargo del Cuerpo Alpino. Aquí —transportando ametralladoras pesadas sobre sus hombros— salvaron diferencias de altitud de dos mil cuatrocientos metros cuesta arriba y novecientos diez cuesta abajo, y recorrieron una distancia de diecinueve kilómetros a vuelo de pájaro atravesando fortificaciones de montaña enemigas únicas en el mundo.

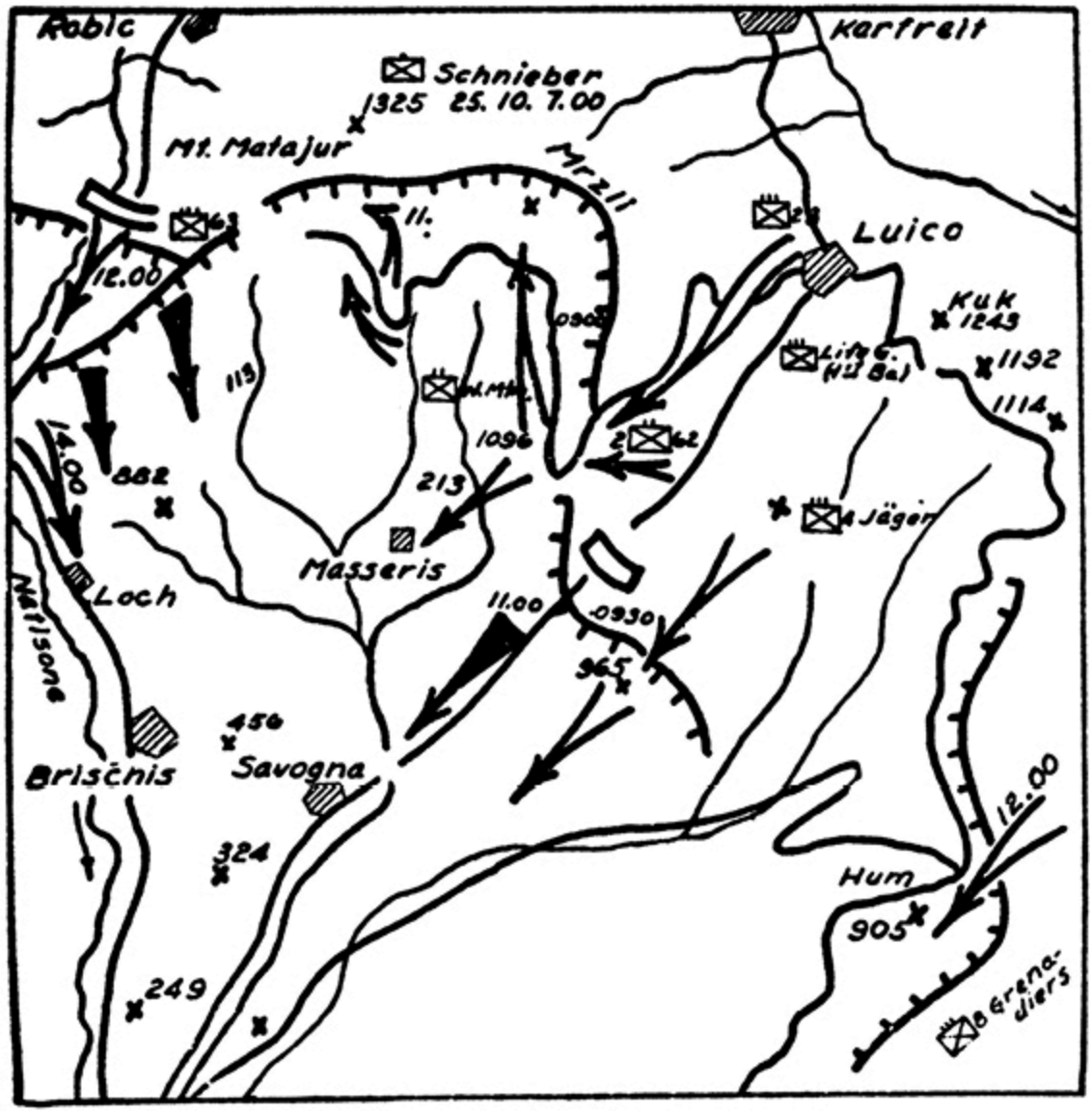
En veintiocho horas, cinco regimientos italianos sucesivos y frescos fueron derrotados por el débil Destacamento Rommel. El número de cautivos y trofeos ascendió a: 150 oficiales, 9000 hombres y 81 cañones. No están incluidas en estas cifras las unidades enemigas que, después de haber sido copadas en Kuk, alrededor de Luico, en las posiciones de las laderas este y norte del pico Mrzli, y sobre las vertientes norte del Monte Matajur, voluntariamente depusieron sus armas y se unieron a las columnas de prisioneros que marchaban hacia Tolmein.

Lo más incomprensible de todo fue el comportamiento del 1.er Regimiento de la Brigada Salerno en el Mrzli. Perplejidad e inactividad han llevado frecuentemente a catástrofes. Los consejos de la masa socavaron la autoridad de los líderes. Incluso una única ametralladora, manejada por un oficial pudo haber salvado la situación, o al menos hubiera asegurado la derrota honorable del regimiento. Y si los oficiales de este regimiento hubieran conducido a sus 1500 hombres contra el Destacamento Rommel, entonces Monte Matajur difícilmente hubiera caído el 26 de octubre.

En las batallas desde el 24 al 26 de octubre de 1917, varios regimientos italianos consideraron su situación como desesperada y dejaron de combatir prematuramente cuando se vieron atacados por el flanco o de revés. Los comandantes italianos carecieron de resolución. No estaban acostumbrados a nuestras flexibles tácticas ofensivas y, además, no tenían a sus hombres lo suficientemente bajo control. Más aún, la guerra con Alemania era impopular. Muchos soldados italianos se habían ganado la vida en Alemania antes de la guerra y encontraron un segundo hogar allí. La actitud del

soldado corriente hacia Alemania quedó claramente demostrada en su «*Evviva Germania*!» en el Mrzli.

Unas pocas semanas más tarde, los tiradores de montaña se enfrentaron a tropas italianas en la región de Grappa que combatieron espléndidamente y eran hombres en todos los aspectos, y los éxitos de la ofensiva Tolmein no se repitieron.



Croquis 55: La situación a las 12.00 del 26 de octubre de 1917.

La evaluación de los éxitos de las tropas de Montaña de Württemberg en los primeros días de la Gran Batalla es evidente en las órdenes del día

del Cuerpo Alpino Alemán (General von Tutschek) del 3 de noviembre de 1917, que afirma, entre otras cosas: «La captura de la Sierra de Kolovrat causó el derrumbamiento de toda la estructura de resistencia enemiga. El Batallón de Montaña de Württemberg bajo su decidido líder, el *Major* Sprösser, y sus valientes oficiales fue el más activo aquí. La captura del Kuk, la toma de posesión de Luico, y la penetración de la posición Matajur por el Destacamento Rommel iniciaron la irresistible persecución a gran escala».

Las pérdidas del Destacamento Rommel en los tres días de ataque fueron felizmente bajas: 6 muertos, incluyendo un oficial; 30 heridos, incluyendo 1 oficial.

A mediodía del 26 de octubre de 1917, la situación de la batalla de Flitsch-Tolmein era la siguiente:

Grupo Kraus: Unidades avanzadas reuniéndose en Bergogna. Un ataque enemigo en el Passo di Tanamea fue rechazado.

Grupo Stein: En el sector de la 12.ª División un ataque a cargo de los 62.º y 63.º Regimientos de Infantería estaba teniendo lugar en el valle Natisone desde la frontera frente a Stupizze hacia Loch. Este último fue alcanzado alrededor de las dos de la tarde. Desde el norte no había fuerzas en posición para atacar la posición italiana sobre la línea Matajur-Mrzli. El 23.º Regimiento de Infantería marchó a través de Cragonza hacia Matajur alcanzando Cragonza alrededor del mediodía. En el Cuerpo Alpino, el Destacamento Rommel del Batallón de Montaña de Württemberg tomó el Mrzli y el Matajur. El grueso del Batallón de Montaña de Württemberg bajo el *Major* Sprösser estaba descendiendo desde Monte Cragonza hacia Masseris. Los 2.º y 3.er Batallones de los Guardias de Infantería Bávaros le seguían; el 1.er Batallón de Guardias Bávaros y el 10.º Batallón de *Jäger* de la Reserva comenzaron el avance hacia Polava a las 10.00, después de que el enemigo hubiera abandonado sus posiciones cerca de Polava. En la 200.ª División, el 4.º Regimiento de *Jäger* tomó Monte San Martino a las 9.30 y después avanzó en dirección a Azzida.

Grupo Scotti: El 8.º Regimiento de Granaderos tomó Monte Hum a última hora de la mañana. La 1.ª División Imperial y Real continuó el ataque a través de Cambresko hacia St. Jakob.

El resultado fue: Las fuerzas de la 12.ª División y el Cuerpo Alpino alrededor de Luico avanzaron en dirección suroeste sólo después de que las posiciones en Monte Cragonza hubieran sido tomadas y la Brigada Salerno en el Mrzli y el Matajur hubiera sido capturada por las unidades de vanguardia del Batallón de Montaña de Württemberg. Además, el ataque de la 12.ª División en el valle de Natisone, al noroeste del macizo de Matajur, que fue alcanzado en la noche del 24 al 25 octubre, hizo progresos sólo después de que el enemigo en el Matajur hubiera sido capturado.

Capítulo 13

Persecución a través de los ríos Tagliamento y Piave, 26 de octubre de 1917 a 1 de enero de 1918

I. Masseris – Campeglio – Río Torre – Río Tagliamento – Paso de Klautana

Mientras estábamos aún sobre el Matajur, el Leutnant Autenrieth llegó con la orden del batallón para trasladarse a Masseris que estaba a unos setecientos noventa metros por debajo de nosotros. El descenso fue duro y requirió las últimas reservas físicas de mis hombres muertos de cansancio. Llevamos con nosotros a los oficiales capturados del 2.º Regimiento de la Brigada Salerno, ya que resultaron ser intratables y reticentes a aceptar su nueva situación y no me atreví a enviarlos a Luico bajo una pequeña guardia a través de un terreno cubierto con miles de armas abandonadas.

Bajamos a lo largo de un estrecho sendero y llegamos a la encantadoramente situada aldea de Masseris en las primeras horas de la tarde sin habernos encontrado con el enemigo. Las compañías fueron distribuidas entre las escasas granjas, se tomaron las más elementales precauciones de seguridad, se hicieron esfuerzos por restablecer el contacto con las unidades del Batallón de Montaña de Württemberg, que habían seguido adelante marchando en la dirección de Pechinie, y después las cansadas tropas descansaron.

Invité a los oficiales capturados a una sencilla cena. Ninguna conversación chispeante agració la mesa y mis huéspedes apenas tocaron nuestras modestas viandas. Los caballeros estaban demasiado afectados por su destino y el de su orgulloso regimiento. Entendía su difícil situación completamente y no alargué la sobremesa.

Mi Destacamento se puso en camino hacia el valle Natisone mucho antes del alba. Las otras unidades del batallón habían avanzado hasta Cividale y nos llevaban una considerable ventaja. Mientras violentos combates tenían lugar en las alturas al oeste de Natisone, el Destacamento Rommel bajó por el valle hacia Cividale sin paradas ni comidas. Yo cabalgaba a la cabeza y, a mediodía, alcanzamos al Destacamento Gössler y la plana del Batallón de Montaña de Württemberg cerca de San Quarzo donde estaban enzarzados en combate con el enemigo, que aún ocupaba el Purgessino. El *Leutnant* Streicher y yo cruzamos cabalgando el campo de batalla. Alguna ráfaga aislada de fuego de ametralladora italiano apresuró nuestro paso. Encontré al *Major* Sprösser justo al este de San Quarzo. Mi Destacamento no fue empeñado en la acción.

La lucha en Purgessino terminó a las 14.00. Después de varias horas de descanso, el Destacamento Rommel entró alrededor de medianoche en Campeglio desde dónde las unidades restantes del Batallón de Montaña de Württemberg estaban reconociendo en dirección a Fadis y Ronchis.

La persecución fue reanudada en las primeras horas del 28 de octubre. Presionamos hacia el oeste. Una lluvia de proporciones torrenciales caía a chorros, calándonos hasta los huesos. Durante un tiempo los hombres se protegieron de ella con paraguas que aquellos tipos de recursos habían «encontrado» en algún sitio. Pronto, sin embargo, una autoridad superior vetó esta nueva adición a la lista de equipamiento básico. Continuamos marchando bajo la copiosa lluvia sin encontrarnos con el enemigo.

Por la tarde, retaguardias italianas bloquearon la carretera al otro lado del desbordado Río Torre cerca de Primulacco. A consecuencia de la intensa lluvia ininterrumpida, el habitualmente poco profundo arroyo se había convertido en una violenta corriente de seiscientos metros de ancho. El enemigo en frente disparaba sobre todo lo que se movía en la orilla este.

Bajamos hasta Primulacco, nos agenciamos ropas secas en un depósito de lavandería italiano, y nos fuimos a dormir. Los esfuerzos de los últimos días y noches nos habían desgastado grandemente. Una hora antes de medianoche llegó una orden del *Major* Sprösser: «El Destacamento Rommel, reforzado por una sección de artillería de montaña, debe, durante la noche o al menos antes del amanecer, forzar un cruce de la corriente».

¡Todos arriba! El destacamento trabajó febrilmente durante la última mitad de la noche. Mientras la sección de artillería disparaba varios obuses sobre la guarnición italiana en la orilla oeste, una pasarela, que cruzaba los numerosos ramales de la corriente, fue construida a partir de todos los vehículos que pudieron traerse. El enemigo no obstaculizó el trabajo demasiado. Parecía haberse retirado a continuación del impacto del primer obús sobre la orilla oeste. Cuando amaneció el día, el extremo de nuestro puente de circunstancias se había quedado a noventa metros justos de alcanzar la orilla oeste, y el enemigo se había retirado.

El *Leutnant* Grau fue el primero en pasar a caballo el último y muy rápido ramal de la corriente. Ya que la provisión de vehículos requisados era insuficiente para alcanzar la orilla oeste, una fuerte maroma fue extendida a través de la última sección. Los tiradores se agarraron a esta mientras vadeaban a través de la rápida corriente de montaña, que indudablemente hubiera arrastrado a un hombre sin ayuda. Mientras cruzaba, un prisionero italiano que transportaba un pesado botiquín a su espalda fue arrancado de la maroma por la fuerte corriente y, boca arriba, salió flotando corriente abajo. El hombre no sabía nadar. Además, la pesada mochila le arrastraba hacia el fondo. Sentí lástima por el pobre diablo. Espoleando mi caballo, galopé en pos del italiano, y conseguí ponerme cerca de él en la corriente. En su miedo mortal el italiano se aferró al estribo y el buen caballo nos llevó a ambos a salvo a tierra.

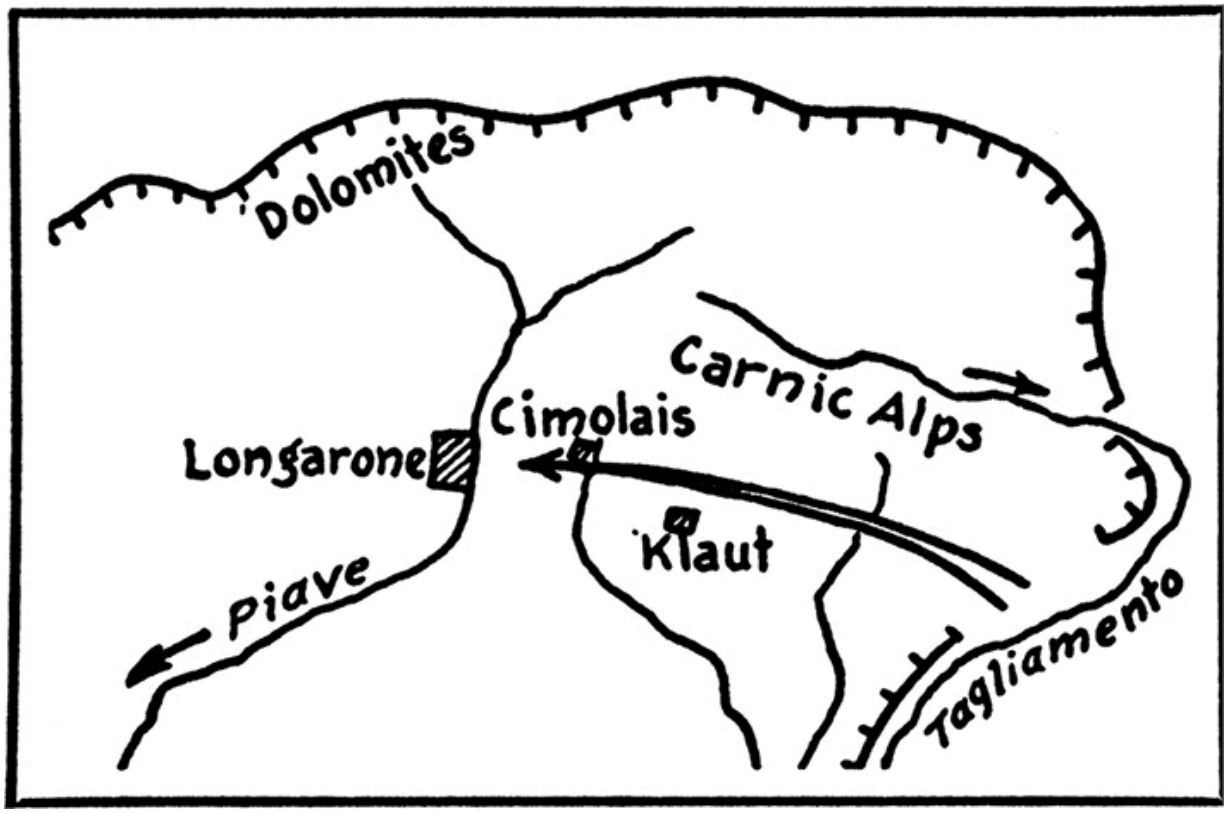
El Destacamento estaba al otro lado a unos quince minutos. Avanzamos por Rizzollo, donde la gente nos recibió muy cálidamente, y Tavagnaco hasta Feletto, donde nos unimos a las otras unidades del Batallón, que habían cruzado por el puente en Salt. Sin contacto con el enemigo, el batallón continuó hacia el Tagliamento al oeste y alcanzó Fagagna a última hora de la tarde. Mi plana y yo conseguimos buenos alojamientos. Los propietarios se habían marchado dejando atrás a los sirvientes de la casa. Comimos y dormimos.

El 30 de octubre, el batallón alcanzó el Tagliamento cerca de Dignano después de pasar a través de Cisterna. El puente local había sido destruido. Numerosas fuerzas enemigas ocupaban la orilla oeste de la ancha y crecida corriente y nuestros intentos de cruce fracasaron. Hacia el norte

encontramos las carreteras que se dirigían a través de St. Daniel hacia el puente en Pietro completamente bloqueadas con columnas y vehículos italianos de todo tipo. Allí, columnas tiradas por caballos, columnas de acémilas, y vehículos de refugiados estaban encajados entre columnas de camiones y artillería pesada. Los vehículos atestaban ambos lados de la carretera a lo largo de kilómetros y estaban tan enmarañados que ninguno podía avanzar o retroceder. Los soldados italianos ya no se veían por ningún lado. Habían buscado la seguridad en cualquier otro lugar. Los caballos y acémilas habían estado atrapados durante días, y estaban tan hambrientos que comían cualquier cosa a su alcance, incluidas mantas, lonas, y arneses de cuero.

Un avance nocturno del Destacamento Rommel planeado previamente a través de los campos hacia el puente en Pietro recibió desafortunadamente la contraorden de una autoridad superior. Lamentamos perdernos algo de animación y nos trasladamos a Dignano donde pasamos la noche.

Al día siguiente supimos que una unidad de la 12.ª División había sido mencionada en la orden del día del Ejército como autora de la captura de Monte Matajur. Esta cuestión fue pronto corregida en instancias más altas.



Croquis 56: Avance a través de los Alpes Cárnicos.

Durante los días subsiguientes, todos los intentos de cruzar el Tagliamento fallaron. No fue hasta la noche del 2 al 3 de noviembre de 1917 que el Batallón Redl del 4.º Regimiento de Infantería Bosnia tuvo éxito en establecer una cabeza de puente en la orilla oeste en las cercanías de Cornino. El 3 de noviembre el Batallón de Montaña de Württemberg fue destacado del Cuerpo Alpino Alemán y recibió la misión de penetrar a través de los Alpes Cárnicos, vía Meduno-Klaut, como vanguardia de la 22.ª Imperial y Real División de Infantería, y de alcanzar el curso superior del Piave cerca de Longarone tan pronto como fuera posible a fin de cortar el movimiento de las fuerzas italianas en los Dolomitas y evitar su retirada hacia el sur.

El Batallón de Montaña de Württemberg fue uno de los primeros en cruzar el Tagliamento por Cornino. Fuertes patrullas, sobre bicicletas plegables italianas, avanzaron sobre Meduno. Más allá de este punto, la vanguardia del Batallón de Montaña de Württemberg consiguió capturar 20

oficiales y 300 hombres cerca de Redona. Después perseguimos a las débiles retaguardias italianas bajando por un estrecho sendero a través de los feraces Alpes de Klautana surcados de fisuras de glaciares hacia el Paso de Klautana. Mi Destacamento marchaba con el cuerpo principal y el Destacamento Gössler formaba la vanguardia. Alcanzó Pecolat al caer la noche del 6 de noviembre.

Temprano el 7 de noviembre el Batallón de Montaña de Württemberg ascendió hacia el Paso de Klautana en su formación habitual. Las unidades que abrían la marcha de la vanguardia recibieron disparos desde las alturas cerca del paso que tenían una altitud de mil quinientos metros. También les causó molestias el fuego de artillería y ametralladora en la estrecha y serpenteante carretera entre Pecolat y el paso (una diferencia de elevación de novecientos diez metros). El fuego italiano pronto interceptó todo movimiento sobre la carretera y a través del rocoso terreno a ambos lados. El enemigo, bien atrincherado, estaba muy arriba en lo alto de paredes perpendiculares del Monte La Gialina (1634) y en el cerro noroeste de Monte Rosselan (2067). Estas dos posiciones estaban separadas unos dos mil metros y a ambos lados del paso. La posición parecía inexpugnable.

El *Major* Sprösser ordenó al Destacamento Rommel (1.ª, 2.ª y 3.ª Compañías y 1.ª Compañía de ametralladoras), que estaba con el grueso, que rodeasen al enemigo en el paso desplazándose hacia el sur vía Monte Rosselan. Incluso la ascensión Silisia arriba fue muy obstaculizada por el fuego de ametralladoras y artillería enemigas y nos vimos obligados a ir corriendo de roca en roca. Finalmente alcanzamos abrigo del fuego hostil en un valle lateral que llevaba hacia la Cota 942. Pero pronto varios cientos de metros de las altas, verticales y rocosas paredes del Monte Rosselan aparecieron frente a nosotros y cortaron cualquier ascenso posterior. Rodear al enemigo por el sur demostró ser imposible, dejando como alternativa un ataque frontal contra el paso.

Nos llevó horas ascender a través de las rocas y llegar hasta el enemigo al sur de la carretera del paso. Los capaces tiradores llevaban las ametralladoras pesadas sobre sus hombros a través de lugares por los que yo tenía problemas en transitar sin una mochila. No fue hasta justo antes de la caída de la noche que consiguió mi completamente agotado

Destacamento alcanzar las alturas cubiertas de nieve setecientos metros al sureste del paso y establecer contacto con las unidades del Destacamento Gössler que estaban situadas a la misma altitud unos cientos de metros al norte de la carretera del paso. Matas de pino enano ocultaban a mis hombres del enemigo, que ocupaba una posición semicircular en las alturas inmediatamente a nuestro frente.

Croquis 57: Ataque nocturno contra el Paso de Klautana.

Di a las agotadas tropas algún descanso y, con el *Leutnant* Streicher y algunas escuadras de exploradores examiné las posibilidades de un ataque nocturno por sorpresa contra el paso. La noche era oscura con un cielo encapotado. ¡Afortunadamente la nieve entre los bajos macizos de maleza ayudó algo! El crujido de la nieve bajo nuestros pies atrajo el fuego de los defensores aquí y allá lo que hizo posible determinar las disposiciones enemigas.

Conseguí localizar algunas posiciones de ametralladora idóneas a unos cien metros de la boca del paso propiamente dicha y algo por encima de esta última. Llevó varias horas de cuidadoso y duro trabajo preparar nuestros planes de apoyo de fuego para el ataque. Empleé la compañía de

ametralladoras completa. Al mismo tiempo las 1.ª y 3.ª Compañías se prepararon para atacar a unos trescientos metros del paso y bajo el apoyo de fuego de nuestras ametralladoras.

Todas las ametralladoras de la compañía de ametralladoras debían abrir fuego a medianoche y neutralizar al enemigo en la boca del paso durante dos minutos, y después trasladar su fuego sobre el enemigo a ambos lados de la boca. Las 1.ª y 3.ª Compañías debían avanzar por la derecha e izquierda del barranco que llevaba hacia el paso tan pronto como las ametralladoras pesadas abriesen fuego y tomar el paso con granadas de mano y la bayoneta.

Desafortunadamente, permanecí demasiado tiempo con las secciones de apoyo de fuego. Cuando sus armas abrieron fuego estaba aún sobre la ladera rocosa a unos cientos de metros de las dos compañías de asalto que, efectivamente, deberían de haber atacado por sí mismas, pero a las que quería acompañar. Corrí hacia ellas y, para mi asombro, encontré a las dos compañías detrás de su línea de partida. ¿Habían fallado los jefes, o habían sido las tropas? Los dos minutos de tiro en eficacia por la compañía de ametralladoras habían pasado. El movimiento de avance de las tropas de asalto ya no estaba sincronizado con el fuego de la compañía de ametralladoras y el enemigo en el paso ya no estaba neutralizado. No es de extrañar por tanto que el ataque fuera rechazado con pérdidas después de una dura lucha con granadas de mano. Después del infructuoso ataque, retiré a ambas compañías a la posición de partida.

Estaba muy enfadado por este fracaso del ataque nocturno. Era el primer ataque desde el inicio de la guerra en el que había fracasado. Horas de duro trabajo habían sido en vano. Una repetición del ataque durante la noche parecía condenada al fracaso y estaba más allá del aguante de mis tropas muertas de cansancio. Sus esfuerzos habían sido tales que necesitaban descanso y comida antes de volver a la acción y ninguno de esos lujos estaba disponible frente al enemigo a una altitud de mil trescientos setenta metros. También puse en duda lo aconsejable de concentrar grandes fuerzas cerca del paso a la luz del día. Por esas razones, rompí el contacto. La 5.ª Compañía proporcionó seguridad en el paso, como había hecho antes de nuestra llegada, y yo llevé a mis cuatro compañías de

vuelta al valle cerca de Pecolat. Por el camino informé del fracaso del ataque nocturno al *Major* Sprösser, cuyo puesto de mando estaba en una fisura en la roca a medio camino subiendo la pendiente.

Llegamos a Pecolat antes del alba y encontramos las pocas cabañas atestadas de tropas. Acampamos en campo raso. El destacamento de acemileros llegó y los cocineros pronto hicieron abundante café caliente que desde luego tuvo el efecto necesario. Rompió el día dos horas después y mientras el sol se alzaba sobre este estrecho valle, fui llamado al teléfono para recibir la siguiente orden:

«El paso de Klautana ha sido abandonado por el enemigo. El Destacamento Rommel marcha sin demora y se une al Destacamento Gössler. El Batallón les sigue por Klaut».

Poco después del amanecer, escuadras de exploración de la 5.ª Compañía habían encontrado el paso vacío de todo elemento hostil. La alegría de ver al enemigo cediendo una posición tan magnífica sin un combate nos dio nuevas fuerzas. El Destacamento Rommel estaba al poco en camino. Después de unas pocas horas en la carretera, alcanzamos el paso, esta vez subiendo por la carretera, y pudimos juzgar el buen efecto del fuego de la 1.ª Compañía de ametralladoras sobre la posición enemiga en el paso. Una de las ametralladoras había tenido evidentemente bajo su fuego una porción de la carretera justo al oeste del paso a lo largo de una franja de varios cientos de metros y había infligido numerosas bajas. Vendajes ensangrentados a ambos lados del camino daban elocuente testimonio a ese respecto.

Observaciones: El ataque nocturno del Destacamento Rommel sobre el paso de Klautana falló porque el fuego combinado de la compañía de ametralladoras y el avance de las compañías de asalto no estuvieron sincronizados.

II. Persecución hasta Cimolais

La naturalidad con la que los tiradores de montaña llevaban sus pesadas cargas era asombrosa. Sin descansos dignos de ese nombre habían estado en marcha o en combate durante veintiocho horas consecutivas. Dos veces en ese tiempo habían ascendido el Paso Klautana, una diferencia de altitud total de unos mil ochocientos metros. Nos movíamos cuesta abajo con un paso suelto. El Destacamento Gössler, como vanguardia, nos llevaba una considerable ventaja; les dimos alcance al mediodía en la aldea de Klaut y seguimos adelante. El Destacamento Gössler topó con el enemigo cerca del Il Porto y atacó. No se desarrolló una batalla seria porque el enemigo se retiró hacia el norte. Mientras el Destacamento Gössler (5.ª Compañía, 3.ª Compañía de ametralladoras) se movía hacia IL Porto, el Destacamento Rommel (1.ª, 2.ª y 3.ª Compañías, 1.ª Compañía de ametralladoras) dejó St. Gottardo como apoyo de vanguardia para el Batallón de Montaña de Württemberg que había sido reforzado por el 1.er Batallón del 26.ª Imperial y Real Regimiento de Fusileros y continuaba avanzando sobre Cimolais.

El Destacamento Rommel se desplegó entonces en persecución del enemigo que se estaba retirando a lo largo del extremo oeste del valle que llevaba hacia Cimolais. Este valle, con paredes de roca cortadas a pico que ascendían imponentes hasta unos dos mil metros a ambos lados, se estrechaba apreciablemente a medida que nos aproximábamos al pueblo. El terreno cubierto de tupida maleza a ambos lados de la carretera ocultaba nuestros movimientos al enemigo. Unos pocos ciclistas bajo el *Leutnant* Schöffel, y tantos de la plana como iban montados, actuaban como una especie de línea de seguridad por delante de las compañías desplegadas.

Estaba oscureciendo cuando alcanzamos la orilla este del Torrente Celina justo al este de Cimolais. El lecho arenoso, de varios cientos de metros de ancho, estaba casi seco. El enemigo aparentaba haber continuado en dirección a Longarone ya que Cimolais parecía estar desocupado. Con los ciclistas crucé el Celina en orden abierto. No se escuchó ni un disparo. Siendo esto así, el *Leutnant* Streicher y yo entramos cabalgando en Cimolais. El alcalde nos recibió con extremada cortesía. Dijo que todo había sido preparado para las tropas alemanas y que quería darme la llave

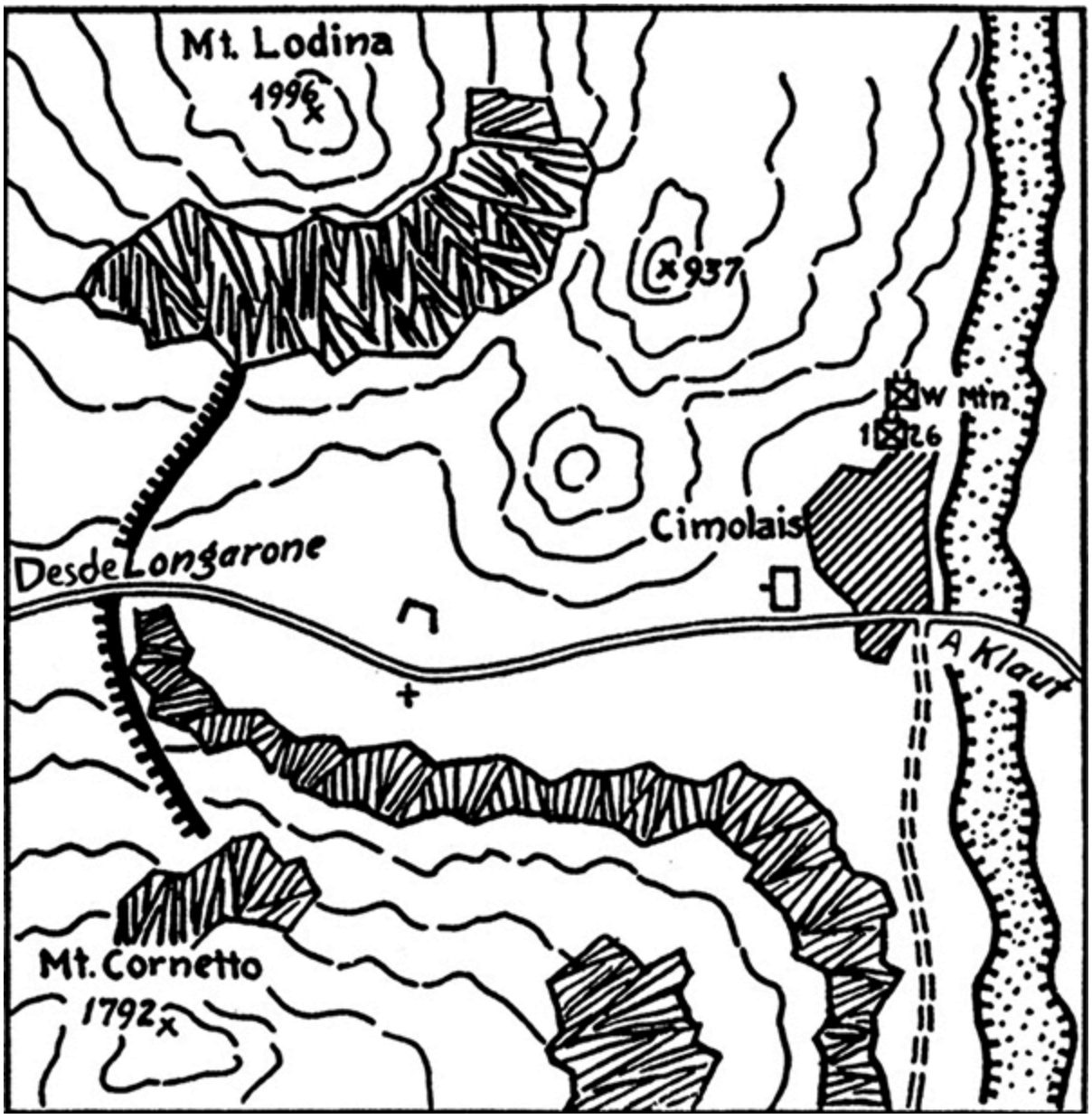
del ayuntamiento. ¿Hasta dónde podíamos fiarnos de todo aquello? ¿No habría, quizás, el enemigo preparado una astuta emboscada?

Hice que los ciclistas avanzasen alguna distancia más hacia el oeste siguiendo la carretera que llevaba a Longarone por seguridad. El cansado Destacamento Rommel se instaló y tomó alojamiento provisional en la parte sur de la ciudad. Aseguró la carretera hacia Longarone y el camino hacia el circo Fornace. Nuestros alojamientos eran buenos y abundante la comida. Después de las enormes proezas del Destacamento Rommel, treinta y dos horas ininterrumpidamente en combate o marchando sin descansos adecuados, unas pocas horas de sueño tenían que bastar para volver a poner a los tiradores en condiciones para nuevas batallas. Nadie podía saber que teníamos por delante nueve kilómetros y medio más hacia el valle del Piave.

La plana del Batallón de Montaña de Württemberg, la compañía de transmisiones, el Destacamento Schiellein (4.ª, 6.ª Compañías, 2.ª Compañía de ametralladoras), y el 1.er Batallón del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros, se instalaron en la parte norte de Cimolais. Este último proporcionó seguridad hacia el norte, la noche había caído. Los ciclistas del Destacamento Rommel bajo el *Leutnant* Schöffel informaron que el enemigo estaba en posición, atrincherándose sobre las vertientes del Monte Lodina (1996) y Monte Cornetto (1793). Este informe fue transmitido al batallón.

En la orden del batallón que llegó hacia medianoche se leía en parte:

«Mientras la 3.ª Compañía ataca al enemigo al oeste de Cimolais en la mañana del 9 de noviembre, desde el borde oeste de Cimolais, el Destacamento Rommel (1.ª, 2.ª Compañías, 1.ª Compañía de ametralladoras) rodea las posiciones enemigas al oeste de Cimolais vía Monte Lodina haciendo el ascenso antes del amanecer; envolvimientos similares a cargo del Destacamento Schiellein (4.ª, 6.ª Compañías, 2.ª Compañía de ametralladoras) vía Monte Cornetto (1792), Monte Certen (1882), Erto, y por el Destacamento Gössler (5.ª Compañía, 3.ª Compañía de ametralladoras) vía Cotas 994 y 1483 y Erto».



Croquis 58: La situación alrededor de Cimolais.

Un ascenso de noche por rocosas montañas escabrosas e intransitables, de dos mil metros de alto (una diferencia de altitud de mil quinientos metros) se me antojaba imposible a la vista del completo agotamiento de mis hombres. Poco después de medianoche fui a ver al *Major* Sprösser y le pedí que cambiase las órdenes. Sugerí atacar al enemigo al oeste de Cimolais frontalmente con mi Destacamento entero. El *Major* Sprösser cambió a regañadientes la orden de modo que sólo una compañía del

Destacamento Rommel tuviera que ejecutar el envolvimiento vía Monte Lodina, mientras las otras compañías quedaban a mi disposición para el ataque frontal.

III. Ataque contra las posiciones italianas al oeste de Cimolais

Tres horas antes del amanecer, la 2.ª Compañía bajo el Leutnant Payer, guiados por un nativo, se puso en marcha vía Monte Lodina para envolver la posición enemiga hacia el norte. A las 5.00, el Leutnant Schöffel había determinado que el enemigo al oeste de Cimolais estaba completamente tranquilo. Asumió que, como el día anterior, la posición había sido abandonada.

Acto seguido me preparé para el combate y ordené a los jefes montados de las compañías ir hacia el extremo meridional de Cimolais. Yo salí cabalgando con mis vanguardias ciclistas para determinar si el enemigo efectivamente se había retirado y para reconocer el terreno de ataque delante de las posiciones hostiles a ambos lados de la carretera del paso. Empezaban las primeras luces justo cuando salíamos trotando por la salida sur de Cimolais. La carretera ascendía suavemente hacia la montaña y los ciclistas estaban a entre cincuenta y cien metros por delante de nosotros.

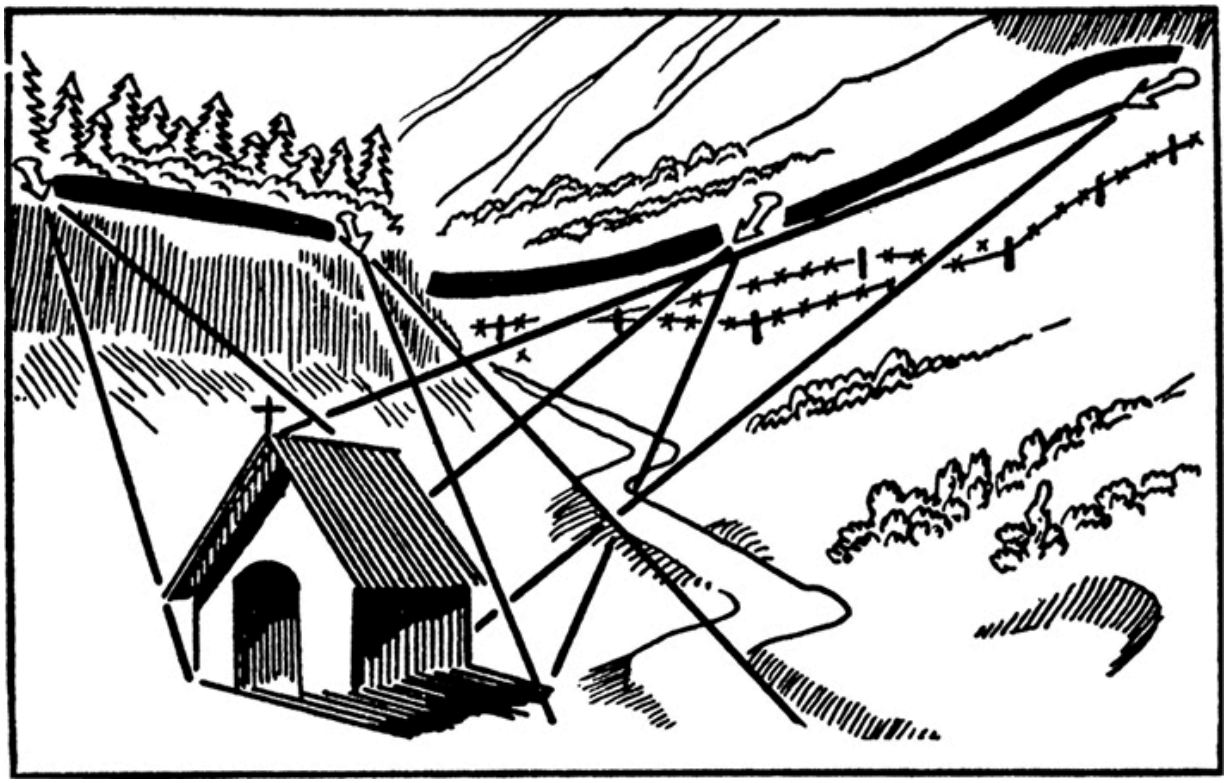
Cuando alcanzamos la ermita de La Crossett, 150 metros al oeste de Cimolais, las laderas frente a nosotros empezaron a relampaguear. Fuego de ametralladora y fusil golpearon la carretera y pasó silbando junto a nuestros oídos. En unos pocos segundos los ciclistas habían desmontado de sus bicicletas y los jinetes de sus caballos, que salieron galopando de vuelta hacia Cimolais. Pronto la plana de reconocimiento completa se reunió en la ermita de La Crossett. Nadie estaba herido. Las paredes de la pequeña ermita nos protegían del vivo fuego ahora concentrado contra nuestro refugio. Pronto la pizarra del techo empezó a astillarse bajo el fuego italiano de ametralladora y los fragmentos caían dentro en cascada. El enemigo tenía una visión mejor de su blanco a cada minuto que pasaba y su posición más cercana estaba a apenas unos doscientos metros de distancia. Un

proyectil de artillería enemigo hubiera sido suficiente para enviarnos a todos al más allá. Tal destino era una certeza si nos quedábamos allí.

Cuando el fuego de fusil y ametralladora amainó un poco, decidí la secuencia en la que correríamos de vuelta individualmente de cobertura en cobertura hacia Cimolais. El *Unteroffizier* Brückner fue primero y yo le seguí. A buen seguro, el enemigo tiró abundantemente sobre cada uno de nosotros, pero dado que corríamos en diferentes direcciones y nunca dejábamos un abrigo por el mismo punto por el que habíamos entrado, todos conseguimos con éxito regresar a Cimolais ilesos. Sólo unos pocos caballos fueron heridos en el viaje de exploración. Todos nosotros hubiéramos muerto de habernos permitido los italianos continuar otros cien metros más.

El día había amanecido. Durante el ataque, la escuadra de observación de la plana del Destacamento bajo el *Vizefeldwebel* Dobelmann había determinado la extensión de las posiciones enemigas al oeste de Cimolais con el anteojo de observación del Destacamento (una lente de 40 aumentos capturada en el incidente del Tagliamento). Los fogonazos de las descargas entre el crepúsculo matutino habían facilitado su reconocimiento. Dobelmann me llevó hasta la torre de la iglesia de Cimolais y me mostró al enemigo que estaba con unos efectivos aproximados de un batallón, bien atrincherado a ambos lados de la carretera Cimolais-Erto en posiciones fortificadas y bien organizadas, colindantes con las paredes de roca vertical de Monte Lodina, alrededor de ochocientos metros al noroeste de Cimolais. La posición discurría a lo largo de un empinado canchal hasta que cruzaba la carretera principal a seiscientos metros al oeste de Cimolais. Al sur el camino discurría a lo largo de un cerro de roca que caía abruptamente hacia el este. Las posiciones organizadas y conectadas terminaban 150 metros al sur de la carretera. Desde allí, la ladera nordeste de Monte Cornetto estaba ocupada por una línea de guerrilla enemiga de los efectivos aproximados de una compañía y unas pocas ametralladoras. El fusilero enemigo más hacia la izquierda estaba a unos seiscientos metros por encima del fondo del valle. Los tiradores individuales estaban hábilmente atrincherados afrontados hacia Cimolais, pero el subsuelo rocoso impedía la organización de posiciones profundas. Sus posiciones consistían principalmente en rocas y

piedras apiladas alrededor. Las posiciones hostiles en la ladera del Monte Lodina y a ambos lados de la carretera estaban protegidas por alambradas. Las posiciones sobre la ladera de Monte Cornetto no necesitaban tal protección, porque las paredes verticales de roca o las torrenteras rocosas empinadas como un tejado hacían la aproximación casi imposible.

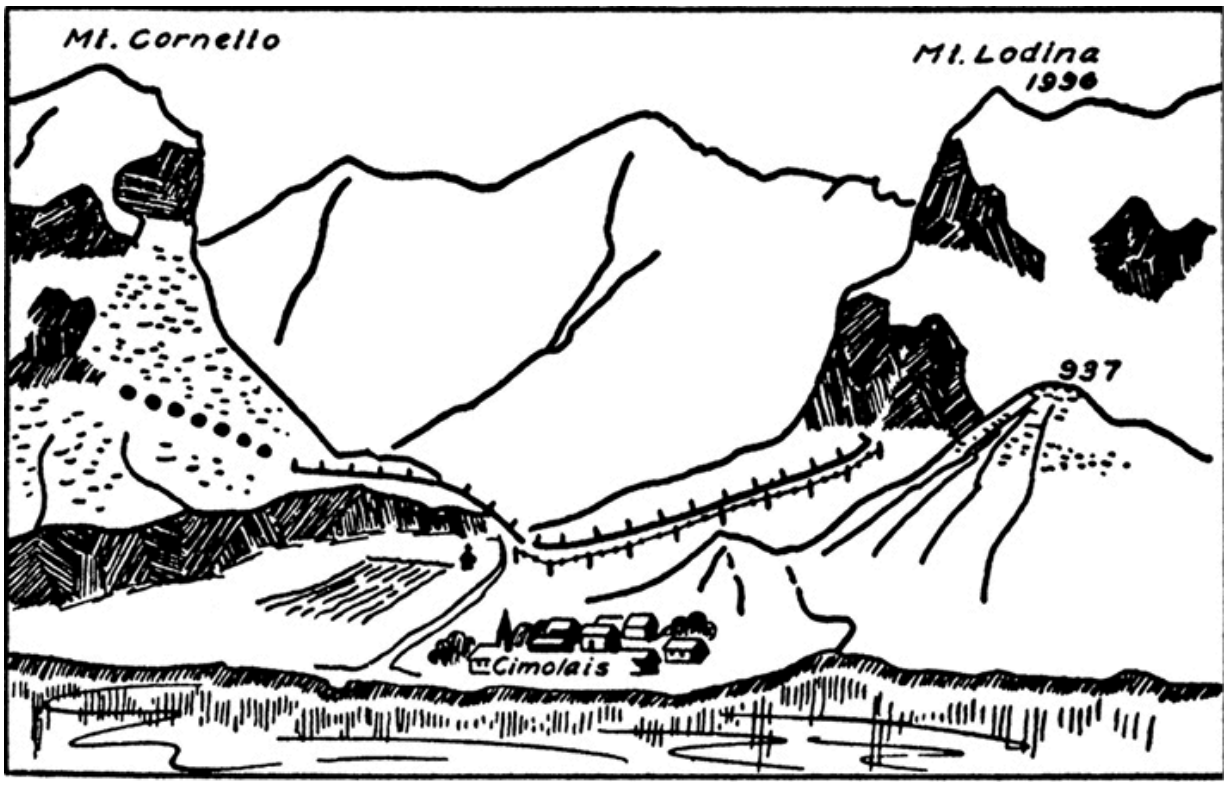


Croquis 59: El ataque por sorpresa con ametralladoras contra la plana de reconocimiento.

Durante la noche me había comprometido ante el *Major* Sprösser a tomar aquellas posiciones con un ataque frontal. ¿Podría mantener mi promesa? Había imaginado que la tarea sería considerablemente más fácil. Ahora era necesario hacer un esfuerzo bajo estas difíciles condiciones. Un ataque frontal sobre un frente amplio y a ambos lados de la carretera sólo podía hacerse contra las posiciones protegidas con alambre de Monte Lodina. Estaba expuesto a tiro de flanco desde Monte Cornetto. Desde luego era posible que este efecto pudiera ser parcialmente contrarrestado instalando algunas ametralladoras en las alturas dominantes de una estribación de Monte Lodina a ochocientos metros al norte de Cimolais, que

el enemigo no había incluido en su posición, pero las posibilidades de un adecuado apoyo de fuego para el ataque contra las posiciones alambradas no parecían demasiado brillantes. Un avance contra las posiciones de Monte Cornetto parecía carente de esperanza. Una avalancha de piedras provocada por los defensores sería suficiente para detener un ataque sin tener que recurrir al fuego de flanco desde la posición de Monte Lodina. La luz del día acababa con la posibilidad de un envolvimiento de las posiciones enemigas vía Monte Lodina, mientras que un intento similar vía Monte Cornetto no ofrecía ningún posibilidad de éxito. La vertiente este de la montaña consistía en paredes de roca verticales que probablemente nadie había escalado jamás.

No había señales de la 2.ª Compañía, que había escalado el Monte Lodina durante la noche, y supuse que se habría desplazado hacia el norte y no estaría lista para atacar hasta la noche. También calculé que las unidades de flanqueo de Schiellein y Gössler no serían capaces de atacar antes de ese momento.



Croquis 60: Posiciones al oeste de Cimolais. Vista desde el este.

La única localización desde la que podían lanzarse fuegos de apoyo adecuados contra las posiciones enemigas al oeste de Cimolais era una pequeña colina a ochocientos metros al norte del pueblo. Ésta era una estribación de Monte Lodina, mil metros de alta, cuya cumbre estaba cubierta de maleza baja. Habiendo inspeccionado meticulosamente el terreno de ataque con el catalejo desde la torre de la iglesia de Cimolais, tomé la siguiente decisión: Atacar a la guarnición en Monte Cornetto con el fuego combinado de varias ametralladoras ligeras desde posiciones dominantes en la colina a ochocientos metros al norte de Cimolais, neutralizar a la guarnición, y después atacar subiendo por el valle por la carretera.

Durante las horas siguientes, ocultas a la observación del enemigo, desplacé las ametralladoras ligeras de la 1.ª Compañía bajo el mando del *Leutnant* Triebig a posiciones entre los arbustos sobre la loma a ochocientos metros al norte de Cimolais. Después reuní a los servidores e impartí mis instrucciones. Las unidades restantes del Destacamento (el resto de la 1.ª Compañía, 3.ª Compañía, 1.ª Compañía de ametralladoras) se concentraron en las contrapendientes justo al noroeste de Cimolais y las unidades individuales recibieron sus misiones. Por el momento nadie fue empeñado en combate. El puesto de mando estaba cerca de la 1.ª Compañía de ametralladoras; la escuadra de transmisiones estableció conexiones telefónicas con el destacamento de ametralladoras ligeras, así como con las 1.ª y 3.ª Compañías.

Durante estos preparativos, cuatro obuses de montaña y varias ametralladoras del 1.er Batallón del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros abrieron fuego sobre la posición italiana en el paso desde las inmediaciones de la iglesia de Cimolais sin haber establecido previamente contacto con el Destacamento Rommel o haber hecho ningún tipo de planes conjuntos. Dado que este fuego independiente no encajaba en mis planes, fui en persona al puesto de mando del *Major* Sprösser en Cimolais e hice que cesaran el fuego.

A las 9.00 ordené al escalón de fuego de la 1.ª Compañía que abriese fuego. Siguiendo las órdenes, el fuego de nuestras cuatro ametralladoras ligeras cubrió a los fusileros enemigos más a la izquierda sobre la ladera del

Cornetto, mientras dos ametralladoras ligeras neutralizaban al resto de la guarnición de Cornetto. Naturalmente, la distancia era excesiva para las ametralladoras ligeras (más de mil trescientos metros), pero el efecto fue excelente. Lo observamos desde varias posiciones con el catalejo. Efectivamente, en el flanco sureste los fusileros italianos, expuestos al fuego desde posiciones dominantes, no fueron alcanzados, pero estaban cubiertos de tal manera por el fuego que pronto abandonaron sus trincheras de escaramuza y buscaron refugio en la hasta entonces no amenazada zona de sus vecinos a la izquierda. El fuego de ametralladora ligera de las tropas de montaña les siguió, y pronto se pusieron demasiado calientes las cosas para los soldados italianos incluso en sus nuevos agujeros. Se movieron rápidamente hacia la posición organizada al sur de la carretera del paso con la esperanza de encontrar refugio allí contra nuestro fuego.

Al principio sólo unos pocos italianos se movieron, pero una sección entera estaba pronto de camino. Aquello era lo que yo había estado esperando. La 1.ª Compañía de ametralladoras recibió la orden de unirse al combate desde la colina justo al oeste de Cimolais. Hasta aquel momento habíamos sido incapaces de ocupar aquella posición debido a lo expuesta que estaba al fuego desde Cornetto. La guarnición de Cornetto había sido obligada a retirarse. Cuando las primeras ametralladoras pesadas sumaron su voz, una turba de italianos (al menos una compañía) en el Cornetto, a setecientos metros de distancia, salieron corriendo presas del pánico hacia el extremo sur de las posiciones preparadas en el despeñadero a 150 metros al sur de la carretera del paso. La efectividad de nuestras armas aumentó considerablemente. Una ametralladora pesada tras otra se unieron a la refriega. Además teníamos el fuego de las seis ametralladoras ligeras desde posiciones muy bien situadas. Allá a lo lejos los hombres salían en estampida hacia la estrecha trinchera. Quedó pronto abarrotada de soldados y ofrecía poca protección contra el fuego de nuestras ametralladoras ligeras que estaban ejecutando un tiro fijante[29] de lo más efectivo.

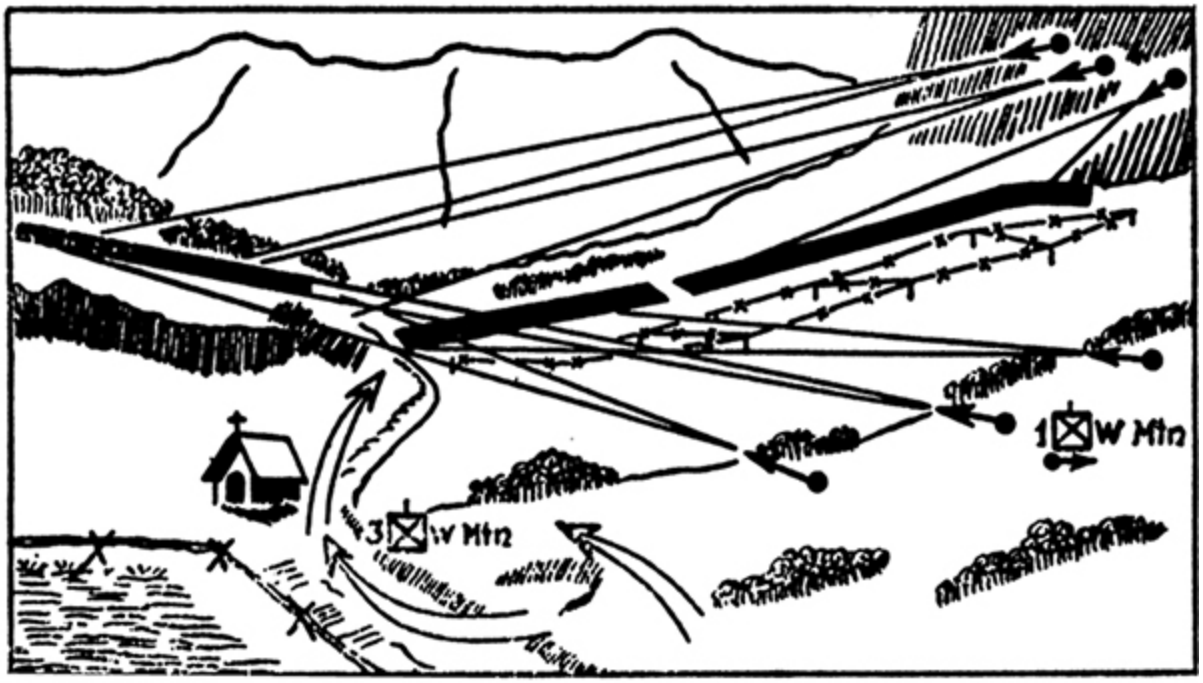
A la 3.ª Compañía se le ordenó atacar a ambos lados de la carretera. No tenía nada que temer de la vertiente Cornetto, y la compañía de ametralladoras estaba neutralizando a las restantes posiciones italianas. Las ametralladoras hicieron su trabajo. Mientras la 3.ª Compañía se abría paso

adelante profundamente escalonada, cubierta contra el fuego de la guarnición italiana en la vertiente Lodina, las armas automáticas desde el frente y arriba tenían cubiertas las posiciones hostiles al sur de la carretera, que estaban llenas de hombres. Neutralizaron al enemigo al norte de la carretera y lo distrajeron. Las posiciones italianas al sur de la carretera empezaron a vaciarse. El movimiento era hacia retaguardia. El enemigo tenía dificultad en escapar a través de la espesa red de fuego de ametralladora alemán tendida a un alcance de quinientos metros. La mayoría de los enemigos que huían fueron segados en unos pocos minutos. Yo tenía la dirección del tiro bajo completo control ya que estaba con la compañía de ametralladoras, y tenía una línea de teléfono hasta el destacamento de fuego de ametralladoras ligeras pendiente arriba a retaguardia.

La 3.ª Compañía alcanzó las alambradas enemigas y se abrió violentamente camino hacia las posiciones del paso, magníficamente apoyados por las ametralladoras pesadas y ligeras. ¡Habíamos ganado!

Ordené a la unidad del escalón de fuego que continuase disparando. Con todo lo demás me dirigí rápidamente al interior de la posición del paso capturada usando la misma ruta que la 3.ª Compañía. La guarnición hostil en la vertiente Lodina aún resistía. Se hizo un informe para el batallón referente al exitoso ataque, y al mismo tiempo ciclistas, enlaces montados y caballos recibieron la orden de adelantarse. Cuando llegué a la posición del paso capturada, la guarnición Lodina, de dos oficiales y doscientos hombres, también había depuesto las armas. Particularmente grato fue el bajo número de nuestras pérdidas; solo se dio parte de heridas menores. No había esperado que pudiéramos tomar la posición enemiga a tan bajo precio.

Elementos de la guarnición hostil huyeron hacia el oeste. Mi siguiente trabajo era continuar y darles alcance y capturar el valle del Piave tan pronto como fuera posible.



Croquis 61: El ataque de ametralladoras contra la guarnición de Cornetto.

Observaciones: Nos hubiéramos ahorrado el ataque por el fuego del enemigo sobre la plana de reconocimiento si el reconocimiento de combate contra el enemigo al oeste de Cimolais hubiera sido más meticuloso durante la noche del 8 al 9 de noviembre.

Por otro lado, su ataque por el fuego nos permitió determinar su situación exacta. Especialmente hábil fue la utilización del ataque por el fuego por parte del observador independiente del Destacamento, el *Vizefeldwebel* Dobelmann, para localizar las posiciones enemigas.

Desde un punto de vista técnico el ataque en Cimolais fue un dolor de cabeza hasta que se dio con la solución precisa. En ésta entró en juego el efecto psicológico del fuego de ametralladora ligera incluso a grandes distancias. Los primeros soldados italianos en dejar Monte Cornetto contagiaron el pánico entre sus compañeros.

La cooperación de las armas en el ataque contra el enemigo al oeste de Cimolais fue magistral. Se concentró un fuego muy potente en el punto de

ruptura justo antes de que la 3.ª Compañía atacase. La bien preparada red telefónica hizo posible el estrecho control del ataque.

IV. Persecución a través del Erto y la garganta de Vajont

No tuvimos tiempo para reorganizarnos, ya que aflojar la presión sobre el enemigo en desbandada, incluso por unos pocos minutos, podría haber dado a sus mandos una oportunidad de reestablecer el control. Envié todo aquello a lo que pude echarle la mano en su persecución. Las unidades de retaguardia y escalones de fuego recibieron la orden de subir por la carretera a máxima velocidad.

Fuego de ametralladora desde las laderas del Monte Lodina, a trescientos metros al oeste de las posiciones capturadas, ralentizó nuestra persecución. Este fuego provenía de elementos de nuestra 2.ª Compañía que, debido a la considerable altura a la que se encontraban, eran incapaces de distinguir amigo de enemigo y nos creyeron italianos. No teníamos protección contra su fuego y los siguientes minutos fueron de lo más desagradable. Afortunadamente se dieron cuenta de su error y trasladaron su fuego. Durante este interludio perdimos contacto con el enemigo y tuvimos que acelerar y recuperar el tiempo perdido, ya que no queríamos más retrasos antes de llegar a Longarone. El *Leutnant* Streicher y yo alcanzamos St. Martino a las 10.10 con las unidades de vanguardia de la 3.ª Compañía. Al mismo tiempo los ciclistas y enlaces montados llegaron con los caballos de la plana desde Cimolais.

El camino describía una amplia curva hacia el norte y desembocaba a ochocientos metros al oeste de St. Martino en la aldea de Erto-e-Casso. Las montañas se extendían a ambos lados y pequeñas columnas de italianos formados iban bajando a gran velocidad la carretera a quinientos cincuenta metros por delante de nosotros. Emplacé rápidamente una ametralladora ligera para dar fuego de apoyo pero ordené que disparase sólo en caso de que nos metiésemos en una pelea. Perseguimos al enemigo carretera abajo. A caballo y sobre ruedas pronto dimos alcance a los italianos que huían más cercanos. No se produjo ningún tiroteo. Un grito para que se rindiesen, un

gesto para desarmarse, y una indicación de la dirección de marcha que los prisioneros debían tomar fue suficiente. Alcanzamos y atravesamos Erto al galope. Había acémilas que permanecían apersogadas en la calle pero no hubo disparos. Aquéllos a los que alcanzábamos se rendían sin resistencia.

Al frente con la cabeza de la columna, la persecución parecía una carrera entre caballo y bicicleta; más atrás parecía la cola de un tren de impedimenta del ejército. Resoplando, los tiradores transportaban sus ametralladoras ligeras y pesadas. El Destacamento Rommel estaba disperso a lo largo de varios kilómetros. Todos y cada uno de los tiradores se daba cuenta de que era una cuestión de perseguir hasta dar caza al enemigo y que el éxito dependía de la velocidad.

El valle se estrechaba una vez que dejamos Erto y la carretera caía hacia la garganta de Vajont. Cuatro kilómetros nos separaban aún de nuestro objetivo —el valle del Piave— y la parte más difícil del terreno, a saber: la garganta de Vajont, aún la teníamos por delante. Tenía tres kilómetros de largo y era extraordinariamente angosta y profunda. Inicialmente la carretera, abierta con explosivos en paredes verticales que tenían entre ciento veinte y ciento ochenta metros de altura, corría paralela a la pared norte. Un puente de 40 metros cruzaba por el medio de la garganta ciento cincuenta metros por encima del rugiente arroyo de montaña. A partir de este puente la carretera corría paralela al lado sur de la garganta. Numerosas gargantas laterales eran también salvadas por puentes y había varios largos túneles a lo largo de la carretera propiamente dicha. Una bien situada carga de demolición hubiera bastado para bloquear la carretera a Longarone durante días. Por descontado, una ametralladora situada a la entrada de un túnel nos hubiera contenido durante un buen rato. Todo esto era evidente mirando el mapa, pero yo no tuve tiempo para estudiarlo cuidadosamente.

Después de dejar atrás Erto, la cuesta abajo dio a los ciclistas una considerable ventaja sobre los jinetes. En una curva de la carretera alcanzaron a más italianos, después desaparecieron de nuestra vista. Poco después de aquello se oyeron disparos. Más adelante vimos a un automóvil italiano rodando hacia el oeste. Espoleamos a los caballos colina abajo tan rápido como podían ir, y pasamos corriendo por el primer túnel oscuro como boca de lobo solo para ser casi lanzados de nuestras monturas por una

terrible explosión cien metros delante de nosotros. Nos abrimos paso a tientas por el oscuro túnel, que luego resultó estar lleno de italianos, hacia la salida. ¡Cincuenta metros más allá vimos los resultados de la explosión! Una profunda sima se abría ante nosotros. El enemigo había conseguido volar con éxito un puente que se extendía sobre una cañada lateral de la garganta de Vajont.

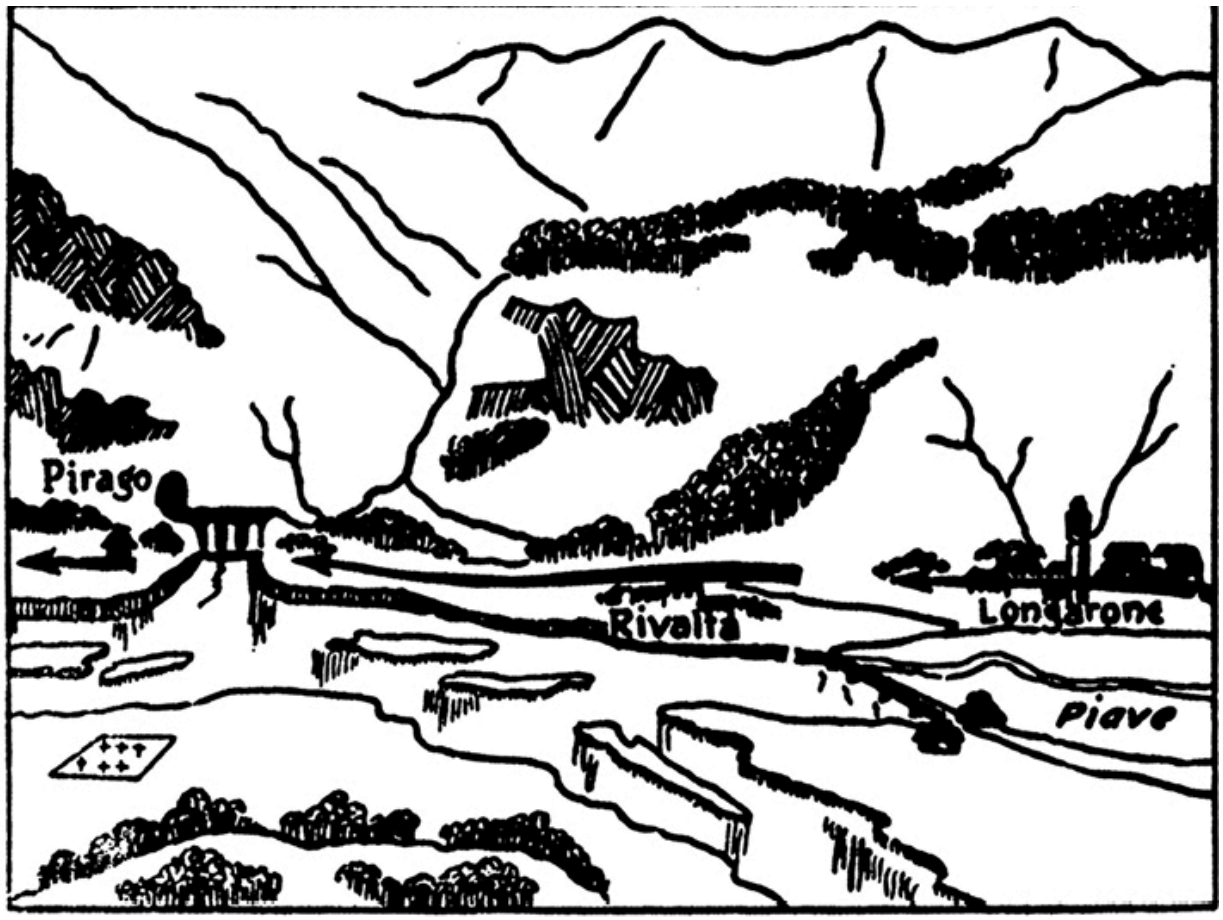
¿Dónde estaban mis ciclistas? El ruido de combate más hacia el oeste respondió a mi pregunta. Desmontamos y ordené al enlace montado Wörn que mandase continuar a todas las unidades del Destacamento tan pronto como apareciesen. Después bajamos trepando por la derecha a la cañada lateral, a través de las ruinas del puente volado, y subimos de vuelta a la carretera de nuevo por el otro lado. Avanzamos a la carrera hasta el lugar donde seguían sonando los disparos.

Encontramos a los ciclistas detrás de una garita en el extremo norte del puente que cruzaba la garganta Vajont con un único arco. Estaban disparando sobre los ocupantes de un camión italiano que acababa de meterse en el túnel al otro lado del puente. A todas luces se trataba de un equipo de demolición dejado atrás para volar todos los puentes y túneles que habían sido previamente preparados para su demolición. Los ciclistas me contaron que habían cruzado el otro puente justo unos pocos segundos antes de la explosión, y que el *Unteroffizier* Fischer había salido volando con el puente al intentar arrancar la mecha humeante de la carga explosiva.

Ahora otro puente se extendía ante nosotros. Éste tenía 40 metros de largo y colgaba a ciento cincuenta metros por encima de la rugiente corriente. Se decía que era el puente más alto de Italia. En ambos extremos del puente, las cargas explosivas embutidas en profundos agujeros cuadrados abiertos en el centro de la calzada eran claramente visibles. ¿Habían sido encendidas las mechas? El enemigo había cesado de disparar y ya no se le veía en la boca del túnel. Tenía toda la pinta de una retirada. Si el puente volaba delante de nuestras narices, pasarían días antes de que alcanzásemos el valle del Piave, que estaba tan cerca. Se imponían medidas decisivas.

Di la siguiente orden al *Unteroffizier* Brückner de la 2.ª Compañía, del que sabía que era un soldado especialmente osado y fiable: «Tome un

hacha, cruce el puente corriendo y corte todos los cables que vayan hacia el puente desde ese lado. Tan pronto como esto esté hecho, todos nosotros le seguiremos en formación cerrada y arrancaremos las mechas por el camino».



Croquis 62: El río Piave cerca de Longarone.

Cierto número de cables colgantes iban hasta el puente y yo me temía que los italianos pudieran usar un detonador eléctrico. El magnífico *Unteroffizier* Brückner cumplió su misión, y cuando el último cable se rompía yo me lancé a toda velocidad con los ciclistas, arrancando de cuajo las mechas al pasar. Fue de este modo que nos adueñamos del puente intacto.

Seguimos adelante con la mayor premura hacia el valle del Piave. Teníamos que evitar que la escuadra de dinamiteros enemiga llevase a cabo su trabajo en los cuellos de botella a lo largo de la carretera. El *Unteroffizier*

Brückner fue enviado por delante con unos pocos ciclistas. El Destacamento a nuestra espalda recibió orden de incrementar su ritmo de marcha hasta el máximo absoluto. Después de atravesar varios túneles, la carretera empezaba a descender hacia la salida de la garganta. La pared vertical de roca, en la cual se había excavado con explosivos la carretera, alcanzaba una altura de cuatrocientos sesenta metros. La escuadra de Brückner no estaba disparando y supuse que había alcanzado la boca de la garganta.

A las 11.00 alcancé la salida de la garganta con algunos ciclistas y tiradores de la 3.ª Compañía y de la plana del Destacamento. En total, diez mosquetones. Estábamos a cosa de un kilómetro de Longarone. Era una vista hermosa. El valle del Piave se desplegaba ante nosotros bajo la radiante luz del sol de mediodía. Ciento cincuenta metros a nuestros pies la brillante corriente verde de montaña discurría por los varios ramales de su amplio lecho. Al otro lado estaba Longarone, un pueblo largo y estrecho; detrás de éste, majestuosos peñascos de mil ochocientos metros salían disparados hacia los cielos. El automóvil del equipo de demolición italiano estaba cruzando el puente del Piave. Una interminable larga columna de todas las armas iba marchando por la carretera principal del valle en la orilla oeste. Venía de los Dolomitas al norte y se dirigía hacia el sur a través de Longarone. Longarone y su estación de ferrocarril, así como Rivalta, estaban atestadas de tropas y columnas detenidas.

V. La lucha en Longarone

La situación en la que nos encontrábamos no se presentó a muchos soldados durante la Primera Guerra Mundial. Miles de enemigos, retirándose de una manera ordenada por un estrecho valle embutido a derecha e izquierda por montañas inescalables de dos mil metros de alto, completamente ignorantes del peligro que amenazaba su flanco.

Los corazones de los tiradores de montaña saltaban de gozo. Aquellas fuerzas italianas no debían retirarse más allá, eso estaba claro. Puse rápidamente mis diez tiradores armados con mosquetón entre tupidos

grupos de arbustos a cien metros al sur de la carretera, y procedimos a abrir fuego contra las columnas sobre la carretera Rivalta-Pirago a un alcance de alrededor de mil trescientos metros. Concentramos nuestro fuego en un lugar donde escapar era imposible para el enemigo; ¡a la derecha, la pared de roca; a la izquierda el Piave! Los elementos de cabeza de la 3.ª Compañía comenzaron a llegar sin aliento a la boca del paso, y fueron pasando a reforzar la línea de fuego.

En unos pocos minutos nuestro fuego rápido había partido la columna enemiga en dos partes. La mitad septentrional marchó de vuelta hacia Longarone mientras la mitad meridional apretó el paso. Minutos más tarde el enemigo dirigió un gran número de ametralladoras contra nosotros. El fuego fue inefectivo porque habíamos ocupado buenas posiciones entre los arbustos de la pendiente anterior y nos habíamos alejado de la desembocadura de la carretera de la garganta de Vajont. Los italianos sólo disparaban a la carretera y garganta arriba, pero sus acciones consiguieron retardar el avance de nuestros refuerzos.

Croquis 63: La emboscada en Longarone.

El enemigo en Longarone trató de infiltrarse hacia el sur. Una sección de la 3.ª Compañía, con dos ametralladoras ligeras, estaba en posición al sur de la garganta Vajont y rápidamente complicaron las existencias de los que lo intentaban.

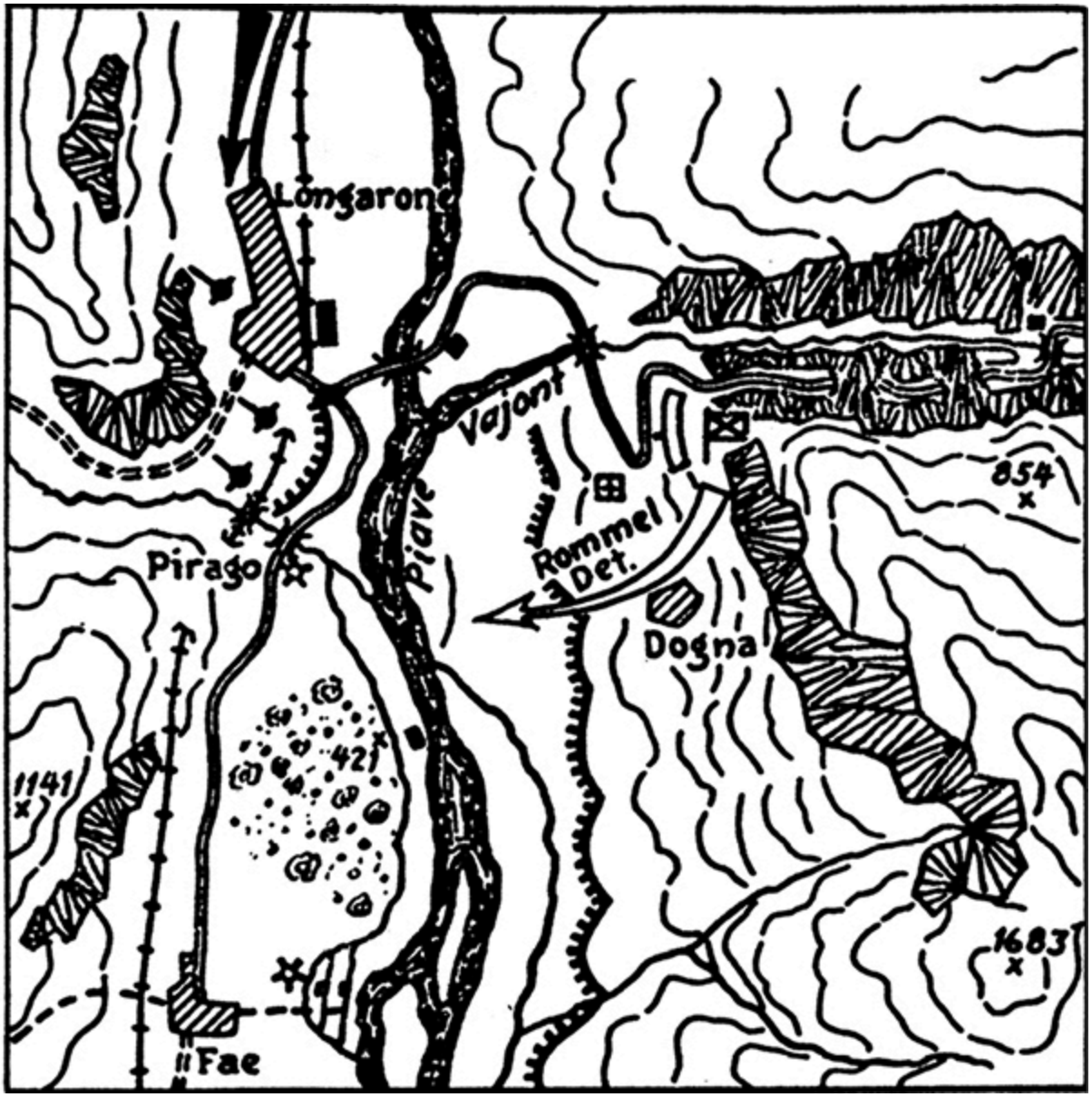
Repentinamente, uno de mis enlaces descubrió una compañía de infantería italiana descendiendo por las paredes de roca a nuestra espalda (desde la dirección de la Cota 854). Desplacé unos pocos tiradores y una ametralladora ligera de la línea de fuego hacia el oeste para enfrentar esta nueva amenaza. El enemigo continuó bajando por la empinada pared en columna de a uno y llegó hasta trescientos metros de nosotros. Las cosas parecían prometedoras, ya que cualquier hombre alcanzado cuando abriésemos fuego se habría despeñado por el acantilado y arrastrado consigo a varios de sus camaradas. Estaba seguro del éxito. Pero no disparé inmediatamente; en su lugar, grité al enemigo que se rindiese. El enemigo

vio que el juego había terminado y se rindió. Si lo hubiéramos descubierto cinco minutos más tarde, hubiera estado al pie de la pronunciada pared y podría habernos hecho mucho daño.

En el valle del Piave el enemigo voló el puente al este de Longarone. Un intento de arrancar en dirección a Mudu en columnas cerradas fue frustrado por nuestro fuego. Pequeños grupos enemigos consiguieron infiltrarse en dirección sur hacia Mudu y Belluno. La situación permaneció inalterada incluso cuando varias baterías enemigas se unieron desde las lomas al sur de Longarone. No encontraron nuestras posiciones al sur de la garganta de Vajont tampoco. En vez de eso, docenas de obuses dieron en la carretera del paso en frente de y en el interior de la garganta de Vajont, así como en los precipicios por encima de la carretera. A pesar del muy desagradable efecto del fuego de ametralladora y artillería enemigos, que fue aumentado considerablemente por rocas y piedras que caían, para las 11.45, las restantes unidades de la 3.ª Compañía, así como la 1.ª Compañía y una sección de la 1.ª Compañía de ametralladoras, habían alcanzado las alturas a cien metros al sur de la entrada de la carretera en la garganta de Vajont.

A fin de bloquear la carretera y el ferrocarril hacia Belluno en la orilla oeste del Piave y para capturar todas las unidades hostiles provenientes del norte, envié a la 1.ª Compañía, reforzada por la sección de ametralladoras pesadas, a través de Dogna hacia la orilla oeste del Piave en las inmediaciones de Pirago. La 3.ª Compañía al completo proporcionó apoyo de fuego para esta maniobra e impidió que el enemigo se pusiera en marcha en orden cerrado.

En fila con intervalos muy cortos la 1.ª Compañía se puso en marcha apresuradamente en dirección a Dogna. Su camino hacia allí pasaba por una ladera empinada y cubierta de hierba desprovista de cobertura y totalmente expuesta a la observación enemiga. Las ametralladoras y baterías italianas dirigieron su fuego sobre la compañía, pero ésta consiguió alcanzar las casas protectoras de Dogna casi sin pérdidas. El fuego de ametralladora y artillería enemigo aumentó perceptiblemente, cayendo su mayor parte en la garganta de Vajont.



Croquis 64: Cruzando el Piave por Pirago y Fae.

Entonces vimos a la 1.ª Compañía al oeste de Dogna atravesando el lecho del Piave. Pero el lecho del río no ofrecía protección alguna contra la observación, y menos aún contra el fuego. Muy pronto los italianos alrededor de Longarone descargaron tal diluvio de proyectiles sobre la 1.ª Compañía que sólo una rápida retirada a Dogna evitó fuertes pérdidas. Mientras esta acción estaba teniendo lugar yo me apresuré con la plana del Destacamento hasta Dogna. Se tendió cable telefónico hasta la 3.ª

Compañía, que permanecía en la anterior posición. Obuses y fuego de ametralladora nos hicieron apretar el paso cuando estábamos de camino. El enemigo estaba disparando sobre cada individuo.

En Dogna encontré a la 1.ª Compañía, que acababa de regresar del canal del Piave. Este fracaso no me desanimó. Que una compañía entera no consiguiese pasar a través de la zona batida por el enemigo en el lecho del Piave no significaba que una maniobra así fuese imposible para unos pocos hombres que pudieran sacar mejor partido del terreno y quizás desviarse algo más lejos hacia el sur.

La sección de ametralladoras pesadas estaba emplazada en el piso superior de una casa de tal manera que cubría el puente del ferrocarril y la carretera general en Pirago, a unos mil metros de distancia, a través del cual pequeños grupos de italianos se estaban moviendo hacia el sur. Su misión era negar este camino a las unidades mayores. Teníamos menos de un millar de proyectiles por arma y esto implicaba estrictas economías en nuestro consumo de munición.

Envié entonces varias escuadras de exploración, bajo líderes particularmente capaces, al otro lado del Piave. Tenían que cruzar el Piave en formación muy dispersa y, una vez en el lado oeste, tenían que desplazarse hasta las inmediaciones de Pirago y capturar todos los pequeños grupos enemigos que se estaban infiltrando hacia el sur. Tan pronto como un número lo bastante grande de prisioneros hubiera sido reunido, tenían que enviarlos a la orilla este del Piave en la dirección de Dogna. Ésta era una misión difícil y requería un máximo de habilidad y destreza tanto de los hombres como de los mandos.

Las cinco escuadras de exploradores avanzaron bajo un fuerte apoyo de fuego pero su avance fue lento. Bajo aquellas circunstancias, dudé si alguno de ellos llegaría a alcanzar la orilla oeste del Piave.

Mientras tanto, el *Major* Sprösser había llegado a la boca del paso con la compañía de transmisiones y el 1.er Batallón agregado del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros. A mi solicitud la compañía de transmisiones relevó a la 3.ª Compañía a la boca del paso; después la 3.ª Compañía, mediante cortos saltos en pequeños grupos, se unió a nosotros en Dogna.

No veíamos signos de las escuadras de exploradores en el lecho del río aunque las ametralladoras enemigas estaban rociando los desnudos bancos de arena del lecho del río de ochocientos metros de ancho. Hacia las dos de la tarde, ataqué desde Dogna con las 1.ª y 3.ª Compañías con un frente amplio en dirección a Pirago. Mi idea era poner algunas unidades al otro lado del río y bloquear la carretera del valle en el lado oeste por el fuego del Destacamento entero. Un intenso fuego de ametralladora y artillería nos obligó a pegarnos al terreno después de que hubiéramos cubierto unos pocos cientos de metros, y tuvimos que atrincherarnos para evitar el fuego enemigo. Nuestro logro global fue que estábamos desplegados sobre un frente amplio a seiscientos metros de la línea de retirada del enemigo y que nuestro ataque había distraído el fuego enemigo de las escuadras de exploradores más hacia el sur.

Yo era escéptico sobre si alguna de las cinco escuadras de exploradores había alcanzado la orilla oeste del Piave o no, así que despaché otros dos pelotones bajo los *Leutnants* Streicher y Triebig. El primero quedó pronto incapacitado por la onda expansiva de un obús italiano en el cauce principal del Piave, y el último fue herido por fuego de ametralladora. Parecía imposible hacer pasar un solo hombre al otro lado del río. Desde dos lados la artillería italiana asolaba el terreno en el que estábamos tendidos. Sus cañones estaban en posición justo al sur de Longarone y en los alrededores de Monte Degnon (suroeste). Al enemigo no parecía faltarle munición.

La plana del Destacamento se atrincheró detrás de un pequeño muro de piedra en el lecho del Piave. Este lugar era el blanco favorito de una batería italiana. Varios huecos en el muro de piedra demostraban que el enemigo había hecho su horquilla[30] pero nosotros habíamos usado la pala a conciencia.

El *Vizefeldwebel* Dobelmann estudiaba la zona al sur de Longarone con su potente catalejo; el ayudante estaba fuera de reconocimiento, y yo dictaba el parte de operaciones de Cimolais al *Unteroffizier* Blattmann que estaba siendo adiestrado como escribiente del Destacamento. El fuego del enemigo continuó sin que disminuyese su intensidad y la 3.ª Compañía recibió el grueso del mismo. El enemigo siguió infiltrando hombres y vehículos a través de las zonas cubiertas por nuestro fuego.

Hacia las dos y media de la tarde, la 3.ª Compañía y la 1.ª Compañía de ametralladoras del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros llegaron a Dogna. Venían a apoyarnos. Los mandos se presentaron a mí en mi puesto de mando. Yo no quería exponer tropas adicionales al fuego enemigo en el curso del río, así que dejé a estas nuevas unidades en reserva en Dogna y empeñé solo una sección de ametralladoras pesadas, a fin de aumentar el volumen de fuego que estaba siendo lanzado por el Batallón de Montaña de Württemberg contra la carretera y línea férrea Longarone-Belluno. Esperaba estar al otro lado del río antes del anochecer.

Siete escuadras de exploradores llevaban horas de camino hacia la orilla opuesta del Piave. Ninguna había informado y yo no sabía si alguna había cruzado el río. El enemigo continuaba escapando hacia el sur y nosotros nos veíamos impotentes para detenerlo. La munición, especialmente la de las ametralladoras, iba escaseando y teníamos que usarla con prudencia. Los minutos se hicieron interminables y el fuego hostil continuaba, reclamando alguna víctima ocasional.

Hacia las tres de la tarde, el *Vizefeldwebel* Dobelmann informó de que creía haber visto tropas de montaña hacia el suroeste en la orilla opuesta. Dijo que un italiano, proveniente de la colina al oeste de Fae, había sido capturado por un soldado que permanecía en pie detrás de una casa cerca de la vía de tren. Tomé el catalejo y me convencí a mí mismo de que todo estaba en orden. Ningún italiano conseguiría pasar de Fae.

Pero esperábamos en vano el acordado regreso de prisioneros a la orilla este del Piave. Yo había esperado sacar el máximo partido de su paso del río cruzando mi gente al mismo tiempo.

Finalmente, hacia las 15.30, vimos una densa masa de italianos capturados a dos kilómetros y medio al sur de nuestra posición en el amplio lecho del Piave. La mayoría de ellos estaban ya en la orilla este dirigiéndose hacia Dogna. Me estaba enfadando porque habíamos perdido nuestra oportunidad de pasar a la otra orilla cuando la artillería italiana alrededor de Longarone abrió fuego sobre esta masa de prisioneros. Aparentemente la artillería pensó que eran alemanes. El fuego obligó a los prisioneros a regresar a la orilla oeste cerca de Fae. Este incidente no cambió nuestra

situación; como antes, el enemigo nos mantenía fijados con fuego de artillería y ametralladora.

Poco antes del anochecer, un gran número de prisioneros italianos apareció cerca de un viejo dique que embalsaba el ramal más occidental del Piave. Lo que yo había estado deseando todo el día ocurrió. Trasladé el grueso de mi Destacamento a la presa. Ya no nos preocupamos más por el fuego hostil que estaba siendo dirigido aún sobre nuestra antigua posición en el borde oeste de Dogna.

En el principal cauce del Piave cientos de prisioneros nos protegían del fuego hostil. El cruce del Destacamento llevó poco tiempo. Los prisioneros nos mostraron la mejor manera de cruzar las salvajes aguas del río con sus múltiples cauces, algunos de los cuales eran muy rápidos y profundos hasta la altura del pecho en algunos puntos. Un hombre solo, incluso un buen nadador, alcanzaba la otra orilla sólo con dificultad; la fuerte corriente simplemente lo arrastraba. Los italianos se asían mutuamente de las muñecas y caminaban diagonalmente hacia el interior del río, mirando hacia la corriente con el cuerpo más o menos inclinado hacia delante, de acuerdo con la fuerza de la corriente. Les imitamos y estuvimos pronto al otro lado. Sin embargo, una vez allí nosotros nos dirigimos hacia Fae. El baño en las aguas heladas del Piave ayudó a mantener un paso rápido.

Nos alegramos de encontrar a las escuadras de exploradores en Fae. Éstos nos informaron rápidamente sobre sus actividades. El *Offizierstellvertreter* Huber y el *Vizefeldwebel* Hohnecker con dieciséis hombres de la 1.ª Compañía habían conseguido vadear y cruzar a nado el Piave a un kilómetro y medio al sur de Pirago, a pesar de un fuego de ametralladora enemigo muy violento proveniente de Longarone, y se habían apoderado del castillo de Fae. El *Schütze* Hildebrandt resultó muerto. En Fae el pequeño grupo bloqueó la carretera y el ferrocarril a Belluno y fueron capturando a los pequeños grupos de italianos que venían desde Longarone y que creían que habían alcanzado la seguridad. El *Leutnant* Schöffel llegó más tarde. En el transcurso de la tarde las unidades de la 1.ª Compañía en Fae capturaron a 50 oficiales italianos y 780 hombres, y una inmensa cantidad de vehículos de todo tipo.

La llegada de refuerzos fue muy bienvenida. En algunos momentos había sido bastante incómodo para tan pocos hombres tener tantos prisioneros. Por encima de todo los oficiales italianos necesitaron ser estrictamente vigilados. Había sido imposible obligarlos a trasladarse, y estaban confinados en un piso alto del castillo, vigilados por dos tiradores de montaña. Tenía cosas más importantes que hacer que preocuparme por ellos.

Nuestras escuadras de exploradores habían cortado todas las líneas de teléfono que conectaban Longarone y Belluno. Estaba convencido de que la ayuda estaba en camino para los italianos que estaban atrapados en Longarone. Al menos la batería enemiga sobre el Monte Degnon sabía exactamente lo que estaba ocurriendo en los alrededores de Longarone. Por lo tanto di a la 3.ª Compañía del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros, reforzada con una sección de ametralladoras pesadas del Batallón de Montaña de Württemberg, la misión de proporcionar seguridad y reconocimiento hacia el sur, quedando el piquete más avanzado a cosa de ochocientos metros al sur de Fae con la compañía reforzada en las inmediaciones de la población.

Yo no contaba con recibir fuerzas adicionales. El destacamento de flanqueo del Batallón de Montaña de Württemberg (los Destacamentos Gössler y Schiellein y la 2.ª Compañía), incluso si no se encontraban con el enemigo, no podrían haber llegado a la boca de la garganta de Vajont, mil metros al este de Longarone, antes de la medianoche. Allí el *Major* Sprösser tenía al resto del 1.er Batallón del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros, la compañía de transmisiones del Batallón de Montaña de Württemberg y el 377.º Destacamento de Obuses de Montaña, que estaba sin munición.

¿Debía haberme contentado con bloquear el valle del Piave hacia el norte y sur en la orilla oeste? ¿Debería haber esperado hasta que el enemigo atacase? No, eso no iba conmigo. A fin de ganar la decisión en Longarone rápidamente decidí hacer un ataque nocturno sobre el pueblo con las unidades de mi fuerza aún a mi disposición (1.ª, 3.ª Compañías del Batallón de Montaña de Württemberg y 1.ª Compañía de ametralladoras del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros).

Cayó la noche. La retirada del enemigo desde Longarone hacia Fae había parado poco después de nuestro cruce del río. La artillería italiana lanzaba fuego rápido en los alrededores de nuestro cruce del canal del Piave. El enemigo probablemente sabía que la carretera hacia Belluno había sido bloqueada. Había visto seguramente los ochocientos prisioneros y al Destacamento Rommel cruzando de orilla a orilla en el crepúsculo de la tarde. ¿Qué tenía escondido en la manga? ¿Un intento de ruptura por la noche? Tenía que anticiparme a él.

Por teléfono ordené a las secciones de ametralladoras pesadas en Dogna que cesaran el fuego sobre Longarone ya que teníamos intención de atacar aquel lugar. Sus acciones habían consistido en realizar tiro de hostigamiento sobre todos los blancos lucrativos en las inmediaciones de Longarone y Pirago.

Nos pusimos en marcha hacia el norte. Yo mandaba la punta. La columna se puso en marcha en el siguiente orden: Los servidores de ametralladora ligera marchaban por el lado derecho de la carretera con sus armas cargadas, listos para un fuego sostenido; en la cuneta a la izquierda estaban los fusileros en columna de a uno a intervalos de diez metros. Las compañías venían detrás en columna de a uno. La plana del Destacamento iba a su cabeza. Nos desplazamos tan silenciosamente como era posible porque los centinelas enemigos tenían una excelente audibilidad en aquella clara y tranquila noche.

A pesar de todas las precauciones la punta recibió disparos de un centinela italiano trescientos metros al sur de Pirago. En la noche oscura como boca de lobo vimos los fogonazos de unos pocos disparos; después la ametralladora ligera a mi derecha tableteó hacia la distancia. Su fuego hizo saltar chispas de la carretera, el muro de una casa a la derecha, y las empinadas rocas a la izquierda de la carretera. El enemigo no contestó porque había sido barrido de un plumazo.

Continuamos el avance, alcanzamos Pirago sin más encuentros con el enemigo, y cruzamos el puente que habíamos bloqueado por el fuego durante el día. Nuestras ametralladoras en Dogna estaban en silencio, es de suponer que debido a la orden que les había sido enviada por teléfono.

Buscamos a tientas nuestro camino siguiendo la carretera. En el acantilado algunos cientos de metros a la izquierda la artillería italiana estaba disparando proyectil tras proyectil por encima de nosotros en la dirección de los cruces que habíamos usado para pasar el Piave. Las espoletas de los obuses dejaban un rastro luminoso peculiar tras de sí en la oscura noche. Fue una magnífica exhibición gratuita de fuegos artificiales.

Solo cien metros o así nos separaban de las primeras casas de Longarone. Avanzábamos lentamente. Allí, a la luz de los fuegos artificiales, un muro negro se extendía a través de la brillante carretera. Estaba a unos cien metros de distancia. No sabíamos si era una curva en la carretera o una barricada. Nos acercamos hasta sesenta y cinco metros y supe a ciencia cierta que era una barricada. Nos esperaban.

Ordené un alto e hice venir a la compañía de ametralladoras. El jefe de la compañía (un *Oberleutnant*) recibió la misión de traer silenciosamente varias ametralladoras pesadas y ponerlas en posición sobre la carretera en batería y preparar un ataque por el fuego sobre la barricada. Después de un corto tiro en eficacia tenía la intención de atacar con las 1.ª y 3.ª Compañías y tomar la entrada sur a Longarone.

Los preparativos para esta empresa estaban en plena marcha. Las dotaciones de cuatro ametralladoras pesadas estaban precisamente a punto de hacer entrar sus armas en posición a setenta y cinco metros de la barricada, cuando una repentina ráfaga de fuego de ametralladora nos golpeó en el flanco. Nuestras ametralladoras en Dogna nos estaban disparando. La orden de alto el fuego no se les había transmitido. Volaban las chispas por todas partes. Tratamos de buscar abrigo y al hacerlo creamos un buen jaleo cuando el equipo de las ametralladoras fue apartado de cualquier manera con las prisas. La barricada abrió fuego, y varias ametralladoras empezaron a barrer la zona en la que habíamos buscado cobertura. Fuego de ametralladora a setenta y cinco metros, sin una oportunidad de ponerse a cubierto, ¡suficiente para volver loco a cualquiera! La muerte espera muy cerca en esos momentos. Nosotros, por nuestra parte, no tuvimos ni una oportunidad de disparar. Las ametralladoras pesadas no estaban montadas. Permanecimos tirados en el suelo en mitad de un fuego cruzado de la peor especie. Un intento de encargarnos del enemigo detrás

de la barricada con granadas de mano falló. La distancia era demasiado grande. Atacar sobre una estrecha carretera contra el fuego de varias ametralladoras era imposible. Nos cubrimos bajo los huecos semicirculares en el muro de la carretera, y cuando el fuego golpeó allí desde el flanco, en la cuneta a la izquierda. Lanzar granadas de mano solo aumentaba el volumen de fuego desde la barricada. ¡Crecían las pérdidas! Entre otros, el jefe de la compañía de ametralladoras del 26.º Regimiento de Fusileros yacía gravemente herido en la cuneta a la izquierda. Fue una suerte que la noche redujera considerablemente la precisión de los italianos.

La empresa fue un fracaso total y solo quedaba escapar tan rápidamente como fuera posible sin sufrir excesivas pérdidas. Estaba fijado por el fuego. Boca a boca transmití la orden de retirarse hasta el puente cerca de Pirago. Las unidades más hacia atrás se disgregaron con facilidad pero aquéllas en cabeza pasaron un rato peor. Los momentos en que el fuego enemigo se extinguía eran raros. Se aprovecharon para cortos y rápidos *esprints*. Cubríamos unos pocos metros solo para ser forzados a lanzarnos a tierra de nuevo cuando las ametralladoras abrían fuego.

Unos pocos saltos nos llevaron ilesos hasta la seguridad de una curva en la carretera, seguridad al menos del fuego hostil. Desafortunadamente las secciones de ametralladoras en Dogna causaron una buena cantidad de problemas incluso aquí. Bloqueaban el puente de la carretera general en Pirago. Sólo tenía a unos pocos de mis tiradores de montaña conmigo. Una parte estaba ya de vuelta en dirección a Pirago, pero un número considerable seguía aún allí delante cerca de la barricada.

Aunque parezca mentira, el enemigo dejó de disparar. Poco después, llegó el sonido de voces desde aquella dirección y se fue acercando rápidamente. No eran tropas de montaña. Era extraño que nadie del destacamento volviese. Me apresuré a volver a Pirago. Por el camino di alcance a unos pocos tiradores de montaña, entre ellos un hombre con una pistola de bengalas. No encontré a nadie en el puente en Pirago. Mi orden de detenerse allí no había sido recibida.

Un grupo de italianos apareció aullando por la carretera y yo no sabía si eran atacantes o prisioneros. No tenía ni idea de qué había sido de mis elementos de cabeza (3.ª Compañía y la compañía de ametralladoras del

26.º Regimiento de Fusileros). Decidí usar un par de bengalas para aclarar la situación.

Las disparé justo hacia la derecha del puente de la carretera general cerca del muro bajo que llevaba hacia el molino y, a su luz, vi a una masa densamente apretada de hombres que agitaban pañuelos precipitándose hacia Pirago. La cabeza del grupo estaba a unos escasos cien metros de distancia y la luz de las bengalas me convertía en un blanco excelente. Los italianos vociferantes no dispararon ni un tiro mientras se aproximaban y yo aún no tenía del todo claro lo que estaba ocurriendo.

Los cuatro o cinco tiradores que tenía conmigo eran insuficientes para contener a aquella turba y el resto del Destacamento parecía haber retrocedido en dirección a Fae. Corrí carretera abajo con la intención de alcanzar al grueso de mi unidad, hacerles dar la vuelta y detener aquella horda incontenible.

Unos pocos minutos después reuní a unos cincuenta hombres cerca de un grupo de casas entre trescientos y quinientos metros al sur de Pirago. El *Leutnant* Streicher tomó la mitad de los hombres y ocupó una casa a la derecha de la carretera, el resto se dedicaron a cortar la carretera. Los hombres se alinearon con sus mosquetones preparados. El *Leutnant* Schöffel estaba a la izquierda contra la pared de roca; el *Vizefeldwebel* Dobelmann y yo estábamos a la derecha junto a la casa. Los tiradores fueron instruidos para disparar sólo a mi orden. No había pistolas de bengalas o bengalas. Las masas enemigas no podían girar a la izquierda y la oscuridad y la falta de tiempo nos impidieron determinar como estaban las cosas a la derecha donde supusimos que debía estar el Piave. Sólo tuvimos unos pocos segundos para completar nuestros preparativos. La turba vociferante se iba acercando.

La noche limitaba la visibilidad a unos escasos cincuenta metros a lo largo de la carretera mientras que el terreno a la derecha e izquierda estaba en completa oscuridad. Cuando el enemigo llegó a cincuenta metros de nosotros grité: «*Halt*!» y exigí su rendición. El rugido que respondió no era ni afirmativo ni negativo. Nadie disparó y la masa vociferante se acercó aún más. Repetí mi alto y recibí la misma respuesta. Los italianos abrieron fuego a diez metros. Al mismo tiempo una descarga resonó por nuestra

parte, pero antes de que tuviéramos oportunidad de recargar (desafortunadamente no teníamos ametralladoras pesadas ni ligeras) fuimos arrollados y pisoteados por la imponente masa. Casi todos los que estaban en la carretera cayeron en manos del enemigo. El grueso de la guarnición en la casa, cuyo piso superior tenía solo ventanas pintadas de negro, y por consiguiente estaba mal adaptada para la defensa, escapó en la oscuridad cruzando el Piave. Los italianos siguieron corriendo por la carretera hacia el sur.

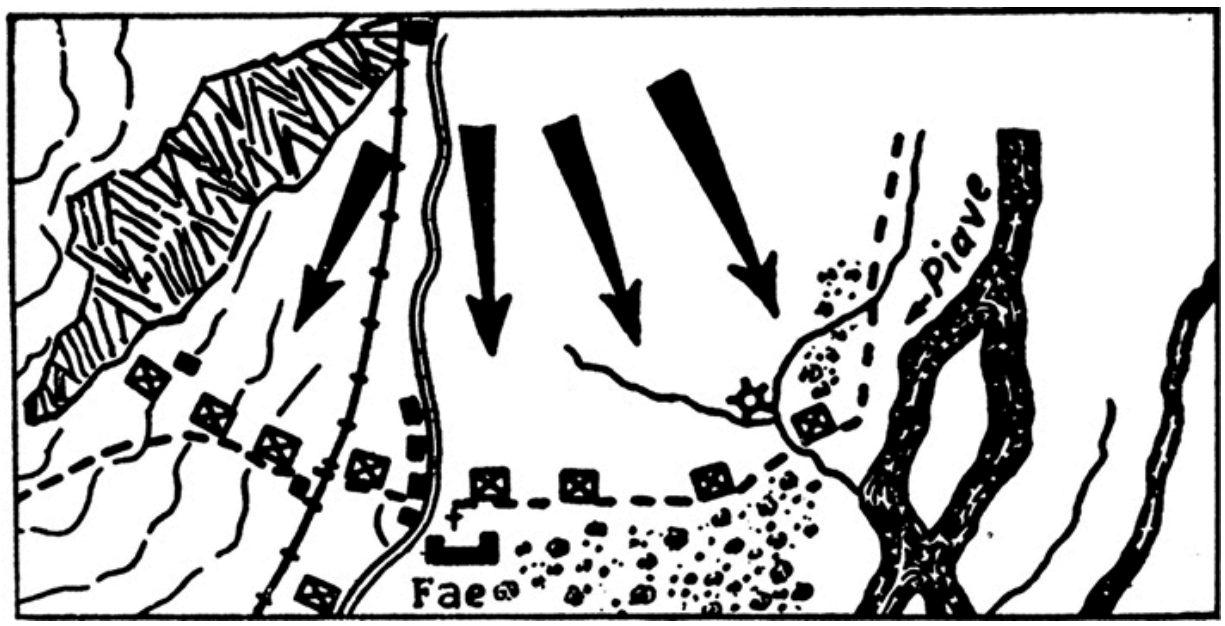
En el último momento evité ser capturado saltando por encima del muro de la carretera y corrí más que los italianos que se movían a lo largo de ella. Acorté campo a través sobre tierras aradas, pequeños arroyos, sobre bardas y vallas. La 3.ª Compañía, 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros y una sección de ametralladoras pesadas del Batallón de Montaña de Württemberg estaban aún en Fae, a un kilómetro y medio. Estaban desplegados hacia el sur e ignoraban el peligro inminente. El pensamiento de perder este último resto de mis hombres me dio fuerzas sobrehumanas. Sentí un sendero bajo mis pies y corrí hacia Fae.

Croquis 65: Pirago.

Pude llegar antes que el enemigo, y, con todo lo disponible, formé apresuradamente un nuevo frente hacia el norte. Estaba firmemente resuelto

a luchar hasta el último hombre. Apenas acababa de ocupar la 3.ª Compañía del 26.º el borde norte de Fae, cuando escuchamos a los italianos viniendo por la carretera. Abrí fuego cuando estaban aún a unos dos o trescientos metros de distancia. El avance enemigo aflojó el paso inmediatamente y las ametralladoras italianas empezaron a tabletear, esparciendo su fuego contra las paredes que daban abrigo a las tropas de Styria. El enemigo parecía estar atacando a derecha e izquierda de la carretera. Un millar de hombres gritaba «*Avanti, Avanti*!». («¡Adelante!»).

Si quería derrotar una ruptura enemiga hacia el sur, mi compañía reforzada tenía que defender una línea que se extendía desde la serrería, en el Piave, cuatrocientos metros al este del castillo de Fae, a través del borde norte de Fae hasta los precipicios de Monte Degnon trescientos metros al oeste del pueblo, o, lo que es lo mismo, un frente total de cerca de setecientos metros. En el centro de esta línea, la 3.ª Compañía reforzada del 26.º estaba ya empeñada en combate a ambos lados de la carretera. Existían grandes huecos entre Fae y el río y Monte Degnon. Mis últimas reservas consistían en una o dos escuadras de la 1.ª y 3.ª Compañías, los restos de las fuerzas que habían avanzado sobre Longarone.



Croquis 66: La posición en Fae.

A fin de poder percibir los intentos enemigos de envolvimiento, y a fin de tener mejor visibilidad, ordené a una escuadra de tiradores de montaña que encendiera hogueras a lo largo de todo el frente desde el Piave hasta Monte Degnon. Los tiradores sabían que aquél era «el momento de la verdad». Pronto la serrería en el Piave estaba ardiendo y las llamas empezaron a ascender desde un gran almiar a cincuenta metros a la derecha de la carretera y desde varias casas y graneros a la izquierda por encima de la carretera.

Unidades de la 3.ª Compañía del 26.º fueron retiradas de la línea de batalla y utilizadas para formar una continua, aunque escasa, guarnición del frente. A pesar del encarnizado fuego enemigo conseguimos cerrar todos los huecos. Mi valiente ordenanza Unger se ofreció a traer ayuda desde la orilla oriental del Piave. Era un buen nadador y pensó que tenía una buena oportunidad de conseguir pasar. Mientras tanto docenas de ametralladoras hostiles martilleaban contra los muros del castillo. La infantería enemiga permanecía en compactas masas lista para atacar a unos cien metros delante de nosotros en zanjas y surcos arados. Una y otra vez el grito de batalla: «*Avanti, avanti*!» se dejaba oír por encima del tableteo de fusiles y ametralladoras. El fuego rápido de los magníficos hombres de las tropas de Styria y de montaña de Württemberg impidió que el enemigo reuniese suficiente coraje para ponerse en pie y avanzar. El frente de fuego del enemigo se ensanchó.

Durante esta batalla, el *Vizefeldwebel* Dobelmann, gravemente herido, se arrastró a través del campo en las inmediaciones de la serrería y llegó hasta nuestras líneas. El magnífico muchacho había recibido una herida en el pecho durante la batalla nocturna en la carretera a un kilómetro y medio al norte de Fae, pero había sido capaz de evadir la captura entre la oscuridad y fue capaz de abrirse camino de vuelta hasta nosotros[31].

Mantuve unos pocos tiradores listos en caso de que el enemigo superior consiguiera penetrar nuestra delgada línea en algún lugar. Dos tiradores aún mantenían a los cincuenta oficiales italianos prisioneros escaleras arriba en el castillo; estos últimos, sabiendo que sus propias tropas estaban a tiro de piedra, se volvieron muy belicosos, pero no se atrevieron a atacar a los dos tiradores.

Los disparos que pegaban en la portada norte del castillo repiqueteaban como el granizo. La mayoría de los de Styria estaban en posición detrás de un muro en el límite norte de Fae y hacían disparo tras disparo —aunque fuera sin apuntar— por encima del muro contra el enemigo. Cada vez que los italianos lanzaban su grito de guerra nosotros redoblábamos nuestro fuego. Este tipo de combate requería naturalmente inmensos suministros de munición. Nuestros abastecimientos hubieran quedado pronto agotados si no hubiéramos podido recurrir a las abundantes armas y acopio de munición en el patio del castillo el botín de la expedición de exploración Huber-Hohnecker de la tarde. En el transcurso de la batalla, el rearme de nuestros elementos avanzados con armas y munición italianas fue ejecutado con la ayuda de mis pocos tiradores de montaña. Fue sin embargo una pena que la sección de ametralladoras pesadas en posición a ambos lados de la carretera tuviera sólo cincuenta cartuchos para cada arma.

Como oficiales contaba sólo con el jefe de la 3.ª Compañía del 26.º y el *Offizierstellvertreter* Huber. Todos los demás parecían haber caído en manos del enemigo. Echaba muy en falta al *Leutnant* Streicher.

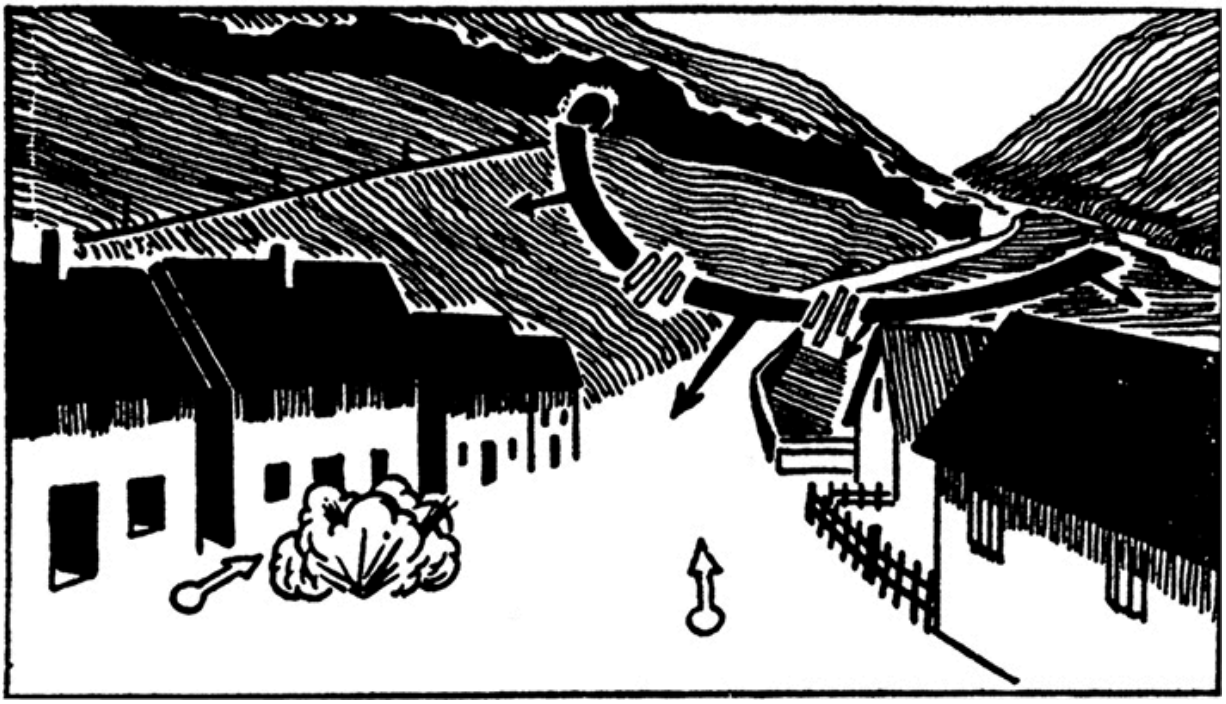
La batalla se alargó varias horas sin que disminuyera su violencia. El frente entre el Piave y Monte Degnon se llenó y el enemigo trató repetidamente de abrumarnos por el simple peso de su número. Nuestro fuego rápido ininterrumpido impidió una ruptura enemiga en todos los puntos. Nuestro elemento de seguridad meridional consistía en seis hombres de la 3.ª Compañía del 26.º. No había otros disponibles. Ya era alrededor de medianoche. Se encendieron nuevos fuegos en el frente, ya que los viejos amenazaban con apagarse. Esperamos en vano a los refuerzos. Creíamos que las unidades de la 22.ª Imperial y Real División de Infantería debían estar llegando a la orilla este del Piave y que los otros Destacamentos del Batallón de Montaña de Württemberg también estaban allí. No teníamos comunicación telefónica con el puesto de mando del *Major* Sprösser.

El fuego enemigo remitió poco después de medianoche y nos permitió algún desahogo. Nuestras pérdidas fueron moderadas, gracias al hábil uso de la pequeña cantidad de cobertura disponible. Trabajamos febrilmente para reforzar nuestras posiciones. Nuestros piquetes informaron de que el

enemigo se estaba replegando y tan pronto como todos los disparos cesaron destacamos patrullas para mantener el contacto. Una de éstas perdió a su capaz líder por fuego a quemarropa. Otra regresó a la una de la madrugada con 600 prisioneros que se habían rendido a poca distancia de nuestra posición. El grueso del enemigo se retiró a Longarone.

Los refuerzos llegaron a las dos de la madrugada en la forma de la 2.ª Compañía al completo, la cual bajo el *Leutnant* Payer había hecho el circuito alrededor del Monte Lodina, y elementos de las 3.ª y 1.ª Compañías, las cuales, después de la batalla nocturna al sur de Pirago, se habían retirado a la orilla este del Piave. También dimos la bienvenida al resto de la 1.ª Compañía de ametralladoras, que llegó con abundante munición, y las 1.ª y 2.ª Compañías del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros bajo el *Hauptmann* Kremling.

Toda la defensa fue reorganizada y el castillo mismo convertido en un punto de resistencia. Había disponibles grandes cantidades de munición. Una compañía del 26.º Regimiento de Fusileros proporcionó seguridad y reconocimiento hacia el sur. Más aún, los cincuenta oficiales italianos, que habían sido testigos silenciosos de la batalla en Fae, fueron enviados a la orilla este del Piave. Que cruzasen el gélido Piave requirió una buena dosis de persuasión por parte de la escolta.



Croquis 67: El ataque nocturno italiano.

No sin preparación, y por tanto sin sorpresa, el enemigo lanzó otro potente y vigoroso ataque hacia las tres de la madrugada con nutridas concentraciones de artillería a corta distancia. Docenas de proyectiles de artillería estallaron a lo largo de nuestra línea, causando un considerable daño a los edificios de Fae. Esta preparación fue seguida inmediatamente por asaltos en varios puntos a lo largo del frente, lo que llevó a una lucha cuerpo a cuerpo. Pero nosotros conservamos nuestras reforzadas posiciones ya que pudimos trasladar nuestras fuerzas al punto crítico en cada momento. De hecho, no nos vimos obligados a empeñar la reserva en ningún momento y el ataque entero duró unos escasos veinte minutos. ¿Lo intentaría el enemigo otra vez?

Los italianos habían tenido suficiente y se contentaron con romper el contacto y replegarse hacia Longarone. Su esfuerzo final les costó un considerable número de bajas. Desafortunadamente, la artillería italiana se cobró su peaje en nuestras filas.

Temblando de frío, pasamos el rato envueltos en nuestras ropas mojadas esperando a la mañana. Localizamos unas pocas botellas de Chianti y las

usamos para mantenernos calientes. Antes del alba la 1.ª Compañía reconoció la carretera por encima de la línea férrea hasta el puente en Pirago. Escuadras de exploradores de las 2.ª y 3.ª Compañías informaron que el territorio entre el Piave y la carretera de Longarone estaba libre del enemigo tan al norte como Pirago. Como de costumbre, los exploradores regresaron con prisioneros.

Para las 6.30 otro batallón del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros había llegado al castillo de Fae y fue empleado en misiones de seguridad hacia el sur. Al mismo tiempo el Destacamento Rommel reemprendió el avance sobre Longarone. Las 2.ª y 3.ª Compañías de fusiles y la 1.ª Compañía de ametralladoras marcharon por la carretera mientras la 1.ª Compañía se desplazaba por la carretera en la ladera por encima del ferrocarril. Nuestra idea era estrechar el cerco alrededor del enemigo en Longarone.

Encontramos al *Leutnant* Streicher por el camino. Había evitado ser capturado por los italianos en el combate al sur de Pirago, pero en el intento de cruzar el Piave fue arrastrado varios kilómetros corriente abajo y lanzado inconsciente a la orilla.

Cuando nos estábamos aproximando a los puentes de Pirago el enemigo los hizo volar. Bajo la protección de la 1.ª Compañía situada más arriba en la ladera a la izquierda, pronto alcanzamos el punto de los puentes volados para encontrar, medio enterrado bajo los escombros, a un tirador de montaña gravemente herido. No había rastro del enemigo al otro lado.

Se emplazaron ametralladoras pesadas en las empinadas laderas justo al norte de los puentes, y bajo su protección pasamos como pudimos sobre los restos de los puentes de hierro. A medida que nos aproximábamos al punto donde había estado situada la barricada la noche anterior, vi al *Leutnant* Schöffel cabalgando hacia nosotros desde Longarone sobre una mula. Iba seguido por cientos de italianos que ondeaban pañuelos. Schöffel, que había sido hecho prisionero en la batalla nocturna al sur de Pirago, me trajo la bienvenida capitulación de todas las fuerzas italianas alrededor de Longarone. Tal y como había sido redactada por el comandante italiano, decía:

Longarone

Al comandante de las fuerzas austríacas y alemanas:

No pudiendo las tropas en Longarone prolongar la resistencia, éste mando espera su decisión en referencia a la disposición de nuestras tropas.

Maggiore Lay

Este final feliz a días de duros combates nos hizo sentir muy bien, especialmente dado que supimos que nuestros camaradas, que habían sido hechos prisioneros en Pirago, estaban libres de nuevo. Los italianos formaron a ambos lados de la carretera y nuestra marcha hacia Longarone fue acompañada por su grito: «Evviva Germania!». El jefe de la 1.ª Compañía de ametralladoras del 26.º Regimiento de Fusileros, que había sido capturado, gravemente herido, por los italianos delante de Longarone con la mayor parte de su compañía, fue llevado a nuestro encuentro en una ambulancia automóvil. Nuestro avance a través de las calles abarrotadas fue muy lento. Yo me adelanté con la ambulancia y, en la plaza del mercado de Longarone, encontré a las unidades de mi Destacamento que habían sido capturadas. Se les habían devuelto sus armas y equipamiento y dominaban la ciudad a la espera de nuestra llegada. Mi Destacamento fue el primer cuerpo de tropas alemanas que entró en Longarone. Nos mudamos y tomamos por alojamiento un grupo de edificios al sur de la iglesia. Empezó a llover. Había miles de italianos y fue un trabajo laborioso trasladarlos desde Longarone hasta las vegas del Piave hacia el este. Las unidades restantes del Batallón de Montaña de Württemberg, siguiendo a la 22.ª Imperial y Real División de Infantería, salieron marchando de la garganta de Vajont.

Las otras unidades del batallón habían intentado venir en nuestra ayuda durante la persecución y durante la lucha en la orilla oeste del Piave. Inmediatamente después de la captura de las posiciones italianas al oeste de Cimolais, el Major Sprösser habían iniciado la persecución con la Compañía de transmisiones del Batallón de Montaña de Württemberg y el 1.er Batallón del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros. Este movimiento era contrario a las órdenes de la 43.ª

Brigada de Infantería. La naturaleza del terreno y el tipo de combate en el que nos veíamos envueltos eran tales que el socorro por otras unidades era impracticable. Al llegar a St. Martino, el Major Sprösser de nuevo recibió órdenes de la 43.ª Brigada de Infantería:

«El Batallón de Montaña de Württemberg se detendrá, acampará y pasará la noche en el molino en Erto. El 26.º Regimiento de Fusileros se hace cargo de la vanguardia».

El *Major* Sprösser respondió:

«El Batallón de Montaña de Württemberg reforzado está combatiendo en Longarone y solicita apoyo de infantería en la carretera del paso y el envío del 377.º Imperial y Real Destacamento de Obuses de Montaña».

La tenacidad con la que el *Major* Sprösser se ciñó a su tarea, y su negativa a ser desviado por las órdenes de la 43.ª Brigada hicieron comentar al *Hauptmann* Kremling, comandante del 1.er Batallón del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros: «No sé qué debería admirar más, su coraje ante el enemigo o su coraje ante sus superiores».

Hacia el mediodía, el *Major* Sprösser alcanzó la salida de la garganta de Vajont a mil metros al este de Longarone. Llevó algún tiempo que la Compañía de transmisiones y las unidades del 1.er Batallón del 26.º se abrieran camino y salieran de la garganta, que estaba siendo sometida a un nutrido fuego enemigo. Entonces la Compañía de transmisiones relevó a la 3.ª Compañía, que estaba avanzando hacia Dogna, y abrió fuego sobre el enemigo en retirada desde las alturas, justo al sur de la desembocadura de la carretera la garganta de Vajont.

Tan pronto como las compañías de cabeza del 1.er Batallón del 26.º de Infantería salieron de la garganta de Vajont a las 14.00, fueron enviadas a Dogna como refuerzos para el Destacamento Rommel. No había más fuerzas a inmediata disposición del *Major* Sprösser. El Destacamento Gössler (5.ª Compañía, 3.ª Compañía de ametralladoras) había ascendido el Forcella Simon (1483) desde Il Porto pasando por Cra Ferrona (955). Allí su magnífico líder, el *Hauptmann* Gössler, un experto montañero, se había precipitado a la muerte mientras se apresuraba a la cabeza de su

Destacamento a través de una pendiente helada. El Destacamento Schiellein (4.ª y 6.ª Compañías, 2.ª Compañía de ametralladoras) habían escalado desde el circo Fornace a través de Monte Gallinut (1303) y había alcanzado la garganta de Vajont vía Cra Ferrona (995). La 2.ª Compañía bajo el *Leutnant* Payer estaba descendiendo el Monte Lodina y marchaba en dirección a Erto.

Después del infructuoso ataque nocturno, una serie de rumores increíbles llegaron al puesto de mando del *Major* Sprösser. Uno de ellos en el sentido de que el enemigo había roto el frente hacia el sur de Longarone y me había capturado junto con el grueso de mi Destacamento. El ruido de lucha cerca de Fae pronto desmintió estos rumores.

Cuando nuestro mensajero, el *Schütze* Unger, llegó al puesto de mando del batallón, el *Major* Sprösser envió unidades adicionales del 26.º Regimiento de Fusileros a través de Dogna a Fae, y después la 2.ª Compañía, que había llegado de su envolvimiento de Monte Lodina. El 1.er Batallón del 26.º de Infantería empezó a construir una pasarela sobre el Piave al oeste de Dogna.

El 10 de noviembre, el *Major* Sprösser tenía las fuerzas a su disposición listas para el combate en el terreno elevado a unos mil metros al este de Rivalta. Estas fuerzas consistían en el Destacamento Schiellein (4.ª y 6.ª Compañías y 2.ª Compañía de ametralladoras) y la Compañía de transmisiones del Batallón de Montaña de Württemberg, cuatro cañones de infantería del 1.er Batallón del 26.º de Infantería y el 377.º Imperial y Real Destacamento de Obuses de Montaña. El Destacamento Grau (5.ª Compañía, 3.ª Compañía de ametralladoras) estaba marchando desde Erto.

Durante la noche, el *Major* Sprösser envió a un prisionero de guerra italiano de vuelta a Longarone con el siguiente mensaje escrito en italiano por el Dr. Stemmer:

«Longarone está rodeado por tropas de una división germano-austriaca. Toda resistencia es inútil».

Cuando el *Major* Sprösser se percató, al amanecer, de que el Destacamento Rommel había reemprendido su avance contra Longarone y de que el enemigo en Longarone estaba deponiendo sus armas, empezó a marchar hacia Longarone con las unidades del Batallón de Montaña de

Württemberg situadas a mil metros al este de Rivalta, seguidos por la 43.ª Brigada de la 22.ª Imperial y Real División de Infantería.

El 10 de noviembre fue un día lluvioso e hizo falta mucho tiempo para despejar a todos los soldados italianos de las calles de Longarone. Montones de armas yacían en la plaza pública, e incluso los cañones italianos fueron entregados allí. Las tierras bajas al este de Longarone estaban llenas de prisioneros. En total, más de 10 000 hombres —una división italiana completa— habían depuesto sus armas. Nuestro botín sumaba 200 ametralladoras, 18 piezas de montaña, 2 cañones semiautomáticos, y más de 600 animales de carga, 250 vehículos cargados, 10 camiones, y 2 ambulancias.

Las pérdidas de mi Destacamento en los combates en Cimolais, en la garganta de Vajont, en Dogna, Pirago y en Fae ascendieron a 6 muertos, 2 heridos graves, 19 heridos leves y un desaparecido. Se desconocen las pérdidas del 1.er Batallón del 26.º Imperial y Real Regimiento de Fusileros.

El *Leutnant* Schöffel fue capturado en el intento de detener a los italianos al sur de Rivalta. Al principio, los italianos le dieron una paliza. Después de quejarse, fue llevado a presencia de un jefe de compañía, que ni siquiera se disculpó por el mal trato, sino que quería tener un «souvenir» personal del oficial alemán. Entonces Schöffel tuvo que marchar a lo largo de la línea del frente hasta Fae. Cuando empezó la lucha allí, Schöffel estaba al borde de la carretera junto a un oficial italiano que frustró todos los intentos de fuga. Schöffel encontró el fuego alemán especialmente incómodo. Cuando los italianos rompieron el contacto en Fae alrededor de la medianoche, Schöffel fue llevado de vuelta a Longarone, donde se encontró con los otros tiradores de montaña y de Styria capturados. Hacia la mañana los cautivos tuvieron que marchar de nuevo hacia el sur bajo una fuerte escolta. Pero pronto se detuvieron porque, de nuevo, los italianos no pudieron abrir brecha. Los prisioneros fueron entonces llevados de vuelta a Longarone. En el transcurso de la mañana, los oficiales italianos se volvieron de lo más amistosos con Schöffel, quien hizo declaraciones exageradas sobre nuestra fuerza. Finalmente, fue enviado a nuestro encuentro con el mensaje escrito que contenía la capitulación de las tropas italianas en Longarone.

Hacia el mediodía del 10 de noviembre, Longarone estaba lleno de tropas alemanas y austriacas e hicieron falta centinelas con bayoneta calada para mantener el control de los acantonamientos que habíamos ocupado al llegar. La mayoría de mis soldados se quitaron sus ropas mojadas y se dedicaron a un bien merecido descanso en los cómodos y agradables alojamientos. A la caída de la noche las tropas de montaña insistieron en formar una procesión con antorchas para su líder.

Observaciones: Después de que consiguiéramos penetrar más allá de las posiciones enemigas al oeste de Cimolais, las unidades móviles (jinetes y ciclistas) se encargaron de la persecución del enemigo en retirada. Consiguieron darles alcance y, con la excepción de un puente, impidieron que el equipo de demolición italiano hiciera mucho daño. Esta fuerza móvil hizo posible continuar la persecución. El empleo de unos pocos tiradores en la salida de la garganta fue suficiente para detener a una división entera. Los italianos sometieron a este grupo a intenso fuego de ametralladora y artillería. Los tiradores estaban bien atrincherados y el fuego hizo poco daño. Las tácticas defensivas del enemigo fueron incorrectas. Un ataque a cargo de parte de las fuerzas enemigas contra la salida occidental de la garganta de Vajont hubiera salvado la situación.

El ataque a cargo del Destacamento Rommel a través del desprotegido valle del Piave, al oeste de Dogna, fue llevado a cabo bajo un intenso fuego. Las tropas hicieron un rápido uso de su utillaje. Mientras tanto, débiles escuadras de exploradores en la orilla oeste capturaron a aquellas unidades enemigas que escapaban hacia el sur después de capear el fuego de nuestro Destacamento.

Grandes hogueras proporcionaron la necesaria iluminación durante la lucha nocturna en Fae, y la falta de munición que siguió fue subsanada rearmándonos con armas y munición italianas capturadas. Ambas cosas fueron conseguidas bajo un nutrido fuego hostil, una proeza notable de las tropas de montaña.

VI. Batallas en las inmediaciones del Monte Grappa

Por orden de la 22.ª Imperial y Real División de Infantería, el Batallón de Montaña de Württemberg pasó a la segunda línea y tuvo un día de descanso el 11 de noviembre de 1917, cuando enterramos a nuestros muertos en el cementerio de Longarone.

El empuje del ataque comenzó a ralentizarse. El ritmo de la persecución aflojó aunque el enemigo no estaba ofreciendo resistencia seria en nuestra zona.

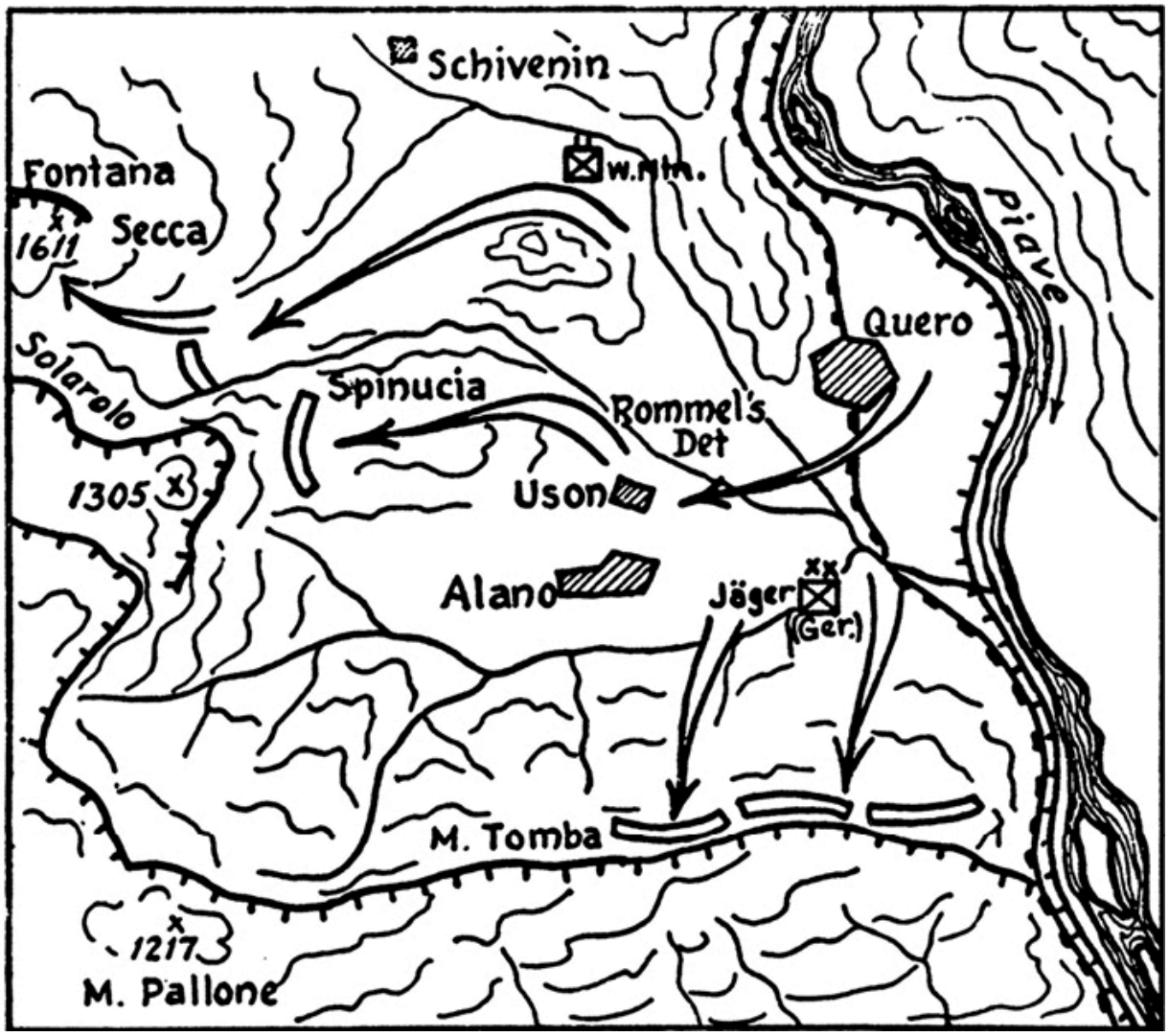
En el transcurso de los días siguientes, las tropas de montaña marcharon a través de Belluno hasta Feltre donde fueron agregadas a la División de *Jäger* Alemana. El 17 de noviembre bajamos a lo largo del Piave desde Feltre. Se estaban desarrollando violentos combates en las inmediaciones de Quero y Monte Tomba y pronto nos vimos con dificultades para avanzar a través del estrecho valle del Piave, que estaba abarrotado de tropas. Entramos bajo el alcance de la artillería italiana, que estaba tendiendo un nutrido fuego de interdicción sobre la carretera del valle. Nuestra información indicaba que las unidades austriacas en cabeza se habían encontrado con potentes fuerzas enemigas en Monte Tomba.

Mientras estábamos en Ciladon recibimos de la división la misión de penetrar las posiciones enemigas hasta Bassano mediante un avance a través del Monte Grappa.

Por la tarde, el batallón desplegado pasó a ocupar la zona justo al norte de Quero, que estaba bajo el más intenso fuego de artillería italiano. La artillería italiana tenía excelentes puestos de observación en Monte Pallone y Monte Tomba y no era de extrañar que tuviera perfectamente registrado el desfiladero en Quero y todos los otros puntos importantes dentro de su alcance.

El *Major* Sprösser envió al Destacamento Rommel (2.ª y 4.ª Compañías, 3.ª Compañía de ametralladoras, un tercio de la Compañía de transmisiones, dos baterías de montaña, y una unidad de radio) por Quero-Campo-Uson-Monte Spinucia-Cotas 1268 y 1193, hasta la Cota 1305, y al grueso del Batallón de Montaña de Württemberg a través de Schievenin-Rocca Cisa-Cota 1193 hasta la Cota 1306.

Mientras caía la noche, nuestra tenue columna pasó por Quero a paso ligero. La ciudad había sido muy maltratada y estaba aún sometida al fuego de artillería italiano. No era raro ver cráteres de cinco a diez metros de diámetro. Gran número de *Jäger* muertos y heridos yacían junto a nuestro camino. Numerosos reflectores italianos convertían la noche en día. Simultáneamente la artillería enemiga de más grueso calibre empezó a caer en las inmediaciones de Quero, Campo, Uson y Alano. Los reflectores incesantemente sondeaban el valle desde Spinucia, Pallone, y Tomba, y los proyectiles de grueso calibre ascendiendo con un rugido desde lejos en la distancia nos daban unos pocos segundos para correr en dirección al enemigo. Durante este proceso el contacto con ambas baterías de montaña quedó roto. Se ordenó al *Unteroffizier* Windbühler que lo restableciera y trajera las baterías hasta Uson. El resto del Destacamento Rommel consiguió llegar hasta la aldea de Uson sin pérdidas. Aquel lugar, como Quero y Campo, estaba desierto y un vacío fantasmal impregnaba todas las casas. Fuimos sometidos a una continua iluminación con reflectores desde el Spinucia y el Monte Pallone. El Destacamento fue bien dispersado y descansó entre las sombras de las casas y árboles. El fuego de la artillería pesada empezó a caer demasiado cerca para nuestra tranquilidad. Los fragmentos pasaban ululando por el aire, terrones y piedras llovían sobre nosotros, convirtiendo el bombardeo en una dura prueba para los nervios.



Croquis 68: El avance sobre Spinucia-Fontana Secca-Tomba.

Patrullas con escuadras de telefonistas fueron destacadas radialmente en varias direcciones. El *Leutnant* Walz llevó una hacia el Spinucia. En mi opinión ya no se trataba de la rápida penetración a través de Monte Grappa hacia Bassano. El frente enemigo era continuo y fuerte y nosotros llegábamos demasiado tarde. Se decía que seis divisiones francesas y cinco inglesas habían acudido al rescate de los italianos.

Los informes comenzaron a llegar a medianoche. Se había establecido contacto con las unidades vecinas en Alano. El *Leutnant* Walz escaló la estribación oriental del Monte Spinucia sin encontrar enemigos. El *Unteroffizier* Windbühler trajo a ambas baterías de montaña hasta Uson.

Las había hecho marchar primero a lo largo del valle Uson-Ponte-della-Tua donde habían descubierto unos cuarteles bien iluminados. Windbühler detuvo las baterías, subió él solo a hurtadillas hasta el edificio, y lo encontró lleno de italianos dormidos. Siendo como era un hombre sin miedo, sacó su pistola, despertó al enemigo, y capturó 150 soldados y dos ametralladoras.

En la segunda mitad de la noche del 17 al 18 de noviembre de 1917, el Destacamento Rommel escaló la estribación oriental del Monte Spinucia donde, a la primera luz de la mañana del 18 de noviembre, nuestros elementos de vanguardia se encontraron con un bien atrincherado enemigo sobre el afilado cordal que discurría desde el este subiendo hasta la cumbre de Monte Spinucia. Las posiciones estaban a menos de ochocientos metros al este del pico. Un ataque frontal sin apoyo de artillería y lanzaminas era impensable. El enemigo cubría completamente el estrecho y rocoso cordal con numerosas ametralladoras escalonadas en profundidad y con baterías de montaña en Fontana Seca y Monte Pallone. No había oportunidad alguna para envolvimientos y tenía todo el aspecto de que habíamos alcanzado el final del camino.

Hasta el 23 de noviembre de 1917 continuamos nuestros esfuerzos para avanzar subiendo por las vertientes de Monte Spinucia. Estábamos sin apoyo de artillería o lanzaminas y todos nuestros esfuerzos fueron inútiles. El 21 de noviembre, el *Unteroffizier* Paul Martin (6.ª Compañía), murió a mi lado en un puesto de observación avanzado alcanzado por un casco del proyectil de un cañón de montaña italiano. Al mismo tiempo un teniente húngaro de artillería quedó gravemente herido. El 23 de noviembre de 1917, el Destacamento Rommel se trasladó para reincorporarse al batallón en Rocca Cisa. Allí, el 21 de noviembre, el Destacamento Füchtner en combinación con la infantería austriaca y bosnia había atacado y tomado las posiciones en Fontana Secca y la Cota 1222.

Al romper el día del 24 de noviembre de 1917, el Batallón de Montaña de Württemberg al completo estaba bajo mi mando y dispuesto en segunda línea sobre la vertiente nordeste del Fontana Secca. Constituíamos las reservas del Grupo Sprösser y teníamos al 1.º de *Kaiser-Schützen* por delante de nosotros. A continuación de un exitoso ataque de los imperiales contra Monte Solarolo, el Batallón de Montaña de Württemberg debía

irrumpir violentamente en dirección a Monte Grappa. Esperamos un éxito austriaco, en pie durante horas en el Fontana Secca entre la nieve, el hielo y el frío atroz bajo el muy molesto fuego de las baterías de montaña italianas. El ataque contra Solarolo no consiguió ningún progreso. Nuestro apoyo de artillería fue demasiado escaso y la artillería enemiga demasiado fuerte. Alrededor del mediodía llegó el informe desde el Grupo Sprösser de que la 25.ª Imperial y Real Brigada de Montaña había tomado Monte Solarolo desde el oeste.

Dado que la situación en la ladera sur del Fontana Secca no había cambiado en absoluto, el Regimiento de *Kaiser-Schützen* no había avanzado ni un centímetro, y dado que no había ninguna perspectiva de que las cosas fueran a cambiar durante el transcurso del día, solicité permiso para desplazarme hacia la derecha de la 25.ª Brigada de Montaña en las inmediaciones de Solarolo y así atacar en dirección a Monte Grappa. El *Major* Sprösser accedió. Al poco, el Batallón de Montaña de Württemberg al completo estaba en marcha. Resultó imposible tomar la ruta más corta, es decir, cruzar las casi verticales paredes de roca en la vertiente oeste del Fontana Secca. La alternativa era descolgarse hacia el valle de Stizzone. Apretamos el paso con energía, pero la oscuridad nos alcanzó en Dai Silvestri. Permití al agotado Batallón de Montaña de Württemberg que descansara allí y envié al *Leutnant* Ammann (6.ª Compañía) a reconocer la situación de nuestras tropas en Monte Solarolo. Mi propósito era ponerme en marcha tan temprano que el descansado Batallón de Montaña de Württemberg estaría en el Solarolo y listo para continuar el ataque al amanecer del 25 de noviembre. Cuando el *Leutnant* Ammann regresó de su muy meticuloso y exitoso reconocimiento, la situación había cambiado. El Batallón de Montaña de Württemberg fue muy censurado por haberse metido en el territorio de combate de una brigada vecina más exitosa. Las pasiones se encendieron de tal manera que el *Major* Sprösser no tuvo otro recurso que pedir la inmediata separación de la 22.ª Imperial y Real División de Infantería. Lo que fue concedido. El batallón pasó unos pocos días en cuarteles de descanso al este de Feltre y, después, el 10 de diciembre volvió al frente de nuevo por el valle del Piave hasta el Fontana Secca.

En la noche del 15 al 16 de diciembre, mi Destacamento vivaqueó entre la nieve y el hielo a mil trescientos diez metros de altitud. El 16 de diciembre, las posiciones en el Domo Pirámide, Solarolo (1672) y el Domo Estrella fueron reconocidas. El enemigo aún se aferraba tenazmente a los puntos más importantes de estas alturas dominantes. Durante la noche del 16 al 17 de diciembre la nieve cubrió nuestras tiendas. Al día siguiente el Grupo Sprösser atacó. Conseguimos penetrar las posiciones en el Domo Estrella, capturando 120 *Bersaglieri* de la Brigada Ravenna, y rechazando muy fuertes contraataques enemigos. Nuestras propias pérdidas, sin embargo, fueron considerables. Quandte, el magnífico *Unteroffizier* de la 2.ª Compañía, no regresó de una patrulla. Sin duda fue herido y murió por exposición a los elementos.

Entre el frío gélido resistimos sobre las abruptas laderas del Domo Estrella bajo intenso fuego de artillería italiano hasta la tarde del 18 de diciembre de 1917, y después el Batallón de Montaña de Württemberg comenzó su marcha hacia el valle y hacia Schievenin. El correo nos esperaba y había dos pequeños paquetes en él. Contenían la *Pour le Mérite* para el *Major* Sprösser y para mí. Dos medallas de esa clase era un honor desconocido hasta el momento para un solo batallón.

Pasamos la Nochebuena en pequeñas aldeas al norte de Feltre. El día de Navidad los tiradores de montaña marcharon de nuevo por el angosto valle del Piave hacia el frente bajo el mando de su viejo Alpino, así llamaban al *Major*. Mi Destacamento fue instalado en el sector Pallone con el flanco izquierdo sobre el Monte Tomba. Habíamos relevado a la infantería prusiana. Las posiciones sólo existían de nombre. Los pozos de tirador y nidos de ametralladora individuales eran pequeñas depresiones sobre las empinadas y desnudas laderas y ofrecían escasa cobertura. ¡Había nieve por todas partes! Pero el frío era aún soportable. Por el día, los tiradores tenían que permanecer tumbados bien enmascarados en sus tiendas, ya que el enemigo podía observar la zona entera. No se podían encender fuegos y las provisiones llegaban sólo de noche. Las huellas en la nieve tenían que ser cuidadosamente borradas constantemente. ¡Era mala idea dejarlas para que delatasen a la artillería o a los morteros la localización de un nido! Algunas de las compañías habían menguado hasta quedar en veinticinco o treinta y

cinco hombres. A pesar de ello, realizaban su duro y peligroso trabajo con la mayor convicción.

El 28 de diciembre de 1917, un ataque italiano fue rechazado en el frente del Batallón de Montaña de Württemberg. Al día siguiente fuimos sometidos a fuego de artillería y mortero pesados. Los morteros pesados italianos eran disparados a una distancia de tres mil metros y eran de lo más desagradables. Aquel día, la artillería enemiga bombardeó también la zona de retaguardia cerca de Alano donde la plana Sprösser estaba situada. Se empleó gas reiteradamente.

El 30 de diciembre de 1917, el enemigo redobló la violencia de su fuego sobre Monte Tomba hasta el máximo. Aviones enemigos picaban hasta llegar a unos pocos metros de nuestras posiciones y ametrallaban las guarniciones con sus ametralladoras. Después de horas de combate, las tropas alpinas francesas consiguieron capturar las posiciones de la 3.ª Imperial y Real Brigada de Montaña a nuestra izquierda. Nosotros conservábamos las nuestras, pero nuestro flanco izquierdo colgaba en el aire. Un avance enemigo posterior desde Tomba en dirección a Alano nos hubiera copado y obligado a salir abriéndonos camino durante la noche. ¡Estaba nevando y hacía cada vez más frío!

A primera hora de la mañana del 31 de diciembre, las reservas yugularon la brecha abierta a nuestra izquierda. Pero sufrieron duramente por el fuego de artillería italiano proveniente de Monte Pallone. En consecuencia el mando decidió retrasar el frente alrededor de dos kilómetros y medio hacia el norte. Mantuvimos nuestras posiciones de Pallone y Monte Tomba hasta bien entrada la noche del 1 de enero de 1918. Hacía un frío atroz. Dos de los hombres más valientes cayeron durante los últimos minutos en el puesto de ametralladora avanzado. Eran el *Unteroffizier* Morlock y el *Schütze* Scheidel. Una ametralladora pesada se encasquilló mientras estaba siendo usada contra el ataque de una partida de treinta hombres. Se trabó un combate cuerpo a cuerpo. Mientras parte de la guarnición mantenía alejado al numéricamente superior enemigo con pistolas y granadas de mano, Morlock y Scheidel trataban febrilmente de volver a poner en funcionamiento la congelada ametralladora. Una granada

de huevo[32] italiana cayó entre los dos e hirió a ambos mortalmente. El enemigo fue repelido.

Poco antes de la medianoche el Destacamento Rommel, la retaguardia del Batallón de Montaña de Württemberg, llegó a Alano con las dos víctimas, y después se puso en camino remontando en silencio el Piave a través de campos sembrados de muertos en Campo y Quero.

Una semana más tarde, viajé a casa con el *Major* Sprösser, pasando por Trento, con un permiso del que, para mi gran pesar, no iba a regresar a las tropas de montaña. Fui asignado a unos cuarteles generales superiores como oficial asistente de Estado Mayor. Con el corazón entristecido seguí el periplo del Batallón y Regimiento de Montaña de Württemberg durante el último año de la guerra: La gran batalla en Francia, la captura del Chemin des Dames, el ataque sobre Fort Conde, sobre Chazelle y la posición París, las batallas en el bosque de Villers-Cotterets, el cruce del Marne, la retirada a través del Marne, y las batallas en Verdún. Estas batallas abrieron grandes brechas en las filas de los vencedores de Monte Cosna, Kolovrat, Matajur, Cimolais y Longarone. Solo unos pocos de ellos estaban destinados a ver su tierra natal otra vez.

Al este, oeste y sur pueden encontrarse los lugares del último reposo de aquellos soldados alemanes que, por el hogar y la patria, siguieron la senda del deber hasta el amargo final. Son un recordatorio constante para aquellos que seguimos aquí y para las generaciones futuras de que no debemos fallarles cuando de hacer sacrificios por Alemania se trate.

Glosario de términos militares

Abatis: Palabra francesa que denomina una defensa accesoria formada con árboles cortados por el pie y colocados a modo de barrera con las ramas, normalmente aguzadas, hacia el enemigo. En castellano abatida o tala.

Acallar: El término artillero «acallar» da a entender que una pieza o batería no está en condiciones de reanudar el fuego debido al castigo recibido, generalmente por haber perdido su dotación, o por pequeñas averías del material, pero que, al no estar destruidas las piezas, podrá volver a funcionar si pueden llevarse a cabo las reparaciones oportunas o se asignan nuevas dotaciones.

Ametralladora pesada: Arma automática, dispuesta sobre un trípode y capaz de hacer fuego directo e indirecto. El modelo reglamentario alemán, la MG-08, sistema Maxim, estaba refrigerada por agua. Empleaba un equipo de 6 servidores. El mismo equipo tenía que transportarla en combate, para lo cual podía dividirse en dos partes: un afuste de 38,5 kg y el arma, que pesaba 26,5 kg (más cuatro kilos de agua para la refrigeración). Municiones, en cintas de 250 disparos, caja de condensación, respetos, elementos de puntería y herramientas completaban la carga del destacamento. Con una cadencia de 450 disparos por minuto, sobre su afuste era eficaz hasta los dos kilómetros, pero podía matar hasta los 3 y medio.

Ametralladora ligera: Al contrario que otros países que diseñaron fusiles ametralladores, Alemania empleó una versión aligerada de la MG-08, conocida como MG-08/15. Conservaba, reducida, la camisa de agua para refrigeración, pero cambiaba el afuste por un bípode que permitía disparar cuerpo a tierra, aunque a un alcance mucho menor. Aunque aventajaba en casi 20 kilos a su homóloga pesada, con 25 kilos incluidos accesorios, no dejaba de hacer de la categoría de ligera un chiste cruel.

Barrera: Fuego de artillería de gran densidad e intensidad sobre una zona localizada, de forma lineal o rectangular. Su objetivo es impedir al enemigo la permanencia o el tránsito por la zona batida. Puede ser fija, empleada generalmente en la defensa de zonas cuyos datos han sido previamente corregidos frente a las líneas propias o sobre los puntos de partida y aproximación obvios del enemigo; o móvil, cuando que se desplaza a lo largo de un recorrido preestablecido, generalmente para acompañar en el avance a las tropas propias.

Bersagliere (pl. *Bersaglieri*): Literalmente «tiradores certeros». Soldados de infantería ligera italianos, famosos por su paso rápido característico de 130 pasos por minuto. Se les considera tropa si no de elite, desde luego sí de choque.

Caballo de Frisia: Armazón de madera, generalmente de forma rectangular, atravesado por estacas puntiagudas y/o revestido de alambre espinoso. Originalmente una defensa contra la caballería, vivió una segunda edad de oro durante la Primera Guerra Mundial ya que, allí donde las posiciones estaban demasiado cerca para fijar una alambrada convencional, podía transportarse montado sobre las trincheras y tenderse a brazo sin exponerse demasiado. Debe su nombre a haberse registrado su primer uso durante el sitio de Groningen, en Frisia, durante 1594.

Cabeza: Fracción que abre la marcha de una formación. (v. *punta*).

Canevás (plancheta o tablero): Un tablero desplegable, generalmente de madera, al que se fijaba un mapa y donde, marcando la posición de la batería, usualmente con un clavo o chincheta, se podía con ayuda de un medidor de ángulos y regla calcular distancias y orientaciones trasladables a la pieza o batería.

Centro de impactos: Así se denomina, con referencia al conjunto de impactos obtenidos con una o varias armas que disparan con los mismos datos de tiro, el punto del terreno cuyas coordenadas en un sistema cualquiera son la media aritmética de las coordenadas de todos ellos.

Concentración: Tiro violento de artillería, generalmente corto, contra un punto o zona, para batirlo con intensidad. La concentración puede responder a cualquiera de las modalidades del tiro explicadas más abajo.

Concentración de fuego: Reunión sobre un punto u objetivo determinado del fuego de varias armas. Generalmente referido a las ametralladoras.

Ersatz (unidades): Formadas por hombres que, aunque aptos, no habían sido sorteados con su contingente o tenían pequeñas taras físicas. Formaban una especie de reserva no encuadrada. Su nivel de instrucción era muy bajo y sus cualidades marciales, al decir de los profesionales, deplorables.

De Fuego: Elemento, grupo, sección o base; en maniobras ofensivas, el elemento de fuego en la maniobra. Encargado de cubrir con su fuego el movimiento de los demás.

Feldgrau: Literalmente gris de campaña en alemán. El color gris ratón distintivo del uniforme de campaña alemán durante la Primera Guerra Mundial.

Flancguardia: Destacamento que debe proteger el flanco de una columna en marcha.

Fuego graneado: El que se hace a la máxima cadencia del arma, pero independientemente cada soldado, en contraposición al rápido, que es un fuego dirigido y ordenado por el mando a toda la unidad o sus fracciones.

Gran guardia: La fracción de la unidad que permanece organizada defensivamente por delante del cuerpo principal durante los altos al final del día y que apoya con su fuerza a las avanzadillas, que se destacan de ella. Hace las veces de reserva inmediata de éstas, que se repliegan sobre ella si son atacadas.

Haz de trayectorias: En las armas automáticas el conjunto de las trayectorias que se obtienen al efectuar una serie de disparos. Poco separadas en el inicio, su dispersión aumenta a medida que lo hace el alcance, tomando forma de cono, con lo que puede esperarse batir una zona de cierta anchura y longitud sin alterar sustancialmente la puntería.

Jäger: En los países germánicos, tropas de infantería ligera, especializadas en la lucha en terrenos fragosos o arbolados. En 1914 apenas se distinguían de las unidades de línea, pero seguían ostentando títulos distintivos que hacían referencia a su estatus como infantería especializada.

Kaiser-Schützen: Tropas especialistas de montaña del E. nacional austriaco. Se refiere únicamente a los tres regimientos reclutados en el Tirol.

Landwehr: En la organización militar alemana, la penúltima de las organizaciones de reserva, de carácter territorial. Estaba formada por hombres de 28 a 38 años de edad que habían cumplido sus compromisos

militares. Pobremente equipada, se la destinaba a tareas y frentes secundarios.

Lanzaminas: Los alemanes llamaban minas volantes indistintamente a todos los proyectiles de los morteros de trinchera, de ahí el nombre del arma en alemán *Minenwerfer* o lanzaminas. El *Minenwerfer* estaba cerca de los morteros clásicos ya que empleaba un tubo y su proyectil era cilíndrico-ojival, parecido a una gigantesca bala de pistola.

Media tienda: El ejército alemán comenzó en 1892 a entregar a todos sus hombres un refugio de campaña compuesto por dos piezas cuadradas de lona o lienzo basto gris ratón de 165mm de lado, una lisa y la otra con ojales. Ésta podía unirse a la de otro soldado para formar una tienda a dos aguas bajo la que cobijarse en campaña, de ahí su nombre. Uniendo varias se formaban refugios de otras tantas plazas, por lo que, en diferentes ejércitos y épocas, se le conoce como media, tercio o cuarto de tienda. La pieza con ojales también podía usarse como un poncho impermeable con ayuda de los mismos cordones que servían para montar la tienda. Esta tienda abrigo o *Zeltbahn* era una de las pertenencias más polivalentes y prácticas del soldado. Le servía de mantel, estera, techo, impermeable y, a menudo, de mortaja.

Mortero: Los morteros, a secas, que se mencionan en el texto son grandes piezas del tren de sitio de grueso calibre y cañón corto, pensadas para lanzar pesados proyectiles explosivos con ángulos pronunciados, a fin de demoler fortificaciones e instalaciones enemigas. Dependen de la artillería.

Mortero de trinchera: Durante la Primera Guerra Mundial, la generalización de las trincheras creó la necesidad de un arma que pudiera atacarlas con un gran ángulo de incidencia. Durante 1915 y 16 el término mortero de trinchera englobó a toda una colección de armas más o menos improvisadas que sólo tenían en común sus pesados proyectiles y sus altos ángulos de tiro. Los más comunes en el bando aliado eran los morteros de espiga; plataformas ancladas al suelo, regulables en orientación y elevación, con una espiga o varilla alrededor de la cual se encajaba el proyectil, generalmente dotado de grandes aletas para estabilizar el vuelo (de ahí el nombre de mina volante o bomba con aletas de sus proyectiles), al contrario que los morteros modernos, donde el proyectil es introducido en un tubo. La carga de impulsión estaba dentro

del mismo proyectil. Eran armas particularmente odiadas ya que disparaban a corta distancia y en ángulo muy elevado, con lo que caían dentro de las trincheras desde arriba y dando poco tiempo a ponerse a cubierto. Los morteros de trinchera, en general, eran armas de infantería.

Plan de fuego: La organización de las armas disponibles de la forma más conveniente para cumplir la misión. Incluye la descripción de los emplazamientos más ventajosos para las armas, los sectores y objetivos que deben cubrir o batir, y datos de la cadencia, intensidad y tiempos con que deben hacerlo.

Posición erizo (o en erizo): Término de origen alemán para referirse a las posiciones defensivas organizadas para la defensa en todas las direcciones.

Preparación (tiro de preparación): Es la acción de fuego que se ejecuta, por la artillería o cualquier otra arma de apoyo, previamente al ataque de infantería mediante un fuego intenso, calculado y preciso sobre las defensas enemigas para destruirlas o desorganizarlas. El tiro de preparación es estrictamente el que se hace como tanteo para comprobar la puntería, aunque por extensión aquí se usa en el sentido de preparación.

Protección por el fuego: Acción de oponerse a maniobras y fuegos del enemigo con el empleo de las armas propias para facilitar las maniobras de fuerzas propias.

Punta: La fracción más adelantada de la fuerza que marcha más cerca del enemigo. También la parte más adelantada de las tres que componen una vanguardia. A lo largo del texto debe entenderse que al hablar de punta se trata de tropas dispuestas para encontrarse con el enemigo. Cabeza se refiere a las primeras filas de una columna que avanza sin esperar encontrarse con éste.

Puesto avanzado de combate: En terminología militar de la época, cualquier cuerpo destacado por delante del cuerpo o línea principal. Puede entenderse como aquella avanzadilla que se ha atrincherado siquiera someramente, o como un puesto avanzado integrado en una línea defensiva organizada.

Reserva (de la Reserva): La *Reserve* en alemán, era el contingente de hombres de entre 23 y 27 años que habían cumplido ya su servicio militar y, por extensión las unidades formadas con esas quintas.

Tiro continuo: Aquél en el que las ametralladoras disparan sin cesar hasta agotar los proyectiles de la cinta para maximizar el efecto en determinadas circunstancias. Se diferencia del fuego sostenido en que este consiste en hacer el mayor volumen de fuego posible durante el mayor tiempo posible, por lo que se tira a ráfagas más o menos largas y más o menos separadas en el tiempo en función de las circunstancias y las condiciones del arma (munición disponible, calentamiento y estado del cañón, etc.), el tiro continuo es un esfuerzo supremo, por definición corto en el tiempo.

Tiro de corrección: Los disparos realizados para comprobar que los datos de tiro disponibles son correctos y, a partir de la observación de los impactos, corregirlos en dirección y alcance hasta llevar el centro de impactos al punto deseado.

Tiro de destrucción: En ametralladoras es el que se efectúa sobre el enemigo al descubierto. Como éste intentará resguardarse al verse batido, debe ser muy rápido e intenso.

Tiro en eficacia: Una vez corregido el tiro, el que se hace con todas las armas para conseguir el máximo efecto sobre el objetivo.

Tiro de enfilada: Aquel que se efectúa cuando el eje mayor del terreno batido coincide con el eje mayor del blanco. Es una de las posibles clasificaciones del tiro con respecto al objetivo.

Tiro de flanco: Aquel que se efectúa perpendicular al flanco del blanco. Una de las clasificaciones del tiro con respecto al objetivo.

Tiro frontal: Aquel que es perpendicular al frente del blanco. Una de las clasificaciones del tiro con respecto al objetivo.

Tiro de hostigamiento: Tiene por objeto dificultar la marcha de los servicios en una zona determinada del territorio enemigo. Puede hacerse empleando distintas cadencias y materiales, pero en esencia consiste en someter al enemigo a un fuego sin un plan ni horario fijos que lo mantenga constantemente en incertidumbre, a veces aprovechando el conocimiento de puntos de paso obligado, a veces el de partes de su rutina (horas del rancho, de los relevos, etc.), para bombardearlo de forma inesperada, irregular e imprevisiblemente.

Tiro indirecto: El que se hace contra un objetivo oculto, mediante referencias, datos topográficos de la situación del arma y el blanco, o las indicaciones de observadores que pueden ver el blanco.

Tiro de interdicción: El dirigido particularmente contra las comunicaciones enemigas, para dificultar o impedir su uso, especialmente con vistas a causar bajas en las tropas que se desplazan y dificultar el abastecimiento de las posiciones. También el lanzado contra puntos de los itinerarios obvios de ataque y retirada para dificultar el tránsito por ellos.

Tiro de protección: Todo el efectuado para resguardo de las tropas propias atacadas o en retirada. En defensiva es corriente dar a la artillería los datos de tiro de las posiciones propias, de modo que ante un ataque enemigo ésta pueda tender barreras y fuegos efectivos frente a ellas con pocos prolegómenos cuando la posición las solicite.

Tiro rápido: El que se hace a la máxima cadencia del arma. Debido al gasto de munición y desgaste del armamento que ocasiona es ordenado por el mando sólo en momentos críticos de la acción y durante periodos cortos, por ejemplo justo antes de recibir un asalto enemigo para combatirlo.

Tiro de rastrilleo: El efectuado intermitentemente con cierta irregularidad en alcance y dirección, a fin de barrer una zona más o menos amplia que no puede observarse directamente pero en la que se supone actividad enemiga.

Tiro sostenido: (v. Tiro continuo).

Vanguardia: Fracción o parte más avanzada de una tropa, y también las fracciones de la misma encargadas de tener el primer contacto con el enemigo o perseguirlo en retirada. También se llama así al el espacio que se extiende a su frente. Consiste en tres escalones: punta, cabeza y grueso.

ERWIN JOHANNES EUGEN ROMMEL (Heidenheim del Brenz, Alemania el 15 de noviembre de 1891 - 14 de octubre de 1944). Llamado el Zorro del Desierto, fue un militar alemán muy brillante, que participó en la Primera Guerra Mundial y en la Segunda Guerra Mundial.

Su carrera en la Primera Guerra Mundial, comenzó como alférez, y durante la contienda ascendió a teniente; destacó en el frente occidental y sobre todo en los Alpes, donde llevó a cabo acciones meritorias durante la batalla de Caporetto, y más tarde en la toma de Longarone.

En todas estas acciones demostró gran habilidad para la infiltración y las maniobras sorpresivas. Sus actuaciones le valieron la Cruz de Hierro de Primera Clase y la Medalla al Mérito Militar. Acabada la guerra, continuó en el reducido ejército alemán al mando de un batallón.

El ascenso al poder del partido nazi y la política hitleriana de rearme dieron un giro crucial a su carrera. Ya con el rango de general, formó parte del cuartel general de Hitler desde el principio de la Segunda Guerra Mundial.

En la campaña de Francia, al mando de la VII División Acorazada, tuvo un papel relevante en la ruptura de las líneas aliadas en el Mosa y la posterior penetración que condujo a la victoria alemana. Por su rapidez de movimientos, su unidad fue conocida como «la División Fantasma».

En 1941 fue enviado a Libia con el Afrika Korps para apoyar a los italianos en la guerra del desierto. Allí, su habilidad se puso de manifiesto al infligir una derrota tras otra a los británicos, pese a contar con medios muy inferiores. Finalmente, escaso de material y combustible, fue vencido por el VIII Ejército Británico en El-Alamein y hubo de retirarse.

En 1943 se hizo cargo de las defensas del Muro del Atlántico en Francia y del grupo de Ejércitos B, por lo que estuvo al mando de las fuerzas encargadas de repeler el desembarco de Normandía en junio de 1944. En julio fue herido en un ataque aéreo y, aún convaleciente, fue acusado de haber formado parte del complot para matar a Hitler. Para evitar un juicio público, decidió aceptar la opción de suicidarse que le ofreció el propio Führer.

Notas

[1] Himno patriótico alemán que hacía referencia explícita al conflicto con Francia por las regiones de Alsacia y Lorena. Muy popular desde 1870 hasta 1918. (N. del T.). <<

[2] Pueblos de Lorena, que formaron parte del Imperio alemán hasta 1918. Actualmente son Thionville y Rochonvillers, y distan unos 15 kilómetros en línea recta. Escribiendo en la anaeróbica y ultranacionalista atmósfera de la Alemania de la década de los treinta no es de extrañar que Rommel emplee los topónimos y las grafías alemanas de los lugares que menciona en su relato, que se han conservado. (N. del T.). <<

[3] Un tipo de pan hecho con huevo y horneado dos veces, crujiente y presentado en piezas con forma de rodaja. Alimento común en Alemania para niños lactantes y enfermos. (N. del T.). <<

[4] La cifra que acompaña a la palabra Cota expresa en metros la altitud de la misma. (N. del T.). <<

[5] Se trataba de parte de la 5.ª Compañía del 101.º Regimiento de Infantería francés, Batallón Laplace, que debía ocupar posiciones defensivas en la salida sureste de Bleid. (N. del T.). <<

[6] Rommel está haciendo una crítica poco sutil a la decisión tomada poco antes de estallar la guerra de graduar de fábrica las alzas de los fusiles de infantería a 400 metros como distancia mínima. La teoría que justificaba el cambio era que la infantería rara vez combatiría a distancias menores con sus armas de fuego. A lo largo del libro se verá que rara vez lo hicieron a distancias mayores. Era un debate profesional que seguía abierto en el momento de aparecer el libro y en el que Rommel coincidía, entre otros, con el mismo Hitler. (N. del T.). <<

[7] Halbzuge en alemán. Una formación táctica provisional, en la que la sección divide en dos grupos sus cuatro Korporalschaft. (N. del T.). <<

[8] Pertenecían a la 7.ª Compañía del 101.º Regimiento de Infantería francés. (N. del A.). <<

[9] Estos soldados pertenecían a la 6.ª Compañía del 101.º Regimiento de Infantería francés. Habían sido atacados en la ladera oeste de la Cota 325 por elementos del 123.º Regimiento de Granaderos y estaban ahora retirándose hacia el suroeste. (N. del A.). <<

[10] Los siguientes dos párrafos, en los que Rommel acusa a la infantería francesa de matar deliberadamente a alemanes heridos tendidos sobre el campo de batalla, fueron eliminados de la primera edición en inglés. (N. del T.). <<

[11] Esta frase fue eliminada de la primera edición en inglés. (N. del T.). <<

[12] Este párrafo fue eliminado de la primera edición en inglés. (N. del T.). <<

[13] Término onomatopéyico de la jerga de trinchera alemana de la Primera Guerra Mundial para referirse a los proyectiles de la artillería de campaña que se disparaban en tiro tenso. Aunque su carga explosiva era relativamente pequeña e inocua contra el personal atrincherado, su gran velocidad hacía que se oyese el silbido final del obús a punto de impactar, «rastch, —seguido de la detonación—, bumm», con poco tiempo para ponerse a cubierto. (N. del T.). <<

[14] El escaso ruido del lanzamiento podía deberse a que el modelo francés más común por entonces era en realidad un modelo de espiga que empleaba aire comprimido para propulsar los proyectiles. (N. del T.). <<

[15] Allí donde el terreno no era lo suficientemente consistente, las paredes de las trincheras se recubrían con fajinas o zarzo. Estos revestimientos, empleados por todos los beligerantes, impedían derrumbes peligrosos y ayudaban a impermeabilizar la trinchera, pero si eran alcanzados por un proyectil explosivo, sus fragmentos salían despedidos y se convertían en peligrosas esquirlas magnificando el efecto de fragmentación. (N. del T.). <<

[16] El Abri de Kronprinz sigue en pie, y puede visitarse cerca de Varennes-en-Argonne. (N. del T.).
<<

[17] Theodor Sprösser provenía de la Infantería del Ejército de Württemberg, como Rommel. Después de la guerra, como éste, fue seleccionado para permanecer en el reducido Ejército de Weimar y murió en 1932 habiéndose retirado en 1925 como Generalmajor. Al año siguiente se publicó póstumamente su propia versión de estas operaciones en: Die Geschichte der Wüttembergischen Gebirgsschützen (Die württembergischen Regimenter im Weltkrieg 1914-1918). Stuttgart: Belser. 1933. (N. del T.). <<

[18] Gorizia, hoy en Italia. (N. del T.). <<

[19] Nombre alemán de la actual ciudad rumana de Sibiu, entonces en la Transilvania austro-húngara. (N. del T.). **<<**

[20] Nombre alemán de la actual ciudad rumana de Sibiu, entonces en la Transilvania austro-húngara. (N. del T.). **<<**

[21] Nombre alemán de la ciudad rumana de Brasov, nada que ver con la ciudad rusa famosa por el motín de sus marineros. (N. del T.). <<

[22] Esta frase fue eliminada de la primera edición en inglés. (N. del T.). <<

[23] Suboficial encargado de los piensos y forrajes de los animales de la compañía. Es una función, no un empleo. (N. del T.). <<

[24] Suboficiales superiores que habían cumplido su tiempo de servicio o voluntarios de un año que habían demostrado cualidades y sobresaliente conducta, que obtenían la categoría de oficial al pasar a la reserva. De los 39 oficiales de la plantilla inicial del Batallón de Montaña de Württemberg, sólo 9 eran oficiales de carrera en el Ejército de preguerra. (N. del T.). <<

[25] Nombre alemán de la actual Tolmin, en Eslovenia. La ofensiva es para los italianos la de Caporetto, Karfreit en alemán, o Kobarid, también en Eslovenia. (N. del T.). <<

[26] Era el Grupo Eichholz, con tres batallones, que estaba resistiendo el contraataque de potentes fuerzas italianas, planeado contra Karfreit a través de Idersko y pensado para golpear el flanco y la retaguardia de la 12.ª División, que había avanzado por el valle al norte del Matajur. (Nota de la edición original). <<

[27] El 1.er Batallón de los Guardias Bávaros de Infantería de la Real Persona había topado con una posición italiana. (Nota de la edición original). <<

[28] Mientras tanto, unidades del Cuerpo Alpino y la 12.ª División que estaban en la zona de Perati-Avsa-Luico, habían empezado a marchar por la carretera de Matajur en la dirección de Monte Cragonza. El 2.º Batallón del 62.º Regimiento de Infantería, marchando en cabeza, se encontró con el enemigo en fuertes posiciones a un kilómetro y medio al sur de Avsa y lo atacó. Las unidades que le venían siguiendo (la plana y el Destacamento Gössler del Batallón de Montaña de Württemberg, 23.º Regimiento de Infantería, y los 2.º y 3.er Batallones de los Guardias de Infantería Bávaros) consiguieron avanzar a lo largo de la carretera de Matajur en la dirección del Monte Cragonza. El 1er Batallón de los Guardias Bávaros estaba aún detenido por una posición de bloqueo italiana cerca de Polava que era parte de la línea italiana Jevszek-Polava-San Martino. (N. del A.). **<<**

[29] El tiro fijante es el que se realiza sobre un terreno que, por su inclinación respecto a la línea de situación, proporciona agrupamientos longitudinales muy reducidos. En este caso, basta tener en cuenta que es el opuesto al tiro rasante. Es un tiro hecho con gran elevación y que cae sobre el enemigo con un gran ángulo de caída, con lo que sus trincheras no le protegen. (N. del T.). <<

[30] El enemigo había corregido el alcance haciendo sucesivos disparos cortos y largos hasta encontrar el blanco deseado. (N. del T.). <<

[31] Moriría en Longarone 9 días más tarde, el 18 de noviembre. (N. del T.). <<

[32] Una granada ofensiva, con una proporción mayor de explosivo en el peso total. El término Eierhandgrenate hacía referencia a la forma de la granada ofensiva alemana, que acabó recibiendo ese nombre oficial. Rommel lo utiliza metonímicamente para referirse a las italianas, aunque éstas tenían en realidad forma de disco. (N. del T.). <<